CARMELO DRAGO

EL PADRE

Fragmentos de vida diaria

ROMA

Título original: *Il Padre. Frammenti di vita quotidiana*, Editrice Rogate, Roma 1995.

Traducción: P. Matteo Sanavio RCJ

Editor General: P. José María Ezpeleta RCJ

Se autoriza para imprimir:

P. Bruno Rampazzo RCJ,

Superior General de los Rogacionistas del Corazón de Jesús

© Rogacionistas del Corazón de Jesús.

Comisión para las traducciones. Roma julio 2019.

PARA EL LECTOR

Hace falta advertir que esta obra póstuma del Padre Carmelo Drago d. f. m. pasó a través un atento filtro editorial antes de entregarla a la prensa.

Se trató sobre todo de intervenciones estilísticas y formales, necesarias por el corriente uso del idioma y, en medida menor, por una más fluida trasmisión del pensamiento, donde pareció menos fácil y comunicativo. Las notas, puestas en algunas partes y sobre todo el índice analítico, revelan mejor la riqueza de los contenidos de estas memorias preciosas, en las que el Padre a menudo es presentado con tal frescura de movimientos, que logra dar la impresión confortante de un encuentro con sus hijos más allá del tiempo y del espacio.

Presentación

La publicación póstuma del presente trabajo del P. Carmelo Drago va a enriquecer la literatura del P. Aníbal M. Di Francia. El título, ***El Padre, fragmentos de vida diaria****, expresa la naturaleza de la Obra, que mira a coger la espiritualidad del Fundador, a través de instantáneas o flashes que, ofreciendo la observación de escenas particulares, dan también la posibilidad de pasar a una secuencia fílmica, que hace viva y movida la imagen o la acción. Esta visualización de lo diario del «Maestro» hace explotar de actualidad los fragmentos del fiel discípulo, que destaca por ser un observador agudo de cosas y acontecimientos aparentemente mínimos, mientras que animan, como luz y sombra, el fresco de la biografía del Fundador. El P. Carmelo, hijo privilegiado del P. Aníbal y Padre venerado de la Congregación, no era ciertamente un literato, ni un escritor. Sencillo en la vida, en las elecciones y en la expresión, no lo era para nada en la personalidad, ni tampoco interiormente, espíritu perspicaz y profundo como era. Fue un gran observador y supo coger la personalidad del Fundador, y logra expresarla en este trabajo, apoyándola no sobre un estudio o un proceso deductivo, sino en la inmediatez del hecho, de la situación y de la observación. Estos fragmentos son golpes de cincel que vienen poco a poco a dibujar en la piedra viva la verdadera imagen del Apóstol del Rogate. El chicho terrible de Galati (Mesina), que ni por la madre es en un primer tiempo acreditado como el potencial discípulo de un Santo, entra con prepotencia, por prueba y casi por desafío, en la vida del Canónigo Mesinés, en su Obra y en sus hazañas. Se queda con él con gran sorpresa de todos, comparte la aventura de un auténtico Apóstol, durante 18 años de coexistencia, hasta 1927, convirtiéndose en compañero, en condiciones originales y singularísimas, y hereda luego su hazaña, que acompañará, en un testimonio de vida, hasta la muerte, acontecida en 1983. El recuerdo del* ***Padre*** *es vivo e imprimido en su espíritu, no lo puede sujetar y casi con ímpetu logra describirlo y trasmitirlo. ¡Cuánta diferencia con el P. Vitale, el P. Tusino, el P. Santoro! Son estos maestros, además que, de espíritu, de expresión literaria, que dieron su calificada y extensa aportación a la historia del Padre y de la Congregación. Pero fue cosa ardua. Sí, porque, como afirma Don Orione, «la virtud y la espiritualidad del Canónigo Di Francia es tan sublime que es muy difícil entenderla» y seguramente describirla. El mismo P. Carmelo afirma: «Confieso que, leyendo las biografías del Padre, especialmente en aquellos pasajes en que yo lo vi actuar, lo escuché directamente, me parecen unas sencillas fotografías, en que falta la vida». Creo que estos* ***fragmentos****, que no son para nada «minúsculos e insignificantes», como dice el Autor, tengan todo el vigor de una escultura y logren incidir una imagen viva del P. Aníbal. En ellos, justamente por la implicación en vicisitudes autobiográficas, sale vivo el Padre de los*

Huérfanos y Pobres, el fervor de su caridad, el timbre inmaculado de su alma, el sello de su santidad. La obra, que se podría llamar también ***Las florecillas del P. Aníbal****, no podrá no incluirse entre las* ***fuentes anibalianas****, que esperemos puedan salir poco a poco de los archivos para ser publicadas, aunque sin aparato crítico, en su primera fase. Entre las fuentes pertenece también la* ***leyenda****. No sería equivocado afirmar que estos* ***fragmentos*** *componen una* ***leyenda el P. Aníbal****, o sea* ***páginas para leer*** *según el significado de la expresión medieval de leyenda, en cuanto texto oficial y autorizado. Se respira, en efecto, en estas páginas el candor de Tomás de Celano en* ***Las florecillas del pobrecillo de Asís****, el color de la* ***Leyenda aurea*** *de Jacobo de Vorágine, o el amor del humilde fraile carmelita reformado que nos dejó el primer* ***Retrato de Teresa de Ávila****, en que la Santa se reconocía* ***fea****, pero fielmente reproducida. La historia del texto, aparecido en forma mecanografiada en finales de los años '60, es también para descubrir. Producirá un gran placer a los Hijos e Hijas del P. Aníbal tener este libro entre las manos, para volver a la imagen paterna, en la genuinidad de los orígenes y del manantial, y para estudiar su espiritualidad y su carisma. Con estos sentimientos entregamos el libro a la gran Familia Rogacionista y en modo especial a los Amigos del P. Aníbal.*

P. Pietro Cifuni

(Superior General)

1. Mi primer encuentro con el Padre Aníbal en el Barrio Aviñón

En Galati Mamertino (Mesina) se oía hablar muy bien del Canónigo Aníbal M. Di Francia y de sus Orfelinatos, por eso mi primo Cayetano Drago, que hacía muchos años quería abrazar la vida religiosa, la fin entró en Mesina en nuestro Instituto, y tomó el nombre de religión: Hermano Francisco María del Niño Jesús. Era un joven fuera del común, tanto que el Padre a menudo decía que él tenía virtudes angélicas. Murió el 24 de noviembre de 1908.

Él escribía a los familiares que en la vida religiosa se hallaba feliz. Después de unos años vino durante unos días en Galati. En aquella ocasión yo y mi hermano José y mi primo Salvador, que desde más tiempo habíamos manifestado la intención de consagrarnos al Señor en la vida religiosa, queríamos aprovechar para salir con él. Mi hermano y mi primo tuvieron sin problemas el consentimiento por los padres.

Para mí, en cambio, no hubo manera: mis padres no me creían adecuado para la vida religiosa, porque demasiado vivo y por mis trastadas. Me decían que era inútil enviarme, porque en el Instituto no me quedaría.

Estuve así luchando más de un año con mis familiares. Finalmente, tras muchas insistencias, con difidencia consintieron, y la misma mamá vino a Mesina acompañándome. Aquí nos paramos con una tía mía materna.[1] Esta, mientras no encontraba palabras adecuadas para describir la santidad y el espíritu de caridad del Padre, hablaba del Barrio Aviñón con evidente conmiseración, dada la mala fama que ese barrio tenía en la ciudad y lo que ella misma había podido ver en las frecuentes visitas a mi hermano José.[2]

Esta tía mía, casada con un abogado, tal Francisco Lo Sardo, jefe socialista de Mesina, era una buena mujer, pero un poco vanidosa. A pesar de ser una ferviente cristiana, se avergonzaba en decir que tenía unos sobrinos en el Barrio Aviñón. Por esto intentaba convencer a mi madre a disuadirme del propósito y a llevarse a casa del Instituto también a mi hermano. La mamá se defendía bien: José y mis primos escribían que eran muy contentos. Además, ella a sus hijos los dejaba totalmente libres de quedarse o de volver a la familia, si no les gustara aquella vida.

---

[1] Esta tía, de nombre Teresa, recurre otra vez en el cap. 90.

[2] Las dos familias Drago, de Galati Mamertino (Mesina), fueron particularmente generosas de vocaciones con la naciente Congregación rogacionista. Su presencia atraviesa desde el principio hasta el final las páginas de estas memorias. Es por lo tanto oportuno aclarar que pertenecen a la familia de Calógero Drago (o sea el Padre Carmelo): José, luego Hermano Mansueto († 24.03.1917); Concepto, también religioso rogacionista († 21.02.1914); Mauro, joven rogacionista, fallecido con 19 años († 03.12.1916); finalmente Francisco, que el Padre tuvo como ahijado de confirmación y que luego volvió a la familia. Además de estos hermanos suyos, el P. Carmelo tuvo en la congregación otros primos: Drago Cayetano, luego Hno. Francisco María del Niño Jesús († 24.11.1908) y Salvador, luego Hno. Mariano († 03.12.1927).

"Tía, puedes decir lo que quieras – intervine entonces – yo quiero entrar en el Instituto y quiero permanecer allí. Si tú vienes a visitarnos, nos haces un gran placer, pero si tú te avergüenzas, nadie te obliga a venir".

Y la tía: "Yo estoy segura que tú allá dentro, con tu carácter, no te quedarás ni una semana. Te verás cómo en una cárcel, y los curas te despedirán". "Muy bien tía, te daré una respuesta, te lo haré ver".

Después de comer, la mamá, la tía y yo nos fuimos al Instituto.

En el recibidor nos recibió el Hermano Plácido.[3]

Tenía la andadura de un simplón: se balanceaba aquí y allá. Además, era mal vestido, con un hábito descolorido color tabaco. En cuanto me vio, con un sentido de estupor incrédulo dijo: "¿Eres tú Calógero, el hermano de José?". "Sí". "¿Y por qué has venido? Tu hermano es muy bueno, tú en cambio eres muy malo: lo dicen todos aquí, tanto que tus padres no te permitieron venir con tu hermano y con tu primo. Si has venido para quedarte, te digo que es mejor que vuelvas a tu pueblo ahora con tu madre. Mejor para ti, porque aquí los chicos malos no los queremos, y por eso el Padre ciertamente te despedirá".

La tía, ardiendo, enviaba sus miradas ahora a la mamá, ahora hacia mí. Esta, toda mortificada, observó: "En realidad no se puede decir que Calógero sea malo. En el fondo es bueno, se presta para todo. Es solamente un poco vivo, no se queda nunca parado, y naturalmente hace alguna trastada. Si no lo hicimos venir al Instituto junto con José, fue para ver mejor su constancia".

A pesar de esto, sin embargo, el Hermano Plácido seguía diciendo, en manera cada vez más desdeñosa, que yo era malo.

Pero he aquí que sobrevino el Hermano José Antonio.[4] Él nos acogió con una bonita sonrisa, pero luego, dirigido a mí, dijo: "Ahora aquí tienes que ser bueno, porque aquí chicos malos no los queremos. ¿Entendido?".

Yo pensaba entre mí: "Aquí pues tengo la fama de malo, de canalla, digno de estar encerrado en un Instituto de corrección. Y con esta fama, ¿cómo puedo quedarme yo aquí? Es mejor que me vuelva ahora mismo a mi pueblo, antes de que me manden ellos. Llegados mi hermano y mi primo, el Hermano José nos acompañó para visitar el Instituto. Reinaba allí un silencio

[3] El Hno. Plácido Romeo nació en Mesina en 1875 y falleció en Oria el 26.02.1940. su actitud apresurada y tan poco conveniente con el nuevo llegado no provoca mucho asombro. El Padre, como se conoce, tuvo mucho que hacer para formarse un grupo de religiosos preparados para las complejas obras de la naciente Congregación. El modesto nivel cultural de los colaboradores, explica las intervenciones incluso pequeñas del Fundador en la cuestión de la vida religiosa y en los problemas educativos.

[4] El Hermano José Antonio Meli nación en Castelbuono (Palermo) en 1876 y murió en Mesina el 24.05.1941. Rogacionista hasta la médula, tenaz, particularmente querido al Padre y precioso para la Congregación. Se ocupó del óbolo, de las primeras Secretarías Antonianas, de la tipografía.

tumbal, también porque los huérfanos estaban de paseo. El primero que encontramos fue el Hermano Luis, que estaba enfermo y en aquel momento salía de su habitación: parecía un cadáver que camina.[5]

Luego encontramos al P. Bonarrigo:[6] tísico, pálido, con dos ojos abiertos de par en par que daban miedo. Luego el Hermano José nos llevó al P. Palma, que estaba en cama con fiebre alta. Estaba pálido y sin afeitar. Todos los lugares eran viejos. Por doquier un escualor que me provocaba un cierto disgusto, aunque yo venía de un pueblecito de montaña, de campesinos y pastores.

Pero lo que más me afectó fue la visita del dormitorio: se notaba en seguida que había una infestación increíble de chinches y pulgas.

Todo esto, sin embargo – lo tengo que decir – no me impresionaba tanto como en cambio la acogida del Hermano Plácido. Aquellas palabras: "eres malo, mejor que vuelvas a tu casa con tu mamá, en vez de ser despedido", no querían marcharse de mi mente.

Con este clavo fijo en la cabeza, tomé la decisión de volver absolutamente a Galati. Pero me avergonzaba de manifestarlo a cualquiera. Mi hermano, igual, tuvo que darse cuenta de algo, y me preguntó porque estaba triste. En voz baja, pero en modo firme le contesté: "Pepito, yo aquí no quiero estar, y hoy mismo, absolutamente, me vuelvo a Galati con la mamá". "Pero, ¿por qué?". "Porque aquel *fraile* que está en la puerta me dijo que soy malo. Me di cuenta que aquí para vosotros soy una canalla de la calle". "¡Qué va! No, no digas nada a nadie. Espera al menos que venga el Padre y así podrás decir en Galati que lo viste y que hablaste con él. De aquí a poco vendrá. Yo aquí estoy muy contento".

"Claro, estás contento, porque todos dicen que eres tan bueno, en cambio a mí ya todos me dicen que soy muy malo".

Fue justamente entonces que apareció el Padre. Todos corrieron a besarle la mano. Estaba sereno y nos acogió con una sonrisa amable. Viéndole, pensé: "Por fin veo una cara de cristiano". Dirigido a mí, poniéndome la mano en la cabeza, me dijo: "¡Qué bien! ¿Has venido? Te esperábamos ayer. ¿Estás cansado? ¿Comiste ya?". "Ya comí en casa de la tía con la mamá". "¿Y dónde está la mamá? La quiero saludar". "Se fue afuera con la tía y volverá más tarde para saludarla".

"¿Y tú aquí eres feliz?". "No, quiero volverme ahora mismo a Galati con la mamá". "¿Y por qué? ¿Es porque ves el Instituto viejo?". "Aquí no veo

[5] Es el Hermano Luis Barbanti, nacido en 1885 en Militello (Catania), muerto en Mesina el 16.11.1963. destacó sobre todo en la asistencia, donde lo encontraremos otras veces en estos episodios, en el vivo claro y oscuro de la vida diaria.

[6] El P. Francisco Bonarrigo, alma bella en un cuerpo frágil, fue entre las primeras conquistas del Padre. Nacido en Gualtieri Sicaminó (Mesina) en 1885, murió en Mesina el 16.02.1910.

huérfanos, las personas están todas enfermas, el dormitorio está lleno de chiches y pulgas que da asco. Pero principalmente quiero volverme a mi pueblo porque aquí todos me dicen que soy malo". "¿Y quién te dijo que eres malo?". "Me lo dijo aquel monje que está en la puerta, el con el hábito color tabaco".

El Padre preguntó al Hermano José quién era, y cuando supo que era el Hermano Plácido, negó con la cabeza y dijo: "No, no es verdad, no eres malo. El hermano igual te lo dijo así de broma". "No, no, me lo dijo en serio más veces, y me dijo también que para mí es mejor que me vuelva ahora mismo con la mamá". "Tranquilo, no eres malo, te lo digo yo. Si hubieses sido malo, no habría escrito a tus padres de hacerte venir aquí. Oye, ven conmigo, vamos a hacer una oración en la capilla".

"Sí, voy a la capilla, pero yo quiero marcharme de aquí. Y luego mi oración no vale nada, porque soy malo". "No pienses más a lo que te dijo el Hermano, y piensa a lo que te dije yo".

Salido de la capilla me sentía un poco más sereno, pero insistía aún que me quería marchar. El Padre me dijo: "Escúchame: quédate aquí durante unos días. Si luego no te gusta, te haré acompañar yo a Galati".

A decir la verdad, cuanto más hablaba con el Padre, tanto más me iba tranquilizando. Le contesté: "¿Pero usted está siempre aquí? ¿Y cuando quiera, puedo venir a verle?". "Claro que sí. – me dijo – Al revés, me gusta mucho. Ven conmigo que te indicaré la habitación donde moro". Me fui con él y él me quería dar unas chocolatinas. Yo le agradecí, y le dije que los dulces no me gustaban. Con una mirada eché un vistazo a la habitación y quedé confundido y conmovido por tanta pobreza. Después de un rato sobrevino el Hermano Plácido y a él el Padre preguntó: "¿No es verdad que Calógero es un buen chico?". "Sí Padre". Contestó el Hermano. "Ves, ¡también el Hermano Plácido dice que eres un buen chico!". "Sí, ¡a ver quién sabe porque habló así!". Y el Padre: "Pues, ¿quieres quedarte, o quieres volver a tu pueblo?". "Está bien, por ahora me quedo – le contesté – a pacto que cuando quiero pueda ir a estar con usted".

Desde entonces en adelante, en los primeros tiempos, cuando veía al Padre corría siempre a él. Él me pedía si necesitaba algo y me quedaba contento. Cuanto luego le dije que estaba super contento, no me lo pidió más.

En ocho meses de permanencia en Mesina, desde la entrada a la vestición, el Hermano Plácido durante más de diez veces me acompañó al Padre, acusándome por trastadas inocuas. El Padre me exhortaba puntualmente a ser más bueno, pero nunca en tono de reproche. Más bien, cuando se trataba de algo original, sin quererlo, le escapaba por debajo algunas risas. Si yo permanecí en el Instituto lo debo a la comprensión más que paterna del Padre Aníbal.

2. Flores para la procesión de Corpus Domini

Una mañana, en la fiesta de Corpus Domini, el Padre nos mandó de vestirnos bien, porque teníamos que ir con él para hacer algo muy importante. Llegados al Instituto femenino del Espíritu Santo, nos condujo en una habitación donde había muchas flores preparadas en cestas bonitas. A la Superiora hizo observar que eran demasiados pocos, mientras nos explicó a nosotros para qué tenían que servir. Teníamos que derramarlos a lo largo de las calles en las que pasaría la procesión con el Santísimo Sacramento. Él cuidó todos los detalles: unos de nosotros tendrían que barrer las calles, mientras otros derramarían las flores. Luego llamó el jardinero y preguntó si en el jardín hubiesen quedado otras flores. Aquello contestó que habían quedado muy pocos, tanto por no despojar totalmente las plantas. El Padre objetó: "¿Qué quiere decir: despojar totalmente las plantas? Las flores se cultivan principalmente para Nuestro Señor y no para la belleza del jardín". Nos acompañó pues al jardín y nos hizo recoger todas las flores que quedaban, encomendándonos de no tratarlos mal.

Una vez llegados a la Catedral, vimos desarrollarse la procesión. Era de verdad un espectáculo. El Padre, vestido con hábitos canonicales, desfilaba con todo el Capítulo. Él marchaba tan compungido, que unas personas le indicaban y decían: "Se ve que el Canónigo Di Francia es justamente un santo. ¡Mirad cómo anda recogido!".

3. En el pequeño teatro de los Salesianos en el torrente Boccetta

Después de la lectura espiritual, el Padre nos dijo de vestir el hábito nuevo y de ir con él. A lo largo de la calle nos decía de adivinar dónde íbamos. Nosotros contestábamos unos para alguna función religiosa, otros para otro paseo. Y él: "No adivinasteis. Vamos al teatro". Y nosotros en coro: "¡Vaya, al teatro! Nosotros sabemos que al teatro no se puede ir, el que va, hace pecado". Y el Padre: "Al teatro no bueno no se puede ir; pero al bueno sí. Nosotros iremos al pequeño teatro de los Salesianos, que es muy bueno, muy divertido y educativo, sea por la formación cultural y espiritual, sea por el ejercicio de saberse presentar en público y declamar. Don Bosco tenía mucho interés a los pequeños teatros, y también nosotros los queremos".

Llegados al Oratorio, quedamos encantados por un enjambre de chicos que se divertían en muchos modos. Quien saltaba, quien corría, quien chillaba.

Entre ellos había unos religiosos salesianos que animaban los juegos y asistían aquellos niños con mucho amor y diligencia. Había también el director del Oratorio que, en cuanto vio al Padre, intentó recomponerse y quitarse el polvo, antes de obsequiar el huésped. Intentó disculparse por el

modo en que se presentaba, pero el Padre le contestó: "Ninguna disculpa. Hace su deber de Director, de Salesiano, de verdadero hijo de don Bosco". El Padre lo agradeció luego por la invitación y nos presentó diciendo: "Estos son los chiquillos que aspiran a ser, si Dios quiere, religiosos de nuestro Instituto. Los llevé aquí para que se diviertan y aprendan el espíritu salesiano, que es muy parecido al de nuestro Instituto en el campo educativo. A los nuestros encomiendo siempre de adoptar en la educación el método preventivo de don Bosco".

Ya era la hora del espectáculo: bastó una señal firme con el pito para silenciar aquella multitud de chicos, que corriendo todos fueron a formar la fila perfectamente. Entonces el Padre nos dijo: "¿Veis como son disciplinados? Vosotros tenéis que ser así, y así tenéis que formar los chicos cuando, si el Señor lo querrá, también a vosotros tendréis que asistirlos. Esta disciplina se consigue con el método preventivo, sin castigos, o sea a través la asidua y amorosa asistencia, la persuasión y la religión". Y nosotros al Padre: "Este método no lo entendimos, es difícil. No entendemos cómo se puede conseguir la disciplina sin castigos; nos lo explique mejor". Y el Padre: "Acordármelo mejor mañana, en la lectura espiritual". Entonces Salvador (que luego fue el Hermano Mariano) añadió: "Si es así, el Hermano Plácido no observa para nada el método preventivo. En efecto, cuando falta el Hermano Francisco, por cada pequeñez que hacemos él siempre nos castiga. Quiere decir que el método preventivo no lo conoce ni él". Y el Padre: "¿Qué queréis? El Hermano Plácido es muy bueno. Quiere decir que no lo estudió bien, pero vosotros tenéis que ser buenos y disciplinados sin castigos. Y si seréis castigados, hace falta que aceptéis humildemente".

4. Un inusual repique de campanas

Los aspirantes estábamos en el estudio, ocupados en las tareas, cuando sentimos prorrumpir en el instituto un prolongado repique de campanas a fiesta. Por mí era una novedad, por eso salté fuera rápido gritando: "¡A los ladrones, a los ladrones!". Pero, en cambio, vi al Padre que, subido en la torre de la Capilla, estaba pegado a las dos campanitas, repicándolas festivamente. Mis compañeros salieron ellos también y se reían porque me habían oído gritar: "¡A los ladrones, a los ladrones!". Ellos sabían en efecto de que se trataba, porque aquella escena se repetía cada vez que llegaba la adhesión de algún obispo a la Sagrada Alianza de la Rogación Evangélica. Viéndonos, el Padre nos dijo que había llegado una nueva adhesión a la Sagrada Alianza de un Obispo de que no recuerdo el nombre y nos invitó a entrar en la Capilla para hacer una oración de agradecimiento a Jesús Sacramentado por tan bonita gracia.

Salidos de la Capilla, contaron al Padre mi reacción por aquel inusual repique. Él echó a reír de buena gana y me dijo: "Tranquilo que aquí los

ladrones no vienen, porque no hay nada para robar". Luego se entretuvo para explicarnos qué era la Sagrada Alianza, el valor de la Santa Misa, la obligación que los Rogacionistas tienen que sentir para procurar Sagrados Aliados. Nos habló sobre el celo y los sacrificios que hacía el Hermano José Antonio para incrementar las adhesiones. En el comedor, luego, el Padre nos dispensó del silencio, algo que acontecía sólo en las más grandes solemnidades, e hizo también pasar el pastel, y se siguió hablando con mucho entusiasmo de la Sagrada Alianza. Además, nos dispensó de las clases que teníamos que hacer en la tarde; y nos consintió de salir de paseo para divertirnos, como en los días de gran fiesta. Entonces dije a mis compañeros: "¡Sería ciertamente una gracia bonita para nosotros si llegaran al menos tres o cuatro veces por semana estas adhesiones de Obispos a la Sagrada Alianza!". Mis compañeros se pusieron a reír, y el Padre me pidió la razón. Tras haberla conocida, observó: "¿Por qué? ¿Por tener muchos Sagrados Aliados, o por hacer fiesta y no ir a clase?". Yo, un poco confundido, contesté: "Por las dos cosas juntas". "Admiro tu franqueza – añadió el Padre – pero no puedo aprobar tu poco amor al estudio. Te disculpo un poco porque hace poco tiempo que entraste en el Instituto. El estudio es también algo muy importante en la vida religiosa. Y luego, hecho por amor de Dios, con la obediencia, es oración".

5. El hermano del Padre

Tenía el cuidado del comedor y veía al Padre, cuando cenaba después de la Comunidad, entretenerse con mucha familiaridad con un Canónigo que venía a verle a menudo.

Una noche pregunté al Padre quién fuera aquel Canónigo, que me parecía tan bueno, y trataba con él con mucha familiaridad y cariño. El Padre me contestó: "Es mi hermano Francisco, es muy bueno, muy inteligente, muy celoso y muy estimado. Él también fundó una comunidad que hace mucho bien". Entonces contesté: "¿No sería mejor que esta Congregación se uniera con la de las Hijas del Divino Celo, para formar así una familia religiosa más grande?". Y el Padre: "Mejor hacer la voluntad de Dios, que así dispuso. Y además aquella Congregación actúa muy bien y tiende a desarrollarse. Así en vez de una Congregación, como dices tú, son dos que trabajan para la gloria de Dios y el bien de las almas".

El día después, durante el recreo, conté al Hermano Luis el coloquio de la noche anterior con el Padre. Fue entonces que el religioso a su vez me contó como el hermano del Padre antes trabajaba con él, pero seguidamente había convencido unas hermanas Hijas del Divino Celo a seguirlo a Roccalumera, pueblo poco lejano de Mesina, donde había fundado otra Congregación.[7]

[7] Para un análisis de la cuestión cf. las páginas del P. T. TUSINO, *L'Anima del Padre*, 736 ss.

Pocos días después cometí una gran imprudencia. Tuve la osadía de preguntar al Padre mismo explicaciones sobre todo lo que me había comentado el Hermano Luis.

El Padre no me hizo ni hablar, me interrumpió bruscamente, y haciéndose muy cero me preguntó quién me había contado estas cosas. Cuando le contesté que me las había comentado el Hermano Luis: "Iros a vuestros negocios – me dijo – no entendéis lo que decís ni tú, ni el Hermano Luis. Mi hermano y yo vamos de acuerdo, nos queremos mucho. Su Congregación hace mucho bien y yo, cuando puedo, la ayudo también".

Luego supe que el Hermano Luis fue llamado por el Padre y reprochado fuertemente.

Recuerdo cuando el Padre salió de Mesina a Oria, unos días tras haber recibido la noticia de la muerte de su hermano Francisco. ¡Estaba muy dolido! Estaba celebrando un curso de Misas gregorianas. Dispuso que durante más días hiciéramos sufragios. Y luego nos habló muy bien del Difunto, de sus calidades, y así también de la Obra religiosa fundada por él.

6. Un noble decaído

Cada día un señor, que presumía de noble, iba al Instituto de Mesina. Comía no junto con los pobres, sino aparte, y se trataba de modo especial. Comía como un lobo, y no había comida que le bastara. Siempre estaba descontento, y quería informarse de los asuntos del Instituto. El Padre le usaba una atención especial, lo compadecía mucho y lo trataba con respeto por el estado decaído en que se hallaba.

Hace falta decir que él abusaba mucho con tanta bondad. Estaba siempre al tanto y, cuando el Padre iba a comer después de la Comunidad, lo seguía al comedor, se le sentaba en frente y acababa siempre con tomar parte de lo que estaba destinado a otros. Tenía una táctica suya: se hacía rogar algo en el principio, pero luego aceptaba y devoraba.

Esto acontecía a menudo y el Padre así se privaba de lo necesario.

Yo que servía en el comedor hervía por tanto atrevimiento y con las buenas intentaba hacerle entender que era algo que no se tenía que hacer. Pero finalmente, cuando vi que todo era inútil, un día, mientras él, como siempre, quería entrar en el comedor para obsequiar (así decía él) al Padre, le declaré, antes con las buenas, y luego con firmeza, que el Padre lo podría obsequiar en la salida del comedor, y que no podía entrar en el comedor de ninguna manera.

Con esto se sintió ofendido y me acusó al Padre, que me reprochó.

Yo me disculpé diciendo: "Pero este es un hombre insoportable y maleducado. Cada vez que usted está solo comiendo, con la escusa de obsequiarla, entra en el comedor, se sienta allá en la mesa en frente de usted, come como un hambriento y usted se queda en ayunas". Y el Padre: "Tú, ocúpate de tus asuntos. ¡Él come de lo que le doy, pobrecito! Quiere decir que tiene hambre; sufre mucho. Estaba acostumbrado con muchas comodidades, era muy rico, ¡y ahora está falto de lo necesario! Hace falta ayudarle. Las personas decaídas en baja fortuna sufren más que las que están acostumbradas a vivir en las estrecheces y en la pobreza".

Entonces añadí: "Dicen que este hombre era muy rico y dilapidó sus bienes divirtiéndose, desgastando y jugando. Por eso la culpa de la miseria en que se halla es suya. Así que peor para él; ahora descuente su pena".

Y el Padre: "¿Qué manera de hablar es esta? Eres muy impertinente. Cuida de tus asuntos. Este modo tuyo de juzgar no me gusta. Este señor es un caballero, una persona respetable. Cuando era rico hacía mucho bien. Si hoy es reducido en la necesidad, es por las circunstancias de la vida que tú y otros no podéis conocer. Te digo que hace falta tratarlo bien, y no te permitas más de impedirle de entrar al comedor, cuando yo estoy en la mesa. Yo me siento honrado con su compañía.

Yo tomé la lección, pero pensé entre mí mismo: "¡Vaya honra! ¡Lo hace quedar en ayunas y le hace hacer penitencia!".

7. Aquellas cerezas marchitadas

Un día llegó al Barrio Aviñón un hombre, acompañado por el Hermano José Antonio, con una gran cesta de cerezas. Cuando las vi dije al Hermano: "¿Y qué tenemos que hacer con estas? ¡Están todas malas!". "Las vi yo también - contestó el Hermano – escoged las que podéis. Las compró el Padre". "¡Vaya buen trato que hizo! – contesté yo – se dejó engañar por aquel hombre". "No – dijo el Hermano – aquel pobrecillo se lo dijo al Padre que estaban malas, y el Padre las tomó igualmente. El hecho fue así: mientras íbamos al Espíritu Santo, aquel hombre con su cesta de cerezas se acercó al Padre, que ya conocía por haber sido otras veces ayudado por él, y le dijo que tenía la familia numerosa sin un trozo de pan. Y el Padre: "¿Por qué no vendéis estas cerezas y con la ganancia compráis el pan para vuestros hijos?". "No las quiere nadie – contestaba el pobre hombre – porque todas están malas. Las recogí entre los residuos de un almacén". Pero el Padre, mirando en la cesta, observaba: "Hay unas cuantas buenas. Me las compro todas yo. Llevadlas al Instituto. Os acompañará el Hermano. ¿Cuánto os debo?". Y el hombre: "No valen nada; deme lo que le inspira el corazón". Y el Padre: "No, no es verdad que no valen nada; algo valen. Y le dio una cantidad que el pobrecillo, en verla, se conmovió hasta las lágrimas, y dijo: "¡Su corazón es más grande que el océano!".

Llegado el Padre en el comedor, me preguntó dónde habían sido puestas las cerezas que había comprado. Luego dijo: "No las hagáis perder. Escoged las buenas y pasadlas a la Comunidad. Hice un buen trato. ¡Aquel pobrecillo casi me las regaló!". Y yo: "¡Bonito regalo! No valen nada. No hay nada para escoger". Y el Padre: "No seas pesimista, e intenta no dejar perder la providencia".

8. El vaso de los pobres

Se había roto el vaso que en la mesa usaba el Hermano Luis. El Hermano José me dijo de sustituirlo con uno de los que se usaban ordinariamente para los pobres y que se distinguían de los de la Comunidad por su forma diferente.

Cuando el Hermano Luis lo vio en la mesa, hizo sus protestas conmigo, y esbozó un gesto de rechazo. El Padre se dio cuenta y me pidió la razón. Le conté cómo había ido la cosa, y él, dándome su vaso: "Llévalo al Hermano Luis – dijo – y aquello tráemelo a mí". El Hermano Luis quedó mal e hizo de todo para tener otra vez el vaso del Padre. Fue en seguida a pedir perdón. Pero el Padre fue inamovible, diciendo que se sentía honrado de usar el vaso de los pobres que representaban a nuestro Señor. Pobre Hermano Luis, ¡hacía pena verle! Quedó mortificado. Eran tres días que en la mesa no bebía, mientras en cambio sentía gran necesidad por el calor que hacía. Se puso a interceder también el P. Palma, que exhortó al Hermano Luis a pedir nuevamente perdón al Padre, rogándole de quererle devolver el vaso.

El Padre finalmente consintió, y tomó ocasión de esto: para decirnos que en los pobres tenemos que ver la persona de nuestro Señor que declaró: "Todo lo que hacéis a uno de estos en mi nombre, lo hacéis a mí mismo". El Padre destacó también que los pobres los tenemos siempre que tener con nosotros y que el origen de nuestra Obra viene de la pobreza efectiva y afectiva.

9. El Evangelio a los pobres

Cada domingo, en Mesina, antes del terremoto, después de comer se recogían en el patio del Barrio Aviñón los pobres. eran un buen número. Cuando estaba el Padre, él mismo les enseñaba la doctrina cristiana. Quería que asistiéramos todos, incluido el P. Palma y el P. Bonarrigo.

El Padre hablaba en una manera muy simple y con tanto fervor espiritual que hasta los más brutos e ignorantes lo entendían y quedaban encantados. Así no era, en cambio, cuando, en su ausencia, hablaba algún otro.

Acabada la doctrina, que ordinariamente duraba unos veinte minutos, todos teníamos que dedicarnos a servir a los pobres. Quien repartía la sopa, quien el pan, quien daba a cada uno algo de dinero.

El Padre se sentía feliz de estar en medio de los pobres, de servirlos y de ayudarlos. Antes de la distribución, probaba siempre él la comida, a veces comía con los pobres. ¡Ay si la sopa no hubiese sido abundante y no la hubiese encontrada bien preparada! En las festividades solemnes se añadía vino, fruta, tarta y el doble del dinero. Él, dirigido a nosotros, los aspirantes, decía: "¡Mirad qué bueno es estar con los pobres, ayudarles e instruirles en la doctrina cristiana! Hace falta darles el alimento material, pero sin hacer faltar lo espiritual. Acordaos de lo que dijo – entre otro – nuestro Señor para demostrar su obra mesiánica: los pobres son evangelizados. Si queréis pues ser verdaderamente buenos religiosos rogacionistas, tenéis que amar mucho, pero mucho, los pobres".

Recuerdo también que una o también más veces en la semana, por la noche, el Padre iba al apartado de los huérfanos y se entretenía familiarmente con ellos, como si hubiese sido uno de ellos, mejor, como su mamá o su papá. Escuchaba sus peticiones e intentaba contentar sus deseos. Luego, los instruía en la religión. Por eso los pequeños, a menudo, cuando veían al Padre le decían: "Padre, ¿esta noche viene con nosotros? ¡Le esperamos!". Tal vez en estas escenas asistíamos nosotros los aspirantes, y el Padre finalmente nos decía: "Ahora esto lo hago yo con los huérfanos, luego lo tenéis que hacer vosotros si el Señor os dará la gracia de ser religiosos. Hoy esto es el más querido ideal de mi vida, mañana tendrá que ser el vuestro. Si no sentís este transporte para con los huérfanos, nunca podréis ser buenos Rogacionistas. La Divina Providencia se sirvió de la necesidad espiritual y temporal de los huérfanos y de los pobres para inspirarme la fundación de la Congregación".

10. El árbol de las ciruelas

En un rincón del Barrio Aviñón había un pequeño jardín, en que, entre las flores, se cultivaba por el asistente, tal Vízzari,[8] un arbolito de ciruelas que, aunque pequeño, igualmente estaba cargado de frutos, que aquel tenía contados.

Un día tuve la infeliz idea de coger uno de ellos, para ver si estaba en su sazón. Sin embargo, era tan agrio que lo tiré en el mismo jardín. El Vízzari se dio cuenta que faltaba una ciruela, se enfadó e hizo un proceso en su manera, inculpando a un pobre huerfanito que golpeó bastante, como sabía hacer él, poniéndolo además de rodillas en el comedor y dejándolo sin comer al mediodía.

Cuando supe la cosa, fui al Vízzari para decir que no había sido el huerfanito a recoger la ciruela sino yo. En cuanto lo oyó, me dio dos solemnes bofetadas y me acompañó al Padre para hacerme castigar. El Padre me dijo: "Las cosas no se tocan sin permiso". Luego, viéndome la cara roja, me

[8] Emanuel Vízzari, de Mesina, antiguo huérfano, que el Padre tenía como educador, en realidad muy reprensible, como se ve aquí y más tarde (cf. cap. 28).

preguntó qué tenía. Yo lo conté el hecho. Entonces el Padre reprochó al Vízzari diciéndole: "Te portaste muy mal. Al revés, tenías que alabar a Calógero que había venido espontáneamente a confesar la falta para disculpar al huerfanito inocente. Y luego, por una chiquillada, ¿se dan a este y al otro bofetadas y castigos? Y luego, ¡tú no tienes que ponerte para nada con los aspirantes! Es inútil: ya lo dije que no eres bueno para estar con ellos".

11. Lucha para limpiar a un huerfanito

Un pequeño no pudo llegar a tiempo al lavabo, y le pasó lo que tenía que pasar. ¡Pobrecillo! Estaba sucio para hacer piedad, y parado en la puerta del lavabo cerca del patio lloraba sin consuelo pidiendo ayuda. Allá se halló el Padre pasando y fue a consolarlo. Corrí yo también y el Hermano Luis, que se activó para limpiarlo. Pero el Padre decididamente dijo: "Tengo que limpiarlo yo. Ir a buscar la ropa y el vestido".

Por cuanto insistiéramos de quererlo limpiar nosotros, no se pudo hacer nada. El Padre repetía: "Os dije que tengo que limpiarlo yo. ¿Acaso me queréis quitar esta ocasión de hacer para los huérfanos un deber mío? Vosotros tenéis otras ocasiones para hacerlo". Se llevó el pequeño en la habitación y no quiso ninguna ayuda. Después de un buen rato apareció nuevamente teniendo en la mano el niño limpio y bonito, ¡así como habría podido hacer sólo una mamá! Luego me dijo: "Corre a buscar una galleta en el armario del comedor para darla a este niño querido". Llevando la galleta, tuve la imprudencia de decir delante del niño: "¡Pobrecito! ¡Tal como estaba, daba asco!". El Padre en seguida me reprochó diciéndome: "Estas palabras no se dicen. ¡Es un niño muy lindo, muy limpio! Solo le pasó esta vez, sin querer. ¿Es verdad que ya no lo harás más?". "Sí – contestó el niño – no lo haré más. Hace unos días me duele el estómago". Y el Padre: "¿Se lo dijiste al Hermano Luis?". "No". "Cuando te sientes mal, tienes que decirlo al vigilante, ¿entendiste?".

Luego, a solas, el Padre me dijo: "¡Vaya modo de hablar ante el niño! ¡Daba asco! El niño se mortificaba. Y luego en las obras de caridad no hay nada que tiene que dar asco, más bien cuanto más un servicio puede parecer repugnante y penoso a la naturaleza, tanto más uno se tiene que sentir trasportado para hacerlo, y con mayor diligencia por amor de nuestro Señor y para ganar méritos para el paraíso. ¡Hace falta que leas las vidas de los santos para ver cómo se prodigaron en cuidar a los enfermos incluso con enfermedades infectivas o repugnantes, sea en los hospitales, sea especialmente en las misiones! Te procuraré yo para esto unas bonitas vidas de santos y libros de misiones a las que nosotros también tenemos que aspirar.

El espíritu de nuestra Congregación es este. El Señor se sirvió de las miserias humanas del Barrio Aviñón para inspirar la fundación de esta nuestra Obra piadosa. No hay caridad que no lleve sacrificios; y cuántos más

sacrificios se hacen para cumplir los actos de caridad, tanto más la obra es merecedora. Tenemos que pensar en el sacrificio que nuestro Señor hizo por nosotros. ¡Murió en la cruz!".

12. La asistencia de los huérfanos antes del terremoto de 1908

Por falta absoluta de personal propio interno, la asistencia de los huérfanos antes de terremoto fue confiada a tal Bucceroni, antiguo militar, que hacía de responsable, y a tal Vízzari, nuestro antiguo alumno, que hacía de vigilante. Los dos, pero especialmente Vízzari, adoptaban un método disciplinar militar y represivo.[9]

Por cuanto usaran todos los medios para no hacer aparecer externamente su rigor, el Padre era muy preocupado. Les llamaba la atención, desaprobaba y amenazaba, pero no sabía cómo proveer diversamente. Un día Vízzari, como un huérfano no había barrido bien el dormitorio, le abofeteó y lo dejó sin comer, encerrado en el mismo dormitorio. El hecho se divulgó y el Padre llegó a conocerlo, al punto que llamó a Bucceroni amenazándolo de despedirlo, mientras que a Vízzari le dijo que merecía marcharse del Instituto.

Habiendo sabido luego que nosotros los aspirantes conocíamos el rigor con que se trataban los huérfanos, un día durante la lectura, empezó a desaprobar y a culpar los criterios educativos usados por Bucceroni y Vízzari. Nuestro método, repetía, tiene que ser el preventivo, usado por don Bosco, y no el represivo, porque este último embrutece los ánimos. Y concluía: "Esperemos tener cuanto más pronto posible en la Congregación educadores nuestros bien preparados, que sientan la propia responsabilidad y consideren la formación de los huérfanos como una de las más gratas misiones ante Dios y ante los hombres".

13. Las primicias para los huérfanos

La Superiora del Instituto del Espíritu Santo envió al Padre una cesta de higos con este billete: "Los primeros frutos de nuestra huerta, para el Padre". El Padre, viendo aquellos higos bonitos y frescos, dijo: "¡Pero de verdad son bonitos!". Habiendo luego leído el billete, añadió: "La Superiora se equivocó de destino; en vez de decir para el Padre, tenía que decir para los huerfanitos. Nuestras primicias deberán servir para los huérfanos y pobres". Luego me dijo de tomarlos y llevarlos al comedor de los huérfanos y de decir al responsable que los repartiera.

Yo me permití de pedirle se podría dejar algo para los Padres. Pero él me contestó: "No, antes que los Padres vienen los Huérfanos". Luego tomó

[9] Cf. el cap. 28 y la persecución contra las Comunidades de Francavilla Fontana y Oria, causada, por lo que se sabe, por los métodos incautos del Vízzari con los niños.

tres higos y me los dio diciendo: "Cómelos". Yo, avergonzado, contesté: "Gracias, Padre. Yo no quería decir que los dejara para mí". Pero el Padre me los ofreció nuevamente y dijo: "Ya sé que no querías decir para ti; pero tómalos y cómelos, tú también eres un chico".

Cuando los huérfanos entraron en el comedor y vieron aquella fruta bonita, empezaron a gritar: "¡Qué viva el Padre!".

14. El Canónigo Vitale

Muy a menudo por la noche, después de cenar, veía un canónigo que se entretenía en el comedor a hablar con el Padre con mucha familiaridad. Yo, que tenía el encargo de servir en el comedor, quedaba edificado por su bondad, que aparecía de todo el conjunto, y especialmente por el respeto y la veneración que mostraba para el Padre.

Una noche, después que el canónigo se fuera, me animé y dije al Padre: "Este canónigo tiene que ser un santo de veras". Y el Padre: "Es un canónigo de la Catedral de Mesina, muy bueno, culto y estimado por todos. Hace un gran apostolado". "Como es tan bueno – dije yo – ¿por qué no se hace Rogacionista y viene a trabajar con Usted?". El Padre, sonriendo, me contestó: "Este canónigo en el espíritu ya es Rogacionista desde cuando era clérigo".

"Alguna vez se lo diré yo que se haga Rogacionista", añadí entonces. "No, no, - me contestó el Padre – no se lo tienes que decir tú, sino que se lo tiene que decir nuestro Señor, cuando será la hora. Ciertamente será Rogacionista cuando el Señor querrá. Hará mucho bien a la Congregación y será fácilmente el que llevará el peso de nuestra mínima Obra".[10]

15. Salta lo que quieras, pero no hagas pecados ni te rompas la cabeza

En los últimos días de noviembre de 1908 el Padre me dijo: "Te voy a dar una noticia bonita: pensamos, si tú lo quieres, de admitirte para la fiesta de la Inmaculada a la vestición religiosa. Pero tendrías que prepárate bien. ¿Estás contento?".

[10] El P. Francisco Bonaventura Vitale (Mesina 1866-1950 conoció al Padre desde su juventud (hacia 1883) y quedó fascinado de él. "Lo amé desde aquel momento, apunta él mismo (cf. *Bollettino 1928*, p. 77, citado en TUSINO, AP 46). Con mayores detalles el P. Vitale vuelve sobre aquel primer encuentro y sobre su vocación rogacionista en el precioso opúsculo "*Enamoraos de Jesucristo*". En la muerte del Padre, él se convirtió en el guía natural de la Congregación, así que con razón se puede considerar el "alter parens" de los Rogacionistas.

"¡Gracias! Sí que quiero: para esto entré en el Instituto. Pero…".

"Pero, ¿qué? – dijo el Padre - ¿Qué quieres decir? ¿No te quieres vestir?".

Sí, quiero vestirme; pero me dijeron que cuando uno toma el hábito religioso, tiene que ser serio; ya no puede jugar, ni mucho menos saltar. Y yo, francamente, así no puedo estar. Quiero ser alegre, quiero jugar, quiero saltar".

"Pero, ¿quién te dijo estas cosas? Nosotros queremos religiosos alegres: *servite Domino in lætitia*, y dinámicos. Por eso vistiéndote, te digo de estar siempre alegre. Puedes aún jugar y saltar como quieres; es suficiente que no hagas pegados y no te rompas la cabeza".

"Entonces sí que me quiero vestir".

En el patio del Instituto había una vasca con unos peces, y yo, eludiendo la vigilancia, a menudo la saltaba de una parte a la otra. Después de unas semanas que era vestido con el hábito religioso, imprudentemente intenté saltarla, como siempre. Lamentablemente la jugada me fue mal. La sotana se me enredó entre las piernas y yo, para no caer en la vasca, me lancé a cuerpo muerto más allá del borde opuesto, desmoronándome al suelo y sufriendo rasguños en las manos y en las piernas, y un desgarrón en el hábito.

Los compañeros corrieron para levantarme y también el Hermano Plácido que hacía de vigilante, que viéndome en aquel estado me dijo: "Eres siempre tú. No puedes quedar quieto. ¿Ves cómo te redujiste? ¿Cuántas veces te prohibí de hacer este juego? Ahora paga tu desobediencia".

Yo, casi irritado, le contesté: "Pero, ¿qué mal he hecho? El Padre me dijo de jugar y saltar lo que quiero, basta con que no haga pecados y no me rompa la cabeza. Ahora yo creo que no hice pecados, ni me rompí la cabeza".

Me acompañaron al dormitorio para curarme y vendarme las heridas. Tuve que ponerme en la capa esperando que me cosieran la única sotana que tenía. Dijeron luego al Padre lo que me había acontecido y la respuesta que le había dado al Hermano Plácido. El Padre vino a verme en el dormitorio y me preguntó si me había hecho mucho daño. Yo, aunque sentía fuerte el dolor, contesté: "No, es cosa de nada. Estoy en la cama esperando que me arreglen la sotana que se rasgó". Y el Padre: "Tienes que vigilar; no tienes que hacer estas cosas, ¿entendiste? ¡Juega moderadamente y salta lo que quieres, basta que no hagas pecados, no te hagas daño y no rompas más la sotana!".

Por la noche el Padre me vio con las manos vendadas, y que caminaba cojo.

"Me dijiste que te habías echo poco mal y que era cosa de nada. Según tu parecer, para ser algo grave, ¿tenías que romperte piernas y brazos?".

16. El Padre en el terremoto de 1908

Cuando aconteció la terrible desgracia del terremoto,[11] el Padre se hallaba en Roma. En cuanto supo la noticia, se apresuró para volver a Mesina, pero sufrió tantas peripecias, que sólo después de unos días pudo alcanzar su infeliz ciudad. Cuando finalmente llegó, era irreconocible sea por el dolor, sea por el cansancio del viaje. Lo rodeamos en seguida con gran ardor y cariño. Él tuvo palabras de consuelo, de ánimo y gratitud al Señor que nos había librado de la muerte. Y en cuanto se dio cuenta sumariamente de las cosas, exclamó: "¡*Deo gratias*! Me habían dicho que mis dos Institutos habían sido derribados completamente y que todos vosotros habíais quedado bajo los escombros. ¡En cambio el Señor permitió que hubiese sólo trece víctimas!".

Yo, en cuanto se me dio la posibilidad, le dije: "Padre, el canónigo Vitale está aquí con nosotros, y también su hermana quedó ilesa". "Demos gracias al Señor", contestó el Padre. Y luego en seguida se puso a trabajar, se puede decir, día y noche, no sólo intentando levantar y ayudar las personas de nuestros Institutos, sino también las de la ciudad.

Se daba alma y cuerpo para ayudar en todos modos para desenterrar a los heridos que procuraba fuesen internados; a desenterrar a los cadáveres; a consolar y socorrer en todos los modos a los afectados. Trabajaba con la pala, con el pico, ayudaba a llevar en las espaldas los heridos y los cadáveres. En esta obra suya era ayudado válidamente por el P. Palma, que tampoco se fijaba en las labores ni en los peligros.

Era su preocupación también ir en los escombros de las Iglesias de la ciudad para extraer, su hubiese sido posible, eventuales píxides con las Sagradas Especies, reliquias, imágenes sagradas.

También algunos de nosotros, los jóvenes, lo ayudábamos como podíamos. Un día yo, viendo los cadáveres heridos y hediondos, devolví y estaba para desmayarme. El Padre me reenvió al Instituto y me dijo que tenía que trabajar dentro, sin ir por la ciudad. De todos modos, había mucho trabajo también dentro. Bajo los escombros de la panadería y de la pastelería del Espíritu Santo, había en efecto pan, pasta y harina. Hacía falta recuperarlos para dar de comer no sólo al personal de los dos Institutos, sino, cuanto más era posible, también a las víctimas del terremoto.

El Padre, viendo cómo se trabajaba con buen ánimo en búsqueda de las cosas, se complacía, porque así se podía socorrer a mucha gente hambrienta. El trabajo no era sólo el de recuperar los productos alimenticios de los escombros, sino también de separar de ellos el polvo y la parte averiada. En uno de aquellos días el Padre me preguntó si mis padres habían tenido noticias que nosotros habíamos quedado, gracias a Dios, incólumes. Le contesté que

[11] El terremoto aconteció el 28 de diciembre de 1908, a las 5:30 horas. El Padre había ido a Roma en la noche de Navidad.

habían intentado venir a Mesina para darse cuenta, pero los militares no los habían hecho entrar en la ciudad. Por unas personas del pueblo que habían sobrevivido habían oído que nuestro Instituto había sido derribado y que todos habíamos quedado bajo los escombros. Con el corazón roto por el dolor, había hasta establecido el día para nuestras exequias, cuando la noche anterior habían recibido un telegrama nuestro enviado desde Catania, así escrito: *Tranquilos, nosotros y primos, gracias a Dios, completamente incólumes. Sólo trece víctimas Instituto femenino*. El día siguiente las exequias se hicieron igualmente, ¡pero para las trece víctimas! Para nosotros, seguidamente, hicieron cantar una Misa de acción de gracias al Señor que nos había liberado.

El Padre luego me dijo de agradecer mis familiares también de su parte, por el delicado pensamiento de los sufragios por las trece víctimas. En Mesina se permaneció todavía cerca de un mes entre el terror de las sacudidas que se repetían y las privaciones materiales. En el mes que permanecimos aún, de todas las ayudas que llegaron de las diversas ciudades al Instituto masculino tuvimos sólo 20 mantas de lana, dos sacos de pan florecido y un saco de algarrobas.

Lo que se había podido recuperar del Instituto femenino ya estaba agotado. El Padre estaba tan preocupado que no podía esperar de hacernos salir para las Apulias.

En aquellos días irradiaba caridad y amor, al lado del Padre, la Madre Nazarena Majone, toda empeñada para aliviar el sufrimiento sea de las Comunidades femeninas que de las masculinas; tanto en el frente interno como en el externo. Nadie tocó a las puertas de los Institutos que no recibiera consuelo y existencias de alimentos.

17. Durante el viaje a las Apulias

Después cerca de un mes de la catástrofe de Mesina, se salió para las Apulias. Éramos el Padre, los aspirantes religiosos, los huérfanos acompañados por sus vigilantes y una sección de huerfanitas con la Superiora y las relativas maestras.

El Padre estaba todo ocupado en asistir los unos y las otras para que nada faltara de lo necesario. En el tren se rezaba y cantaba.

Las acogidas y las manifestaciones en las estaciones eran cordiales, un poco por el nombre del Instituto y más aún por la presencia del Padre.

Llegados en la estación de Francavilla Fontana (Brindisi), donde nos dirigíamos, encontramos casi todo el pueblo en espera ansiosa de los prófugos del terremoto, los Huérfanos Antonianos del Canónigo Di Francia, como por doquier eran conocidos: los muros cubiertos con carteles, balcones preparados para la fiesta, personas conmovidas hasta las lágrimas. Antes de

todo entramos en la Iglesia para agradecer al Señor; luego fuimos acompañados al Palacio del Ayuntamiento, donde nos fue servida una comida solemne por las personas más notables de la ciudad. Cuando terminó la comida nos fuimos a las habitaciones preparadas, o sea las escuelas para nosotros, y una casa particular de un señor de Francavilla para las huérfanas.

El Padre se dio cuenta en seguida que los lugares y los muebles eran preparados con tanta generosidad, pero resultaban insuficientes y aproximativos.

Después de unos meses llegó desde Mesina alguna pequeña ayuda.

El Padre veía las necesidades de la Casa y se le encogía el corazón, pero seguía exhortándonos a la paciencia y a ser agradecidos a la Providencia por lo que nos daba. Sin embargo, se consolaba en vernos igualmente felices. Y no podía ser diversamente, después que en Mesina habíamos pasado un mes siempre oprimidos por el terror de los nuevos temblores y de las estrecheces económicas.

Mientras tanto, en los primeros tres días personas caritativas nos ofrecieron la comida en el Convento de los Frailes Menores.

18. El noviciado

Llegados a Francavilla Fontana, después de unos días el Padre me llamó y me dijo: “Tú sabes que antes de emitir los votos religiosos, el candidato tiene que hacer al menos un año de noviciado, durante el cual, bajo la guía de un Maestro, tiene que estar en un lugar aparte de los demás, atender la oración, a la mortificación, al ejercicio de las virtudes religiosas, y al estudio para conocer bien la Congregación y para darse cuenta si se siente o menos de abrazar la vida religiosa”. “Claro, esto sí lo conozco – contesté – pero, ¿cuándo voy a empezar?”. Y el Padre: “¡Ya!”. Luego me explicó: “¿Ves cómo aquí estamos arreglados? No tenemos lugares para estar separados de los demás; no hay nadie que te pueda hacer de Maestro en el noviciado. en la Casa además nos falta personal, y por eso tú también como novicio tendrás que atender a los servicios de la Casa, a las necesidades de las Comunidades. Como Maestro hace falta que te encomiendes a nuestro Señor, a la Santísima Virgen que es la Sede de la Sabiduría y a tu Ángel de la Guarda. En cuanto al lugar a parte, el Santo Sagrario será tu morada segura. Hace falta tener fe en el Señor, porque cuando faltan los medios humanos y se hace la obediencia, el Señor suple con su gracia”.

19. Cocinero y ecónomo... sin bolsa

El Padre, después de comentarme cómo hacer el noviciado, me dijo: “¿Ves aquí cómo estamos arreglados con el personal? No hay el que pueda

hacer de cocinero ni el que se encargue de los gastos. Hace falta que lo hagas tú cómo mejor puedas". "¿Yo? No sé cocinar para nada ni actuar de ecónomo". "Aprenderás poco a poco. Y luego hay muy poco para preparar especialidades… no se requiere en absoluto un cursillo especial para cocinero… Entre otras cosas yo sé un poco de eso. Te enseñaré cómo tienes que hacer. Y luego, en cuanto encargarte de los gastos, que tú llamas hacer de ecónomo, ¡hay muy poco para administrar y gastar! La dificultad principal no está tanto en el administrar y en gastar… porque, como tú ves, no tenemos dinero para nada. ¡Tenemos que entregarnos únicamente a la divina Providencia y a la buena voluntad de procurarnos lo necesario con nuestros sacrificios! Desde Mesina por ahora no podemos esperarnos ninguna ayuda porque no hay nada. Hace falta rezar y entregarse, como ya te dije, a la divina Providencia que ciertamente, cuando ponemos nuestra cooperación, no nos hará faltar lo necesario. Esta es la historia de nuestra Obra desde muchos años. Ánimo, pues, te enseñaré yo como se cocina".

Entre otras cosas me enseñó como se preparan y cocinan las legumbres, en modo particular los garbanzos; o sea que en la noche anterior se ponen a remojo en agua fría y sal, por la mañana se friegan y se lavan bien, y luego en la olla con agua fría para guisarlos.

Entonces le pregunté si por la pasta y el arroz se tenía que hacer lo mismo. El Padre, riéndose, me contestó: "¡Ya se ve que estás en el punto cero! ¡Así harías un pegamento! La pasta y el arroz se ponen en la olla cuando el agua está hirviendo".

En los primeros días los buenos habitantes de Francavilla intentaban venir a nuestro encuentro llevándonos géneros alimenticios, vestidos, etc. Pero seguidamente, cuanto más continuábamos, tanto más las cosas se estrechaban y nos habíamos reducido que ya no se podía seguir más. Yo, y aún más el Hermano José Antonio, nos multiplicábamos para que no faltara a la Comunidad el mero necesario.

En el mercado no se iba para comprar, porque no teníamos dinero, sino para conseguir alguna caridad. Así también en los lugares de producción.

Escribimos al Padre en Mesina para hacerle conocer el estado en que se hallaba la Casa. ¡Recuerdo que la necesidad era tan grande que la banda de los huérfanos aceptaba el acompañamiento fúnebre hasta el cementerio incluso por diez liras!

20. "¡Pero, me da vergüenza mendigar!"

Se escribió al Padre y se hizo presente que las condiciones financieras habían llegado al punto que no podíamos más seguir de ninguna manera.

El Padre tras unos días llegó a Francavilla llevando sólo quinientas liras: ¡era todo lo que había podido recoger en Mesina! También las Casas de

Sicilia, en efecto, se hallaban económicamente mal. Luego añadió: "Quiere decir que por ahora la divina Providencia dispuso que para vivir hace falta ir a mendigar, como en los primeros tiempos de la Obra. Hace falta que os encarguéis los dos: tú y el Hermano José Antonio".

"Pero usted sabe – le contesté – que ya estoy ocupado en hacer las compras y en la cocina".

"Sí, pero si no hay dinero, ¿qué podrás comprar? Y si no hay nada, ¿qué podrás cocinar?"

Irás a la cuestación durante las horas de la tarde".

"Pero, - añadí – me da vergüenza mendigar como un laico capuchino (en Galati había una pésima idea de los Capuchinos que iban a pordiosear).

"¿Por qué te da vergüenza? – me dijo el Padre – No pides para ti, sino para los huérfanos. Más bien, te tienes que sentir honrado y afortunado de poder ofrecer este servicio a los huérfanos. Además, te tienes que ensimismar en las condiciones en que nos hallamos. Esperemos que seguidamente la Providencia disponga diversamente. Hoy, sin embargo, parece que dispuso así. Lo comprendo, la cosa es, de por sí, repugnante, y tú eres aún, se puede decir, un chico, y ciertas cosas no las comprendes. Dime tú mismo, ¿cómo se puede hacer? ¿Se pueden dejar los huérfanos en medio de la calle? De todas maneras, me remito a tu buena voluntad y no te obligo. Pero dame una respuesta".

Bajé la cabeza y contesté: "Está bien, Padre, voy".

Así durante más de tres meses, después de comer iba a pedir el pan y otros géneros alimenticios en el pueblo. En la temporada de la trilla iba a los patios de las casas pidiendo trigo y cereales. Me costaba mucho no tanto por el calor y la labor, sino por las burlas y los comentarios que se me dirigían a menudo.

Una noche, volviendo de la cuestación, encontré el Padre en casa. Cuando me vio, dijo: "Estás cansado, ¿verdad? Para defenderte del sol cómprate un sombrero de paja, y cómpralo también al chico que viene contigo. Entiendo que hay necesidad, pero cuida de tu salud. No es menester que vayas cada día a la cuestación. Ves cuando puedas ir. Si pierdes la salud ya no podrás ir para nada. Estás haciendo un buen noviciado, ¿verdad? Haces todo con espíritu de fe, y ciertamente el Señor bendecirá tu sacrificio. ¿Recoges mucho cada día?

"Gracias a Dios, gente buena se halla y su caridad es admirable".

El Padre siguió: "Aprovecha la ocasión para decirles alguna buena palabra. Dales imágenes, unas estampitas. Así también se puede hacer apostolado. El chico que viene contigo no sea siempre el mismo, porque él también, pobre hijo, se cansa. Y que se escoja entre los más mayorcitos.

Entiendo que no es educativo hacerlos venir a la cuestación; pero, ¿cómo tenemos que hacer? Es la necesidad que nos obliga".

21. La Providencia nos ayudó: ¡Toma!

Cuando el Padre venía a Francavilla tenía que hospedarse con los Padres Capuchinos, porque entre nosotros no había ninguna posibilidad.

Una noche por cena le dieron una ensalada de una especie de pepinos, en dialecto de Francavilla *caruselli*, que le causaron un fuerte empache y fiebre alta. Fui a verle. Estaba en la cama en una celda escuálida, falta de cualquier comodidad.

Me manifestó la causa de su empache, y en tono alegre añadió: "Me dicen que aquellos pepinos se llaman carruseles: y, si de carruseles hacen tan mal, cuando serán grandes, ¿qué harán?".

Yo me permití de insinuar: "Pero estos frailes benditos así tratan los huéspedes?".

El Padre en seguida me reprochó, diciéndome que esto era despreciar la caridad florecida de aquellos frailes óptimos, tan buenos y tan cordiales, y que tanto se esmeraban en la hospitalidad. Luego me dijo: "Menos mal que viniste. Hace unos días una pobre viuda con muchos hijos, aún pequeños, me expresó sus necesidades extremas. Yo tenía sólo cincuenta liras, se las di y quedé sin dinero. La Providencia, sin embargo, en seguida me ayudó. El mismo día, en efecto, fui a la familia Salerno para hacer visita a una viejita enferma; y ella me dio mil liras para los huérfanos. He aquí, toma".

Y yo: "Retenga al menos el dinero para el viaje a Mesina".

Pero el Padre: "No, no. Tómalas todas. Si la Providencia no me proveerá diversamente, te las pediré".

22. El Padre lleva a Oria dos aspirantes para recuperarlos en salud

El Padre, viniendo de Mesina a Francavilla, se dio cuenta que los aspirantes José Drago, en religión Hermano Mansueto, y Angelindo Varotto,[12] luego Hermano Estanislao, eran muy demacrados, tanto que hacían temer por su salud.

Expresó sus quejas conmigo y con el Hermano José Antonio, porque no habíamos proveído a hacerlos curar en su tiempo, y los condijo consigo a Ora para que se recuperaran. Los hizo visitar por más médicos y por unos

[12] Angelindo Varotto, de Teolo (Padua), había sido acogido como huérfano. Siendo religioso fue antes devoto y de buen carácter, luego asumió portamentos que obligaron el Padre Aníbal a despedirlo (cap. 105).

especialistas de Taranto. En Oria eran huéspedes del Seminario, pero para comer proveían nuestras Hermanas de San Benito.

Los dos aspirantes se sentían confundidos con los cuidados y atenciones que el Padre usaba con ellos, y no tenían palabras para agradecerle.

Los tuvo allí unos quince días.

Fue en este tiempo que el P. Palma le hizo notar que era urgente su presencia en Mesina. Pero el Padre contestó: "Por ahora lo más urgente es reponer en salud estos dos jóvenes".

Cuando los recondujo a Francavilla, me dijo: "¿Ves cómo se recuperaron bien? Para la salud hace falta hacer cualquier sacrificio. Ella es un precioso patrimonio para la persona y para la Congregación. Por esto San Francisco de Asís llegó a decir que, para curar a los enfermos, si no hubiese otro medio, se tendría que vender hasta los manteles del altar".

23. De Francavilla a Oria

La mañana del 6 de octubre de 1909, nosotros los aspirantes fuimos trasladados de Francavilla a Oria, donde nos esperaban el Padre y el P. Palma, que durante más días se habían quedado allí para atender a la limpieza del Convento, reducido a un estado horrible, tras el abandono en que había sido dejado.

Un buen grupo de Hermanas nuestras de San Benito, desde muchos días se habían dedicado a limpiar, pero lamentablemente había todavía mucho para hacer…

En el tiempo que el Convento había pertenecido a la familia Salerno Meli, había quedado abandonado.

En cuanto los aspirantes llegaron al Convento, el Padre celebró la Santa Misa y pronunció un discurso conmovedor. Hecho el desayuno en el huerto, nos puso todos a trabajar para quitar las basuras que todavía quedaban y para arreglar los lugares. Durante los primeros tres días, pasados también como preparación a la venida de Jesús Sacramentado, no se cocinó para nada, y el Padre, a pesar que estuviera mal de estómago, no quiso tomar nada diferente de los demás. Para dormir, en aquellos días, se adaptó como pudo en unas esteras para molino de aceite, dejadas allí abandonadas, sin colchón de paja. El único colchón de paja que había fue hecho usar por el aspirante Angelindo Varotto, porque se le consideraba el más frágil. El Padre, luego, viéndonos tan alegres y contentos por aquellas magníficas camitas, sonriendo nos dijo: "Me gusta que estéis tan alegres. Hace falta agradecer al Señor que nos da la gracia de empezar esta nueva Casa con la santa pobreza. Ella de alguna manera nos da la idea del Capítulo de las Esteras de Asís en los tiempos de San Francisco".

Durante mucho tiempo, en falta de otros lugares adecuados, comíamos en la cocina, todos sentados, incluido el Padre en unas piedras de toba. Las únicas dos sillas que había, el Padre las hizo usar al P. Palma y a un aspirante.

Si él se complacía en vernos tan alegres en tantas estrecheces, sin embargo, sufría y se activaba en todos los modos para proveer al menos el mero necesario.

24. La Casa de Oria destinada a la formación religiosa

Durante unas dos semanas el Padre más veces en el día nos hacía unas instrucciones sobre la vida religiosa y el modo de vivir en la nueva Casa.

Nos hablaba con tanta claridad y tanta unción espiritual que cuanto más nos hablaba, más sentíamos el deseo de quererlo escuchar.

Entre otras cosas, nos decía que la nueva Casa era destinada a sede de formación religiosa, porque se ofrecía para esta finalidad. Teníamos pues que ser agradecidos al Señor por esta gracia y mostrar gratitud con la correspondencia de nuestra vida práctica. Nos dijo cómo teníamos que ocupar el día, nos dio el horario por escrito y repartió los encargos.

Luego nos dijo: “Yo, hasta cuando no se podrá proveer diferentemente, atenderé en la cocina”, y esto duró unos quince días.

“Padre – intervine entonces – ahora puedo hacerlo yo el cocinero. No digo que soy un experto, pero como ya lo hice durante cerca de un año en Francavilla, puedo hacerlo aquí también. De todas maneras, usted me enseñó como se cocina. Ahora sé muy bien que la pasta y el arroz no se ponen a remojo en la noche antes, sino que se ponen en el agua cuando está hirviendo”.

Y el Padre sonriendo contestó: “Has progresado. Se ve que mi clase fue eficaz. Pero tú no puedes hacer la cocina porque tienes que tener otro encargo que luego te diré”.

Encargó al P. Palma para que proveyera en la mejor manera posible a las necesidades de la Casa. El P. Palma, muy dinámico, en seguida se activó. Hizo llegar a Oria algo de Francavilla; otras cosas llegaron del Instituto femenino; por lo que quedaba proveyó yendo a Ceglie y en otros lugares, donde estaban sus familiares, amigos y bienhechores. Así se empezó a tener, al menos parcialmente, lo que hacía falta para vivir.

El Padre luego dispuso que la limpieza en la cocina se hiciera por turnos. Se colocó en la primera línea con el P. Palma y luego dispuso a todos los demás.

Era muy bonito verlo, con un delantal de chico, cómo se activaba para fregar platos, ollas y el suelo.

Sin embargo, en los turnos no estaba yo por eso pedí explicaciones.

“Tú tienes que vigilar sobre los chicos”, me contestó el Padre. “Pero, Padre, yo no creo que puedo hacer de vigilante a los niños – rebatí. Yo necesito ser vigilado, especialmente con este carácter que tengo”.

“Yo estoy convencido más que tú – admitió el Padre – que no eres capaz de hacer el vigilante como se conviene, porque para ser buen educador habría que ser gran filósofo, teólogo y santo. Pero estas personas nosotros no las tenemos. ¿Podemos acaso llamar para este encargo un Franciscano, un Jesuita o un Salesiano?”.

“Llame el que sea, mientras sea que no lo haga yo”.

“¡Vaya palabra! Oye, mañana vendrás conmigo, y yo te enseñaré cómo tendrás que hacer. Te daré unas normas escritas que estoy preparando, de manera que te sea más fácil saberte arreglar en el encargo”.

El día siguiente fui y me dijo: “Pensé en ello, recé, y no hallo otra solución que ponerte con los chicos.

Harás lo que sabrás y podrás hacer. De toras maneras, sea el Señor sea nosotros no podemos pretender más. No tienes luego que desanimarte mucho por la falta de preparación científica y pedagógica. En la educación pueden suplir mucho a esta deficiencia dos factores importantísimos que dependen de ti: el amor y la caridad para con los educandos. La mayoría de las mamás no conocen ni los elementos más sencillos de pedagogía, sin embargo, el amor natural, el amor materno sugiere unas soluciones educativas tan eficaces que hasta los maestros más calificados de pedagogía las ignoran. También tú tienes que amar a los chicos cuánto más puedes.

“Si el amor natural para con los hijos suple mucho la preparación científica y pedagógica, aún más suple el amor sobrenatural y la caridad: o sea considerar el chico en relación con Dios, como creado a imagen y semejanza de la Santísima Trinidad; como redimido por la Sangre preciosísima de nuestro Señor Jesucristo, que siempre mostró una predilección toda particular para con los niños hasta el punto de considerar como hecho para Sí lo que, por amor de Él, se hace a ellos. Así en efecto Él dijo: El que acoge a uno de estos por amor mío, me acoge a mí… Cualquier cosa haréis a uno de estos por amor mío, la considero hecha a mí.

“También estos sentimientos, este espíritu dependen de ti. A todo esto, añade que este encargo no lo escoges tú, sino que se te confía por la santa obediencia, que es la manifestación de la voluntad de Dios, que ciertamente da la gracia especial para realizarlo bien. Con esto no quiero decir que en la obra de la educación se tiene que confiar así empíricamente, sin sentir la necesidad de la cultura científica y pedagógica. Dejar esto, cuando en cambio se puede, sería casi tentar a Dios, e ir contra conciencia.

"Cuando será posible, será uno de nuestros principales deberes conseguir también títulos y licenciaturas en pedagogía, inspirados siempre al método preventivo. Hace falta tener presente que el amor, la caridad y la ciencia, unidos juntos, en el campo educativo habilitan para el arte de plasmar al hombre".

Después me dio unas normas escritas. Comprendían todo el proyecto educativo de los chicos en manera muy sencilla. Eran verdaderamente un tesoro de vida práctica. Lástima que las perdí cuando fuimos expulsados de la Casa.

25. Me gusta que incluso en las dificultades estemos contentos

En los primeros años de la apertura de la Casa de Oria, se vivía en condiciones difíciles de verdad. El Convento, desde cuando el gobierno había alejado a los Frailes Alcantarinos, y había sido adquirido por la familia Salerno Meli por poco dinero, había quedado totalmente abandonado, hasta que fue comprado por el Padre.

Sólo unas habitaciones y rincones servían como depósito de madera, de paja e inútiles chatarras.

No pocas veces puertas y ventanas habían sido robadas, y las que se quedaban estaban rotas y en mal estado. Ya casi no había vidrios en las ventanas, la mayoría de los suelos estaban rotos, los muros muy sucios y los lugares llenos de basura.

Antes que fuéramos a vivir allí las Hermanas Hijas del Divino Celo habían pasado semanas enteras quitando basura, limpiando y arreglando lugares en el mejor modo posible.

Luego, cuando llegamos nosotros, seguimos en el mismo trabajo durante otras semanas.

Poco a poco se intentaba reactivar y hacer vivibles de alguna manera aquellos lugares de que teníamos extrema necesidad. Se repasaban los muros con cal, se tapiaban los lugares más urgentes, esperando tiempos mejores. Mientras tanto agradecíamos la Providencia cuando podíamos tener, por el palacio obispal, donde se estaban haciendo unas reformas, una puerta, una ventana, una mesa o unos tochos usados.

Faltaban las cosas más necesarias.

La comida dejaba mucho que desear, sea por la cantidad, como también por la calidad y la preparación.

También con los vestidos estábamos muy mal. Imagínense que en la sotana del Hermano Teodoro Tusino se contaban cerca de ochenta parches de

colores diferentes y puestos sin ninguna gracia. ¡Casi no se distinguía la tela original! Y estábamos ya en 1912: ¡imagínense antes!

Había para quedar asombrados por cómo, con tanto escualor, todos estábamos bastante bien en la salud. Aún mayor era el estupor en ver cómo todos estábamos alegres y contentos.

Cuando abrimos la escuela secundaria interna, entre los demás venía a enseñar el Canónigo Nacci, rector del Seminario, que disfrutaba visiblemente notando la perfecta leticia y el orden que reinaba en Casa. Decía: "Cuando vengo aquí a dar clase, me siento rejuvenecer. El tiempo pasa sin darme cuenta. Me gusta mucho la alegría de estos queridos alumnos".

Cuando en 1911 llegaron los *montemurrinos*, quedaron asombrados por el comportamiento y por la alegría que reinaban en la Casa, a pesar de que hubiese muchas estrecheces.

El Padre se enteraba de todo esto. Un día nos dijo al P. Palma y a mí de ir a verle después de la lectura, porque nos tenía que hablar.

En cuanto nos fuimos, nos dijo: "Me parece, gracias a Dios, que, en esta Casa, en general, se nota el espíritu de pobreza. Y esta es ciertamente una garantía para la Congregación. En la Casa, efectivamente, faltan aún muchas comodidades, por lo cual se requieren sacrificios no indiferentes. Se ven ciertos vestidos, ciertas sotanas con parches y sobre parches que hacen honor a la Santa Pobreza. Pero el signo mejor, me parece es que nadie se queja y que todos están contentos y alegres.

Por la pobreza, sin embargo, y para vivir su espíritu, no basta con ser faltos de las cosas útiles y necesarias. Hace falta que esto se haga por amor e imitando nuestro Señor que fue muy pobre y no tenía donde reclinar la cabeza. Sobre esto se tiene que insistir mucho, para hacerlo entender bien.

La perfecta observancia de la pobreza enriquece el alma de toda clase de bienes, conserva y fortalece la Comunidad. Cuando esta observancia se relaja, toda la vida religiosa se hunde. Lo enseñan las Órdenes y las Congregaciones religiosas más avanzadas, que luego perecieron míseramente.

En los tiempos de San Francisco de Asís, cuando en el Orden de los Menores la pobreza se mantenía en sumo orden, en el célebre Capítulo de las Esteras se contaban más de cinco mil frailes. Nosotros por la pobreza tenemos también que acordarnos de nuestro humilde origen en el Barrio Aviñón.

Me permito sin embargo de decir que noté en general un cierto abandono en la limpieza. Esto no. Pobres sí, sucios no. La falta de limpieza denota abandono y pereza. Los Santos eran extremadamente pobres, pero muy limpios por lo que dependía de ellos; exceptuado que no se tratara de un

estado de pobreza o de un espíritu particular de penitencia, como en San José Bendito Labre".

Luego, una llamada de atención a mí: "Por ejemplo tú no vas muy limpio. La sotana está manchada. En este modo, ¿qué ejemplo puedes dar a los demás? ¿Y cómo podrás pretender por los demás que vayan limpios? Y cuando recibes a las personas, ¿qué pensarán viendo que no vas bien puesto? Si te vieran con una sotana llena de parches, pero ordenada, podrían pensar en el espíritu de pobreza, pero viéndote arreglado así, justamente tienen que deducir que eres descuidado.

También los chicos, y los religiosos, además de ser limpios, en cuanto a la vestimenta, háganse ir vestidos mejor. ¡Hay unos hábitos! ¡Ciertas sotanas demasiado descoloridas, demasiado parcheadas, se tienen que eliminar! Gracias a Dios, hoy las condiciones económicas de la Casa ya no son como las de antes.

Con esto no quiero decir para nada de hacer lujo o pompa, porque ¡tanto hay la Providencia! ¡Nos libre el Señor de esto! Quiero decir que tenemos que adaptarnos, siempre modesta y pobremente, a los tiempos. No que tenemos que avergonzarnos de la pobreza, sólo que, siendo un instituto de educación, nuestra imagen en la sociedad tiene que ser decorosa.

En cuanto a la limpieza, entiendo que aquí en la Casa hay escasez de agua, pero con un poco más de diligencia y sacrificio, la higiene es posible. Es verdad que la falta de agua en las Apulias parece que sea general, pero mientras tanto las personas en las familias, más o menos andan todas limpias. Nosotros aquí, gracias a Dios, tenemos pozos con agua de fuente abundante. Hace falta tener la paciencia de tirarla".

Yo hice notar al Padre el grave inconveniente que en la Casa no había todavía una vasca para el baño, ni una ducha o un lavabo para los pies.

Dijo el Padre: "¿Y qué esperáis para proveer? P. Palma, te encomiendo ocuparte seriamente de este problema y de reparar pronto, sin esperar que llegue el acueducto regional a Oria, porque, como dicen, no se sabe cuántos años aún faltarán".

26. El guardia del Convento

El señor Salerno Meli de Oria, cuando era dueño del Convento de San Pascual, había permitido a un abuelito, un pobre zapatero, de vivir en una de aquellos cuartos, cerca de la entrada, a condición que hiciera de guardia.

Este vivía en un estado de verdadera miseria y extremo abandono. La habitación en que vivía era toda desordenada y asquerosa. Acá y allá había basura y trapos. Allí dentro dormía, cocinaba, trabajaba, tenía los instrumentos de trabajo y sus zapatillas.

Tal vez lo sentíamos batir fuerte con el martillo y cantar a toda voz. En uno de los primeros días de nuestra morada en el Convento, el Padre con el Hermano José Antonio lo fue a ver en la habitación mientras trabajaba y cantaba. Le preguntó cómo estaba, y aquel pobrecillo le contestó que estaba mal con la salud y peor todavía con los medios financieros. Le dijo el Padre: "¿No tiene usted familia, parientes?". "Familia no tengo; mis familiares me abandonaron totalmente". "¿El señor Salerno Meli no os da algo para la custodia del Convento?". "No solamente no me da nada, sino que quisiera algo por mí, porque ocupo este cuarto".

A este punto llegué yo. El Padre siguió preguntándole: "Con el trabajo ganáis algo, ¿verdad?".

"Trabajo a veces sí y a veces no. Lo que gano parcheando algún par de zapatos, no es suficiente ni para comprarme un vaso de vino".

Lo interrumpí yo: "Pero, ¿qué decís, por qué engañáis? ¡Es que bebéis, tanto que no hay dinero que os pueda bastar! No se trata de un vaso cada día, sino de litros y litros diarios; ¡en efecto casi siempre estáis borracho como una cuba!". "¿Quién, yo?". "Sí, usted, os vi por la noche cuando os retiráis del pueblo, cómo andáis tambaleando, y escuché las extrañezas que decís. ¡Y ahora también, oléis a vino como una cuba!". "Cuando tambaleo no es por el vino, sino por la debilidad, porque no tengo dinero para comprarme un trozo de pan".

Aquí el Padre me miró serio y me dijo: "Cállate tú. Más bien pongamos un poco de orden en este cuarto y hagamos un poco de limpieza. Ir a tomar un colchón, un par de sábanas, y un poco de ropa". "Y dónde la vamos a tomar, Padre, ¿si todavía no tenemos ni para nosotros?". "Poco a poco que se provee para nosotros – contestó el Padre – hace falta proveer también por él. En cuanto a la comida, hace falta tratarlo como uno de nosotros todos los días".

Luego me llamó en su habitación y me hizo considerar que mi intervención sobre el viejito había estado fuera de lugar, maleducado y ofensivo. No tenía de decirle aquellas palabras: borracho como una cuba. No se tiene que ofender así al prójimo. "Y luego, ¿quién dijo – añadió – que aquel es un borrachín? Tú después de verle unas veces, lo has juzgado mal. Hay aquellos por los que es suficiente un vaso de vino para ser más alegres de lo normal. Y luego, aunque sea borracho, los defectos no se echan así en la cara; es falta de caridad. Esta actitud tuya para actuar no depone nada bien".

Unos días después, mientras el Padre regresaba en Casa, el viejito empezó a decirle en voz alta: "¡Tú eres un santo! ¡Tú eres un santo! ¡Más santo que San Barsanofio!". Y el Padre: "Calle, calle, no diga tonterías". Pero aquello gritaba más fuerte: "Sí, sí, tú eres un santo, un santo más grande que San Barsanofio, te lo digo yo". El Padre apresuró el paso, y alejándose me dijo: "¡Pobrecillo! No sabe lo que dice. Igual es el vino que lo hace hablar

así". Y yo añadí: "In vino veritas". Y el Padre en seguida: "Descubriste América. ¿Acaso bebiste tú también?". "Sí, Padre, mucha agua", concluí yo.

Hasta que el viejito no se fue del Convento, el Padre lo iba a ver y le proveía siempre de comida, vestido y ropa. Hasta había ordenado que, además de la comida, por la tarde y la noche, se le llevara medio litro de vino cada vez.

Un día, pasando el Padre, el viejito le dijo: "Padre Aníbal, ¿usted cree que yo con aquella gota de vino tengo que decir la Misa? ¡No es suficiente ni para mojarme la boca!". Y el Padre: "Os basta, os basta, sino os emborracháis". "Yo no me emborracho – contestó el viejito – ni si bebo seis litros cada día". "Esto no lo tenéis que hacer – contestó el Padre – porque no está bien y os hace daño".

27. Antes de que el Padre regresara a Mesina

Durante muchas semanas el Padre y el P. Palma se entretuvieron en Oria para trabajar incansablemente para arreglar la Casa como mejor podían.

Mientras tanto urgía su presencia en Mesina, sea para seguir el arreglo de las dos Casas, sea para preparar el regreso de los huérfanos que en Francavilla estaban ya incómodos.

El Padre, antes de marchar, nos reunió y nos puso al día sobre el asunto.

Nos exhortó a mantenernos buenos, disciplinados y a rezar bien.

En cuanto terminó la reunión, lo fui a ver en la habitación y muy desanimado le dije que no me sentía de permanecer solo con los chicos en la Casa, porque también el Hermano José Antonio había regresado a Francavilla. El Padre me contestó: "¿No ves que no podemos hacer diversamente? Ten paciencia y confía en el Señor. Y luego, ¿cómo dices que te quedas solo? Está Jesús Sacramentado, la Santísima Virgen María, tu Ángel de la Guarda, los de los chicos… Encomiéndate a ellos; en las dudas recurre a ellos con fe, y estás seguro que te ayudarán mucho mejor que yo y el P. Palma".

28. Emergencias en Francavilla y clase del Padre sobre el método preventivo

Mientras el Padre se hallaba en Mesina, en nuestro Orfelinato masculino de Francavilla empezó una despiadada y feroz investigación por parte de la autoridad judicial por los malos tratos a los huérfanos por parte de Vízzari, un antiguo huérfano, encargado de la disciplina general. Todos fueron sometidos a interrogatorios repetidos por los Comisarios de la Pública

Seguridad que, con promesas y amenazas, hacían deponer y firmar cosas exageradas y tal vez hasta inexistentes.

En los interrogatorios los Comisarios entendían hacer caer la responsabilidad de los malos tratos también sobre el Padre. Todos los chicos en cambio unánimemente resistieron a toda insinuación en propósito, al revés, pasaron a la defensa, sosteniendo que el Padre los quería y que para ellos tenía cuidados verdaderamente maternos. Él no sabía nada sobre los malos tratos, porque nadie se los había contado, por miedo a Vízzari, que ciertamente se vengaría.

El padre corrió en seguida a Francavilla, dolido especialmente por los malos tratos que los huérfanos decían que habían padecido, sin que él supiera nada. Mientras tanto en Francavilla las cosas se complicaron tanto que se determinó una verdadera y feroz persecución.

Un día el Padre me preguntó si no supiera nada sobre los malos tratos de los chicos de Francavilla por parte de Vízzari. Yo que estaba harto de ello, y no podía aguantar más, porque también a menudo me tocaba asistir a aquellas escenas, empecé a contar los hechos en su cruda realidad. Mientras hablaba me di cuenta que el Padre asumió una postura muy seria, y disgustado exclamó: "¡Pobres hijos! Y, ¿por qué nadie nunca me dijo nada sobre todo esto? Y tú, ¿por qué nunca me lo comentaste?

Yo intenté disculparme diciéndole que en muchas ocasiones había intervenido con el Vízzari que, pero, me había contestado de ocuparme de mis asuntos, y más de una vez había estado a punto de ponerme las manos encima.

Lo había referido además al Hermano José Antonio, que me aseguraba que muchas veces había también reprochado a Vízzari. Este, sin embargo, se había ensañado más con los chicos.

El Padre, aún más indignado, siguió:

"Sí, sí, lo dijiste a este, lo dijiste a aquel, y no dijiste nada ni a mí ni al P. Palma. Y lo más grave: si no tenías la ocasión de decírmelo personalmente, tenías que escribírmelo en seguida allá donde me encontraba. Se ve justamente que en medio hay el demonio mudo. ¡Ni el Hermano José que es el jefe responsable, ni tú, ni los chicos me habéis hecho saber nada! Tú y el Hermano José merecéis ser castigados severamente. Demostrasteis que no habéis entendido nada. ¿Cómo puede confiar la Congregación en personas que no entienden la importancia de cosas tan graves e inhumanas?

"¿Cuántas veces os dije y enseñé que el método educativo que se tiene que adoptar en nuestro Instituto tiene que ser el preventivo de don Bosco, que se apoya todo en la persuasión, en la religión y en el amor? Y destaqué que si este método es para todos los educandos el más conveniente y el más eficaz, en modo de todo especial lo es para los huérfanos que, faltos de padres y

abandonados, necesitan más cariño. Y viceversa el método represivo, basado todo en la disciplina férrea y en los castigos penosos, si por todos los educandos es dañino, en manera muy particular para los huérfanos es deletéreo y desastroso.

"¡Quiere decir que no entendisteis nada de todo lo que muchas veces os dije y enseñé! Nunca podía imaginar que se llegara a tanta inconsciencia. ¡Pobres hijos! ¡Los habéis arruinado! ¡Es algo inhumano!

"Vízzari será castigado con la cárcel que bien se mereció. Yo, sin conocer los hechos, intenté en la defensa disculparlo mucho. Pero por cómo están las cosas, me arrepiento de haberle defendido. ¡Merecería no seis meses de cárcel, sino años y años!

"¡Tú y el Hermano José Antonio, que no me informasteis, mereceríais ser expulsados de la Congregación!".

Luego supe que el pobre Hermano José Antonio pasó un periodo muy penoso por causa de estos hechos de Francavilla.

29. La persecución de Francavilla a la Casa de Oria

Del Orfelinato de Francavilla, donde la persecución se ensañaba despiadada, muy pronto se extendió también a la casa de Oria. Aquí también empezaron los interrogatorios y los acosos en cadena. Todos estábamos aterrorizados. A menudo llegaba un Comisario que nos llamaba, una y otra vez, nos quería confundir con preguntas astutas, promesas y amenazas. Todo miraba a hacernos decir y deponer que nosotros también en Oria padecíamos malos tratos, y que el Padre, consciente de ello, autorizaba estas violencias.

Cuando el Comisario perdió toda clase de esperanza de hacernos decir lo que él quería, llegó a perder la paciencia, se enfureció y dijo: "Se ve que el cura (refiriéndose al Padre) os instruyó bien a mentir y a engañarme. Pero os arreglaré yo. Ahora os hago arrestar a él y a vosotros.

El Padre en cambio cuando empezó la investigación en Oria nos reunió, y entre otras cosas, nos dijo: "Os encomiendo de responder a las preguntas del Comisario con verdad sobre cualquier cosa, incluso si yo tuviese que ir a la cárcel". Un aspirante, Calógero Drago (luego Hermano Pascual), lo interrumpió diciendo: "No, Padre, si a mí me pide qué sé yo sobre los malos tratos que Vízzari imponía a los huérfanos de Francavilla, yo diré que no sé nada y no vi nada".

Y el Padre: "Entonces no entendiste nada de lo que dije, o sea que hace falta responder a las preguntas del Comisario con verdad, cualquier cosa tenga que acontecer".

"Sí, entendí – añadió Calógero – Cuando me preguntará, me arreglaré yo cómo tendré que responder".

Después de muchas vejaciones, el Comisario nos invitó uno por uno a solas, a firmar lo que cada uno había depuesto. Nos dimos cuenta, sin embargo, que en las deposiciones había cosas que no habíamos dicho, y otras que habían sido cambiadas o exageradas. Muchos, pues, no quisimos firmar.

El Comisario nuevamente se enfureció y exclamó: "Os lo dijo el cura que no firméis. Pero ahora os hago arrestar en seguida a vosotros todos y a aquel cura malo".

Cuando vino mi turno para firmar, fue una verdadera tragedia. El Comisario siempre arremetía contra el Padre que, según él, nos había instruido cómo teníamos que responder y nos había dicho que no firmáramos. Era inútil rebatir que era todo lo contrario, y que el Padre en cambio nos había repetidamente encomendado y dicho que respondiéramos con toda verdad.

Cuando vi que no quería creer y que amenazaba y gritaba como un loco, me levanté de repente y me escapé diciendo: "Hágame arrestar sin problema". Conmigo el Comisario la tenía en modo particular, sea porque era el único vestido con el hábito – además que el Hermano Concetto, que, sin embargo, era mayor de edad – sea porque sabía que había estado en Francavilla.

Fui en seguida al Padre para contarle todo lo que había pasado.

El Padre me dijo: "Deponer cosas falsas no, no tenéis que hacerlo. Y él esto no os lo puede imponer. Pero tú no tenías que faltarle de respeto, porque es un público oficial. Es una autoridad, y cada autoridad viene de Dios". "Para mí aquel – dije – tiene que ser masón, y la autoridad no le viene de Dios, sino del demonio". "Deja estar con estas palabras. – me reprochó el Padre – Tranquilízate y ves a la Iglesia para hacer una pequeña visita a Jesús Sacramentado".

Luego el Padre fue al Comisario, con que se entretuvo largamente hablando. Pero cuando el Comisario se fue, era cambiado y más calmo, y despidiéndose del Padre se mostró respetuoso, y se sintió decir: "Disculpe, reverendísimo".

¡Pero la investigación siguió todavía despiadada! Preguntaban no sólo sobre los hechos de Francavilla, sino también sobre lo que comíamos, qué trabajos hacíamos, el horario del día, si teníamos castigos, palos, si nos ponían en celdas.

30. El regreso de los huérfanos de Francavilla a Mesina

A través de unas indiscreciones se llegó a saber que la Prefectura de Lecce había ordenado el cierre inmediato de nuestro Orfelinato de Francavilla Fontana.

Por esta motivación, muy pronto por la mañana, los huérfanos fueron enviados a escondidas, y cada uno, con su instrumento musical bajo el brazo, se encaminó hacia nuestro Instituto de Oria. Aquí, durante todo el día, los chicos, sin saber nada, se divirtieron.

En una cierta hora el Padre me llamó y me dijo que habían decidido hacer salir en aquella misma noche, de la estación de Oria, para Mesina, todos los huérfanos, acompañados por él, por el P. Palma y por los vigilantes. El Padre sabía que seguidamente se agravaría persecución contra la Casa de Oria. "Hace falta – añadió – no perderse de ánimo, sino mantener la calma y confiar en los Corazones Santísimos de Jesús y de María. Si se tuvieran que repetir los interrogatorios, responder siempre con calma y verdad".

Luego me encomendó que lo informara detalladamente sobre el desarrollo de las cosas, añadiéndome aún que escribiera a mis padres para que encargaran a mi hermano (Hermano Concepto que se encontraba en Oria y era mayor de edad) de asumir la tutela de nosotros los hermanos. Mis padres escribieron cómo se les había sugerido. Otro tanto hizo mi tío Santiago por sus hijos, confiando la tutela de todos al Hermano Concepto. Pero el Comisario no quiso dar ningún valor a este acto y nos hizo repatriar.

Los huérfanos marcharon la misma noche con el tren para Mesina. Imagínense cómo quedaron los agentes la mañana siguiente, cuando se fueron a la Casa de Francavilla con la orden de sacar los huérfanos y acompañarlos a los alcaldes de los propios pueblos, y hallaron todo vacío. Sólo había quedado el Hermano Mariano con tres huerfanitos de Francavilla para entregar a las familias… lo llenaron de preguntas para saber dónde estaban los chicos, y cuando habían marchado. Tuvieron que contentarse de una respuesta evasiva, o sea que los huérfanos habían salido muy temprano en la mañana anterior con los instrumentos musicales, sin saber dónde habían ido a tocar.

31. Orden de cierre para la Casa de Oria

Como el Padre había previsto, con la salida de los huérfanos de Francavilla, la persecución enfureció aún más contra la casa de Oria.

Los interrogatorios eran continuos: la finalidad por la cual estábamos en el Instituto, domicilio y dirección de los familiares… Se vivían días muy difíciles.

Yo escribía a menudo al Padre, teniéndolo informado, sobre todo.

Él me contestó dos veces, exhortando todos a la oración y a confiar en el Señor.

A la carta, en que le decía que fácilmente nosotros, los menores de edad, seríamos acompañados todos por la policía a nuestros pueblos y entregados a

las familias, contestó que no hiciéramos resistencia y de confiarnos a la divina Providencia. Me pedía luego de hacerle llegar las direcciones de cada chico, de modo que pudiese tenerse en contacto con todos.

La hora del cierre ya estaba marcad. Una mañana muy temprano la Casa fue sitiada por guardias y policías. Nos reunieron e hicieron ver a cada uno el orden de repatriación por la Prefectura de Lecce, con el billete ferroviario para el viaje.

Se quiso resistir; pero fue todo inútil.

Recuerdo que vino también el Canónigo Nacci, Rector del Seminario, enviado por el Obispo Antonio Di Tommaso, para decirnos de estar calmos y seguir las órdenes, y para quitar el Santísimo Sacramento del Sagrario.

Acompañados pues por los policías, salimos todos para nuestros pueblos de origen.

En la estación de Oria, esperando el tren, las personas pedían quién éramos, y por qué nos acompañaban así. Los policías respondían que éramos chicos de un Instituto de Oria, donde estábamos muy mal y padecíamos malos tratos. Entonces se levantó por parte nuestra un grito de protesta.

Éramos tratados bien, nuestras familias eran contentas y querían que siguiéramos permaneciendo en el Instituto, pero a pesar de esto, la Prefectura de Lecce había ordenado nuestra repatriación.

Una señora, cuando supo que éramos los chicos del P. Aníbal, se echó encima de los agentes, diciendo que todas eran calumnias, y que el Padre tenía por sus pequeños un cuidado materno.

Los policías, para evitar otras escenas, propusieron: “Permaneced tranquilos, y quedamos así, que al que pregunte, se contestará que vosotros salís para pasar las vacaciones de carnaval en familia, y que, siendo menores de edad, vuestro Director nos rogó echaros un vistazo durante el viaje”.

Los de Sicilia fuimos acompañados a la oficina central de policía de Mesina, para que ella proveyera a hacernos acompañar a nuestras familias. Allí nos alcanzó en seguida el P. Vitale, que había sido avisado previamente. Aquí era Comisario un íntimo amigo suyo y de la familia Salerno de Francavilla. Fue pues fácil al P. Vitale obtener por aquella noche que durmiéramos en el Instituto en vez de la oficina de policía.

El día siguiente seguimos el viaje, acompañados cada uno por su familia.

Para nosotros de Galati el viaje fue un desastre. Recorrimos andando, bajo la lluvia, y sin amparo alguno, más de veinte quilómetros. El policía que nos acompañaba, enviaba todas las bendiciones a Galati y a quien la había fundada.

Llegamos al pueblo por la noche muy tarde, y con dificultad bis abrieron los familiares, ¡porque pensaban que fuera una mascarada de carnaval! Estábamos todos cansados y empapados hasta en los huesos.

El P. Vitale nos había dicho que el día siguiente podríamos regresar sin problema a Mesina. Nosotros, sin embargo, por el cansancio del viaje, quedamos en la cama todo el día siguiente. Y justamente en aquel día llegó un telegrama del Padre a mis padres, en que decía de permanecer en familia hasta un aviso suyo y que seguiría una carta.

La carta no se dejó esperar mucho. El Padre decía que era el demonio que se había desencadenado contra el Instituto, pero que se tenía que confiar en el Señor porque todo se habría arreglado. Luego decía de esperar un aviso suyo para regresar a Mesina.

Tras alguna semana llegó el aviso de volver a Mesina, donde el Padre nos esperaba y nos hizo una acogida verdaderamente fraterna.

32. Los aspirantes recogidos en Mesina

Unos quince días después el cierre de la Casa de Oria, la mayoría de los aspirantes nos reunimos en Mesina, donde nos dedicábamos a las labores domésticas y al estudio.

En el primer periodo de la estancia se alternaban a darnos clases el Padre y el P. Palma. Luego, sin embargo, el Padre nos confió al profesor Freni. Éste era muy bueno pero muy gordo, y por eso muy gracioso en los movimientos, así que a menudo no podíamos controlar las risas. Más veces el profesor nos había llamado la atención, reprochados y amenazados de acusarnos al Padre. Cuando ya no pudo más, se quejó de ello con el Padre, que lo lamentó mucho y, por castigo, nos suspendió de la escuela.

Pedimos perdón al Padre y le prometimos no hacerlo más.

El profesor volvió a dar clases y nosotros le pedimos perdón, como el Padre nos había ordenado hacer.

Pero seguidamente, a pesar de todas las promesas, se cayó otra vez en el mismo defecto, por lo cual el profesor ya no volvió.

Pero faltaban sólo pocos días para terminar el año escolar.

El Padre nos reprochó, amenazando a los más ligeritos de despedirlos. A solas, sin embargo, me dijo: “Dije que los despediría, sólo para darles miedo; pero en verdad esto no es el caso. Entiendo que ciertas miserias humanas no siempre dependen de la voluntad”.

33. "Estuve en tu pueblo"

Un día el Padre me contó detalladamente una visita suya a mi pueblo: "Estuve en tu pueblo. Muchas veces, tu padre y tu tío me habían rezado de ir a Galati. Finalmente intenté contentarlos, ya que se mostraron tan generosos con nuestro Señor, dando muchos hijos a nuestra Congregación.

El viaje fue difícil. Hice más de veinte quilómetros, en parte montado en la mula y en parte a pie, porque, no siendo yo acostumbrado a cabalgar, me cansaba y me mareaba. Llegado al pueblo, los tuyos me hicieron una acogida tal que ya no sabían qué hacer. El Arcipreste se mostró muy gentil y cortés. Me agradeció la visita, y de común acuerdo hicimos un poco de apostolado en la Iglesia.

En el pueblo me miraban como un animal raro, nunca visto. Gente muy buena, se mostraba muy respetuosa.

Me entretuve tres días, todos pasados predicando, confesando y aconsejando. Estaban sedientos de Palabra de Dios. ¡Queriéndoles contentar a todos, habría habido falta mucho más que tres días! Pero yo no podía estar más, porque tenía compromisos en Mesina que no podía posponer. Prometí a aquella buena gente que volvería, si Dios quiere, cuando sea posible. Se podría hacer mucho bien a aquellas almas y podría ser también un medio para propagar el Rogate y tener unas vocaciones. Veía que este tema lo seguían con mucho interés.

Mientras estaba en Galati, nació una hermanita tuya, que me hicieron bautizar. Luego los tuyos me rogaron de hacer de padrino de confirmación a tu hermano Francisco. Y acepté con mucho gusto.

En la vuelta lamentablemente el viaje fue más incómodo que en la ida, porque de bajada y, mientras me venía menos cansado caminar andando, me era mucho más incómodo cabalgar".

34. Fe y caridad en alta tensión

Una vez el Padre me dijo que saliera con él. Tomada una pequeña carroza, nos fuimos a un pueblecito no muy lejos de la ciudad.

Durante el viaje me contó lo que había acontecido unos años antes en aquella aldea: o sea que unos ladrones, de noche, habían entrado en la Iglesia parroquial y habían quitado lo que pudieron hallar, incluido el copón con las Hostias consagradas que habían luego esparcido en la calle a un quilómetro del pueblo. Como reparación del acto sacrílego, en cada aniversario se solía hacer una procesión con el Santísimo, desde la Iglesia hasta el lugar en que fueron halladas las formas sagradas. En esta procesión el Padre solía participar, para llevar el Santísimo Sacramento y predicar.

El conchero a lo largo del camino contaba al Padre el estado económico miserable en que se hallaba su numerosa familia.

Llegados cerca de la Iglesia, el Padre le pidió cuanto había sido el gasto. Y el cochero le contestó: "Una lira". El Padre en cambio le dio cien liras diciéndole: "Sólo estas os puedo dar, porque estas solas tengo".

Cuando el cochero se vio en la mano aquella cantidad, todo confundido dijo: "Santa Iglesia, ¡usted se equivocó! ¡Yo dije: una lira!". Y el Padre: "Tenedlo todo por vuestras necesidades".

El beneficiado, dirigido a mí, me dijo en voz baja: "¿Acaso es un Obispo?". "No – le contesté – es el Canónigo Aníbal María Di Francia".

En cuanto sintió el nombre, en seguida se puso de rodillas para besarle la mano y exclamó: "¡Qué suerte! Oí mucho hablar de él, no sólo aquí en Mesina, sino también en Catania, donde voy a menudo porque allí vive aún aquella viejita de mi madre. Todos hablan del Canónigo Di Francia: es famoso por su santidad y su caridad".

Y el Padre bromeando contestó: "Sí, habláis bien, buen hombre, muy famoso: ¡en efecto como mucho!". Luego añadió: "¡La pobre gente cuando se ve beneficiada, no sabe ni lo que dice!".

Llegados en la plaza de la Iglesia, vimos aquí y allá esparcidos bancos con mercadería diversa, gente que charlaba, que gritaba…. Había también los que bailaban al sonido de acordeones y arpa de judío. La puerta de la iglesia estaba cerrada.

Me salió espontáneo viendo aquello, decir al Padre: "¿Y así se hace el día de reparación?".

El Padre en la mesa comentó al párroco mi impresión y añadió: "Los otros años hubo la exposición del Santísimo durante todo el día. No sé por qué no se hizo este año también".

El párroco, mortificado, contestó: "Por falta de adoradores, antes que todo; y luego porque no podía evitar todo aquel jaleo delante de la Iglesia, habiendo querido así la fiesta este año la Comisión".

El Padre contestó: "Con buenas maneras se tiene que intentar educar el pueblo".

En las horas de la tarde hubo la Hora Santa, predicada por el Padre con tanta unción y fervor, que hubo gente que se secaban las lágrimas. Por la noche se empezó la procesión del Santísimo. La sagrada Custodia la llevaba el Padre. Llegados en aquel lugar en que se hallaron las sagradas formas, el Padre hizo un discurso conmovedor y dio la bendición eucarística.

En la vuelta, antes de que la procesión llegara a la parroquia, se pretendía que se dejara la Custodia en una mesa cubierta por un mantel y dos velas

encendidas, y así esperar hasta la conclusión de los juegos pirotécnicos. El Padre dijo: “Esto no se puede hacer”, y fue derecho a la Iglesia. Hubo un motín entre el pueblo, fomentado por unos alborotadores, con gritos, protestas, amenazas.

Se apagaron todas las velas y así en la oscuridad se pudo apenas alcanzar la parroquia.

El pobre párroco había quedado tan mortificado por aquel pandemonio, que en la cena no conseguía comer, tanto que el mismo Padre, por cuanto él también íntimamente dolido, intentaba consolarlo.

Como luego el párroco se repuso un poco, dijo: “Este año la nueva Comisión me jugó; y más gorda que así no podía. ¡Pero mañana acabará mal!”.

“No, deje estar. – contestó el Padre - Mañana, antes de salir, hablaré yo con la Comisión.

El día siguiente, en efecto, reunió los responsables de la Comisión, y les hizo un razonamiento tan convencedor que pidieron disculpas, y prometieron de reparar el escándalo.

En el tiempo que nos entretuvimos en la casa del párroco, el Padre, para tenerme ocupado, me dio un volumen de la Sagrada Escritura, *El libro de los Reyes*. Se dio cuenta que yo lo leía con mucho interés y le repetía lo que había leído. Entonces me dijo: “Me gusta mucho que te apasiones en ello. Cuando estaremos en Casa, ven conmigo, que te daré la Biblia de la biblioteca: es un volumen gordo, todo ilustrado, y así lo podrás leer cuando tendrás tiempo”.

Pero un día me vio el Padre Vitale con aquel libro en las manos, y me ordenó: “Ves a dejar aquel libro en la biblioteca, donde lo tomaste”.

Yo contesté que me lo había dado el Padre para leerlo.

“¿Y qué entiendes de esto tú? Y ¿qué entendiste de lo que te dijo el Padre? Ves a dejarlo.

Repuse el libro en su sitio.

Después de pocos días el Padre me pidió qué había leído. Habiéndole contado lo que me había pasado, me condujo al Padre Vitale, y en mi presencia, le dijo: “Canónigo, la Biblia se la había dada yo. Déjesela leer. No es que la tiene que entender cómo la entiende Vuestra Reverencia. La entenderá como él la puede entender. La Palabra de Dios es un pan para todos.

Y así la tuve otra vez.

35. Por un billete de tranvía no pagado

El Hermano José Antonio contaba que, volviendo a Mesina desde un pueblecito cercano, donde había ido a recoger el dinero de las cajitas, por la multitud de gente que había en el tranvía, no pudo hacer el billete.

El Padre sintió el discurso y pidió al Hermano José cómo luego hubiese hecho para pagar. Y él contestó: "No pagué nada".

"Ay, ¡esto no! – añadió – Esto no es correcto. Hay que pagar". Contestó el Hermano: "Padre, yo tenía toda la buena voluntad de pagar, pero el billetero ni pudo acercarse a mí, como también a muchos otros, por el gran gentío que había; así muchos quedamos sin billete".

Contestó el Padre: "De todas maneras, hace falta pagar el billete, porque esto es contra la justicia. Ve en seguida a la oficina a pagar".

Alguien hizo notar al Padre que ir a pagar el billete en la oficina significaba poner en evidencia el billetero por haber faltado su deber.

Contestó el Padre: "Quiere decir que se envía por giro postal in modo anónimo, ¡y sin decir el motivo!".

"¡Vaya! – interrumpí yo – ¿Vale la pena por veinte céntimos hacer todo este tráfico?". "Según tu parecer – añadió el Padre – ¡hace falta devolver sólo cuando se trata de millares de liras! Tratándose de justicia no se tiene que hacer muchas distinciones de materia grave o ligera. Especialmente tú que estás con los chicos, tienes que darles el buen ejemplo y formarlos a una conciencia delicada. La sociedad, para dar a los ciudadanos la comodidad del tranvía, sostiene grandes gastos. Es justo, pues, que se pague el billete".

36. Los aspirantes vuelven a Oria

Las aguas en las Apulias se habían calmado y el Padre retuvo de poder llevar nuevamente los aspirantes a Oria. Había, sin embargo, el temor que la presencia de los chicos en Oria pudiese reencender la chispa. Por esto, antes de salir de Mesina, él nos llamó y nos dijo: "Creemos que sea conveniente que volváis a Oria, donde la Casa se ofrece más para la formación religiosa. Esperemos que el Señor os bendiga y os haga salir religiosos según los Corazones Santísimos de Jesús y de María. Dios mediante, allá se reorganizarán las escuelas".

"Sí – dijo uno de los aspirantes – pero esperemos también que no empiecen nuevamente los interrogatorios para luego devolvernos a nuestros pueblos.

"Quedaos tranquilos – contestó el Padre – Esperemos que no. De todas maneras, en Oria por ahora os llamaréis solamente *Pequeños Trabajadores*, y trabajaréis en la tipografía. Por este motivo, Dios mediante, enviaremos

cuánto más pronto posible una máquina tipográfica, y la tipografía se llamará: *Tipografía Antoniana del Pequeño Trabajador*.

Esto quiere decir que vosotros seréis los pequeños trabajadores del Evangelio, y que os preparáis a través de la prensa a propagar el divino Rogate". A mí me encomendó a parte: "En Oria no hagas propaganda. A cualesquiera pregunte sobre los chicos, contestarás que son tipógrafos aprendices". Y añadió: "Te encomiendo de cuidar en todos estos chicos, sea por el alma que por el cuerpo. Hace falta cuidarlos como lo más precioso de la Congregación. Tú tienes que hacerles de ángel de la guarda, seguirlos por doquier y guardarlos como la niña del Instituto".

Así salimos por Oria, donde encontramos otros aspirantes que se habían entretenido en sus familias.

Hallamos también al Padre Palma, que nos acogió con mucho afecto y estableció il modo en que ocupar el día.

Después de poco tiempo vino también el Padre en Oria y allí se entretuvo más que otras veces, ocupándose principalmente de la formación de la Comunidad y de la organización de la Casa con la válida ayuda del Padre Palma.

Su larga y asidua permanencia llevó grandes beneficios a aquella Casa. De modo especial con sermones e instrucciones se cuidaba de la formación espiritual de la comunidad que seguía siempre en todo amorosamente.

El Padre Palma se activaba principalmente para mejorar la economía, y allí hacía mucho bien. En poco tiempo la Casa tuvo un gran desarrollo y tomó un aspecto insólito. Se crecía cada vez más tanto en aspirantes, como en huérfanos.

37. Niños arrancados a los protestantes

El Padre una noche llegó de Trani a Oria muy tarde llevando consigo tres huerfanitos muy pequeños. En cuanto lo vi, dije en seguida al Padre que no había sitios disponibles. Y el Padre: "Los sitios se tienen que hallar. Podrás ocupar la celda donde tengo el escritorio. Para escribir podrás poner una mesita allá donde está la cama".

"Y además son tan pequeños – seguí yo – y el orfelinato no es una guardería… Sé que usted también es contrario a tomar huérfanos demasiado tiernos". Y el Padre: "Esto es verdad, pero… tal vez la teoría es una cosa, y la práctica es otra. O sea: quiere decir que ordinariamente no se tiene que aceptarlos así de pequeños. Pero algunas veces no se puede no hacer unas excepciones, como en este caso. Estos tres huerfanitos, se puede decir que los arrancamos de las manos de los protestantes, que los estaban ingresando en un Instituto de ellos que tiene una fama pésima.

El párroco de Rappolla, ayer hizo justo en tiempo en llevármelos a Trani. Me hizo ver la carta de aceptación por parte de aquel Instituto. Entiendo la molestia para la Casa en tener elementos tan pequeños. Pero, ¡posible que tenemos que hacernos vencer en la caridad por los protestantes? El ejercicio de la caridad molesta, pero cuanto más os molesta, tanto más una obra es merecedora".

"Sí, Padre, esto lo entiendo: pero no sé qué hacer, a quién confiar estos pequeños que necesitan de alguien que les haga de mamá: ¡ciertamente no pueden seguir los demás huérfanos entre los cuales hay chicos de 20 años!".

"Me parece – añadió el Padre – que mientras dices que lo entendiste, demuestras de no haber entendido nada; o mejor, aún no te quieres convencer. Me estás hallando muchas escusas, muchas dificultades, como si quisieras devolver estos pequeños en las manos de los protestantes. Haces como unas nuestras hermanas que, cuando no les gusta algo, dicen siempre: Sí Padre, pero luego tanto la giran y voltean que finalmente consiguen hacerlo como ellas quieren. Tienes que encargarte tú de hallar a quién confiarlos. Ruega y provee".

Después de un poco me hizo llamar y dijo: "Pensé que estos pequeños los podrías confiar a aquel postulante bastante grande, desarrollado, el que tiene una voz bonita. Me parece muy bueno y se ofrece para todo".

"Entendí – contesté – el postulante Appi".[13]

"Sí – dijo el Padre – más bien para darle mayor autoridad, podríamos hacerle vestir una sotana aún antes de la vestición".

Uno de estos tres chiquillos es aquel tal Pedro Marchetti que seguidamente manifestó signos de cleptomanía, del que habla el Padre Vitale en la vida del Padre.

38. El Reglamento de los Huérfanos

Un día[14] en Oria dije al Padre que el *Reglamento de los huérfanos* casi no se leía nunca porque se tenía que actualizar, siendo aún aquel anterior a 1908, cuando los huérfanos estaban en el Barrio Aviñón, en un contexto ambiental muy diferente.

[13] Es el Padre Luis Appi, en religión Lucas, nacido el 18.07.1903 en Roma y crecido en Pontecorvo (Frosinone) de donde fue enviado a la Casa de Oria en 1919. Fue ordenado sacerdote junto con los demás Rogacionistas Padre Carmelo Drago, Padre Redento Levi y Padre Camilo Ruggeri el 20.07.1930 en Oria, por manos de Monseñor Antonio Di Tommaso. Recubrió encargos importantes, destacando por su celo generoso. Fue Superior General de 1956 a 1962. Murió en Mesina el 25.10.1974.

[14] El episodio se puede enmarcar cerca del año 1923, porque el Padre dice que el *Reglamento de los Huérfanos* es viejo de 15 años y que remonta a un tiempo antes del terremoto.

El Padre, consintiendo esto, contestó: “Me extraña que sólo ahora os habéis dado cuenta que se necesita actualizar el reglamento. Y más todavía me extraña que habéis estado prácticamente sin reglamento, ya que ni lo leéis.

Un reglamento, donde hay comunidades, es necesario. En todo Instituto de educación, ello no sólo guía el orden y las relaciones mutuas, sino que favorece la unidad del método, factor indispensable de harmonía y crecimiento.

¿Cómo hiciste? Esto significa que con los chicos cada uno se arregló como creyó mejor. En práctica aconteció fácilmente, también sin quererlo, que uno destruyó lo que el otro construyó.

Para adoptar el método preventivo, en el que confiamos mucho, es necesario que los chicos conozcan el reglamento. Hace falta explicárselo muy bien, y es muy útil que, especialmente las cosas más importantes la aprendan también de memoria.

Por eso lo tenéis en seguida que actualizar y, si hace falta, hacerlo nuevo, sin perder más tiempo.

Si, en efecto, el reglamento es todavía el que escribí yo antes de 1908, ya tiene unos quince años. Se sabe bien, además, que los reglamentos que escribí yo, no son verdaderos reglamentos, sino solamente unas normas dadas por las circunstancias de tiempo, lugar, edad, de los chicos, y adecuados a las capacidades del personal que era deputado para hacerlas observar.

Las condiciones de este orfelinato hoy, gracias a Dios, mudaron, sea como ambiente sea como personal que asiste a los chicos. El Barrio Aviñón era lo que era. En su extrema precariedad, no se ofrecía para un proyecto pedagógico como esta casa de Oria, dotada de escuelas, artes y trabajos, y además de medios, espacios y personal.

Los chicos entonces eran confiados a laicos para la asistencia: ahora, en cambio son guiados por religiosos que tienen esta misión específica”.

En este punto lo interrumpí diciendo: “Padre, si cree, voy a tomar el reglamento y así usted lo pone al día”.

Y el Padre: “No, no, el reglamento tenéis que hacerlo vosotros que estáis con los chicos y conocéis mejor que yo las exigencias de esta Comunidad”.

“Pero Padre – seguí yo – este trabajo, ¿quién puede hacerlo mejor que usted?”. “Te dije – contestó el Padre – que tenéis que hacerlo vosotros que estáis más en contacto con los chicos. Yo, antes, por necesidad de cosas, faltando el personal, estaba con los chicos, más bien durante muchos años era su asistente inmediato. Los reglamentos los hacía prácticamente según las exigencias de entonces. Pero ahora que, gracias a Dios, estáis vosotros, que vivís directamente a contacto con ellos, podéis hacerlos mejor que yo.

Además, es necesario que os ejerzáis. Quiere decir que cuando lo terminéis, me lo haréis ver. Más bien, lo veremos juntos.

Para escribir un reglamento, sin embargo, acordaos que, antes de todo, hace falta rezar mucho nuestro Señor y la Santísima Virgen, para que den las luces necesarias. Luego hace falta estudiar y seleccionar el mejor ordenamiento que se pueda dar al Instituto, para obtener la más completa formación de los chicos.

El Reglamento de los Huérfanos, por cuanto sea posible, tendrá que ser formulado según el espíritu de familia y la vida social.

Es bien también darse cuenta no sólo de los reglamentos escritos por mí, sino también de aquellos escritos por institutos parecidos, tomando de aquellos lo que hace para nosotros. Un buen reglamento tiene, generalmente, dos partes. La primera parte comprende los principios generales y esenciales, adecuados casi siempre para todos, sin distinción de edad, tiempo y lugar. Son, de alguna manera, como los Mandamientos de Dios. Esta parte es el verdadero y real reglamento. Para nosotros tiene que fundarse, cuanto más es posible, en los principios del *sistema preventivo*, que tiene como sus pilares, o valores básicos, la razonabilidad, la religión y la amabilidad.

La segunda parte comprende la aplicación práctica de los principios generales, y tiene que ser adaptada según la edad, el ambiente, los tiempos y los lugares.

Esta segunda parte se podría titular *Normas reglamentares*. Ella no tiene que ser rígida. Las normas, en efecto, son para los hombres, y no los hombres para las normas.

En esta segunda parte hace falta dar una cierta libertad de movimientos a los que dirigen y están inmediatamente con los chicos.

La actuación práctica del reglamento tendrá que ser inteligente. O sea, el asistente tendrá que discernir si en aquella dada circunstancia especial la observancia de aquella determinada norma sea conveniente o menos, y seguir la parte mejor.

No es difícil hacer un buen reglamento, pero es difícil hacerlo observar, y más aún transformarlo en un instrumento de verdadera formación. Y entonces, además de una visión inteligente, la actuación de las normas requiere sea en los chicos que en los asistentes una intuición de amor.

Se sabe, en efecto, que toda regla por sí conlleva una limitación de libertad y, como tal, es una atadura que por sí no se quiere, sino que se evita. Y esto acontece especialmente en aquellos elementos que no alcanzaron ya la maduración de la inteligencia, como son los chicos.

Ellos, pues, no ven fácilmente la razonabilidad de cada artículo, o sea el bien que deriva de la observancia de ellos y el mal que sigue a su transgresión.

Hace falta, por eso, hacerles comprender que el reglamento es una guía segura para su buen éxito. Es como un binario que, si obliga el tren, sin embargo, lo conduce a la meta segura.

Con estas sugerencias parecidas, los chicos amarán el reglamento y sacarán un gran bien.

Si faltará este amor, se obtendrá más o menos una observancia puramente material, una disciplina impecable, también un cierto orden militar: pero no se formará el hombre. Obligados en las rígidas mallas de una observancia coercitiva, los chicos serán llevados a actuar en manera contraria en cuanto podrán hacerlo. Con esta visión del problema, poneos a componer el Reglamento de los Huérfanos. Cuando lo escribáis, me lo haréis ver".

39. La aceptación de un huérfano es como el acto de adopción

Cada vez que el Padre venía a Oria, especialmente si de allí hacía mucho que faltaba, solía pedirme un informe sobre el funcionamiento de la Casa: la salud, la disciplina, la piedad, el estudio, el trabajo…

Volviendo una vez después de mucho tiempo, quiso tener un informe detallado sobre los huérfanos. De esto él se dio cuenta que no se daba la importancia que él deseaba a muchos puntos de la educación. Por eso me hizo sus quejas y un largo discurso. Entendía así hacerme comprender mis faltas para con los huérfanos y cuál era el auténtico espíritu de nuestro Instituto. Añadió también que se quejaría con el Padre Palma, y siguió diciéndome: "Tienes que recordar que cuando recibimos huérfanos en nuestros Institutos, en cierto modo vamos a sustituir sus padres. Tendríamos por eso querer a estos chicos como los padres quieren a sus hijos, y asumir hacia ellos todos los deberes que tienen los mismos padres. Pero no es fácil sustituir los padres. Ellos, en efecto, propiamente hablando, son insustituibles. Nosotros somos siempre un sucedáneo de los padres. Ahora un sucedáneo tanto más es bueno, cuanto más se acerca y se parece al original.

Aunque hagamos más que lo que hacen los padres, nosotros para los huérfanos permanecemos siempre unos extraños, somos siempre sucedáneos. Cuánto vale, en efecto, una mirada, un beso materno, no valen todas las premuras y atenciones de los demás.

La aceptación de los huérfanos en nuestros Institutos es para nosotros como un acto de adopción que dura, propiamente, hasta cuando el huérfano permanece con nosotros, pero que sería bien durara aún más.

El que adopta asume todas las obligaciones que los padres tienen con sus hijos. Como los padres, el que adopta tiene que cuidar para el buen éxito del adoptado, o sea para que conserve la salud, no mirando los gastos y sacrificios para este objetivo. Tiene, además, que formarlo moral, espiritual,

religiosamente y, según las posibilidades, instruirlo y enseñarle un trabajo, un arte, una profesión para que mañana pueda vivir en la sociedad honradamente con el fruto de su actividad. Igualmente tenemos que hacer nosotros por los huérfanos que tenemos en nuestros Institutos. Más bien digo que tenemos que hacer más que los que adoptan; más que los padres. Los que adoptan, en efecto, son ligados a sus chicos por un vínculo de tipo legal, los padres por un vínculo natural. Nosotros, en cambio, nos vinculamos con una relación sobrenatural; lo de la caridad que es necesariamente superior, porque tiene directa relación con Dios, que considera hecho a sí mismo lo que se le hace a los huérfanos. En efecto, nuestro Señor dijo: «El que acoge a un niño por amor mío, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, acoge a Quien me envió»; y aún: «Cualquier cosa hagáis a uno de estos pequeños, en mi nombre, consideraré que me lo hacéis a mí»".

Mientras el Padre me hablaba así, parecía como afervorado y, llegado a estas palabras de nuestro Señor, se emocionó y tuvo que secarse las lágrimas. Luego siguió diciendo: "Cuánto quisiera que estas divinas Palabras del adorable nuestro Señor Jesucristo fueran grabadas en la mente y en el corazón de los nuestros y con gran fe y caridad las pusieran perfectamente en práctica y fueran el alma de su alma, la vida de su vida. Ahora, si el adorable Jesús ama tanto a los pequeños y reconoce hecho a sí mismo lo que se hace a ellos en general porque son pequeños, ¿cuánto más ciertamente le será agradable lo que se hace a nuestros pequeños huerfanitos, pobres y derelictos?

Entre las obras de caridad, esta creo que sea la más agradable al Señor y la más útil para la sociedad. La razón es porque, entre los pequeños, los huérfanos pobres y derelictos son también los más necesitados, porque, siendo faltos de sus padres, las personas más queridas de esta vida, necesitan de todo: de quien los ayude, los instruya, los eduque, los dirija, los guíe para ser buenos cristianos y ciudadanos honrados. Y, en cambio, lamentablemente, sin estas ayudas, ¡son destinados a hacer una mala salida!

Si consideramos bien, igual en ninguna obra de caridad, se cogen tanto las obras de misericordia, especialmente corporales, cuanto, en esta de aceptar los huérfanos abandonados, como se hace en nuestros Institutos.

Cuando nosotros, pues, aceptamos un huérfano, lo tenemos que recibir como por las manos del adorable Señor nuestro, que parece que nos diga lo que dijo la hija del faraón a la madre del recién nacido Moisés, hallándolo abandonado y destinado a morir en la orilla del río: «Llévate al niño y críamelo, y yo te pagaré» (Éx 2, 9).

Ahora, ¿cuál es la recompensa que el Señor nos dará a los que verdaderamente se sacrificaron por el buen éxito de la orfandad pobre y abandonada? Antes de todo, serán puestos entre los elegidos y se sentirán decir por el divino Juez: «Vosotros que usasteis tanta misericordia para con los míseros, venid, bienaventurados por mi Padre, y tomad posesión del reino preparado por vosotros desde la fundación del mundo». La otra recompensa

que nuestro Señor dará es la generosa providencia que todos los días hace llover como maná sobre nuestros Institutos para el mantenimiento y el buen éxito de los huérfanos. La gran efusión, que la providencia usa con nosotros, es el signo seguro de la divina voluntad, que quiere que sea igualmente generoso el trato de los huérfanos y el compromiso para su buen éxito".

Finalmente me dijo: "No sé cómo tú, según parece no entendiste aún bien la importancia de esta sublime misión. Te encomiendo que seas más diligente en el porvenir".

Luego, dándose cuenta que había quedado un poco entristecido, cambió tono y siguió: "Con esto no quiero mortificarte, y mucho menos desanimarte. Quiero sólo llamar tu atención sobre una característica muy importante de nuestro Instituto. Quiero pensar que pusiste tu buena voluntad y que las cosas fueron así también porque muy a menudo tú te quedas solo. Yo vengo raras veces; el Padre Palma, por necesidad de cosas, a menudo tiene que ausentarse; la Casa, por falta de medios financieros, necesita de otras comodidades, pero lo más grave es que falta de personal bien preparado. Por eso no te desanimes: pon toda tu buena voluntad, reza y sigue cómo mejor sabes hacer, confía en el Señor que ciertamente te ayudará y recompensará los sacrificios que habrás hecho para el buen éxito de los huérfanos".

40. Oración para que el Señor nos envíe los huérfanos más abandonados

Cuando con el Padre fuimos a Roma para la adquisición de la nueva Casa, en Circonvallazione Appia, yo, viéndola, quedé desilusionado y, antes de que se entrara en las negociaciones, me permití de hacer unas observaciones. El Padre, pero, fue resoluto en la respuesta, y con buena razón.

La razón principal de mi resistencia a la adquisición dependía por el hecho que la estructura había sido realizada como centro de producción para películas cinematográficas. Por eso más de dos terceras partes eran locales subterráneos, totalmente faltos de luz. Para llevar las adaptaciones oportunas, el Padre rogó el ingeniero de los Salesianos para que se ocupara de ello. Este, sin embargo, se disculpó, diciendo que no valía la pena de arriesgarse en gastos tan onerosos. Proponía, más bien, de hacer una sobreelevación o bien, mejor aún, de construir la Casa desde cero en el terreno al lado que se había comprado. La parte enterrada del edificio existente habría podido servir para depósitos y almacenes.

El Padre, en cambio, prefería las adaptaciones, así que, como el ingeniero dudaba y perdía el tiempo, llamó al Padre Palma y le dijo: "Ármese de valor, ponga su habilidad e intente adaptar estos lugares como mejor puede, para que se hagan funcionales lo más antes posible".

El Padre Palma, a pesar de que no fuese para nada entusiasta de aquel fabricado, se puso también con toda su tenacidad.

Llamó un jefe de obras, cierto Alfonso Caroviño de Francavilla Fontana y, con otros obreros del lugar puso mano a la obra. Los resultados se vieron muy pronto y el Padre no faltó de congratularse con el Padre Palma. Éste, sin embargo, tuvo que ausentarse de Roma, donde fui llamado a sustituirlo *pro tempore*.

Llegado a Roma, el Padre me hacía notar con entusiasmo el estado de las obras y con mucho más placer, en cuanto yo había sido pesimista. Añadía que el mismo ingeniero, cuando había visto cómo habían sido bien adaptados los lugares, había dicho: "No me lo creía. Este Padre (se refería al Padre Palma) tendrá que tener ciertamente una gran práctica".

El Padre entró luego en un discurso más amplio sobre el futuro de aquella fundación. "Yo – decía – desde el principio, tenía la intención que esta Casa, acabados los trabajos de adaptación, podría alojar los peregrinos con ocasión del Año Santo, especialmente sacerdotes, religiosos, y los que no tienen la posibilidad de pagar. Esta obra de caridad es muy agradable al Señor. Hospedar peregrinos es una de las obras de misericordia corporal. Pero luego pensé diferentemente. O sea, me parece más urgente y más útil un Orfelinato masculino *infantil*. Esta fue siempre para mí como una idea fija. Tomar los huérfanos en la más tierna edad, siempre la creí la obra más bonita, más eficaz, más urgente. La experimenté con las niñas.

La razón es muy clara, porque todos saben que los pequeños necesitan de una asistencia especial y, tanto más cuanto más tiernos son.

Necesitan afecto, cuidados maternal, una alimentación específica y una muy cuidada higiene. Si faltan estas previdencias, fácilmente pueden perder la vida en tierna edad y, si sobreviven, ordinariamente tienen un futuro comprometido.

Hay en los pequeños, junto con muchas potencialidades positivas, también unas predisposiciones negativas. En aquella tierna edad, faltando los padres, carecen también los cuidados debidos, así que el porvenir de los pequeños, especialmente si son de familias pobres y abandonadas, está comprometido. Así se explica, entre los huérfanos, un más marcado porcentaje de elementos difíciles.

No pocas veces, en efecto, en los Orfelinatos se encuentran jovencitos, adolescentes y también jóvenes tan difíciles para ser corregido en ciertos defectos. Por consecuencia, cuánto antes un pequeño es quitado a un contexto de privaciones y abandono, tano menos quedan enraizadas en él las tendencias negativas, que pueden definirse como *taras ambientales*. La intervención educativa será entonces más fácil y los resultados no faltarán.

Acogiendo, pues, los muy pequeños en el Orfelinato, además de librarlos de muchas penas y sufrimientos, se realiza casi una obra de redención. Es una especie de *Obra de la Santa Infancia*. Por eso siempre pensé de acoger en nuestros Orfelinatos masculinos también los huérfanos muy pequeños, pero no me fue posible para nada, sea por falta de personal que de lugares adecuados. Me di cuenta, en efecto, que, cuando fui obligado por una urgente necesidad a recibir algún pequeño totalmente abandonado, este fue de grave obstáculo para el vigilante, que tenía que cuidar de los otros chicos más mayores. Y el pequeño mismo sufrió por ello, no hallándose en un lugar adecuado.

Ahora finalmente la Divina Providencia me brinda una óptima ocasión para realizar este deseo mío. Esta Casa de Roma, en efecto, se ofrece para acoger los pequeños huerfanitos, formando así un Orfelinato infantil masculino. Todos los que lo oyeron, también entre las autoridades eclesiásticas y civiles, quedó muy positivamente impresionado, también porque, lamentablemente, estas obras, tan necesarias, son rarísimas.

Abriendo esta Casa haré una oración especial a los divinos Superiores y al gran San Antonio de Padua, para que nos envíen, en preferencia, huérfanos de ambos padres, los más pobres, los más derelictos, los más gamberros, porque estos son los más expuestos para tener un mal éxito”

Después precisó: “Dije: gamberros; me corrijo: quiero decir difíciles. Los niños, de por sí, nunca son gamberros, porque son fácilmente educables y corregibles”. Y siguió diciendo: “Por ahora esta Casa pensé de confiarla a las Hijas del Divino Celo por doble razón: primero, porque las hermanas son más indicadas para cuidar los niños con dedición maternal y paciencia; segundo, porque por ahora no tenemos personal masculino. cuando tendremos esta posibilidad, y los niños serán mayorcitos, la Casa se confiará a la Comunidad masculina, que cuidará su formación cristiana y los introducirá a un arte o trabajo.

Mientras tanto se buscará en Roma también una Casa para las hermanas, para que las dos Congregaciones, si Dios quiere, tienen que tener el centro de la institución en Roma, donde la Obra más fácilmente se podrá afirmar y propagar, especialmente por lo que se refiere al Rogate.

En cuanto a la Casa para el Orfelinato masculino infantil, se buscará otra distinta y separada, en Roma misma o en otro lugar, confiándola siempre a las Hermanas, que tendrán los niños muy pequeños hasta un máximo de ocho años, y luego los pasarán a los Padre en los Orfelinatos masculinos, donde podrán seguir mejor su formación y educación”.

41. Aceptación preferencial de los huérfanos en extrema necesidad

Un vendedor ambulante de Manduria, que había quedado viudo con seis hijos pequeños, vino en el Instituto de Oria para rogar y suplicar para que le aceptáramos al menos dos niños. Presentaba el caso muy piadoso, lo reforzaba con su aspecto frágil, demacrado y miserable.

Estuvo hablándome su triste historia de viudo solo y del estado de abandono de los hijos, todos pequeños. En el pueblo ya no tenía familiares que pudieran guardarlos, y los trabajos de casa recaían en la hija más mayorcita, de doce años. Una viejita del vecindario, esporádicamente y por caridad, echaba una mirada en los más pequeños. Él todos los días salía a los pueblos cercanos para ganarse un trozo de pan para aquellos inocentes. El arcipreste, el alcalde y cualquier otro hubiese podido atestiguar su extrema necesidad.

El cuadro parecía penoso, pero me había convencido que aquel pobrecillo, vendedor ambulante, ganara quién sabe cuánto dinero en el día. Contesté, pues, que no podíamos aceptar los chicos, porque él con sus propias ganancias podía mantener muy bien la familia y poner una mujer en la casa pagándola. Por eso él insistía suplicándome y yo le oponía un rechazo cada vez más firme.

Pero, finalmente, también para calmarlo de un lloro casi convulso, propuse: “Está bien, aceptamos sólo el niño de seis años, pero tenéis que proveerlo con un buen ajuar personal y pagar una cuota mensual”.

“Pero, ¿cómo puedo la cuota? – contestó – Pues, ¿no me quiere creer que vivo en extrema miseria? Después de la muerte de mi mujer lo perdí todo, estoy cargado de deudas, sea por su larga enfermedad, sea para poder alimentar mis infelices hijos. Sólo me quedaron los ojos para llorar noche y día”.

Y yo, siempre pensando que un vendedor ambulante tuviese que ganar quién sabe qué en el día, resolutamente le dije: “Es inútil insistir, si no proveéis al pequeño con un buen ajuar, y no pagáis la cuota, no lo podemos aceptar”.

El pobrecillo, desconsolado, se fue llorando.

Yo era tan difidente, porque ya me habían ocurrido ciertos casos en que los interesados habían hecho verdaderas representaciones.

Tras unas semanas, el vendedor ambulante, vuelto a Oria para vender sus perifollos, se puso cerca de nuestro Instituto y contó a alguien su estado penoso y el rechazo que había recibido por mí.

Habiendo sido visto justamente en aquellos días el Padre, le aconsejaron de presentarse directamente ante él para exponerle su caso. Ciertamente lo habría ayudado. “Papa Aníbal es un santo – le dijeron – es todo corazón, y

sabe compadecerse de las miserias de los demás. El Hermano Carmelo es todavía jovencito, y no tiene ni la experiencia ni el corazón del Papa Aníbal. Tenéis que hablar personalmente con él".

El pobrecito se animó e intentó hablar directamente con el Padre. Lo consiguió. Y así lo puso al día de su estado, del abandono de los hijos, de la necesidad de ingresar, si no dos, al menos un chico. Manifestó también al Padre mi rechazo y las condiciones que puse.

El Padre entonces me hizo llamar y, llamándome de vos, una antífona que era el preludio de una solemne reprensión, me pidió cuántos sitos libres teníamos para los huérfanos. Contesté que había uno, igual también dos sitios.

Dijo el Padre: "Me acerté que este caso es verdaderamente penoso, por eso este buen hombre en dos días llevará aquí sus dos hijos de seis y ocho años. Hacedlo todo para aceptarlos ambos. ¡Pobrecillo! No puede llevar ningún ajuar ni, tanto menos, pagar la cuota. Más bien hace falta ayudarlo".

Llevándome, luego, aparte, añadió: "No me basta lo que tengo para ayudar este pobrecillo. ¿Tenéis dinero?". "Tengo sólo seiscientos liras", contesté. Y el Padre: "Dádmelas todas, y ciertamente la Providencia pensará para la Casa. Pero luego venid a mi habitación, que os tengo que hablar".

Seguidamente supe que el Padre le dio 1.500 liras en total, una cantidad grande en aquellos tiempos. Aquel hombre se fue secándose las lágrimas por la emoción.

Después de un rato, el Padre me hizo llamar a su habitación. Yo, seguro de tener que ser reprochado, intenté, como siempre de presentarme todo alegre, porque conocía la debilidad del Padre. No nos quería entristecer, y aunque nos tenía que reprochar, el reproche lo cambiaba en una exhortación paternal. Pero aquella vez mi buen humor se apagó. En efecto, él en tono muy serio y disgustado, me dijo: "Se ve que vos no entendéis nada de verdad. Y os venís también alegre, como si hubieseis hecho una gran proeza".

Os portasteis muy mal con aquel pobrecillo. Se ve que aún no tenéis experiencia de la vida y no entendisteis nada del espíritu de nuestro Instituto.

Entiendo que hay unos que para conmover pintan el caso penoso con las tintas más negras, y por eso antes de aceptar un huérfano hace falta darse cuenta que la situación era negra. Bastaba verlo como iba vestido, como estaba delgado y demacrado, extenuado de fuerzas, afligido y dolido.

Creíais que no era pobre porque era vendedor ambulante. ¡Igual lo confundisteis con los grandes mercaderes de las ciudades! Y luego, ¿no entendéis que, a aquel pobrecito, faltando todo el día de casa, los hijos quedan abandonados?

¿Qué criterio es, además, esto, de subordinar la aceptación al ajuar, a la cuota? Si hubiese podido pagar no habría sido verdaderamente pobre, y

entonces habría podido poner el chico en un colegio de pago. ¿Todavía no entendisteis que la misión de nuestro Instituto es la de aceptar los chicos más pobres y más abandonados, y los que no pueden pagar ninguna cuota ni por sí, ni por medio de otros? Estos son los que atraen sobre el Instituto las abundantes gracias y la divina Providencia.

Si estabais en duda, teníais el deber de informaros sobre el estado de las cosas, escribiendo, por ejemplo, al párroco; más bien habría sido mejor enviar alguien de los nuestros para informarse. Mejor todavía, siendo Manduria muy cercana, podíais ir vos mismo para daros cuenta y para ayudar aquellos pobrecillos. En cambio, quedasteis insensible, manteniéndoos en la negativa absoluta.

Sólo el ajuar y la cuota hacía vuestro corazón sensible y caritativo. ¡Pobre de nosotros si seguimos así! ¡Sería una ruina para el Instituto si educarais así estos chicos que un día, si Dios quiere, tendrán que ser los futuros miembros de la Congregación!

Si es así, vos con estos jovencitos destinados a la vida religiosa no podéis estar.

No sé dónde aprendisteis este espíritu. ¿Qué os dije cuando os di el encargo de la aceptación de los huérfanos? Se ve que no entendisteis nada, o que no quisisteis entender. Mientras tanto de hoy en adelante os quito el encargo de la aceptación de los huérfanos, que queda reservada al Padre Palma y a mí. ¿Lo entendisteis? Vos desarrollaréis solamente las prácticas necesarias para la aceptación".

Así, pues, se hizo durante cerca de un año, después del cual el Padre Palma, también porque faltaba a menudo y durante largo tiempo de Oria, me dijo que sobre la aceptación podía arreglarme según los criterios que ya tenía que conocer.

Yo, sin embargo, le recordé las disposiciones del Padre, y él me contestó que ya lo había informado.

Seguidamente el Padre me llamó y me hizo muchas recomendaciones, para que me mantuviera fiel, en la aceptación de los huérfanos, a las finalidades del Instituto. Ellas eran: recibir siempre los más pobres y derelictos; los que no pueden pagar ninguna cuota ni por sí ni por los demás; si estos no se presentan, buscarlos por medio de los párrocos, o por medio de la prensa…

El Padre me repitió lo que había dicho otras veces, o sea que hasta cuando el Instituto se mantendrá fiel a estos principios, el Señor lo bendecirá, no le hará faltar la Providencia, y ciertamente prosperará. Pero si se hará diferentemente, será la ruina.

Luego sacó un papelito, en que estaban escritos con más precisión y en orden de importancia los tipos de huérfanos para aceptar:

a) los huérfanos de ambos padres cuando no tienen familiares y bienhechores que los puedan mantener y educar;

b) los huérfanos cuyo padre o madre supérstite es afectado por una enfermedad contagiosa o inhabilidad permanente;

c) los chicos verdaderamente pobres y abandonados, o que se hallan en ambientes inmorales;

d) los huérfanos de madre;

e) los huérfanos de padre y los cuyo padre o madre supérstite pasó a segundas nupcias. La aceptación de esta categoría, sin embargo, es subordinada a razones especiales;

f) los hijos ilegítimos;

g) los hijos de familia numerosa, cuando esta se halla en la imposibilidad de mantenerlos;

h) los huérfanos de pago, cuando permanecen sitios vacíos, pero sin ocuparlos todos. Hace falta que queden siempre sitios disponibles para los casos piadosos.

42. La aceptación de los huérfanos no tiene que ser condicionada por la cuota

Un trabajador de la obra de Taranto un día vino en Oria para confiar a nuestro orfelinato sus dos hijitos. Tanto el Padre como el Padre Palma eran ausentes. Expuso a mí su caso penoso.

Años antes había muerto la mujer, dejándole dos niños y dos niñas. Dado que él, por razones de trabajo, casi todo el día faltaba de casa, los hijos permanecían en manos de esta o de aquella persona extraña.

Había entonces pasado en segundas nupcias con una mujer que aparentemente mostraba de tener un corazón maternal. Pero resultó de índole difícil, difidente y, lo que era peor, los maltrataba en modo inscribible, los odiaba y los golpeaba. El más pequeño, en particular, se había reducido en una larva irreconocible.

La mujer describía al marido los niños como rebeldes e intratables, y pretendía que él también los cargara de golpes, si los quería crecer educados.

Ante un cuadro parecido me vino espontáneo sugerirle que habría hecho bien a transferir a la mujer los golpes invocados para ponerla en su sitio una buena vez.

"Reverendo – me contestó – se las di más veces, pero ella se envenenó cada vez más. No me queda otra cosa que matarla o quitar de casa los niños. Por eso vine aquí para ingresar los dos niños".

Contesté: "Lo diré al Director, pero me parece imposible poderlos aceptar porque nosotros aceptamos sólo los huérfanos estrictamente dichos y además los más pobres y derelictos. Usted, en cambio, trabaja y los niños tienen padre y madre".

"¿Y usted llama de madre – replicó aquel pobrecillo – aquella madrasta que es una perra enrabiada? En cuanto al mantenimiento, haré el esfuerzo de pagar alguna pequeña cuota mensual para los dos". Yo añadí: "Bueno, si pagáis la cuota, entonces la cosa cambia. Enviad los documentos y luego tendréis la respuesta cuando vendrá el Director". Llegados el Padre y el Padre Palma les conté fielmente el hecho.

Me dijo el Padre: "Vaya consejo que le diste a aquel hombre: ¡Dar palos a su mujer! En este caso le tenías que decir de permanecer calmo, de tener paciencia, de usar todos los medios para persuadirla y de rezar al Señor para tener él la fuerza de aguantarla y ella de convertirse. Además, no siempre las madrastas se pueden considerar madres; hay unas cuantas que son buenas y que suplen el papel maternal, y otras que son totalmente otra cosa que las mamás, como la descrita por este pobre hombre, si es verdad. También estos casos tenemos que tomarlos en consideración y examinarlos bien.

No entiendo por qué, cuando el señor dijo que pagaría la cuota tú contestaste que el asunto cambiaba. ¿Qué querías decir?

Si los chicos no se tienen o no se pueden aceptar, no se aceptan, y esto prescindiendo de la cuota. La cuota no tendrá que ser nunca determinante para la aceptación: sería desnaturalizar el fin y la misión de nuestro Instituto. Sería también una falta de confianza en la divina Providencia. Lo dije y repetí muchas veces.

En casos como este (si es verdad), pudiendo los familiares pagar una aportación también mínima, hace falta buscar de hacérselo dar.

Luego dijo al Padre Palma: "Oiga, ocúpese personalmente de este caso, y se regule como mejor cree en el Señor. El Hermano Carmelo aún no se da cuenta de las circunstancias de la vida familiar y social, y todavía no entendió el espíritu de nuestra Congregación. Luego siguió diciéndome: "En cuanto al ingreso de los chicos a nuestro Instituto, no hace falta entender en modo absoluto las palabras *huérfano – pobre – derelicto*, sino en sentido moral. Un chico que, aunque tuviera los padres, es prácticamente abandonado, hace falta considerarlo huérfano, porque no tiene el que se ocupe de él. Otro, cuyos padres son inhábiles o física o intelectual, o moral, o realmente, también esto se puede considerar huérfano de hecho. Así también se da el caso que un chico en familia es verdaderamente la manzana de la discordia, para llevar la paz

en aquella familia, se tendría que aceptar. Símilmente no se excluye por nosotros la aceptación de los desconocidos, cuando son abandonados".

43. Este modo de actuar es más dañino que el sistema represivo

En el altar mayor de la iglesia de Oria había una gran pintura de San Mauro, que servía también para cubrir una apertura hecha en la pared. Se podía acceder detrás a este cuadro con una escalera interna totalmente invisible. En la tela había unos ligeros rasguños de los que fácilmente se podía notar lo que se hacía en la iglesia sin ser notados.

Algunas veces me servía de este medio para darme cuenta de cómo estaban los chicos en la iglesia sin mí, confiados al más mayorcito entre ellos. Cuando me daba cuenta que alguien no se portaba bien, le llamaba la atención y lo castigaba según la falta cometida. Los chicos luchaban para comprenderlo, pero sin fruto.

Una mañana vi desde mi observatorio uno de ellos queriendo hacer burradas: lo castigué echándolo fuera durante la Misa.

Lo sorprendió el Padre así castigado, y me pidió el por qué. Le conté mi rara estratagema, creyéndolo un invento ingenioso. El Padre, en cambio, observó que este criterio mío era más dañino que el mismo método represivo, porque yo mismo daba a los chicos la ocasión de faltar para castigarlos luego. "Esto – siguió diciendo – es actuar como un policía, no como un educador. El recurso, para no hacer cometer faltas a los chicos, es la presencia diligente y amorosa del educador".

Y siguió diciendo que este criterio es un medio para crear chicos difidentes e inducirlos a mirar hacia el educador no como un amigo, sino como un policía. Añadía aún que adoptar esta astucia en la iglesia, es algo todavía más dañino, porque se da la ocasión a los chicos de ser ansiosos, y de cometer más defectos.

Reprochaba luego totalmente el hecho que confiaba la asistencia de los chicos a uno de ellos, y decía: "Es un grave error confiarse en un chico, compañero suyo, para referir. Los demás fácilmente sospechan y faltan más que cuando permanecieran solos. Esto es causa de celos y de otros graves inconvenientes. El chico, por cuanto pueda ser dotado de inteligencia y bondad, aprende y refiere las cosas a su modo, o sea de chico. Así las sanciones se fundamentan, más o menos, sobre las informaciones que se consiguen, a menudo exageradas y, tal vez, completamente erróneas. El que falta, además, aunque esté en el error, no lo reconoce, y mira al que lo refirió como a un calumniador.

Hace falta, en cambio, animar y alabar los que, para oponerse al mal y para impedir algún grave daño a la Comunidad, se sienten obligados en conciencia a informar los Superiores".

44. "Ladrón"

Una noche el Padre llegó en Oria con cinco pequeños huerfanitos: tres niños y dos niñas. Estas últimas las envió a San Benito, y los niños los condujo a San Pascual.[15]

Cuando lo vi, dije entre mí: "Ya está hecha la guardería!". En efecto eran tan pequeños que necesitaban de una niñera.

Luego, dirigido al Padre dije: "Padre, no tenemos sitos para nada". Y el Padre: "Los sitios se tienen que hallar a toda cuesta; los arranqué a los protestantes". Y yo añadí, bastante maliciosamente: "Apretaré un poco las camas, y veré de hallar sitio. En efecto los niños se pueden poner los tres en la misma cama".

"Muy bien – me contestó el Padre – ¡tienes unas soluciones educativas maravillosas! Para nada. Cada uno tiene que tener su camita, también si tienes que tomar la mía o la de cualquier otro. Me asombro por cómo razonas: ¡tres en una cama! En cambio, no se tienen que apretar las camas más de lo normal. ¿No sabes cuáles consecuencias pueden llegar de ello?

Ves cómo mejor los puedes arreglar, también en las habitaciones vacías, pero no ellos solos, porque los pequeñitos podrían tener miedo y también unas necesidades. Te recomiendo, tienes que tener para ellos un cuidado verdaderamente maternal. Cuídate especialmente por la alimentación, el descanso y por todo. Evita de darles comidas pesadas, porque así se dilata el estómago. Además de las tres comidas principales, tienen que hacer una merienda en las horas antemeridianas y un almuerzo durante la tarde.

En cuanto al descanso, en su edad se tiene que hacerlos descansar de las 13 a las 14 horas cada día. Tienen que jugar al aire libre: en el movimiento hay la vida".

Uno de los tres pequeños, tal Pedrito Marchetti, de Rapallo, desde los primeros días empezó a hacer desaparecer y esconder lo que le ocurría. La tendencia se fue acentuando junto con su edad, convirtiéndose en una verdadera manía. Tomaba objetos de cualquier clase, aunque insignificantes, y los escondía en los lugares más impensables.

Cada vez que se le revisaba, se le hallaba encima cualquier cosa: tonterías y perifollos, molestos a él mismo por la manera de cómo le

[15] Este episodio se conecta con el cap. 37, con el que se integra y aclara mayormente.

hinchaban la camisa y los pantalones. También en la cama se le sorprendía a menudo durmiendo con el inocuo botín estrecho en las manos.

Algo raro, no tocaba ni dinero ni comidas.

Para nada habían servido los avisos, las exhortaciones, los reproches y los castigos. para hacerlo terminar, había prometido de darle cualquier cosa que me pidiera. No me pidió nunca nada. Su gusto era el robo. Sin robar no podía estar.

Una noche hurgó en los bolsillos de su asistente ciertas llaves y las fue a echar en un agujero tan profundo que fue muy difícil recuperarlas, cuando se supo dónde habían sido echadas.

Una mañana el mismo asistente no halló los zapatos: el ladroncito las había puestas en el váter. Un día desaparecieron muchos cubiertos del comedor: los había escondido él detrás de un cuadro en la iglesia.

¡Con hazañas parecidas se podría recoger una antología! El pequeño mostraba, sin embargo, una índole sincera, así que, interrogado dónde había puesto su botín, contestaba diciendo la verdad. Demasiado poco, para recuperar una estima tan comprometida delante de todos. Con cáustica malicia, los compañeros lo llamaban la urraca ladrona.

De palabras hacía muchas buenas promesas; pero, en efecto, empeoraba cada vez más. Se había hecho de veras insoportable.

Fue, pues, inevitable escribir a la abuela, notificándole la conducta del nieto y de todos los medios que habíamos usados para corregirlo, y cómo todos habían fracasado. Que pensara pues de venir para retirárselo.

La pobrecita al oír esto quedó gravemente dolida. Hizo leer nuestra carta a personas de su confianza para saber cómo hacer y qué responder. El consejo que tuvo fue el de encerrar al niño en un colegio de reeducación. Para hacer esto necesitaba de un nuestro detallado informe escrito sobre la conducta del nieto, para presentar al juez de los menores.

Ella, pues, nos escribió, diciéndose muy preocupada por la conducta del nieto. Había heredado el vicio de su padre y de su abuelo que, por causa de los hurtos grandes y pequeños, habían pasado gran parte de su vida en las cárceles, aunque no necesitaban robar para vivir. Por eso si había decidido de encerrar al niño en una casa de reeducación.

De todo esto fue informado el Padre. Él, después de darse cuenta detalladamente de la gravedad del caso, me encargó con dolor de hacer el informe. Yo la escribí en una sola dirección: exageré el vicio del niño para apresurar el ingreso.

Cuando el Padre lo leyó se empalideció en la cara, y exclamó: “Es una condena segura para este pobre niño haber sido encerrado en un lugar, en que,

en cambio de una gradual corrección, tendrá por lo más una segura corrupción. Tuve ocasión, por razón de ministerio, de conocer Institutos parecidos, y tengo que decir que me llevé una pésima impresión. No sé cómo el Estado pueda permitir un sistema de corrección tan equivocado. Es todo el opuesto del método preventivo que hace hincapié en la religión, la razonabilidad, el amor. Es un sistema duramente represivo, el que está en vigor en los Institutos de corrección. En ellos el abuso de los castigos y la violencia que se hace a la naturaleza del niño lleva al más completo desastre moral.

Los Institutos de esta clase, son todos, más o menos, compuestos por una mezcla de pobres infelices que, entrados con algún defecto o vicio, salen de ellos luego con muchos otros, que adquieren allá dentro, entrando en contacto con otros desaventurados.

No quiero por ahora enviar el informe. Quiero antes aplicar la Santa Misa para este fin. Hagamos oraciones para que el Señor nos ilumine y mañana por la mañana veremos qué hacer.

Cuando por la mañana fui al Padre para preguntar qué hacer, me contestó: "Pensé en ello y recé mucho. Podríamos intentar otra prueba, aunque sea un poco rara: le colgaremos del cuello un letrero con la escrita: *¡Ladrón!*, y se lo haremos llevar encima, para ver si, a través de la vergüenza, se puede conseguir corregirlo.

Por sí este sistema no es educativo, más bien podría ser contraproducente, en el sentido que a fuerzas de decir a uno: *¡Ladrón, ladrón!* Fácilmente se le induce a serlo".

Yo contesté: "Para mí esta estratagema es inútil porque, si el chico es afectado por cleptomanía, se trata de un defecto psicofísico que no se puede curar o corregir".

Y el Padre: "No te salgas ahora con estas palabras altisonantes. ¿Qué pinta aquí el físico? ¿Acaso se trata de tener una pierna o un brazo más largo que el otro? Se trata sólo de un defecto de origen psíquico que, cuando no alcanza el estado de desequilibrio mental de la locura, siempre es corregible. Y, además, si el letrero no puede obtener el efecto de la corrección, ¿acaso no lo puede obtener la oración? He aquí porque tenemos que rezar mucho y tenemos que tener mucha confianza en la oración. ¿Acaso el Señor no se puede servir también del letrero?".

Se hizo cómo había dicho el Padre.

En el principio al chico no hizo ni frío ni calor. Más bien iba casi orgulloso y se mostraba valiente y audaz, como si fuera decorado.

Cuando, sin embargo, se vio hecho signo de burla y sarcasmo por parte de quien lo veía en aquella manera, sea internos que externos, los que especialmente se asombraban, viendo como un tal elemento estaba en el

Instituto, mientras era digno de la cárcel para menores, entonces empezó a avergonzarse, a esconderse y luego a llorar. En el refectorio no quería ni comer. Yo le decía: "Te avergüenzas porque te llaman ladrón. En cambio, te tienes que avergonzar mucho más porque eres realmente un ladrón".

Después de haber llevado durante un tiempo en el pecho aquel triste emblema, él llegó a las más cálidas promesas de redención. Por eso se le quitó y se prohibió a los demás de llamarlo más ladrón, cuando no llevaba el cartel, pena la mudanza de la escrita difamatoria al cuello del que hubiese insultado al niño.

Después de pocos días, sin embargo, el ladroncito fue hallado nuevamente con las manos en el saco: ¡todavía pequeños hurtos! Así tuvo que resignarse otra vez al insulto del letrero. Él repitió su papel: vergüenza, lágrimas y promesas. ¡Fuera, entonces el letrero! Pero, la fuerza del vicio era más tenaz que su voluntad y recaía. De todas maneras, los efectos se vieron en la distancia. El pequeño reo, en efecto, después de unos tres meses, no dio más signos ni del mínimo hurtito. Él permaneció luego en el Instituto hasta la edad del servicio militar, manteniendo siempre buena conducta.

También bajo las armas, a pesar de que se hallase a servir en la administración, donde las ocasiones eran numerosas… y codiciosas, jamás cayó en el antiguo vicio.

Creo, sin embargo, que su corrección o curación, más que al letrero de la vergüenza, se tenga que atribuir a las oraciones del Padre.

45. Necesidad del registro general para cada categoría de chicos y de la carpeta personal individual

En 1924 el Padre había encargado al Padre Palma de seguir los trabajos de adaptación de la Casa de roma, en Circonvallazione Appia.

Mientras estaban para completarse, el Padre Palma tuvo que ausentarse para asuntos urgentes en Sicilia. En Roma permaneció el Padre, que creyó oportuno llamarme durante aquel periodo de tiempo para sustituir en algún modo al Padre Palma.

En aquella ocasión el Padre, hablando por cierto de esta nueva Casa, me decía: "Ahora que, gracias a Dios, parece que empezamos a tener personal también masculino, hay para el porvenir buenas esperanzas,[16] si el Señor las

[16] En 1924 se ordenaban sacerdotes los primeros Rogacionistas formados en la escuela del Padre: Padre Serafín Santoro y Padre Teodoro Tusino. Mientras tanto, estaban avanzando bien otros religiosos, que alcanzaron el sacerdocio en 1930: el Padre Carmelo Drago, autor de estas memorias, el Padre Lucas Appi y el Padre Camilo Ruggeri.

bendecirá, hace falta buscar de dar a las Casas una impostación más ordenada, más racional, más correspondiente a los tiempos de hoy.

La divina Providencia, en efecto, nos está ayudando generosamente, y hace falta, pues, buscar de organizar las Casas, instituir nuestras escuelas, actuar mejor el método educativo y todo lo que sirve para el mejor funcionamiento de la Obra.

¿Estáis escribiendo la historia de la Casa de Oria?".

"No – contesté – En verdad antes de la guerra se había intentado de retomar unas notas, pero seguidamente se acabó del todo".

Y el Padre: "Sin embargo, a todas las Casas lo encomendé mucho. Es algo importante. Y los registros de cada categoría: el de la Comunidad religiosa, el de los aspirantes y el de los huérfanos, ¿funcionan?".

"El de la Comunidad – contesté yo – procede con aquella impostación que había dado Micalizzi en Mesina. Para los aspirantes se tienen unas notas muy generales sobre unas libretas. Acerca de los huerfanitos, no hay casi nada".

"¡Mal, mal! – dijo el Padre – Pero no es algo difícil, ni requiere mucho tiempo. Hace falta sin duda empezar cuanto antes y buscar tenerlos bien al día. Empezar por el de los huérfanos que no existe y, en cambio, es muy útil y necesario, no sólo para la historia y para el buen funcionamiento del Instituto, sino también para tener unos datos estadísticos exactos, de los que sacar aquellas consecuencias que son necesarias para un juicio práctico sobre el método de la educación.

En cuanto a la impostación, organización y mejoría en general y en particular de las Casas, ya no tenéis que esperar todo por mí o por el Padre Vitale o por el Padre Palma. Hace falta que os activéis vosotros los jóvenes, como hacían los jóvenes salesianos estudiantes con don Bosco.

Por eso te doy los criterios generales sobre cómo impostar antes de todo el *Registro de los huérfanos*, y luego tienes que activarte para actuarlo. Cuando lo acabes, me lo enseñarás. Aprovecha ahora que estas en Roma".

Y así me dijo en general cómo tendría que proceder. Según sus criterios, intenté traducirlos en el mejor modo posible; finalmente, hice ver al Padre el trabajo que, corregido, resultó como sigue:

En el Registro se marcan las generalidades del huérfano, con el número progresivo, según el orden de ingreso en el Instituto. En la cubierta del Registro está escrito en buena evidencia el número ordinal de ello con la fecha de cuando empieza a funcionar y la de cuando, en su tiempo, se completará.

Para cada huérfano están escritos en el Registro los siguientes datos:

a) Fecha de nacimiento

b) Lugar de nacimiento

c) Paternidad y maternidad

d) Fecha de bautismo

e) Fecha de confirmación

f) Fecha de entrada en el Instituto

g) Tutor o persona que lo presentó

h) Título de estudio conseguido

i) Título profesional

j) Fecha de salida del Instituto (apuntar en el Registro si el chico dejó el Instituto después de su completa formación regular, o por dimisión o bien por expulsión)

k) El que lo aceptó

l) Si fuera resulta ocupado en el trabajo

m) Número de carpeta personal.

La carpeta personal, en la cubierta tiene que llevar el nombre y apellido del huérfano y el número de Registro y del ordinal del chico.

En la carpeta se recogen:

a) Los documentos que se requieren

b) La tabla anamnésica, que contiene:

1. El padre y la madre: cuantos años tenían cuando nació el niño

2. Si los padres tuvieron otros hijos: cuántos vivos y cuántos muertos

3. Profesión de los padres

4. De qué enfermedad fallecieron los padres

5. Si en la familia hubo enfermedades hereditarias o bien mentales.

6. Cuál fue la conducta moral y religiosa de la familia después del nacimiento del hijo

7. Con quién estuvo el huérfano después de acontecer el fallecimiento de los padres

8. Si el chico fue enfermo

9. Qué escuela frecuentó

10. Si hay el tutor legal, y quién es

11. Si el chico tiene bienes heredados o goza de cheques, o derechos y otras ayudas o bien préstamos.

Estos datos anamnésicos, por cuánto difíciles para recoger, igualmente son útiles para la formación y la educación física, psíquica, moral, religiosa, social y profesional del chico. Si no se puede tenerlo todo, al menos se recoja lo que se puede.

La carpeta tiene también que tener:

1. *La ficha sanitaria*, o sea el resultado de las visitas médicas hechas por el sanitario con ocasión de enfermedades y de visitas periódicas acerca de las condiciones de salud y la constitución del chico.

2. *La ficha psicológica*, que tiene que recoger la serie de evaluaciones sobre las principales capacidades psíquicas del chico.

3. *La ficha escolar*, constituida por los informes escolares de los que se saca más o menos la inteligencia, la tendencia al estudio y el provecho del chico en la escuela.

4. *La ficha profesional*, que describe los datos de hecho de las inclinaciones al tipo de trabajo y el provecho obtenido.

5. *La ficha moral y religiosa* tiene que contener la conducta del huérfano, los sentimientos religiosos y la práctica de la piedad.

Si el huérfano fuera expulsado por el Instituto, se insertará en la carpeta personal la razón de la expulsión.

46. Para una pastoral vocacional eficaz: indicaciones metodológicas

El Padre, desde la fundación de la Obra, quería que los candidatos a la vida religiosa estuvieran separados, cuanto más posible, de los huérfanos. Así, en efecto, hizo con los primeros clérigos en el Barrio Aviñón de Mesina. Cada categoría tenía dormitorios reservados, como también comedor, patio y estudio. Sólo en ciertas ocasiones especiales se hallaban en la Capilla y para los sagrados ritos; y aquí también, los clérigos asistían desde una especie de coro. Lo mismo pasaba por los primeros aspirantes, llamados todavía escolares, en 1907 y 1908. Recuerdo que había prohibición absoluta que una categoría tuviese comunicación con la otra. También en Francavilla Fontana, a pesar de que los lugares no lo favorecieran para nada, se hacía todo lo posible para respetar esta norma, tanto que los aspirantes comían en la cocina y los huérfanos en el comedor.

La adquisición de la Casa de Oria fue guiada también por esta preocupación, o sea de ofrecer una sede exclusiva para los candidatos a la vida religiosa; y, desde el principio, durante cerca de un año, allí moran sólo

los aspirantes. Seguidamente, sin embargo, cuando el Orfelinato de Francavilla fue trasladado a Mesina, y poco a poco que se presentaban los casos piadosos de huérfanos pobres y derelictos, se aceptaron en la Casa de Oria también estos, igual mezclados con los aspirantes, siendo ambos muy pocos. Piénsese que faltaban completamente los religiosos: ¡había sólo yo, con apenas 18 años de edad!

El padre y el Padre Palma en aquellos tiempos, estaban trabajando asiduamente en Mesina para reparar en los dos Institutos los daños producidos por el terremoto, y así en Oria permanecía muy poco.

Este estado de cosas duró durante mucho tiempo. Pero luego, siendo aumentado mucho el número de los aspirantes, como también el de los huérfanos, y habiendo más posibilidad de asistencia, un día el Padre me llamó y me dijo:

"Adquirimos esta Casa de Oria con la finalidad precisa de la formación de nuestros religiosos. Pero la Providencia, que, en efecto se ve, dispuso que sirviera también para la acogida y la formación de los huérfanos. Oh, ¡los caminos del Señor! Así nos da mejor la posibilidad de ejercernos en la importantísima nuestra misión de las Obras de caridad y se abre el camino para el mantenimiento material de los que son destinados a la vida religiosa. Mientras tanto, hasta ahora fuimos obligados por la necesidad a permitir que los aspirantes y los huérfanos vivieran juntos. En cambio, ahora, gracias a Dios, parece que haya la posibilidad de separar las dos Comunidades. La Casa, en efecto, es grande y, tanto los medios económicos, como también los asistenciales, mejoraron. Cuando vendrá el Padre Palma, dile a mi nombre de estudiar cómo poder efectuar esta separación en la mejor manera posible.

Cada categoría tenga su dormitorio, el comedor, las escuelas, el estudio y los asistentes. Cuando volveré se pueda ver realizada esta separación, que es algo muy importante. Ella, sin embargo, no tiene para nada la finalidad de separar el corazón de los aspirantes de los huérfanos. Ello sería muy deletéreo para su formación. Al revés, se tiene que buscar en todos los modos de instilar en el corazón de los aspirantes el más tierno amor hacia los huérfanos, los pobres y los sufridos. Estos sentimientos hace falta considerarlos como uno de los signos más importantes de la vocación a nuestro Instituto.

La separación de las dos categorías tiene por finalidad el mayor bien de ambas: porque como las dos fueron acogidas en nuestro Instituto con fin diferente, así tienen que ser formadas diversamente.

En efecto, entre los aspirantes iniciados a la vida religiosa, y los huérfanos empezados a la vida del siglo, hay una gran diferencia. Por eso no se pueden pretender las mismas disposiciones, el mismo amor a la oración, a la piedad, a la práctica de las santas virtudes. Por consecuencia, toda la formación tiene que ser diferente, y tienen que tener una específica coloración los elementos que allí concurren".

Regresado el Padre Palma, lo informé de estas cosas. Después de pocos días la división de los lugares había sido realizada en la mejor forma posible.

En la vuelta del Padre se le presentó el proyecto. Le gustó tanto que dijo: "Igual esto se podría haber hecho también antes. Ahora sí que se puede trabajar mejor para una mayor organización y desarrollo sea del aspirantado que del orfelinato.

Ahora, sin embargo, es urgente estudiar los criterios y las modalidades del funcionamiento para el mayor desarrollo de las dos categorías. Mañana tendré que ir a Trani. Cuando vuelva, hablaremos de ello".

Regresado el Padre, el Padre Palma había salido para Mesina. El Padre, sin embargo, deseaba que se hiciera pronto, por lo cual me dijo: "Como el Padre Palma está ausente, para no perder el tiempo, empecemos nosotros a estudiar los criterios para el incremento del aspirantado".

De lo que dijo tomé nota tal como sigue:

1. Problema vocacional:

a) Antes de todo, el medio infalible para tener vocaciones es la oración. La vocación es un don preciosísimo de Dios, que él sólo puede dar. Y para darla estableció que se rece, según lo que dijo el mismo Nuestro Señor Jesucristo: "La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies".

Por eso si rezamos ciertamente tendremos vocaciones; y si no rezamos, ciertamente no las tendremos. Sin la oración son inútiles las industrias humanas.

Ahora si nosotros en fuerza del cuarto voto tenemos la obligación de rezar incesantemente para obtener las buenas vocaciones a la Santa Iglesia, en modo todo particular debemos sentirnos obligados para obtenerlas a nuestra Congregación que tiene por finalidad especial hacer aumentar los apóstoles del Rogate.

Si queremos las vocaciones, este espíritu y esta oración tienen que ser el alma del aspirantado.

b) En segundo lugar, hace falta *la propaganda*. Para poder tener vocaciones para nuestro Instituto, hace falta que ello sea conocido, no sólo como Obra de asistencia y beneficencia, pero especialmente como Congregación religiosa que tiene, antes de todo, la importantísima finalidad de rezar al Señor para que envíe los *Trabajadores* a la Santa Iglesia, y luego el mantenimiento y la educación de los huérfanos y de la infancia pobre y derelicta. Y esto tanto más es necesario hacerlo, en cuanto aún nuestro Instituto es poco conocido. Esta propaganda se tiene que hacer con la predicación, con la instrucción catequística, con la prensa, especialmente con la revista '*Dios y el Prójimo*' y el librito '*El Secreto Milagroso*' que hoy,

gracias a Dios, son muy difundidos. Para procurarnos vocaciones es también medio eficaz interesar en modo particular los Sagrados Aliados, los Celadores y las Celadoras de la *Unión Piadosa de la Rogación Evangélica*.

c) Tercer medio es el *buen nombre* del Instituto: o sea que el Instituto resplandezca por verdadero celo de caridad hacia Dios y hacia el prójimo, según el espíritu y la finalidad del mismo Instituto y que los miembros vivan en perfecta observancia religiosa, siempre unidos con el vínculo perfecto de la caridad mutua. Esto es lo que más atrae al Instituto las divinas gracias y elegidas y numerosas vocaciones.[17]

2. Requisitos para la admisión al aspirantado

a) El aspirante tiene que mostrar, según su capacidad, al menos en general, la voluntad de quererse consagrar al servicio de Dios en nuestra Congregación.

b) Debe tener recta intención, un ánimo bueno, índole e inteligencia buena, inclinación a la piedad, integridad de costumbres.

c) Edad: para los jovencitos que tienen que ser iniciados al estudio para sacerdotes, en general de los diez a los catorce años: para los que van por hermanos coadjutores de los catorce a los treinta, más o menos.

d) Tienen que ser con muy buena salud; antes de admitirlos hace falta hacerlos visitar por el médico del Instituto.

e) Tienen que ser de familia temerosa de Dios, favorable a que el hijo se consagre al Señor o, por lo menos, que no se lo impida.

f) No tienen que venir de familias en que los padres puedan tener seguidamente necesidad moral y material por el propio hijo.

g) No deben venir de otros Institutos religiosos, como también que no hayan sido expulsados por seminarios.

h) Los que vienen de nuestros Orfelinatos hace falta aceptarlos con mucho cuidado. Antes de todo, no se tienen que exhortar los huérfanos a hacerse religiosos. Hace falta luego averiguar mayormente sobre los requisitos requeridos y examinar bien las condiciones de su porvenir. En vez de tener prisa de pasarlos al aspirantado, es mejor cultivar su vocación, cuanto más es posible, en el mismo Orfelinato.

i) Los padres del aspirante tendrán que pagar una cuota mensual, según las propias posibilidades, para concordar con el Instituto.

[17] El Padre anticipaba en esto el Concilio Vaticano II, que, en este respecto, así dirá: “Tengan en cuenta, sin embargo, todos que el ejemplo de la propia vida es la mejor recomendación de su propio Instituto y una invitación a abrazar la vida religiosa” (PC 24).

1) Los padres, pudiendo, tienen que abastecer al aspirante con un conveniente ajuar personal.

3. Documentos para presentar

a) Certificados, entregados por el párroco, de Bautismo, Confirmación, frecuencia de los Sacramentos, de buena conducta, y atestación que los padres dejan libres el candidato para entrar en el aspirantado.

b) Certificado de nacimiento emitido por la oficina de registro de origen.

c) Certificado médico de sana constitución y de exención de enfermedades contagiosas y hereditarias.

d) Declaración de los padres, emitida en papel de sello, con que se comprometen a dejar libre el propio hijo de seguir la vocación, como también a pagar al Instituto 30 Liras cada mes, además de la cuota pagada, durante todo el tiempo que el chico fue en el Instituto, hasta la edad de 21 años, si los padres retirasen al hijo contra su voluntad.

4. Conservación de las vocaciones y formación espiritual de los aspirantes

Si procurar las vocaciones para la Congregación es algo fundamental, conservarlas y formarlas como conviene es algo vital. Sería cuánto más grave si por culpa nuestra menguasen o no fueran bien educadas. Tendríamos que dar cuenta a Dios de ello y haríamos un gravísimo daño a la Congregación. Por eso en el aspirantado hace falta:

a) Crear un ambiente favorable a la vocación, que se realiza con la piedad y la oración, la frecuencia de los Sacramentos y la devoción a la Santísima Virgen María.

b) Cuidar el ejercicio de las virtudes, según las capacidades de los alumnos.

c) Alimentar la instrucción religiosa del Catecismo y de la Historia Sagrada, añadiendo a ella la lectura de buenos libros y de biografías de los Santos, coronándolo todo con necesarias ilustraciones sobre la excelencia de la vida religiosa, el fin y el espíritu propios de la Congregación.

d) Ofrecer buenos ejemplos. Las instrucciones persuaden, pero los ejemplos arrastran, especialmente a los jovencitos. En el aspirantado todo tiene que resplandecer por el fervor, el espíritu de oración y la piedad, especialmente por la unión y la caridad fraterna. Especialmente los vigilantes y los que están más en contacto con los aspirantes, tienen que ser ejemplares: el espejo de lo que los aspirantes tendrán que ser cuando sean religiosos.

e) Mantener una vigilancia continua, diligente, premurosa, cimentada sobre aquel espíritu de fe y caridad por el cual el Señor considera como hecho a sí mismo lo que se hace, por amor suyo, a los niños. Para la formación hace

falta usar, a preferencia de cada otro, el método persuasivo y, más claramente, el sistema preventivo de don Bosco.

f) Poner toda energía y activarse con sacrificios personales y comunitarios, teniendo presente que el mayor bien que se pueda hacer a la Iglesia y a la Congregación, es darles buenas vocaciones.

g) Tener los aspirantes en Casa cuánto más es posible, no hacerlos ir fuera ni por catequesis, ritos sagrados. En ocasión de enfermedades, ingresar los aspirantes en el hospital lo menos posible. En todo esto estoy de acuerdo con don Bosco.

5. Estudio

a) La cultura y la ciencia son entre los requisitos principales, especialmente para los que la obediencia dirige hacia el sacerdocio, y por eso tienen que atender a ello con mucho interés. Pero para ascender al sacerdocio no hace falta tener prisa: es preferible una edad más madura, cuando los jóvenes se formaron bien en las santas virtudes y en las ciencias.

b) Por lo que es posible, la enseñanza se haga por nuestros profesores, bien sabiendo cuánto ellos con su conocimiento, con la obra y el ejemplo iluminan el alumno, lo solicitan, lo exhorten, lo arrastren dulcemente para atender al propio perfeccionamiento intelectual, moral y religioso. El profesor infunde en el alumno algo de sí. Cuando el Señor nos hará la gracia de tener profesores rogacionistas, será necesario que se apliquen seriamente en esta importantísima tarea, especialmente para cultivar y conservar la vocación de los nuestros. Para este fin no hará falta esperar el conseguimiento del diploma o de la graduación, sino que tendrán que empezar en cuanto tendrán una preparación tal que, ayudada por la buena voluntad y por el sacrificio, los ponga en condición de hacer bien. Así se arreglaba también don Bosco en el comienzo de la fundación de la Sociedad Salesiana.

c) Hasta cuando no tendremos profesores nuestros, los buscaremos, con diligentes informaciones, entre los del clero religioso y seglar que más resplandezcan por virtud y ciencia. En nuestras escuelas internas hace falta hacer desarrollar el programa estatal completo, para que los alumnos se puedan presentar a las escuelas reconocidas legalmente o estatales para conseguir los títulos legales.

d) Hasta que luego no tendremos ni la posibilidad de gestionar escuelas nuestras internas, haremos frecuentar a nuestros alumnos las de Institutos religiosos o del Seminario obispal. En este caso se hará todo lo posible para que nuestros alumnos no sean confundidos con los demás chicos. A costa de cualquier sacrificio hará falta tener lejanos nuestros alumnos de las escuelas estatales, porque esto sería ciertamente la ruina de las vocaciones.

e) Haría falta vigilar también para que los textos escolares no sean dañinos para su formación. Las lecturas son alimento del espíritu que, sin

embargo, se repercuten en el corazón. Piénsese que don Bosco desaprobaba también las figuras de don Abundio, de Gertrudis como son contadas por Manzoni en *Los Prometidos Esposos*. Yo también soy de la misma opinión, al menos hasta una cierta edad de los chicos. Para estos, en efecto, hace falta dar siempre ejemplos edificantes y positivos, no negativos, porque el jovencito todavía no adquirió la costumbre de saber evaluar muy fácilmente las cosas.

6. Trabajo

a) Los aspirantes se tienen que acostumbrar al trabajo. Nuestro Instituto es de vida activa y eminentemente educativo y asistencial, por eso los miembros tienen que conocer prácticamente el valor del trabajo para vivir y también para dar el ejemplo. Por esto hace falta que se introduzcan para ejercer desde su niñez.

Cada uno en Casa tendrá un encargo para cumplir, según sus capacidades, y se estudiará de desempeñarlo diligentemente.

b) En el horario del día tendrá que haber un conveniente tiempo destinado también al aprendizaje de algún arte o trabajo, según el espíritu de nuestro Instituto.

c) Es también muy útil que en aspirantado se cultiven las bellas artes, como la música, la pintura, según las inclinaciones y las capacidades de cada uno.

7. Selección

Para mantener un ambiente adecuado a la conservación y al desarrollo de las vocaciones, hace falta actuar una cuidadosa selección en el tiempo debido. La falta de esta seguramente sería un grave daño para el aspirantado.

a) La primera selección hace falta hacerla antes de la aceptación, o sea buscando de comprender las buenas disposiciones de los jovencitos, aún antes de que entren. Esto se puede obtener a través de adecuadas informaciones pedidas a los párrocos y a personas competentes que son capaces de poderlas dar. Hágase luego todo lo posible para que alguno de los nuestros, antes de que el jovencito sea admitido al aspirantado, lo examine directamente y se dé cuenta personalmente también de la familia. Por estas investigaciones no es indicado el Hermano José Antonio, porque el demasiado celo que tiene para tener vocaciones y su gran bondad, fácilmente le hacen ver, en todos, la vocación, y piensa que todos podrían salir buenos religiosos.

b) En el tiempo debido, luego, se tiene que excluir y dimitir del aspirantado a los que tienen salud precaria y poca diligencia, los de índole y carácter indócil, los que habitualmente son poco llevados a la piedad y a la disciplina, los que quieren poco el Instituto, y especialmente los que en cualquier modo fueron ocasión de escándalo para los demás, especialmente cuando se trata de conducta moral”.

Llegados en este punto, el Padre concluyó: "Por hoy es suficiente. Mañana, si Dios quiere, hablaremos de los huérfanos".

Mientras tanto yo, acostumbrado a escribir rápidamente y preocupado de tomar nota, extendía una caligrafía pésima, y no cuidaba para nada ni los errores ni la regular geometría de las líneas en los papeles. Cuanto el Padre se dio cuenta, me dijo: "Pero, bendito hijo, cuando se escribe, se tiene que escribir bien. Así, igual ni tú sabrás leer lo que escribiste; y luego así, ¡para escribir una carta necesitarás de una fábrica de papeles!".

47. Para el buen funcionamiento del Orfelinato: líneas programáticas

Una noche, después de cenar, pocos días que el Padre había tratado el tema del aspirantado,[18] me dijo que el día siguiente saldría para Mesina y que no preveía volver a Oria antes de dos meses. Entonces le propuse lo que él mismo me había dicho de acordarle, antes de salir, o sea de tratar también el tema del Orfelinato, como había hecho con el aspirantado.

Él me contestó: "Me recuerdo, pero ya no me queda que esta noche sola. Quiere decir que después de las oraciones, intentaré pensar un poco a lo de que tenemos que hablar, y te llamaré".

En efecto me llamó, aunque fuera un poco tarde, y me dijo: "Disculpa, ahora es demasiado tarde para ti que necesitas descansar. Quiere decir que este tema lo trataremos cuando vuelva, aunque si de verdad yo lo consideraba urgente".

"No, Padre – dije yo – si es por mí, puedo permanecer hasta mañana por la mañana".

"Sí – añadió el Padre – es una palabra. No hagas despropósitos parecidos porque los pagarías luego. De todas maneras, empecemos y veamos dónde podemos llegar".

Mientras él hablaba, me esforzaba de tomar nota cómo podía, tal como sigue.

"Ahora que, gracias a Dios, se vio que en esta Casa de Oria hay la posibilidad de hacer funcionar, discretamente separadas las dos Comunidades de los aspirantes y de los huérfanos, como ya vimos cuando hablamos de los aspirantes,[19] tenemos que ver cómo arreglarnos en la aceptación de los

[18] Sobre los aspirantes se habló en el capítulo anterior. El Padre quería hacer seguir a las directivas generales sobre los aspirantes la de los huérfanos, pero no pudo actuar su deseo, porque llamado urgentemente a Mesina. Los episodios de los capítulos 46 y 47 tienen fecha después de 1910, porque se habla de una visita del Padre a la Casa de Trani, fundada, justamente, aquel año.

[19] Cf. el capítulo anterior.

huérfanos y cómo organizar el Orfelinato. Todo esto, para nosotros, es muy importante, porque se requiere por la naturaleza misma de nuestro Instituto que es de religión y caridad juntas.

Antes de todo, tenemos que tener presente que con la aceptación de los huérfanos en nuestro Instituto nos obligamos, durante todo el tiempo que los tenemos entre nosotros, a tener hacia ellos todos los cuidados y atenciones que tienen los padres para con sus hijos. Esta obligación es estrictamente de justicia y de caridad juntas, también porque los bienhechores nos envían los donativos para su mantenimiento y su buen éxito.

Nosotros suplimos totalmente los padres y, por eso, necesitamos tener hacia los huérfanos un amor y un interés para su buen éxito, como lo tienen los padres hacia sus hijos. Mejor, nosotros tenemos que amar los huérfanos más que los propios padres,[20] porque estos aman a sus hijos naturalmente, mientras nosotros, en cambio, los tenemos que amar sobrenaturalmente, o sea por amor de Dios.

Tenemos que pensar como si el Señor mismo nos los hubiese confiado directamente y nos dijera: 'Tomad estas pequeñas criaturas, alimentadlas, santificadlas por mí, y yo os recompensaré. Acordaos que el que acoge a uno de estos niños me acoge a mí, y el que me acoge a mí, acoge al Padre mío que me envió; y cualquier cosa haréis a uno de estos por amor mío, la considero hecha a mí.

Ahora, hace falta notar aquí que, si nuestro Señor habla así por los niños en general, ¿qué dirá para los huérfanos, a los que faltan los padres, que son las personas más queridas de la vida, y por eso son pobres y abandonados? Yo creo que no haya obra más agradable al Corazón Santísimo de Jesús como la del mantenimiento de la educación y santificación de los huérfanos.

En ninguna otra obra de bien se ejercen tanto las obras de misericordia corporales y espirituales, como en esta obra de socorro hacia la orfandad pobre y derelicta".

En este punto el Padre se dio cuenta que sudaba para intentar recoger las notas de lo que él decía y, casi de repente exclamó: "Pero, ¿qué estoy haciendo? Me parece que estoy dando un sermón. Si seguimos de este paso, no nos basta ni toda esta noche. Descansa un poquito y luego intentemos ir a la práctica, mientras me esforzaré de hablar más despacio".

Luego retomó el discurso: "Antes de todo, hace falta preponer dos cosas importantes: la primera es que en nuestros Orfelinatos hace falta aceptar los huérfanos y los pequeños que se hallan verdaderamente en estado de pobreza y abandono, sin cuidarse de la nacionalidad, del color de la piel o de la religión. Se tiene que ser como el buen samaritano.

[20] Sobre el tema del amor a los huérfanos, marcado aquí con expresiones tan fuertes, véase lo dicho en el capítulo 39.

Requisitos para la preferencia son los grados de pobreza y de abandonos, sin respetos humanos.

La segunda cosa es que, si la acogida de un huérfano se hace necesaria sólo por falta de los medios materiales indispensables para su sustentamiento y para su buena formación, en este caso es preferible hacerlo quedar fuera del Instituto, entre sus familiares y ayudarlo allá financieramente. El afecto familiar, en efecto, es insustituible, y es el más indicado para la educación. El Instituto, por cuanto pueda ser óptimo y adecuado bajo todos los puntos de vista, tendrá siempre, más o menos, sus lados negativos, sea con referencia al número de los alumnos, sea por la diversidad de los caracteres, sea por la separación práctica de la vida social, como también por falta de iniciativas.

En el campo educativo, el Orfelinato es siempre un sustituto de la familia. Es siempre más o menos bueno según que uno se esfuerce de uniformar la vida del Orfelinato a la vida de la familia. Por eso los lugares del Orfelinato, el sistema disciplinar, el tratamiento y las mismas oraciones, cuanto más es posible, hace falta adaptarlas a las de la familia.

Recordado esto, vamos a la práctica.

1° Requisitos para ser admitidos en el Institutos

Sobre la edad, la aceptación tendrá que ser a partir de los 5 años, pero no más allá de los 10. Sería algo óptimo aceptarlos más pequeños todavía, porque cuánto más pequeños son, tanto más resienten de los tristes efectos de la miseria y del abandono. Pero esto para ahora no es posible. Será el ideal cuanto el Instituto se habrá desarrollado y dispondrá de lugares y personal adecuado. En casos de grave necesidad acerca de la edad se puede hacer alguna excepción.

2° Condiciones

Tienen que ser verdaderamente pobres y derelictos.

El orden de precedencia comúnmente es el siguiente:

1) Los huérfanos de ambos padres.

2) Los huérfanos cuyo padre o madre supérstite se halla en grave necesidad o física o moral o económica o social.

3) Los huérfanos de madre.

4) Los huérfanos de padre. Si no hay razones particulares, estos ordinariamente no se tienen que aceptar, sea porque las mamás más difícilmente los dejan en el Instituto hasta la completa formación, sea porque el cuidado del hijo por la mamá es un freno moral.

5) Los huérfanos de familia numerosa.

6) Los ilegítimos.

7) Los jovencitos, especialmente de familia numerosa, que realmente se hallan como abandonados, en cuanto los padres no pueden mantenerlos y educarlos.

8) Los huérfanos cuyo padre o madre supérstite pasó a segundas nupcias. Estos ordinariamente no se tienen que aceptar, porque se recompuso una familia completa, a menos que no haya razones especiales.

Nota bien:

a) Para la aceptación en el Orfelinato, no se pretenda ningún pago, a menos que, familiares, bienhechores o Entes públicos o privados se hallaran dispuestos a pagar u ofrecer un pequeño ajuar personal.

b) Entre dos chicos de los que uno puede dar una cuota y el otro no, hay que dar la preferencia a este último, porque es más abandonado.

c) Antes de la aceptación, tomar informaciones adecuadas sobre el estado de pobreza y de abandono. Si durante la permanencia en el Instituto las razones del ingreso ya no subsisten, el chico se entregue a quien se debe.

d) Por los huérfanos de ambos padres, hace falta pretender, posiblemente, que haya el tutor legal.

3° Formación espiritual y moral

La tarea principal del Orfelinato tiene que ser la de dar a los chicos una sólida y profunda instrucción religiosa, a través de la enseñanza del Catecismo. O sea, hace falta formarlos bien acerca del fin por el cual fueron creados: conocer, amar, servir a Dios en esta vida y luego gozar el Paraíso en la otra.

Todo el secreto de esta formación está en inclinar la voluntad, o sea intentar convencer al chico no tanto a hacer, sino a quererlo hacer. Pero si no hay sólidas convicciones religiosas, todo es inútil. Las prácticas religiosas sin convicciones, son más nocivas que inútiles. Nuestro Señor dijo: ‘Dejad que los pequeños vengan a mí’. No dijo: ‘Llevádmelos’, ni, tanto menos ‘empujadlos, obligadlos’, sino dijo: ‘no impidáis que vengan a mí’.

Hace falta, pues – repito – dar mucha importancia a la enseñanza del Catecismo. Pero, más que hacer aprender las fórmulas de memoria, hace falta explicarlas y hacer comprender, cuánto más es posible, su significado. Por esto hace falta escoger el mejor libro. Para mayor facilidad, hace falta dividirlos en clases, para hacer más eficaz la enseñanza, servirse de cuentos y de otros medios didácticos eficaces. Son útiles también las competiciones y los premios para suscitar en los chicos interés y entusiasmo.

4° Las prácticas de piedad

Sobre este tema, hace falta adelantar dos cosas, o sea: antes de todo, no pretender por los huérfanos la misma piedad de los aspirantes que tienden a la vida religiosa.

Segundo, las prácticas de piedad tienen que ser impostadas en modo que los huérfanos las puedan seguir haciendo cuando dejarán el Instituto.

En cuanto a las oraciones que se hacen en el Instituto a San Antonio en favor de los bienhechores para obtener gracias en agradecimiento de aquellas obtenidas, hace falta entender a los chicos que es esta una obligación de justicia, porque los bienhechores para este fin envían el donativo.

Las oraciones hace falta que se digan con recogimiento, sin correr y con pronuncia clara.

Diariamente los huérfanos harán las oraciones de la mañana y de la noche, la visita a Jesús Sacramentado, el Santo Rosario, escucharán la Santa Misa. En cuanto a la frecuencia de la Santísima Comunión, se exhorten a hacerla frecuentemente, pero déjense totalmente libres. Acerca de la confesión, se les dé la comodidad de acercarse a ella cuando quieren.

A los chicos mayores hágase también diariamente un poco de meditación, y al menos unos tres días de retiro cada año.

Antes y después de cada acto común, hacerles rezar la usual oracioncita.

5° Formación escolar y cultural

El conocimiento es el alimento y el adorno de la mente, ello hace el niño más fácilmente educable.

El primer medio, para adquirir el conocimiento más fácil y perfectamente, es la escuela. Por esto, a todos los acogidos en nuestro Instituto se haga cumplir al menos la escuela de la obligación. A los que, además, muestran buena capacidad y voluntad, según las posibilidades locales y económicas del Instituto, se haga frecuentar también la escuela superior, como hacen los padres para sus hijos, a cuesta de grandes sacrificios. Los títulos culturales elevan la persona en la sociedad a un nivel superior, y constituyen un precioso patrimonio.

Las escuelas para los nuestros tienen que ser internas, a cuesta de cualquier sacrificio. Para el conseguimiento de los títulos escolares legales, hace falta enviarlos a sostener los exámenes a las escuelas estadales. Es deseable, cuando será posible, que nuestras escuelas sean parificadas. Los profesores, a cuesta de graves sacrificios, tienen que ser de los nuestros, por cuanto sea posible. Sólo en la absoluta necesidad se puede recurrir a profesores externos; y, en este caso, siempre después de haber verificado sus cualidades culturales, morales y religiosas de los mismos.

Por esto, cuando el Señor querrá, hará falta iniciar nuestros religiosos a los estudios regulares, para que consigan los títulos legales de habilitación a la enseñanza.

Las escuelas sean equipadas y provistas al mejor de instrumentos escolares. No se hagan faltar los libros, las libretas y todo lo necesario. Es bien ofrecer a los alumnos un sostén cultural en el estudio, formando la pequeña biblioteca escolar.

Dese a los chicos el tiempo regular para la escuela y el estudio.

6° Formación profesional

El fin para el cual acogemos los huérfanos no es sólo el de sustraerlos al estado de miseria y abandono, y de tratarlos bien hasta cuando estén con nosotros, sino es principalmente el de hacerlos vivir bien luego en la sociedad, con el fruto de su trabajo. Si faltáramos en esto, la obra nuestra de caridad sería muy imperfecta.

Por eso:

a) Nos tenemos que comprometer, en lo posible, a tener un adecuado aprendizaje, con diversas especializaciones para que haya mayor posibilidad de elección, según las inclinaciones de cada uno. Los talleres tienen que ser equipados como mejor es posible. Tienen que ser modernos, diversos, lucrativos y que ayuden el aprendizaje.

Hace falta hacer todo lo posible para que las máquinas sean adecuadas para su fin y proveídas por todas las adecuadas protecciones para evitar eventuales desgracias.

Hace falta poner jefes de artes capaces de instruir bien los chicos. También por esta tarea hace falta buscar de formar unos nuestros, igual enviándolos a calificarse con los Salesianos u otros centros especializados.

b) Antes de admitir los chicos en las diversas artes o trabajos, estudiar bien las inclinaciones y capacidades de cada uno, para que puedan sacar provecho fácilmente, y no sean obligados a frecuentes pasajes de un trabajo al otro.

c) Nuestros talleres no tienen que ser impostados y dirigidos para finalidad comercial y lucrativa, pero sobre todo para la formación de los chicos. Sin embargo, sin afectar la finalidad principal, es bien tener en cuenta también la posibilidad de ganancia sea para instruir también en esto a los artesanitos, sea para abrir al Instituto otra fuente de lucro. Para esto es bien también procurarse comisiones de trabajo por parte de externos.

En este caso, para interesar a los chicos más mayorcitos, ya acostumbrados a producir, es bien que, pagados los gastos vivos, se hagan participar a las eventuales ganancias los que son más meritorios.

Es bien que en el Instituto haya una sala de exposición de los mejores trabajos realizados por los aprendices, con el relativo nombre y apellido, edad y años de frecuencia del aprendizaje. Esto podría ser también muy útil para hacer resultar más interesante la solemne premiación anual; porque así se muestra concretamente la formación y el progreso de los chicos en las artes y trabajos, y sirve también para dar mayor prestigio al Instituto.

Finalmente, se tiene que notar aquí que el currículo profesional tendrá que ser normado por un programa racional de teoría y práctica, para desarrollarse en el año en modo progresivo.

7° Educación civil

La familia de por sí es el primero y único instituto ideal para la educación del niño, porque ella sigue las leyes naturales establecidas por Dios, y es la única que responde, más que toda otra cosa, a las exigencias humanas. Ella, que es la primera y más perfecta célula de la sociedad, es también la más alta escuela de humanidad.

Lamentablemente, los huérfanos perdieron este bien inestimable de la familia. Es menester, pues, como ya mencionamos en el principio, que el Instituto sea para ellos, cuanto más posible, como una familia. Así que, tanto más el Instituto será perfecto, cuanto más se esforzará de parecerse a la familia.

Cuánto más, en efecto, el ambiente del Instituto se inspirará al espíritu de familia, tanto más será adecuado y eficaz para la educación y formación completa del niño. Por eso los huérfanos tienen que ser queridos y tratados por nosotros como en la familia; y actuar para que ellos también lo sientan.

Si no nos esforzamos de crear este ambiente de familia, el Orfelinato se convierte para ellos en un lugar no de formación, sino de sufrimiento y entrarán en la sociedad exasperados.

Está justamente aquí una de las mayores dificultades para la verdadera educación y formación de los huérfanos. No siendo ellos destinados a permanecer en el internado, sino que tendrán que ser insertados en la sociedad, hace falta educarlos y formarlos para que, aunque se sientan como en familia, sean dirigidos hacia la sociedad, para no hallarse desadaptados cuando dejen el Instituto.

Por consecuencia, los huérfanos tienen que conocer y tienen que ejercerse muy bien en aquellas formas comunes por las que pueden salir agradables en la sociedad: o sea, la observancia de las buenas maneras, el trato cortés y gentil, el saber hablar, conversar y actuar convenientemente, y sobre todo ser sinceros y leales, sociables y puntuales, amables y generosos.

Es bien que los huérfanos se acostumbren a hablar siempre en italiano y no en dialecto.

8° Formación física y cuidado de la salud

La salud, en el orden físico natural, es el bien más precioso. Si así es para todos, mayormente lo es para los huérfanos pobres y derelictos. Para ellos el único medio material de subsistencia es el fruto de sus actividades, que se puede tener sólo si se goza de buena salud. Por eso, la salud hace falta guardarla con todos los medios posibles.

Mientras tanto, el físico de los hombres, especialmente pobres y derelictos, como los tomamos nosotros, ordinariamente es perjudicado en su origen. Ahora son las taras hereditarias y ambientales, debidas a las enfermedades de los padres; ahora es la miseria y la falta de higiene de los lugares en que nacieron y vivieron; ahora es la falta afectiva familiar, que no incide poco en el físico. Ciertas veces es el conjunto de todos estos males.

Además, la vida del colegio no es la más adecuada para un regular desarrollo físico. Se requiere, pues, un mayor y particular cuidado para el desarrollo físico y la conservación de la salud de los huérfanos. Para este fin hace falta cuidar mayormente la higiene, o sea:

a) Los lugares tienen que ser bien expuestos: ventilados, soleados y limpios. Los dormitorios tengan una cubicación de aire más que suficiente en proporción al número de los alumnos. Las camas sean distantes la una de la otra al menos de un metro. Un particular cuidado de limpieza es necesario para los servicios higiénicos y para el cambio del aire en los lugares habitados.

b) Hace falta tener cuidado de la higiene personal, o sea activarse para que los chicos se mantengan limpios, que se bañen al menos una vez a la semana y, si hace falta, más veces, según la necesidad; que se laven las manos antes y después de comer; que diariamente se limpien los dientes con el cepillo.

c) El vestido se tendrá que coser de paño según la estación, y no demasiado adherente al cuerpo dificultando la regular circulación. La ropa se mude al menos una vez a la semana, y cuando haga falta.

d) La comida para los huérfanos tendrá que ser más que suficiente, sustanciosa, bien preparada y más variada que se puede, sea para una sana nutrición, sea para dejar los chicos contentos, pero de manera que no se creen en ellos inútiles exigencias. Hace falta acostumbrarlos a comerlo todo, pero teniendo presente que puede haber casos de natural repugnancia para ciertos alimentos: en estos casos es inútil insistir.

No se hagan acostumbrar a los dulces. No se les dé vino o licores sino a los más mayorcitos en las recurrencias de especiales solemnidades y ocasiones. No se les dé café puro, sino ocurriendo se dé un buen sustituto.

e) Se les conceda un conveniente tiempo de descanso según la edad. No se esfuercen al trabajo más de lo conveniente, sea tratándose de trabajo manual que del mental. Dese un conveniente tiempo para el recreo y el

divertimiento. Acordarse de que en el movimiento hay la vida. No falten los paseos y las excursiones.

f) Además de las visitas médicas ocasionales, hace falta que haya, durante el año, las periódicas para todos. En la Casa no tiene que faltar la conveniente enfermería, equipada con los instrumentos necesarios y con el material farmacéutico oportuno. En la enfermería no falte el registro en que el médico escriba las diagnosis de cada enfermo y la relativa terapia.

9° El método

El método para adoptar en el Orfelinato, como muchas veces dije, tiene que ser el preventivo de don Bosco, que se fundamenta todo en la razón o persuasión, en la amabilidad y en la religión.

a) Antes de todo, se fundamenta en la razón: o sea, tiene que ser razonable lo que se dice o se pretende por el niño, y además hace falta hacer que él mismo entienda la razón de lo que se le dice de hacer. La meta es que él haga voluntariamente lo que tiene que hacer. Si no se mira a obtener esta adhesión de la voluntad, toda educación será solamente superficial y externa y, por esto, vana.

b) Este método se fundamenta en la amabilidad. No hay nada más fuerte para doblar la voluntad cuanto el amor, porque se dice que el amor hace de manera que uno quiere y no quiere lo que quiere y no quiere el otro. Por eso lo padres son los mejores educadores.

Nuestra amabilidad hacia los huérfanos, tiene, además, una eficacia particular, porque se trata de una amabilidad santa, o sea, fundamentada toda en la caridad.

c) En cuanto a la religión, luego, se sabe que cuando se ama a Dios y se tiene su santo temor, no se puede no vivir rectamente y respetar al prójimo.

10° Sobre los castigos

El método preventivo, si bien aplicado, de por sí excluye los castigos, en cuanto no se cometen faltas.

De todos modos: no se usen con los huérfanos palabras humillantes o de desprecio, tanto menos injuriosas, ni castigos, especialmente si penosos. Nunca y nunca las palizas.

Cuando se fuera obligados por la absoluta necesidad a dar algún castigo para bien privado o común, se prefiera un castigo moral, pero para darse siempre después de rezar y reflexionar seriamente sobre la entidad de la falta y los efectos que se podrán tener, y siempre con calma, con persuasión y amabilidad; dispuestos siempre a perdonar cuando los chicos reconozcan el propio error y se muestren arrepentidos.

En casos graves, después de haber agotado todos los medios amables de persuasión y de corrección, se podría intentar la separación de la Comunidad; pero nunca segregándolos en lugares cerrados con llave.

Pero si también este medio saliera infructuoso, es preferible dimitirlos, en vez de convertir el Instituto de educación en Instituto de corrección.

Sin embargo, también con los expulsados hace falta usar gran caridad y ayudarlos cuánto más es posible, para que puedan insertarse en la sociedad.

Sobre los castigos, hace falta todavía decir que, tratándose de huérfanos, hace falta usar mayores precauciones, porque los pueden sufrir más, considerándolos como un efecto de su estado de orfandad.

11° Los premios

Para animar los huérfanos se haga la anual y solemne premiación. A los que se distinguieron por conducta, religión, escuela y trabajo, déseles un diploma y un premio apropiado en dinero para entregarles cuando salgan definitivamente del Instituto.

Pruébeselo todo para no permitir a los huérfanos de dejar el Instituto antes de haber completado su formación. Antes de la salida definitiva, déseles una especial preparación adecuada para la inserción en la sociedad.

Ayúdenseles a hallar un sitio conveniente de trabajo, y manténganse siempre un contacto cordial, siguiéndolos y sustentándolos amablemente por cuanto posible".

Llegado en este punto, el Padre dijo: "Gracias a Dios se hizo un buen trabajo. Cuando llegará el Padre Palma, concluiremos juntos, si Dios querrá, algo definitivo. Se ve que estás ya cansado. Tienes razón. Ves en seguida a dormir y mañana no te levantes pronto como los demás".

"Sí. – contesté yo – Pero, si permitís, antes voy a beber". "Bueno, ves – contestó – y ya que estás, me harás la caridad de llevarme un vaso a mí también".

Mientras yo iba al comedor, para tomar el vaso y sacar el agua del pozo, los dos relojes del pueblo tocaron la media noche. El Padre los sintió, mientras que yo no oí nada.

Cuando le llevé el agua, él me pidió si había bebido y, sin decirme que había pasado la media noche, me dijo: "Deja aquí en la mesa el vaso y ves en seguida a la cama".

El día siguiente me confió: "Ayer por la noche, antes de que tu bebieras, los dos relojes del pueblo habían tocado la media noche; también el reloj que uso yo marcaba la misma hora. Pero yo no te dije nada para dejarte en tu buena fe y poderte hacer la Santísima Comunión".

48. La Santísima Comunión diaria

El Padre deseaba que en nuestros Institutos hubiese el santo uso no sólo de la Santísima Comunión frecuente, sino hasta diaria.

Decía que el progreso espiritual, la santificación de cada uno y la vida de la Obra Piadosa dependían de la Comunión diaria bien hecha. Entre otro repetía las palabras de San José Cottolengo: "Copones llenos, almacenes vacíos; copones vacíos, almacenes llenos".

Pero por cuanto para él fuera importante la Comunión diaria, igualmente pretendía que se hiciera con todas las debidas disposiciones y dejando siempre la máxima libertad.

Quería, además, que se fuera bien instruidos sobre el tema; que se evitaran hasta los defectos veniales deliberados; que se hiciera siempre una fervorosa preparación y acción de gracias. para este fin, daba todo el tiempo y los medios para la instrucción, la meditación, la oración, y además la comodidad para la Confesión.

Hablaba a menudo con palabras incendiadas de fe y amor a la Eucaristía.

Es indescriptible con cuánto cuidado quería que se prepararan los pequeños para la primera Comunión.

Si alguien, por razón de salud, no podía ir a la Iglesia para la Comunión, se la hacía llevar a la habitación.

Cuando él decía la Santa Misa a las Comunidades, casi siempre, antes de los ritos iniciales, recordaba las intenciones generales y particulares por las que se celebraba y hacía una fervorosa preparación a la Santísima Comunión, siempre tan bonita y tan variada, que nos dejaba a todos encantados. A menudo rezaba un devoto sermoncito también inmediatamente antes de la Santísima Comunión.

Para él era una gran aflicción saber que, por falta de sacerdotes, a menudo quedábamos no sólo sin Misa, sino también sin Comunión, y hacía falta ir un poco dando vueltas para las diversas iglesias externas. Esto ocurría a menudo en los primeros tiempos de la Casa de Oria, porque el Padre faltaba a menudo durante largos periodos y el Padre Palma se ausentaba también por semanas y semanas. El Padre decía tal vez: "Igual el Señor lo permite para hacernos conocer mejor la preciosidad y la necesidad de los sacerdotes, para que nos comprometamos a rezarlo más fervorosamente para que los envíe numerosos y santos. Recuerdo con cuánto interés nos escribía mientras estábamos bajo las armas, exhortándonos a la Comunión frecuente. Cuando era militar en Palermo, vino más veces a visitarme amablemente. Una vez en que le manifesté las graves dificultades que hallaba para comulgar, se activó para ayudarme.

De la nueva caserna en que había sido trasladado no podía salir sino en la noche, durante la salida libre. Para poderme hacer la Comunión, con una excusa había obtenido la exención de la comida; y así, hacia las once, podía salir una media horita como máximo, para comprarme algo para comer. En cambio, yo aprovechaba aquel tiempo para escapar a la iglesia más cercana, que era la de los Conventuales, en que recibía la Comunión. Como el horario era muy incómodo, el hermano sacristán se molestaba porque tenía que buscar al Sacerdote, y por eso a menudo quedaba sin Comunión, y tenía que esperar de hacérmela por la noche, en el tiempo de la salida libre.

Me dijo el Padre: "Lo siento que tengas que esperar en ayunas hasta aquella hora". Pero luego, con una cierta sonrisa, añadió: "Pero, parece que el ayuno te favorezca, porque nunca te vi en salud como ahora. Esta noche iremos a hablar con el Padre Guardián de la iglesia, de modo que, cuando vayas para la Comunión, se activen".

Como el Padre se anunció, el Padre Guardián lo acogió con deferencia, diciendo: "¡Qué suerte recibir al Canónigo Di Francia! ¡Deseaba tanto poderla encontrar!".

Oído el motivo de la visita, fue en seguida a llamar al fraile sacristán y le dijo que en cualquier hora yo hubiese ido para hacerme la Comunión, tenía en seguida que dejarlo todo y advertir el sacerdote, aunque se hubiese hallado en el confesionario. Luego, dirigido a mí, dijo: "Usted venga al Convento y haga como si fuera un religioso nuestro".

Por cierto, acerca de la Comunión, recuerdo otro hecho.

Una mañana en Oria, como acontecía a menudo, se pudo tener con dificultad un cura para la Comunión. Era un tal Padre Fernando, ya Alcantarino. Se decía que este en sus tiempos hubiese sido guardián de aquel mismo convento en que entonces habitábamos nosotros. Yo me di cuenta que cuando se acercaba al altar algún huerfanito más pequeño, él se mostraba titubeante para comulgarlo. Un día me llamó en la sacristía casi para hacerme un reproche, porque se admitían los niños tan tiernos a la Comunión y añadía que para el porvenir no habría dado más la Comunión a estos niños.

Yo le hice notar que los más pequeños tenían cerca de ocho años y habían sido bien preparados para la primera Comunión.

A esta respuesta, el sacerdote, casi molesto, dijo: "Y, ¿qué puede entender, un niño de ocho años, de la transustanciación? Son Comuniones inútiles, más bien son casi unas profanaciones. ¡Me hace maravilla que no se entiendan estas cosas! Para hacerse la comunión los chicos tienen que tener al menos 15 años".

Llegado el Padre, le conté lo acontecido, y él me dijo: "No me asombra. Son muchos los sacerdotes que aún, después del bellísimo decreto sobre la Comunión diaria también a los pequeños, la piensan así. Es una insidia del

demonio que intenta alejar de la Comunión especialmente los niños que son los predilectos de Jesús. No por nada el Señor decía: 'Dejad que los niños vengan a mí'.

Hacía falta preguntar a este buen Padre: ¿los chicos de 14 y 15 años comprenden el misterio de la transustanciación? También él que estudió teología, también San Tomás que escribió tan bien sobre la Eucaristía para merecer la autorización de nuestro Señor mismo, ¿acaso entendieron adecuadamente este misterio? Sólo Dios lo puede comprender. Para las criaturas queda siempre un misterio basado sobre la omnipotencia y la infinita bondad de Dios. Nosotros lo creemos solamente en la palabra de nuestro Señor: 'Esto es mi Cuerpo; esta es mi Sangre. Mi Cuerpo es verdadera comida; mi Sangre es verdadera bebida. El que come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en mí y yo en él'.

Esta fue la explicación que el Señor dio a los judíos que, escandalizados, pedían cómo esto podría ser posible.

Por eso nuestra adhesión en la Eucaristía está fundad en la fe, o sea sobre las palabras de Nuestro Señor y no sobre las posibles explicaciones y comprensiones. Basta que el niño sea bien instruido según su capacidad natural sobre los misterios principales de nuestra religión; basta que sepa distinguir el pan común de la Hostia consagrada; basta que él por fe sepa que en la Hostia consagrada hay verdaderamente Jesús vivo y verdadero, en cuerpo, sangre, alma y divinidad, como enseña el Catecismo, y desea recibir la Comunión, para que Jesús quede tan contento de entrar en aquel corazoncito aún inocente.

No hagáis caso a nadie y procurad que nuestros niños sean bien preparados y deseen hacerse la Comunión también todos los días, como siempre tenemos que desearlo".

49. De gamberro a sacerdote

Luis Levi, luego Padre Redento, con sencillez de niño, a menudo y con gusto, así contaba la historia de su vocación:

"Un día, en 1909, me hallaba en una calle de Nápoles, mi ciudad, entre muchos otros gamberros (*scugnizzi*), sucios, harapientos, hambrientos. Echados al suelo, no pudiendo tener lo que se preparaba en un restaurante, nos contentábamos de probar al menos los perfumes que de allí salían, a través de una rejilla de hierro en la acera.

"Se halló pasando por allí el Padre. Se paró e intentó hablarnos. Pero nosotros, listos, nos levantamos para escapar de él. Él, entonces, con inefable dulzura, nos llamaba diciendo: «No tengáis miedo, no quiero haceros daño. Venid, venid, que os doy unos caramelos». Y ponía la mano en el bolsillo.

"Yo, que era uno de los más atrevidos, me acerqué. Él me acarició, me dio unos bombones, una medallita que me hizo besar, y unas monedas.

"Entonces, mis compañeros que aún miraban desde lejos, se acercaron y se agolparon alrededor del Padre, y todos recibieron su don y una buena palabra. Animados por su bondad, nos volvimos pronto petulantes, unos más que el otro. el Padre con mucha paciencia y dulzura insinuó alguna pregunta de doctrina cristiana. Pero en este tema estábamos todos completamente en ayunas. Si nos hubiese interrogado sobre nuestras gamberradas, habríamos podido responder ampliamente. En efecto, aquellas eran las únicas cosas que conocíamos.

"El Padre nos pidió si teníamos padres. Yo contesté que no tenía ni padre ni madre, sino sólo una hermana. Y el Padre, poniéndome la mano en la cabeza, me dijo: «¡Qué querido hijito eres! ¿Quieres venir conmigo en un Instituto bonito, donde se está muy bien?».

"Y yo: «Pero, ¿se come bien y se puede hacer disparates cuando uno quiere?». El Padre contestó: «Se come bien, se viste bien, se está limpios, se juega, uno se divierte, se estudia, se aprende un trabajo, se toca en la banda y cada uno es educado cristiana y civilmente». «Entonces – contesté – voy con mucho gusto. Pero, ¿dónde está este Instituto?». «En Mesina», contestó el Padre. «¡Vaya! A Mesina no voy: allá está el terremoto, yo tengo miedo de morir».[21] Y el Padre: «Dije Mesina, pero sólo de paso, porque tú irás a las Apulias donde hay muchos otros chicos buenos que estarán muy contentos y se divierten». «Si es así, voy. Vamos a decirlo a mi hermana».

"Fuimos en efecto donde estaba mi hermana. Ella contestó enseguida que le gustaba, pero que no tenía dinero ni para el viaje, ni para vestidos menos trapientos que los que tenía. El Padre la tranquilizó, diciéndole que él se preocuparía de todo eso.

"Efectivamente, me compró un par de zapatos, porque estaba descalzo, un vestido, e intentó hacerme lavar mejor que se podía. Luego quiso todos mis datos y, antes de marchar, dio dinero a mi hermana.

"Pero yo me hallaba incómodo caminando con los zapatos, porque no estaba acostumbrado, y me las quería quitar. Me calmé cuando el Padre dijo que iríamos a la estación con la carroza. En el tren estaba inquieto e impertinente: sólo la paciencia del Padre podía aguantarme.

"Al Padre me aficioné en seguida, tanto que cuando, después de unos días de permanencia en Mesina, supe que tenía que salir para las Apulias acompañado por el Padre Palma porque el Padre tenía que quedarse en

[21] Luis Levi, en religión Padre Redento Levi, entró en Congregación en enero-febrero de 1909, con 12 años de edad. Justificado el miedo del terremoto, acontecido apenas unos meses antes.

Mesina, me puse a llorar. Él, sin embargo, me aseguró que habría ido pronto él también, y así me resigné.

"Durante el viaje el Padre Palma intentaba mantenerme quieto con pequeñas enseñanzas de doctrina cristiana. ¡Qué va! Yo lo desorientaba con burradas a repetición, así que sobre un detalle de los Diez Mandamientos él se distrajo y corrigió una cosa con otra. Entonces, sin vergüenza, le dije: «No lo veis que ni vos lo sabéis, ¿y me lo queréis enseñar a mí?».

"Llegado en Francavilla Fontana, donde estaba entonces la sede del Orfelinato, fui la diversión de los chicos.

"El primer día que fui a clase con los demás, aburriéndome de estar parado, de repente, mientras el maestro enseñaba en la pizarra, salté en la cátedra, poniéndome derecho con la cabeza abajo y los pies en alto. ¡Se puede imaginar la diversión y las risas de los chicos!

"Y por cuanto Vízzari, vigilante mío, no perdonaba nada, sino que me castigaba en todos los modos y muy pesadamente, según su sistema, tampoco yo acababa de montar todos los chiringuitos. Y era la diversión de los compañeros.

"Para justificarme decía: «El Padre me dijo que también en el Instituto puedo hacer disparates; y yo sin hacer disparates no puedo estar»".

Además de la escuela, lo introdujeron a aprender la música. En ambas cosas sobresalía, porque era inteligente y aplicado.

A pesar de que guardaba aquella su naturaleza pícara, poco a poco se iba refinando y cambiando, convirtiéndose en un chico cada vez más bueno y con trato gentil.

Fundamentalmente era muy bueno, diligente y sencillo como una paloma. Empezó a insistir con el Padre que quería hacerse religioso, porque decía que quería ira luego a las misiones. El Padre, después de haber tomado mucho tiempo, aconsejándole de ser bueno y de rezar mucho, finalmente lo condujo a Oria para admitirlo entre los aspirantes religiosos.

Cuando yo lo vi, me mostré frío y desconfiado. El Padre se dio cuenta de ello y, llamándome a solas, quiso saber la razón. Yo le dije: "Es un gamberro. Lo conozco muy bien desde cuando estaba en Francavilla. No lo podía dominar ni Vízzari con su método espartano, ¿cómo podemos formarlo nosotros los religiosos solamente con las buenas palabras? Si entre los aspirantes empezamos a admitir elementos parecidos, entonces…".

A este discurso mío, el Padre repuso: "Por un lado te tengo que decir que me gusta que quieres sólo muy buenos elementos entre los aspirantes, y que quieres mantener un ambiente verdaderamente sano. Esto, en efecto, tiene que ser el interés de todos, porque diversamente es inútil tener el aspirantado.

"Pero, por otro lado, te tengo que decir que, aunque muestres buena voluntad, no cesas de ser aún un chico y faltas de reflexión y experiencia. ¡Tú igual no sabes lo que este chico cambió y qué progresos que hizo en estos últimos tiempos! Tienes, además, que suponer que yo ciertamente tengo más interés que tú para la admisión de un elemento al aspirantado. Por eso, si lo admito, quiere decir que me di cuenta de sus cualidades. Sin duda el futuro lo sabe sólo Dios, pero, si se tiene que juzgar humanamente, me parece que este chico, gustando siempre al Señor, tendrá un buen éxito y será un rogacionista muy bueno".

¡Y podemos decir que fue profeta!

El Padre siempre tuvo una ternura especial para él. En la vestición religiosa, queriendo recordar su origen, le dio el nombre de *Redento*, redimido.

Aunque fuera ya un poco mayor, después de haber hecho el servicio militar, lo destinó con mucha confianza a los estudios para el sacerdocio.

Él, luego, a su vez, conservó siempre para con el Padre una estima y una devoción ilimitadas. A alguna superiora, de la que tal vez oyó hablar sobre el Padre no como él hubiese querido, con valor, en público, se lo echó a la cara, sin muchos cumplidos.

Él contaba que cuando el Padre lo recogió en la calle en Nápoles, hubo un gamberro que le dio una bofetada, y el Padre no solamente no se resintió, sino que siguió queriéndole.

Verdaderamente el Padre Redento, como le había dicho el Padre, salió un sobresaliente rogacionista, muy apegado a la Congregación, trabajador y ejemplar en todo. Conservó siempre aquel carácter alegre, sencillo y gustoso, y se sirvió de esta calidad para actuar un fecundo apostolado.

Tenía mucho éxito en el ambiente movido de los chicos, pero era aún insuperable en el ministerio de la confesión, sea por la diligencia que por la asiduidad y por la duración. Era capaz de permanecer en el confesionario días enteros sin quejarse mínimamente o dar señales de cansancio.

Siempre tuvo el deseo de las misiones, hasta la vigilia de la muerte, cuando era inminente su salida para Argentina. El Señor lo llamaba, en cambio, a una meta más consoladora y definitiva. Dejaba esta tierra el 4 de noviembre de 1949.

50. Un huérfano, una mujer y una difícil recuperación

Después de la primera guerra mundial llegó en Oria, directa personalmente al Padre, una carta de Monseñor Mazzella, Arzobispo de Taranto.

El Padre Palma estaba ausente por enfermedad. La carta se la envié al Padre a Mesina. Se trataba de una cálida recomendación para la aceptación de un huérfano de padre, de Taranto.

El Arzobispo así escribía: "El párroco muy celoso de un barrio de la ciudad, que deja mucho a desear en la práctica de la vida cristiana, me presenta un caso muy piadoso, para que lo ayude. Se trata de un niño de unos siete años, cuyo padre, hace mucho tiempo, fue matado por celos; la madre, todavía muy joven, lleva una vida disoluta. Este pobre niño, hijo único de la mujer infeliz, se queda abandonado a sí mismo, mezclado con la compañía peor de Taranto. El niño es inteligente, y aunque sea tan pequeño, se da cuenta de la vida que la madre lleva, y la odia.

El párroco intentó en todos los modos de enderezar la mujer y de llevarla a cuidar del hijo, pero fue todo inútil. Finalmente, le contestó: «Yo no puedo mudar mi vida. Si quiere quitar al niño de la calle, usted se interese para ponerlo en algún Instituto».

Ahora sé bien que Vuestra Señoría Reverendísima es padre de los huérfanos y de los derelictos. Vea si puede aceptar en uno de sus Institutos este pobre hijo. Se lo ruego vivamente".

El padre, recibida la carta, contestó en seguida al Arzobispo, diciendo que había transmitido su petición al director del Orfelinato en Oria, al que había encomendado de ponerse en seguida en comunicación con el párroco para pedir los documentos del niño. Habría sido aceptado cuanto más antes posible, apenas hubiese un sitio disponible.

Recibida la carta del Padre, pedí los documentos, que me llegaron en seguida.

En aquel periodo, sin embargo, había muy pocas plazas disponibles, y muchas peticiones de ingreso. Yo, además, en la aceptación, iba con los criterios generales que me había dado el Padre cuando se había abierta la Casa: o sea, daba precedencia a los huérfanos de ambos padres. Así, después de cerca de dos meses, el huérfano encomendado por el Arzobispo era allá en eterna espera…

Llegado el Padre a Oria, me pidió cuenta. Como sintió que aún no había sido aceptado: "¿Posible – dijo – que después de mucho tiempo aún no pudiste sacar un lugarcito? El caso es grave y hace falta buscar de quitar de la calle aquel hijo que vive en medio de tantos escándalos".

Le contesté: "Después de recibir su carta se libró sólo una plaza, y en seguida la ocupamos con un huérfano de ambos padres. Ahora en estos días habrá otra plaza, y será también para un huérfano de padre y madre, que está con una tía suya muy pobre con una familia muy numerosa, que ya no lo puede mantener".

"Pero yo te escribí – añadió el Padre – de aceptar en seguida el de Taranto, porque es un caso muy penoso".

"Sí, es verdad – seguí – pero usted me dijo, en los criterios para observar en la aceptación, que la preferencia absoluta tiene que ser por los huérfanos de ambos padres, pobres y derelictos. Este de Taranto es huérfano sólo de padre, y tiene la mamá que aún es muy joven, y usted es casi contrario en aceptar huérfanos con la mamá".[22]

Y el Padre: "Este pobre niño prácticamente es más que huérfano de ambos padres, porque la mamá existe sólo para escandalizar al hijo; y es el escándalo más grave que pueda existir, porque viene justamente por la mamá. Por esto hace falta aceptarlo en seguida y con preferencia de todo otro. El que tú dices con la tía, muy necesitada, hasta cuando no habrá sitio para él se ayudará en casa de la misma tía enviando a aquella pobre mujer unas tres o cuatrocientos liras al mes. Más bien, si con esta ayuda financiera la tía lo puede mantener y educar en casa, como en familia, es mejor dejarlo allá: de por sí la educación en familia es preferible a la del Instituto. Por eso el niño de Taranto hazlo venir en seguida":

"Esperemos – dije yo – que no venga a estropear a los chicos de aquí. Yo tengo este miedo. Dicen que sea un verdadero gamberro de calle, muy inteligente, y que lo entiende todo, a pesar de su pequeña edad. La mamá, dicen que sea una prostituta… por trabajo".

Y el Padre: "En esto sí que hace falta vigilar. Hace falta avisarlo, instruirlo muy bien antes de ponerlo a convivir con los chicos. ¿Tú qué quieres, que los huérfanos que nosotros tomamos, pobres y abandonados, sean todos santos? Esto es un motivo más para tomar en seguida el niño. Ahora que es pequeño se podrá corregirlo más fácilmente; de mayor, en cambio, será muy difícil. Más bien, procura que venga ahora, que estoy yo; lo instruiré yo cómo tiene que portarse en el Instituto".

Después de pocos días el niño estaba entre nosotros. Lo acompañó el mismo párroco, que hizo una descripción mucho más negra de la infeliz madre del pequeño.

El Padre oyó hablar al niño y quedó asombrado por cuántas cosas sabía sobre su padre y su madre que no la llamaba mamá, sino *Rosita prostituta y …*

El Padre lo instruyó muy bien. El niño prometió de no blasfemar más y de no hacer más aquellos discursos que hacía con los malos compañeros; de no contar para nada las cosas de su padre y de su madre. Lo que apenas antes parecía un pequeño salvaje, después del discurso del Padre aparecía ya iniciado a una profunda transformación.

[22] Cfr. Const. 47, párrafo 2, 4.

El Padre le encomendó de ser bueno, de rezar mucho para la mamá, de prepararse para hacer la primera Comunión. Y terminó regalándole unas imágenes sagradas y unas peladillas. Le dijo, finalmente, que volviendo a Oria, quería oír de él sólo buenas noticias, para así escribir a la mamá que en el Instituto estaba bien y contento.

Los primeros días fueron de adaptación difícil, tanto que el pequeño quería volver a Taranto. Menos mal que había el Padre. El niño corría a menudo a él y quería estar con él que conseguía persuadirlo y consolarlo.

Pasado, sin embargo, el primer periodo, el chico se ambientó y estaba contento. Se puso a estudiar de propósito y a prepararse para la primera Comunión.

Después cerca de dos meses, por fin la mamá apareció y vino a verle. Era muy joven y atractiva. De toda su conducta se entendía que tenía que ser de veras una mujer disoluta.

El chico, en un primer tiempo, a pesar de que se hubiese intentado instilarle sentimientos de respeto filial hacia ella, cuando supo que había venido a verle, sintió casi repugnancia para ir al recibidor. Pero luego, exhortado a mostrarse un hijo afectuoso y respetuoso, fue y de veras se mostró afectuoso, tanto que la mujer se secó alguna lágrima. La naturaleza siempre es naturaleza.

El niño dijo que en el Instituto estaba contento, que había el Padre que era un santo y que le quería mucho. Ya él era bueno, estudiaba y se preparaba para la primera Comunión. En el Instituto ya no blasfemaba, no decía más palabrotas y rezaba mucho. Luego, con tono afectuoso le confió: “Sabes, mamá, el Padre Fundador, cuando me ve, me dice: «Tienes que ser bueno, querer a Jesús, a la Virgen y a tu mamá, y rezar mucho, mucho por ella». Sabes, mamá, me gustaría mucho que cuando haga la primera Comunión, el 13 de junio, fiesta de San Antonio, tú vinieras aquí. ¿Quieres conocer al Padre Fundador? Está aquí hace pocos días.

La mujer tuvo una reacción avergonzada y contestó: “Y, ¿qué le tengo que decir?”. Y el niño: “¿Qué le tienes que decir? Te encomendarás a sus oraciones; le darás las gracias por el bien que me quiere, por las imágenes bonitas y las golosinas que me da, y te sirve conocer a un santo”.

Y, dirigido a mí, dijo: “¿Puedo ir a llamarlo?”. “No – le contesté – quédate tú aquí con la mamá. Voy yo a llamarle”.

“Con mucho gusto – dijo el Padre – voy a saludarla y veré de poderle decir también unas buenas palabras, después que se haya despedido del niño”.

Y así hizo.

El Padre se entretuvo con ella durante un buen rato.

Cuando la mujer se fue, parecía una Magdalena arrepentida.

El Padre me vio y me dijo: "¡Pobre hija! En el fondo es buena. Recemos al Señor para que la convierta".

La mujer desde Taranto, después de unos días escribió al hijito una carta muy bonita y entre otras cosas le decía que fácilmente se mudaría a Brindisi para estar con su hermana que la quería mucho. Prometía de ir a Oria el día de San Antonio para asistir a su primera comunión y lo exhortaba a rezar mucho, mucho por ella.

El día de San Antonio vino desde Bríndisi ella y su hermana, y las dos se hicieron la Santa Comunión con el niño. Estaban muy emocionadas y se secaban las lágrimas.

No digo la escena bonita, cuando, después de la Santísima Comunión, ¡se abrazaron! La hermana, entre otro, me dijo: "Aquel vuestro santo Padre Fundador hizo un verdadero milagro a mi hermana. De diabla que era, la hizo volver una santa, tanto que un joven muy bueno, dueño de la tienda en que ella trabaja, aunque conociendo su pasado, parece que la quiera casar. Nadie había conseguido convertirla hasta ahora. Para nosotros de la familia era un verdadero disgusto del corazón. Ahora pido, con mi muy querida hermana, una gracia: quisiéramos el pequeño con nosotras, durante dos o tres días. Estará con la mamá y con mis hijos que son muy buenos. Le prometo que en el día establecido lo llevaremos puntualmente al Instituto.

Hice una verdadera excepción por aquellos tiempos, algo que nunca me había permitido. La mamá del niño no sabía que decir para agradecerlo.

El pequeño, después de dos días, volvió todo feliz y me dijo: "¡Como se volvió buena la mamá! Va a la Misa con la tía y cada mañana se hace la Comunión. En estos dos días nos hicimos la Comunión juntos también con un primito y una primita míos. Por la noche en casa se reza el Rosario como aquí. El dueño de la tienda, donde ella trabaja, la quiere mucho".

La mujer iba a menudo a ver al chico y se mostraba verdaderamente ejemplar bajo cada aspecto.

Después de unos años se casó verdaderamente con aquel joven muy bueno que estaba muy bien económicamente, habiendo en Brindisi una tienda importante de ropas, donde ella trabajaba. Los dos eran muy felices y después de poco tiempo manifestaron el deseo de retirar el chico para su casa.

Se consintió con gusto a este deseo, porque, como a menudo decía el Padre, el verdadero ambiente adecuado para la educación es la familia cuando es buena. El Orfelinato siempre es un sustituto del que se tiene servirse como extremo recurso.

La mamá y el chico, durante el tiempo en que yo estuve en Oria, a menudo me escribían unas cartas bonitas y me decía que estaban felices.

Cuando conocieron la noticia de la muerte del Padre Fundador, me escribieron: “Escribimos con los ojos llenos de lágrimas: ¡murió un gran santo”.

51. Hizo bien enviando el desayuno

El Padre Palma, a pesar de que no conociera la música, sin embargo, era muy apasionado y tenía un oído muy fine. El Padre, en cambio, por cuanto tuviera un oído muy sensible para la poesía, era igualmente desafinado en el canto. Decía una vez bromeando al Padre Palma: “¡Para hacer los dos un buen dúo, usted tendría que hacer la poesía, y yo tendría que cantar!”.

El Padre Palma sentía talmente la música que, cuando en el canto alguien desafinaba, se disturbaba de tal manera que se perdía en lo que hacía.

Una mañana en Oria aconteció que mientras celebraba la Misa de la Comunidad, en el canto, que no había sido preparado bien, se desafinaba bastante. Él fue tan trastornado que no pudo seguir la celebración e hizo suspender ese horror. Finalmente, sin embargo, castigó toda la Comunidad sin desayuno. Esto aconteció dos o tres veces.

Yo que conocía el temple y la debilidad del Padre Palma, sin decirle nada a él, envié el desayuno al Seminario a aquellos nuestros jovencitos que allí frecuentaban la escuela, porque ordinariamente volvían muy tarde para la comida. Y así lo arreglaba cada vez, tanto más que me había dado cuenta que él indirectamente había caído en la cuenta, y disimulaba de no saber nada.

Llegado en Oria el Padre Vitale y conocida mi actuación, lo desaprobó diciendo que lo hacía mal, que había sido imprudente, y que prácticamente había contradicho la obra del Padre Palma, legítimo superior.

Yo, en su tiempo, había informado el Padre de ello, que me había dicho que me había portado bien.

A su vez, el Padre Vitale, que era muy delicado de conciencia, refirió también él el asunto al Padre, que apenas lo oyó, analizó el problema como él lo sabía hacer: “No, no, Padre Vitale: el Hermano Carmelo en este caso no sólo no se portó mal, sino que hizo bien. El castigo, en efecto, no era justo, porque, aunque fuera necesario castigar, se tendrían que castigar sólo los que habían desafinado y no todos, incluso los que no saben cantar. ¿Qué culpa tenían estos?

Además, el castigo tampoco era proporcionado, porque es un caso que puede acontecer fácilmente: uno o dos desafinan y arrastran a todos. Y luego aún, por algo que puede suceder sin querer, no se da un castigo tan penoso, tanto más por los que van al Seminario y tienen que estar mucho rato en ayunas, volviendo de la escuela muy tarde.

Finalmente, el Hermano Carmelo en este caso no actuó contra la voluntad del Padre Palma, sino sólo contra el humor involuntario del Padre Palma. En efecto, el Hermano Carmelo, de este hecho, me había informado en su tiempo, y había dicho que el Padre Palma había caído en la cuenta que él había enviado el desayuno al Seminario y lo había disimulado, sin mover ninguna observación. Así tácitamente autorizaba o, por lo menos, no desautorizaba el actuar del Hermano Carmelo".

El Padre Vitale contestó respetuosamente: "Esto es verdad, pero los chicos no hacen todas estas reflexiones y permanecen siempre con la impresión que se desautorizó el actuar del Superior, y a escondidas se hizo el contrario. Y esto no es formativo, sino de mal ejemplo".

El padre, dirigido a mí, que estaba presente en el discurso, dijo: "¿Acaso los chicos sabían que tú enviabas el desayuno a escondidas?". "No", contesté. Y el Padre, retomando el discurso, concluyó: "Los chicos habrán también podido comprender que el desayuno había sido enviado de acuerdo con el Padre Palma. Pero luego, fundamentalmente, los chicos, cuando se trata de cosas que van en su favor, piensan más en el favor, en este caso, al desayuno, que en todo lo demás".

52. Cosas de muchachos, finuras de educador

En Oria, después de la apertura de la Casa, durante mucho tiempo, los religiosos, los aspirantes y los huerfanitos comían juntos en el mismo comedor. Pero, en la medida en que cada categoría crecía en número, se iban separando.

Los que primero se separaron en un comedor aparte, fueron los huérfanos, seguidamente los aspirantes, y así cada categoría tuvo su comedor.

Yo comía casi siempre con los aspirantes o bien, aún más a menudo, con los huérfanos.

Un día, mientras estaba en la mesa con los huérfanos, entró el Padre. En cuanto apareció, hubo un fuerte aplauso y gritos de alegría.

El padre se acercó y me preguntó: "¿Tú comes aquí?". "Sí, Padre", contesté. "Esto me gusta – añadió el Padre – pero, ¿lo haces habitualmente?". "No – añadí – pero a menudo. De vez en cuando voy también a comer en el comedor de los aspirantes".

"¿Y qué tal te encuentras?". "Muy bien", contesté yo.

Luego, dando una mirada en la mesa, se dio cuenta que el segundo plato estaba formado sólo de patatas, y pocas, además. Dirigido a mí, dijo: "¿Y esto es todo? Demasiado poco".

"Es así, lamentablemente – contesté – No sé cómo se lo arreglan, estas dichosas cocineras. Me di cuenta y envió a tomar de la cocina al menos un poco de queso".

"Y fruta, ¿la dais a los chicos?".

"Tienen que pasarla aún. Hoy hay hinojos".

"Tratadlos bien. Son muchachos: tienen que crecer. Haced que estén contentos y alegres estos queridos hijitos. ¿Qué libro se está leyendo aquí en el comedor?".

"La vida de don Bosco".

"Haced leer también la de Domingo Savio, pero pocos minutos por vez, y luego dejadlos hablar, pero a condición que no griten demasiado y que se mantengan educados".

Mientras él se entretenía hablando afablemente ahora con este y ahora con aquel chico, yo terminé de comer y, como salió del comedor, lo seguí y él continuó diciéndome: "Me gusta que comes con los chicos y lo que ellos comen. ¿Tú encuentras dificultades?".

"Para nada. Al revés, me gusta mucho. Gracias a Dios estoy bien; lo como todo y no tengo necesidades particulares. Noté que cuando un vigilante no puede tomar la misma comida de los chicos es mejor que vaya al comedor de los religiosos".

"Yo por esto – añadió el Padre – en algún reglamento del Instituto femenino escribí que la Maestra no coman con las huérfanas. Las hermanas, en efecto, tienen sujeción en comer con las chicas y luego, fácilmente, tienen o se crean exigencias especiales. Repito pues que creo muy útil comer con los chicos, por muchas razones.

Antes de todo, porque más fácilmente uno se podrá dar cuenta de las cualidades y cantidades de comida y de cómo se preparan, para poder así proveer o hacer proveer con tiempo.

Secundariamente, los chicos quedan más contentos de lo que se les da, porque el vigilante primero da el ejemplo, y es la mejor propaganda para el Instituto sobre el trato que se usa con los chicos.

En tercer lugar, es un medio bonito para cultivar en el Orfelinato el espíritu de familia. En la familia, en efecto, no se hace ninguna distinción entre padre, madre, hijos y todos los familiares. Ellos comen juntos en la misma mesa y el mismo alimento, exceptuados casos de enfermedad o de particulares exigencias.

Sirve aún para educar mejor acerca de la observancia práctica de las buenas maneras, porque comer es una acción común a los animales, que se convierte en humana cuando es normada por la sana razón.

Hace falta tener presente, finalmente, que en el comedor se tienen que evitar los reproches y los castigos, sea individuales y sea especialmente colectivos, porque ellos amargan y disgustan.

Hace falta, además, con las buenas maneras acostumbrar los chicos a comerlo todo, pero con comprensión hacia aquellos que sintiesen una natural repugnancia hacia ciertos alimentos. En efecto, puede haber casos de resistencia invencible hacia determinados alimentos. Por cierto, finalmente, no es educativo obligar a comer en las comidas siguientes, por castigo, lo que uno dejó en una comida anterior.

Lo que sobra en la cocina, en cambio, no se tiene que perder: sería una ofensa a la santa Providencia. Se prepare nueva y adecuadamente, y se haga consumir en las comidas siguiente".

53. Respeto por el secreto de un chico

Un aspirante, en Oria, mi me confió haber cometido una falta que no habría podido conocer que de él solo. Creí que para hacer esto lo hubiese aconsejado su confesor. El chico se mostró arrepentido y deseoso de corregirse, como luego confirmó con los hechos, habiendo tenido nuevamente una ocasión próxima.

No sé cómo, después de unos meses llegó a conocer este hecho el Padre Palma, y con el particular que yo había sido totalmente informado.

En el principio el Padre Palma se limitó sólo a pedirme en general acerca de la conducta del chico. Yo le contesté que era bueno. Él siguió diciéndome: "Pero, ¿de veras no hay nada?". "Al menos que yo sepa, no", contesté. Y él: "¿Cómo dices que no hay nada, cuando sé que ciertamente hizo esta falta?".

"Y si lo sabe – añadí – ¿por qué me lo pregunta?". "¿Y tú no lo sabes?", insistió. "No". "¿Cómo no, si yo sé también con certeza que tú lo sabes todo? ¿Por qué no me lo dijiste?".

"Si lo conozco y no os lo dije, quiere decir que se me dijo en modo reservado y por eso no lo podía revelar y para mí era como si no supiera nada".

En este punto, en tono perentorio, me dijo que el chico lo tenía que expulsar en seguida.

Yo le contesté que no podía hacerlo. Si lo quería expulsar, que lo hiciera él, porque el chico la falta me la había confiado en modo reservado; se había mostrado arrepentido y realmente me resultaba que se había corregido.

En casa había el Padre, al que el Padre Palma fue a referir el asunto, diciendo también que me había resistido ante su orden.

El Padre me hizo llamar y me preguntó, presente el Padre Palma, cómo había ido el asunto. Yo se lo conté con todos los detalles. El Padre, después de reflexionar un poco, dijo: "Como la cosa fue así, me parece que el Hermano Carmelo no se portó mal. Usted, Padre Palma, es una persona muy inteligente, estudió mucho la moral, es un experto confesor, por eso sabe bien cómo uno se tiene que portar cuando se trata de secretos. En este caso, luego, el secreto, más que natural, es conexo, porque el Hermano supuso que le fue manifestado por consejo del confesor".

El Padre Palma intentó explicar: "Cuando le dije que lo sabía y le pregunté si él lo conociera, él me dijo que no sabía nada".

El Padre repuso: "El Hermano de por sí no sabía nada, porque lo conocía en cuanto se lo había dicho el chico en modo reservado, o sea para no contárselo a nadie. Por eso para le Hermano era cómo si no lo supiera. Cuando la verdad es vinculada por el secreto no es una mentira decir que no se sabe nada. Además, dado que usted conoció la falta en foro externo, se puede arreglar como cree: expulsarlo o menos. Pero cuando uno se arrepiente de una falta y da prueba de enmienda, no me parece justo dimitirlo. Pero repito, usted se arregle como cree, según conciencia. Pero se sabe que si no se expulsa, hace falta vigilarlo atentamente para que no recaiga, pero sin prevenciones y sin hacer ver al chico que se mira con desconfianza".

El Padre Palma humildemente contestó: "Dice justo, Padre. En verdad no había reflexionado tanto en ello".

54. Delante de una imagen de la Virgen: fe y poesía

No puede ser santo el que no fue verdaderamente devoto de la Santísima Virgen, porque no se puede amar a Jesús sin amar con muy tierno amor de preferencia su Santísima Madre María. Pero entre los santos, hay unos cuantos que destacan en modo todo especial por la devoción a esta divina Madre, como San Bernardo, San Buenaventura, San Alfonso María de Ligorio y muchos otros. Estos destacaron por un amor muy tierno a la Virgen o por las obras, o bien por los sermones, o bien por los escritos en su honor.

Entre estos, sin peligro de exagerar, se puede contar nuestro venerado Padre.

Basta dar una mirada sencilla en las obras cumplidas en honor de la Santísima Virgen, durante su vida, o leer algún trato de sus numerosísimos sermones u otros escritos en su honor, para ver qué devoción muy sentida y extraordinaria él alimentara hacia ella.

Así él quería que fuera sentida esta devoción en sus Institutos. Dejó escrito: La Congregación de los Rogacionistas del Corazón de Jesús tendrá por su gloria especial la más gran devoción y el más gran transporte de amor hacia la gran Madre de Dios, que es su principalísima Dueña" (cf. AR, p. 141). Buscaba todas las ocasiones y todos los medios para instilar en los corazones de los religiosos y religiosas y también de los acogidos, la más tierna devoción hacia esta gran Madre de Dios.

A los religiosos decía que serían hijos degenerados de nuestra Obra si no fueran de verdad devotos en modo todo especial a la Santísima Virgen María.

A los aspirantes repetía que el signo seguro del buen éxito era la devoción especial hacia esta divina Madre. Si no tenían esta devoción, no había nada para esperar.

A los huérfanos decía que la Santísima Virgen tenía que ser no sólo su Madre celestial, sino también su Madre terrenal en sustitución de la natural, y como tal la tenían que reconocer, amar y venerarla.

Por cierto, decía que desde más tiempo tenía en la mente de encargar una estatua muy bonita de la Santísima Virgen con el título de Madre o Nuestra Señora de los huérfanos, para ponerla en todos nuestros Institutos y cuidar de difundir la devoción bajo este nombre.

En mérito a la devoción del Padre hacia la Santísima Virgen, cuento uno de las muchas anécdotas geniales e ingeniosas, ligado a la inauguración de la bonita imagen de la Santísima Virgen Inmaculada que se venera en nuestra Iglesia de Oria.

El Padre nos había hablado muchas veces para ponernos en espera. Finalmente nos dijo de haberla encargada y que en tres días tendría que llegar.

Cuando llegó, nos hizo ver la caja in que estaba envuelta, pero no la estatua, a pesar de que todos nosotros ardíamos por el deseo de verla.

El padre dijo que antes de abrir y ver la imagen, teníamos que hacer un triduo de preparación con oraciones y cánticos.

En aquellos tres días él nos habló más veces, como él solo sabía hablar, sobre el amor y la devoción hacia la Santísima Virgen.

Finalmente llegó el tercer día. Hizo preparar la Iglesia para la fiesta, quiso las paredes de la Casa tapizadas con carteles y escritos que exaltaban la Santísima Virgen Inmaculada con los títulos más bonitos y expresivos. Hizo preparar también una especie de camilla en que se tenía que llevar en procesión la sagrada imagen.

La noche del día anterior, sin embargo, nos había hecho llamar el Hermano José y a mí, y nos había indicado el lugar donde teníamos que trasladar y esconder secretamente la estatua: una especie de pasillo largo y

completamente oscuro, en el sótano de la casa. La caja, ya vacía, nos la había hecha dejar en el mismo sitio en que había estada en aquellos tres días, cerrada y preparada, así como había llegado de la estación.

La mañana siguiente, pues, todos vestidos para la fiesta, fuimos con el Padre que vestía la sobrepelliz y la estola, listo para bendecir, en el lugar en que se hallaba la caja. Pero ¡cuánta fue nuestra desilusión, cuando, abierta, la encontramos vacía!

El Padre entonces dijo: "La mística tortolita voló a otro lugar. Vamos a buscarla. Igual se escondió en algún rincón remoto de la Casa". Y he aquí que, rezando y cantando, damos la vuelta de todos los pasillos, se busca en todos los lugares, en todos los rincones de la Casa.

Se da la vuelta también por los caminos, por el bosque del jardín, siempre con la camilla vacía atrás… Nada, ¡No se encuentra!

Se vuelve a la Casa y otra vuelta, buscando también en los lugares oscuros del sótano.

Y he aquí, finalmente, con la luz débil de las velas, que se entrevé en el fondo de un largo pasillo. Es indescriptible la alegría sentida por todos que cantaban: ¡Viva María Inmaculada!

Fue tomada y llevada a la Iglesia, donde el Padre, después de haberla bendecida, dijo palabras de ocasión como sabía hacer él, para arrancar lágrimas de conmoción.

Luego salió la procesión, cantando y rezando. Se atravesó toda la Casa, se salió en la terraza, luego, abajo en los caminos, en el jardín, donde unos de los nuestros leyeron unos sermoncitos preparados por la ocasión. Finalmente, fue llevada de nuevo en la Iglesia y colocada en un pequeño altar provisional, en la espera de la preparación del nicho adecuado.

Estos rituales, como muchos otros parecidos realizados por el Padre, si se consideran objetivamente, parecen tener algo de artificial, sentimental o bien de infantil. Pero hacía falta verlos en la interpretación del Padre, transfigurados en expresión de íntima, sincera, profunda e inmensa fe; vivos signos de la ardiente caridad que consumía su corazón por el amor y devoción hacia la Santísima Virgen. Por eso aquellos ritos arrancaban las lágrimas y afervoraban para el amor de la Madre celestial.

El que no vio y no participó personalmente, difícilmente podrá imaginar. He aquí porque el Padre Vitale, escribiendo sobre las virtudes del Padre dice: "Ciertas virtudes interiores de las almas profundamente piadosas, no siempre se entienden como están delante de Dios, o bien se intuyen, y es difícil describirlas con un lenguaje humano. La perfección espiritual tiene unos matices que a los ojos de quien mira superficialmente, pueden aparecer algo superfluo o bien simplezas, más bien hasta escrúpulos; o unas invenciones o

recursos que no se saben comúnmente explicar, al menos en seguida; y en las que no se puede siempre invocar el juicio humano".

Don Orione, que conocía íntimamente el Padre, decía: "La virtud y la espiritualidad del Canónigo Di Francia es tan sublime que es imposible aferrarla". ¿Cómo podrán, pues, comprenderla los que no lo vieron y nunca asistieron a su actuación y a sus devociones?

De aquella misma imagen de la Inmaculada, se supo que el Padre, además de las que difundió en nuestras Casas masculinas y femeninas, regaló otras veinte y tres.

55. A Jesús le gustan los niños incluso cuando duermen

El Padre cuidaba mucho que fuéramos a la Iglesia bien limpios y bien vestidos. Por eso había establecido que aspirantes y huérfanos tuviesen una uniforme adecuada, llamada divisa para la Iglesia.

Con más razón él quería que así nos portáramos los religiosos. No podía sufrir que entráramos en la Iglesia con las mismas túnicas que usábamos en la Casa. Decía que también el vestido es un signo de respeto y veneración por la Casa de Dios. Y añadía: "Se hace tanto para estar bien puestos, cuando se va a visitar a otra casa un amigo, un bienhechor, ¡sin hablar de cuándo se va a una persona importante, como un Ministro, un Obispo, el Rey, el Papa! ¿Cuánta más atención es menester tener, pues, cuando se va a la Iglesia, a la casa de Dios, donde hay Jesús vivo y verdadero en el Santo Sagrario?".

Una mañana, en Oria, celebraba en la Comunidad. Él acostumbraba introducir la Misa, recordando las principales intenciones por las que la ofrecía, y solía hacer una preparación fervorosa a la Santísima Comunión.

Mientras así estaba dirigido al pueblo, vio que un pequeño huerfanito dormía y el vigilante insistentemente intentaba despertarlo, conque hacía distraer los demás.

Notó, además, que los chicos, para ir al altar para recibir la Comunión, salían con orden del banco, uno tras otro. el Padre corrigió en seguida este modo, diciendo: "No hagáis perder el tiempo al Sacerdote. Los que se tienen que hacer la Comunión, vengan juntos, como multitudes hambrientas".

Terminada la misa, me hizo llamar a la sacristía y me dijo: "Después del desayuno, ves a mi habitación, que te tengo que hablar".

Pero se dio cuenta que tenía los zapatos en mal estado, y me llamó en seguida la atención: "Si tú vas así a la Iglesia, ¿qué ejemplo puedes dar a la Comunidad? ¿Cómo puedes pretender que los demás vayan allí convenientemente vestidos? ¿Irías con estos zapatos al Obispo o al Papa? Y nuestro Señor, ¿es menos importante que el Obispo o el Papa? Justamente esta mañana me di cuenta que don Pedro Palma iba a entrar en la Iglesia sin

corbata; lo avisé cortésmente que en aquel modo no era conveniente y él, agradeciéndome el aviso, volvió en seguida a la habitación para reparar. Y tú, que tienes que más que los demás, tienes que dar el buen ejemplo, ¿andas así?".

Después del desayuno, tal como me había dicho, fui a la habitación. El Padre me dijo: "Te llamé para decirte antes de todo que esta mañana vi en la Iglesia que un niño dormía y el vigilante intentaba despertarlo, y esto servía para distraer también los demás chicos. ¡Lo podía dejar durmiendo, pobre niño! Eso quiere decir que tenía sueño. Los niños, incluso cuando duermen, gustan a nuestro Señor. Si Jesús adorable, en la última cena, permitió al Apóstol San Juan, que era el más joven, de apoyar su cabeza en su pecho adorable, ¿cuánto más lo permitiría a este pequeñín, y lo dejaría dormir en su Corazón divino?".

Luego me pidió: "¿A qué hora se levantan la mañana los pequeños?".

Cuando le contesté que se levantaban a las 5, como los demás, exclamó: "¡Esto es inhumano! El descanso es vida, especialmente para los pequeños. Ellos necesitan al menos nueve-diez horas de sueño".

"Padre – le dije – pero, ¿cómo se hace por la Misa?".

Y el Padre: "Para los pequeñines se puede también exentarles de la Misa. Se podría igual hacerles asistir en el domingo, aunque no sean todavía obligados, tanto más que el domingo la misa sale más tarde".

"Pero hay aquellos – seguí yo – que se hacen la Santísima Comunión, y les gusta hacerla".

"Estos se la podrían hacer después de acabar la Misa. O bien para los pequeños anticipad la cena y los hacéis ir a la cama antes, en modo que duerman las horas regulares de sueño que su edad requiere.

La segunda cosa que te tengo que decir es esta: el orden con que van a comulgarse, no me gusta. Aquel salir uno tras otro del banco, como en fila, para ir a la Comunión, no está bien. Podrían, en efecto, notarse los que se abstienen: algo peligroso, que podría impulsar alguien a comulgarse por respeto humano, sin estar bien dispuesto. En cambio, viniendo sin orden al altar, no habría este inconveniente.

Por la misma razón, no me parece conveniente que el vigilante se ponga en posición para hacer ver que se queda observando el que hace la Comunión y el que se abstiene.

Se tiene que darse cuenta de la frecuencia de los Sacramentos por parte de los chicos, para ayudarles, si hace falta, pero jamás dándolo a ver. Usar en esto la máxima prudencia y dar a los chicos la más gran libertad".

56. Un libro titulado "Los chicos mal educados"

El Padre una vez me vio que tenía en manos un libro titulado: "Los chicos mal educados", escrito por el magistrado F. Nicolay. Era bastante voluminoso, pero con un estilo plano, práctico y popular. No era lo ideal, pero tenía cosas para aprender. Lo que me asombraba más era el hecho que este hombre se hubiese puesto con tanta pasión y paciencia en un campo que, de por sí, no pertenecía a su profesión.

El Padre me lo pidió para echarle un vistazo. Después de unos días me lo devolvió, diciéndome:

"Le eché un vistazo, y vi que hay mucho para aprender. Noté como, en muchas cosas, piensa justamente como yo. Se ve que este magistrado comprendió la importancia de la misión educadora, y da el ejemplo, especialmente a los que tienen esta misión importantísima que, sin embargo, igual no saben apreciar; por lo cual, tal vez, en la práctica, acontece lo que dice un autor, o sea que la educación es el arte más excelente y más difícil, confiada a las personas más inexpertas. Tenemos que confesar que todavía no tenemos un personal preparado como se conviene para esta misión. Esta falta fue una de mis grandes preocupaciones y a menudo también causa de no pocos graves disgustos. Tuvimos que contentarnos, por necesidad, de la buena voluntad y del espíritu de caridad hacia los niños, de los a los que fuimos obligados a confiar la asistencia de los huérfanos, confiando más que en otro en la divina Providencia para que quisiera sustituir ella misma a nuestra escasa preparación técnica y científica. Yo, a pesar de que me sentí siempre trasportado para el campo educativo, por muchas circunstancias, no me pude ocupar en modo científico. Por necesidad de cosas me tuve que contentar sólo de dar unas normas generales prácticas, según las circunstancias de tiempo, lugar, educandos y educadores, que no sólo no forman un conjunto orgánico, sino que, tal vez, tienen también, entre ellas, una conexión ilógica".

El Padre siguió diciendo, en tono de entusiasmo: "Dada la naturaleza de nuestra Congregación, nuestra misión, además del Rogate, es la de mantener y educar los huérfanos y los niños pobres; así que la misión es eminentemente educadora. De esto sale la obligación, en la medida en que será posible a la Congregación, de formar un personal especializado científicamente en el campo educativo, con títulos regulares, diplomas y graduaciones en pedagogía.

"Para disponernos bien a esta ciencia o arte hace falta tener presente la excelencia de la educación. Ella es el arte de las artes. El arte, como dice San Juan Crisóstomo, más excelente y difícil. Ella, en efecto, tiene como objeto el ser humano, la obra maestra del Creador, que hace falta formar. Por esto se dice que la pedagogía es el arte de hacer el hombre, porque el hombre será lo que habrá sido formado por el educador pedagógicamente preparado. El Creador dio la vida al niño, pero confió al educador la tarea de suscitar,

desarrollar, desenvolver y perfeccionar esta misma vida, según sus adorables designios. Así que se puede decir que el educador sigue en el niño la obra de la creación. Tanto más que la sana pedagogía tiene por objeto no sólo las perfecciones humanas sino, principalmente, la restauración en el hombre de la imagen divina y el conseguimiento del fin último. Por consecuencia, los presupuestos de la verdadera ciencia pedagógica tienen que ser la fe y la caridad. Sin esto la pedagogía falta de alma.

Luego, en cuanto a la educación de los huérfanos, tengo que añadir que esta requiere mayor ciencia, fe y caridad, porque es más difícil de lo que sea la educación de los demás chicos. Primero, porque el huérfano, por la falta de cariño y ambiente familiar, comúnmente es menos dispuesto a la educación. Segundo, porque el educador del huérfano tiene que suplir a todas las obligaciones de los padres.

Uno no se puede, pues, contentar, sólo de una parte de la educación del niño, sino tiene que cuidarlo todo, el aspecto físico, moral, religioso, intelectual, profesional y social. Por esto los Rogacionistas tenemos que sentir la obligación de tener, cuando será posible y el Señor querrá, una óptima preparación pedagógica según los sanos principios científicos y religiosos, siguiendo siempre el sistema preventivo, actualizado según las exigencias de los tiempos".

57. Se equivoca el burro y se equivoca el burrito también...

Mientras el Padre y el Padre Palma estaban ausentes de Oria, vino de Brindisi una Comisión sanitaria para inspeccionar la Casa.

Era la primera vez que me ocurría algo parecido, y no entendía su importancia. Los acogí, pues, con indiferencia. No respondía a las preguntas que me hacían, manteniéndome más bien encerrado y reservado, tanto que la Comisión no quedó bien impresionada y por esto se quejó.

Por este motivo el Padre Palma, presente el Padre, me reprochaba con una cierta insistencia, haciéndome entender el error cometido, cuyos efectos perniciosos podían repercutirse en la Comunidad. Y repetía que se hacía maravilla de cómo yo hubiese podido equivocarme en aquel modo en algo de por sí tan fácil e importante.

Pero, finalmente, el Padre lo interrumpió diciendo: "Basta, Padre Palma, lo entendimos. Pero, ¿Qué quiere usted? Se equivoca el burro, ¿y no quiere que se equivoque el burrito? Quiero decir: nos equivocamos nosotros con toda nuestra edad y experiencia ¿y queremos que no se equivoque este jovencito de 19 años todavía sin experiencia?[23]

[23] La anécdota remonta al año 1911.

Se desenvolvió ciertamente cómo mejor creyó. Ciertamente no tenía la intención de equivocarse. Hubiese sido culpable si, estando uno de nosotros en Casa, hubiese hecho según su cabeza, sin preguntarnos a nosotros. No podemos pretender por las personas más de lo que pueden dar. Cosas que hoy a nosotros parecen tan fáciles, igual ayer, ¿cómo nos hubiesen salido difíciles?

58. La primera escuela en la Casa de Oria

En el comienzo del curso escolar 1909-1910, el Padre se preocupó de abrir y organizar en lo mejor posible las escuelas en la Casa de Oria.

Antepuso una novena adecuada de oraciones e instrucciones especiales acerca de la importancia del estudio para los religiosos, especialmente para los que el Señor destina al sacerdocio. Dijo que el estudio, hecho con recta intención y por obediencia, es oración. Ello no es solamente un gran medio para la propia formación espiritual, sino también un presupuesto para la difusión del Rogate a través de instrucciones, predicación y prensa. Además, la formación cultural acrecentó el prestigio de la Congregación.

El primer día de escuela se abrió con un rito magnífico en la Iglesia.

Él se preocupó de buscar y de encargar los profesores. Entre los otros, rogó al Canónigo Nacci, Rector del Seminario de Oria, que aceptó con gusto, estableció un horario detallado sea para la escuela que para el estudio y los oficios de la Casa. Para la ocasión, redujo las oraciones comunes por dos veces, porque buscaba el equilibrio entre las diversas actividades. En cuanto a la lectura espiritual, me rogó de hacer una señal, en el caso me diera cuenta que iba fuera del tiempo, fuera él o bien el Padre Palma.

A menudo iba a la clase para darse cuenta personalmente del provecho de los alumnos. Pedía informaciones a los profesores. Tal vez revisaba las tareas.

Cada día, exceptuado el domingo, en el tiempo de la lectura espiritual, todo el mundo tenía que llevar, a memoria, unas cuantas respuestas del catecismo y algún pasaje de Historia Sagrada.

En el horario festivo había introducido también una hora de estudio de las bellas artes, observando: “Hace falta estudiar también la música, el dibujo, la pintura, la plástica, la caligrafía… Está claro que por ahora no tenemos la posibilidad de tener unos profesores para estas bellas artes… por ahora tenemos pues que empezar ejerciéndonos para aficionarnos a estas asignaturas. Cuando luego la Providencia nos dará los medios, si Dios quiere, hará falta formar, por cierto, escuelas bien organizadas. Es bien también empezar desde ahora a ejercernos en el estudio de las lenguas extranjeras, que nos servirán antes de todo para las Secretarías Antonianas, y en segundo lugar

para la preparación de las misiones propiamente dichas, a las que tenemos que aspirar continuamente".

59. "Pobres hijos, ¡en qué manos cayeron!"

Se sentía llorar desesperadamente. Era un pequeño huerfanito en el lavabo. El Padre, que se hallaba en la habitación, corrió y halló el pobrecito todo sucio y que temblaba por el frío. Mientras el Padre intentaba consolarlo, llegó el vigilante de la sección con una garrafa de agua para lavarlo y ropa limpia para cambiarlo.

"Dámelo todo a mí – le dijo el Padre – y no te preocupes, lo limpio yo".

El vigilante insistió para limpiarlo él, pero luego tuvo que ceder.

Como el Padre cayó en la cuenta que el agua estaba helada (¡estábamos en pleno invierno!), reprochó fuertemente el vigilante y exclamó: "Pobres hijos, ¡en qué manos cayeron! Esto no sólo no es espíritu de caridad, sino hasta algo inhumano". Luego dijo al vigilante: "Si no mudas, ciertamente no podrás ser Rogacionista".

El vigilante era el Hermano Estanislao, en el siglo Angelindo Varotto[24] que, después de unos años el Padre despidió porque no lo consideró adecuado para nuestro Instituto.

Después de haber limpiado el pequeño, el Padre me hizo llamar y me hizo notar que aquel modo de tratar los chicos era deshumano. Yo me disculpé, diciendo que por casos parecidos había dado el orden de usar siempre el agua caliente. Pero el Padre justamente me hizo observar que no basta con dar disposiciones; hace falta averiguar si son observadas. Y concluyó: "Se ve que tú también eres negligente en tu oficio".

60. Presencia discreta en la noche

Cuando el Padre estaba en Oria, o bien pasaba por allí, a menudo pasaba por los dormitorios, antes de retirarse para descansar. Lo hacía más a menudo en las noches de invierno. Se levantaba de la cama y aparecía en los diversos dormitorios de los chicos: presencia discreta y paterna, reponía las mantas, arreglaba el aire, revisaba la posición de los pequeños.

Una noche, mientras el Padre pasaba cerca de mi cama, me desperté de repente y tuve un susto. Y él: "No tengas miedo – me aseguró con tono paternal –. Soy yo, quiero asegurarme si estos queridos niños necesitan de algo. Noté que el niño que está allí tiene un aliento muy entrecortado; tocándolo en el pulso, me parece que tenga fiebre. Cuanto antes, hazlo visitar

[24] Cf. cap. 22 y 23.

por un médico. Por cierto, ¿desde hace cuánto tiempo no haces pasar la visita médica general a estos chicos?

"En verdad – contesté – los chicos son visitados según la necesidad. Nunca se hizo pasar una visita general para todos". Y el Padre añadió: "Ay, esto no. Por lo menos dos veces en el año hace falta hacer pasar una adecuada revisión médica para todos, individualmente. Esto es importante para la salud, porque así se pueden prevenir muchas enfermedades".

61. "¿Quieres ir a Roma para la canonización de Santa Teresa del Niño Jesús?"

Hallándose el Padre en Oria pocos días antes de la canonización de Santa Teresa del Niño Jesús, me pidió si quería ir a Roma para asistir a la proclamación.[25]

Yo lo agradecí por el pensamiento delicado y le repuse que aquel día desde Oria habría hecho a la Santa una oración especial, y estaba seguro que la santa lo habría aceptado igualmente, como si hubiese estado presente en la Basílica de San Pedro. El Padre sonrió, luego me dijo: "Sí, es verdad que el valor de la oración depende de los grados de fe y caridad con que se hace. sin embargo, no hace falta ser tan realistas.

También en las cosas accidentales, como las manifestaciones externas, los ritos, las procesiones, las visitas a los lugares santos, a los santuarios, favorecen la devoción y el espíritu de oración. Esta finalidad tiene la liturgia, los ritos y todas las manifestaciones. También a estas cosas tienes, pues, que aficionarte y hacer aficionar los chicos".

62. Los dos enfermos encerrados en la enfermería

Después de la primera guerra mundial, la limpieza y la higiene en general dejaban mucho para desear. En el Orfelinato de Oria fue acogido un pequeño con sarna, sin que nos diéramos cuenta, tanto más que el certificado médico de su pueblo, requerido para la aceptación, tenía una fecha muy reciente. Nos dimos cuenta cuando el contagio se empezó a difundir.

El médico del Instituto constató que, además del nuevo llegado, otro chico de los grandes estaba ya afectado.

Los dos enfermos fueron aislados en una habitación, donde dormían y comían con la prohibición del médico de salir y dar vuelta por la Casa.

Mientras tanto, la cura no se mostraba eficaz y así pasaban los días. Los chicos se aburrían y ya no se podía dejarlos en la habitación. Iban dando

[25] Santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897) fue canonizada en 1925.

vueltas y a menudo se juntaban con los demás chicos. Toda amenaza y amonestación era inútil.

Cuando lo supo, el médico se puso a gritar, amenazando de escribir el verbal del caso infectivo en el Instituto y de enviarlo al sanitario provincial, con todas las consecuencias que habrían podido llegar.

El médico mismo nos aconsejó de encerrar los dos en la habitación con llave.

Yo no sé justamente como me convencí, los encerré de verdad dejando la llave de la puerta colgada en la pared, allí cerca. Sólo el enfermero podía entrar para llevarles la comida. Desde el interior, los dos reclusos podían llamar con una campanita si lo necesitaban.

Comían en todo y por todo como los demás de la Comunidad. Pero un día se les llevó una sopa de habas con cáscaras y verdura, y como segundo un poco de bacalao. Las habas estaban viejas y llenas de parásitos y peor aún, no estaban ni bien cocidas. El chico mayor comió un poco, pero el pequeño, viendo aquellos parásitos, no quiso ni probarlas. Rechazó también el bacalao, contentándose de comer sólo algo de pan y un poco de hinojo. Mientras tanto lloraba y tocaba la campanita repetidamente, también porque necesitaba ir al lavabo.

Tocaba, tocaba, pero nadie lo oía, porque todos estaban en el jardín por el recreo.

El Padre acababa de llegar justamente en aquel día. Oyendo aquel sonido insistente, salió de la habitación para ver de lo que se trataba. Siguió la dirección del sonido de la campanita, fue a la habitación e intentó abrir. Pero, visto que la puerta estaba cerrada, gritó: "¿Quién hay allí dentro? ¿Qué hacéis? ¡Abrid!". "No podemos – contestaron – porque la puerta está cerrada con llave. Se halla fuera, colgada en la pared".

El Padre, entonces, tomó la llave, abrió, y se dio cuenta de todo.

Probó la sopa y la comida. Pidió desde cuánto tiempo estaban encerrados allí dentro, cómo los trataban, si estaban haciendo el tratamiento mandado por el médico, si yo iba a menudo para visitarles, si el grande tenía la posibilidad de hacer la Comunión cuando lo quisiera.

Luego él mismo fue a la cocina, llamó la atención de las hermanas, especialmente por la sopa preparada en aquella manera, que podía también significar poco respeto a la Providencia. Tratándose luego de enfermos, era hasta inhumano tratarlos así. Aquellas habas con cáscaras y no cocidas ya no se tenían que pasar. Luego mandó que se preparasen unos huevos y queso, como no había carne y fruta; y él mismo sirvió los enfermos, a los que dijo: "Queridos hijos, hace falta tener paciencia, estar aquí dentro, no ir dando vueltas, porque al revés también vuestros compañeros tomarán vuestra misma

enfermedad. ¿Queréis que vuestros compañeros sean todos enfermos como vosotros?”. “No, Padre”, contestaron. “¿Me prometéis que dejando la puerta no cerrada con llave, estaréis en la habitación sin ir dando vueltas por la Casa?”. “Sí, Padre”.

Luego dirigido al más mayorcito, dijo: “Me encomiendo principalmente a ti. Sed buenos”.

Luego me hizo llamar y me detalló lo que sigue:

1 °- “Fue una grave imprudencia encerrar la habitación con llave, algo que no se tiene que hacer jamás con los chicos, por ningún motivo. Entre otras cosas, pueden acontecer graves desgracias, como echarse de la ventana y algo parecido. Luego hay algunos que, sólo con pensar que están encerrados con llave, se impresionan a tal punto que pierden la razón, y no miran ya los peligros. Sufren, en efecto, de claustrofobia. Pero a pesar de todo, esto no es humano. Lo que aconteció hoy, con los chicos llamando desesperada cuanto inútilmente, lleva a consideraciones igualmente amargas”.

Yo intenté disculparme de alguna manera, a pesar de que sabía de haber hecho un error, inculpando el médico.

El Padre me contestó: “El médico en estas cosas entra relativamente; los responsables somos nosotros. Y luego la sarna sí, es contagiosa, pero sólo relativamente. No es la peste, el cólera, o alguna cosa parecida. ¿Y no lo sabes esto, después de que estuviste cuatro años en los hospitales?”.

2°- “Otra cosa muy importante tienes que saber, porque es elemental: no es prudente para nada poner así juntos dos chicos.

Con buenas maneras, pues, tenedlos en dos habitaciones separadas, sin cerrar la puerta con llave. Me prometieron que no irán dando vueltas por la Casa. Hace falta vigilarlos y de vez en cuando se hagan salir acompañados en jardín para tomar un poco de aire. El sol es el primer medicamento”.

3°- “Vi lo que les llevaron de comer – siguió. ¿Así se tratan los enfermos? Es verdad que no son enfermos de estómago, pero el mismo hecho que están encerrados allí dentro, sin movimiento, sin aire, es igual más que una enfermedad. ¿Cómo digerir, especialmente aquellas habas, con cáscara y para nada cocidas? Se tiene que darles una sopa ligera, carne, huevos, pescado y cosas digeribles y nutrientes. Dije en cocina que aquellas cosas así, ni a la Comunidad la tienen que pasar; y que sean más diligentes sea por la calidad de la comida como también por la preparación”.

Y siguió diciéndome: “Tú te tienes que dar cuenta también de esto. Especialmente por los enfermos, no hace falta mirar a los gastos. Si no hubiese ido yo, aquel pequeño habría permanecido en ayunas. Tú ciertamente comiste aquellas mismas cosas. ¿Las avisaste en la cocina?

“No, en realidad”, contesté.

"Se ve que eres muy dejado – contestó él. Tienes que saber que si los religiosos, por su parte, tienen que acostumbrarse a comer de todo y a ser mortificados, dando siempre gracias a la Providencia, sin quejarse nunca, otros tanto los Superiores tienen la necesidad de vigilar para que ellos sean tratados bien y no se dé lugar a quejas.

"Me olvidaba luego de decirte que no diste al chico mayor la posibilidad de hacer la Santísima Comunión".

63. "Por cuarto de corrección entiendo..."

Había dicho una vez al Padre en Oria que el reglamento de los aspirantes y de los huerfanitos se tenía que actualizar, porque todavía era el que se usaba en Mesina antes del terremoto.[26]

Él me contestó que teníamos que hacer nosotros aquel trabajo, porque estábamos más cerca a los chicos y conocíamos mejor sus exigencias y las del lugar.

Nos sugirió sólo unos criterios generales y nos dijo que después de haber escrito los reglamentos, se los enseñáramos. Nos pusimos, pues, en la obra, preparamos los reglamentos y en la primera venida del Padre en Oria se los presentamos. Él empezó a verlos y a hacer correcciones, pero viendo que se necesitaba mucho tiempo, dijo: "En general pueden ir. Actuadlos y averiguad si se adaptan en la práctica.

Y así se hizo.

Pasó mucho tiempo, y cada vez que recordábamos al Padre de revisarlos, contestaba: "Por ahora no tengo tiempo. Acordádmelo luego".

Finalmente, una vez me dijo: "Creo que aquí difícilmente hallaré el tiempo para hacer este trabajo como se necesita. Es mejor hacerlo en Taormina, donde hay más silencio y recogimiento. Cuando me será posible te llamaré allá y esperemos, con la gracia del Señor, de realizar todo con calma y en el mejor modo posible".

Un día, pues, recibí una carta suya en que me invitaba en Taormina para la revisión de los reglamentos. Dejé todo y salí. Llegado a Mesina, supe que el Padre ya estaba en Taormina desde hacía unos días. Lo alcancé en seguida y lo hallé ocupado en los preparativos para el teatro, que se daría en aquel mismo día en las horas de la tarde.

Me dijo: "En poco tiempo empieza la recitación en el teatro. Ven tú también. Diré a las Hermanas que te avisen cuando será la hora. Mientras tanto puedes echar un vistazo a unas notas mías sobre los Orfelinatos".

[26] Cf. cap. 38.

Nadie vino a avisarme para asistir en la recitación, y yo pasé todo el tiempo leyendo aquellas notas, porque no sabía ni dónde se hallaba el teatro; y luego, aunque quisiera asistir, tenía reparo en dar vuelta yo solo en la Casa.

Acabada la recitación, el Padre vino a buscarme en la habitación en que me había dejado y me dijo: "No te vi en el teatro. ¿Por qué no viniste? Era muy bonito y lo hicieron muy bien". Contesté: "Nadie me avisó. Pero da igual". Y el Padre: "Fácilmente las Hermanas en la confusión, no lo entendieron o bien se olvidaron. Tú, sin embargo, podrías haber venido igualmente". Contesté: "En realidad no sé ni dónde está el teatro, y me daba reparo dar vueltas solo en la Casa. Tengo una gran consideración de las Hijas del Divino Celo y me ofrezco con gusto para ayudarlas como mejor puedo cuando hay ocasiones, porque lo merecen bajo todos los sentidos. Pero cuando voy en sus Casas, intento permanecer más reservado posible, tanto que algunos interpretan este mi modo de hacer como timidez; otros, en cambio como desprecio. Pero no es ni una ni la otra cosa: es sólo respeto por las Hermanas".

El Padre consintió: "Me gusta que tienes estos sentimientos por las Hermanas. Ciertamente, cuando se va en sus Casas hace falta ser cautos y prudentes, pero sin exageraciones, porque al revés no se pueden ayudar como es menester y se puede pensar incluso en falta de estima.

Las Hijas del Divino Celo hace falta mirarlas como muy queridas Cohermanas en el Señor, como personas consagradas a Dios, y como tales estimarlas, respetarlas y honrarlas. Hace falta mirarlas también como grandes bienhechoras del Instituto masculino y tener para ellas la debida gratitud. Ellas, en efecto, merecen mucho. Antes de todo, también el Instituto femenino tiene el mismo fin que el masculino, de modo que el bien del uno es el bien del otro. en segundo lugar, lo merecen por razón de justicia, en cuanto ellas se prodigaron siempre con grandes sacrificios para ayudar el Instituto masculino. Su aportación y su obra concurrieron mucho a su progreso.

Se puede decir que hicieron siempre como Marta. Fueron ellas, en efecto, y lo hasta ahora lo hacen, que proveyeron la Casa masculina de Mesina e Oria con el pan, con la ropa y con lo que hace falta para la vida material. Ellas están gestionando las Secretarías Antonianas que son, se puede decir, el único medio de vida y de subsistencia material para nuestras dos Casas.

Puedes imaginar, por esto, el disgusto que hallé cuando en Oria, en el periodo inmediatamente anterior a la guerra, noté en algunos de vosotros un inexplicable sentido de difidencia e ingratitud hacia las Hermanas.

Entonces fuiste involucrado tú también, por lo cual te tuve que llamar fuertemente la atención. Ahora, gracias a Dios, cambiasteis de postura y se vive con las Hermanas en santa harmonía, a pesar de que, de vez en cuando, el demonio, sembrador de discordias, no cesa de poner su pata.

Para el reglamento hoy no podemos hacer nada más. Mañana, si Dios quiere, esperemos empezar la revisión".

El día siguiente, por la mañana, me llamó para empezar el trabajo. La primera pregunta que me hizo fue si había leído aquellas notas sobre los Orfelinatos. Le contesté que sí, pero, por falta de tiempo, muy de prisa.

"Sin duda – añadí – cuando serán completados, ordenados y copiados, serán muy importantes. Me entretuve un poco en el listado de las "puniciones", puesto en el final. En aquel listado parece que usted sea favorable a las puniciones, mientras yo, a lo largo de unos 15 años[27] que estoy en el Instituto, se puede decir que jamás recuerdo de haber visto usted dando castigos de este tipo. Más bien cuando yo y otros dimos unas puniciones, usted no sólo no se mostró favorable, sino siempre tuvo algo para decir y reprochar.

"Especialmente el castigo *cuarto de corrección* podría entenderse como una *celda* o más claramente como una *prisión*. En cambio, recuerdo que usted prácticamente siempre desaprobó esta celda. Más bien recuerdo cuánto mal quedó y aborreció en Francavilla Fontana cuando supo que Vízzari usaba aquel sistema de castigos, y había puesto en la prisión aquel huérfano que fue la chispa por la cual se desencadenó aquella terrible persecución. Los chicos mismos entonces declararon que usted no quería que se usaran aquellos castigos, y que Vízzari los había actuados a escondidas.

"Recuerdo, además, cuando en Oria hace muchos años, para probar lo que pensara yo acerca del uso de la prisión usted sostenía que en la Casa hacía falta un lugar adecuado para la prisión e intentaba buscarlo; y quedó contento y me alabó, en ver que yo estaba totalmente contrario.[28]

"Recuerdo también cuando un huérfano de Regio de Calabria, tal Calabró, después de la guerra hacía obra deletérea entre los chicos, para persuadirlos a dejar el Instituto. Entonces usted me dijo de separarlo de la Comunidad, poniéndolo en una habitación *no cerrada con llave*, y allá hacerlo comer y dormir hasta que no se corrigiera".

En este punto me interrumpió el Padre diciendo: "Y yo entiendo esto por cuarto de separación o de corrección. Mientras tanto empecemos a revisar los reglamentos. De las puniciones o castigos hablaremos cuando llegaremos a los artículos que los tratan".

Habíamos apenas empezado a corregir, cuando vino una hermana para decir al Padre que lo llamaba al teléfono desde Mesina la Madre General.

[27] El Padre Carmelo Drago entró en la Congregación en 1908. Por eso la revisión de los reglamentos (aspirantes y huérfanos) de la que se habla aquí y en los capítulos 46-47, se tiene que poner en el año 1923.

[28] Para la anécdota de la celda véase el cap. 109.

Volviendo del teléfono, me dijo: “Hace falta que vuelva a Mesina por un asunto urgente. Veamos si podemos seguir allí haciendo algo”.

Llegados a Mesina, pasaron dos días sin poder hacer nada porque el Padre estaba siempre muy ocupado. Por eso, cuando vi que no había esperanza para seguir, hice presente que había dejado en Oria la escuela sea mía que de los aspirantes y por eso era el caso de volver y aplazar en otra ocasión el trabajo de los reglamentos.

El Padre fue de acuerdo y marché de allí.

64. La primera fiesta del Primero de Julio en Oria

Por primera vez se celebraba el Primero de Julio en Oria. El Padre asignó a los aspirantes los sermoncitos usuales para rezar y los himnos para declamar.

Al aspirante José Drago (que luego fue el Hermano Mansueto) dio el himno a la Santísima Virgen para que lo aprendiera de memoria. Nosotros, sin embargo, nos pusimos de acuerdo de no preparar el himno a la Santísima Virgen, para obligar luego el Padre a declamarlo él y hacérnoslo gustar con su palabra.

El día antes de la fiesta el Padre llegó a Oria, y quiso asegurarse sobre la preparación de los sermoncitos y de los himnos. Como se dio cuenta que José Drago no sabía ni un verso de memoria, no sólo le echó una bronca a él sino que me reprochó a mí, porque no me había preocupado de ello. Luego dijo que tenía que declamarlo yo. Contesté que no lo podría aprender ni en una semana… y el Padre: “Y, ¿cómo se hace ahora que todo está preparado para mañana?”. Yo, muy tímido, insinué: “¿No lo podría declamar usted?”. Y el Padre: “Gracias por el cumplido. ¡Muy bonito! ¡Yo lo compuse, y yo lo declamo!”.

Pero no se podía hacer diversamente, y se tuvo que encargar él.

En la fiesta habían sido invitados el clero, el Seminario, los Señores de la Misión y otras personalidades, amigos y conocidos del Instituto. Los himnos habían sido imprimidos, y habían sido repartidas las copias a todos los invitados.

La maravilla de todos fue en ver cómo el Padre, declamando el himno, a menudo cambiaba, y a menudo añadía versos enteros. Este hecho despertó en todos tanta impresión que habló de ello incluso la prensa local.

65. "Agradece la divina Providencia"

Una tarde en Oria el Padre entró en el comedor mientras la cena estaba acabando y, entre las otras cosas, pidió al Hermano Estanislao qué había comido.

El Hermano, con un tono de descontento y casi de desprecio, murmuró: "Un poco de polenta y dos higos chumbos".

El Padre lo reprochó públicamente por el modo en que había contestado y concluyó: "Agradece, más bien, la divina Providencia. Muchos pobres no pueden tener ni un trozo de pan".

Pero luego llamó al Padre Palma, al Hermano José Antonio y a mí en su habitación, y nos hizo notar que no era aquel el modo de tratar la Comunidad. Dijo: "Yo llamé la atención al Hermano Estanislao por la manera con la que se expresó. Pero, fundamentalmente, ¿qué queréis? Es aún un chico, y no se puede pretender un estado de perfección superior a su edad. Pero repito, esto no es el modo de tratar la Comunidad. Son chicos en pleno desarrollo, y necesitan una buena alimentación; tanto más que tienen que estudiar, también.

Los efectos de la falta de alimentación se verán después. Hace falta, pues, confiar en la Providencia, y tratar bien los chicos.

En la comida y en la cena, además de mucho pan y sopa, es menester que no falte una guarnición; como también hacer todo lo posible para dar también la fruta. Esta, en efecto, hace muy bien a los chicos".

El Padre amaba y pretendía que los religiosos amaran y se ejercieran en el espíritu de mortificación y penitencia también corporal. Él consideraba falto de espíritu religioso un aspirante que manifestara inútiles pretensiones y se lamentara por eventuales privaciones. Pero se preocupaba mucho que los Superiores y los encargados cuidaran para que no faltara a la Comunidad lo necesario. Más bien, sin faltar a la santa pobreza, quería que, en el trato, se fuese muy generosos.

Recuerdo un día que en el comedor observaba el alimento de la Comunidad que era bastante exagerado. "Con estas dichosas Hermanas – dijo – no se sabe qué hacer. Si se dice que la comida es abundante, te dan sólo el fondo del plato. Si se dice que es poca, ¡te hacen el plato repleto! Por eso es menor no decir nunca que es demasiado. Es menor mal que sea afectada la economía en vez de la salud".

Sobre el trato con los huérfanos, decía a menudo que hacía falta tener premuras más que maternas, porque en ellos se tiene que ver la persona de nuestro Señor. Por esto él parecía hasta exagerado. Teóricamente, algunas veces decía y escribía que no se tenía que acostumbrar los huérfanos con pasteles u otro, sino de usar por ellos un trato adecuado a las condiciones de su estado. En práctica, sin embargo, tenía ordinariamente para con ellos

premuras más que maternas y estaba feliz cuando, en cualquier manera, podía procurarles un placer, una satisfacción.

66. Máximo respeto para las leyes del Estado

El Hermano José fue encargado de enviar desde Mesina a Oria la máquina tipográfica con el material relacionado. Entre las cajas de la máquina, él introdujo una llena de sal. En cuanto el Padre lo supo en Oria le hizo un telegrama de reproches.

Cuando el Padre me lo contó, le contesté: "Pero, ¿qué mal ha hecho?". Y el Padre: "Cómo, ¿qué mal ha hecho? ¿No sabes que por la sal hay el monopolio del estado en el Continente? En Sicilia es libre, pero no así en el Continente". "Para mí – añadí – el Hermano José hizo bien. ¡En Sicilia hay tanta que se tira!".

Y el Padre: "¿Qué modo de razonar es esto? Hay una ley que prohíbe la exportación de la sal de Sicilia. El Estado tiene el derecho de hacer leyes justas y los ciudadanos las tienen que observar. Las leyes que establecen el monopolio son justas, porque el Estado tiene que sacar los medios para hacer frente a todos los gastos necesarios para el mantenimiento de la Nación. Tu razonamiento, repito, no me gusta. Las leyes son leyes, y se tienen que observar sin hacer muchas distinciones si son leyes penales, o bien si se refieren a materia grave o ligera. Y en este modo se debe formar también la conciencia de nuestros alumnos".

67. Los higos chumbos bajo la camisa y los dolores del campesino

El Hermano José Antonio contaba que un campesino de nuestra huerta de Oria, sorprendido por él, se había escondido en el pecho, bajo la camisa, unos higos chumbos con todos los espinos.

El Padre se hizo serio y exclamó: "Pobrecito, ¡me da lástima! Esto quiere decir que vosotros atemorizáis demasiado los campesinos que no pueden servirse de los productos de la huerta. Esto no es justo; no es caridad prohibirles de servirse de lo que cultivan. ¡Ellos tienen más derecho que nosotros! Hoy mismo, reunid todos los campesinos que trabajan en el jardín y decidles que de lo que se produce pueden comer líberamente. Pero para llevar algo para casa, tienen que pedir el permiso. Y cuando lo piden, hace falta ser generosos concediéndoselo".

Yo me permití de observar: "¡Así lo que se produce en el jardín no basta ni para ellos! Y se les paga hasta la jornada".

Contestó el Padre: "Se ve que eres un chico aún y ciertas cosas de la vida no las entiendes. Te digo que, pagados o no pagados, se tienen que dejar comer los frutos de la huerta. Además, ¡qué gran paga dais! Hace falta ser

generosos y no limitarse a la pura justicia, sino usar la caridad, especialmente hacia los que trabajan con nosotros. Hace falta tratarnos no como siervos, sino como nuestros muy queridos colaboradores".

68. Rezar, confiar y usar todos los medios

Unos Capuchinos de Francavilla Fontana se habían fijado en querer llevar a la Orden unas reformas raras. Los Superiores, después de haber usado todos los medios para corregirlos, habían sido obligados a expulsar de la Orden los dos más obstinados, que eran el Padre Gerardo y el Padre Tomás.

El padre, que los conocía bien, se activó en todos los modos para hacerlos arrepentir, pero no lo consiguió, así que permanecieron fuera de la Orden. Sin embargo, no los abandonó, sino que siguió haciendo obra de persuasión, porque al menos pasaran a hacer parte del clero seglar. Para esto pensó de acogerlos provisionalmente, en calidad de huéspedes, en nuestra Casa de Oria.

Antes que vinieran el Padre me contó en breve su historia, y luego añadió: "En el fondo son dos Padres buenos; un poco ilusionados y fijados en las ideas, sin embargo, no se tiene que abandonarlos. Serán nuestros huéspedes por un tiempo, esperando que se arrepientan y pasen al clero seglar. Hace falta rezar mucho, confiar en la divina gracia y usar todos los medios posibles. Sería un pecado hacerlos perder. Se hace mucho para conseguir un sacerdote; más aún se tendrá que hacer para no hacerlo perder. También en esto entra nuestra misión específica, o sea rezar y trabajar para la conservación y santificación del clero.

Llegados en Casa los dos antiguos religiosos, el Padre los acogió con el entusiasmo de la más exquisita caridad. Les procuró el hábito de los curas seglares, los proveyó de todo lo necesario, y en una celda a parte los servía él mismo con aquellas atenciones que sólo la caridad sabe sugerir.

Para que se pudiesen arrepentir, me dijo el Padre de hacer celebrar por la Comunidad novenas especiales al Corazón Santísimo de Jesús, a la Santísima Virgen y a San José. Él, además, aplicaba la Santa Misa para este fin y fácilmente, entre las otras penitencias, hacía también unas vigilias. Durante la jornada a menudo se entretenía con ellos en íntimos discursos, sea en la habitación que en la Iglesia.

Estuvieron con nosotros unos diez días. Para el Padre Tomás, de más sanos equilibrios, el Padre obtuvo por Monseñor Obispo Di Tommaso la incardinación en la Diócesis de Oria. Nada, en cambio, se pudo hacer por el Padre Gerardo, que se mostraba muy excéntrico y sujeto a un misticismo completamente raro. Después de muchos años se supo que el pobre infeliz, que había intentado fundar en Francavilla Fontana una especie de Congregación femenina, había caído en las manos del Santo Oficio, reducido

al estado laical y excomulgado. A pesar de todo esto, sin embargo, el Padre seguía rezando, y un día me dijo: "No hay que desanimarse en estos casos, ni dejar de rezar y de intentar todo lo posible para reconducir en el camino recto los que desgraciadamente lo abandonaron. Se tiene que tener presente lo que hizo nuestro Señor por Judas".

69. Pan y tomate

Una mañana iba por los caminos del jardín de Oria, con el Padre, cuando encontramos un campesino que desayunaba con pan y tomate. El Padre le preguntó: "¿Sólo esto tenéis por desayuno?". Contestó el campesino: "Sólo esto nos da el Instituto".

"¿No quisierais un poco de café?".

"¡Ojalá, *papa Aníbal* mío!".

El Padre, dirigido a mí, dijo: "A estos obreros que trabajan en el jardín, por la mañana se tiene que dar también el café".

Contesté: "Padre, ¿qué tienen que hacer los campesinos con el café? Ellos están acostumbrados a comer por la mañana pan y cebolla, o pan y tomate o olivas o lechuga… lo que también nosotros comemos por la mañana.

Y el Padre: "Te dije que, por el desayuno, a estos trabajadores que trabajan en el jardín, hace falta darles el café".

Se les dio el café, pero después de unos días me dijeron: "Basta con este caldo, que nos hace enflaquecer. Es mejor volver al menú de antes…".

Lo dije al Padre, y él me contestó que en vez del café les diera algo de queso. Luego me pidió cuánto dábamos por día. Cuando lo supo, añadió: "¡Es un sueldo inadecuado!". Y yo: "Padre, ¡son unos viejecitos que producen tan poco!". "De todas maneras, no tenéis que aprovechar de ello. – siguió el Padre – Y luego los viejitos, para vivir, ¿no necesitan como los demás? Más bien, hace falta usar mayor caridad con ellos y premiarlos porque en su edad se esfuerzan todavía de trabajar".

70. Asistirlos con diligencia y amor

En el mes de agosto de 1911, el Padre acompañó a nuestra Casa de Oria un grupito de jovencitos, dichos montemurrinos,[29] porque venían de una Congregación fundada por el piadoso sacerdote don Eustaquio Montemurro. Dicha Congregación había sido suprimida y el Padre, para que los jovencitos no se perdieran los tomó bajo su tutela. Él esperaba en una futura restauración de la Congregación del Padre Montemurro, a la que devolvería los chicos. Por

[29] Cf. cap. 25.

esto no creyó oportuno unirlos a nuestros aspirantes, pero los dejó en una sección aparte, con un asistente de ellos mismos.

La mayoría de los jovencitos eran buenos. El asistente dejaba mucho para desear, sea en el espíritu, sea en la disciplina. Lamentablemente, esto se reflejaba en el andamiento de toda la sección. Por este motivo el Padre me llamó y me dijo:

"Aquel vigilante de los montemurrinos no va. Decidí ponerte a ti con aquella sección. Nuestros aspirantes quedan confiados al Hermano Pascual, bajo la guía del Hermano José.

"Ten un cuidado máximo con ellos, en el fondo son buenos. Trátalos con amor, porque aún se sienten desorientados, y no le sugieras de convertirse en aspirantes nuestros. Deja hacer al Señor, porque no sabemos todavía lo que será de la Congregación del Padre Montemurro. Esperemos que se restablezca".

71. "Repite conmigo: ¡es hermosa, hermosísima!"

En la pequeña capilla interna de la Casa de Oria había una imagen de la Divina Pastorcita. Era tan consumida que había casi perdido sus características. Para restaurarla el Padre la confió a una pintora de Taranto, tal Basile.[30]

Cuando la devolvió, el Padre, antes de mostrarla y exponerla en la capilla, para animarnos, nos contó la historia de la devoción con que se tiene que venerar la Virgen bajo este título.

Cuando luego descubrió la imagen, exclamó: "¡Mirad qué hermosa es! Gritamos: ¡Viva la divina Pastorcita! ¡Mirad qué hermosa es, hermosísima!".

Cruzando mi mirada, me cogió bastante indiferente, y me dijo: "Hermano Carmelo, ¡mira qué hermosa es!".

Yo tuve la imprudencia de contestarle públicamente: "¡En verdad no me gusta para nada!".

Ante esta afirmación el Padre se hizo serio y me dijo: "Pero, ¿qué dices? Se ve que no entiendes nada. Es hermosa, más bien hermosísima. Repite conmigo: ¡es hermosa, es hermosísima!". Y yo que estaba todo confundido y avergonzado, repetía en voz alta: "Es hermosa, hermosísima". Luego el Padre

[30] Teresa Basile tuvo muchas comisiones de cuadros. Vivía en pobreza y esto bastaba para que el Padre recurriera preferentemente a ella, más allá de la habilidad artística. Le asignó una ayuda mensual, además del pago generoso por cada comisión. Cuando en 1920 falleció, el Padre siguió ayudando a su hija (Cf. *Lettere del Padre*, II, 131, 299, 395).

siguió: “Todos decimos que es hermosísima; tú solo dices que no te gusta para nada. ¡Tú solo eres el artista!”.

Luego me llamó a solas y me dijo: “Fuiste de veras imprudente a decirme ante los chicos que la imagen no te gusta para nada. En realidad, yo me esperaba más. Tampoco a mí me gusta mucho. Sin embargo, tuve que mortificarte ante los chicos porque si a estos no se dice que una imagen sagrada es bonita, no se sienten de dirigirle ni una oración. Por esto quiero que las imágenes sagradas sean hermosas, de modo que expresen, al menos de alguna manera, la belleza espiritual de quien representan. Para mí la belleza de una imagen sagrada no consiste en la preciosidad de la materia con que está hecha, ni en el arte en sí misma considerada, sino en la expresión por la cual inspira devoción. Cuando una imagen sagrada no inspira devoción, no se tiene que exponer al culto.

“Con esto no quiero decir que no se tiene que cuidar el arte. Más bien se tiene que cultivar el gusto estético en los chicos desde su adolescencia. La belleza es siempre bella, y suaviza el alma. ¡Es un reflejo de la belleza de Dios, de la belleza de la gracia!

“En nuestro Instituto, cuando sea posible, se tendrá que cultivar las artes bellas”.

72. En la Casa de Oria había un viejito

En nuestra Casa de Oria, desde muchos años había un querido viejito, tal Santiago Bontempo, en calidad de fámulo.

Era muy bueno, muy piadoso; trabajador incansable y muy aficionado al Instituto, se atraía las simpatías de todos en la Casa. El Padre para él tenía una atención particular. Cuando llegaba en Oria, uno de sus primeros pensamientos era de informarse sobre él e irlo a ver.

Una vez, justamente mientras el Padre estaba en Oria, el viejito cayó enfermo. El Padre lo iba a menudo a visitar y, tal vez, también de noche, quizás necesitara de algo.

Un día fue a verlo por la tarde y se dio cuenta que los platos usados habían quedado en la mesita. De las sobras de comida, además, se dio cuenta que esta no era adecuada para el enfermo.

El viejito, para disculparse, intentó hacer comprender al Padre que por parte nuestra se le prodigaban todos los cuidados, y que para él la comida era muy buena.

Pero el Padre me llamó y me reprochó, porque de todo el conjunto se había dado cuenta que no se daba la atención suficiente al enfermo.

"Mira aquí: hay todavía los platos usados desde hace mucho tiempo que no hacen otra cosa que llamar las moscas. Luego, la pasta con la verdura y el queso como segundo plato son buenos para los que están bien, no para los enfermos. A estos hace falta dar sopa, carne buena, huevos frescos, fruta y, a un viejito como él, un poco de vino. Hace falta seguir siempre, también en la comida, las prescripciones del médico.

"De los enfermos hace falta tener el máximo cuidado sin ninguna distinción. Como se tratan los Padres, así se tiene que tratar el último de la Casa. Más bien digo que en el Instituto cuando se trata de enfermos, no hay ni primero ni último. Te lo dije muchas veces: para los enfermos no se tiene que mirar a la economía por todo lo que es verdaderamente necesario.

"El que tiene el oficio de este enfermo tiene que ser bien instruido sobre cómo tiene que asistirlo. Estos oficios hace falta confiarlos a elementos inteligentes y de corazón. Y luego hace falta dirigirlos y acompañarlos".

Cuando el viejito necesitó del bastón, el Padre mismo se preocupó de comprarle uno muy bonito.

73. El huerfanito que mojaba la cama

Un huerfanito pequeño en la Casa de Oria, sea por la noche que durante el día no controlaba los estímulos naturales. Y esto lo hacía molesto a los compañeros y principalmente a los vigilantes, porque tenían que proveer a la limpieza.

Para curarlo, el Hermano José y el Hermano Pascual no hallaban nada mejor que broncas y castigos penosos. ¡Pobre pequeño, daba lástima! Muchas veces, por mi parte, hice notar que aquel modo no era humano, y además opuesto a los sentimientos del Padre. Como respuesta, se me decía de ocuparme de mis asuntos, y mientras tanto el niño se entristecía cada vez más.

Entonces declaré abiertamente que habría comentado la situación al Padre, cuando estuviera en Oria. Este llegó la misma noche desde Mesina y yo, después de cenar, a pesar de la hora inoportuna, se lo conté todo.

Muy disgustado, exclamó: "¡Pobre hijo! ¡En qué manos cayó! ¿Por qué no me informaste antes? Me tenías que escribir en cualquier lugar me hallara. ¿Se lo dijiste al Padre Palma?".

"No, porque él también, como usted sabe, falta desde hace mucho tiempo".

"Si me hubieses escrito, habría venido hasta justamente por esto. No creía que fueras tan inconsciente. Es obra del demonio mudo, tal como ocurrió por Francavilla. ¿Queréis que acontezcan los mismos inconvenientes que

tuvimos en aquella Casa? ¿Qué espíritu de caridad y qué espíritu religioso es esto? Envíame el Hermano Pascual a la habitación".

"Padre – contesté – a estas horas igual se habrá acostado".

"Da igual. Que se levante" (Sin embargo, el Padre era contrario ordinariamente a reprochar tarde por la noche o antes de comer).

Después de un poco de tiempo me vino a buscar en el dormitorio el Hermano Pascual todo asustado. Me contó sobre el fuerte reproche que había recibido. El Padre lo había hasta amenazado de hacerle dejar el hábito y expulsarlo de la Congregación.

Luego tocó al Hermano José, y las broncas que tuvo se sintieron desde el pasillo.

La mañana siguiente el Hermano José me pidió quién había contado al Padre los castigos que se daban al huerfanito. El Padre, en efecto estaba muy disgustado por ello, al punto que lo había amenazado de expulsarlo de la Congregación. Le contesté que lo había informado yo y que el Padre me había reprochado ásperamente por no haberlo hecho antes.

A mí, luego, el Padre confió los reproches que hizo a los dos Hermanos y añadió: "No sé cómo debo hacer para clavaros en la cabeza que estoy totalmente contrario especialmente a los castigos penosos".

Por cierto, sobre los castigos, no recuerdo que el Padre, en dieciocho años que lo frecuenté, castigara jamás a nadie. Cuando no podía eximirse, se servía de castigos morales y así quería que se arreglasen los demás. Por esto sufría mucho cuando se daba cuenta que alguien de nosotros actuaba diferentemente. Y en estos casos desaprobaba y reprochaba fuertemente. A mí también por este motivo me llamó muchas veces la atención.

Lo que no se sabe explicar, sobre los castigos, es que teóricamente el Padre los admitía y tal vez hablaba y escribía sobre ellos en modo que parecía riguroso; prácticamente, en cambio, nunca castigaba, y siempre era contrario a las puniciones, especialmente físicas.

Sólo una vez, recuerdo, por uno que se hacía insoportable y dañaba a los demás, me repuso de tenerlo separado de los compañeros hasta su venida que habría sido próxima. La separación consistía sólo en no dejarlo con los demás durante los actos comunes.

74. La enfermedad está en los pies, no en el estómago

Al Hermano Serafín, que luego fue el Padre Santoro, por el mucho sudor, se habían formado en los pies unas llagas, tanto que fue obligado a ponerse en la cama con fiebre alta.

El chico encargado de asistirlo, para la comida, como sopa le llevó pasta con judías.

Cerca del enfermo en aquel momento se hallaba el Padre, que llamó la atención del chico, mandó de devolver la comida a la cocina y me hizo llamar.

Cuando llegué, mientras el Padre me llamaba la atención porque no había dado órdenes en la cocina sobre cómo tratar el enfermo, se me escapó que me había interesado poco de la comida, porque la fiebre no dependía del estómago, sino por las llagas en los pies.

Y el Padre: "¿Qué modo de razonar es esto? Entonces no entiendes nada de enfermedades y de como se cuidan y asisten los enfermos. Esto es de verdad demasiado. Con estos criterios, ¡pobres chicos! Te procuraré yo unos libros que tratan estas cosas. Este conocimiento es muy importante, especialmente en las comunidades. Haría falta, por cierto, invitar algún médico para tener cursos especiales sobre el cuidado de los enfermos y sobre la higiene que se necesita para conservar la salud y evitar muchas enfermedades".

75. "¿Por qué no desayunas?"

Una mañana de cuaresma el Padre notó que no desayunaba y me dijo: "¿Por qué no desayunas?". Contesté: "Porque ya estoy obligado al ayuno; cumplí 21 años".

"No, tú no puedes ayunar, sea porque estás flaco, y sea porque eres el encargado de la asistencia de los chicos día y noche y este oficio, si está hecho como es debido, afecta también la salud. Contesté: "Vaya, ¡cómo si la asistencia fuera ir a labrar la tierra!".

"Te dije – añadió el Padre – que si la asistencia se hace como se tiene que hacer, es pesada, bajo otro aspecto, no menos que el labrar. Estar siempre con los chicos, hacerse uno de ellos y seguirlos en todo para que no se hagan daño, para que no cometan defectos; y, más aún, formarlos física, moral, religiosa, intelectual y civilmente: todo esto es muy difícil.

"El responsable de los huérfanos, de modo especial, debe tener para los chicos cuidados maternos, encariñárselos, sin nunca hacer pesar la disciplina.

"Luego, lo más difícil, pero en el mismo tiempo lo más eficaz en el arte educativa, es la de saber inducir los chicos no tanto para que hagan algo determinado, sino que se persuadan de quererlo hacer.

"Si el responsable no tiene los niervos en su sitio, se vuelve pesado para los chicos, mientras estos son una cruz por él. Las mamás que cuidan como conviene hasta dos o tres hijos, se consuman la vida; ¿cuánto más esto puede acontecer a un responsable que tiene muchos y muchos?

76. Prácticas de piedad y pereza

Durante pocos meses fui trasladado a Mesina para sustituir el Hermano Luis en la asistencia de los huérfanos que, lamentablemente, dejaban para desear en la disciplina, y más aún en las prácticas de piedad.

El Padre, estando en Mesina, se daba cuenta personalmente de todo esto y buscaba en todas las maneras, con instrucciones, exhortaciones y premios… de elevarlos.

Se daba cuenta, sin embargo, que los chicos no sacaban aquel provecho que se deseaba.

Un día me dijo: "Me preocupa mucho la apatía de estos chicos, especialmente en asunto de religión. No sé si conviene intentar de hacerlos asistir en la Santa Misa y hacerlos acercar a la Santísima Comunión sólo una vez a la semana. ¿Qué opinas?".

"En realidad mi parecer – contesté – es de dejarlos libres sea en la asistencia de la Santa Misa, sea para acercarse a la Santísima Comunión. Pero les daría siempre la comodidad de la Misa cada día".

"Dices bien, – añadió el Padre – también porque nosotros en nuestras prensas escribimos que los huérfanos ofrecen diariamente por los bienhechores sus oraciones, la Santa Misa y la Santísima Comunión. Y luego hay chicos que rezan bien y se portan bien en la Iglesia".

Se dejaron, pues, libres, y se puede decir que, después de unos quince días, la totalidad de los chicos libremente iban a escuchar la Santa Misa y eran más asiduos en la Comunión.

77. Reproches y castigos son como las intervenciones quirúrgicas

Después de pocos meses el Hermano Luis volvió a Mesina y retomó el oficio de Responsable de los Huérfanos. Yo tuve que entretenerme allí unos días más, esperando de pasar la visita militar.

Una noche, mientras los huérfanos rezaban en la Capilla el Santo Rosario, un chico no sólo no contestaba a las oraciones, sino que estorbaba los compañeros cercanos. El Hermano Luis se dio cuenta, lo fue a reprochar y le dio una bofetada solemne. El chico se molestó tanto que, en vez de contestar a las oraciones, se abandonó, en el mismo tono de la oración, a imprecaciones resentidas contra el responsable.

Yo, que estaba detrás del chico, lo sacudí y le llamé la atención fuertemente. Él contestó con un movimiento de despecho.

El Padre, que se hallaba en el fondo de la Capilla para rezar, se dio cuenta del gesto. Salidos fuera, me pidió explicaciones y le conté todo. Él en seguida me dijo: "Dile al Hermano Luis de enviarme el chico a la habitación, y que quiero hablar con él. ¿Cómo es este chico?".

"En el fondo es bueno, – contesté – pero cuando se molesta, pierde el control y entonces no sabe lo que dice y lo que hace". Y el Padre: "Pero, si sabéis que es así, y que en el fondo es bueno, ¿por qué no lo tomáis por su verso?". Luego observó: "Hace falta tener presente que los reproches, y más aún las puniciones, son como las intervenciones quirúrgicas. El médico, antes de iniciar la operación, verifica, antes de todo, que es verdaderamente necesaria. Y, si la cree tal, para no enviar más fácilmente el paciente al otro mundo, antes de operarlo, utiliza todas las precauciones del caso; o sea, examina el corazón, la sangre, la tensión y todo lo que la prudencia le sugiere. Así tiene que hacer el educador antes de reprochar y, más aún, antes de castigar. Más bien hace falta que caiga en la cuenta de la entidad de la falta; luego tiene que averiguar si la corrección es absolutamente necesaria; si la considera así, tiene que adaptarla según el carácter, la naturaleza, la sensibilidad individual, y seguir toda regla de prudencia, para que la corrección salga eficaz y no inútil o, peor aún, dañina.

"Tal vez un reproche, y más aún un castigo erróneo, en vez de hacer bien, obtiene un efecto totalmente opuesto. En efecto, ¿qué obtuvo el Hermano Luis con la bofetada que dio en la Capilla al chico? Además, si las manos no se tienen que usar nunca, tanto menos se tienen que usar en la Iglesia. Fue ocasión para una distracción general y el chico, en vez de rezar, como hubiese querido el Hermano Luis, acabó imprecando contra él, con mucho escándalo de los compañeros.

"Tú también, hiciste bien a avisarle que lo dejara, así como te equivocaste sacudiéndolo bruscamente. Conociendo su carácter tenías que actuar con delicadeza.

"Si el Hermano Luis, en vez de darle la bofetada lo hubiese avisado delicadamente, el chico no hubiese imprecado en vez de rezar. Si luego hubiese seguido molestando los compañeros cercanos, al máximo se le podía echar de la Capilla. Así también, si tú lo hubieses avisado con delicadeza para que parara, el chico hubiese parado sin ninguna reacción.

"Finalmente, tratándose de prácticas de piedad, se tiene que evitar de imponerlas. Induciendo los chicos a amarlas, a comprender su belleza, su utilidad, su necesidad para la salvación eterna, ellos acabarán por desearlas. Se sabe que un acto de religión, también el más santo en sí mismo, in tanto es acto de religión, en cuanto se hace con voluntad. ¿Hay cosa más hermosa y santa que la Santísima Comunión y de la Confesión? Sin embargo, practicadas por imposición, ¡se pueden volver infructuosas y hasta sacrílegas, cuando falten las disposiciones esenciales!".

78. Cuando el hábito... hace el monje

Estaba en un dormitorio, ayudado por unos chicos, desplazando y ordenando camas. Viéndome el Padre, me dijo: "Estos trabajos se hacen usando el delantal, sea por la higiene que por el respeto del hábito santo. Y luego, ¿este hábito no es el que usas cuando sales de Casa?". "Sí", contesté. "Esto no está bien", repuso el Padre. "En casa, en efecto, se puede usar un hábito hasta maltratado por el uso, aunque sea limpio y decente. Cuando, en cambio, se sale, hace falta vestir uno mejor, para no desaparecer en la sociedad. También a los chicos no se hace usar el mismo vestido dentro y fuera de la Casa. ¿Acaso la gente en casa viste como fuera por la calle?".

Contesté: "Yo habitualmente salgo de Casa más veces en el día; ¿así que cada vez tendría que mudarme el hábito?".

Y el Padre: "¿Y qué importa? También esto es un ejercicio de pobreza. Lo hacen los seglares por razón de economía, ¿y no tenemos que hacerlo nosotros por amor de la santa pobreza? Y luego el hábito usado por Casa, ordinariamente no se mantiene siempre decente. ¿Cómo es posible llevarlo cuando se sale de Casa? Esta es educación.

"Además, cuando uno se acostumbra a mudarse de hábito, le sale fácil y casi natural. Es también un buen ejemplo que se da a los chicos".

79. "Dadle un puro al día"

Mientras un día iba con el Padre a San Benito, a las Hermanas, en una plaza de Oria hallamos un señor caído en baja fortuna, ya muy conocido por el Padre, que lo ayudaba a menudo.

Fumaba tranquilo. Pero, en cuanto vio el Padre, se avergonzó y no halló nada mejor que poner en el bolsillo el puro aún encendido. Yo, riendo, lo dije al Padre, que en cuanto le fue cerca, con gracia observó: "Igual puso en su bolsillo el puro sin apagarlo. Averígüelo, para que no se haga daño".

El señor, todo mortificado, contestó: "Padre, hacía más días que no fumaba porque no tenía dinero para poderme comprar un puro. Ahora un amigo me ofreció uno y, tengo que decir la verdad, estaba disfrutándolo con gusto. Sin fumar sufro mucho. ¡Maldito vicio! Intenté quitármelo, pero no lo conseguí".

Y el Padre: "Cuántos puros por día fumáis ordinariamente?".

"Muchos, en los tiempos buenos, pero ahora no puedo, ¡pero me bastan dos por día!".

"Dos son demasiados para su edad – repuso el Padre – le hacen daño a la salud". Y dirigido a mí dijo: "Proveedlo con un puro cada día".

Cuando nos alejamos, objeté: “En cuanto a ayudarlo para comer y vestir, está bien; pero ahora tenemos que ayudarlo también… ¿a mantener el vicio?”. Y el Padre: “Pero con su edad, ¿Qué quieres hacer? Ya sufre mucho por otras privaciones. ¿Aplacarle este sufrimiento suyo, no te parece que sea también caridad? ¿O lo quisieras educar en la vejez?”.

80. “Este huérfano no se tiene que admitir”

El conde Déndice de San Vito de los Normandos, acompañado por un administrador suyo, vino a nuestra Casa de Oria, para recomendar la admisión de un huérfano, mientras estaban ausentes de la Casa el Padre y el Padre Palma.

Yo aseguré al Conde que el Padre, considerando su recomendación, lo aceptaría con preferencia de otros para la primera plaza disponible.

Cuando llegó el Padre, en seguida lo informé, como de algo de gran importancia. Él, sin embargo, me contestó decididamente: “Este huérfano no se tiene que aceptar, ni ahora ni nunca, justamente porque está recomendado por el conde Déndice, persona muy importante y rica. Se ve que aún no entiendes nada sobre el espíritu de nuestro Instituto.

“Nuestra misión es la de acoger los huérfanos más pobres y abandonados, que no pueden ser ayudados por nadie. Ésta tiene que ser la característica y la recomendación determinante para el ingreso entre nosotros. El huérfano encomendado por el Conde, admitiendo que sea verdaderamente pobre, no es para nada abandonado, porque él lo puede ayudar. Un hombre tan influente hallará en otros lugares una solución.

“Es esto el fin de nuestro Instituto, al que tenemos que permanecer fieles, si no queremos distorsionar el fin de la misma Congregación. El Señor bendecirá la Obra y la divina Providencia no nos faltará”.

Pregunté al Padre cómo habría tenido que decirle, habiendo él enviado ya los documentos.

“Contéstale que para el chico no hay sitio (o sea, se entiende que es para los chicos que no son verdaderamente pobres y abandonados, como aquel que él encomienda).

Yo repuse: “Padre, el administrador del Conde dijo que, si se tenía que pagar un importe para el ingreso del huérfano, la pagaría”.

Y el Padre, en seguida: “Pero entonces, ¿no entendiste nada de lo que te dije? Aquí es cuestión de principio. Nosotros tenemos que aceptar, repito, los más pobres y más derelictos. Nuestra misión es la de recibir y también buscar los casos más piadosos. Preferir el ingreso de uno que puede pagar una tarifa, sería algo contrario a la naturaleza de la Obra, una ofensa a la divina

Providencia, sería engañar la voluntad de los bienhechores. La Providencia nos viene en ayuda tan generosamente para el sustento de los huérfanos. ¡Mucho más que la tarifa! Ay de nuestro Instituto si no se mantiene con este espíritu de fe. Con esto, sin embargo, no se entiende decir que cuando se puede obtener alguna ayuda, no se tiene que buscar conseguirlo; pero mientras que esto nunca sea una condición".

81. Dad y se os dará

En la puerta de nuestros dos Institutos de Oria[31] había un vaivén de pobres no sólo en la hora del reparto de la sopa, sino también durante todas las horas del día. No digo, luego, cuando se sabía que el Padre estaba en Oria.

Si iba por el pueblo, lo rodeaban muy pronto mendigos y necesitados. Otros se los tiraba él en el camino de vuelta, porque no teniendo más para dar, los invitaba al Instituto. En cuanto llegaba, pedía al Padre Palma, a mí o al Hermano José, algo de dinero; y cuando no lo podía tener, daba vueltas por la Casa, y daba a los pobres lo que hallaba: alimentos, vestidos…

Pero, por cuanto fuera generoso con los pobres, nunca hacía faltar nada a las Comunidades. Decía a menudo que la caridad es ordenada, y por eso hace falta gradualmente empezar por los hacia los que tenemos deberes mayores.

Cuando pedía dinero para las limosnas, a menudo usaba la palabra "prestar". Un día le pedí: "Pero, por qué, Padre, ¿dice prestar? Cuando hay dinero, hay, y ya está. Tanto…".

"¿Cómo, tanto? Quieres decir que no devuelvo nunca, ¿verdad? Digo "prestar" no a mí, sino a la divina Providencia, que es muy generosa, y devuelve cien veces más".

Un día que estaba justamente sitiado por los pobres, me pidió si le prestaba trescientos liras. Contesté que en toda la Casa había más o menos doscientos cincuenta. ¿Se las tendría que dar todas?

"Sí – contestó – dámelas todas; pero no me bastan. Para nosotros pensará la divina Providencia".

Después de unos días la familia Caríssimo envió una carta dirigida al Padre con dentro dos mil liras; envió, además, una gran bombona de aceite y una de vino. El Padre observó: "¿Ves cómo nos ayuda la divina Providencia? Yo experimenté que la vida de nuestro Instituto es un continuo milagro de la divina Providencia. Cuanto más di, tanto más la providencia me devolvió cien veces más".

[31] El Instituto masculino y el femenino de las Hijas del Divino Celo en San Benito.

Otra vez me dijo: "Recoge todo el dinero de la Casa. Lo mismo hará el Instituto femenino, porque tenemos que ayudar un monasterio de Monjas de clausura que tiene grave y urgente necesidad".

En todo pudimos recoger 565 liras.

Después de una semana llegó de América una carta de una señora nuestra celadora con 150 dólares, recogidos por los devotos antonianos. El Padre me llamó a mí y al Padre Palma y nos dijo: "¿Veis qué generosa es la Providencia divina con nosotros? ¡Nosotros enviamos a aquel monasterio 565 liras, y la Providencia nos envía hoy 150 dólares! En nuestros Institutos tiene que reinar siempre este espíritu de fe en la divina Providencia".

82. "El Padre Palma lo hace todo con diligencia"

Refería al Padre las quejas y los comentarios que circulaban entre los nuestros sobre el Padre Palma, porque faltaba a menudo de Oria e iba a las Casas de nuestras Hermanas.[32]

El Padre se hizo serio, y en tono de asombro y desaprobación me dijo: "Tú también haces caso a estos chismes? Me hace maravilla. Pensad en hacer vuestros asuntos, y sed más bien agradecidos con el Padre Palma por todo lo que hace. Poneos en la cabeza que si él a menudo falta de Oria, no es que va dando vueltas para divertirse. Se cuida del arreglo de las Casas y del problema económico. Lo encargué yo de esto, sea porque yo no puedo llegar a todo, y sea porque el Padre Palma lo hace todo con diligencia y celo según mis directivas. Por esto a menudo va también a las Casas femeninas, especialmente para empezarlas, desarrollarlas y para la gestión de las Secretarías Antonianas. Las Secretarías son canales de la Divina Providencia, que se está sirviendo del Padre Palma para una instalación tan racional que a todos asombra. Y como este trabajo por ahora lo tienen que hacer las Hermanas, que por ahora no tienen ni cultura ni preparación suficiente para esto, hace falta que el Padre Palma las asista con mayor asiduidad.

"Por esto más que quejaros y hacer comentarios poco caritativos, sed agradecidos y admirad los sacrificios que hacen el Padre Palma y las Hermanas para vuestro mantenimiento y el de las Comunidades masculinas y femeninas.

"Tú especialmente tienes que comprometerte para disipar estas quejas y comentarios, que son obra del demonio que quiere destruir el bien".

[32] Sobre el Padre Pantaleón M.ª Palma (1875-1935), el mismo Padre Carmelo Drago dejó un testimonio circunstanciado, que se puede leer en la Positio, vol. II, p. 329-346.

83. Nada de penitencias extraordinarias

Mientras los aspirantes se hallaban en el recreo en el pequeño bosque en Oria, divirtiéndose alegremente, llegó el Padre con dos monseñores que visitaban el jardín.

Los dos visitantes, observando los chicos, alegres y bien alimentados, dijeron al Padre: "Da gusto ver cómo están bien y alegres estos chicos". El Padre contestó: "A los míos no prescribí penitencias extraordinarias, bastan ya las que la Santa Iglesia impone. La penitencia mayor en nuestros Institutos es, antes de todo, que cada uno cumpla con su deber, trabajando para el Señor y para ayudar el prójimo; y luego la vida común, la observancia de los Consejos evangélicos, la mortificación de los sentidos. En cuanto a las demás mortificaciones corporales, las dejamos a las iniciativas individuales, normadas por la sana prudencia y por la santa obediencia".

Y por cuanto el Padre personalmente hiciera unas mortificaciones y penitencias también corporales de todo tipo, como ayunos, disciplinas, cilicios, vigilias… que escondía con una táctica maravillosa para no aparecer, igualmente quería que fueran moderados y prudentes en esto sus religiosos.

84. "Quisiera una gran bomba que echara siempre oro"

Una vez las cosechas en los campos de Oria fueron escasos y se prospectó para la gente un invierno muy triste. A los pobres ordinarios se añadieron familias enteras sufriendo hambre.

Se puede imaginar el enjambre de necesitados alrededor de nuestros Institutos y las dificultades enfrentando la situación de tal emergencia. Por suerte de aquella gente, el Padre se entretuvo en aquel periodo casi siempre en Oria: no quería perder la ocasión para prodigarse en el campo de la caridad a él tan congenial. Pero, por cuanto hiciera lo imposible, el dinero, los alimentos, los vestidos y la ropa no bastaban nunca.

A un carnicero con numerosa familia para abastecer, no teniendo nada para dar, entregó la única oveja que pastaba en el jardín. Aquel volvió tocando por hambre y rechazó la pequeña limosna que se le hacía. Igual esperaba de… ¡ganar alguna vaca!

El Padre se sentía estrechar el corazón y encomendaba continuamente de elevar el pensamiento a la divina Providencia. Hacia finales de febrero la Casa tenía el aspecto de un depósito vacío, y justamente no había nada ni para las Comunidades internas ni para la pobre gente.

Él, sin embargo, no se rendía, escribía a las Casas de Mesina para tener ayudas para desviar a los pobres de Oria. Un día que no tenía como socorrer aquellas multitudes, tuvo que exclamar, mejor, que desahogarse así:

"Quisiera tener una gran bomba que echara oro y oro para consentir la caridad hacia todos los necesitados. No tendría para nada servir para nuestra comodidad. Más bien para nosotros tendría que ser de mayor peso, comprometiéndonos a conservarlo, administrarlo y repartirlo como don de la divina Providencia.

"Es bueno procurar tener unos bienes para las obras de caridad. Pero ay de nosotros si esto fuera acumular riquezas o, peor aún, para nuestras comodidades personales, para los placeres y el lujo. Sería nuestro fracaso espiritual, y también el fracaso de la Congregación. Los bienes de la Providencia son como las cosas sagradas que tienen que servir sola y únicamente para el culto de Dios y la ayuda del prójimo.

"De todo lo que la Providencia nos manda, de lo que la Congregación tiene, nosotros somos sólo custodios y administradores. Gestionamos todo según la voluntad de la Iglesia, y las prescripciones de nuestras Constituciones y Reglamentos.

"Hasta que en la Congregación reinará este espíritu, cada uno de nosotros progresará en la santa perfección, y también la Congregación irá cada vez más afirmándose en la santa Iglesia".

Luego siguió: "Hace falta evitar de acumular dinero teniéndolo en depósito en el correo o en el banco para sacar el relativo interés. Todo, en cambio tiene que servir para el mayor desarrollo del apostolado del Rogate y de las Obras de caridad.

"Estos son nuestros verdaderos depósitos que fructifican bien y que obligan la divina Providencia para que nos socorra. Nuestro banco, nuestro depósito seguro e inagotable, nuestra bomba que echa siempre oro, es la confianza en la Providencia.

"Los depósitos bancarios son muy peligrosos, porque pueden hacer menguar en nosotros la confianza en la Providencia, ligar nuestro corazón al dinero, y ser ocasión para usarlo para nuestro detrimento espiritual.

"Pero en práctica nuestra bomba que siempre echa oro, como todos los días constatamos, son las Secretarías Antonianas, canales preciosos de la divina Providencia.

"Debemos pues, antes de todo, saberlas apreciar, siendo gratos al Señor. Tenemos luego que ser fieles en la oración constante y devoción a San Antonio de Padua, del que el Señor se sirve para proveernos. Tenemos también que interesarnos para que las Secretarías Antonianas sean bien organizadas y gestionadas con espíritu de fe, para hacer de ellas centros de apostolado y caridad.

"Otra bomba que echa oro, sin embargo, es también el trabajo.

"Tenemos ciertamente que tener confianza en la divina Providencia, como también en las Secretarías Antonianas. Esto no nos tiene que dispensar de la ley del trabajo, al que tenemos que sentirnos mayormente impulsados, cumpliendo también sacrificios, si se necesita. Hace falta recordar que el trabajo no sólo es fuente de ingresos, sino que, cuando se realiza con espíritu de obediencia, nos hace descontar nuestras culpas, y es fuente de méritos para el paraíso.

"Hace falta aún recordar que, en los primeros tiempos, nuestra Obra se mantenía principalmente con la ganancia del trabajo. Como también hace falta tener presente lo que justamente se dice, o sea que el ocio es el padre de los vicios. Si desgraciadamente entrara el ocio en nuestras Comunidades, ciertamente entrarían también los vicios, y la Obra fracasaría.

"Otra bomba, que echa oro para consentirnos ca caridad, es la economía, especialmente cuando esta está hecha con verdadero espíritu de pobreza. Todo esto es fuente, además que, de ganancias materiales, de muchos méritos para el paraíso, y también sirve para la edificación del prójimo".

85. Nadie que pone la mano en el arado...

Mientras un día en Oria me hallaba con el Padre para darle el informe sobre la Casa, vino el Padre Palma y le dijo que en la puerta había un sacerdote que buscaba ayuda, hallándose en estrecha necesidad. El Padre contestó en seguida de ayudarlo en todo, como mejor se podía. El padre Palma, luego, añadió que dicho sacerdote había sido fraile menor, más bien el último Guardián de San Pascual[33] y que luego había pasado al clero seglar. Dijo también que pertenecía a una de las familias más ricas de la diócesis de Oria, pero que había sido abandonado por los familiares. "Yo – añadió el Padre Palma – cuando pude, siempre lo ayudé, porque de verdad da lástima".

Repuso el Padre: "Claro que da lástima. Pero recordemos también las palabras de Nuestro Señor: ¡«Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás vale para el reino de Dios»! De todas maneras, por nuestra parte hagamos el deber de la caridad, tanto más que es siempre un ministro de Dios. Ved si lo podéis ayudar. Más bien, dadle sin problema estas cien liras que había prometido a San José para los pobres, en ocasión del mordisco del perro que tuve, y que se temía que fuera hidrófobo.

"Si con todos tenemos que ser generosos haciendo limosna, de modo particular tenemos que serlo con las personas consagradas: religiosos, religiosas y sacerdotes.

[33] El Instituto, que el Padre abrió en Oria en 1909, era el antiguo Convento construido en 1783 por los Padres Descalzos de San Pedro de Alcántara. Secuestrado con las leyes de 1866, había pasado en manos de particulares y usado para fines agrícolas. En el pueblo estaba conocido como Convento de San Pascual.

"Además, ¿qué podemos saber nosotros de este pobrecillo, ¿cuáles fueron las razones que lo indujeron a dejar la Orden?

"Tenemos que interesarnos en modo particular de estos pobres religiosos y sacerdotes, que se salieron del recto camino, para que nuestra caridad espiritual y material los ayude para recuperarlo".

86. Las imágenes sagradas en la sacristía

En nuestra Iglesia de Oria, tanto en los altares, como también en las paredes, había por doquier expuestas no pocas imágenes sagradas.

Una vez tuve la imprudencia de recogerlas casi todas y colgarlas en las paredes de la sacristía, así que parecía transformada en una pinacoteca.

Cuando el Padre las vio me pidió a quién le había salido aquella feliz idea.

Oído que había sido yo, me echó una buena bronca: "No sé cómo te convenciste de hacer esto; eres justamente un iconoclasta. ¿Cómo te atreves a hacer ciertas cosas sin permiso? ¿Quién eres tú? Las imágenes ayudan mucho la devoción, especialmente en los chicos. Por esto la Iglesia las expone al sagrado culto. ¡Menos mal que no quitaste de la Iglesia también las estatuas! Hoy mismo vuelve a colocar los cuadros en la Iglesia como estaban antes".

Yo, todo confundido, no me atreví a disculparme, ni tanto menos a insistir, porque cuando se trataba de cosas sagradas, con el Padre no muy fácilmente se podían llevar escusas ni razones. Después me animé y me permití de observar: "En realidad no tenía la intención de quitarlas completamente. Pensaba de exponerlas nuevamente en la Iglesia cuando se hicieran en su honor obsequios, triduos y novenas…".

Luego el mismo Padre vino a la sacristía y me dijo cuáles podía evitar de reponer en la Iglesia. Unas cuantas, que no eran bonitas y expresivas, me dijo de cambiarlas con otras mejores.

87. La estructura de un Instituto es elemento de sana educación

Entrando con el Padre y el Padre Palma en el recibidor de Oria, el Padre Palma notó que el manillar de la puerta estaba roto y me pedía quién lo hubiese dañado. Contesté que no lo sabía, y el me dijo que tendría que buscar el culpable para castigarlo.

"En realidad – intervino el Padre – haría falta buscar no el que rompió el manillar, sino el que lo hizo poner. Esto no es un modelo para poner donde hay chicos de todas las edades como hay aquí (era un manillar en forma de

codo recubierto de porcelana). Este tipo puede ponerse donde hay personas que la saben usar. El chico para abrir la puerta se cuelga en el manillar, empuja en la derecha y en la izquierda, arriba y abajo, sin tener cuenta de lo correcto, y así fácilmente lo rompe todo".

Replicó el Padre Palma: "Pero lo dice la misma lógica cómo actuar".

Y el Padre: "Padre Palma, usted habla de lógica, como si los chicos hubiesen estudiado Rosmini o Prestalozzi. Hace falta recordar que los chicos empiezan a tener el uso de la razón con siete años, ordinariamente. En las construcciones y en la decoración de nuestras Casas, tenemos, pues, que cuidar la finalidad por la cual tienen que servir. La estructura, la conformación y el arreglo de los lugares, ayudan mucho la buena disciplina y la formación.

Por esto en nuestras construcciones, mientras por la estática y la estética hace falta confiar en los ingenieros y en los técnicos, en lo que se refiere, en cambio, a la distribución de los lugares, el funcionamiento y la decoración, uno no debe confiar ciegamente en ellos, sino que es menester dar nuestras directivas según la finalidad por la cual sirve la Casa, en conformidad con los sanos principios morales, disciplinares y pedagógicos. ¡Sería muy bonito tener nuestros técnicos y también unos ingenieros! Esto sería muy útil, y serviría mucho para una mayor eficiencia de nuestros Institutos y también para ahorrar mucho. Por ahora tenemos Casas que se adaptan para pequeños y grandes sin distinción, pero seguidamente, si el Señor querrá que la Obra se extienda, hará falta construirlas según las exigencias propias de la edad y según el tipo de escuela y profesión".

88. La verdadera oración

Un tal Padre Fazio, jesuita, predicó en Oria un cursillo muy bueno de ejercicios espirituales. Participaron a ello también el Padre, el Padre Palma y el Padre Vitale, y quedaron todos muy contentos.

Acabado el cursillo a la Comunidad religiosa, fue rogado de tener unos tres días a los aspirantes, junto con los huerfanitos más mayorcitos.

Esta vez el éxito fue muy diferente. El predicador no conseguía sintonizarse con aquellos chicos.

Un día, hablando de la oración, dijo: "Vuestro modo de rezar no es oración. Estáis siempre repitiendo *Pater noster* y *Pater noster*. Hace falta pensar en lo que se dice, hace falta meditar. La oración tiene que ser un acto de adoración, de acción de gracias, de petición a Dios por las cosas que se desean".

Yo estaba presente, y este modo de hablar a los chicos no me gustó; más bien lo creí imprudente. Por eso, como vi al Padre Fazio solo en el jardín, lo acerqué y sin muchos preámbulos le dije: "Estaba yo también presente en su

charla, y le digo que aquel modo de hablar sobre la oración y el rezo de los *Pater noster* y *Pater noster* no me gustó. Observo sólo que en el Evangelio nunca leí que para rezar hace falta hacer composición de lugar, preludios y otras cosas. En cambio, hallé que nuestro Señor, cuando los Apóstoles le pidieron que les enseñara a rezar, contestó: «Desde hoy rezaréis así: *Pater noster*…».

Ante esta observación mía, el Padre Fazio se resintió fuertemente, me reprochó ásperamente y se fue a quejarse con el Padre Vitale, que me hizo llamar.

Me estaba reprochando seriamente en el pasillo, cuando se halló pasando el Padre. El Padre Vitale lo informó en seguida sobre mi imprudencia.

El Padre, oído el asunto, contestó: "Sin duda lo que le dijo el Hermano Carmelo, no se lo hubiésemos dicho ni usted ni yo. De todas maneras, no se le expuso una herejía, sino una observación fundada. Ciertamente, unas cosas que se pueden decir muy bien a los grandes, no conviene que se digan a los chicos".

Durante aquellos tres días el Padre Fazio pretendió que los chicos hicieran silencio perfecto durante todo el tiempo. El Padre en realidad no estaba de este aviso, pero por el modo en que el predicador lo pretendió, por respeto a él, obedeció.

Cuando, acabado el retiro apenas de dispensó del silencio, hubo una explosión de alegría por parte de los chicos, que empezaron a gritar y saltar como locos. El Padre, que se hallaba presente, comentó: "Es inútil. La naturaleza es siempre naturaleza. Cuando se fuerza, también las prácticas de piedad, las mismas cosas espirituales, a menudo producen el efecto contrario a lo que se desea. Se tiene que tener presente, especialmente por las prácticas de piedad, de no imponerlas, sino de hacerlas amar. Esta es el arte, este el verdadero secreto".

89. El Padre en Palermo

Hacía veinte días que me hallaba militar en Palermo, cuando el Padre, sabiendo que tenía que pasar otra visita, vino de las Apulias con la esperanza de hacerme declarar exonerado del servicio militar o de obtener al menos una larga convalecencia. La esperanza se fundaba en las muchas oraciones que se hacían en las Casas para esta finalidad, en mi frágil constitución (ya una primera vez había sido exonerado), y en la fuerte recomendación que un cierto Padre Messina habría hecho al presidente de la Comisión.

El padre y el Padre Messina hicieron todo lo posible, pero sin ningún resultado. Fui declarado hábil para los servicios sanitarios. El Padre me dijo:

“Hicimos todo lo que humanamente fue posible. Esto quiere decir que es esta la voluntad de Dios. De todos modos, servir la Patria es un deber. Siendo asignado a la sanidad, puedes hacer de tu servicio una verdadera misión. Curar los enfermos, los heridos es lo más bonito de la vida militar. El servicio que ofreces a los enfermos, hazlo con espíritu sobrenatural y ganarás un gran mérito ante el Señor. Te encomiendo en la oración, y hazlo todo para poder frecuentar los santos Sacramentos. Te enviaré un *Agnus Dei*”.

En aquella visita suya el Padre me halló aún vestido con el hábito religioso. Maravillado, me pidió: “¿Te presentaste así y estuviste aquí dentro siempre con el hábito?”. “Sí”, Contesté. “Y, ¿cómo te encuentras en medio de todos estos jóvenes?”.

“Me encuentro muy bien. En el principio había alguien que me burlaba, pero cuando vieron que me la tomaba alegremente, empezaron a respetarme, soldados y oficiales.

“Ordinariamente no me hacen ir en cola para marchar con los demás, o en las ejercitaciones. Los de mi dormitorio saben que cada mañana me levanto pronto y salgo para la Santa Misa y la Comunión en la Iglesia vecina del Padre Messina, y son más que respetosos. Hay unos socialistas, con los que estoy en buenas relaciones, que observan con una punta de malicia: «dejadlo hacer, está obsesionado con la religión». Pero supe que durante la semana me pondrán la uniforme. Cuando tendré que vestirla a la fuerza, enviaré el hábito a Mesina”.

El Padre contestó: “Me gusta que estimes mucho el hábito sagrado. Es verdad, como se dice que el hábito no hace el monje; pero es también verdad que cuando se vive como religiosos, el hábito es el decoro del religioso”.

El Padre se entretuvo en Palermo unos tres días. Entre las otras cosas, me encomendó de escribir a menudo y de exponer con mucha sencillez las necesidades eventuales.

Cuando él se fue, el Padre Messina me dijo: “Había oído hablar a menudo del Canónigo Di Francia. Alguna vez nos habíamos también visto de pasada. Pero nunca como esta vez tuve la comodidad de conocerle. Se ve justamente que es un hombre todo de Dios, un verdadero apóstol de la oración para obtener los sacerdotes de la Iglesia y un verdadero apóstol de la caridad: ¡como San Vicente de Paúl, don Bosco y Cottolengo! Me dio unos consejos tan sabios para esta fundación mía de Hermanas y Orfelinatos, como no me los dio ningún otro”.

90. El Padre en Palermo con el Hermano Mauro enfermo

Ya me hallaba en Palermo desde hacía muchos meses haciendo el militar, cuando vino el Padre con el Hermano Mauro,[34] para que lo visitara un célebre especialista.

Después de la visita el Padre me confió: "El médico me dijo que el caso es grave, porque la enfermedad es muy avanzada. Me da pena este hijo muy querido. Es muy bueno, inteligente, trabajador hasta el sacrificio, asiduo en las prácticas de piedad, ejemplar en la vida religiosa y muy aficionado a la Congregación; tiene una intuición especial para la mecánica. Sería una pérdida grande. Se está rezando por su curación, pero confiemos en la divina voluntad. ¿Tú aquí cómo te encuentras? ¿Necesitas algo?".

"Me encuentro – le contesté – como se puede hallar uno bajo las armas. Muchas dificultades para escuchar la Santa Misa diaria y para hacer la Santísima Comunión. Gracias a Dios, en la salud estoy bien, no necesito de nada. Supe que mañana me trasladarán para servir en el Hospital militar de Acireale".

Como el Padre sintió que el día siguiente saldría para Acireale, me dijo: "Entonces el Hermano Mauro hasta Acireale podría ir contigo".

"Pero yo tomo la línea interior para Catania".

"No importa. Hasta Acireale ir juntos, y luego él solo sigue para Mesina. Yo quisiera aprovechar para pararme unos días en Patti para un asunto".

Miró el horario y vio que en Catania había el tiempo para poder comer. Y así añadió: "En Catania ir a comer en un restaurante, y te encomiendo de hacer comer bien el Hermano Mauro". Y me quiso dar dinero.

Llegados en Catania, fuimos en un restaurante cerca de la estación, donde pedí, entre otro, espaguetis con tomate, carne asada de primera calidad, encomendando al camarero de tratarnos bien.

El camarero, un tipo alegre, me contestó: "Me encargo yo personalmente. Le llevaré una buena *norma* y *pan Di Francia*". Le pedí qué quisiera decir con aquella palabra. "Por *norma* – me contestó – aquí en Catania queremos decir un buen plato de espaguetis, con partes de berenjenas fritas, salsa de tomate y queso parmesano. El *pan Di Francia* es una calidad muy especial que se hace en Mesina en la panadería del Canónigo Di Francia. Este Canónigo tiene fama de santo. Hace mucha caridad a todos. En Mesina implantó un molino que muele trigo de la mejor calidad, y abrió una panadería de calidad tan especial que es muy rebuscado, y a menudo es prescrito por los médicos, no sólo en Mesina, sino también aquí en Catania. Aquí difícilmente

[34] El Hermano Mauro Drago, nacido en Galati Mamertimo (Mesina) el 31-8-1897, fue entre los primeros religiosos rogacionistas. Murió el 3-12-1916. Es uno de los hermanos del Padre Carmelo, generosos colaboradores en la naciente Congregación. Cf. cap. 162.

se puede tener aquel pan; porque en Mesina se usa mucho. Aquí hay sólo una sucursal que cada día recibe una pequeña cantidad, que en seguida desaparece. Yo tuve la suerte de conocer personalmente este Canónigo Di Francia, y tuve la impresión que él tiene que ser de verdad un santo.

91. La tía Teresita y el abogado Francisco Lo Sardo

La última vez que el Padre vino a verme en Palermo, mientras era militar, me pidió si conocía al abogado Francisco Lo Sardo.[35] Contesté que no.

Y el Padre: "Este es un encendido socialista, un anticlerical convencido. Pero conmigo se mostró siempre respetuoso. Más bien, hace muchos años cuando el Consejo provincial me quería quitar la pequeña ayuda anual para nuestros Institutos, con maravilla de todos y diferentemente de otros, tomó nuestras defensas. Ahora que es miembro del Consejo administrativo de la Provincia, cuando me encuentra se muestra obsequioso. Las personas que conocen sus sentimientos, el jefe de los socialistas de la Provincia de Mesina, quedan maravillados.

Hace un poco de tiempo que no me contesta más ni cuando lo saludo, porque dice que en nuestro Instituto hay unos familiares suyos a los que yo habría prohibido de saludarle cuando lo encuentran.

Te pedí si lo conoces, porque supe que está casado comuna muy buena señora de tu pueblo. ¿La conoces?".

"Sí que la conozco. Cuando estaba en Mesina con mis hermanos, antes del terremoto, iba a vernos en el Instituto al menos una vez al mes, y cada vez llevaba una ofrenda para los huérfanos. Es la hermana de mi mamá".

"Vaya, ¿hacía falta mucho para decir que es tu tía? ¿Y cómo es entonces que me dijiste que no conoces el abogado?".

"Porque en persona nunca lo vi, como no lo vieron mis hermanos. Por eso puede ser que lo encontramos y no lo saludamos. No sé cómo pudo él reconocernos".

"Óyeme – dijo el Padre – la primera vez que tú o bien tus hermanos iréis a Mesina, tenéis que ir a verle: le dirigiréis mis recuerdos y os disculparéis por no haberle saludado, aclarando el asunto".

Yendo en Mesina por permiso, no hallándose ninguno de los Padres en Casa, dije al Canónigo Celona que tenía que visitar el abogado Lo Sardo. En cuanto oyó aquel nombre, exclamó: "¿Qué dices? Aquel por lo menos te

[35] Cf. para la familia Lo Sardo el cap. 1.

echará de la escalera, si no del balcón. ¿Sabes tú quién es el abogado Lo Sardo? El jefe socialista de Mesina, el más anticlerical".

"Sí, lo sé, pero el Padre me dijo que tenía que ir a verle. Está casado con la hermana de la mamá".

"Sin duda, ¡para ti es un buen honor tener un tío de aquella clase!".

Yendo a hacerle visita, en el portón de la manzana me halló un hombre al que pedí en qué piso vivía el abogado Lo Sardo. Aquel me miró de arriba abajo y me dijo: "Pero, ¿le buscas a él o a la señora?".

"Busco a los dos".

"Pero, ¿usted sabe quién es él? Es una canalla".

"Yo no lo conozco de vista, pero la tía me habló muy bien. También el Canónigo Di Francia habla bien de él. Con él se muestra respetuoso, y hasta lo ayudó, y me encargó de saludarlo de su parte".

"Venga conmigo que lo acompaño yo para no equivocarse".

"Pero no, señor, gracias. Ahora sé dónde tengo que ir".

Llegado que fui me besó y me dijo: "¡Oh, querido sobrino!".

Me entretuve durante un buen rato en conversación familiar con él y mi tía acerca de los familiares, el pueblo, y también acerca de la religión. Cuando la tía se dio cuenta que con la religión caía en unos errores garrafales, le dijo en tono familiar: "Paco, no salgas de lo sembrado". Y él: "Teresita, ¿tú crees que yo le pueda estropear la cabeza a tu sobrino? Él tiene la cabeza más dura que la tuya que siempre estás con los curas, y vas adelante por fuerzas de rosarios, misas y comuniones. Querido sobrino, tienes una tía que es una verdadera beata. Si no amontona Misa y Comunión diaria, todo el día está inquieta. Por eso la dejo libre. Antes de casarnos hicimos este pacto: que yo no me tengo que poner en asuntos de religión y ella no se tiene que poner en mi política y me tiene que dejar libre en este problema; y así estamos en paz. ¿No es verdad, Teresita?".

Y la tía: "Sí, es verdad. Pero cuando te oigo hablar mal de la religión y de los curas estoy callada, pero me siento morir".

Añadió el abogado: "Oye, querido sobrino, si te quieres hacer sacerdote y vivir como el Canónigo Di Francia, hazte cura sin problemas, que así serás estimado por la sociedad, por el paraíso, por el purgatorio y por el infierno, si existen, pero se te harás cura para ser como los demás curas, quítate la sotana y pégala a un árbol o échala no en el petróleo, sino en la gasolina y dale fuego para que se haga en seguida ceniza. Yo para el Canónigo Di Francia mostré mucha estima, porque en mi vida no tuve nunca ocasión de encontrar un hombre como él, que se dio todo a la humanidad, un sacerdote que vive de

veras como sacerdote. Tengo que confesar, pero, que desde hace un poco de tiempo había mudado de opinión, porque me hicieron entender que él te había prohibido hasta de saludarme por mis principios. Pero ahora toqué con manos que no me saludabais porque no me conocíais".

En cuanto se instauró el fascismo el abogado Lo Sardo, por sus ideas liberales, fue desterrado y encarcelado. La mujer lo seguía, morando en las cercanías para confortarlo y para asistirlo como mejor podía. Y rezaba, rezaba por su conversión.

Finalmente, su oración, sus sacrificios, sus dolores fueron atendidos, y tuvo la alegría de hacerlo acercar a un buen sacerdote que, gracias a Dios, consiguió hacerlo recapacitar.

Se acercó a los Santos Sacramentos y desde el tiempo del destierro hasta su muerte, vivió como un buen cristiano.

Después de su conversión, ofrecía al Señor su prisión y sus dolores (se había vuelto, en efecto, bastante enfermo). "Estos días de destierro – decía – estos sufrimientos, los ofrezco a Vos, Señor, para descontar mis pecados".

Murió desterrado, pero con todos los consuelos religiosos.

Después de unos años me encontré con mi tía que, conmovida hasta las lágrimas, me contó las penas y la conversión del marido. Entre las otras cosas, añadió: "Tenía razón el Canónigo Di Francia diciéndome, todas las veces que tuve la suerte de verlo: «Señora, rece; siga rezando mucho para la conversión de su marido. Yo también rezo, porque es un muy buen amigo mío. Esté segura, señora, que su oración no quedará desatendida»".

Mi tía me confió también que su marido había recibido el opúsculo del Padre, *La Carta a los Amigos*. De vez en cuando el abogado lo leía y volvía a leerlo, sorprendido y pesaroso, pero cada vez más calmo. Alguna vez fue oído exclamar: "Se ve que el Canónigo Di Francia es verdaderamente un hombre de Dios".

Mi tía concluyó: "No te digo, querido sobrino, lo que yo sentía cuando de su boca sentía pronunciar el nombre de Dios".

92. Una escapadita para ver el Padre mientras era militar en Acireale

Estaba sirviendo en el Hospital militar de Acireale (Catania). La vigilia de la fiesta de San Antonio obtuve tres días de permiso para ir a Mesina.

Salí por la noche, y así que al amanecer estaba ya en el Instituto.

Apenas el Padre me vio, exclamó: "Te envía la Providencia. Aquí hoy tenemos mucha necesidad de personal. Ayer me encomendé a San Antonio para que nos ayudara, hasta apliqué la Santa Misa para este fin. ¿Cómo conseguiste llegar tan pronto?".

"Salí esta noche de Acireale".

"Así que no dormiste, y ciertamente estás cansado. Si tienes que hacer la Comunión, prepárate que te la hago yo. Desayunarás y así estarás libre para atender para recibir los donativos. Hoy aquí hay mucho para hacer. Tú quédate para recibir los donativos. En los momentos libres, yo vendré para ayudarte. A las diez horas tendré que hacer el panegírico del Santo, porque faltó el predicador".

Pasé todo el día en plena actividad. En un momento que el Padre se hallaba conmigo en el óbolo, vino un abogado calabrés para dar un donativo, y dirigido a mí me dijo: "Desearía mucho verme con el Canónigo Di Francia. Todos dicen que es un santo, que hace mucha caridad de modo que se parece otro San Vicente de Paúl". El Padre, como oyó la antífona, intentó con buenas maneras de escaparse. Pero yo hice señas al abogado que el Canónigo Di Francia era justamente el que se alejaba.

Entonces el abogado se apresuró para alcanzarlo y se entretuvo largamente hablando con él, finalmente se confesó con el mismo Padre que, cuando volvió para recibir las ofrendas, me dijo: "Aquel buen señor tenía una falsa opinión sobre mí. ¡Quién sabe quién lo engañó! Si conociera mis faltas, mis disconformidades a las divinas gracias y mis ingratitudes al Señor, vería que soy completamente otro de lo que él piensa".

El día después de la fiesta, antes de salir para Acireale, me preguntó cómo me hallaba en el Hospital militar. Me encomendó de ser un verdadero samaritano con los enfermos. Luego añadió que en los hospitales se puede hacer mucho bien para el alma y el cuerpo de los pobres enfermos. Cuando todo se hace con espíritu de fe, es una verdadera misión. Me pidió si tenía la posibilidad de participar en la celebración de la Eucaristía cada día. A mi respuesta afirmativa, añadió: "Poder escuchar la Santa Misa cada día y hacer la Santísima Comunión, bajo las armas especialmente, es una gran gracia".

Luego me quiso dar dinero. Y como le hacía ver que no lo necesitaba, me dijo: "Toma, no te preocupes, te podrán servir luego. Ya sé que no los gastas inútilmente. Te podrán volver útiles, por ejemplo, para el tren, porque, sin faltar a tu deber, cuando puedas venir a Mesina, nos gusta mucho".

93. Ser los primeros colaboradores de una Congregación naciente

Me hallaba dando servicio en el Hospital militar de Acireale, puesto en una parte del Colegio Pennisi, regentado por los Jesuitas.

Entre los Jesuitas que servían allí dentro, había un cierto Padre Cipolla, muy culto y muy bueno, con el que me entretenía para hablar de muchas cosas. Un día me dijo en confianza: "No me sé explicar cómo te persuadiste en hacer parte de una Congregación naciente, que todavía no da ninguna

garantía para el futuro, mientras hay centenares de otros Institutos religiosos, bien organizados, esparcidos en todo el mundo que desafían los siglos".

Ante estas palabras, resentido y ofendido, contesté: "Me hace maravilla cómo un padre jesuita, tan calificado, pueda razonar de esta manera. Yo me siente feliz y afortunado por pertenecer a una Congregación naciente, cuyos fines considero entre los más hermosos y útiles para la Santa Iglesia. Según su razonamiento, ¡todas las Órdenes y las Congregaciones religiosas, incluida la Compañía de Jesús, desde su primer comienzo nacieron bien organizados y ordenados como son hoy, esparcidos en todo el mundo y con millares de religiosos!".

Después de esta respuesta mía el Jesuita, casi mortificado, admitió: "Tienes razón. Pido perdón. Fue una palabra que se me escapó sin reflexionar. Admiro tu apego a tu Congregación".

En aquel momento encontramos en el pasillo a otro Jesuita, el Padre Mistretta. Él sabía que pertenecía a nuestra Congregación, y conociendo muy bien el Padre y el Instituto. Era muy simpático y conmigo bromeaba siempre. En cuanto me vio, dijo bromeando:

"¡No les hagas caso al Canónigo Di Francia y al Canónigo Vitale, sino aquellos te llevan al infierno! Yo los conozco muy bien". El Padre Cipolla le contó lo que había sucedido poco antes, mi resentimiento y mi respuesta. El Padre Mistretta, dirigido a mí, dijo:

"Bravo, hiciste bien contestando así. Mantente fuerte en tu vocación. El Canónigo Di Francia es de verdad un hombre de Dios, un verdadero apóstol de las vocaciones y de las obras de caridad. Sé yo los problemas y las peripecias que pasó por su Instituto. Estoy seguro que la Congregación se afirmará, porque sus finalidades son cuánto de más bello y más útil puede haber en la Santa Iglesia.

Yendo de permiso a Mesina, conté el hecho al Padre, que observó: "En realidad no es esto el primer caso en que desaconsejan las vocaciones para que no entren en una Congregación naciente. No se tiene presente que cada fundación tiene que empezar desde cero. Como también no se reflexiona que los primeros colaboradores tienen mayor mérito, sea porque se requiere mayor confianza en Dios, sea por las mayores dificultades de los comienzos.

Los primeros colaboradores se pueden considerar como cofundadores, partícipes, pues de todo el bien que se hará en la Congregación.

94. Sacerdotes militares hallan consuelo con el Padre en Mesina

Unos sacerdotes militares de Palermo, hallándose a servir en los hospitales de su misma ciudad, a menudo, quien más y quien menos, tenían la ocasión de pequeñas escapaditas abusivas a su familia.

Después de ser reprochados y castigados más veces, fueron trasladados para servir en el Hospital militar de Mesina.

Eran ocho, y todos, la mañana siguiente de su llegada, se pusieron dando vuelta por las diversas iglesias de la ciudad, para poder celebrar la Santa Misa. Pero hallaron muchas dificultades, por lo cual algunos, también por razones de horario, no celebraron. Dos de ellos, en cambio, después de muchas vueltas, cayeron en nuestra capilla de madera.[36]

En la sacristía había el Padre, que los acogió con mucha caridad, al punto que quedaron confundidos. Él mismo los ayudó a vestirse, preparó los altares y les sirvió la Santa Misa. Finalmente, los invitó en el comedor para desayunar, sirviéndoles personalmente.

Aquellos les abrieron entonces el alma, contándoles sus dificultades. El Padre contestó que podían venir cada día a celebrar en nuestra capilla, sea ellos que los demás, a condición que se pusiesen de acuerdo sobre el horario, según la disponibilidad de los altares.

Desde entonces en adelante, los ocho, casi diariamente, fueron a celebrar en nuestra iglesia con la acogida usual, que comprendía servicio litúrgico, desayuno y… frecuentes invitaciones para comer.

El Padre les fue también una gran ayuda en otro sentido. Como habían sido trasladados a Mesina por punición, aquellos sacerdotes estaban sometidos a una disciplina más rígida, hasta el punto que, tal vez, no podían salir del hospital para ir a celebrar. Cuando lo supo, el Padre fue personalmente para hablar con el auxiliar mayor en primera, que era también él un cura, y así, de aquel entonces, la disciplina fue más mansa y tuvieron la posibilidad de celebrar cada día.

Después de muchos meses de permanencia en Mesina, algunos de ellos obtuvieron la posibilidad de volver a Palermo, donde, habiendo sabido que yo pertenecía al Instituto del Canónigo Di Francia, me contaron de sus vicisitudes en Mesina. No hallaban palabras adecuadas para manifestarme la acogida del Padre, su bondad, su caridad, su santidad. “Nosotros ciertamente – decían – no lo podremos olvidar nunca, en toda nuestra vida. ¡Dichoso tú que te encuentras con este gran siervo de Dios!”.

Apenas me encontré con el Padre le hablé de la bonita impresión que aquellos sacerdotes habían compartido gracias a la acogida recibida. El Padre destacó: “No hicimos nada extraordinario. Más bien hubiésemos podido hacer más. Para nuestros Institutos la hospitalidad tiene que ser uno de los deberes principales, tanto más cuando se refiere a los sacerdotes”.

[36] Es la Iglesia-barraca en el barrio Aviñón, donada por Pío X después de las destrucciones del terremoto. Ella fue destruida por el fuego en 1919. En el mismo lugar, el Padre edificó el Templo de la Rogación Evangélica.

Una vez que desde Acireale fui a Mesina, hallé en el comedor para la comida el arcipreste Celeste de Galati, que me dijo que él con otros dos sacerdotes militares desde muchos meses comían en el Instituto porque, por motivos de salud, no podían tomar la ración militar.

Me contaba cuántas premuras y caridades usaba para ellos el Padre.

"Todos hablan – me decía – de su caridad. Pero el que lo práctica íntimamente, se da cuenta muy pronto que es muy poco lo que se dice de él".

Siguió confiándome como él había tenido la ocasión de conocer al Padre en su visita en Galati, donde, en muy pocos días, había hecho tan bien, como no se recordaba que no se había hecho nunca durante una misión entera. Me decía que los tres sacerdotes habían insistido con el Padre de querer pagar una cuota mensual para la comida que consumían en el Instituto. Y el Padre, finalmente, había concedido: "Pagarán una lira cada uno por mes, como cuota, y esto basta".

"Nosotros en realidad – seguía el arcipreste – no queremos aprovechar su bondad, y nos desobligamos diversamente".

Cuando el Padre me vio, me pidió si hubiese visto el arcipreste de Galati. Cuando le contesté que sí, y añadí, además, que me había dicho que estaba muy contento por la hospitalidad, el Padre añadió: "¡Pobres sacerdotes militares, es que sufren mucho! Sería el ideal si nosotros aquí tuviésemos unas habitaciones, en que, además a los sacerdotes militares, pudiésemos tener también los soldados en general… se podría hacer mucho bien…".

95. Cuando en la guerra falleció el Hermano Mansueto

El padre tenía unos cuidados especiales para los Cohermanos que se hallaban bajo las armas, y más aún si estaban en zona de operaciones. Escribía a menudo, quería sentir sus noticias, se prodigaba en todos los modos para ayudarlos.

Cuando fue llamado bajo las armas el Hermano Mansueto, me dijo: "Usamos todos los medios para hacer asignar a tu hermano a la sanidad, un cuerpo expuesto a menor peligro, y donde puede ejercer la caridad hacia el prójimo. Gracias a Dios, lo conseguimos. Tomará servicio en los trenos acondicionados, o sea preparados para el traslado de los enfermos y de los heridos".

Después de pocos meses de este servicio, el Hermano Mansueto fue trasladado, lamentablemente, a la infantería y enviado en las primeras líneas. Allí en el primer asalto, fue víctima en el Monte Nero.[37]

[37] El Hermano Mansueto Drago, hermano del Padre Carmelo, murió el 24-3-1917. Había nacido en Galati Mamertino (Mesina) el 4-2-1895.

En aquella circunstancia el Padre me escribió una carta bonita, expresándome todo su dolor y el de las Comunidades y asegurándome unas exequias y sufragios que se habían hechos en las Casas masculinas y femeninas. Destacaba la bondad del fallecido, su espíritu religioso, el sentido de pertenencia a la Congregación, el carácter manso, por lo cual concluía: «era verdaderamente mansueto de nombre y de hecho».

Me aseguraba que había dado el pésame a los míos, y me encomendaba de escribirles a menudo para consolarlos.

Durante mi vida militar recibí muchas y muy hermosas cartas del Padre, escritas de su propia mano. No sé cómo conseguía hallar tanto tiempo mientras en cambio era tan lleno de trabajo. Lástima que en la retirada de Caporetto perdí la mochila y todo lo que tenía.

La primera vez que tuve la ocasión de hallarme con el Hermano Mariano, cuando ya había perdido la vista por una infección contraída bajo las armas, este no acababa de contarme cuánto el Padre hacía para curarlo y consolarlo.

96. De la vida militar a la religiosa: el primer reproche del Padre…

Dos meses después del armisticio, me hallaba aun sirviendo en el Hospital de Udine, donde la española hacía víctimas sin fin: de cincuenta a sesenta por día.

Me llegó inesperada la carta del Padre en que me decía: “Hicimos la práctica para obtener tu despido y, gracias a Dios, estamos a punto de conseguirlo. Hay buenas esperanzas. Cuando te llegará la exoneración, ves directamente a Oria, donde hay mucha falta de personal. Yo espero de ir allá cuanto antes me sea posible. Si llegas tú primero, escríbeme y hazme saber cómo van las cosas. Te encomiendo que cuides al Padre Palma, que desde hace bastante tiempo está enfermo”.

En cuanto me llegó la exoneración, alcancé Oria en seguida.

Aquella Casa sufría fuertemente por los efectos de la guerra.

Faltaba incluso de lo más necesario, tanto más que el Padre Palma, por su enfermedad, no se había podido prodigar como antes.

Estaba esperando la venida del Padre, pero, viendo que tardaba, le escribí exponiéndole las necesidades más urgentes.

Así después de unos días vino a Oria, dejando en Mesina pendientes cosas importantes y urgentes.

Junto con el Padre Palma, que iba mejorando, el Padre esbozó un programa de mejorías acerca de la disciplina, de la comida, del lado

económico y de las escuelas. Luego marchó nuevamente hacia Mesina, donde seguidamente llamó al Padre Palma para que se curara y se restableciera.

Desde Mesina envió una buena ayuda en dinero a la Superiora de la Casa femenina para las necesidades más urgentes de las dos Casas.

Yo me dediqué a poner orden y a realizar unos trabajos que igual estaban por encima de lo que nuestras condiciones económicas y financieras permitían. Entre otras cosas, quise crear una pequeña enfermería con tres plazas: una celda de aislamiento y una para el enfermero con suelo de baldosas de gres pintadas con esmalte.

Alguien hizo entender al Padre que yo había empezado trabajos de gran importancia, una enfermería que parecía un hospital…

Puntual me llegó la carta certificada del Padre que me llamaba la atención, con el orden de suspender los trabajos hasta su venida a Oria.

Cuando vino, después que se dio cuenta de los trabajos hechos y empezados, me dijo: "De verdad no es justamente cómo me habían hecho entender. También la enfermería es necesaria para una Casa. Pero tú no tienes que hacer trabajos incluso necesarios, sin antes haber obtenido el permiso mío o bien del Padre Palma. Igual tú, después de cuatro años de vida militar, te olvidaste que en la vida religiosa se tiene que hacer todo con el permiso, al menos implícito. Esto lo tienes que recordar, sino al revés el Señor no bendice lo que se hace".

97. Disputa para la adquisición de una pelota

El padre amaba ver el recreo de los chicos animado y alegre. Lo creía importante para el sano desarrollo físico, para el descanso de la mente y también como elemento de prevención moral. Decía que, especialmente para los chicos del colegio, el recreo es la hora más bonita, una exigencia natural que merece ser respetada.

Gozaba, pues, mucho, cuando veía que los chicos jugaban alegremente, saltaban, se buscaban, gritaban… algunas veces se paraba con gusto mirándolos, como si asistiera a un espectáculo.

Los juegos de entonces eran en los Institutos los tradicionales: el búho, la mosca ciega, el escondite, la guerra francesa, la pelota envenenada…

Para la pelota ordinariamente se usaba un conjunto de trapos. Raramente se podía tener una pelota de goma.

Durante la vida militar había conocido el uso de la pelota que, aunque aún no se usaba en verdaderos partidos, sin embargo, salía muy atractivo.

Un día, seguro de hacer a los chicos el regalo mejor, pedía al Padre Palma si podía comprar una pelota. Él me contestó que, tratándose de introducir en el Instituto algo nuevo, era mejor pedir al Padre.

Como el Padre sintió que quería comprar un balón, me contestó en seguida: "No, no, porque estos juegos a menudo son causa y ocasión de incendios". "Disculpe, Padre – contesté – no quiero decir aquellos balones de papel que se usan lanzar al aire en las fiestas populares. Quiero decir aquellas pelotas de goma, revestidas de cuero, que se usan para jugar lanzándolos al aire con las manos o chutándolos. Es un juego divertido, inocente, y en el mismo tiempo muy movido y creo muy útil para el desarrollo físico de los chicos".

Oyendo esto, el Padre resolutamente contestó: "Si es así no compres uno, sino dos o también tres balones, los que hagan falta para que los chicos se diviertan: ¡cada patada al balón será una patada al demonio! Pero hace falta cuidar que no se hagan daño".

Cuando los chicos tuvieron en manos la pelota, fue un acontecimiento; y cuando el Padre observó cómo se jugaba, dijo: "Es verdaderamente divertido. ¿Por qué no lo compraste antes?". "Porque yo también – contesté – conocía muy poco este juego del balón. Por primera vez lo vi en Palermo, mientras estaba bajo las armas".

98. Un alcalde socialista y la... pelea del trigo

En seguida después de la guerra fue elegido alcalde de Oria uno de los últimos campesinos del pueblo, socialista hasta la médula. A nuestros dos Institutos no quiso dar la cartilla de racionamiento.

Estábamos, pues, obligados a comprar con subterfugios, en el mercado negro y pagando más, para poder ir adelante.

Este estado de cosas no podía durar.

Para suscitar unas reacciones, me puse de acuerdo con los productores de trigo para que nos lo quisieran vender, pero también en el mismo tiempo declarar que nos había sido dado gratuitamente, como donativo para los huérfanos. Así un día se enviaron desde Oria dos carros para cargar veinte quintales de trigo. Y he aquí que, mientras pasábamos en un pueblecito cercano, los carabineros confiscaron el trigo y arrestaron el Hermano Camilo (luego Padre Ruggeri)[38] y el conductor.

[38] El Padre Camilo Ruggeri nació en San Pier Niceto (Mesina) el 14-3-1903, entró en la Casa de Oria en 1916, fue ordenado sacerdote el 20-7-1930. Falleció en Roma el 29-12-1979.

El conductor por la noche fue obligado en la caserna, mientras para el Hermano Camilo el párroco del pueblo obtuvo de hacerlo dormir en la casa parroquial.

Yo fui informado en seguida.

El día siguiente fui a Lecce para ver el Prefecto, y lo rezaba de hacerme devolver el trigo, porque los dos Institutos de Oria estaban sin pan, no habiendo querido el alcalde darnos las cartillas de racionamiento.

Me contestó el Prefecto: "¿Usted quiere que se le devuelva el trigo en seguida? ¿No sabe que esta es una falta grave y que hay graves multas y hasta la pena de la cárcel?".

"Lo sé muy bien – contesté – pero yo no podía ciertamente hacer morir de hambre los huérfanos y las huérfanas, rechazando también el trigo que se nos ofrecía gratis, por beneficencia. Además, estoy dispuesto de ir hasta en la cárcel, para que se dé de comer a los acogidos y no mueran de hambre.

"Y luego, ¿acaso es una deshonra ir a la cárcel para alimentar a los hijos e hijas de los caídos por la Patria? Para mí sería un gran honor ir a la cárcel para este motivo. Además, ¡yo también serví durante cuatro años la Patria! Hace sólo pocos meses que me despedí".

Luego empecé comentando la naturaleza y las finalidades del Instituto, el número de los acogidos y los medios con que se mantenían.

Veía que el Prefecto me escuchaba con atención, hasta que me dijo: "Bueno, reverendo, quédese tranquilo que haremos todo lo que podamos para ayudarle".

Llamó a su jefe de oficina y le dijo: "Escuche este reverendo, y luego llame al director del racionamiento, en mi nombre, diciéndole que ayude urgentemente los dos Institutos de Oria, como mejor puede".

Pasé al despacho del jefe de oficina, donde se hallaban dos abogados de Mesina, uno de los cuales se llamaba Furci. Como acabé de comentar sobre el secuestro del trigo, los dos abogados dijeron que conocían muy bien el Padre Di Francia y sus obras, más bien tuvieron palabras de alabanza, como mejor no podía esperarme.

El jefe de oficina comunicó con el director del racionamiento, que era un mayor, el deseo del Prefecto.

El mayor me recibió en seguida y se activó para que tuviera en tres días diez quintales de trigo gratis, y luego me sugirió de ponerme de acuerdo con los productores, declarando de darme gratuitamente aquel trigo que necesitábamos para los huérfanos. Para este fin me dejó los vales de autorización.

Llegado el Padre en Oria, le conté el hecho. El Padre me dijo que conocía muy bien el abogado Furci, que, aunque fuera uno de los jefes de la masonería de Mesina, sin embargo, era un amigo suyo y se activaba para ayudar el Instituto. Pero cuando oyó que ya me había acordado con los productores y había hecho declarar que el trigo se daba gratis en favor de los huérfanos, mientras, en cambio, se pagaba más de lo que valía, en seguida añadió: "Hiciste mal a mentir a los productores del trigo. Esto es enseñar a decir mentiras".

"Padre, - contesté – ¿y qué mentira es? No produjo daño a nadie, porque el trigo nosotros lo pagamos y hasta más de lo que costaba. Sería igual una mentira piadosa".

"¿Adónde hallaste – replicó el Padre – este lenguaje: una mentira piadosa? ¿Existen ahora también las mentiras piadosas?"

"Mire, Padre, el director mismo del racionamiento me dijo de hacer declarar a los productores, así como había hecho declarar yo".

Me dijo nuevamente el Padre: "Tienes que recordar que, aunque ciertas cosas en sí no son malvadas, igualmente no se pueden hacer si pueden ser mal interpretadas por los demás. Los seglares no hacen muchas distinciones entre mentira dañosa, oficiosa y jugosa (y tú ahora añades piadosa). Miran la cosa en sí, o sea, que se dice algo diferente de lo que es en realidad. Y esta la llaman mentira. Nosotros tenemos que abstenernos de dar a los seglares incluso esta sensación de mentira. En efecto, somos obligados siempre a dar el buen ejemplo a todos".

99. La hospitalidad es sagrada para nosotros

Era una noche lluviosa de invierno. Mientras estábamos cenando, llegó de la estación de Oria el Hermano José. Comentó que había viajado con dos Padre Capuchinos, que se habían dirigido hacia el Seminario Obispal buscando hospitalidad. Estaban preocupados, porque siendo tarde, temían de hallar el portal del Seminario cerrado.

El Padre se molestó y dijo: "¡Pobrecillos! ¿Por qué no los invitaste a venir con nosotros? ¡Seríamos muy honrados de recibir dos hijos de San Francisco! Los Capuchinos, además, son muy generosos en la hospitalidad con todos, pero en modo especial con nosotros".

"Padre, - dijo el Hermano José – en verdad no sabía si podía invitarlos sin permiso; ni sabía si había la posibilidad de hacerlos dormir con nosotros".

El Padre contestó: "Para estas cosas no se requiere el permiso. Y luego, ¿no sabes que la hospitalidad tiene que ser una de las características de nuestros Institutos? ¿No sabías que aquí hay muchas habitaciones? Nunca negamos la hospitalidad en el Barrio Aviñón, en que se vivía en extrema

pobreza, y había tanta penuria de lugares, ¿y tendríamos que negarla aquí? Ves en seguida al Seminario y, si ves que aún no hallaron alojamiento, invítalos aquí con nosotros".

El Hermano fue y los cogió todavía fuera, que tocaban tan insistentemente cuanto inútilmente el portal. Se reanimaron ante la invitación inesperada y corrieron hasta el Instituto. El Padre los acogió con afecto, los abrazó y se activó en seguida para prepararles la cena y las habitaciones. Les lavó los pies e hizo llevar fuego para secarse. Aquellos quedaron edificados y confundidos por tantos cuidados y delicadezas de caridad.

Cuando luego fueron todos bien arreglados, el Padre nos dijo a mí y al Hermano José: "Hace falta ser muy largos y generosos en la hospitalidad. Por esto en nuestras Casas no tiene que faltar un apartamento decente para acoger los forasteros. Y hasta cuando los huéspedes nos honran don su presencia, hace falta tratarlos bien. La hospitalidad es muy agradable al Señor. Por la hospitalidad, dice San Pablo, Abrahán mereció de alojar los Ángeles".

La mañana siguiente el Padre los rodeó de ulteriores premuras. Despidiéndolos, les dijo: "Cuando vengan a Oria, hagan cuenta que esta Casa es su Convento, y nosotros nos consideraremos siempre felices y honrados de tenerlos entre nosotros".

100. El honor de sentirse un pobre religioso

El Padre estando en Oria, una vez cayó enfermo y estaba en la cama con fiebre alta. En el mismo tiempo, Monseñor Obispo, Antonio Di Tommaso, advirtió que habría venido a verle.

Yo entonces hice la propuesta al Padre de pasar a otra habitación más decente porque aquella celdita, en que había siempre estado, se presentaba muy miserable.

Contestó el Padre: "No, para nada. El Obispo sabe que somos religiosos, que hicimos voto de pobreza, y como tal sabe de hallar una habitación de pobres y no de ricos. La pobreza a los religiosos no tiene que dar vergüenza, sino honor.

Ante su rechazo, intentamos de quitar de aquella celdita, o al menos de cubrir, lo que parecía muy miserable, como la jofaina de barro, sustenida por el trípode que era casi una chatarra de hierro esmaltado. Y luego, ¿cómo hacer con aquellos clavos en la pared, y camuflados con trapos para servir de perchas?

Contestó el Padre: "No entiendo por qué os molestáis tanto. Dejad las cosas tal como están. Haced bien la limpieza, poned orden, esto sí, porque la limpieza y el orden son el decoro de la pobreza".

El padre se cuidaba él de su habitación en Oria. Sólo alguna vez se hacía ayudar por el fámulo Bontempo o Lombardo.

101. El 25° de la primera Misa del Padre Palma

Recurriendo el 25º aniversario de la primera Misa del Padre Palma, el Padre en Oria reunió la Comunidad para comunicar la fecha. Él quería que este acontecimiento se celebrara solemnemente, sea por la gran importancia que tiene en sí la Santa Misa, sea también como signo de gratitud hacia el Padre Palma que tanto se prodigaba para el bien de la Congregación.

Se tenía, pues, que preparar una fiesta bonita, ofreciendo al Señor para él oraciones, Comuniones sacramentales y espirituales, florecillas. Para este fin envió también una carta circular a todas las Casas masculinas y femeninas.

Cuando el Padre Palma supo de los preparativos, intentó disuadir el Padre que, sin embargo, contestó: "No, no, Padre Palma, tenemos que celebrar esta fecha como mejor podemos. Y esto lo tenemos que hacer, antes de todo, nosotros por nuestra misión específica, que siente tanto la grandeza del sacerdocio. Queremos en manera particular tomar ocasión de esta circunstancia para exaltar el sacerdocio, luego hablar de su excelencia, de su utilidad y de su necesidad en la Santa Iglesia.

El día de la fiesta, además de las dos Comunidades, masculina y femenina, estaban presentes los amigos del Padre Palma y los aficionados del Instituto. Había también una señorita universitaria, prima del Padre Palma que, según el parecer del Padre, no estaba vestida según la modestia cristiana. Por esto él llamó la Superiora del Instituto femenino y le dijo:

"No está bien que aquella señorita participe en la fiesta vestida de aquella manera. Llamadla y con buenas maneras hacédselo entender. Si luego no quiere persuadirse, decidle, a mi nombre, que no tiene que entrar en la sala".

Le contestó la Superiora: "Aquella es la prima del Padre Palma".

"Una razón más – añadió el Padre – para decirle lo que os dije".

La Superiora se permitió de tomar las defensas de la joven: no era luego vestida tan inmodestamente, además del hecho que una observación parecida en aquella circunstancia, habría sido una mortificación no sólo para ella, sino también por los familiares.

Replicó el Padre resueltamente: "No entiendo cuál sea, según vos, la inmodestia. Si no queréis referir vos lo que os dije, se lo diré yo, aunque si para ella esto será más mortificante".

"Está bien, Padre, pensaré yo en ello", contestó entonces la Superiora.

El Padre hizo luego un maravilloso discurso de ocasión, sublimando el sacerdocio y las calidades, el celo y los sacrificios del Padre Palma para la Obra. Habló con tanta eficacia que muchos de los presentes estaban conmovidos hasta las lágrimas.

En aquella circunstancia sea las Comunidades nuestras masculinas y femeninas, sea los familiares, como también los amigos y conocidos del Padre Palma, se esmeraron en hacerle regalos.

Todos aquellos dones el Padre los repartió así: los objetos Sagrados los destinó a diversas iglesias nuestras; los convenientes para las Comunidades los envió a nuestras Casas; en cambio, los rebuscados o precios, los recogió y dijo: "Estas cosas no son para nosotros. Pensaré en regalarlos a los señores y a los bienhechores. Si no vigilamos, el demonio se puede servir hasta de estas ocasiones para hacer entrar en las Casas religiosas objetos que no son conformes con la santa pobreza, y que son ocasión de escándalo por los seglares".

102. Los pobres lo recogen todo

Hubo en Oria una temporada tan abundante de aceitunas, que costaba más recogerlas que venderlas.

En nuestro jardín había entonces muchos árboles de olivos, y aquel año estaban tan cargados que los ramos se rompían.

Considerando como iba el mercado, no se cuidó la cosecha, y por doquier se veían aceitunas esparcidas, abandonadas, pisoteadas.

Pasando el Padre en el jardín, vio todo este derroche y me hizo llamar. Yo le hice presente las razones del porque no las habíamos recogido, pero él me ordenó en seguida de hacerlas recoger diciéndome: "Las razones, los chicos no las entienden. Ellos ven que no se saben apreciar los dones de la naturaleza. El día de mañana serán inducidos a no estimar los bienes que el Señor nos envía, y a descuidar de ellos. Tal vez, por estos elementos educativos hace falta sacrificar, de alguna manera, la misma economía".

Otro día, volviendo el Padre a Casa, se dio cuenta que delante del Instituto estaban esparcidos unos garbanzos y judías caídos de los sacos descargados poco antes. Se puso a recogerlos él mismo y, haciéndome llamar, me hizo observar que esto era falta de pobreza, de respeto a la Providencia, y factor negativo en la formación de los chicos.

A mí se me escapó de decir que era más el gasto que el trabajo…

El Padre me reprochó: "Se ve que tú todavía entiendes poco de economía y menos todavía de pobreza y formación. ¿Y cómo así puedes formar los demás? ¡Llamas pérdida de tiempo lo que sirve para mantener la pobreza y formar en el espíritu de la pobreza y también de la economía! Recuerda lo

que dijo el Señor a los Apóstoles, cuando hizo el milagro de la multiplicación de los panes: «*Collígite fragmenta*». Todo lo que hay en el Instituto y todo lo que a ello llega, pertenece a la divina Providencia, y tenemos que apreciarlo, guardarlo, repartirlo y usarlo en el mejor modo posible. En esto es encomiable nuestro Hermano José Antonio, que recoge hasta el clavo, el trocito de madera y de papel. También vosotros tenéis que acostumbraros así. Los pobres lo recogen todo".

103. Los olivos se pueden cortar

En nuestro terreno de Oria había una esplanada, llena de olivos centenarios. Anualmente se cargaban de frutos hasta romperse; pero las aceitunas eran tan pequeñas que hacía falta mucho tiempo para recogerlas.

Algún año se intentó hacerlas recoger por los mismos chicos. Pero se requerían meses de tiempo para sustraer al estudio, al trabajo, a los encargos de la Casa y al recreo pero no se quería ir a cabo del problema. Por eso se asumían mujeres por día con paga regular. Pero así el gasto era más del ingreso neto, tanto que alguna vez se intentó dejar perder la cosecha.

Se notaba en cambio que por la Casa habría sido mucho más útil tener una huerta y un jardín, especialmente para los agrumes. El terreno ocupado por los olivos era el más indicado para este fin.

Más veces se hizo la propuesta de quitar aquellos árboles y hacer con el terreno un uso más funcional para las exigencias reales. El Padre Palma, sin embargo, tenía un culto por los árboles, y especialmente por los olivos; él no quería ni oír hablar sobre el asunto.

Un día, convencido que ni el Padre lo habría permitido, porque él también era un gran aficionado de los árboles, me dijo: "Tú sabes que, para abatir los árboles de alto fusto se requiere un permiso especial del Superior Mayor, por eso cuando viene el Padre, pídeselo a él".

Contento por esto, preparé todas las razones para llevar al Padre para obtener el permiso.

Y he aquí que, venido el Padre, presente el Padre Palma, mientras estábamos en el jardín, introduje el problema. El Padre cogió la antífona y, en seguida, como maravillado, exclamó: "Pero, ¿qué dices? ¡Sería una verdadera lástima! ¡Mira qué árboles enormes, son plantas centenarias! ¡Cuando se curvan bajo el peso de los frutos son un placer, una maravilla con sólo mirarlos! Sale espontáneo agradecer a la Divina Providencia por tanta generosidad".

El Padre Palma se sintió reanimado por este discurso e, invitado por el Fundador a declarar su opinión, se deshizo todo en mi daño: "Ya me lo dijo más veces a mí también y le contesté resueltamente que no. Pero cuando él se

pone un clavo en la cabeza, empieza a llevar muchas razones hasta que no consigue lo que quiere. Es sin experiencia. ¡No sabe cuántos años se necesitan para crecer un árbol como estos!". Y venga con un panegírico sobre los olivos…

"Perdone Padre – dije – ¿puedo por lo menos hablar? ¿Puedo dar mis razones?".

Y el Padre: "Habla, por favor".

Pero el Padre Palma: "Padre, ¿está viendo? No para, si no consigue todo lo que quiere. Un asunto lo gira y lo vuelta hasta que no se le da razón".

Y el Padre: "Padre Palma, déjelo hablar. Oigamos".

Así que me puse a exponer al Padre todas mis razones.

Después de haberme escuchado atentamente, él, dirigido al Padre Palma, preguntó: "¿Padre Palma, se dio cuenta de lo que dice el Hermano Carmelo?".

"Sí, Padre".

"¿Es verdad por eso que se necesita tiempo para recoger las aceitunas, y que algunas veces los gastos son más que el ingreso neto, mientras el cultivo de árboles de fruta y de hortalizas sería más útil para la Casa?".

"Sí, Padre – contestó nuevamente el Padre Palma – todo esto es verdad. Pero, ¿no sería una lástima desarraigar estos magníficos árboles que a lo largo de los siglos crecieron así? Yo no tengo valor para hacerlo".

"Pero las razones que lleva el Hermano Carmelo – replicó el Padre – me parece que sean justas, y son confirmadas por usted mismo. por eso creo que este permiso para la transformación agrícola se pueda dar. A mí también gustan mucho las plantas. Pero el sentimiento tiene que ser guiado por la razón, diferentemente no es más sentimiento, sino sentimentalismo. Usted dice que considera una verdadera lástima, un pecado cortar los olivos. En realidad, no es un pecado. Total, de este pecado la puedo absolver yo completamente. Por esto, quédese tranquilo, sin problemas.

"En cuanto, luego, al valor que le falta para abatirlos, no se preocupe. Se encargará el Hermano para que se corten".

El Padre Palma insistió: "Pero es bien, Padre, que los nuestros se acostumbren también a ciertos trabajos manuales, como el de recoger las aceitunas, que además no es para nada pesado. Sirve también para entender cómo se gana el pan. Hace falta que se hagan sacrificios, diferentemente se crecen como señoritos".

Contestó el Padre: "Estoy perfectamente de acuerdo que los nuestros tienen que estar dispuestos para todo, también a cultivar la tierra y a hacer los oficios más humildes. Si no tienen estas buenas disposiciones, es inútil que

estén en la Congregación. Pero es nuestro deber aplicarlos y hacerlos ejercer en aquellos trabajos que sean adecuados por su formación, o sea para lo que tendrán que hacer un día en la vida.

"Sería una pérdida de tiempo, sería distraerlos de la formación propiamente dicha, si los empleáramos en trabajos no verdaderamente adecuados para su formación.

"¿Cuál es el trabajo principal por ahora de estos aspirantes y religiosos? Formarse en el estudio, para ser mañana buenos religiosos, buenos sacerdotes, buenos educadores; trabajar, hacer los oficios de Casa. Hace falta por esto, que se ejerzan en todas estas cosas. El tiempo que se emplearía para hacerles recoger las aceitunas, sería sustraerlo a lo que se destina directamente a su formación específica.

"Non hay sólo el trabajo manual, sino también es trabajo el estudio, los oficios y cualquier otra ocupación necesaria.

"En cuanto a los huérfanos, la finalidad por la que los tenemos en el Instituto es el de darles una conveniente cultura y hacerles aprender un arte o un trabajo, para que mañana en la sociedad puedan vivir honradamente con el fruto de su actividad. Y en estas cosas es menester que se ejerzan. Aplicarlos habitualmente y durante mucho tiempo en otras cosas diversas de estas, sería perder el tiempo, distraerlos de su la propia formación.

"La parte formativa a menudo no puede hacer cuenta de la parte económica, a menos que no se trate de necesidades para vivir. Gracias a Dios, sin embargo, esta necesidad, por ahora, no la tiene nuestro Instituto, porque la Providencia es generosa con nosotros, de modo que podamos atender más directamente a la formación específica sea de los aspirantes y religiosos, sea de los huerfanitos.

Los olivos, pues, se pueden cortar".

104. Nostalgia por la vieja celda

La pequeña celda, en que el Padre moraba desde la apertura de la Casa de Oria, tenía el suelo muy antiguo, como todas las demás: una mezcla de cal y piedras de barro, ya totalmente consumida.

Más de una vez había intentado hacerlo reparar, pero el Padre me contestaba siempre que estaba bien.

Cuando luego él mismo se dio cuenta que había el peligro de caer, finalmente me dio el permiso de hacerlo arreglar. El albañil, viendo en qué estado resultaba, dijo que no había nada para arreglar y que se tenía que hacerlo todo nuevo, y ya no con aquel sistema antiguo, que ya no se usaba y habría costado mucho, sino con azulejos de hormigón monocolor. De este

modo habría costado menos y habría sido mucho más decente. Yo me convencí y lo hice actuar.

Cuando el Padre volvió, apenas entró en la celda y vio aquel suelo, se hizo pesaroso, me reprochó y me dijo: "Quitaste lo más bonito de la celda. Ya no es la de antes. El suelo parece lujoso, yo aquí no voy a entrar jamás. Hállame otra celda con el suelo como aquello que estaba antes aquí".

No quiso oír razones. Más bien acrecentó la dosis, añadiendo: "El espíritu de pobreza no siempre va de acuerdo con la economía. Tal vez, unas cosas que cuestan menos, dan una sensación de lujo en comparación con otra cosa que vale más. Tenemos que preocuparnos también de esto para el buen ejemplo que tenemos que dar al prójimo.

"En nuestras Casas todo lo que tiene que servir para los religiosos, como habitación, muebles, todo tiene que ser conforme con el espíritu de pobreza. Para los huérfanos, en cambio, se puede hacer alguna excepción, porque es menester tenerlos bien y porque no son introducidos a la vida religiosa.

105. Un religioso raro y la firmeza del Padre

Un tal Angelindo Varotto de la provincia de Padua, en religión Hermano Estanislao, antes de ir bajo las armas se mostraba muy bueno, al punto que estaba estimado por todos, especialmente por su piedad y sencillez. Durante la vida militar, sin embargo, empezó a leer todo lo que le pasaba entre las manos.

Al acabar la mili, muy pronto manifestó ideas muy raras sea sobre la doctrina, sea sobre la vida religiosa, conservando siempre una apariencia de piedad, aunque de su manera.

Se intentó en todos los modos de corregirlo y ponerlo en el recto camino.

El Padre, en modo especial, se activó en todos los modos para hacerlo arrepentir, diciéndole más veces que, si no se corregiría, habría sido obligado a expulsarlo de la Congregación.

A las ideas raras se añadía que, habiendo el oficio de vigilante de los huérfanos, no sólo se mostraba negligente y descuidado, sino que ponía castigos penosos y fácilmente usaba las manos. También en esto se mostraba incorregible. Entonces el Padre nos dijo: "Este dichoso hijo ya no se puede tener en la Congregación; es incorregible. Se hizo todo lo que pudimos. Antes de expulsarlo, sin embargo, pensé de hacerle tomar la habilitación como maestro. Así tendrá algo para poderse ganar la vida honradamente".

Yo me permití de objetar: "Pero, ¿es justamente necesario hacerle tomar este título para vivir? Cuando esté fuera, se apañará él para vivir. ¿Qué ya nos importa a nosotros de él?".

Me contestó el Padre: “Este no es la manera de razonar, ni tanto menos de actuar. No sólo no está segundo el espíritu de caridad cristiana, sino que tampoco es humano. Todos son hijos de Dios, sea los que están en el Instituto, sea los que están fuera, y todos los tenemos que mirar y estimar como tales.

“Hacia los que dejan la Obra, con todo que sea su culpa, hace falta tener una atención particular, porque sirvieron el Instituto. Además, puede ser también que salieron por nuestra culpa, porque no los supimos formar, o bien no les dimos la ocasión”.

El joven consiguió el diploma de maestro en Francavilla Fontana. Luego, el Padre lo llamó y le comunicó la decisión de su expulsión del Instituto. Supo explicar la noticia con tanta caridad que el joven quedó emocionado. Sin embargo, consideraba injusta la disposición, sea porque estimaba más que justas sus ideas y sus criterios adoptados con los chicos, sea porque él creía tener la vocación rogacionista.

No quería para nada, pues, dejar la Congregación.

El Padre insistió aún con modos persuasivos, prometiendo que lo ayudaría económicamente hasta que no se arreglaría.

Pero, cuando vio que todo era inútil, le dijo en manera absoluta que en pocos días tenía que dejar el hábito y dejar el Instituto.

Viéndose así obligado, el joven dijo al Padre:

“Yo tengo la vocación rogacionista. Vosotros me expulsáis, y yo no puedo no marcharme. Pero estoy decidido a entrar en el Seminario de Padua, y cuando seré sacerdote, entraré de nuevo en la Congregación de los Rogacionistas”. “Y yo – le contestó el Padre – dejaré escrito en mi testamento que no te tienen que aceptar, a menos que el Señor no haga un milagro que te cambie totalmente”.

106. En la educación es difícil justificar las bofetadas

Un huérfano de Francavilla Fontana fue aceptado en nuestra Casa de Oria. Su padre estaba en la cárcel por haber matado la mujer. El delito había sido perpetrado en la presencia del hijito, que había quedado tan impresionado y tocado al punto que hasta su sistema nervioso se resintió.

Era iracundo y dañoso.

Un día, teniendo un contraste con un compañero, le dio un golpe en la cabeza con un bastón, produciéndole una herida de una cierta entidad. El herido empezó a chillar, y fue llevado a la enfermería.

Mientras lo curaba, mandé que me enviasen el culpable, al que di dos solemnes bofetadas, diciéndole: "¡Delincuente! Acabarás a la cárcel como tu padre".

En aquel momento, el Padre, que había oído el lloro, entró en la enfermería. Se dio cuenta, pues, de las bofetadas y de los reproches.

Él reprochó el chico por haber golpeado al compañero. Luego se dio cuenta de la gravedad de la herida y asistió en la medicación. Finalmente, me dijo: "Cuando lo termines todo, sube a la habitación, necesito hablarte".

Lo entendí todo. Por eso, antes de presentarme, para calmarme un poco, tomé un poco de tiempo. Sabía, por experiencia, que el Padre nos quería ver siempre alegres, y le disgustaba romper la alegría hasta cuando tenía que reprochar. Me presenté, pues, en una actitud serena. Lo hallé, sin embargo, bastante serio y, en esta actitud, me dijo: "No creía que te portaras así. Esto no es el modo de educar. Es verdad que el chico había faltado gravemente en herir a su compañero. Pero se sabe que él fue tocado por la tragedia familiar, y por eso en alguna manera se tiene que perdonar. Dado su estado de ánimo, se tenía que corregirlo con modos más adecuados.

"Tú quieres corregir con tu ira su ira, con tus golpes sus golpes. El chico no sabe distinguir los golpes que se dan por educación de los que se dan por ira.

"Pero luego, ¿qué justificación tienen aquellas bofetadas? ¡Es algo inhumano! Peor todavía aquella palabra de acompañamiento: «¡Delincuente!». No se injurian, no se ofenden nunca los chicos de aquella manera. Es menester respetar su persona, su honor. Si se sienten apodados como «delincuentes», si no lo son, al fin se convierten en ello.

"Y luego no te digo la gravedad de las demás palabras que le dijiste: «¡Acabarás en la cárcel, como tu padre!». Esto es el colmo. ¡Acordarle la escena que más lo atormenta, la atrocidad de su padre, la muerte cruel de la mamá! ¡Recordarle el más horrible mal ejemplo que pudo recibir por su padre!

Tienes que recordar que las correcciones, si no se hicieron como conviene, en vez de producir el bien, causan el mal; y, alguna vez, un mal irreparable".

107. La profesión religiosa perpetua

Un día el Padre me dijo: "¿Quieres hacer la profesión religiosa perpetua conmigo y con el Padre Palma?". "¡Ojalá!". Contesté.

"Pero tienes que prepararte bien. Ciertamente sabes qué significa: consagrarse para siempre a Dios. Es como un segundo bautismo. Los santos, en efecto, dicen que la profesión religiosa se puede comparar muy bien al

bautismo y al martirio. Hace falta ser dispuestos para inmolarse en todo y por todo a Dios".

Él me hacía este discurso en presencia del Padre Vitale, que dijo al Padre: "Pero, usted sabe que el Hermano Carmelo no hizo el noviciado *canónico*. ¿Qué noviciado, en efecto, pudo realizar, en seguida después del terremoto, en Francavilla Fontana, entre todas aquellas distracciones?". Y el Padre: "¿Qué dice, Canónigo? ¿Él no hizo el noviciado canónico? ¡Recuerdo muy bien la vida, el trabajo y los sacrificios que tuvo que encarar aquel año que estuvo en Francavilla! Y luego, ¡más que un año de noviciado, en los cuatro años de guerra! Entre tantos peligros por el alma y el cuerpo, gracias a Dios, siempre se mantuvo fiel al Señor y volvió a la Congregación. ¿Qué queremos más? Y nosotros dos, ¿qué noviciado hicimos? ¡A menos que no queremos entender por noviciado canónico el hecho que nos llaman aún *canónigos*!".

108. "Si fuera Capuchino, para mí el convento sería un manicomio"

Me hallaba en el recreo con los Cohermanos entre los aspirantes. Entre las otras cosas, se hablaba de Órdenes y Congregaciones religiosas. Recuerdo de haber dicho que estimaba y veneraba mucho la Orden de los Capuchinos con preferencia de muchos otros Institutos religiosos, pero que, si hubiese tenido que ser yo capuchino, el convento para mí habría sido como un manicomio y el hábito como una camisa de fuerza.

Hubo quien refirió al Padre lo que había dicho, descubriendo un sentido de desprecio en mi última expresión.

El Padre me llamó y empezó a decirme: "Hace falta tener mucha estima y profunda veneración de todas las Órdenes y Congregaciones religiosas. Ellas son, en efecto, inspiradas por el Espíritu Santo para realizar en la Iglesia especiales y altísimas misiones para la gloria de Dios y el bien del prójimo. Cada institución es una mina de grandes santos y almas escogidas. Entre las instituciones tiene la prioridad sin duda la orden de los Capuchinos, sea por espíritu de observancia, de penitencia y de pobreza seráfica, como también por el florecer y muchedumbre de grandes santos. No podía nunca imaginar que tú, con tu ligereza, y diría también con tanta temeridad, te permitieras tales expresiones. ¿Acaso no sabes que el convento de los Capuchinos es la Casa de Dios, donde día y noche aquellos santos religiosos alaban a Dios con la oración, con el santo sacrificio de la Misa, y donde noche y día mora Jesús Sacramentado? ¿Llamas camisa de fuerza el hábito religioso, el hábito sagrado, el hábito de San Francisco? ¿Así los formas? Al menos de alguna manera tienes que reparar. Luego te diré yo cómo tienes que hacer".

Después que acabó de hablar, precisé con toda calma: "Padre, si me permite, le diré que el asunto no fue referido exactamente. Dijeron sólo la

segunda parte, olvidando la primera. Hablando yo de los Capuchinos, dije estas textuales palabras: "Yo para la Orden de los Capuchinos tengo una gran estima y veneración con preferencia de los demás institutos religiosos. Pero me imagino que se me hallara Capuchino, para mí el convento sería un manicomio y el hábito la camisa de fuerza".

"Bueno – dijo el Padre – el asunto así cambia, menos mal. Dado que el Señor te llamó a nuestra Congregación, está claro que te tienes que sentir transportado por ella y no por las demás Órdenes o Congregaciones religiosas.

"Esto es el efecto de la vocación específica. Por esto el Señor te llamó para ser Rogacionista y no Capuchino, o Jesuita o Salesiano.

"Tu suposición imaginaria estaba fuera de lugar y absurda porque mientras eres Rogacionista no podías ser también Capuchino.

"Pero, por cuanto la cosa mude, y no es como me habían referido, sin embargo, cometiste una grave imprudencia llamando el convento de los Capuchinos manicomio y el hábito camisa de fuerza, especialmente por haberlo dicho delante de los chicos, que, muy a menudo, no saben entenderlo y quedan escandalizados.

"Cuando luego se habla de instituciones religiosas, hace falta decir siempre el bien de todo y de todos: de su fin, de su misión, del apostolado, del hábito. Ni hace falta hacer comparaciones desfavorables entre nuestra Congregación y las demás instituciones religiosas. Todas son igualmente obras de Dios y todas, según la propia naturaleza y el propio fin específico concurren igualmente en la Iglesia para la gloria de Dios, la salud y la ayuda del prójimo. Sería un gran error, por querer dar mayor importancia a nuestra Congregación, disminuyendo las demás instituciones religiosas. Sería un verdadero egoísmo, muy peligroso.

109. Faltaba la celda, ¡para usarla como... prisión!

Entre 1919 y 1920 el Padre, contra su costumbre, faltó de Oria durante mucho tiempo. En la Casa, mientras tanto, se habían hecho unos trabajos. Entre otra cosa se había construido y amueblado un bonito dormitorio para los huérfanos, con criterios modernos por aquellos tiempos, igual inclusive con cierta elegancia.

Cuando vino el Padre a Oria, dijo al Padre Palma y a mí: "Supe que en este tiempo hiciste cosas nuevas en la Casa. Hacédmelas ver".

Nos pusimos a dar vueltas, visitando las aulas de la escuela más acogedoras y amuebladas, los talleres mejorados y, finalmente, el nuevo dormitorio. Se vio entonces el Padre hacerse bastante serio en el rostro y pedir para quiénes era destinado. Habiendo entendido que era para los huérfanos, se alegró y dijo: "Menos mal. Si es para ellos, está bien". Observando la

amplitud del lugar bien ventilado, con el suelo en gres bien pulido, con cierto dibujo y zócalo esmaltado con borde florecido, camitas blancas simétricamente ordenadas, dijo: "Es bonito de verdad, me gusta. Sea infinitamente bendita y agradecida la divina Providencia que tan generosamente nos socorre. Ay de nosotros, sin embargo, si abusáramos de ella y faltáramos a la santa pobreza, creando para nosotros comodidades más que el puro necesario. Para las Iglesias, para los enfermos, para los huérfanos y los pobres se puede hacer una excepción sea en el trato, como en relación con otras comodidades. Por ellos la divina Providencia se nos acerca tan generosamente. ¡Pobrecitos! ¡Están faltos de las personas más queridas en el mundo: los padres! ¡Y nosotros tenemos que substituirlos! Pero, ¿cómo podemos sustituirlos? Aunque pudiéramos hacer más que los padres, quedaríamos siempre como simples subrogados. Intentemos ser, por lo menos, un buen substituto.

"Podríamos de alguna manera triunfar en esto si nos esforzaremos de mirar el huérfano con el espíritu de fe querido por nuestro Señor: el que acoge a uno de estos en mi nombre, me acoge a mí. Cualquier cosa haréis a uno de estos por amor mío, lo considero hecho a mí".

Cambiando luego de tema, el Padre añadió: "Sin embargo, no puedo no haceros notar que falta aún algo muy importante para una Casa de educación. Falta la celda, quiero decir… la prisión".

Yo repliqué: "¿La prisión? ¿Y qué tenemos que hacer nosotros con la prisión? ¿Para qué nos tiene que servir? ¿Acaso nuestro instituto es un instituto de corrección o una caserna de militares?". "Tú pides para qué sirve aquí una prisión – contestó el Padre – ¿es muy difícil entenderlo? Sirve para castigar los chicos que faltan en cosas graves".

"Por lo que dependa de mí – añadí nuevamente – no pondré nunca un chico en una prisión". Y el Padre replicó: "No entiendo por qué tienes tanta repugnancia de la prisión. ¿Acaso en tu vida militar estuviste más veces en la cárcel?".

"No, gracias a Dios. En cuatro años de vida militar nunca conocí lo que fuera, pero repito: jamás encerraré allí un chico: es anti educativo, el opuesto de todo criterio pedagógico".

"De todas maneras – siguió el Padre, haciendo señas con los ojos hacia el Padre Palma – veamos de hallar un lugar adecuado para la prisión".

A mí me parecía totalmente raro aquel discurso del Padre y no me lo sabía explicar, conociendo sus sentimientos. Ni podía sospechar que él pudiese decir esto para probarme y para conocer mi pensamiento. ¡Igual alguien me había acusado de ser riguroso!

Así nos pusimos en búsqueda de un lugar adecuado para la prisión.

Ya habíamos descartado muchos de ellos, cuando finalmente el Padre Palma nos condujo a ver un rinconcito oscuro, con apenas una especie de resquicio para el aire y la luz, donde se entraba a través de una trampilla. El Padre dijo: "Es óptimo: ¡parece hecho justamente para una prisión!". Y, dirigido a mí dijo: "¿No es verdad? ¿No te gusta?".

"¡Para nada!", me encendí. "Aquí cabe bien sólo algo de madera…". Y decía esto de manera indignada y con desprecio. "¡Muy bien!", sonrió finalmente el Padre. "Me gusta mucho que pienses así. Quiero que sepas que lo hice todo para ponerte a prueba. Quería acertarme directamente sobre lo que opinarías".

Luego siguió con unas cuantas reflexiones:

"A menudo los educadores que asisten inmediatamente a los chicos, hacen un gran error, creen de corregirlos y educarlos a fuerzas de reproches ásperos, castigos penosos, golpes y prisiones. Los chicos no se educan así. De esta manera, en vez de formarse, se deforman, se entristecen, se irritan, se embrutecen. Unos cuantos quisieran legitimar sus castigos comparándolos con los que los padres dan a sus hijos. La comparación no se sostiene, porque hay una gran diferencia entre el ascendente que los padres tienen sobre el ánimo de sus hijos, y lo que tienen los educadores sobre sus educandos. Además, los padres ordinariamente no van a los excesos en los castigos. si exageran, ni ellos educan bien.

El educador, para tener un buen éxito en este arte difícil de la educación, tiene que tomar los chicos siempre por la parte del corazón y de la razón. O sea, tiene que adoptar el método preventivo de don Bosco, que es también el nuestro, como muchas veces dije. Hace falta aún recordar que para los huérfanos el amor es más necesario que para los demás chicos, justamente porque les falta el de los padres; y los castigos son más peligrosos porque creídos ellos también un efecto de la misma falta de los padres".

110. Un golpe en la frente

Una noche, muy tarde, no había todavía rezado el Rosario. Mientras tanto, estaba muy cansado y me caía por el sueño. Para vencerme, rezaba caminando en los pasillos. Pero el sueño era tanto que a menudo me caía la corona de las manos. No recordaba en qué decena había llegado y así volvía a empezar.

Andando así medio dormido, fui a chocar la cabeza contra un borde del pasillo, haciéndome daño en la frente.

La mañana siguiente, cuando me vio el Padre, me preguntó qué había pasado. Cuando le comenté el hecho, me dijo: "Esta es una falta de sentido común y de exageración. El Señor no quiere las cosas por fuerzas. Es verdad que hace falta hacerlo todo para no olvidar las prácticas de piedad, intentando

prever las cosas, para poderlas así cumplir en su tiempo. Pero luego, cuando por razón de oficio, de imprevistos, no se pudo hacer alguna de ellas, no hace falta preocuparse tanto ni buscar lo imposible. Además, tú, durante todo el día, ¿acaso no habías trabajado para el Señor? También el trabajo para cumplir el propio deber es oración. Habrías hecho mejor yendo a la cama, ya que te habías reducido tan tarde. Así, por lo menos, habrías hecho algo. En cambio, de aquella manera, ¿qué Rosario pudiste decir? ¿Con qué atención y devoción lo pudiste rezar? También en las prácticas religiosas hace falta ser discretos. Más bien en estas, más que en otras cosas, porque la piedad, la devoción, no consiste en el rezo de muchas oraciones y prácticas de piedad, sino en rezarlas y hacerlas bien, con atención y amor".

111. Así el Padre soñaba sus Institutos

El Padre Vitale, en la vida del Padre, habla de un chico cleptómano. En este respecto, recuerdo que el Padre me decía: "Cuando nuestro Instituto, Dios mediante, se habrá desarrollado, en el Orfelinato se tendrá que dar una impostación y un ordenamiento más completo".

Luego detallaba los siguientes puntos:

"1º - Es un inconveniente grave tener juntos chicos de toda edad y clase, así como estamos obligados de hacer ahora. Para evitar los inconvenientes, no basta con tenerlos divididos por líneas, sino que tienen que ser educados en Casas diversas. Esto sería el ideal por muchas razones: directivas, morales, escolares, formativas y económicas.

"2º - En segundo lugar, sería ideal tener unos Orfelinatos específicos, para acoger en ellos huérfanos muy pequeños, que fueron totalmente abandonados. Su condición es penosa, porque a menudo acontece que justamente en esta edad, cuando necesitan más de asistencia, son abandonados. Ellos tendrían que ser confiados a la asistencia de educadoras, bajo la dirección de nuestras Hermanas. No es menester que se tengan pequeñísimos de guardería en los Orfelinatos masculinos: ellos son los primeros que sufren, porque el lugar no es adecuado; y luego son un obstáculo a los vigilantes y en la disciplina.

"3° - En tercer lugar se comprobó que tal vez, en los Orfelinatos, unos elementos, por su naturaleza, no pueden estar en comunidad, porque basta que haya uno o dos de estos elementos para revolucionar una línea o un Instituto. Para el bien común, pues, fuimos obligados a alejarlos, aunque sabíamos que estas personas son justamente las que más necesitan la asistencia y que, saliendo fuera, abandonados a sí mismos, fácilmente tendrán un mal éxito.

"Esta categoría de chicos tendría que ser acogida en una Casa con un personal bien preparado sea a nivel directivo que asistencial.

"¡Sería una redención! Unos elementos se juzgan fácilmente incorregibles porque demuestran obstinación en las mismas faltas. Y es verdad que unos cuantos están predispuestos por defectos hereditarios o bien por el ambiente o por eventuales traumas en la infancia. Sin embargo, estoy convencido que, con una adecuada educación, se pueden corregir".

En este punto objeté: "Lombroso[39] dice en cambio que unos elementos son así naturalmente predispuestos que se tienen que considerar incorregibles".

Me contestó el Padre: "Si te pones a leer aquellos libros, te llenarás la cabeza con muchas rarezas, al punto que ya no entenderás nada. Y luego, ¿no sabes que la teoría de Lombroso, o sea el llamado determinismo está condenada?".

Repliqué: "Y, ¿cómo arreglarse con los que fueran causa segura de inmoralidad con los demás?".

"Si estos no se corrigen – contestó el Padre – disgusta mucho, pero hace falta expulsarlos por el bien común e intentar ayudarlos fuera como mejor se puede".

Luego siguió el discurso de antes:

"4º - Hay casos en los que, por razón de enfermedades crónicas y heredadas, que no se pueden aceptar, y otros en los que hace falta hasta despedirlos. A pesar de esto, estos pobrecitos necesitan mayormente de ser asistidos. Por estos casos se tendría que activarse totalmente para tener, a parte, una especie de *valetudinario*, o sea una gran enfermería en una posición bonita y saludable, donde se recogen aquellos elementos que no pueden ser hospedados mejor en otros lugares. Se entiende que nos referimos a casos que no exigen cuidados exclusivamente hospitalarios, porque entonces se recurre a estos.

"Cuando luego los chicos son ingresados en hospitales, hará falta interesarse de ellos como de los propios hijos.

"5º - Pero más aún es necesaria esta Casa de descanso para las Comunidades religiosas. Los religiosos, en efecto, como también las religiosas, hace falta acogerlos en el hospital menos posible, y sólo cuando lo requiere el mayor bien de los enfermos, y nunca para quitarse la incomodidad y la molestia.

[39] César Lombroso (1835-1909) fue un psiquiatra y criminólogo de gran autoridad en sus tiempos, y esto a pesar de las oposiciones y críticas a sus métodos y conclusiones. Según él, genio e ingobernabilidad, santidad y perversión, ya están determinados por la herencia genética. De aquí la peligrosa afirmación que uno nace delincuente, sin posibilidad de redención ni social ni religiosa (Cf. *L'uomo delinquente*, Milán 1876). El Padre, como además don Bosco, Bartolo Longo y otros, fueron feroces opositores de esta teoría, y la desmintieron con los hechos.

"6º - Sería luego caridad exquisita y muy conforme con nuestra misión de Rogacionistas podernos cuidar de los sacerdotes ancianos e inhábiles, acogiéndolos en Casas adecuadas. Así también, ofrecernos para ayudar los Seminarios, sea en la formación, como también en la dirección…".

112. La calidad de los individuos es el honor de la Congregación

El Padre, regresando a Oria después de mucho tiempo de ausencia, me dijo: "Todavía no me entregaste el informe sobre los aspirantes. Entre todas las actividades de la Casa merece mayor interés la que se refiere a las vocaciones. Hace falta buscar de tenerlas numerosas y principalmente bien formadas, porque de ellas dependen la vida y el desarrollo de la Congregación. Por esto hace falta orar, antes de todo, para que las vocaciones son fruto de la oración. Es esto el secreto seguro y el medio infalible para tener vocaciones.

"Hace falta, además, buscar de hacer propaganda especialmente por medio de nuestros Sagrados Aliados y a través de la prensa: "El Secreto Milagroso, Dios y el Prójimo...".

"Sobre el número de los aspirantes – dije – son cerca de 40".

"Son un buen número, gracias a Dios – contestó el Padre – pero buscar tener más, también porque muchos de estos chicos no perseveran, según lo que dice nuestro Señor: «Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos».

"Pero, más que todo, hace falta cuidar la calidad de los aspirantes, y a su formación. El número no tiene que perjudicar la calidad. Recordad lo que dice el Espíritu Santo sobre ello: «¡Da mayor honra a los padres un hijo bueno que cien mediocres!».

"Una de las señales más importantes de vocación, es ver un jovencito diligente haciendo sus prácticas de piedad, de las que, sin embargo, no hace falta cargarlo demasiado.

"Hace falta asistirlos, estos chicos, con diligencia, y gradualmente acostumbrarlos a la vida religiosa de modo que la puedan amar. Es muy importante un muy buen ambiente, afectuoso y sereno. Si hay aspirantes que no presentan buenas disposiciones, en su tiempo, con las debidas precauciones, hace falta eliminarlos, porque bastan pocos para dañar el ambiente. Hay que dar mucha importancia a la escuela. Un chico que no sale bien en el estudio por desgana habitual, es inútil tenerlo. Antes de usar los libros escolares, hace falta examinarlos bien. La escuela, cuanto más es posible, se haga por nuestros internos, porque esto influye mucho en la formación. Sin embargo, se haga bien y no sea improvisada.

"Cuando termine el año escolar, enviadme una copia de los resultados de los exámenes, sea de los aspirantes que de los huérfanos".

Hice notar al Padre que, por falta de lugares, no se podían aceptar otros aspirantes, ni otros huérfanos. Además de esto padecía también la disciplina, no habiendo la posibilidad de tener separados los aspirantes y los huérfanos. Era, pues, necesario, ampliar el Instituto.

El Padre llamó en seguida el Padre Palma y lo encargó de estudiar la posibilidad de ampliar el Instituto.

113. La rotativa no es útil para aprender el arte tipográfica

La Comunidad de Oria tuvo que alegrarse ante la noticia de la adquisición en Mesina de la máquina tipográfica rotativa. Era lo mejor que se podía imaginar: imprimía, cortaba, doblaba, ponía en el carrito, producía 25.000 copias cada hora trabajando por un lado, 50.000 trabajando en los dos lados. Cuando se dañaba alguna hoja, se paraba automáticamente, haciendo tocar una campanita. Pero yo me permití de decir: "Creo que esta máquina no sea buena para nuestro Instituto, porque, como hace todo a solas, no vale para el aprendizaje del arte tipográfica, que es lo más importante para nuestros huérfanos".

Refirieron al Padre este juicio mío. El Padre me llamó y me dijo: "Me gusta que vosotros os interesáis en las cosas que se hacen en el Instituto. Es verdad que los aparatos de los talleres tienen que favorecer el aprendizaje del arte o trabajo; es verdad también que la rotativa no vale para esta finalidad, porque ella es ordenada principalmente para la producción. Pero se tiene que notar que las copias de la revista *Dios y el Prójimo*, órgano principal de nuestras Secretarías Antonianas, habían subido al punto que se tuvo que instalar una máquina de alta y rápida producción. Así no sólo se tiene una prestación muy rápida, sino que se libera mucha mano de obra empleada en trabajos que no tienen nada que hacer con el aprendizaje del arte tipográfica. ¿Cuánto tiempo, en efecto, se empleaba para poner siempre las hojas en la máquina, para cortar y para doblar? Pasaban meses enteros para hacer las mismas cosas y no conseguíamos producir lo que hacía falta para las Secretarías. Ahora la rotativa nos hace ahorrar mucho tiempo, que se puede emplear más útilmente en el trabajo de las máquinas planas, más indicadas para el aprendizaje".

En efecto, la rotativa se demostró muy útil para estas finalidades que el Padre me indicó.

114. Así el Padre me dio razón

Entrando un día el Padre con el Padre Palma en la tipografía de Oria, se dio cuenta que el sol de la ventana daba en la máquina tipográfica. Dirigiéndose a mí, dijo: "No os dais cuenta que el sol, dando en la máquina hace secar la tinta, con la consecuencia que los impresos no salen limpios? Hace falta poner en la ventana una cortina blanca que ampare del sol, pero que, al mismo tiempo, no disminuya la luz necesaria para el trabajo en la tipografía.

Yo me permití de observar: "padre, la cortina blanca aquí no se puede poner". Pero el Padre resueltamente me interrumpió en seguida: "He aquí, que tienes que tienes siempre que objetar algo. Dique que se tiene que poner la cortina y en seguida, ¿entendiste?". "Sí Padre, lo entendí muy bien, pero, si me lo permite, le diré que hago la observación porque quiero poner la cortina como usted habla. Si tuviese la intención de no ponerla, no haría ninguna observación, así que después me serviría de los inconvenientes para disculparme de no haberla puesta.

"La cortina blanca en la tipografía, donde los chicos la manosean a menudo, ordinariamente con las manos sucias de tinta y de otras cosas, hará falta cambiarla cada día, por eso creo que no sea conveniente ponerla blanca, sino de un color que no disminuya la luz".

Y entonces el Padre: "Tienes razón", me dijo. "Está mal cuando se ven las dificultades y no se señalan, tomándolas luego por escusas, cuando no se pudo obtener el resultado".

115. Desconfiar de la adquisición de las entidades morales

Una mañana había ido desde Oria al Distrito Militar de Brindisi para obtener un documento sobre el Hermano Serafín Santoro. Mientras estaba volviendo, en la estación de Brindisi oí que me llamaba el Padre Palma, que se hallaba en el tren para Lecce. Me dijo de subir. Tras haber subido al tren, además del Padre Palma, hallé también el Padre, la Superiora de San Benito y otra Hermana. El Padre me dijo de ir con ellos a Lecce para ver y visitar un Instituto, fundado por un tal Monseñor Chiriat, que luego lo habría querido pasar a nosotros.

Llegados en Lecce, un señor nos acompañó en la visita del Instituto en la espera de la venida del Monseñor.

El Instituto estaba en un lugar central y aparecía bonito, sea por dimensión que como arquitectura. Sin embargo, era poco funcional, y faltaba también de espacio suficiente para jugar. Los muebles no eran muy escasos.

La mayor observación que el Padre hacía era sobre la falta de espacio para jugar. Especialmente en la ciudad, la necesidad del espacio es algo muy importante para el buen funcionamiento de un Instituto.

Cuando llegó el Monseñor, nos detalló la parte jurídica. El Instituto no podía ser ni dado ni vendido, porque era una entidad moral. Se podía sólo dar en gestión, también durante muchos años, con un contrato según la naturaleza del estatuto.

El Padre, después de haber escuchado, dijo con gentileza: "Monseñor, la agradecemos mucho por el pensamiento que tuvo por nosotros y por la estima preferencial que tiene sobre nuestra institución. Pero por principio ordinariamente no aceptamos obras que sean entidades morales. Por eso puede libremente confiar la gestión a quién cree mejor".

Replicó el Monseñor: "Reverendísimo, le aseguro que el Consejo administrativo actual está compuesto por elementos bien dispuestos".

Contestó aún el Padre: "Sí, lo comprendo, pero, como usted bien conoce, estos fácilmente mudan. Nosotros queremos ser libres sea por el tratamiento de los chicos, sea por los criterios de educación. El Consejo administrativo, por cuanto pueda estar compuesto por elementos bien dispuestos, difícilmente deja libres, porque no se puede dar cuenta de las exigencias propias y especiales de un Instituto.

"Reverendísimo, – añadió nuevamente el Monseñor – no puedo no dar razón a sus principios. Le digo con franqueza que me arrepentí talmente de haber instituido la obra como entidad moral que, si lo fuera igualmente de mis pecados, en mi muerte iría al Paraíso derecho. Fui mal aconsejado".

El Padre lo agradeció también por su franqueza y volvimos a Oria.

En el tren yo decía al Padre: "Es una lástima renunciar. Es un Instituto bonito. ¿No podíamos hacer la prueba? Y el Padre me contestó: "Se ve que no sabes todavía qué es la entidad moral.

116. Un invento para acortar las oraciones

Una vez el Padre, celebrada la Santa Misa en la Casa de Oria, volvió a la Iglesia para la acción de gracias, cuando oyó decir al lector de las oraciones: "Un *Pater*, *Ave* y *Gloria* según todas las demás intenciones".

Como salimos, él me dijo: "Hallasteis un buen modo para dejar las oraciones particulares: se reza un *Pater*, *Ave* y *Gloria* según las intenciones diversas, y todo está hecho… Así, mientras aún estoy vivo, dais cuerpo a mi preocupación sobre lo que será de todas estas oraciones después de mi muerte. No digo que se tiene que cansar la Comunidad con un cúmulo de fórmulas. Esto podría acontecer cuando en el mismo tiempo coincidieran obsequios, triduos, novenas, prácticas mensuales…

"Esto se puede evitar estudiando el Calendario propio y siguiendo los criterios del Ordinario de la Iglesia, que cuando coinciden más fiestas, celebra con solemnidad la principal, haciendo para las demás unas conmemoraciones. Así no queda en el arbitrio del lector acortar o, peor aún, eliminar unas oraciones. Vigilen, pues, los Superiores, para que no se descuiden las oraciones; y hagan en modo que se recen siempre bien. En todo esto hay una gran responsabilidad.

"Tal vez, con la excusa que en la Casa hay mucho para hacer, hoy se deja de rezar una oración, mañana más fácilmente dos, y así seguidamente. En este modo, la acción sofoca la oración y así poco a poco se pierde el espíritu religioso que es el alma, el aliento, la vida especialmente de nuestro Instituto. Ello, en efecto, a diferencia de las demás Congregaciones, es esencialmente fundado en la oración, como demuestra nuestro fin específico, el voto especial y el mismo nombre nuestro de Rogacionistas.

"La perfección y la vida de nuestro Instituto son puestas todas en el espíritu de oración.

"Tenemos también que recordar lo que dice San Buenaventura, o sea que el tiempo dedicado a la oración nuestro Señor lo devuelve con muchas gracias y bendiciones sobre nuestras obras. No se tiene, pues, que omitir fácilmente las oraciones, porque mientras aquellas para obtener los buenos Trabajadores a la Santa Iglesia son requeridas por la naturaleza específica de la Congregación, las a San Antonio para los bienhechores son requeridas por el espíritu de justicia".

117. Una mentira puede valer años de prisión

Nuestros Cohermanos de Mesina me narraron lo que sigue. Se estaba descargando un camión de bobinas de papel cuando una de ellas, que pesaba tres quintales, cayó desde arriba sobre un trabajador, que quedó aplastado y después de unos días murió en el hospital.

Hubo una consternación muy grande: una vida cortada y una familia en luto; pero también las graves responsabilidades de la empresa y del mismo Instituto, en cuanto dador de trabajo. El trabajador, en efecto, no tenía seguro, porque había empezado a trabajar hacía poco tiempo. Después de un breve y convulso consejo, se recurrió al expediente de inscribir el difunto en el registro de seguros de los obreros de la tipografía anticipando la fecha antes del fallecimiento.

Por la noche el Padre supo el expediente que se había adoptado y en seguida dijo que era algo que no se tenía que hacer. El día siguiente, antes de celebrar la Santa Misa, fue a la Oficina de seguros para revelar el acontecimiento en sus verdaderos términos.

Los empleados quedaron asombrados por tanta rectitud, y dijeron: "Nosotros no sabemos nada de lo que va el asunto. La rogamos de marchar en seguida, y de no decir a nadie que vino aquí diciendo lo que dijo".

El Padre, de vuelta de la Oficina, informó al Padre Vitale de lo que había hecho y añadió que por la noche no había podido dormir sea por la desgracia ocurrida al trabajador, sea porque se había declarado el falso. El Padre Vitale le hizo relevar que las consecuencias serían muy graves sea por la empresa sea por el Instituto y no solamente por el lado económico, sino también por lo penal, pudiéndose ir también a la cárcel. Y el Padre contestó que siempre es menos mal pagar cualquier cantidad y hacer también años y años ce cárcel que decir una mentira.

Él era tan contrario a la mentira, que no quería ni oír su nombre.

118. Para las exigencias de Oria no se cuente con los sacerdotes de Mesina

El Padre Palma hacía notar al Padre la gran necesidad que había en la Casa de Oria de otro sacerdote, tanto más que él mismo se tenía que ausentar y también por mucho tiempo. Decía, pues, al Padre que todas sus esperanzas se ponían en los que habrían venido de Mesina, en cuanto serían ordenados sacerdotes. El Padre lo interrumpió, diciendo: "Padre Palma, sobre la necesidad que hay de otro sacerdote en esta Casa, estoy super convencido no menos que usted, pero no quédese para nada con la esperanza de aquellos que están estudiando en Mesina, porque aquellos, en cuanto serán ordenados sacerdotes, si el Señor lo querrá, no bastarán para la misma Mesina. Por eso usted se active aquí. Sin esperar que suban aquí estos pequeños aspirantes de gimnasio, haga estudiar en seguida a los Hermanos Redento, Lucas, Camilo y Tarcisio, y les haga hacer unos cursos acelerados. Digo sí, cursos acelerados, pero bien hechos.

"Por eso se liberen parcialmente de sus encargos, procúrense para ellos unos buenos y válidos profesores y todos los demás medios necesarios. No importa si están adelante con los años. Quere decir que se pondrán con mayor buena voluntad".

Luego el Padre me puso al día a mí también: "Ves que dije al Padre Palma que los Hermanos Redento, Lucas, Camilo y Tarcisio tienen que estudiar, por eso hace falta exonerarlos de unos encargos. Y tú, ¿cuándo te decides? Necesitamos mucho de sacerdotes. Tú mismo experimentas cuánto sean necesarios en esta Casa. Hace falta rezar para este objetivo y rezar mucho. Si rezamos al Señor con confianza, seguramente nos enviará buenas vocaciones; pero si no rezamos, con certeza no nos las enviará, porque así estableció en su economía divina. Dijo, en efecto: *Rogate ergo Dominum messis, ut mittat Operarios in Messem suam*.

"Escribiré una oración a San Francisco de Sales para que nos obtenga por el Señor muchas vocaciones para esta Casa, y se tendrá que rezar el día 29 de cada mes. Pero no es suficiente rezar. Hace falta también guardar bien las vocaciones que ya existen y usar todos los medios para tener otras.

"El celo para el bien de la Iglesia y el incremento de la Congregación tiene que consistir principalmente en procurar vocaciones sea con la oración que con la obra.

"Entre todas nuestras actividades, la más importante es esta. Para las vocaciones y su formación no tenemos que mirar en los gastos y sacrificios. El que no muestra interés por las vocaciones, es signo seguro que ni él está llamado. Hace falta, pues, expulsarlo cuanto antes de la Congregación, porque no hace que dañar el ambiente y subvertir el espíritu del Instituto.

119. Para las exigencias de la Casa de Oria promuévase una intensa pastoral vocacional

Integrando lo que se cuenta en el episodio anterior, hay que recordar que la situación de la Casa de Oria se había puesto difícil por las vocaciones. Durante la primera guerra mundial, en efecto, los aspirantes habían vuelto casi todos a la familia y los pocos que habían quedado habían sido trasladados a Mesina. También el Padre Vitale había vuelto a Sicilia, empobreciendo aún más la Comunidad religiosa de Oria.

Habían quedado en Oria pocos huérfanos, más un grupo de aspirantes para ser Hermanos Coadjutores. La idea de un aspirantado adecuado había sido del Padre Palma, al que aplaudía el Padre Fundador en una carta del 21 de agosto de 1919 al Padre Vitale: "Es una idea óptima formar la comunidad de los Hermanos legos, que no es menos importante de los sacerdotes, porque una sostiene la otra".

Mientras tanto, seguidamente, el Padre Palma hacía notar al Padre que las Comunidades de los aspirantes y de los huérfanos aumentaban cada vez más y, por consecuencia, se sentía la necesidad de tener al menos otro sacerdote. "No veo el momento – decía el Padre – que se ordenen nuestros clérigos de Mesina, en modo que al menos uno venga aquí, donde hay mucha necesidad".

Pero el Padre contestó: "Padre Palma, es inútil que usted espere e insista para tener uno de los sacerdotes que se ordenarán en Mesina. Estoy convencido no menos que usted de la necesidad de algún otro sacerdote. Los de Mesina, cuando se ordenen, no bastarán ni por la misma Mesina. Si quiere sacerdotes para Oria, no le queda que ponerse a trabajar, como hizo para los aspirantes para Hermanos Coadjutores, con la ayuda del Señor, para formárselos aquí mismo. Ya vi que la Casa de Oria se enderezó hacia una vida ordinaria y regular. Me di cuenta que entre estos chicos aspirantes hay

unos cuantos muy buenos. Los más capaces los ponga para que estudien regularmente para sacerdotes. Más bien le propongo que, a preferencia de los chicos, escoja aquellos Hermanos que tienen las capacidades y las actitudes, para que tengan así una mayor garantía de seguridad y un tiempo más breve, como los Hermanos Carmelo, Camilo, Redento, Lucas y Tarcisio".

Esto lo decía el Padre en 1919. Añadió aún: "Ya se sabe que, para tener las vocaciones, hace falta procurarlas, o más bien buscarlas. Antes de todo, sin embargo, hace falta pedirlas a Dios con la oración. Él sólo, en efecto, es el Dueño. La vocación, lo sabemos, es un don preciosísimo de Dios, que, en su economía divina, estableció de no concederla si no lo rezan. Él dijo, en efecto: "La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos, rogad, pues al Señor de la mies, para que envíe trabajadores a su mies". Por esto, si rogamos, infaliblemente el Señor nos los dará, porque él mismo nos lo prometió; y si no rogamos, por consecuencia, ciertamente no los tendremos. Se puede decir que la vocación es hija de Dios y de la oración. Dios que es el Padre, la oración, la madre. Y por eso, hace falta rezar y rezar mucho.

"Y no sólo tenemos que rogar incesantemente al Señor, sino que tenemos que rezar también a la Santísima Virgen María para que nos las impetre de su divino Hijo.

"Hace falta aún rezar en modo especial los Celestes Rogacionistas y todos los santos y santas del paraíso, para que se unan a nuestras oraciones para obtener esta gracia de las gracias.

"Ahora escribiré una oración especial a San Francisco de Sales, para que se rece en esta Comunidad.

"A la oración hace falta unir la cooperación, o sea nuestra obra. La obra unida a la oración se vuelve importante, y es eficaz. Sola, no vale para nada.

"La obra más importante y más eficaz para tener buenas vocaciones es la vida ferviente de nosotros los Rogacionistas: la observancia ejemplar de los santos votos, la caridad mutua perfecta, el apego al espíritu de la Congregación. Esto es el imán más poderoso para atraer a nuestro Instituto los a los que Dios concedió la santa vocación. Esto, digamos así, es el canal principal por el cual vienen las vocaciones.

"Otro medio para atraer las vocaciones es hacer conocer la Congregación y sus obras. Tanto más que su doble finalidad es cuanto más clara y actual.

"Una cosa, sin embargo, por cuanto preciosa y atractiva pueda ser, si no es conocida, no puede ser deseada. Ahora nuestra Congregación es poco conocida. Es conocida más como Instituto de beneficencia que como Congregación religiosa. Por eso hace falta hacer propaganda y hacer conocer, cuanto más es posible, su belleza. Hace falta servirse de la prensa. Hace falta

enviar el librito *El Secreto Milagroso*, en que hay algo de la vida y de las obras de la Congregación.

"En el periódico Dios y el Prójimo más veces busqué ilustrar la naturaleza del Instituto. Y espero insistir aún.

"Mientras tanto, está bien preparar una publicación de ocasión y enviarla en seguida, especialmente a los Sagrados Aliados, a los Párrocos, a los sacerdotes que conocemos, como también a las secciones de Acción Católica. Cuando se puede, es bien también dar vueltas. La voz viva tiene otra eficacia.

"Pero no basta – siguió el Padre – procurar las vocaciones. Hace falta saberlas guardar y formarlas. Diría que sería una especie de sacrilegio, después de haberlas procuradas, hacerlas perder por negligencia, tratándose de algo tan precioso y santo.

"El primer requisito para guardar las vocaciones, es formarlas sobre las sólidas bases de la piedad, a través del ejercicio de la oración, de la frecuencia de los Santos Sacramentos, de la lectura espiritual y de las vidas de los Santos; hace falta añadir el ejercicio de las virtudes, el conocimiento de la vida religiosa y de nuestra Congregación, pero todo según la edad y las capacidades".

Y siguió nuevamente: "Es muy importante, además, el buen ejemplo, el ambiente adecuado para la formación. Por esto se requiere que no se admitan al aspirantado elementos sin calidades básicas, que den al menos una cierta esperanza de buen éxito. Es también necesario eliminar en su tiempo debido los que no se mostraran dispuestos a abrazar la vida del Instituto, y especialmente los que no dieran buen ejemplo.

"Para la conservación de las vocaciones es indispensable la asistencia continua, razonable, premurosa y afectuosa. Si esta no existe, las vocaciones, seguramente, pronto o tarde, y más o menos, se perderán.

"Además, para conservar las vocaciones, hace falta tratar bien los aspirantes, sin ahorrar en lo que podría ser su necesario o útil, pero de modo que no se creen inútiles necesidades y exigencias. Poco a poco, con el tiempo y las buenas maneras, serán mejor acostumbrados a los usos y a la vida del Instituto.

"En cuanto al método educativo o bien formativo, con mayor preferencia que en el Orfelinato, en el aspirantado se tendrá que actuarse el método preventivo, centrado en la razón, la religión, el amor.

"Los aspirantes tienen que entender lo que hacen, y lo que hacen, hacerlo de manera que lo quieran hacer. Con motivaciones sobrenaturales.

"Acerca de las prácticas de piedad, no cargarlos demasiado. Hace falta buscar hacérselas amar. Sería un efecto contraproducente, y se pondría en peligro también la perseverancia en la vocación".

Finalmente, el Padre, dirigido a mí, dijo: “Todo lo que dije vale principalmente para ti, porque te encargas de la asistencia directa de los aspirantes. Eres tú que, prácticamente, tienes que cuidar estas cosas. Con santa humildad sigue las directivas del Padre Palma.

“Ruega al Señor y a la Santísima Virgen que te iluminen. Acuérdate que el mayor servicio que puedes hacer al Señor y a la Congregación es el de procurar y custodiar las vocaciones; en cambio, el mayor daño que podrías hacer, sería el que, por tu culpa, se perdiera también una sola vocación”.

120. El Padre insistía que estudiara para sacerdote

Más veces el Padre me había manifestado su deseo que yo estudiara para sacerdote. A menudo me hablaba sobre la excelencia del sacerdocio, del gran bien que se podía hacer a las almas y de la necesidad que tenía la Congregación de sacerdotes santos.

Yo me mantenía siempre en la negativa, añadiendo la razón que prefería quedar en la asistencia directa de los huérfanos; algo que, como sacerdote, según mi parecer, ya no podría hacer más.

Regresado del servicio militar, el Padre me repetía la invitación con mayor insistencia.

En aquel tiempo vino a Oria, para predicarnos los ejercicios espirituales, un Jesuita, el P. Celebrano, si no me equivoco, del que se decía que había sido también confesor del Papa. Este buscó en todas las maneras de convencerme a estudiar para ser sacerdote. Fueron tantas sus insistencias, que yo sospeché que fuera prevenido. Tanto más que, después de pocos días el Padre volvió con mayor resolución a la carga. Y, ante mis negativas, añadió: “Claro, el deseo de asistir directamente los huérfanos, para nosotros los Rogacionistas, no sólo es loable, sino obligatorio, porque pertenece a nuestra misma misión, como el Rogate. Pero te tengo que decir que tienes una idea totalmente equivocada del sacerdote rogacionista, pensando que no pueda dedicarse a la asistencia inmediata de los huérfanos. En cambio, es todo lo contrario. Tú sabes que para ser buen educador haría falta ser gran filósofo, gran teólogo y gran santo. Pues, el sacerdote es mayormente idóneo para educar, por su mejor preparación en comparación con el hermano coadjutor. En efecto, los Jesuitas, los Salesianos y otros, ¿acaso no están inmediatamente entre los chicos y los jóvenes? Por eso tú, como sacerdote, podrás ser más útil a los huérfanos. La voluntad de Dios, además, se conoce mejor a través de la voluntad de los Superiores. Ahora tu resistencia podría revelar un fuerte apego a tu voluntad y ser signo de amor propio. De todas maneras, reza mucho y piénsalo bien.

Después de pocos días me escribió desde Mesina pidiéndome la respuesta.

Mi respuesta fue que me remetía a su voluntad.

Llegado seguidamente a Oria, me dijo: "Ahora te encomiendo de ponerte con buena voluntad a estudiar, porque el sacerdocio, además de una formación espiritual sobresaliente, requiere también mucha cultura. Busca, pues, desempeñarte como mejor puedes en los oficios de la Casa. Hazte ayudar por nuestros alumnos internos y, donde se puede, también por los externos. No importa que ya estás adelantado con la edad. También muchos Jesuitas se ordenan en edad bastante adelantada".

121. Una obstinación del Padre: las escuelas internas

Cuando en Oria, en 1910, empezó la escuela secundaria, el Padre quería que se preparase bien, de modo que los alumnos pudieran dar con éxito los exámenes en las escuelas reconocidas legalmente o estatales. Por esto, quiso que nuestros primeros aspirantes tuviesen la admisión regular a la escuela secundaria.

Se hacía notar al Padre que la dificultad principal para una escuela parecida en Oria consistía en la falta absoluta de profesores nuestros, y en la penuria de poder hallar en el pueblo o en las cercanías. Aquellos pocos que se encontraban, ya tenían compromisos con el Seminario.

El Padre dijo al P. Palma: "Busque los profesores por doquier; a usted no falta el modo, teniendo muchos amigos y conocidos. Los pague bien y no piense en los gastos, pues esto es un problema vital para la Congregación. Es interesante hallarlos y que hagan bien la escuela. Si no empezamos de una vez, no empezaremos nunca. Las dificultades, más o menos, las hallaremos siempre".

El Padre Palma se interesó seriamente y en los primeros tiempos las escuelas empezaron a funcionar bastante bien. Pero con el aumento de las clases, aumentaron las dificultades de hallar los profesores, hasta el punto que nos hallamos en la absoluta imposibilidad de seguir.

Presentamos el problema al Padre, que dijo: "Esto me preocupa. Hace falta rezar mucho. Usted también, Padre Palma, aplique unas cuantas Santas Misas, para que el Señor nos ilumine sobre lo que tenemos que hacer. Dada la naturaleza de nuestra Congregación, la formación escolar es algo vital para su desarrollo. Ni podemos permitir que los estudios sean de baja calidad.

"La escuela hace falta que se haga bien, de modo que nuestros alumnos consigan títulos reconocidos, para poder en el día de mañana, si así gusta al Señor, enseñar y garantirnos escuelas internas parificadas, con programas flexibles, desarrollados según nuestros criterios, y todo esto sin tener que hacer salir aspirantes o religiosos estudiantes para dar los exámenes.

"A esto tenemos que mirar con la ayuda del Señor y con nuestra buena voluntad, a cuesta de cualquier sacrificio.

"Todo esto es muy importante, sea para la cultura que para el espíritu de la Congregación. Ya que sabemos que los profesores externos son siempre, más o menos, mercenarios. Se sabe que el profesor, con su conocimiento, con su obra, con su ejemplo, ilumina el alumno, lo solicita, lo anima, lo exhorta, lo empuja dulcemente casi a trabajar activamente a su saber, a su perfeccionamiento individual. El profesor ejerce sobre el alumno una influencia no sólo objetiva, sino también subjetiva, en cuanto, mientras presenta al alumno las cosas como son en sí mismas, añade, a pesar de que no lo quiera, un color personal y las rodea según sus sentimientos.

"El profesor comunica, pues, al alumno algo de sí mismo: si es Rogacionista, comunica algo rogacionista. Si es sacerdote seglar, comunica algo de sacerdote seglar; si burgués, algo burgués".

El Padre siguió diciendo: "Con los profesores nuestros hay una ventaja más: se conocen mejor los subjetos para una selección más racional y rápida. No por nada, Don Bosco decía que uno de los modos mejores para conocer los alumnos era el de hacer escuela.

"La enseñanza hecha por los nuestros es también un buen ejercicio de apostolado, sirve a la formación cultural de los mismos interesados, y todo vuelve a honra y prestigio del Instituto.

"Hace falta también añadir que la ventaja económica no es indiferente, ahorrando los gastos que se requieren por los profesores externos".

Finalmente, concluyó: "Estos por ahora son deseos piadosos que se podrán realizar quién sabe en cuantos años, siempre si el Señor lo querrá. Pero mientras tanto esto tiene que ser nuestro objetivo, y tenemos que buscar de empezar seriamente a partir de ahora; diferentemente, quedarán siempre deseos piadosos.

"Mientras tanto, ¿cómo podemos hacer para asegurar una escuela regular a estos hijos, dado que absolutamente no se pueden hallar profesores?".

Estando todavía presente yo, el Padre Palma contestó: "A mí me parece, siempre si usted lo cree, que tendríamos pedir al Obispo para que quiera hacer frecuentar a estos nuestros chicos la escuela del Seminario".

El Padre contestó: "Como principio estoy completamente contrario, pero, como no podemos hacer diversamente, por falta de profesores, no nos queda nada más que pedir justamente al Obispo que nos quiera usar esta caridad.

"Habría preferido mucho más tener una escuela interna también con profesores todos externos, porque estos habrían podido seguir en algún modo

nuestra dirección, y los chicos no habrían entrado en contacto con los seminaristas. Estos, por cuánto buenos puedan ser, siguen la carrera eclesiástica, que tiene unos parecidos con la vida religiosa, pero también unas profundas diferencias. Sin embargo, dada la absoluta necesidad, intentémoslo y roguemos al Señor que nos los guarde.

"Por los que van al Seminario hace falta preparar un reglamento que les diga cómo se tienen que llevar en la calle, con los profesores, con los seminaristas.

"Se les encomiende ser corteses y edificantes con los seminaristas, pero sin demasiada confianza".

Luego, dirigido a mí, dijo: "Te encomiendo tener un cuidado especial por ellos: provéelos con todo y síguelos diligentemente. Si notas que alguno de ellos no quiere escuchar los avisos que se les dan, quítese de los estudios".

El Obispo, Monseñor Antonio Di Tommaso, consintió con gusto que los nuestros frecuentaran las escuelas del Seminario, donde fueron bien acogidos y estimados.

122. Las ventajas de tener profesores internos

Una vez en Oria, mientras salía de la escuela, el Padre me dijo: "Tengo que hablarte. Esperé por esto que acabaran las clases".

"En realidad, Padre – le contesté – no las terminé. Mejor: acabé de recibir ahora mis clases; ahora tengo que dar clase yo a los aspirantes. Si quiere, lo dejo y voy en seguida".

Y el Padre: "No, no se tiene que dejar tan fácilmente la escuela, a menos que no se trate de algo grave y urgente. Me gusta que vosotros también, aunque estudiantes, deis clases. Es algo sobresaliente para vuestra formación y la de los aspirantes.

"Me parece estar en los tiempos de Don Bosco, cuando sus primeros colaboradores eran contemporáneamente estudiantes y profesores. No podéis tener la preparación y la experiencia de los profesores expertos, por esto lo suplís con una cuidadosa preparación próxima.

"Cuando en nuestras escuelas enseñan los internos los beneficios son muchos. Sacan provecho los profesores, sacan provecho los alumnos, la Casa tiene un ahorro económico importante. Si luego se trata de aspirantes religiosos, se viene a un conocimiento más profundo de sus calidades e inclinaciones, para llegar así a un discernimiento vocacional más seguro.

"Sería algo óptimo, y el Instituto tendrá que comprometerse en esto, que nuestras escuelas fueran reconocidas legalmente, para conferir títulos válidos

civilmente tanto a los religiosos cuánto a los huérfanos. Sacaría más prestigio y útil también el Instituto".

123. El nuevo edificio de Oria

Desde los primeros tiempos de su apertura, la Casa de Oria se había revelado inadecuada para las exigencias de un Instituto educativo asistencial, donde además había dos comunidades de chicos para tener distintas, la de los huérfanos y la de los aspirantes.

Se necesitaban, pues, nuevos lugares, ni se podía seguir con los arreglos y los cambios en la estructura existente, porque demasiado caros y poco fructuosos.

Así, después de rezar mucho, reflexionar y estudiar, el Padre dio el permiso para un nuevo pabellón destinado a los huérfanos, para hacer la separación de las dos comunidades.

Pero antes el Padre me encargó de ir a ver los mejores Institutos de Italia, para formarme la idea de lo que podía ser útil para nuestra finalidad.

Él me dio una carta de presentación a los diversos Institutos, en la que exponía el objetivo de mi visita.

En casi todos los lugares en que presentaba la carta, me hacían una acogida óptima y me daban total satisfacción, especialmente en los Institutos dirigidos por religiosos y en modo todo particular por los Salesianos, que me ofrecían afectuosa hospitalidad.

Quedaba asombrado por la notoriedad del Padre y por la gran estimación que tenía. De regreso lo informé de todo y él me dijo: "¿Ves qué útiles son estas visitas? No es que podamos y tengamos que hacer todo lo que hacen los demás; pero tenemos que hacer como la abeja que de las diferentes flores toma sólo lo que le sirve para su miel. Nosotros de los demás Institutos tenemos que tomar lo que hace por nosotros, teniendo presentes nuestras exigencias y posibilidades económicas.

Añadió también: "Ahora tenemos que hacer oraciones especiales para el buen éxito del trabajo. Haced ejecutar un buen proyecto por un ingeniero, de modo que la nueva construcción tenga todo lo que se requiere para el buen éxito de los huérfanos: dormitorios, aulas escolares, talleres… hay también aulas escolares no sólo para las escuelas básicas, sino también para las secundarias. Como también búsquese preparar los talleres con criterios técnicos y modernos. Hace falta recordar que la caridad para los huérfanos no se tiene que limitar a mantenerlos bien durante el tiempo que permanecen en el Instituto, sino tiene que mirar principalmente a su completa formación bajo el plan humano y profesional, para que puedan tener un buen éxito y vivir bien para toda la vida. ¡Antes de actuar el proyecto, hacédmelo ver!".

El proyecto tenía un piso más en comparación con la actual construcción; pero durante los trabajos nos limitamos, porque se previó que, en un pueblo pequeño como Oria, difícilmente se desarrollarían las escuelas profesionales.

124. Alérgico a las carnes de tocino

Desde mi niñez, sentía una repugnancia natural por la carne de puerco. Entrado en el Instituto, me acostumbré a comerla porque, en realidad, no me hacía daño. Pero la repugnancia era tanta que, después de tragarla, a menudo la devolvía.

Un día el Padre en Oria vino a la mesa mientras casi acababa la comida. Justamente aquel día había comido carne de tocino, y mientras con la Comunidad rezaba las oraciones de acción de gracias, me vino de devolver. Fui obligado a interrumpir la oración y a salir fuera para devolverlo todo.

El Padre se impresionó y pidió: "¿Qué le pasó?".

Los demás, conociendo mi debilidad, contestaron: "Nada, fue a devolver". Y el Padre: "¿Fue a devolver?". Y ellos lo informaron sobre mi debilidad.

Luego el Padre me llamó y dijo: "Esto es algo raro. Comemos para mantener el cuerpo y no para devolver lo que se comió. Esto también es contra la pobreza. Es peor que echaras tu porción a la basura. No tienes que hacer más este esfuerzo. Quiere decir que cuando la Comunidad come carne de tocino, tomarás otra cosa. Alguna vez uno puede ser naturalmente alérgico a cierta comida".

125. Pelo corto y pelo largo: no hay problema

De Altamura había llegado un joven de unos 20 años como aspirante a hermano coadjutor. Llevaba un cabello bien arreglado. Unos días después de su llegada, le dijeron que se tenía que cortar el pelo como los demás con la maquinilla. De esto el joven quedó tan amargado que rompió a llorar inconsolablemente. En vez de perder el pelo, decía, perdería la vocación.

El Padre supo el asunto, lo llamó di le dijo: "¿Esto es todo? No te preocupes. Lleva el pelo como quieres, pero basta que no te lleguen delante de los ojos y te impidan de ver, porque podrías caerte".

Luego el Padre me llamó y, delante del joven, me dijo: "Dije a este joven que puede llevar el pelo como quiere".

Pero seguidamente, a solas, me dijo: "Esto no es la manera de tratar los novatos. Es falta de trato, de prudencia, pretender que un nuevo aspirante a la

vida religiosa se arregle en seguida a los que están en el Instituto desde hace muchos años. Inicialmente se exigirá una conducta de buen cristiano, luego una lucha gradual contra los defectos y, finalmente, el ejercicio para la adquisición de las santas virtudes. Esto tiene que ser el criterio fundamental para la formación, pero para arreglar a las disposiciones naturales, ambientales y culturales de cada uno".

El joven quedó animado por las palabras del Padre, se apaciguó y, después de un tiempo, él mismo pidió antes de arreglarse el pelo y, seguidamente, de cortarlo como los demás.

El Padre precisó nuevamente: "Con los novatos que entran en el Instituto, sean aspirantes o acogidos, hace falta tener mucha prudencia y caridad. Esto es muy importante, porque las primeras impresiones quedan inolvidables de por vida, con consecuencias buenas o malas.

"Hace falta, pues, acogerlos con gran amor; usar para ellos los cuidados más exquisitos de palabras, trato y obras; proveerlos en todo lo que les haga falta en su tiempo; instruirlos e iniciarlos gradualmente a las costumbres y deberes del Instituto. Si no se usan estos detalles, la nueva vida puede ser tan pesada, que se desaniman hasta dejar el Instituto".

Todo esto lo había vivido yo personalmente, cuando había entrado en Mesina, en el Barrio Aviñón.

126. El rezo del Santo Rosario al aire libre

Especialmente en la estación caliente, algunas veces se permitía a los huérfanos de rezar el Santo Rosario fuera de la Iglesia, también en el campo.

Aunque más raramente, se permitía esto también a los aspirantes. Hubo alguien que informó el Padre, que me llamó y me pidió explicación.

Contesté que esto no acontecía tan frecuentemente, como le habían referido. En segundo lugar, lo rezaban fuera sólo cuando en la Iglesia hacía mucha claro, y en ocasión de paseos y excursiones. En cambio, para los huérfanos lo hacía más a menudo, también para acostumbrarlos a rezar el Rosario adondequiera estuvieran, pensando que el día de mañana, saliendo del Instituto, no habrían tenido más la comodidad de ir a la Iglesia, y así la costumbre de rezarlo en cualquier lugar, los ayudaría.

"Esta es una buena razón – me dijo el Padre –. Pero procurad que se rece siempre con devoción y recogimiento. Los más grandes más bien es bueno que tal vez sean dejados libres de rezárselo cada uno por su cuenta. Esto es un buen método.

"Las oraciones y las prácticas de piedad usadas por los huérfanos hace falta que se hagan en vista de su vida futura en el mundo".

127. Un muchacho en la iglesia por castigo

Un muchacho que durante el estudio molestaba los compañeros fue castigado a quedar en la iglesia durante todos los tiempos de recreo del día.

Entrado el Padre en la iglesia lo halló que roncaba plácidamente. Lo despertó y le dijo de ir con los demás compañeros a hacer el recreo. El chico contestó que no podía ir, porque el educador lo había castigado a quedarse allí durante los tiempos de recreo del día, porque había molestado los compañeros durante el estudio.

El Padre primero lo reprochó y lo exhortó a estar mejor en el estudio y luego le dijo de ir con los compañeros y decir al educador que lo había enviado él. Luego me hizo llamar por el mismo chico y me dijo: "Se ve que este educador no entiende nada de nada. Dile que venga conmigo. ¿Cómo se puede escoger la Iglesia como lugar de castigo, como si fuera una prisión? Es justamente todo lo contrario. Cuando un chico falta en cosas muy graves, podría ser castigado con no permitirle entrar en la Iglesia. ¡No sé cómo se pueden no comprender cosas tan basilares y lógicas! Pero esto significa que tú también no te interesas mucho por el andamiento disciplinar".

128. Los pobres hace falta ir a buscarlos

Mientras el Padre en Oria se preparaba para salir, se le acercó un pobre y le dijo que en el Hospital Viejo había hace mucho tiempo un pobre enfermo grave, abandonado.

"Lo siento mucho – dijo el Padre – no poderlo ir a ver porque estoy saliendo".

Luego, dirigido a mí: "Ves tú – dijo – o bien el Hermano José, acompañados por algún otro, y buscad ayudarle y, según el caso, hacedlo visitar al doctor, ingresadlo también a nuestra cuesta si no se puede hacer diferentemente, y hacedle administrar los Sacramentos, si está grave".

Le contesté: "Pero yo ni sé dónde está este Hospital Viejo en Oria. Esta es la primera vez que lo oigo nombrar". Entonces el pobre: "Lo acompaño yo – añadió –. No está muy lejos de la plaza del pueblo. Es un grupo de chabolas abandonadas sin portas y ventanas de propiedad del Ayuntamiento, donde los pobres se amparan durante la noche para no quedar al aire libre completamente".

Repuso el Padre: "¿Cómo es posible que no conozcamos, después de tantos años que estamos en Oria, un lugar como esto? ¿Especialmente tú, que estás siempre aquí? Esto demuestra claramente que no cuidamos los pobres. Y esto es grave".

El día siguiente, con un aspirante, acompañado por el pobre que se había ofrecido, fui al desconocido Hospital Viejo. Aquí se me presentó una escena escuálida de verdad. Aquel pobre infeliz, que parecía un cadáver, hacía tiempo que yacía en el suelo sin poderse mover. Estaba cubierto de llagas con gusanos, que echaban un hedor insoportable, tanto que el aspirante que me acompañaba tuvo que alejarse, porque la peste le había provocado el vómito.

Con la ayuda de otros intentamos limpiarlo y curarle las llagas como mejor se pudo y colocarlo en un colchón de paja. Pero estaba tan mal que había poco para esperar.

Sin esperar más, me entendí con el sanitario, muy amigo del Instituto, y así, el día después, el enfermo pudo ser ingresado al Hospital Martini de la misma Oria.

Después de tres días el pobrecillo, después de recibir los consuelos religiosos, falleció en paz.

Volviendo el Padre a Oria, me preguntó si nos habíamos preocupado del viejecito enfermo en el Hospital Viejo.

Le conté detalladamente la escuálida y penosa historia. Y él exclamó: "¡Pobrecillo! No me parece verdad que en el siglo veinte haya aún en Italia casos tan penosos. ¿Habéis hecho celebrar alguna Misa, por lo menos, para su sufragio?".

"Sí, – contesté – en la Iglesia de San Francisco".

"Mañana – repuso el Padre – aplicaré yo también para su sufragio. ¡En verdad no creía que en Oria hubiese pobres tan abandonados! Y también para nosotros, que tenemos como una de las misiones principales la de ayudar los pobres material y espiritualmente, es grave y vergonzoso no haber sido diligentes y tan previsores para no hacer caer los pobres en este abandono extremo.

"Nuestro Instituto, en efecto, no tiene que cuidar sólo los pobres que vienen a tocar a la puerta, o que diariamente vienen para tomarse la sopa, el pan, el dinero; los tienes que ir a buscar allá donde se encuentran para visitarlos y ayudarlos en todos los modos material y espiritualmente, a cuesta de cualquier sacrificio.

"Pero es bien que cuando se va a verlos fuera del Instituto vayáis no a solas, sino posiblemente acompañados por algún otro religioso".

Un día noté la ausencia de un pobre llamado Toro, que, no muy anciano, estaba muy mal en salud, y a menudo iba a buscar la sopa.

Pregunté a los mismos pobres noticias sobre él. Me contestaron que estaba muy enfermo, y me exhortaron a ir a verle y socorrerle.

Yo les dije que esperaba ir a verlo durante el día y me hice dar la dirección. Mientras tanto, con uno de ellos, le envié leche y galletas.

Por la tarde, hallándome a pasar por la plaza, me encontró aquel pobre con que le había enviado leche y galletas, y me dijo: "Toro le agradece y le espera. Más bien, sabe, mora aquí cerca. Si quiere le acompaño yo mismo". Yo lo quería evitar porque quería ir con el Hermano José. Pero luego, dada la presencia del pobre y acompañado por él mismo, fui.

Llegado a la casa, vi a los pies de la escalera unas mujeres. El viejecito les dijo: "¿Veis qué bueno es el Papa (o sea el Padre) de san Pascual? Mantuvo en seguida la promesa de venir a visitar a Toro".

Las mujeres se mostraban respetuosas. Entrado, hallé otras mujeres, y luego otras aún, con las que se repetía la misma ceremonia, sin que yo tuviera la mínima sospecha de la casa vergonzosa en que me encontraba.

Llegado a la cama del enfermo, que, lamentablemente era una especie de protector de aquellas mujeres, hallé que estaba muy mal, y tenía un aspecto casi de cadáver.

Intenté confortarle y animarle. Le hablé de la religión, de la confianza en Dios, exhortándolo a recibir los santos Sacramentos. Le prometí que le enviaría ropa, comida, y le di dinero para comprar leche, remedios y alguna otra cosa necesaria, también porque dos mujeres que estaban presentes decían que lo tenían allí por caridad, habiendo sido abandonado por todos. Decían también que habían llamado más veces el doctor, pero sin resultados.

Prometí de avisar al médico y de volver a verlo. Mientras tanto a mi alrededor se repetía un ritual de agradecimientos viscerales sea por parte del enfermo que de las mujeres.

Mientras bajábamos, el que me acompañaba murmuró: "¡Veis cómo está reducido aquel pobre Toro! Si no fuera por estas mujeres perdidas que lo asisten, habría sido abandonados por todos, ¡y a estas alturas habría muerto como un perro!".

"¿Por qué las llamáis mujeres perdidas – añadí yo – mientras se mostraron tan buenas?".

El pobre aclaró: "¡Esta es una casa de prostitutas!".

Ante estas palabras, me sentí fallar y un escalofrío me atravesó el cuerpo. Todo agitado le dije a aquel hombre: "Pero, ¿dónde me llevasteis? ¿Por qué no me lo dijisteis antes de entrar en esta casa?". Y aquel, con frialdad, contestó: "Pero, *papa mío*, ¿qué hay? ¿Se arrepiente usted de haber hecho una gran obra de caridad? ¿Y entonces, qué *papa* es?".

Delante de la puerta, en la oscuridad, había dos mujeres que pelaban habas, que pedían cómo estaba el Toro. Yo por la vergüenza no supe ni

contestar. Las mujeres observaron: "Qué buenos son los hijos del *papa Aníbal*, hacen caridad a cualquiera".

El pobre que me acompañaba les dijo: "¡Ahora, bajando la escalera, cuando le dije qué casa es esta, estaba desmayándose por la vergüenza!".

Y entonces las mujeres le regañaron: "¡No, no, papa nuestro! En Oria los hijos del papa Aníbal son estimados y creídos ángeles".

Por la calle intentaba confortarme con lo que me había dicho el Padre: "Los pobres hace falta buscarlos, socorrerlos, en cualquier lugar se puedan hallar".

Llegado en Casa, todo vergonzoso, conté el hecho al Padre, al Padre Vitale y al Padre Palma, mientras estaban juntos. El Padre Vitale me dijo: "¡Estas son imprudencias! Hace falta vigilar. Se pueden atraer unas calumnias ¡y hasta el Instituto puede perder su fama!". Pero el Padre intervino en seguida: "Ya está, no pienses más en ello. Hiciste bien. Estabas acompañado. En estos casos, sin embargo, cuando se va a buscar los pobres en su casa, como os dije otras veces, es mejor ir acompañados con otro religioso".

129. Cultivar el espíritu misionero

Un día en Oria el Padre, hablando sobre el celo que cada uno de nosotros debe tener para la gloria de Dios y bien de las almas, se entretuvo sobre el espíritu misionero que cada Rogacionista tiene que alimentar.

Después de habernos hablado con tanta eficacia che suscitó en todos nosotros un santo entusiasmo, nos preguntó: "¿Quién de vosotros quiere ir a la misión?". Contestamos a una sola voz: "Yo, yo". Y el Padre: "Sí, me gusta este santo deseo, pero no es suficiente. Antes de todo hace falta merecer esta gracia, y esto se hace con la oración y la preparación. La preparación, además, hace falta hacerla con la observancia de la disciplina y con el ejercicio de las santas virtudes.

"Desde ahora hace falta empezar gradualmente para ejercerse en las mortificaciones y en los malestares que inevitablemente la vida misionera conlleva. Por cierto, sería también muy útil, pero sin dejar las obligaciones escolares, buscar aprender los idiomas extranjeros más comunes que se hablan en las misiones. Seguidamente, espero explicaros bien la importancia de las misiones. Luego os enviaré unas publicaciones y unos libros que tratan de ellas".

Un aspirante preguntó al Padre si para ir a la misión se requería absolutamente ser sacerdotes. Y el Padre contestó que también simplemente siendo hermanos coadjutores se puede ir, a condición que se tengan las buenas disposiciones.

130. "Cuando seáis sacerdotes..."

Una de las últimas veces que el Padre vino a Oria, me preguntó cuántos eran los aspirantes y cuántas clases frecuentaban. Oído el número, se alegró y dijo: "Alabado sea el Señor. Hace falta rogar los divinos Superiores para que les den santa perseverancia. Activaos para aumentar el número…, está claro, antes de todo, hace falta rezar, porque la vocación religiosa es un don de Dios, que no lo concede si no es implorado. Luego, sin embargo, hace falta hacer propaganda, especialmente a través de los Sagrados Aliados, el periódico Dios y el Prójimo, el Secreto Milagroso… pero no es suficiente tener muchos jovencitos, hace falta saberlos custodiar como las perlas de la Congregación. Atender a la formación de los que aspiran a la vida religiosa, es el servicio más útil que se pueda ofrecer a la Congregación, el medio más eficaz para adquirir méritos para el paraíso. De lo contrario, sería un daño gravísimo para la Congregación si fuéramos negligentes en este campo y sería seguramente una culpa grave.

"Educadlos bien desde ahora que son pequeños, para que, como dice el Espíritu Santo, el jovencito, una vez que tome su camino, no lo olvidará ni cuando sea viejo. Hace falta, pues, infundir en las tiernas almas de estos chicos el amor a la vida religiosa, a nuestra misión de rogar para obtener los buenos Trabajadores a la Santa Iglesia y de propagar esta oración. Hace falta educarlos para atender con verdadero espíritu de caridad al mantenimiento y santificación de los huérfanos derelictos y de los niños pobres.

Os encomiendo tener limpio el ambiente, porque esto favorece mucho la formación. Cuando veáis que un jovencito no tiene aquellos requisitos que hacen esperar en su buen éxito, en su debido tiempo expulsadlo para que no dañe a los demás".

Luego me preguntó: "Vosotros los cuatro (o sea los Hermanos Carmelo Drago, Lucas Appi, Camilo Ruggeri y Redento Levi), ¿cuándo empezaréis teología?". "Este año – contesté – si Dios quiere".

Y el Padre repuso: "Entonces, gracias a Dios estáis cerca del sacerdocio. Igual yo no tendré la suerte de veros sacerdotes, pero no importa. Lo importante es que la Congregación tenga otros sacerdotes, de los que necesita mucho.

Pero hace falta que seáis sacerdotes buenos, inflamados por el celo de la oración asidua, la santa meditación, el ejercicio de las santas virtudes. Como también os encomiendo mucho el estudio para adquirir la ciencia necesaria para el sacerdocio. En modo particular el estudio profundo de la Sagrada Teología dogmática y moral, la Sagrada Escritura, la Liturgia y los Santos Padres, de modo que podáis el día de mañana aplicaros en la predicación y en el ejercicio de la santa confesión, por la cual cada sacerdote rogacionista tiene que sentir un íntimo transporte.

"Os encomiendo también una preparación específica para nuestra doble misión del Rogate y de la Caridad, de modo que seáis bien preparados para cualquier obra nuestra que la santa obediencia os asignará".

131. Intercambio de cartas con el Padre y malentendidos

Una vez el Padre me escribió desde Mesina una carta muy resentida. Por cierto, sobre las cartas dirigidas a mí por el Padre tengo que confesar una culpa grave. Dadas las circunstancias especiales en que se hallaba la Casa de Oria, a menudo yo recibía de él. Lamentablemente, en vez de guardarlas celosamente, después de haber proveído, como normalmente hago con todas las demás, las destruía, también porque a menudo contenían cosas que no convenía que los demás conocieran. Pero ahora reconozco que fue una grave pérdida.

En dicha carta, pues, el Padre, de modo bastante resentido, me decía que había sabido que en la Casa de Oria habían acontecido unos inconvenientes que habría tenido que comunicarle y que, en cambio le había callado en mala fe. Entre otras cosas escribía: "Me sorprende cómo, después que siempre te damos tanta confianza, no me informaste… de ti no me lo esperaba. No fuiste fiel. No sé cómo explicármelo".

Le contesté en seguida, diciéndole, antes de todo, que las cosas no estaban para nada como se las habían contado. Luego le decía que, en su tiempo, cuando habían acontecido aquellos inconvenientes, yo le había escrito informándole de todo detalladamente.

Venido a Oria, el Padre insistía de no haber recibido este escrito mío. Yo, en cambio, le demostraba que mi carta la había recibida, porque me había dado las gracias por las felicitaciones de Navidad que le había hecho en aquella misma carta. Y entonces el Padre me dijo: "Aquellas noticias no se ponen nunca en las cartas de felicitaciones, que, siendo tantas, no siempre uno tiene el tiempo para leerlas todas".

132. Un atrevido pone a prueba el gran equilibrio del Padre

Un joven de unos 25 años, de Acquaviva delle Fonti, había pedido entrar entre nosotros para ser hermano coadjutor. Mientras enviábamos la carta al párroco para tener informaciones, el joven, sin esperar nuestra respuesta de aceptación, se presentó al Instituto.

El Padre, en cuanto lo vio, dijo: "No parece para nada hecho para ser religioso", y el Padre Palma: "Me parece un joven sin cabeza, medio alcohólico".

El día siguiente llegó el informe del párroco, que lo pintaba como un ser peligroso. Entonces el Padre me encargó de expulsarlo con buenos modales

y de darle también algo más de lo necesario para el viaje. Yo intenté decírselo como mejor pude, pero aquello se convirtió en una fiera. Era inútil todo razonamiento, y cuando le di el dinero para el viaje, lo echó al suelo, pronunciando una terrible blasfemia. Amenazando que me pegaría, me dijo que no saldría del Instituto ni llamando a los carabineros.

Conté el asunto al Padre, quien llamó el joven, lo reprochó fuertemente por la blasfemia, y le dijo en modo perentorio de dejar el Instituto. Tras esta intimación, el joven se enfureció, puso las manos en las espaldas del Padre y con rabia le dijo: "¡Cura malo, te voy a abofetear!". En aquel momento llegó el Padre Palma, que, cogido el joven por el pecho, lo echó fuerte contra la pared, y luego con un empujón lo echó fuera de la puerta haciéndolo caer al suelo.

"No, no, Padre Palma, déjelo, no se hace así: ¡pobrecito!", decía el Padre y quería ir detrás de él para ver si se había hecho daño, mientras el joven se alejaba gritando injurias y blasfemias.

El Padre Palma entretuvo el Padre y yo dije: "Deja que se muera".

Y el Padre: "Así no se dice", y me preguntó: "¿Le diste el dinero para el viaje?". "Sí, se lo di, pero él lo rechazó echándolo al suelo".

Después, sea a mí sea al Padre Palma, el Padre intentaba hacernos entender que nuestro modo de actuar no había sido correcto. Pero el Padre Palma le contestó: "Padre, con ciertas personas que son como las bestias, no hay otro medio que el palo, para hacerlas razonar".

Y el Padre: "¡Pobrecito! Tendrá que ser deficiente, e igual no sabe lo que dice ni lo que hace. ¡Y decía que se quería hacer religioso!".

133. Pepito el huerfanito de Taranto

De Oria había ido a Taranto para adquirir material hidráulico. En el principio del puente rotante vi un chiquillo parado, como perdido. Estaba descalzo y mal vestido. Mirándolo hacía pena de verdad. Me acerqué e intenté acariciarle, y le pregunté lo que tenía. Él me rechazó con un gesto brusco y murmulló en voz baja: "Nada, ¡déjame!", y rechazó hasta unos dineros que le quería dar.

El guardia que estaba de servicio en el puente se acercó y me dijo: "Padre, es un caso muy penoso. Hace cerca de unos quince días, el padre de este pequeño, afectado por una enfermedad crónica e incurable, tomado por la desesperación, se echó del puente, muriendo de golpe. Desde aquel momento este pobre chico, todos los días se queda parado o agachado allí, donde el pobre padre suyo acabó sus días. Es una escena que rompe el corazón, tanto más que la mamá, ya enferma de corazón, ahora, por la pena, me decía un colega mío, está moribunda, y se destruye por el dolor, pensando

que este pequeño y la hermanita quedarán abandonados, también porque, entre las demás desgracias, no hay familiares próximos que puedan cuidar estos derelictos.

Unas personas piadosas se interesaron para ingresarlos en algún Instituto. Se recurrió también a las autoridades competentes. Hubo promesas y promesas, pero no se ve nada positivo.

Entonces dije al guardia. "Yo quería entrevistar esta mujer, para ver si la puedo ayudar para la acogida de sus hijitos. Veamos de persuadir el pequeño para que me lleve a su casa".

Tras las repetidas insistencias, el muchacho por fin cedió. Después de haberme hecho rodar por muchas callejuelas de Taranto vieja, me hizo entrar en un bajo oscuro, iluminado por un rayo de luz que venía de un resquicio. Era un lugar escuálido. En un rincón, en un mísero colchón de paja, yacía la pobre enferma, que parecía un cadáver.

Cuando me vio, tuvo un temblor, y con un hilo de voz me dijo: "¿Qué queréis? ¿Por qué habéis venido? Los sacramentos, gracias a Dios, ya los recibí. Tengo la conciencia tranquila. Ya quiero morir. Sólo se me rompe el corazón pensando que serán abandonados este hijito mío desaventurado y esta niña infeliz". Y, diciendo esto, rompió, entre singultos, a llorar.

"Cálmese señora – le dije – vine justamente para ver si la puedo ayudar".

Y la mujer: "Ya no me lo creo; me hicieron muchas promesas, recé todos los santos, y aún no se ve nada positivo. Hasta san Antonio, del que soy tan devota, no me escuchó. Hoy termino los trece días en su honor" – y me enseñaba una pequeña imagen del Taumaturgo pegada al muro con un clavo, delante de la cual ardía una vela.

Añadí yo: Señora, tranquila, que San Antonio aquella gracia se la hará. ¿Está usted lista para ingresar los hijos hoy mismo?". "Y ¿cómo no? Para la hijita un hilo de esperanza hay de ponerla en un Instituto de Taranto, regentado por monjas. Pero para el niño no hay esperanza alguna".

"El niño, ¿sería usted lista para ponerlo en seguida a un Instituto, incluso hoy mismo?". "¡Ojalá!".

"Bueno, señora, yo me encargaré, se lo prometo.

"En Oria, poco lejos de aquí, hay un Orfelinato bonito, muy grande, donde se tratan los chicos muy bien; y esto lo sé yo perfectamente. Más bien, señora, le digo que yo pertenezco justamente a dicho Instituto, que se llama: Orfelinato Antoniano. Si usted cree, hoy mismo puedo llevarme conmigo al hijito. ¿Ve, señora, cómo San Antonio le hizo la gracia?".

Entonces la enferma rompió a llorar por la emoción. Hizo un esfuerzo para levantarse y desapegar la imagen del Santo, y besándola una y otra vez decía: "Gracias, gracias, San Antonio, por la gracia que me hiciste".

"Entonces, señora, quedemos así – le dije. El pequeño me lo llevaré a Oria hoy mismo. En cuanto a los documentos, no se preocupe, pensaremos a ello nosotros mismos. Deme sólo los datos. Entre pocos días volveré con Pepito – el nombre del niño – para visitarle, y habiendo en Oria también un Orfelinato femenino para la acogida de la niña, si todavía no está ingresada aquí en Taranto, hablaré con aquella Superiora, para hacerla ingresar allá.

La escena de la separación de la mamá con el hijo fue desgarradora. La última palabra de la mamá al hijo fue: "Sé bueno, reza por el alma mía y de tu padre". Y a mí me dijo: "Padre, haga de mamá a mi Pepito".

Cuando pasamos el puente, llegados al sitio en que lo había encontrado, el niño rompió a llorar y se echó al suelo, no queriéndose en absoluto desapegar de aquel sitio.

Hubo falta mucho trabajo, y en esto fui ayudado por el guardia que estaba todavía allá trabajando, y por otras personas.

El guardia, sabiendo que ya el niño había sido aceptado y lo estaba llevando conmigo a Oria, emocionado, dijo: "Estas son las verdaderas obras de caridad". Lo mismo decían las personas que asistían en la escena.

Llegados a Oria, donde estaba el Padre, lo informé sobre el asunto e intenté disculparme por haber aceptado al niño sin previo permiso suyo o del Padre Palma. Y el Padre en seguida me contestó: "Te portaste no bien, sino muy bien. ¿Puedes imaginar que el Padre Palma o yo no lo aceptaríamos? Cuando los casos son tan claros y penosos, ¿qué permiso quieres pedir? Nuestra misión es esta. Tenemos que hacer como el buen Samaritano. Luego por un caso como esto, aunque no haya sitio disponible, ¡se tiene que hallar a toda costa!".

Después de pocas horas que el niño había llegado al Instituto, rompió a llorar que quería absolutamente volver a Taranto. Se echó al suelo y gritando, se revolvía, rayando y mordiendo el que se acercaba. También el Padre tuvo un mordisco, porque intentaba evitar que se dañase la cabeza.

Con todo esto, sin embargo, el Padre no mostró para nada de haber perdido la paciencia, más bien lo trataba con dulzura y tenía compasión de él.

Luego el niño se tranquilizó con mi promesa de llevarlo otra vez a Taranto para visitar la mamá.

Después de cinco días tuvimos la noticia que la pobrecilla ya había fallecido y que la hermanita había sido ingresada a un Instituto de Taranto.

El pequeño Pepito Digiorgio salió un óptimo elemento. Bastante estudioso, aprendió bien el arte tipográfica y sobresalió como solista de trompeta en nuestro cuerpo musical de Oria, y luego en la banda de Taranto.

Después de muchos años, lo encontré en Taranto la mañana después de un terrible bombardeo de las naves de la marina en el puerto, mientras iba con su pequeña familia, muy feliz. Tanto él como la mujer, emocionados, tuvieron palabras de cariño y sincera gratitud hacia el Instituto. La mujer, entre otras cosas, dijo: "Mi marido sea a mí, como a mis hijos y amigos, no hace otra cosa que hablar del Instituto como de su casa paternal. No acaba de hablar bien de ello. Le digo, Padre, que mi marido es muy bueno y que somos felices de verdad. Alabado sea el Señor por esto".

134. Las obras de caridad son también medios para la difusión del Rogate

Un párroco de Santeramo in Colle (Bari), que se hallaba en Oria para predicar en la Catedral la novena al Corazón de Jesús, vino un día para visitar nuestro Instituto, acompañado por el canónigo Paco Conte. Pidió informaciones sobre la finalidad de nuestra Congregación. Le contesté, intentando explicarle nuestro doble fin: la oración al Señor para que envíe buenos Trabajadores a su mies; la educación y la salvación de los huérfanos y niños, especialmente pobres y derelictos.

"El primer fin – me contestó – no lo entiendo, y para mí no concluye nada. El segundo, en cambio, lo entiendo muy bien, y es óptimo".

Ante estas palabras repuse en tono bastante resentido: "Quedo asombrado de cómo usted no entienda nuestro primer fin. Y tanto más el hecho que según usted ello no concluye nada, mientras al contrario es muy fácil, y luego es muy importante, porque no es otra cosa más que obedecer a aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo: *Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam".*

El párroco se ofendió por mi respuesta, y se dejó ir a palabras humillantes y ofensivas hacia mí, tanto que el canónigo Conte quedó mal y me pidió disculpas.

Contando luego este episodio al Padre, así me contestó: "No te tienes que asombrar. Lamentablemente no son pocos los que no entienden la importancia, la utilidad y la necesidad de esta oración. Lo que más me duele, es el hecho que esto acontece en unos cuantos del clero y que, algunas veces, también en personajes constituidos en autoridad. Esto acontece fácilmente porque no se medita suficientemente sobre la necesidad de la oración para obtener los buenos Trabajadores, y así no se da a aquella oración la importancia que merece, ni se piensa a su real eficacia.

"No caen en la cuenta de que la vocación es un don de Dios, que – como se saca del Evangelio – parece que estableció que, para enviar las buenas vocaciones, quiere ser rezado. Si no se reza, no se puede ser escuchados. Es como decir que, si se ruega Jesús para que envíe santos Sacerdotes a la Iglesia, los enviará; si no se ruega, no los enviará. Por cuanto la cosa sea importante

y clara – repetía el Padre – igualmente, se puede decir, no se entiende. En el Evangelio, en efecto, estas palabras son dichas muy claramente. Sin embargo, vemos cómo este importantísimo mandato fue poco entendido durante los siglos.

"En la historia de la Iglesia pasada y presente, al menos por lo que sepa, no hubo ningún Orden o Congregación religiosa que recogió directamente aquellas divinas palabras para formar así su fin e ideal, como ya hicieron nuestros dos Institutos, que se vincularon a esta misión con un voto específico. Parece justamente que la divina Providencia reservó este inestimable don a nuestros Institutos. Por eso tenemos que creernos afortunados y atender a esta divina misión con todas nuestras fuerzas.

"Esta oración tiene que ser para nosotros y para nuestra Congregación como el alma nuestra secreta y el aliento de nuestro corazón. Para este santo objetivo, el de obtener los buenos Operarios, tenemos que ofrecer al Señor todas nuestras oraciones y nuestras obras buenas. Tenemos que sentirnos como devorados por el espíritu del Rogate, que tenemos que hacer conocer y practicar por doquier.

"Nuestro compromiso tiene que ser, pues también de propagar esta divina oración, cuanto más es posible, pero acordándonos siempre que la mejor y más eficaz propaganda consiste en la santidad de nuestra vida.

"Nuestras obras de caridad son ellas también un gran medio para hacer penetrar el Rogate y extenderlo en la sociedad. Estas obras, en efecto, son más asequibles que el Rogate; golpean más directamente los sentidos y el corazón de todos, no fuera más que por su aspecto exterior, que es social y filantrópico.

"Tú comprobaste que aquel buen párroco, mientras no cogía para nada el valor del Rogate, alababa el fin que se refería a las obras de caridad.

"Los misioneros, para hacer penetrar el Evangelio en las tierras de los infieles, especialmente en los primeros tiempos, se servían principalmente del ejercicio de las obras de misericordia corporal. Yo experimenté que, para la fundación de las nuevas Casas, aproveché de las obras de caridad, por las que no sólo no hallé oposición, sino, más bien, a través de estas, me fueron dados los medios necesarios para mantener y desarrollar también las obras del Rogate. Esto muestra como la divina Providencia, para la difusión del Rogate en el mundo, se sirvió, como medio muy eficaz, de las obras de caridad de nuestros Institutos. Tenemos, pues, que estimar y amar estas obras muy queridas a nuestro Señor, también porque son medios eficaces para la difusión del Rogate".

135. La comida del Padre "envenena" a Stella, el criado

El Padre, para hacer creer que tenía mucha hambre y que comía mucho, y para hacerse creer un comilón, hablaba frecuentemente de este tema y se esforzaba de hallar todas las ocasiones para hacerse creer verdaderamente así.

Un día, hallándose en Roma en la Basílica de San Pedro con el Padre Palma, este le dijo: "Padre, ¿ve cuántos nichos vacíos hay aún en la Basílica?".

"Sí, sí – contestó el Padre – fácilmente un día pondrán allí las estatuas de los dos. La suya la representarán con un plato de ensalada en la mano; la mía, con un buen plato de espaguetis, que gustan tanto a mi paladar".

El Padre Vitale, que estaba muy débil de estómago y comía muy poco, fácilmente juzgaba a los demás con su estómago. En su santa sencillez escribe, pues, en la vida del Padre: "El Padre naturalmente sufría por un gran apetito, y digamos sufría, porque este estímulo de la gula de llevaba un verdadero sufrimiento interior".

El apetito del Padre en cambio era el ordinario de un hombre sano. Podemos decir que realmente sufría, porque comía muy poco, tanto que tal vez le venía un tal languor, por el que estaba obligado a tomar algo para no desfallecer.

Sus magras comidas se debían al espíritu de mortificación. Sin embargo, él conocía mil astucias para sorprender al que se quedaba a su lado. Intentaba ponerse una etiqueta de comilón o de rebuscado. Ahora decía de comer poco porque no se sentía, ahora porque no tenía hambre o bien por temor que la comida le haría daño. Tal vez decía que la comida no estaba en su punto, alguna otra vez que no estaba condimentada o salada como se debía.

Una tarde, en Oria, con las excusas usuales, no había cenado casi nada. Me preocupé de decirle si tenía que llevarle algo más. Pero él, prontamente, me contestó: "No, no, para nada, no te preocupes". Tras mis insistencias, añadió en voz baja: "Te digo no te preocupes, porque si quisiera podría comer todo lo que se halla aquí en la mesa". Y añadió en seguida: "¡No como no porque no puedo, sino porque no sé mortificar la gula!".

Llevaba consigo una especie de tabaquera, que llevaba un polvo de hierbas muy amargas y ajenjo. Era una mezcla verdaderamente desagradable y repugnante. Él condimentaba a menudo su comida con este ingrediente y usaba todo subterfugio para que no lo descubrieran.

Una vez en Oria, durante la comida, aconteció que, igual para no hacerse descubrir, controló mal la cantidad, e infestó la sopa. A pesar de los esfuerzos que hizo para poderla comer, no pudo terminarla, y fue obligado a dejarla en el plato. Había en Oria un tal Rafael Stella, joven muy sencillo, que trabajaba incansablemente, también en trabajos pesados, de la mañana a la noche. Tenía, ordinariamente, una gran hambre: lo comía todo y digería hasta las

piedras. Aquel día, recogiendo la mesa, me preguntó si podía consumir lo que había dejado el Padre. Yo, sin sospechar nada, le di el permiso. En cuanto tuvo mi permiso, empezó a tragar con su usual avidez. Pero, apenas había engullido el bocado, empezó a llorar y a gritar: "¡Veneno, veneno! ¡Me muero!". El Padre que estaba allí cerca, en el patio, oyéndolo gritar, se asomó en el comedor con premura. Pero Stella seguía lanzando sus gritos: "¡Veneno, veneno! ¡Estoy muriendo!". "No se preocupe, es cosa de nada"- aseguré al Padre – "¿Cómo cosa de nada? – añadió él – ¡esto es veneno!". Entonces Stella se dirigió al Padre y: "Tú también – dijo – tendrás que morir, porque comiste el veneno que estaba en aquel arroz". El Padre entendió y se llevó el chico aparte, intentando consolarlo. Luego me llamó y me dijo: "¿Por qué hiciste comer al chico lo que había dejado? ¿No sabes que lo que se deja ya no se puede usar?". "Pero fue él quien me lo pidió", contesté. "Esto significa – repuso el Padre – que a aquel pobre chico no dais lo necesario".

"Padre: tuvo dos platos repletos de arroz – añadí – ¡pero come siempre mucho! ¡Nunca está satisfecho!".

"Ahora, te encomiendo – siguió el Padre – no hagas propaganda de este episodio".

El Padre tenía para Stella una predilección toda particular, porque era un chico muy sencillo, tanto bueno como trabajador. Le procuraba siempre lo que sabía que le gustaba. Cuidaba mucho que el joven fuera respetado y bien cuidado.

Un día el Hermano Estanislao Varotto dijo a Stella de broma: "No barriste bien el dormitorio hoy. Te castigo esta noche a estar en la cama bajo las sábanas". Stella rompió a llorar y siguió barriendo el pasillo. Allí se encontró a pasar el Padre y le preguntó por qué estuviera llorando. Él contesto: "El Hermano Estanislao me castigó a estar toda esta noche en la cama debajo de las sábanas". El Padre le hizo entender que el Hermano se lo había dicho por broma. Luego, sin embargo, me llamó y me dijo que tenía que reprochar el educador, porque no tenía que mortificar así aquel pobre chico. Yo me permití de contestarle: "Sí, Padre, ¡pero era muy fácil entender que aquello no era un castigo y que el Hermano se lo había dicho de broma!". Y el Padre: "Me hace maravilla por cómo razonas. Tienes que entender que el castigo no se mide por sí mismo, sino según el elemento que lo recibe y su susceptibilidad. Ves, para Stella, aquella broma, aquella cosa de nada, era un castigo, ¡al punto que lo entristeció hasta hacerle llorar! Hace falta tener siempre caridad y buscar en todas las maneras de no hacer sufrir el prójimo".

Cuando Stella fue a Brindisi para pasar la visita militar, a las preguntas que se le hacían sobre sus generalidades, contestaba en modo raro.

"¿Cómo te llamas?" preguntaban los examinadores.

"Stella Navidad Revés".

"¿Adónde naciste?".

"En el pesebre".

"¿De quién eres hijo?".

"De la mula".

"¿Cuántos años tienes?".

"Trece años".

Contestaba con tal prontitud y facilidad que los de la comisión examinadora reían a carcajadas.

Los chicos, tal vez durante el recreo, para divertirse, hacían repetir a Stella alguna historieta. Una vez la hicieron repetir delante del Padre que, sin embargo, no rio y, en tono de disgusto, dijo: "¡Pobre hijo! Pero creo que alguien le habrá sugerido de responder así. No está bien. En este modo el chico se acostumbra a razonar aún menos". Y con buenas maneras se puso a intentar corregirlo.

Luego, dirigido a mí, dijo: "¿Os interesasteis si este hijo es capaz de hacer la Santísima Comunión?". Yo le contesté que el Hermano José, con gran paciencia, había intentado prepararlo como mejor podía y el Canónigo Penitenciario lo creía capaz. Y, en efecto, fue admitido a la frecuencia de la Confesión y de la Comunión.

136. Pedagogía práctica

En 1911 el Padre y el Padre Palma, sea por los asuntos urgentes, sea por las absolutas necesidades de la Obra, muy a menudo estaban obligados a ausentarse de la Casa de Oria, también durante mucho tiempo. Esto para mí constituía una grave dificultad, sea porque la Casa estaba desprovista de todo, sea principalmente por mi preparación inadecuada para este oficio. Más veces, desanimado, me había presentado al Padre para que me librara de esta grave responsabilidad.

Una vez que más de lo usual me mostraba obstinado en mi petición, el Padre me dijo con buenos modales: "Cálmate, reza, y mañana hablaremos de ello".

El día siguiente me llamó a su cuarto y me dijo: "Entiendo que las dificultades que hallas en este oficio, especialmente cuando te quedas solo en Casa, son superiores a tus fuerzas. Para ser, en efecto, un educador de verdad, dice un gran pedagogo, se tendría que ser filósofo, teólogo, gran conocedor del corazón humano y santo. Pero, ¿dónde se pueden encontrar todas estas calidades juntas? Hace falta, pues, contentarse con las propias posibilidades.

"Acuérdate que el mejor es enemigo del bien. ¿No ves que no podemos hacerlo diferentemente? ¿Podemos acaso poner en la calle estos hijos? ¿O podemos llamar en socorro un Jesuita o un Salesiano o un Franciscano? Hagamos todo lo que podamos hacer y luego recemos fervorosamente los Corazones Santísimos de Jesús y de María, para que compensen ellos a lo que falta a nosotros".

Viendo luego que permanecía perplejo, siguió diciéndome: "Ahora te enseño yo un modo fácil y muy eficaz para desarrollar bastante bien tu oficio:

"1. Antes de todo y, sobre todo, tienes que rezar mucho a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen del Buen Consejo para que te iluminen y te conduzcan, y así buscar lo más posible de desarrollar tu encargo, como si te lo hubiera confiado directamente nuestro Señor mismo.

"2. La segunda regla es: amarás a los chicos como a ti mismo, y les harás todo lo que quisieras que se haga a ti; al revés, no les harás todo lo que no quisieras que no te hagan. Esta regla muy sabia nos la dio el mismo Señor: 'Amarás a tu prójimo como a ti mismo'. Y esta es una regla muy fácil para el educador, y en el mismo tiempo muy eficaz si bien practicada. ¡Vale más que un tratado de pedagogía! Por esto, intenta practicarla, ¡y verás cuánto es fácil y eficaz!

"Pero esta regla se tiene que aplicar con juicio, porque, diferentemente, podría salir dañosa. Me explico. No tienes que aplicarla según tus opiniones y exigencias personales; ni según tu edad y vocación, o bien tus deseos personales; ni en la misma manera para todos. En efecto, tienes que acordarte de la edad de los chicos, de su naturaleza, su carácter, las calidades y las exigencias físicas, morales, intelectuales, sociales; según su ideal, sus inclinaciones. Hace falta hacerse pequeños con los pequeños. Y aquí está lo difícil. No pocos educadores, tal vez, se equivocan completamente con grave daño para la educación de los jovencitos. O sea, pretenden que los chicos piensen, razonen y hagan como ellos. Es lo mismo que pretender que un niño de diez años lleve el mismo peso que un joven de veinte.

"3. La tercera regla, no menos importante y eficaz, es mirar a los padres como modelo. El educador tiene que amar a los chicos como y cuanto lo quieren los padres, y como estos tiene que querer verdaderamente su bien. Es cierto que nadie en el mundo ama naturalmente los chicos más que los propios padres. Por esto, queriendo expresar el máximo de amor en esta tierra, se habla del amor maternal y paternal.

"El secreto de la educación es, pues, el amor. Por esto se dice también que los mejores educadores son los padres. A menudo se nota, en efecto, que también los padres no conocen ni los primeros elementos de la pedagogía, pero tienen unos recursos tan geniales y eficaces sobre la educación de los hijos, que asombran los más grandes pedagogos.

"Ama tú también los chicos como los padres aman a sus hijos y serás tú también un buen educador. Vez con cuánta premura los padres se activan para procurar el mayor bien posible para sus hijos. Para conservarles la salud y la vida, no miran a los gastos ni a los sacrificios: les darían hasta la vida. Mira con cuánto interés se preocupan para que los hijos sean educados según las propias posibilidades: se puede decir que tal vez se quitan el pan de la boca. Mira con cuánto cuidado se preocupan para que sus hijos sean educados, virtuosos, religiosos, con un buen éxito y aceptados en la sociedad, para vivir bien con el fruto de su trabajo. Haz tú también a los chicos lo que tus padres hacían para ti y para tus hermanos, y queda seguro que lo harás bien.

"¡Esta es una verdadera pedagogía, práctica, fácil y muy eficaz!

"Está claro que los verdaderos educadores no miran y no imitan indistintamente todos los padres. En efecto, hay aquellos que, como ciegos por el gran afecto para los hijos, ceden fácilmente a todos sus deseos, y así, sin quererlo, los miman y, en vez de formarlos, los deforman. Así también es bueno notar que a los educadores no siempre son lícitas todas aquellas manifestaciones sensibles de afecto que pueden usar los padres para con los propios hijos. Esto, en efecto, podría ser algo dañino y muy peligroso.

"4. La cuarta regla, para compensar tu impreparación de educador, es la más importante y la más eficaz, porque ella se fundamenta completamente en el principio sobrenatural, o sea en la caridad, mejor, en el muy tierno amor de preferencia que el divino Maestro tenía hacia los niños, tanto que creía hecho a sí mismo lo que se hace a ellos por Su amor. Así el educador tiene que amar a los niños como los amaba nuestro Señor, que para ellos dio su vida. Tiene que pensar que todo lo que les hace, es como si lo hiciera al mismo Señor.

"Si tú harás esto en tu oficio, con verdadero espíritu de fe y caridad, puedes estar seguro que tendrás éxito mejor que si hubieras estudiado muchos tratados de pedagogía, también porque el Señor seguramente te ayudará con las luces de su gracia. Por esto, ¡ánimo, confía en el Señor y haz todo lo que puedas hacer en su nombre!".

Y, diciendo esto, me despidió.

137. Los sacrificios del Hermano José Antonio para la Sagrada Alianza y la Unión Piadosa

El Hermano José Antonio tenía un apego especial a la Congregación, vivía de verdad el espíritu y la vida del Instituto más que la propia vida. En la labor era incansable y, sin ninguna distinción, encaraba toda clase de trabajo, incluso pesado y humillante.

Tenía un cuidado tal de las cosas del Instituto que hasta parecía escrupuloso. Recogía e intentaba usar los objetos más insignificantes. Era hombre de oración y gran recogimiento. Se entregaba alma y cuerpo para

intentar procurar vocaciones a la Congregación. En esto, sin embargo – lo decía el Padre también – no era muy feliz. Su celo le hacía ver fácilmente en las personas calidades que, en realidad y lamentablemente, no tenían. Él solía confiar en las palabras del Evangelio: "Son muchos los llamados y pocos los escogidos". "Y, ¿por qué – decía – son pocos los escogidos? Porque muchos, aunque habiendo tenido la vocación divina, la pierden no hallando en el mundo un ambiente favorable. En la religión, en cambio, encuentran este ambiente favorable, y si lo quieren, pueden corresponder más fácilmente a la divina llamada".

Entre otras cosas, tenía también un especial transporte para la propaganda de la Sagrada Alianza y de la Unión Piadosa de la Rogación Evangélica. Con gran sacrificio, iba por doquier era posible para procurar nuevos inscritos y no dejaba ocasiones sin aprovecharlas para este apostolado. Asombraba el hecho que, a pesar de su sencillez y bondad, él tuviese tan grande éxito sea entre los fieles, como también entre los sacerdotes, obispos y cardenales.

Estaba tan convencido por lo que decía, que sus palabras hacían brecha en todos los que lo escuchaban. Todos admiraban en él la bondad, la ejemplaridad religiosa, la sencillez y el celo para el Rogate.

Con gran celo se preocupaba también de promover entre los eclesiásticos y prelados, la inserción, en las Letanía de los Santos, del versículo: *Ut dignos ac sanctos Operarios...*, propuesto por el Padre.

Un día en Oria, estábamos en los primeros años de aquella Casa, notando que el Hermano José estaba muy cansado por haber pasado toda la noche preparando el envío del material para la Sagrada Alianza, para la Unión Piadosa y para la inserción del versículo, me ofrecí con unos cuantos chicos de ayudarlo. Mientras el Hermano estaba ausente, se asomó el Padre, y viendo activa toda aquella obra para el envío, dijo: "Me gusta mucho que trabajéis con mucho celo para esta propaganda. Es algo óptimo que también los pequeños aspirantes, desde los primeros años, se acostumbres a este apostolado tan inherente a nuestra misión y al espíritu del Rogate. Esto también es un instrumento óptimo para alimentar su vocación y para encariñarlos a nuestra Congregación".

Entonces yo precisé: "En realidad, de este trabajo hicimos poco o nada. Es toda obra del Hermano José Antonio, que se sacrifica también durante la noche". Entonces el Padre añadió: "Este Hermano es una verdadera bendición de Dios. Es un verdadero Rogacionista y vive el espíritu y la vida del Instituto".

Luego, dirigido a los pequeños aspirantes, les dijo: "Así tenéis que ser vosotros también. Tenéis que acostumbraros desde pequeños a estudiar, a conocer bien las obras de la Congregación, a practicar en ellas. ¿Sabéis qué es la Sagrada Alianza? Es algo muy importante, sea para la oración misma

para obtener sacerdotes, sea para su difusión. Los obispos, los cardenales Sagrados Aliados se unen a nuestras oraciones y cada año, entre otra cosa, aplican para esta finalidad una o más santas Misas. Además, con las instrucciones y con los sermones difunden esta oración. Supe que unos párrocos en sus iglesias no sólo hacen rezar estas oraciones, sino que tienen unas reuniones y formaron unas uniones piadosas para difundir el Rogate.

"En unos seminarios, los obispos, nuestros Sagrados Aliados, hacen rezar diariamente a los seminaristas las mismas oraciones que rezamos nosotros. Me pidieron el librito. Así los seminaristas se enamoran de esta oración y cuando sean sacerdotes seguramente la difundirán entre el pueblo.

"La Unión Piadosa de la Rogación Evangélica es también muy importante, porque sirve para unir a nuestra oración muchos millares de fieles".

Luego, dirigido a mí, siguió: "Estas cosas a los chicos hace falta explicárselas y hacérselas entender bien. Así, repito, se encariñan".

Uno de aquellos pequeños aspirantes dijo: "Padre, yo ahora escribiré a los sacerdotes que conozco de mi pueblo para hacerlos inscribir a la Sagrada Alianza, y también escribiré a mis familiares y conocidos para hacerlos asociar a la Unión Piadosa". Y otro añadió: "Yo también lo haré hoy mismo".

Entonces el Padre, dirigido nuevamente a mí, dijo: "¿Ves como se hace propaganda? Unas veces se busca hacer la propaganda a los de fuera y uno se olvida de hacerla a los de dentro, que tendrán que ser, con la gracia del Señor, los apóstoles del Rogate".

Luego el Padre siguió diciendo: "Este celo para el Rogate es un deber sacrosanto para todos los que pertenecen a nuestra Obra Piadosa, y en modo particular lo tenemos que sentir y ejercer para implorar vocaciones para nuestra Congregación".

138. Recordando las vocaciones de la familia Drago

Mis padres me escribieron que habían decidido enviar a estudiar a un colegio de los Salesianos mi hermano Francisco. El Padre Fundador abrió la carta, y me dijo: "Escribe a tus padres, por parte mía, que, en vez de enviar tu hermano a los Salesianos, lo pueden enviar aquí junto con vosotros cuatro hermanos". Yo le contesté: "Este hermano mío no siente ninguna vocación religiosa. Él quiere estudiar para quedar luego siempre en familia". Y el Padre contestó: "No importa, venga lo mismo a estudiar aquí. Quiere decir que, si el Señor le dará la vocación, se quedará, si no, volverá a la familia. Seguramente será él también un buen chico".

Yo entonces le pedí qué aportación mensual tendrían que pagar mis padres. "Diles – añadió el Padre – que ninguna. Además, ellos a menudo envían espontáneamente unos donativos generosos".

Este hermano mío vino realmente a Oria, donde estuvo muchos años. El Padre, para complacer el deseo de mis padres, le hizo de padrino en la confirmación.[40]

El chico, sin embargo, no mostró buena voluntad en el estudio. Empezando la primera guerra mundial, mis padres lo retiraron en familia. Él permaneció siempre muy aficionado al Instituto y devoto al Padre.

El padre siguió diciendo: "En la ocasión de mi visita a Galati, noté que tu familia, aunque sencilla, es igualmente ejemplar. Tiene mucha fe y caridad. En el pueblo goza mucha estimación. El Señor la recompensó generosamente, habiendo entregado a cuatro hijos suyos la vocación religiosa. Tus padres correspondieron generosamente a esta gracia, dando a vosotros con gusto el consentimiento".

Yo lo corté diciendo: "En realidad a mí no lo dieron en seguida el consentimiento, pero me lo hicieron esperar muchos meses, porque mi madre, por mi carácter inquieto, temía que en el Instituto no me aguantarían".

El Padre contestó: "Vosotros tenéis que agradecer mucho al Señor, sea porque os hizo nacer en una familia tan buena, sea porque os dio la santa vocación religiosa, y sea porque os llamó a este, por cuanto mínimo, Instituto, igualmente querido al Corazón Santísimo de Jesús. Esta gratitud la tenéis que mostrar con los hechos, o sea viviendo en la religión como devorados por el celo para el Rogate y por la caridad por las obras de beneficencia del Instituto".

Luego me preguntó: "¿Cómo fue que escogisteis este mínimo Instituto, entre los demás que hay en la Santa Iglesia, tan célebres y gloriosos?".

"Los caminos del Señor son muchos – contesté. – Igual influyó no poco aquel transporte de mis padres, especialmente de mi mamá, hacia los necesitados, en modo especial hacia los pequeños, hacia los huérfanos, que consideraba casi fueran sus hijos. Y así se esforzaba de educarnos, desde la más tierna edad, con las palabras y el ejemplo.

Este sentimiento para con los huérfanos se radicó más fuerte en nosotros después de un acontecimiento. En 1906 todo el territorio de la montaña de Galati fue cubierto por una nevada muy abundante. Los pastores, temiendo de quedar sepultados, decidieron bajar con sus rebaños hacia la cuesta.

Los chicos, de la ventana, nos divertíamos mirando esos gruesos y anchos copos de nieve flotando en el aire en un remolino de viento. Pero,

[40] Cf. cap. 1 y 33.

mientras nos entreteníamos viendo bajar la nieve, he allí que cruzó la calle un rebaño de ovejas, amasadas y compactas para defenderse de la tempestad. Entre los pastores notamos un chico que, batido por el viento, arrancaba con dificultad. Estaba cubierto de nieve, de la que intentaba protegerse enrollándose en un viejo mantel. Viendo el espectáculo, llamamos a la mamá para hacerle ver aquel pobre pastorcito cubierto de nieve y que se moría de frío.

La mamá corrió y, viendo al niño, tomó un chal, bajó a la calle y rogó a los pastores de dejar entrar en la casa el pastorcito, prometiéndoles que, acabada la tempestad, lo haría acompañar allá donde ellos indicarían. Los pastores consintieron con gusto, preocupados por el niño que, además, dificultaba su camino".

Yo veía que el Padre seguía el relato con gran interés, por esto me animé a continuar la anécdota edificante.

"La mamá lo hizo entrar en casa en seguida. Mirándolo, daba pena. Estaba todo mojado, descalzo, mal vestido y sucio. Entumecido por el frío, no acababa de temblar. La mamá lo llevó en seguida a la cocina, lo lavó con agua caliente, lo vistió con ropa limpia, aprovechando nuestros vestidos, lo alimentó ofreciéndole cuidados realmente maternos, y luego lo hizo venir entre nosotros, que lo esperábamos con ansia. El pequeño, en un principio, cuando se vio rodeado por nosotros y asaltado con preguntas, se mostró vergonzoso y callado; pero luego, poco a poco, empezó tomando confianza y respondía en seguida a nuestras preguntas. Demostraba ser un niño muy inteligente.

"Con alguna lagrimita empezó a contar su historia dolorosa. Tenía unos diez años. Con siete, quedó huérfano de ambos padres y, durante dos años, se había reducido a vivir completamente abandonado, vagabundo, mendigando un trozo de pan entre muchas privaciones y sufrimientos. Finalmente, un familiar lejano, uno de aquellos pastores que vimos, lo había tomado consigo para guardar el rebaño de su dueño. Este tío suyo, en efecto, era un pobre asalariado, y la ganancia no le bastaba ni para mantener su familia.

"Por el servicio que llevaba al pastor, el niño recibía sólo el plato diario y contaba cuánto su vida era difícil.

"Nosotros lo tratamos como un hermano nuestro, y él se aficionó en seguida a nosotros. La mamá, mientras tanto, seguía ofreciéndole todo cuidado.

"Después de cuatro días la nieve acabó y llegó la hora que el pequeño tenía que alcanzar el lugar indicado por los pastores. El pastorcito, tras la noticia, rompió a llorar, como también hicimos nosotros que rogamos la mamá, para que lo dejara quedar siempre con nosotros. La mamá, sin embargo, a pesar de que le disgustara a ella también, dijo que no era posible y, según la promesa, lo hizo acompañar al lugar indicado.

"Este acontecimiento quedó grabado en nuestras almas con una impresión indeleble y produjo un deseo ardiente de ayudar los pequeños desafortunados, especialmente huérfanos.

"Después de unos meses hubo la ocasión de la ida del Hermano Francisco María del Niño Jesús a Galati.[41] Su trato religioso nos encantaba. Nos hablaba de la vida del Instituto con mucho entusiasmo. Cuando nos dijo que el primer fin de ello era de rezar al Señor de la mies para obtener los buenos Trabajadores a la Santa Iglesia, no entendimos nada, tanto que le preguntábamos si se trataba de carpinteros, sastres o campesinos. Él intentó explicarnos que por trabajadores se entendían principalmente los sacerdotes, y en todos los modos se cansaba para hacernos entender la excelencia del sacerdocio y la necesidad de la oración para obtener por Dios sacerdotes santos. A pesar de sus explicaciones, no cogíamos el sentido y así no nos hacía mucha impresión. Pero, cuando nos habló del fin del Instituto de acoger a los huérfanos pobres y derelictos, y nos contaba cómo estos se trataban y cómo estaban contentos en el Instituto, exclamamos: "¡Qué Instituto bonito! Quisiéramos nosotros también ir a hacer lo que haces tú, o sea ser religiosos como tú, y así buenos sacerdotes. ¿Quizás si el Padre Francia nos acepta?".

"¿Y por qué no tendría que acogeros? – contestó el Hermano Francisco – pero hace falta, antes de todo, que el Señor os dé la santa vocación religiosa. Hace falta rezar mucho, ser buenos, y tener una edad conveniente". Y sobre todos estos temas nos dio una larga explicación.

"Luego cuatro de nosotros y dos primos míos, hermanos del Hermano Francisco, poco a poco entramos en la Congregación. Los primeros fueron el Hermano Mansueto y el Hermano Mariano".

El Padre finalmente dijo: "¿Ves qué grandes son los caminos de la Providencia? Sin duda, por cuánto el Rogate sea mucho más excelente de las obras de caridad, estas afectan más comúnmente al corazón humano porque son más sensibles. Para nuestro Instituto, parece que la Providencia las escogió también como uno de los caminos más eficaces para el mantenimiento y la difusión del Rogate".

139. "Así no se hace"

Un día en Oria llevaron el correo al comedor. La Comunidad acabó de comer y fue al recreo. El Padre, que había venido después, siguió comiendo. Yo me entretuve repartiendo y controlando el correo. Di al Padre la que estaba dirigida a él y seguí abriendo las cartas, sirviéndome ahora del cuchillo de la mesa, ahora rompiéndolas mal, incluso con el dedo, de manera que los sobres quedaban ordinariamente rotos y algunos de ellos desgarrados. Así que tomé

[41] Cf. cap. 1, corresponde a Cayetano Drago, primo del P. Carmelo.

una de aquellas cartas y, abriéndola, la di al encargado del comedor para un aspirante que se hallaba en el jardín para el recreo.

El Padre, que lo había observado todo, después de que el chico salió y que nos quedamos a solas, me reprochó: "Así no se hace con el correo. Antes de todo, para abrir las cartas, no se usa el cuchillo de la mesa, y esto por motivos de higiene. Se sabe que, para pegar los sobres, no siempre se usa la esponja húmeda. A menudo se usa la saliva que puede ser de persona con una enfermedad infectiva. En cambio, se usa el abrecartas o el afilador que, sin embargo, cada vez se tiene que limpiar.

"Las cartas, además, no se tienen que abrir como hiciste tú, tanto que unos sobres quedaron medio desgarrados. No es educativo entregar una carta arrugada o estropeada, como si fuera algo desagradable. Así se ofende el sentimiento del que la recibe. La carta une en un diálogo dulce y siempre esperado dos personas lejanas físicamente. Lo hace con la palabra, que puede ser la del padre o de la madre al hijo: o del hermano o de la hermana al hermano, y así seguidamente. Por lo tanto, la carta como tal, se estima y respeta; y queremos que también los demás hagan lo mismo. El correo es algo muy importante que goza el más estricto secreto. De por sí, lo puede abrir sólo el que la recibe. A los chicos, se abre para educarlos sobre cómo tienen que responder y escribir. A los religiosos se puede abrir, porque hay una prescripción explícita de nuestros reglamentos internos. Y de esta prescripción misma hace falta servirse con mucha discreción y razonabilidad, o sea cuando se cree útil para el bien de la persona o del Instituto. Diferentemente, por parte de los superiores, sería una falta de confianza hacia el que la merece. El religioso, sin embargo, por espíritu de mortificación, es bueno que esté dispuesto también a esto.

"De todo lo que se viene a conocer por las cartas, sea de los religiosos, como de los chicos, hace falta guardar el secreto. Si hace falta, se puede solamente referir al responsable.

"Noté también que enviaste una carta a un aspirante por medio de un encargado del comedor. Así no se hace. El chico, por curiosidad, la puede leer y, peor aún, manifestar a los demás el contenido. Y esto seguramente provoca grave disgusto al que recibe la carta. También admitiendo que el portador no la lea, el que la recibe puede siempre tener la sospecha que se violó un derecho sagrado.

"Las cartas de los religiosos, especialmente, si son abiertas, las tienes que dar tú directa y personalmente. Haz siempre en el mismo modo también por las de los chicos. Es uno de aquellos pequeños gestos ricos de consecuencias educativas positivas: los chicos se sienten estimados y seguidos, cuando el superior los trata familiarmente, preguntando cómo están en la salud y si necesitan algo".

140. Docilidad con el confesor

Durante la primera guerra mundial, mientras la sección de sanidad a la que pertenecía se hallaba en el Carso, cerca de Sagrato, y se desencadenaba en las primeras líneas una áspera batalla, se presentaron en el sitio de repartición un oficial y un suboficial de la Compañía de los Osados, llevando un soldado para una revisión médica inmediata. Había acontecido que aquel soldado en el momento del asalto, había rechazado de ir a la pelea y esto, según la ley marcial de la época, conllevaba la sentencia de ser fusilado. Pero como, en el mismo momento del rechazo, el militar tuvo síntomas de un desfallecimiento grave, le ejecución de la sentencia se subordinaba al juicio del médico.

El pobrecito parecía perdido, con un rostro destruido, y tartamudeaba frases sin sentido. Mientras tanto el médico de guarda no estaba, y el caso era urgente, la lluvia bajaba sin parar y desanimaba toda salida, aunque breve, si hubiese querido buscar al médico. Me pegué entonces al teléfono para comunicar con él. Me contestó que tenía que poner el termómetro al soldado para hacerle conocer la temperatura, y decírsela luego.

Pero yo, por unas señales, me di cuenta y tuve casi la certeza que el soldado disimulaba. No sé por qué, la desventura de aquel hombre me afectó el alma aún más profundamente. Entonces decidí salvarlo a toda cuesta. Podía hacerlo con la ayuda del termómetro, pero disimulando una actitud exterior de dureza. Para evitar toda sospecha, empecé, pues, a maltratar el soldado, suscitando contra mí hasta la indignación de los que lo habían llevado en la camilla.

En efecto, le puse el termómetro tan mal, que se rompió mientras lo tenía. Entonces, como fuertemente irritado, empecé a despotricar contra él con palabras injuriosas y desdeñosas, y empecé a agitar fuertemente el termómetro por la parte opuesta, como para bajarlo, y así se lo puse que ya marcaba 40 grados. Cuando se lo quité, lo enseñé al oficial y a los que lo habían llevado, diciendo: “¡Está haciendo tantas historias por 40 grados de fiebre, como si estuviera muriendo!”. Por este aparente cinismo mío, los presentes se indignaron contra mí.

Llamé entonces al médico de servicio, comunicándole que el enfermo tenía la fiebre a 40 grados. Él quiso hablar por teléfono también con el oficial que había acompañado el soldado. El oficial confirmó: ¡40 grados! ¡Ya estaba salvo! El médico, en efecto, me dijo de preparar para el hospital el diagnóstico: “Acceso febril de naturaleza indeterminada”.

Me dijo de hacer tres copias y llevárselas para firmarlas. Una copia tenía que quedar en la oficina de la sección. La segunda tenía que acompañar el enfermo al hospital y la tercera tenía que ser enviada al Cuerpo de proveniencia del soldado.

Ejecuté las órdenes. Pronto llegó la ambulancia para llevar el militar, aún todo asustado.

Él, de todo el conjunto, había entendido que lo había querido ayudar. Así, cuando la ambulancia estaba para salir, y yo le estaba pegando el distintivo, apretándome fuertemente la mano, todo emocionado, con las lágrimas a los ojos, me dijo:

"¡Gracias, infinitamente gracias! ¡Me salvaste la vida!". Y yo aproveché para decirle: "No hagas más cosas parecidas, porque te pasará mal. Sé bueno, agradece al Señor que te libró de la muerte. Te encomiendo de no manifestar a nadie lo que te hice, porque me podrías arruinar". Y, mientras tanto, lo envié al hospital más lejano.

Después de unos días pude ir a un confesor de un pequeño hospital de campo, un padre capuchino. En mi confesión le manifesté que, para salvar un soldado de ser fusilado, había tenido que decir muchas mentiras. Él, examinado el hecho en todos sus detalles, me contestó que había actuado mal moralmente. Siguió una docta disquisición con argumentaciones por ambas partes. El confesó concluyó amargamente para mí: "Es inútil – dijo – que te pongas a razonar para escusarte. Te digo que hiciste mal, peor, muy mal".

"Perdóneme, Padre, - contesté – no estoy para nada convencido de haber hecho mal. No veo la razón".

Y entonces el confesor, resentido y con cierta impaciencia, añadió: "Se ve que eres soberbio, y poco dispuesto a confesarte bien, ya que eres obstinado en tu persuasión. Por eso te puedes ir, porque no puedo darte la absolución".

Después de unos días tuve la ocasión de confesarme con el capellán militar de nuestra sección, que era muy estimado también en el Cuartel General de la división por su bondad y por su vasta cultura.

Cuando le conté el episodio, me dijo: "Como en aquel momento estabas en buena fe, y creías que lo podías hacer, no actuaste mal, sabiendo que la pena de muerte tiene como finalidad la de evitar en el ejercicio de las armas el escándalo. En este caso, como se llevó el asunto, no hubo escándalo. Pero te digo que no hagas más cosas así, porque corres el riesgo de acabar delante del tribunal militar y tener penas muy severas".

Después de acabar el servicio militar, entre las muchas anécdotas de mi vida militar, conté también esto a los chicos.

Hallándonos un día durante el recreo con el Padre, en el jardín de Oria, uno de los chicos salió incauto: "Cuente al Padre cómo salvó la vida al soldado cobarde y como el confesor te negó la absolución".

Y el Padre, en seguida alarmado: "¿Cómo? ¿Cómo? ¿De qué va el asunto?".

Entonces intenté explicar en breve cómo habían ocurrido las cosas. Mientras hablaba, veía que el Padre seguía con particular atención. Luego cuando llegué a la confesión con el padre capuchino, él se hizo serio y sentenció: "Te portaste mal; hiciste mal a no seguir el juicio del confesor. Aunque no estés convencido, tenías que remitirte humildemente a lo que te decía".

Yo añadí: "Pero el capellán militar luego me dijo que no había hecho mal".

"Bien – repuso el Padre – quiere decir que luego seguirías el juicio de este otro confesor. Mientras tanto te repito que hace falta remitirse siempre en todo y por todo al juicio del confesor. Aunque este se equivocara, la Providencia ciertamente sabría reparar el error".

Luego me llamó a solas y me catequizó como se debía: "Ciertas cosas a los chicos no se dicen, porque ellos no tienen todavía la capacidad de poderlas entender y pueden quedar escandalizados. En efecto, de esta anécdota, lo que más quedó grabado en la mente de los chicos fue que tú, a fuerzas de mentiras salvaste la vida del soldado y que luego te opusiste razonablemente al juicio del confesor, tanto es verdad que luego, el segundo confesor, juzgó diferentemente que el primero. Todas estas cosas no sirven para formar los chicos, sino para desorientarlos y deformarlos".

141. El agua potable racionada

En el final de la guerra el Padre me escribió que, en cuanto me dieran el alta, fuera directamente a Oria, donde había mucha falta de personal. El Padre Palma, en efecto, por su exención, tenía que aparecer como director de la Casa de Altamura. Además, había sido afectado por una infección malárica que lo había debilitado mucho. El Padre, por las graves dificultades de los viajes, raramente podía ir a Oria. Otro personal estaba aún bajo las armas. Se puede decir, pues, que todo el peso de aquella Casa cargaba sobre las espaldas del pobre Hermano Juan Evangelista, demasiado joven para llevar un conjunto de problemas, después de las consecuencias de la guerra, y también la indisciplina de aquellos pocos chicos que habían quedado.

Dos o tres de estos, no se sabe si por debilidad de riñones o por pereza, a menudo bañaban la cama. Por esto se hacían poco agradables también a los compañeros que, muchas veces, los esquivaban.

Habiendo estado el Padre en Oria, se le hizo notar el grave inconveniente, y se le insinuó también la propuesta de expulsarlos. El Padre fue decididamente negativo, tanto más que los chicos eran huérfanos, y contestó: "Para nada, no se tienen que expulsar en absoluto. No sé cómo se pueda hacer esta propuesta. Tenéis que saber que no hay caridad sin molestia,

mejor, sin que cueste sacrificio. Una obra es meritoria en proporción al amor a nuestro Señor y al sacrificio".

Pero, se hizo notar al Padre que no se trataba, en aquel caso, de molestia, sino también del hecho que se dañaban las camas, la ropa, los vestidos. El Padre repuso: "Da igual. Todo lo que hay en el Instituto y en la misma Casa pertenece a la divina Providencia que, sin duda alguna, será con nosotros tanto más generosa, cuanto más nos activemos para ayudar el prójimo". Dados los principios generales, el Padre bajó en los detalles, con la delicadeza del gran educador que era: "Estos elementos no sólo hace falta compadecerlos grandemente, sino que es necesario que se usen con ellos premura y cuidados maternales. El colchón hace falta lavarlo y cambiarlo a menudo. No se tienen que enviar nunca a la cama con el colchón mojado. La ropa y los vestidos se tienen que mudar cada vez que se bañan; además, los interesados tienen que hacer el baño en agua tibia. Y, además, hace falta moderarlos en la bebida. Por cierto, caí en la cuenta de que algunos en la mesa beben demasiado, también antes de empezar a comer, y mientras comen muy caliente. Esto no hace bien al estómago y daña los dientes, especialmente cuando el agua está muy fría. También en esto, los chicos hace falta moderarlos e instruirlos. Creo que en la mesa algún vaso de agua bastaría. Después de comer, luego tendrían que pasar un par de horas antes de beber, porque dicen que beber antes daña y perjudica la digestión".

Este discurso del Padre sobre la bebida fue mal interpretado, y los chicos sufrían una gran sed. En la mesa se les permitía de beber obligatoriamente un solo vaso de agua, todos juntos, cuando el vigilante daba la señal. ¡Y entonces eran siempre los listillos, los que más rápidamente la cogían, a poner manos a la jarra del agua! En la confusión siempre eran ellos los que aprovechaban algún vaso más de agua.

Cuando llegué a Oria en seguida fui cogido por aquellos espectáculos. Pedí razón al Hermano Juan Evangelista, que me contestó que era un orden del Padre. Yo le dije que seguramente habría alguna equivocación: el Padre no había sido entendido bien, también porque los vasos que se usaban entonces eran de barro y tan pequeños que hacían falta al menos tres para hacer uno normal. Por eso estaba más que seguro que las palabras del Padre tendrían que haber sido mal interpretadas.

Para no hacer entender a los chicos la equivocación (pero ellos, luego, lo entendieron igualmente), dije al Hermano Juan Evangelista: "Dentro de unos días tendré que ausentarme algún tiempo. Usted aproveche para hacer a los chicos una pequeña lección sobre el uso del agua en el comedor y concluyan que en la mesa pueden beber agua a voluntad, pero sin abusar".

El Hermano no lograba convencerse. Creía que aquella era una verdadera disposición del Padre, y quería ser muy fiel en hacerla observar.

Intenté persuadirle, pero, finalmente, llegué a la conclusión diciéndole que tenía que hacer como decía yo. Con el Padre, luego, lo avisaría yo personalmente.

En efecto, en cuanto llegó el Padre a Oria, lo informé sobre el inconveniente. Él me contestó: "Yo no recuerdo lo que dije sobre ello. Pero estoy seguro que no quería para nada decir de hacer sufrir los chicos por la sed. Se hacen muchos gastos para hacerlos estar bien y contentos, y luego ¿puede uno pensar de hacerlos sufrir por el agua que no costa nada? Nuestro Señor dice que no perderá su recompensa el que da un vaso de agua fresca por amor suyo. ¿Cómo se puede pensar que yo pude dar una tal disposición? Igual después de darme cuenta que algún chico, según mi parecer, abusaba un poco, bebiendo demasiado, diría que habría que vigilar. Igual sugerí que no se tiene que beber demasiado antes de empezar a comer la sopa, para no perder el apetito; o también de no beber mientras se come un alimento muy caliente, porque hace daño a los dientes. Como también diría de evitar de beber durante dos horas después de comer, mientras actúa la digestión porque, dicen, hace daño".

Esta última convicción, recuerdo, era general en el Instituto y yo también la hacía observar, aunque no estaba convencido de ella. Durante la vida militar, luego, estando en la sección de la sanidad, tuve la oportunidad de pedir explicaciones sobre esto a diversos médicos, y todos ellos, concordemente, me contestaron que no era verdad para nada que el agua dañase la digestión. Por eso, me permití de sintetizar al Padre lo que había aprendido de los médicos, mientras estaba bajo las armas.

Había pues aprendido que el agua es muy importante para la vida, que mientras el hombre puede sobrevivir también durante muchas semanas sin comer, sin beber no puede que sobrevivir sino durante pocos días. Todo alimento no puede ser usado y absorbido por el organismo si no está disuelto en agua. La cantidad de agua requerida por el cuerpo es tanto más alta cuanto menor es la edad, pero siempre según las estaciones. Por eso los médicos concluían que el agua no hace daño.

Entonces el Padre repuso: "Yo también estoy convencido que tiene que ser así. Me hace maravilla cómo a mi edad pude pensar que beber antes de dos horas después de la comida pudiera dañar la digestión, como muchas veces oí decir por los demás. Hace falta estudiar bien las cosas".

Siempre sobre el hecho de beber demasiado o poco, conté luego al Padre la siguiente anécdota.

No bebiendo yo vino, no comiendo dulces, no tomando nada excitante, siento un gran gusto por el agua. Ahora, confesándome una vez con el señor Porcio, lazarista, no sé cómo me vino de decirle entre las otras cosas que bebía mucho. El confesor me preguntó si entre las comidas o fuera y, más o menos

cuántos vasos. Yo contesté: “Bebo siempre y no consigo tener la cuenta de los vasos en un día”.

El confesor, entonces, se hizo serio y empezó a echarme un sermón, diciendo entre otras cosas: “¿Y qué religioso puedes ser? ¿Y qué ejemplo das a los demás que te ven borracho perdido?”.

“No Padre – precisé en seguida – yo bebo sólo agua. Además, estoy abstemio al vino”.

Y entonces él, casi en tono molesto, me dijo: “Pero bebe cuanto quieras, ¡y no me rompas la cabeza!”.

Y el Padre, riendo de corazón, concluyó: “Tenía razón el confesor. Te había tomado por un borracho. En confesión hace falta ser claros y no usar palabras que se prestan a la equivocación”.

142. Como una mamá con sus hijos

El Padre, acompañado por el Hermano María Antonio, llegó una noche de Trani a Oria. El día siguiente se dio cuenta que el Hermano José Antonio llevaba zapatos demasiado desgastados, así que lo obligó a ponerse aquel par que él mismo tenía de repuesto.

El mismo día el Padre me llamó y me contó el asunto. Pero, en vez del Hermano José Antonio, le salió dicho Hermano María Antonio, y con tono bastante serio, me pegó un sermón diciéndome: “Se ve que eres negligente en tu oficio. No provees en su tiempo a las necesidades de la Comunidad”.

“Uno de las señales más bonitas de estar juntos tendrían que ser las generosas y afectuosas premuras de la caridad. También por los aspirantes y los huerfanitos tienes que tener muchos cuidados afectuosos y portarte con ellos como una mamá con sus hijos. En modo especial tienes que cuidarte de los más pequeños, porque más necesitan, y de aquellos religiosos que menos pretenden, más observantes y que no manifiestan sus necesidades, como este nuestro querido Hermano muy apegado al Instituto, muy observante, muy trabajador y muy amante de la pobreza. Tuve que insistir mucho para hacerle aceptar mis zapatos: tuve casi que obligarlo. Decía que no los necesitaba, que los suyos todavía estaban buenos, y que, como mucho, las habría arreglado todavía. Decía también: ‘Y entonces, ¿por qué hice voto de pobreza? Hay muchos pobres que van totalmente descalzos”.

Mientras el Padre hablaba, escuchaba en silencio y pensaba que las alabanzas del Padre para el Hermano María Antonio eran un poco exageradas. Además, aquel Hermano tenía un pie muy grande y desproporcionado. ¿Cómo podía llevar los zapatos del Padre?

Así, casi para justificarme de alguna manera, repuse: “Pero, Padre, yo aún no había caído en la cuenta. El Hermano María Antonio llegó justamente

ayer de su casa y, casi aún no lo vi". Y el Padre: "¿Qué pinta el Hermano María Antonio? Yo hablo del Hermano José Antonio". "Yo de verdad había entendido Hermano María Antonio", contesté. "Quiere decir – añadió el Padre – que, sin querer, intercambié los nombres. ¡Ay! El Hermano María Antonio, aunque sea muy querido y bueno, pero sabe bien cómo reclamar. Si hubiera sido él habría dicho, estando sentado: yo de aquí no me muevo hasta que no me dais zapatos nuevos. De todas maneras, intercambié los nombres, pero tu negligencia permanece. Por eso te repito, vigila, te encomiendo de ser más diligente y más caritativo para gustar a los Santísimos Corazones de Jesús y de María, para bien de la Casa y para ganarte méritos para el paraíso".

143. Baños y duchas, pero ¿dónde hay agua?

Desde la apertura de la Casa de Oria hasta que no llegó al pueblo el acueducto público, en Casa hubo una gran falta de agua. Sea para beber como también para los demás usos, hacía falta sacar con gran labor de los pozos con los cubos. Menos mal que había aquel pobrecillo de Stella que se ofrecía para esta gran faena de sacar y transportar agua también a los depósitos de los lavabos. Parecía enviado por la Providencia. Él pasaba a menudo los días enteros sacando agua.

Se entiendo que se buscaba ahorrar agua lo más posible. No se podía pensar para nada a los equipos de baño. En toda la Casa no existía una vasca de baño o una simple ducha. Para la limpieza personal, el que la quería hacer se tenía que contentar de alguna simple ablución, sirviéndose de poca agua en un contenedor de barro.

Por cierto, hace falta decir que se vivía en un gran malestar. Los pequeños sufrían más que todos, especialmente algunos que hubiesen necesitado bañarse cada día.

Todos notábamos este grave inconveniente, especialmente el Padre que a la limpieza y a la higiene de la Casa y de las personas tenía mucho. Además, le hacía mucha pena aquel pobre Stella que, obligado a sacar y llevar agua por una gran parte del día, parecía un condenado a los trabajos forzados.

Un día, hallándome junto con el Padre Palma, el Padre pidió si para solucionar el problema del abastecimiento hídrico era suficiente instalar una bomba.

Contestó el Padre Palma: "Padre, no es posible, porque en Oria todavía no hay electricidad. Podríamos intentar con el dínamo del motor que sirve para accionar las máquinas tipográficas".

El Padre añadió: "Probémoslo ahora".

Se escribió a una empresa de Milán, detallando todas las características del grupo electrógeno. Llegó la bomba, vino el mecánico para montarla, pero

no lo consiguió. Luego volvió con un ingeniero de Milán, pero ni este consiguió activar la bomba. Así que esta no fue pagada y permaneció entre la chatarra.

Mientras tanto, para arreglar de algún modo el grave problema, se construyó cerca de la noria del jardín una pequeña cabina, adaptando una ducha muy rudimental. Tenía dos defectos: sacaba sólo agua fría, y salía del pozo en cantidad irregular. Por eso se usaba sólo durante el verano, y hacían falta horas interminables para consentir el baño a todos los chicos.

Un día el Padre, viendo tantos chicos en el jardín, se acercó y me dijo: "Por fin hallasteis un medio para hacer el baño a los chicos. Me gusta mucho, explícame cómo funciona".

Cuando cayó en la cuenta, añadió: "Pero esto es un modo bárbaro. No va, no va". Contesté: "Padre, casi todos lo hacen con gusto". "Entiendo – repuso el Padre – que, según Kneipp, el baño con agua fría hace bien para algunos; pero ciertamente para otros puede hacer daño, sea al estómago, sea, especialmente, al corazón. Se puede provocar hasta una parálisis cardíaca. Antes de empezar estos baños, ¿todos pasasteis una revisión médica?". "No", contesté. "Tienes que saber – siguió el Padre – que cuando especialmente se trata de baños de mar o de agua fría, hace falta siempre, antes de empezarlos, hacer pasar a todos una revisión médica y luego seguir las prescripciones. Mientras tanto, dile al Padre Palma en mi nombre de hacer construir en la Casa un cuerpo de baños racionales, con agua calda y fría regulable a voluntad, según las sugerencias del médico, y no haga como él piensa, aunque, en verdad, los dos seguimos el método Kneipp, y por eso, de alguna manera, en muchas cosas concordamos".

Le contesté: "Y, ¿cómo se hace con el agua? Construir baños sin agua es algo inútil. Se habla tanto que tiene que llegar a Oria el acueducto público, pero todavía no se ve nada, y quién saba cuando será". Y el Padre: "¿No podéis aprovechar el agua del nuevo pozo de la colina? Me parece que haya bastante pendiente hacia el lugar en que se podrían construir los baños". Sobre este pozo, recuerdo que cuando se halló la primera agua el Padre estaba en Oria y, cuando lo supo, vino al lugar y dijo: "Es una verdadera Providencia. Los judíos cuando escarbaban pozos y encontraban el agua, hacían fiestas y ofrecían a Dios sacrificios. Nosotros también tenemos que elevar al Señor oraciones especiales de acción de gracias".

Yo contesté: "Sí, Padre, pero esto no se podrá hacer cuando se instalará el motor que sacará el agua. El motor ya fue encargado, pero tiene que llegar de América, y por eso quién sabe cuándo se hablará de ello". "De todos modos – repuso el Padre – empezad a construir los baños, de modo que cuando habrá agua no se pierda tiempo, porque el asunto es urgente".

Construidos los baños, pero aún sin agua, el Padre los quiso ver para darse cuenta de cómo funcionarían. Notó la falta de las vascas de baño y la

poca comodidad del ante baño. Aprobaba la cantidad de las duchas, pero hacía notar que, para los chicos pequeños, el agua caliente y fría no se podía arreglar a su voluntad, porque fácilmente habrían podido abrir sólo el grifo del agua caliente y quemarse. Hacía falta, en cambio, arreglarlo desde fuera, por parte del vigilante, según una temperatura media y aguantable.

El Padre Palma, que estaba presente, me dijo: "Ciertamente harás usar el bañador". Y yo contesté: pero se trata de limpieza general, y por eso me parece que el problema no se ponga". Y luego, ¿a qué sirve, si los chicos se despojan y se visten en la misma cabina?". Y el Padre Palma: "Hace falta para la modestia personal". Intervino el Padre y concluyó: "Padre Palma, ¡déjelos hacer!". Y, dirigiéndose a mí, añadió: "Arréglate con el médico". Yo entendí que lo dijo para no contradecir al Padre Palma. Si nos ponemos nosotros, acabaremos que es inútil construir los baños. Padre Palma, ¿sabe qué me dijo el Canónigo Vitale cuando supo que aquí en Oria se estaban construyendo los baños? Que los baños son una ocasión de pecado. Ciertamente – siguió – todas las cosas, si no se usan como se tienen que usar, pueden ser ocasión de pecado. Hasta las cosas más santas. La misma Santísima Comunión, si no se recibe con las debidas disposiciones, peor, si se recibiera con la culpa mortal en el alma, es causa de pecado y de pecado gravísimo, como es el sacrilegio. Con diligencia y prudencia hace falta instruir los chicos sobre lo que es bueno y lo que es malo". Y, dirigido a mí, dijo: "Los baños hace falta hacerlos en los tiempos establecidos, es necesaria mucha vigilancia porque podrían dar ocasión a graves inconvenientes".

144. Para los enfermos todo cuidado y sacrificio

Después del terremoto de 1908, nuestros dos Institutos de Mesina, masculino y femenino, quedaron fuertemente dañados, más bien el femenino casi completamente destruido. Para ampararnos del frío y de la lluvia vivíamos bajo tiendas instaladas como mejor se podía. Había una gran penuria de alimentos.

Se decía que de todas partes llegarían a la infeliz ciudad alimentos y ayudas, pero nosotros, durante todo aquel mes en que permanecimos en Mesina, antes de mudarnos a las Apulias, recibimos como ayuda sólo un saco de pan florecido y un puñado de algarrobas. Durante todo el tiempo que quedamos bajo la tienda, nos alimentamos aprovechando un saco providencial de judías sacado de los escombros y racionando sabiamente restos de pan, pasta, harina, incluso averiados, hallados entre las ruinas. Además, lo que se podía recuperar tenía también que servir para los muchos pobres desventurados de la infeliz ciudad, que llegaban a los Institutos pidiendo ayuda.

Por la noche dormíamos muy poco. Pero, lo que más nos desanimaba y extenuaba el físico, eran las frecuentes sacudidas del terreno que se repetían día y noche, por lo cual algunos daban signos de locura.

El Padre y el Padre Palma se activaban en todos los modos para aliviar aquellos sufrimientos e intentaban apresurar la salida para las Apulias. Finalmente, después de un mes, salimos todos para Francavilla Fontana: los huerfanitos, los aspirantes y las huerfanitas más pequeñas acompañados por el Padre.

Llegados a Francavilla, las huerfanitas fueron alojadas en una casa particular de un señor: los huérfanos y aspirantes en una parte del edificio escolar comunal, donde estaban muy estrechos y faltos de toda comodidad. Para todo nuestro uso, teníamos tres aulas.[42]

En las primeras semanas, los buenos habitantes de Francavilla se esforzaban de ayudarnos como mejor podían, pero luego cada vez menos, así que, después de unos meses, fuimos obligados a mantenernos con la cuestación. Ninguna otra ayuda; ninguna ayuda de Mesina, porque allí también vivían en grandes estrecheces.

El Padre Vitale escribe, en la vida del Padre, que después del terremoto la Providencia no faltaba. Pero está claro que esto se tiene que entender relativamente.

El Padre Palma había quedado en Mesina para salvar lo que se podía. El Padre hacía sólo unas pequeñas visitas a Francavilla, para darse cuenta de cómo iban las Casas de las Apulias, y para buscar en todos modos y con todos esfuerzos de ayudarlas. Sin embargo, no se puede negar, como ya dijimos antes, que vivíamos en grandes estrecheces. El único ingreso era la cuestación y las diez liras que daban a la pequeña banda de los huérfanos, cuando, de vez en cuando, se invitaba a tocar. El Padre, junto con el socorro material que se esforzaba dar, intentaba también infundir a todos la confianza en el Señor. Exhortaba las dos Comunidades a mantenerse buenas, a confiar en la divina Providencia, a rezar con fervor y a trabajar en todos los modos. Decía: “Si somos buenos y se reza bien, lo necesario, seguramente, no nos faltará”.

El Hermano José Antonio, que era el encargado de la dirección de la Casa, para no preocupar más el Padre, intentaba hacer parecer las necesidades de las dos Comunidades menos graves de lo que realmente eran.

Mientras tanto, la salud de los huérfanos y de los aspirantes iba cada vez más menguando, sea por los muchos malestares, sea por la alimentación escasa. Este estado de cosas tuvo también su culpa en la grave persecución que se desencadenó luego contra aquella Casa.

En los últimos meses que estuvimos en Francavilla, el Padre, conocido el estado de salud de las dos Comunidades, se alarmó y preocupó mucho.

[42] Cf. c. 17 y c. 155.

Reunió a todos, preguntando a cada uno cómo se sentía, si tenía apetito, si descansaba bien, notando los que parecían desnutridos, pálidos o anémicos. Llamó al médico y a todos hizo pasar una revisión muy cuidadosa, a la que quiso asistir él mismo para recoger los resultados y las prescripciones. El médico halló una desnutrición general y ordenó mejorar la alimentación y los cuidados reconstituyentes en particular. Hizo ingresar los dos pequeños huerfanitos en el hospital, mientras para los dos aspirantes Angelindo Varotto y José Drago, que presentaban síntomas serios de tuberculosis, ordenó una terapia especial. Al Hermano Concepto Drago, que halló afectado por una tuberculosis avanzada, ordenó aire de montaña si no hubiera podido ir al aire de origen.

Cuando se marchó el médico, el Padre llamó al Hermano José Antonio y a mí que era el encargado de la cocina y de los gastos, y nos reprochó paternalmente, pero también con fuerza, diciendo: "De veras no creía que las cosas hubiesen llegado a este punto. No me lo hiciste entender. Esta es verdadera inconciencia; es una falta grave de caridad; ¡algo inhumano! Si la salud es para todos lo más precioso, para los huérfanos, que tendrían que vivir con el fruto de su trabajo, es más preciosa aún. No menos preciosa es para los aspirantes, para los que se requiere como condición necesaria para ser admitidos a la vida religiosa".

El Hermano José intentó disculparse de alguna manera, diciendo: "Usted tiene razón, Padre. Falté y le pido perdón, pero le digo que yo, consideradas las imposibilidades, o mejor, las grandes dificultades que había para proveer, creí inútil molestarla mayormente presentándole las cosas tal como eran". Y el Padre: "¡Vaya, qué bonita razón! ¡Vaya caridad! Es el demonio mudo que no hace manifestar las cosas tal como son. Si yo hubiese sabido las cosas como estaban, por la salud habría vendido, como dice San Francisco de Asís, incluso los manteles del altar, habría ido nuevamente tocando las puertas pidiendo limosna, como hice durante muchos años, en los primeros tiempos de la Obra, para custodiar la salud de los nuestros.

Luego, dirigido a mí, dijo: "Tú fuiste a comprar y preparar la comida, ¿por qué no hiciste notar al Hermano este grave inconveniente?". "En verdad yo se lo decía – contesté – pero él me rebatía siempre que no había dinero. Cuando sí, cuando no, me daba alguna lira para la semana. Tenía que salir adelante con lo que se recogía de la cuestación por las casas y por los campos y mercados".

Y el Padre: "Tú esto me lo tenías que decir. En efecto no creía que las cosas fueran tan graves. Me lo tenías que decir, incluso escribiéndome en cualquier lugar me hallara. Se ve justamente que no tienes experiencia, para no decir que no tienes caridad y corazón. Tú también te dejaste vencer por el demonio mudo". Y siguió: "Mientras tanto, ¿viste en que estado de salud se

redujo aquel pobre hermano tuyo?[43] ¡Pobre hijo! Son los efectos de vuestras negligencias.

"¿Has oído? El doctor ordenó que aquí no puede quedar. Necesita una fuerte terapia y aire de montaña, y posiblemente de aire de su tierra. Estoy obligado, por el bien de su salud a enviarlo a tu pueblo. Hoy mismo escribiré a tus padres que este pobrecito irá a pasar un poco de tiempo a tu casa, donde ciertamente el aire de montaña y los cuidados maternos le podrán aprovechar mucho. ¡Vaya noticia bonita que tengo que dar a los tuyos! Enviaron al Instituto un hijo sano, robusto, floreciente en salud, ¡y ahora lo vuelven a ver tan arruinado! Quedará en Galati hasta que no nos hallaremos en condición de abrir la casa de Oria, que estamos intentando comprar".

Después de unos días, en efecto, el Hermano salió. El Padre le aseguró que, cuanto antes, lo llamaría para Oria. Le quiso dar algo de dinero que pudo recuperar, asegurándole que luego le enviaría otro más. Le encomendó de cuidarse, sin mirar a los gastos, porque el Instituto proveería para todo, a cuesta de cualquier sacrificio.

El Hermano Concepto no quería aceptar el dinero, considerando que la familia lo habría podido cuidar igualmente. Pero luego tuvo que ceder ante las presiones del Padre, que decía: "Tú perteneces ya al Instituto, y el Instituto tendrá que pensar en todo. Esta no sólo es caridad, sino también justicia".

Luego escribió una nota en la que explicaba cómo mejorar la comida. Entregándola al Hermano José, añadió: "Tratad mejor las Comunidades. Rezad más. Confiad más en la Providencia y activaos cada vez más. Haced más limosna y estad seguros que no os faltará lo necesario. Ciertamente estas estrecheces son debidas a las pocas oraciones, a la poca confianza en la divina Providencia y a la poca generosidad que usasteis hacia la Comunidad y los pobres. Espero enviaros de Mesina lo que me será posible".

Los dos aspirantes, que necesitaban cuidados especiales y urgentes, los llevó a Oria hospedándolos en el Seminario. Él mismo, durante unos veinte días, les ofreció los más diligentes cuidados, hasta que se repusieron completamente.

En este tiempo el Padre Palma escribía al Padre, diciéndole que era urgente su presencia en Mesina. Y él respondía: "Por ahora lo más urgente es cuidar la salud de estos dos queridos hijos".

Mientras tanto empezó a enviar dinero a mis padres para cuidar a mi hermano, a pesar de las insistencias de ellos que decían que no lo necesitaban, y que, luego, se lo devolvieron añadiéndole otro, como donativo para los huerfanitos.

[43] Es Concepto Drago, hermano del P. Carmelo. Véase el capítulo 155 que integra las noticias sobre el religioso y sobre la situación de extrema pobreza de las Casas de Mesina y Oria tras el terremoto de 1908.

Comprada y arreglada la Casa de Oria, me dijo: "Ahora que, gracias a Dios, aquí hay muchas habitaciones y un jardín magnífico, escribe al Hermano Concepto que vuelva sin problema. Estará separado en todo de los demás, para evitar un eventual contagio, y se le usará el máximo cuidado con cualquier gasto".

Yo le contesté: "Yo creo que sería mejor que permanezca aún en Galati, para ser cuidado mejor, porque aquí molestaría y nos llevaría muchos gastos".

El Padre, ante estas palabras se hizo de fuego y exclamó: "Pero, ¿qué dices? ¿Cómo? ¿El enfermo en casa lleva molestias y muchos gastos? Se ve que todavía no entiendes lo que dices. Tienes que saber que los enfermos atraen las bendiciones de Dios en las Casas y las más selectas gracias y misericordias. Ellos son verdaderos pararrayos. Los gastos que se hacen para cuidar los enfermos son los mejores gastos, benditos de Dios. Si una Casa se quiere deshacer de los propios enfermos, es signo que falta no solamente de caridad, sino también de justicia y ciertamente el Señor no la bendecirá. Nuestros enfermos los tenemos que cuidar nosotros lo más posible, a cuesta de vender, si no hay otra cosa, hasta los manteles de los altares.

"Esperemos que, cuando sea posible, con la ayuda de la santa gracia, estableceremos en la Congregación una Casa para cuidar nuestros enfermos lo mejor posible, ayudados por buenos médicos y bien pagados para motivarlos más.

"Repito que, cuánto más sea posible, nuestros enfermos tenemos que cuidarlos en Casa. Hace falta recorrer a los hospitales sólo en los casos en que se cree que esto sea mejor para el enfermo o bien para evitar eventuales contagios con los demás.

"En el caso de ingreso en el hospital, esto tendrá que ser, por cuanto sea posible, lo que presenta menos inconvenientes. El enfermo tiene que ser visitado a menudo, y tener todo lo que le haga falta".

145. Administramos los bienes de la divina Providencia

Cuando el Padre en 1909 adquirió la Casa de Oria, en cuanto fue su posesión, se preocupó de exponer en los pies de la escalera principal, bien visible en la pared, un cuadro de los Sagrados Corazones de Jesús y María, con la inscripción: *Yo soy el Dueño de esta Casa y de los que moran en ella y me aman. Yo soy la Dueña de esta Casa y de los que moran en ella y me aman.*

En uno de aquellos días, nos reunió en la antesala de la sacristía y, entre otras cosas, nos dijo: "Mirad, esta casa está destinada principalmente a la formación de los religiosos de nuestra Congregación. Es muy útil para esta finalidad. ¡Mirad lo grande y bonita que está!

Para decir la verdad, en una primera mirada no se presentaba bonita para nada, porque durante mucho tiempo había sido abandonada. El interior estaba in muy mal estado. Los postes rotos y dañados, los suelos aquí y allá con agujeros, los lugares sucios y llenos de basura. Pero para los que veníamos del Barrio Aviñón y de Francavilla Fontana, en que estábamos apretados como las sardinas, parecía una casa real.

El Padre siguió diciendo: "Mirad cómo está adecuada para el recogimiento, en el campo abierto, lejos de los ruidos y de las distracciones. ¿Lo veis cómo está rica de aire y de sol? Seguro que la visitasteis toda. ¿Visteis cuántas habitaciones hay? ¿Los largos pasillos, el atrio magnífico con los porches bonitos, bajo los que se puede hacer el recreo hasta cuando llueve? ¿Visteis la iglesia bonita, con muchas imágenes sagradas? ¡Se ofrece bien para rezar, para hacer las queridas oraciones! Seguramente visitasteis el amplio jardín con los limoneros y con muchos otros árboles frutales. Se puede cultivar la verdura, para tener así productos buenos y frescos y poder así ahorrar mucho. Visteis el bosque bonito que hay, donde durante el verano se puede hacer el recreo en la fresca. ¿De quién son todas estas cosas bonitas? ¿Quién es el Dueño?".

Angelindo Varotto contestó: "Todas estas cosas son nuestras, y usted es el dueño". El Padre replicó: "Hijo, te equivocaste. Todas estas cosas no son ni mías ni vuestras; y yo no soy el dueño para nada. Se ve que no leísteis aun lo que está escrito bajo los cuadros de los Sagrados Corazones de Jesús y María".

Los chicos contestaron a coro: "Sí, sí, Padre, que lo leímos". Y el Padre: "Por esto los dueños de esta Casa y de todas estas cosas bonitas son los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Y así las tenemos que considerar y conservar. Nosotros sólo somos los inquilinos que moramos en la Casa del Señor, para administrarlo todo como don de la divina Providencia.

"¡Cuánto tenemos que agradecer la divina Providencia que nos concedió el uso de todas estas cosas bonitas! Y, en cambio, ¿qué le damos al Señor? ¡Le damos amor, amor y amor! En práctica vosotros hacéis todo esto cuando de verdad sois buenos, piadosos, disciplinados, obedientes; cuando, si el Señor lo querrá, seréis religiosos y trabajadores en la viña del Señor, en nuestra Congregación, y seréis devorados por el celo del Rogate y las obras de caridad".

146. La vigilancia es asistir amorosamente

Una vez en Oria se tuvo que ausentar el educador de una sección de huérfanos, mientras estos hacían el recreo en el atrio de la Casa. Aquel educador me pidió que lo sustituyera.

Mientras lo sustituía, creí oportuno poder aprovechar para leer algo de un libro de Micheletti, titulado *El Educador*. Me vio el Padre y me dijo: "Ven conmigo a mi cuarto, porque tenemos que hablar de muchas cositas". Le contesté: "En realidad en este momento no puedo venir porque estoy sustituyendo el vigilante de esta línea, y no puedo dejar los chicos solos. Iré en cuanto él vuelva". Y así hice, y fui con el libro bajo el brazo.

Él entonces me preguntó: "Estabas tú solo vigilando los chicos en el atrio?". "Sí, Padre", contesté. "¡Muy bien! ¿Y es así que vigilas los chicos? Se ve que ni sabes lo que quiere decir vigilancia, ni tanto menos entendiste su importancia y necesidad".

Y así empezó un discurso muy largo sobre el significado y la importancia de la vigilancia, con matices ricas de sabiduría pedagógica. En particular dijo, refiriéndose a ello, que la vigilancia tiene que ser amorosa, sin nada policíaco. O sea, no se tiene que vigilar el chico si él falta y, después de su falta, reprocharlo y castigarlo. Esto no es educar, sino que actuar el método represivo, que entre nosotros tiene que ser evitado totalmente. En efecto, ello no educa, no forma, al revés, indispone el chico, lo irrita, lo exaspera.

La vigilancia, aquella positiva, y por eso educativa, es asistir amorosamente, que dobla la voluntad del chico dócilmente para que haga el bien y evite el mal. Esto es actuar el método o sistema preventivo de don Bosco, que tenemos que seguir fielmente.

Sin la perfecta vigilancia no puede haber orden, disciplina y verdadera educación. Para un Instituto de educación como el nuestro, la vigilancia tiene una importancia o necesidad, se puede decir, capital. La vigilancia cuidadosa, diligente, continua, afectuosa, es un apostolado verdadero y muy precioso. El mejor vigilante es el verdadero ángel de la guarda visible de cada chico que a él se le confió. Él hace el mismo oficio que el Ángel de la Guarda, porque con su continua presencia y con su acción animada por el espíritu de caridad, guarda los chicos y los prepara para que hagan el bien y eviten el mal.

La vigilancia tiene un valor tal que, cuando se hace con verdadero espíritu de caridad, sustituye hasta las prácticas de piedad. Ella, en efecto, es una obra de caridad y piedad muy preciosa, en cuanto el vigilante ama y sirve en los chicos al mismo Señor. "Piensa – siguió el Padre – que la vigilancia es tan importante que, si un sacerdote fuera vigilante y se hallara en la imposibilidad de hacerse sustituir en el encargo, y hubiera el peligro que los chicos, quedados a solas, pudieran cometer alguna culpa grave, el sacerdote no sólo podría, sino que tendría hasta que abstenerse de celebrar la Santa Misa. Para esta, aunque de infinito valor, no hay ninguna obligación, mientras hay la obligación estrecha de impedir que se cometa una culpa grave. El sacerdote, sin embargo, tendría igualmente el mérito, como si hubiese celebrado, porque esto es uno de los casos en que se deja Dios por Dios.

"Es inestimable el bien que viene al vigilante por la obra buena que hace con su vigilancia. Él participa de todo el bien que hacen sus chicos por su asistencia, como, lamentablemente, participa de todas aquellas culpas que los chicos cometen por su falta de vigilancia.

"Para nuestro Instituto, que tiene como finalidad particular la educación de los niños, especialmente pobres y huérfanos, la vigilancia es tan importante que el que no se sintiera dispuesto a ella mostraría de no poder hacer parte del Instituto. Y por eso el que fuera negligente e incorregible, se tendría que expulsar. Ahora entiendes mejor la seriedad de tu falta atendiendo los chicos. Quedándote a leer el libro por tu cuenta durante el recreo, tú dejaste el bien de los chicos y, además, dejaste a los demás vigilantes la posibilidad de hacer lo mismo, visto tu mal ejemplo. Y ahora dime: ¿qué libro estabas leyendo?".

"Es un libro de un padre jesuita – contesté – tal Micheletti, con título 'El Educador'- escribió muchos otros que tratan la educación".

"Muy bien – dijo el Padre – ¡ya se ve cómo aprovechas la lectura! ¡No creo que Micheletti enseñe a no vigilar los chicos, especialmente durante el recreo! Déjamelo aquí, este libro. Quiero echarle yo también un vistazo. ¿Cómo es? Me parece que diga muchas palabras. Podría ser más sintético; pero hay mucho para aprender. Sin embargo, un padre jesuita me decía que, no obstante Micheletti escribió mucho sobre la educación de los chicos, en la práctica no podía asistir una clase de diez chicos. En este caso habrá poco para aprender, porque la teoría sin la práctica vale poco. Ambas juntas, en cambio, valen mucho".

147. Carnicero de profesión: y por limosna, un cordero…

La familia Martini, de Oria, muy religiosa y muy rica, tenía un aprecio profundo para con el Padre. Lo había escogido como guía espiritual y a menudo se aconsejaba con él.

A su vez el Padre se ofrecía con gusto, y cuando iba a Oria, de vez en cuando iba a verla.

Dicha familia beneficiaba asiduamente nuestra Casa y a menudo enviaba dinero y alimentos. Hasta había prometido de dejar toda su propiedad a nuestro Instituto. Pero luego, no sé por qué, la última heredera lo dejó todo a los padres Cistercienses de Cotrino (Brindisi).

Una vez, pues, con ocasión de la Pascua, esta familia nos envió un cordero muy blanco. Era tan bonito y gracioso que no quisimos matarlo y así lo dejamos crecer, confiándolo a los chicos. Estos se le encariñaron, lo llamaron Martinetti y le prodigaban sus asiduos cuidados. Competían para quien mejor le apacentaba. Lo acostumbraron también a comer pan y fruta. En el recreo se había convertido en la mejor diversión: los chicos no sabían estar sin él ni él sin los chicos. Los seguía como un perrito y cuando no los

veía, se ponía a balar con mucha fuerza, como si estuviera buscando su mamá. Cuando Martinetti quedaba solo en el jardín, y podía escapar, corría en el instituto balando, subía las escaleras y aparecía ahora en el estudio, buscando a los chicos, ahora en las escuelas, ahora también en el comedor, y alguna vez, también en la iglesia. No se tranquilizaba hasta que no sentía la caricia de alguien.

Después de cerca de un año, estaba gordo como una oveja.

Pero aquel año la cosecha en el territorio de Oria había sido muy escasa, mientras el invierno había sido muy rígido, por lo cual, mucho más que el de costumbre, había un vaivén de pobres en busca de ayuda, en nuestro Instituto.

El Padre estaba en Oria y se prodigaba de todas maneras, para ayudar cuánto más podía aquella pobre gente. Y así había dispuesto que hiciéramos nosotros también, por lo cual en la Casa ya no había literalmente nada: ni un céntimo ni un puñado de harina.

Entre las muchas personas, se presentó un día al Padre un hombre mal vestido y muy delgado, que pedía ayuda para sí y su numerosa familia. No tenían ni un trozo de pan para saciarse. El Padre me pidió si tenía dinero o si teníamos alimentos para aquel pobrecillo. Yo contesté encogiendo las espaldas. Aquella misma mañana, no pocas personas habían sido despedidas con las manos vacías. A lo sumo, se podría recuperar para el pobre hombre algunos pedazos de pan. El Padre, confundido y dolido, dijo: "¿Y por su familia? De todos modos, ves a buscar este pan". Mientras tanto, viendo el Padre que aquel hombre tenía un parecido joven, le preguntó qué trabajo hacía. Contestando aquel que hacía el carnicero, el Padre quedó un momento pesaroso, luego todo feliz, exclamó: "Oh, ¡entonces sí que la divina Providencia os ayudó! Tenemos en el jardín un cordero bonito, gordo más que una oveja. Os la damos, lo matáis, y con la ganancia de la carne podéis ayudar de alguna manera vuestra familia". Luego, dirigido a mí dijo:

"Ves a buscarlo, y entrégalo a este buen señor". Quedé un poco titubeando y le dije:

"Pero, Padre, ¡es muy bonito! Y luego, ¿cómo quedarán los chicos?".

Y el Padre: "Deja de sentimentalismos. Al revés, date prisa y dale el cordero".

Aproveché el tiempo en que los chicos estaban en la escuela y entregué el infeliz Martinetti, destinado aquel mismo día a ser degollado.

Cuando los chicos, salidos de las clases, supieron el fin infeliz de su compañero, se entristecieron en un luto general. Unos cuantos hasta se pusieron a llorar, otros, por el disgusto, rechazaron de tomar la comida del mediodía.

En cuanto el Padre me vio, me preguntó si había entregado el cordero a aquel pobre hombre y si había quedado feliz. Yo contesté que ya lo había entregado y que aquel pobrecillo, agradeciéndolo, había quedado contento y emocionado hasta las lágrimas. Y el Padre: "Demos gracias a la divina Providencia que nos dio el medio de hacer esta obra de caridad".

"Pero, Padre – añadí – cuando los chicos conocieron el hecho, quedaron muy mal. Unos cuantos lloraron y otros no comieron".

El Padre contestó: "Entiendo. Todavía son chicos. Deja que lloren. Se tienen que acostumbrar a hacer sacrificios para las obras de caridad". Luego añadió: "Esta mañana me dijisteis que muchos pobres se fueron sin haber recibido nada. Esto es grave. Se tiene que tener por norma que de nuestras Casas nunca tiene que marcharse ni un pobre sin haber sido socorrido como mejor se pueda. ¿Por qué no me lo dijiste? Se ve que no supiste buscar bien. Entre otras cosas habrías podido dar algún vestido, algo de ropa, o bien alguna gallina y conejo que, gracias a Dios, tenemos. Si se busca con fe para hacer limosna, puedes estar seguro que la divina Providencia algo nos lo hará buscar, a cuesta de hacer milagros".

El mismo día, en el tiempo de la lectura espiritual de la tarde, el Padre se dio cuenta que unos chicos se mostraban aún abatidos. Entonces cogió la ocasión para decirles:

"Me enteré que os disgustasteis mucho porque dimos el cordero a aquel pobrecillo. ¡De verdad era muy bonito! Pero yo creo que no podíamos hacer algo más agradable al Señor que dárselo a aquel pobrecillo, porque con la ganancia de la venta pudiera saciar su numerosa familia. Es como si lo hubiésemos dado directamente a nuestro Señor mismo. En efecto, él dijo que reputa hecho para sí lo que, por su amor, se hace al pobre.

"¿Os acordáis lo que se lee de Abel? Ofrecía en sacrificio a Dios los corderos más bonitos. Si el cordero os lo hubiese pedido el mismo Señor en persona – pidió – ¿se lo hubieseis negado?".

"No", contestaron los chicos.

"Muy bien – añadió el Padre – habiéndolo dado a un pobre es, como os dije, igual que se lo hubiésemos dado a él en persona.

"Además, ¿acaso era nuestro? Claramente no. Nos lo había enviado la divina Providencia y, a la divina Providencia, después de haberlo crecido, lo devolvimos. Y vosotros tenéis que estar muy felices. Si queréis ser de verdad religiosos rogacionistas, desde ahora os tenéis que acostumbrar a hacer cada clase de sacrificios por amor de las obras de caridad, porque esto es el espíritu de nuestro Instituto. Se nota que tenéis buena voluntad. En efecto, por amor del Señor dejasteis la casa paterna y las personas más queridas, o sea vuestra familia".

Después de alguna semana el carnicero volvió al Instituto pidiendo nuevamente ayuda. Lo dije al Padre que, hurgando en sus bolsillos, halló sólo media lira. Me preguntó si tuviera yo algo de dinero y, habiéndole contestado que no, me dijo: "Paciencia, dale esta, y mira si puedes añadirle alguna cosa más". No habiendo nada más, intenté a darle solamente la media lira. El pobre la rechazó, diciéndome: "¿Y qué puedo hacer yo, sólo con esta?".

¡En aquellos tiempos con media lira se podían comprar casi tres quilos de pan! Entonces yo, molesto, le dije: "¡Y qué! ¿Os esperabais que os diéramos una vaca? Ya que es así, no tenemos vaca, y por esto os podéis marchar. Se ve que os podéis apañar…".

Lo conté todo al Padre, que observó: "Ciertamente el pobre no tenía que rechazar la limosna. Pero lo tenías que compadecer. Acaso la necesidad no lo hizo reflexionar sobre lo que hacía. Además, tú no hiciste bien despidiéndolo de aquella manera, tan mala. Con los pobres hace falta tener una gran paciencia. Hacía falta hacerle entender amablemente que no era bueno rechazar la Providencia, y que, de verdad, no teníamos nada más para darle.

"Tenías que revolver el almacén, para hallar cualquier otra cosa para darle: pasta, pan, legumbres, igual una gallina, un conejo. Se ve que ciertas cosas a ti no te caben en la cabeza. Tan pronto te olvidaste de lo que te dije hace unos días, que hace falta confiar en la Providencia y nunca despedir un pobre con manos vacías.

"Acuérdate que quien da uno – dice el Señor – recibe cien veces tanto. Para nosotros los pobres son el sostén de nuestro Instituto. Si con fe viva cuidamos la persona de nuestro Señor Jesucristo, entonces sí, que daremos para ellos hasta la vida".

148. "Buscadme con Jesuita..."

Un día llegó a Oria un telegrama del Padre, enviado desde Trani. Decía: "Esta noche horas… buscadme con Jesuita estación".

Preparamos, pues, dos habitaciones, advertimos en la cocina para la cena, ordenamos al cochero de ir a la estación para buscar al Padre y al jesuita.

El Padre estaba aún en la estación y el treno ya había salido, cuando llegó angustiado un padre jesuita que tenía que ir a Grottaglie. Como cayó en la cuenta que había perdido el tren, quedó sin palabras y pálido en la cara. Además, después de aquella hora no había otras llegadas, y el pobrecillo hubiese tenido que esperar que el día siguiente amaneciera.

El Padre se dio cuenta que aquel religioso se hallaba perdido, lo acercó y lo rogó de aceptar la hospitalidad por aquella noche en nuestro Instituto. Para animarle, le dijo que se creía afortunado por poder hospedar un hijo de San Ignacio, añadiendo que él mismo muchas veces había sido acogido por

los jesuitas en Grottaglie, que hasta lo habían confundido, por tanta amabilidad y caridad. El jesuita, animado por estos cumplidos, aceptó y subió al carro con el Padre, y una Hermana, que luego fue llevada al Instituto femenino. Ellos siguieron para nuestro Instituto.

A lo largo del camino, el Padre se disculpó con el jesuita por aquel pobre carro… bastante fuera de moda, a menudo objeto de hilaridad por la gente.

Llegados al Instituto, mientras la Comunidad todavía estaba cenando, el Padre hizo esperar el jesuita en el locutorio y, llamándome me advirtió:

"Mira que esta noche tenemos la suerte de tener como huésped un padre jesuita. Hace falta tratarlo en la mejor manera posible. Hace falta preparar bien la habitación, con la cama y todo lo que haga falta. Encárgate tú mismo y luego me la enseñas. Mientras tanto, voy a preguntarle si tiene exigencias especiales, si puede comer de todo, y lo que le agrada. Tú provee a preparar bien la habitación, pensaré yo a avisar en la cocina".

"Padre – le contesté – la habitación ya se preparó como mejor se pudo, y la cocina ya fue avisada que tenía que llegar usted con un padre jesuita".

Y el Padre, sorprendido: "Pero vosotros, ¿cómo sabéis que tenía que llegar conmigo un padre jesuita?".

"Pero, ¿usted no lo telegrafió?".

"¿Yo? – dijo el Padre - ¡para nada!".

"He aquí el telegrama".

"¡Vaya! Se ve que en la oficina del telégrafo entendieron mal. Escribí de ir a buscarme con Jesuita, o sea con la hermana, y no *con un padre jesuita*".

Y en seguida fue al jesuita para informarle de la equivocación, añadiendo: "Se ve justamente, que San Ignacio dispuso que usted haga esta noche aquí una gran mortificación". Y luego, acompañado por mí, fue a la cocina para disponer todo como mejor se podía. Quiso darse cuenta personal y minuciosamente sobre la calidad de los alimentos, su variedad y la manera en que se tenían que preparar. Luego fue al comedor. Hizo cambiar el mantel en la mesa, arregló todo y ordenó los platos y vasos mejores que teníamos. Luego, volviendo al jesuita, me dijo: "Enseña al huésped los servicios higiénicos"; y, dirigido a él: "Querrá disculpar, padre. Dije servicios higiénicos, pero en realidad no hay nada higiénico, todavía son como los dejaron los frailes hace muchos años. Por falta de agua, no tenemos bañeras. Para lavarnos tenemos que adaptarnos como mejor podemos, con palangana y jarra en la habitación".

El jesuita con buenas maneras lo interrumpió diciendo: "Reverendísimo, nada, para nada se disculpe. Vuestra Reverencia me confunde con tanta caridad y cortesía. No sé cómo agradecerle. Le digo que nosotros también, en Grottaglie, por la misma motivación, estamos obligados a hacer lo mismo".

En el comedor lo servía el mismo Padre con mucha delicadeza.

Acabada la cena, el Padre le preguntó a qué hora quisiera celebrar el día siguiente y a qué hora quería salir. Y me encargó de hacerlo acompañar a la estación con el coche. Luego, fue acompañado a la habitación preparada para él. Llegados allí, el Padre me hizo una señal de desaprobación. Seguidamente, renovó las disculpas con el huésped. El jesuita, bastante confundido, renovó los agradecimientos y dijo que para él era sobresaliente. Luego deseó la buena noche y dijo que habría ido a la iglesia para completar el rezo del Oficio.

El Padre aprovechó de ello para poner un segundo colchón de lana, porque el que había preparado era demasiado escaso, y porque estaba apoyado sobre tablones de madera sostenidos por soportes de hierro. En aquellos tiempos en la Casa no había otra cosa, y todos usábamos aquellos. Hizo sustituir las mantas, la colcha de la cama, la jofaina, la mesita de noche y las sillas con las mejores que se hallaban en Casa. Luego me dijo: "Así no se tratan los huéspedes. Cuando tenemos la suerte de recibir huéspedes en Casa, no tienes que confiar en el oficial encargado de preparar la habitación, tienes que echar un vistazo personalmente y, en la eventualidad, proveer.

Yo tuve la imprudencia de objetar: "Entiendo que los huéspedes hace falta tratarlos bien, pero cuando se trata de religiosos, como es este jesuita, creo que se pueden arreglar simplemente, porque ellos también tienen el voto de pobreza".

El Padre entonces añadió: "Lo siento, bendito hijo, tener que decirte que tú todavía no sabes ni lo que signifique hospitalidad. Y esto es muy malo, porque así, entre otra cosa, tú no sabes formar los nuestros en algo que para nuestro Instituto es una de las obligaciones más importantes. Tienes que saber que por nosotros la hospitalidad tiene que ser realizada siempre en el mejor modo posible, o sea: con maneras bonitas, con verdadera generosidad y las más escogidas premuras de cortesía y caridad. Póntelo bien en la cabeza y hazlo entender a todos, que los huéspedes hace falta acogerlos con espíritu de viva fe, como si se acogiera a nuestro Señor mismo, especialmente cuando se trata de religiosos o de sacerdotes.

Mientras estaba con el Padre en la habitación para retocar alguna otra cosa, volvió de la iglesia el jesuita, y viendo los signos de tantas premuras, dijo: "Lo siento mucho, reverendísimo, de tener esta noche provocado tanta incomodidad. Usted me disculpará mucho".

Y el Padre: "Para nada en absoluto. Ninguna incomodidad. Para nosotros es un gran favor poder tener en nuestra Casa un hijo de San Ignacio. Por eso tenemos que agradecerla nosotros para habernos dato tanto honor".

El huésped repuso: "Reverendísimo, para mañana pensé de salir con el primer tren. La S. Misa la diré en Grottaglie, tanto más que es el primer viernes de mes y en nuestra iglesia hay mucho para trabajar. Por eso me

despido ahora. La agradezco cordialmente y renuevo mis disculpas por haber molestado tanto".

El Padre, después de responder al huésped con los debidos modos, se despidió. Me recordó de avisar el cochero de acompañarlo a la estación con el carro.

El huésped aprovechó la ausencia del Padre para confiarme: "En verdad había oído hablar muy bien de la santidad y caridad del Canónigo Di Francia, pero no creía mucho en ello. En cambio, es un hombre todo de Dios. Tengo que confesar que en mi vida nunca conocí alguien que lo pueda igualar. Lo que más me chocó es la naturalidad con que actúa; no hay nada artefacto. Posee el santo hábito de la más viva fe y de la más sentida caridad".

149. Una lección de caridad fraterna

Hablando del Hermano José Antonio, se tiene que decir que en el trabajo era insuperable. No miraba a los sacrificios ni de día ni de noche. Asombraba cómo podía resistir a tanta fatiga.

La escuela y la misma disciplina, delante del trabajo, pasaban para él en segundo lugar. Igualmente él pretendía que hicieran los demás.

En cambio, yo en la comunidad pretendía lo contrario, o sea, antes de todo, la disciplina, y luego la escuela y, seguidamente, el trabajo. En esto igual era exagerado, y por eso tal vez se llegaba al contraste.

Fácilmente el Padre Palma tuvo que comentar la situación con el Padre, que, para quitar la ocasión, me dijo: "Por ahora no te preocupes más para nada de los chicos. Cuidará de ellos en todo y por todo el Hermano José Antonio. Tú te ocuparás de los muchos otros servicios de la Casa. ¡Hay mucho para hacer!".

Por esta medida quedé mal, porque hería mi amor propio. Sin embargo, estaba seguro que el Padre, sobre el asunto, había sido mal informado. Entre otras cosas, él, si es verdad que tenía en gran consideración el trabajo, sin embargo, tratándose de los chicos, daba mayor importancia a la disciplina y a la escuela.

Mientras tanto, el Padre salió y volvió a Oria después de cerca de dos meses.

En este periodo de tiempo los chicos dejaron mucho que desear sea en la disciplina sea en la escuela. A menudo quedaban abandonados a sí mismos, debido a que el Hermano José se ocupaba de muchas otras cosas internas y externas de la Casa.

Mientras tanto con cierto interés, notaba los inconvenientes que acontecían entre los chicos, para tener una revancha.

Cuando volvió el Padre, una noche me encargué de contarle los inconvenientes. Pero el Padre, en tono decidido, me dijo: "*Attende tibi*", sin añadir nada más. Ante estas palabras tan secas, quedé mudo.

Después de un poco de tiempo, sin embargo, el Padre me hizo llamar y me dijo: "Hace poco te contesté en aquella manera no porque no quiero que se me relaten los inconvenientes, al revés, esto es un deber de todos y el que no lo cumple escucha al diablo mudo. Te contesté de aquella manera porque me di cuenta que refiriendo aquello no estabas desprendido. Lo hacías como por despecho, casi para tener una especie de revancha sobre el Hermano José Antonio. Esto no está bien. Relatando lo que de menos bien se nota en la Comunidad, hace falta hacerlo únicamente por espíritu de caridad, o sea para buscar de arreglar el mal que puede derivar por ello. Y está claro que se puede y se tiene que referir sólo a los superiores. Hablar de ello con los demás es contra la caridad, es sembrar cizaña entre los hermanos.

"En realidad – siguió diciendo – había caído en la cuenta, apenas llegado al Instituto, de los inconvenientes que acontecían entre los chicos, porque el Hermano José se ocupa demasiado del trabajo y fácilmente se despista sobre la disciplina y la escuela. Luego, por necesidad, a menudo tiene que salir de casa y los chicos quedan abandonados a sí mismos. Por esto ya había pensado de encargarte a ti nuevamente para los chicos. Sin embargo, te tengo que avisar que tú también exageraste en el campo opuesto al Hermano José. Das demasiada importancia a la disciplina y a la escuela y poco, en cambio, al trabajo. Tienes que saber que también el trabajo es orden, disciplina y oración, cuando se hace para realizar el propio deber. Y luego, si la ley del trabajo para todos es: *comerás el pan con el sudor de tu frente y el que trabaja no come*, tanto más esto se tiene que decir de los huérfanos, que mañana se tendrán que procurar el pan únicamente con el fruto del propio trabajo. Por esto desde la niñez, según su capacidad e inclinación, hace falta que practiquen.

"También los aspirantes a la vida religiosa tienen que amar el trabajo y tienen que practicarlo, no solamente porque ellos también tienen que respetar esta ley común, sino también porque lo exige la naturaleza de nuestro Instituto, la exigencia del buen ejemplo, la necesidad de procurarnos de vivir nosotros y de ayudar con el fruto de nuestro trabajo las obras de caridad.

"Las ofrendas, las aportaciones que nos vienen de las secretarías antonianas, las tenemos que considerar como parte que socorre el mantenimiento del Instituto.

"Pero por trabajo, como es obvio, no entendemos sólo aquello en el sentido más estricto, sino también cualquier ocupación se dé por la obediencia, como el estudio, los oficios diversos y otras cosas".

150. Sobre una carta al Provincial de los Pasionistas

Un día, en los primeros años de la Casa de Oria, el Padre dijo al Padre Palma: "Me parece ya maduro el tiempo de abrir en esta Casa una escuela secundaria. Tenemos que darle una impostación regular, de modo que nuestros alumnos puedan dar los exámenes en las escuelas públicas para conseguir títulos legalizados.

"Como primera cosa, sin embargo, se requieren los exámenes de admisión a la escuela secundaria. En ellos se pueden medir los aspirantes más capaces. Ruego que se encargue de ello y de tenerme enterado".

El Padre Palma le contestó: "Padre, quédese tranquilo, el asunto es muy fácil. Los presentamos al liceo-gimnasio de Ostuni, donde el director es un amigo muy querido mío, que usted conoce muy bien. El profesor Calamo. Y el Padre: "Sí, le conozco. ¡Es tan bueno! Se acerca a la Santísima Comunión cada mañana. Hablándole, dele mis más respetuosos saludos".

Para estos exámenes de admisión, entonces, se pudieron escoger sólo dos aspirantes, o sea José Drago, luego Hermano Mansueto, y Angelindo Varotto, luego Hermano Estanislao.

Durante los pocos días de exámenes, el Padre Palma rogó a los Pasionistas de Ceglie Messapico de quererlos hospedar en su Casa para ayudar a aquellos jovencitos el ir y volver de Ostuni. Su Superior los confió a un padre para que se cuidara particularmente de ellos.

Ambos los aspirantes eran de una bondad excepcional y se atrajeron en seguida la simpatía de aquel padre, que les ofrecía cada cuidado, no sin algún interés. A menudo les hablaba con entusiasmo de su Congregación, y especialmente del beato Gabriel de la Dolorosa. Llegó hasta a proponer de hacer la petición para que entrasen en su Congregación, usando todos los medios para convencerlos.

Para atraerlos, les decía que nuestra Congregación no tenía ninguna consistencia, que no podía tener escuelas como se debía, que no los podía formar bien y, sobre todo, que de repente podía desaparecer.

Los chicos quedaron heridos por estos discursos y reaccionaron fuertemente, contestando: "¡Esto nunca podrá acontecer! ¡Nosotros queremos ser absolutamente Rogacionistas y nada más que Rogacionistas! Nuestra congregación es muy bonita bajo cada punto de vista. ¿Acaso puede haber algo más bonito que nuestra finalidad, la de nuestra Congregación, o sea obedecer al mandato del Señor, rezándolo por los buenos Trabajadores para la Santa Iglesia? Como también la otra finalidad, ¿de recoger y educar los huérfanos pobres y abandonados? Y luego sabemos aún que nuestro Fundador es un gran santo, no menos que el beato Cottolengo y don Bosco, y nosotros tenemos la suerte de vivir con él".

La respuesta seca y resoluta fue como una ducha fría para aquel pobre padre que, igual con vergüenza, no tuvo el valor de decir una palabra más, ni disculpándose. De aquel momento en adelante se hizo ver por ellos cada vez más raramente.

Acabados los exámenes, ambos volvieron a Casa muy indignados por la propuesta y la postura de aquel padre pasionista y contaron minuciosamente cómo habían ido las cosas. Hubo una indignación común, porque todos los aspirantes se sentían muy apegados a la Congregación. El padre y el Padre Palma estaban ausentes.

Todos me aconsejaban de escribir una carta muy fuerte al Provincial de los Pasionistas. Yo hervía, no sabía qué hacer. Esperé tres o cuatro días, y viendo que ni el Padre ni el Padre Palma volvían, me decidí a escribir yo mismo al Provincial una carta bastante resentida.

Lo agradecía, antes de todo, por la hospitalidad ofrecida a nuestros dos aspirantes, pero, en el mismo tiempo, hacía mis más vivas quejas por la conducta de aquel padre, que había buscado alejar de nosotros las dos vocaciones, y aún más por la desestima que había expresado sobre nuestra congregación.

Después de pocos días el padre Provincial me contestó con una carta bonita, en que se mostraba mortificado por lo acontecido, y pedía disculpa por la imprudencia de aquel padre.

El Provincial añadía que había llamado la atención de aquel religioso severamente, y que aquel, reconociendo su falta, había dicho que se había dejado llevar por la fascinación de aquellos dos jovencitos, que parecían de verdad dos pequeños Gabriel de la Dolorosa.

La carta se dirigía a mí con el título de *Muy Reverendo Padre*. Pero la casualidad quiso que la tomara y la abriera el Padre, que ya había vuelto a Oria. Después de leerla, no pudiendo enterarse del contenido, llamó al Padre Palma pidiéndole explicaciones. Este dijo que no conocía el asunto y añadió: “Seguramente será alguna de las imprudencias del Hermano Carmelo. ¡Quién sabe qué le habrá escrito!”.

El Padre me hizo llamar en seguida y, presente el Padre Palma, me pidió que le explicase la carta. Y yo, tras comentar lo que había acontecido en Ceglie a nuestros dos aspirantes, dije también de la carta enviada al Provincial.

El Padre Palma comentó: “¡Quién sabe cómo escribiste la carta!”.

“En realidad – añadió el Padre – juzgando por la respuesta del Provincial, se tiene que creer que la carta del Hermano Carmelo se escribió como se debía. En efecto el Provincial le dio su importancia, y no sólo no mostró resentimiento, sino, hasta dio amplia satisfacción, hallándola justa.

Ciertamente la manera en que aquel buen padre se portó con los dos chicos, no se puede admitir. Igual lo habrá hecho con la finalidad de probar su vocación".

Pero yo lo corté, diciendo: "No me parece que lo hizo con esta finalidad. Él mismo, en efecto, disculpándose con su Provincial, admite que les sugería de hacer una petición para entrar con los Pasionistas, porque fascinado por la bondad de aquellos dos jovencitos".

El Padre repuso: "De todas maneras, tengo que decirte que en este caso no te portaste bien. Hubieses tenido que esperar mi llegada o la del Padre Palma. No hace falta apresurar las cosas. Hace falta rezar y luego reflexionar. Este accidente tiene que servir más bien para no caer nosotros en la misma falta. Nuestra oración y celo para tener vocaciones no tienen que encerrarnos en el egoísmo, sino abrirnos al universal, haciéndonos desear para todos los seminarios y las Órdenes y Congregaciones religiosas la misma abundancia que deseamos para nuestra Congregación. Seguramente tenemos que esforzarnos para procurar vocaciones para nuestro Instituto, pero esto solamente con la oración, con los sacrificios y con la acción lícita. Lejos de nosotros cualquier espíritu de atrevimiento, tanto más buscando de quitar en alguna manera las vocaciones a otros Institutos para enderezarlas al nuestro. Sería algo muy grave, porque en oposición a la voluntad de Dios, que es el autor de toda llamada específica a esto o bien a otro Instituto".

151. Así el doctor beneficiado se convirtió en bienhechor

Una mañana, durante la Santa Misa en la Comunidad de la Casa de Oria, el Padre tosía y estornudaba a menudo, tanto que con mucha dificultad y trabajo pudo seguir y acabar la celebración.

Al acabar, sin embargo, hizo igualmente, como siempre, su larga acción de gracias, y, sin ir a desayunar, subió directamente a su celdita, donde, no pudiendo aguantarse más en pie, se puso en la cama.

Fuimos con el Padre Palma a verle y, con insistencia se le hizo poner el termómetro. Tenía más de 39º de fiebre. Hacía falta el doctor, pero el Padre se oponía decididamente, diciendo que curaría con los medios sugeridos por el doctor Kneipp.

El Padre Palma, él también confiado en las celebradas terapias del gran clínico, en vez del médico, confió el enfermo a ciertas decocciones e infusiones de hierbas y flores, de que se decían maravillas. Pero la tos se hacía más insistente; la fiebre aumentaba cada vez más y el pobre Padre acusaba juntamente una fuerte migraña, dolor de garganta y en las espaldas.

Pasó la noche mal. Sin embargo, la mañana siguiente se quería levantar para celebrar la Santa Misa. Intentó dejar la cama, pero no se aguantaba de pie. Tuvo que contentarse de recibir la Santísima Comunión por manos del

Padre Palma. Este propuso insistentemente que se tenía que recurrir al médico, pero fue cortado nuevamente con un no seco.

Entonces yo exploté: “Pero, Padre, no me lo puedo explicar cómo usted, cuando alguien está enfermo, quiere que se llame el médico en seguida, y ahora que está muy mal usted resiste hasta el final”.

El Padre contestó: “Yo no soy un chico, sé cuando hace falta llamarlo”. Entonces el Padre Palma me llamó aparte y me dijo de llamar al doctor Oliva, que era el médico de la Casa, con la excusa de hacerle seguir la visita periódica a los chicos.

Buscamos el doctor Oliva, y no lo encontramos. Buscamos entonces el joven Arnaldo Scardapane, que, hace poco tiempo llegado en Oria, todavía era un novato.

El Padre Palma supo presentarlo al Padre con un conjunto de escusas bien preparadas. Pero el enfermo repuso: “¡Ya! Disteis tantas vueltas al asunto, hasta que hiciste llegar el médico. De todas formas, dejadlo entrar”.

El doctorcito se presentó a modo, amable y cortés.

Intercambiados los cumplidos habituales, llenó el paciente con preguntas, y luego lo sometió a una visita tan cuidadosa y minuciosa que se cansó aún más. Luego extendió un largo listado de palabras científicas altisonantes, culminando con el diagnóstico: “Gripe epidémica de naturaleza indeterminada”. Y añadió con una seriedad casi ritual: “Es contagiosa, especialmente a través de los estornudos y la tos”. Escribió, finalmente una receta llena de medicamentos. Añadió, a modo de codicillo: “También una buena decocción de vino caliente tomado la noche, le podría aprovechar para provocar un sudor abundante”. Luego pidió al Padre: “¿Está acostumbrado usted a tomar vino?”. “Sí”, le contestó el Padre. “Entonces – repuso el médico – hágase hervir medio litro de vino; cuando se reducirá en una mitad, tómelo porque le hará bien”. El Padre le pidió en cuántos días lo tendría que tomar. Y el médico contestó: “Todo en esta noche”. Y el Padre, maravillado, añadió: “Para mí esto es imposible: me embriagaría seguramente”. “Pero usted me dijo que está acostumbrado a tomar vino”, repuso el médico. “Sí – dijo el Padre – pero no más de un dedo mezclado con agua”. “Pero así – replicó el médico – no puede decir que toma vino”. Y añadió: “Mañana vuelvo”.

El Padre lo agradeció y en el mismo tiempo le dio un sobre con dinero. Luego dijo: “¡Qué bueno, válido y amable este médico! Cuando haga falta, es bien llamarle a él también para la Comunidad. Entre otras cosas es de muy buenos principios religiosos, y es muy cuidadoso en la visita”. Y, dirigido a mí, dijo: “¿Oíste que el médico dijo que la gripe es contagiosa? Por eso aquí no tiene que venir nadie. Cuando sea absolutamente necesario, vendrás tú solo, y con todos los cuidados para no contraer tú también la enfermedad”.

Y yo: "¡Vaya descubrimiento que hizo este doctorcillo! Dicen siempre todos así, pero en la práctica tampoco ellos lo creen… son todas palabrerías".

"He aquí – dijo el Padre – como siempre, tú en seguida echas sentencias. Si el médico dijo que esta enfermedad es infectiva, quiere decir que es así: ¡gripe epidémica, de naturaleza indeterminada! De todos modos, como te dije, ¡aquí no tiene que venir nadie! No quisiera que por mi culpa tuvieran que sufrir los demás.

De hecho, a pesar de que le suministraran todos los remedios prescritos, no se notaba ninguna mejoría, más bien la noche la fiebre subía hasta alcanzar los 40º. Fue mala la noche, incluso porque, atormentado por una gran aridez, él no quiso aplacarla para observar el ayuno prescrito desde la medianoche en adelante, y poder así recibir la Santísima Comunión la mañana siguiente. Ante la insistencia de hacerlo beber, dada la fiebre alta, respondía decididamente: "No, no se me ocurra dejar la Comunión por la sed. ¿Y qué es esta sed en comparación con la que padeció el Señor estando en la cruz?".

Así permaneció sin beber hasta las primeras horas de la mañana, cuando el Padre Palma lo comulgó.

Vuelto el médico, lo visitó nuevamente con cuidado y lo halló mejor. Se entretuvo con él en una gustosa conversación, diciendo que luego, su hubiera hecho falta, volvería de nuevo el día siguiente. Y el Padre asintió feliz.

El Padre, también esta vez, le dio otro sobre con dinero. Aquel mismo día Scardapane se halló con el doctor Cosme Oliva, al que le dijo: "Sabes, Cosme, ayer y hoy fui a visitar al Superior de San Pascual, cierto Canónigo Di Francia. De todo el conjunto, te puedo decir que me hizo una impresión que no puedo describir. En mi vida nunca hallé un hombre parecido. En aquel Instituto, puedo decir que hallé el paraíso y América: el paraíso porque conocí a un santo; América, porque en las dos visitas me pagó de modo tan inverosímil, que quedé asombrado. Me pagó mucho más de lo debido".

"Arnaldo, ¿y tú, tomaste el dinero?".

"Sí – replicó Scardapane – pero en realidad estoy casi arrepentido".

Y el doctor Oliva, serio: "¿Sabes quién es el Canónigo Di Francia? Es el hombre de la caridad, otro San Vicente de Paúl para los huérfanos y los pobres. Por ellos consumió todo lo que heredó de su familia y, aunque es hijo de marqués, no se avergonzó de ir a pedir limosna tocando de puerta en puerta para sostener a los huérfanos. Yo, desde que conocí el Instituto de San Pascual, me ofrecí siempre sin tomar nada, y así espero seguir para toda mi vida. Soy el médico ordinario del Instituto, y tengo el honor de poner mi profesión a servicio gratuito de una obra de beneficencia tan humanitaria".

El doctor añadió aún: "Mañana voy yo también a visitar el enfermo".

"Te lo iba justamente a pedir – replicó Scardapane – si crees, quisiera ponerme yo también a tu disposición, para ayudarte en esta obra tan benemérita".

"Arnaldo, me da mucho gusto, más bien yo mismo te lo quería pedir. La obra de dos, en efecto, especialmente en nuestro trabajo, es siempre útil", contestó el doctor Oliva.

El día siguiente, los dos fueron a San Pascual. El Padre estaba mejor, pero muy débil. Ellos, después de los cumplidos, lo visitaron con cuidado y, hallándolo muy mejor, prescribieron unos reconstituyentes, exhortándolo a alimentarse bien. El doctor Oliva, bromeando, le dijo: "Reverendísimo, por ahora deje las mortificaciones y las penitencias. Piense que su vida es vida de los huérfanos y de los pobres. Es vida de su Instituto. Si usted no se cuida bien, se pone en un pecado tan grave que ni San Pedro se lo puede perdonar, y por eso no la dejará entrar en el Paraíso".

El Padre repuso: "Conmigo o sin mí, las obras de caridad seguirán bien lo mismo, igual mucho mejor.

Aquí el doctor Scardapane intervino diciendo: "Padre, tengo el gusto de decir que mi muy querido amigo y colega, doctor Cosme Oliva, me concede el honor de ayudarla en la obra que tan laudablemente desarrolla en favor de este Instituto, como hace él, siempre gratuitamente".

El Padre entonces expresó a los dos sus sentidos agradecimientos por la gran ayuda que daban a nuestro Instituto. Despidiéndose, Scardapane le entregó un sobre, diciendo: "Un pequeño donativo por los huerfanitos: acuérdese de mí en sus oraciones".

En el sobre había el dinero que él había recibido por el Padre, y otra cantidad como donativo suyo personal. De aquel día el doctor Arnaldo Scardapane se prodigó por la Casa de Oria hasta el extremo de su vida: gratuitamente, como había prometido.

152. "Este joven no puede estar en nuestra Congregación"

El Padre decía que la Casa de Oria era la hija primogénita de la Congregación; y sobre la revista *Dios y el Prójimo* escribía gloriándose de la pequeña ciudad y considerándola su segunda residencia.

En efecto, en aquella Casa se entretenía a menudo, también por largos periodos. Se enteraba minuciosamente de todo y de todos; piedad y disciplina, escuela y trabajo, salud de las personas y tratamiento. Hace falta decir, sin embargo, que en su actuar no era para nada pesado, más bien comprensivo y agradable. Dejaba mucha libertad de acción a los que tenían responsabilidad. Pero quería ser informado de todo, y no sin razón, dada la complexidad de los

problemas, la precariedad de las situaciones, la inexperiencia y la joven edad de los religiosos.

Había, justamente, entre los religiosos aquel Hermano Estanislao, en el siglo Angelindo Varotto, del que otras veces apareció el nombre. Sobre él el Padre se había formado una idea decididamente negativa. En verdad, había sido un buen joven, dotado de sencillez y bondad natural, hasta la llamada a las armas en la guerra mundial (1915-1918). Regresado del frente, ya no parecía más él, había cambiado radicalmente: vida espiritual, cero, irascibilidad, testarudez, obstinación en sus ideas y, peor aún, violencia brutal con los chicos.

El Padre había dicho más veces que hacía falta expulsarlo del Instituto. Para que el regreso a la familia no fuera traumático, lo hacía estudiar con la finalidad de ofrecerle el título de maestro. En aquel mismo tiempo, le fue confiada provisionalmente una sección de huérfanos.

El joven aceptó el encargo con mala gana, y así no solamente no se comprometía, sino que casi conscientemente hacía lo contrario. A menudo abandonaba los chicos, por ejemplo. Muy intolerante, para nada perdía el control y así castigaba en seguida sin respeto alguno, a menudo levantando las manos locamente.

Por este motivo los chicos no lo aguantaban y, en cambio de tantos abusos, le pusieron el apodo de *Hermano Manazas*.

No cabía duda: hacía falta alejarlo de los huérfanos. Mientras se pensaba cómo sustituirlo, aconteció el siguiente episodio. Un huerfanito, tal Marcelo Lafauci, sufría de debilidad natural, por lo cual fácilmente se ensuciaba. Un día, el imprudente educador, perdida totalmente la cabeza y el corazón también, para educarlo (¡así dijo!) le frotó con la ropa sucia la cara. El gesto increíble fue condenado como merecía, así que al violento *Manazas* se le quitó el oficio de inmediato.

El Padre estaba ausente. Cuando volvió, en el usual informe de la Casa, halló amplio relieve el hecho de Varotto, infeliz coronamento de una conducta indigna. El Padre se estremeció, y con extrema seriedad comentó: "¡Increíble! Quiere decir que este pobre joven perdió de veras el control de uno mismo. ¡Cosas de locos! Este ya no puede quedarse en nuestra Congregación. Quería hacerle tomar la habilitación para maestro antes de expulsarlo, pero así no se puede esperar. ¿Cuánto hace falta para que dé los exámenes y consiga el título?".

Yo contesté: "Otros tres meses, ¡esperando que lo consiga!". Repuso el Padre: "Un personaje que hace cosas tan extrañas, no puede quedarse en el Instituto. Podría perjudicarse gravemente a él y a todo el Instituto. No podemos esperar que acontezca la segunda edición de Francavilla Fontana, en que Vízzari fue a la cárcel, la Casa se cerró y el Instituto pasó sus problemas. Si esta indigna extrañez se conociera fuera, el público, justamente,

quedaría indignado contra el Instituto, los periódicos harían la propaganda más despiadada y las autoridades tomarían medidas severas.

"De esto, seguramente, hasta los chicos quedaron turbados. Hace falta, pues, expulsarlo en seguida… Quiere decir que lo ayudaremos económicamente en familia, para que pueda tomarse el diploma.

"De todas formas, ahora lo voy a llamar, lo reprocharé como se merece y luego se verá lo que se tiene que hacer. Pero vosotros, conocido el asunto, ¿cómo os arreglasteis con el joven?".

Contesté: "En realidad, me sentí talmente sacudir los nervios, que habría querido hacerle a él lo que había hecho a aquel niño… le quité el oficio de educador y le dije que merecía de ser expulsado en seguida; y que, en cuanto volviera usted y el Padre Palma, relataría fielmente los hechos".

Retomó el Padre: "Ahora me pregunto ¿con qué criterio pusisteis este joven para que haga el educador? ¿Y el Padre Palma lo sabía?".

"No – le contesté – se le había confiado el oficio de todas maneras, porque se trataba de sustituir brevemente el Hermano Redento, que estaba enfermo".

El Padre observó que un encargo como aquel no se tenía que dar ni por un momento a un elemento incapaz.

"La educación es un arte difícil y delicada, y son graves las responsabilidades que se asumen". Luego precisó: "San Juan Crisóstomo afirma que la tarea de ayudar los chicos es la más excelente y la más difícil. Y si esto se tiene que decir para los chicos en general, tanto más hace falta decirlo para los huérfanos acogidos en nuestro Instituto, la mayoría faltos de ambos los padres, o muy pobres y derelictos. Por consecuencia, el educador de los huérfanos aquí tiene que sustituir los padres, y tiene que tener para con los huérfanos todos aquellos cuidados que los padres tienen para con sus hijos. De aquí la mayor dificultad para el educador en la educación de estos chicos particulares, porque mientras entre los padres y los hijos hay una predisposición y una afinidad natural, esta ciertamente no existe entre el educador y los huérfanos. Luego el ambiente de la familia es ideal para la educación. Mientras, en cambio, el del Orfelinato, por cuánto positivo pueda ser, siempre es un sustituto".

El Padre siguió con un análisis detallado de los tipos de chicos presentes en nuestro Instituto: elementos con familias en dificultad y así en dificultades psicológicas y ambientales ellos mismos; menores marcados por carencias afecticas y por experiencias negativas en su infancia: razones y aspectos todos convergentes para complicar la tarea de la educación. Y en efecto el Padre concluía que, para estar con chicos parecidos, se requieren marcadas actitudes naturales, unidas a ciencia, espíritu de sacrificio y mucha gracia para implorar con la oración.

Además, añadió: "Hace falta, luego, decir una palabra sobre los castigos. En general, no hace falta usarlos. Ellos de por sí no son medios educativos, pero igual medios correctivos, debidos muy a menudo por falta de vigilancia apropiada, o sea a la falta del uso del sistema preventivo de Don Bosco. Si, en efecto, los chicos se vigilan bien, como se merecen, raramente cometen faltas, y así no habrá necesidad de recurrir a castigos. De todas maneras, si lo requiriera alguna vez la necesidad, los castigos tienen que ser muy raros e impuestos después de rezar. Tienen que ser, además, leves, y se tienen que dar con mucha prudencia y caridad. Si no se actúa así, ciertamente en vez de hacer bien, harán daño, en modo particular a los huérfanos, que más fácilmente están llevados a considerar los castigos no como medio educativo, sino como consecuencia de su condición de huérfanos.

"Con esto no se quiere para nada educar el huérfano mimándolo. Si fuera así, se le haría un grave daño, porque, según dice la Sagrada Escritura, el jovencito, una vez que toma su camino, no lo olvidará ni cuándo sea mayor. Por eso la Sagrada Escritura afirma también que el que ahorra el palo, odia su hijo. Y también: 'Tú lo educarás con el palo de la disciplina, y liberarás su alma'. Por eso podemos concluir que las correcciones, las mortificaciones y los mismos castigos, cuando son verdaderamente necesarios y se aplican como se conviene, constituyen un elemento constructivo del carácter. El educador las considerará un deber sacrosanto y como un acto de exquisita benevolencia y caridad".

153. Un confesor raro

En nuestra Casa de Oria venía semanalmente, como confesor ordinario, un tal señor Porcio, de los Curas de la Misión de San Vicente, que en el pueblo era considerado comúnmente un sacerdote muy bueno: piadoso, prudente y sabio, tanto que el clero local y el mismo Obispo Monseñor Di Tommaso iban a verle para confesarse y pedir consejo.

Cada semana íbamos a su casa para llevarlo con un coche nuestro, y el venía puntalmente. Hacía mucho bien y nos dejaba contentos. Por eso el Padre, y con él el Padre Palma, que lo había escogido como nuestro confesor, creían una gracia grande del Señor haber hallado en Oria, entre mucha escasez de sacerdotes, un confesor tan adecuado para nuestra Comunidad.

Durante unos dos años las cosas fueron muy bien, y no hubo nunca nada para decir o sospechar, incluso mínimamente.

Pero de repente aconteció un hecho tan grave y raro que el mismo Padre no pudo no tildarlo como "una insinuación diabólica", un verdadero atentado a la vida de la Congregación.

Supimos, pues, que el señor Porcio aprovechaba la confesión para intentar destruir nuestra Comunidad de Oria. En efecto él se industriaba en

todos los modos para quitar los religiosos de nuestro Instituto para llevarlos al suyo o bien a otros.

El hecho es que, durante las confesiones de los religiosos empezó a insinuar juicios imprudentes contra nuestro Instituto, mientras llevaba a las estrellas el suyo, con arte, y con una estrategia que parecía estudiada minuciosamente. Su Congregación tenía una experiencia de siglos, autorizada por la Santa Sede, rica de miles de miembros y Comunidades en cada Continente. En cambio, la nuestra era mezquina, recién nacida, sin ninguna autorización, con pocos elementos, incierta en los fines y en los medios. Pegaba sin piedad, el confesor, descubriendo nuestra culpa de haber recién nacidos como religiosos, y acordándonos que éramos personas con poca cultura, faltos de un noviciado, con la miseria de apenas dos Casas. Campo de nuestro trabajo eran un puñado de huérfanos, hospedados mal y, peor todavía, guiados por personal sin preparación.

De un cuadro tan negro, y todo negativo, no podía salir que una sola conclusión, que el inefable hijo de San Vicente declaraba sin medias palabras a cada uno de los penitentes: dejar la Congregación lo antes posible. En cambio, podían entrar en la suya o bien en otras. Tuvo el descaro de repartir las vocaciones con una desconcertante confianza.

Al Hermano Miguelito Lapelosa prometía que en su Congregación estudiaría música y pintura, que le gustaban mucho.

Al Hermano Tarcisio Massafra decía que después del sacerdocio entre los Curas de la Misión habría tenido todos los medios necesarios para estudiar y perfeccionarse en el arte tipográfica.

Al Hermano Lucas Appi aconsejaba de ir a la Congregación de los Pasionistas, conocidos por doquier por las sagradas misiones al pueblo y por las numerosas conversiones que conseguían. En el mismo tiempo, le hacía notar que él tenía el perfil para aquella Congregación, y por eso ciertamente tendría éxito y convertiría innumerables almas.

Al Hermano Redento Levi aconsejaba pasar a su Congregación, donde con su entusiasmo, las muy buenas calidades y la fuerte inclinación al estudio de los idiomas, habría podido ser un gran poliglota. Podría así sobresalir como misionero y convertir muchas almas.

Al Hermano Camilo Ruggeri sugería nuevamente su Congregación, donde ciertamente habría tenido un éxito espléndido, realizando plenamente sus bellas calidades.

Finalmente, a mí, siempre en confesión, enalteció hasta las estrellas la institución de los Salesianos. Mientras lo escuchaba, estaba medio incrédulo y medio perdido, y me pedía qué pintaba todo aquello con el sacramento de la confesión. El desconcierto se convirtió en rabia, y fue cuando sentí que nuestra Congregación era humillada y con ella desvirtuada mi vocación. Me

hervía la sangre en las venas, y estaba para responderle a tono, pero me frené, pensando que en la otra parte de la rejilla estaba un hombre fuera de sí. Pero cuando declaró claramente que yo tenía todas las calidades para ser Salesiano y que era prudente abandonar nuestra Congregación para la de Don Bosco, no me aguanté más y contesté muy seco.

"Pero, ¿qué está diciendo?", exclamé. "¡Esto no será nunca y nunca jamás!".

Y él insistiendo descaradamente: "Esto yo se lo digo por su bien. De hecho, estoy convencido que esta Congregación suya no podrá subsistir largamente, y así mañana usted y los demás religiosos de este Instituto, ¿cómo os hallaréis?". Le contesté: "Me hace maravilla que usted hable así. En este modo es usted que quiere destruir nuestra Congregación".

Me había irritado a tal punto que, instintivamente, me había levantado para irme sin la absolución. En efecto, con aquellas disposiciones, ¿qué podía valer la absolución?

Hallado primero al Hermano Lucas, le conté lo que me había pasado, y entonces él me confió lo que muchos días antes el confesor le había dicho.

En resumen, durante todo aquel día, en el grupo de nosotros los religiosos no se hablaba de otra cosa que aquel raro confesor y de sus propuestas. No podíamos explicarnos cómo un hombre, creído comúnmente tan bueno, hubiese podido hacernos algo parecido. Y cómo, luego, nadie de nosotros había confiado a los demás aquellos consejos imprudentes. Evidentemente había prevalecido el respeto para el secreto confesional, o bien cada uno había creído el asunto como un problema estrictamente personal y reservado.

Aquel mismo día comenté todo al Padre, que quedó muy mal y muy asombrado. Luego, dolido exclamó:

"¡Pobrecito! ¡Igual perdió la cabeza! Creo que nos hallamos delante de una sugestión e insinuación diabólica contra la vida de la Congregación. No se puede explicar diferentemente. No es la primera vez que el demonio busca, con sus insidias, destruir esta Obra piadosa. Si ella aún subsiste es un verdadero milagro de la divina bondad. Esto, sin embargo, es signo que Dios la quiere. Se puede desencadenar contra ella hasta todo el infierno, pero ella subsistirá siempre y se multiplicará, así como acontece para la Iglesia. Por cierto, en la última audiencia que el Santo Padre Pío X me concedió, después de informarlo sobre las grandes dificultades y fatigas hallados por el Instituto, me contestó: 'No lo dude, la Obra fundada por usted es obra de Dios; y las obras de Dios, por cuanto puedan ser contrarrestadas, quédese tranquilo que nunca menguarán'. El demonio hace todos los esfuerzos para destruir esta Obra piadosa de los intereses del Corazón de Jesús porque prevé que ella, con la oración incesante para obtener numerosos y santos Trabajadores a la Santa

Iglesia y con la bonita misión de las obras de caridad, ciertamente le arrancará muchas almas.

"Por esto, ayudados con la gracia divina, si nos mantendremos fieles a la divina llamada, viviendo verdaderamente según el espíritu y las finalidades propias del Instituto, esto no solamente seguirá viviendo, sino que, como muchos otros Institutos, resplandecerá en la Iglesia santa de Dios.

"Igual el señor Porcio no tenía presente la historia de las Órdenes y Congregaciones religiosas, como todos empezaron de la nada. Ellos, en efecto, empezaron como una semilla viva muy pequeña, pero luego, pasando los años y los siglos, se convirtieron en la Santa Iglesia árboles colosales que llevaron frutos abundantes de bien. Este confesor no se tiene que buscar más. Se despedirá con buenos modales, diciéndole que ya no lo necesitamos. Él seguramente entenderá la lección, tanto más que los nuestros, gracias a Dios, reaccionaron, mostrándose fieles a su vocación. Yo hoy mismo tengo que salir, pero cuando vuelva, Dios mediante, diré un par de palabritas a todos".

154. Dar la recompensa adecuada al trabajador

Mientras el Padre Palma vigilaba sobre los trabajos de reforma de la Casa de Roma – Circonvallazione Appia, se tuvo que ausentar durante unas semanas, y fui llamado yo para sustituirlo[44] .

El maestro constructor de la obra era tal Alfonso Carovigno de Francavilla Fontana, que en el trabajo era muy activo e incansable. Ordinariamente trabajaba durante nueve o diez horas cada día, sino más, y pretendía que también los demás albañiles hicieran como él.

Entre los trabajadores había también un albañil de Abruzzo, que, no hallando trabajo en otros lugares, había venido a buscarlo en Roma, para mantener su numerosa familia. Después de muchas búsquedas, halló su sitio entre nosotros, pero no como albañil, sino simplemente como trabajador sin habilidad. Estrecho por la necesidad, se adaptó a aquella calificación inferior. Pero la faena era más pesada y el buen hombre, a pesar de la voluntad que ponía, no conseguía los resultados de un simple trabajador. Por esto el maestro constructor lo reprochaba, usando de vez en cuando métodos muy duros. Un día el pobrecillo, sintiendo el peso de las exigencias familiares, pidió que le aumentaran el sueldo. Como respuesta, el maestro constructor le notificó el aviso de despido. Aquel le suplicaba de tenerlo aún en el trabajo, aunque con un sueldo muy bajo; pero el otro permanecía firme. Entonces el pobrecillo se dirigió a mí. Todo mortificado, me contó por completo todo su drama de hombre con ocho personas en el pueblo para mantener. Había

[44] El contrato de adquisición de la Casa de Roma, en Circonvallazione Appia, hoy Casa General de las Hijas del Divino Celo, fue firmado por el Padre el 12 de octubre de 1924 (Cf. c. 199 y 200).

aceptado muchas humillaciones, pero ahora el aviso de despido decretaba su ruina y la de los suyos.

Yo contesté con frialdad: "En cuanto a las palabras mortificantes que usted sufrió, llamaré la atención del maestro constructor; en cuanto al sueldo, no tiene razón de quejarse, porque, tal como dicen, tiene más de lo que habitualmente se da en Roma por su categoría. Ciertamente, usted no puede pretender de nosotros lo que hace falta para mantener su numerosa familia, y nosotros no se lo podemos dar. En cuanto al despido, no puedo hacer nada. Si el maestro constructor os despidió, quiere decir que tiene sus razones".

Y el pobrecillo me contestó con actitud verdaderamente piadosa: "Le aseguro que estoy dispuesto a cualquier sacrificio, me esforzaré más, soportaré las humillaciones y también las injurias, renuncio al aumento y me contento de lo que me dan: mejor esto que nada, a condición que no me despidan, se lo ruego".

Ante esto, contesté: "Es inútil que usted insista conmigo. No puedo hacer nada. Tenéis que arreglarlo con vuestro jefe".

"Pero él no me quiere escuchar para nada – contestó el pobrecillo – lo rogué como se ruegan los santos".

Afligido y mortificado, fue para seguir su trabajo. Pero lo encontró el Padre y viendo que se secaba las lágrimas, le preguntó qué tenía. Y así el hombre tuvo la ocasión de aclarar lo acontecido. El Padre lo exhortó a estar tranquilo, que se ocuparía él del asunto.

Me mandó en seguida a llamar en su habitación para saber lo que había pasado. Y, oído que los hechos estaban como realmente se los había contado el trabajador, me reprochó: "No te portaste bien para nada con aquel pobre trabajador que necesita tanto y que había venido a verte con la esperanza de hallar consuelo y comprensión. Tú, en cambio, te mostraste insensible. Acerca del despido le dijiste que no podías hacer nada y que hablara con el maestro constructor. En cambio, era tu deber darte cuenta y decidir tú si verdaderamente había un motivo razonable para despedirlo. Hace falta, en estos casos, examinar todas las circunstancias y evaluar no con los criterios de los seglares, sino con los de los religiosos.

"Hace falta llamar la atención de don Alfonso, porque se permitió de tratarlo en modo tan humillante y también injurioso. El obrero se tiene que respetar: es hombre como nosotros; es nuestro hermano, es un hijo de Dios.

"En el trabajo no se tiene que pretender más de lo correcto ni más de lo que permiten las propias fuerzas. Sería una grave falta aprovechar la necesidad de los demás para pretender más esfuerzo y rendimiento, o bien para dar un sueldo inferior a lo correcto. Hacer trabajar el obrero nueve o diez horas es demasiado. Yo sé que ordinariamente se usa trabajar ocho horas por día.

"De este pobrecito, luego, que es albañil y que por necesidad se adaptó a hacer de trabajador simple, trabajo que le sale mucho más pesado, por como se decía, no se puede pretender más de lo que hace. También en esto hace falta ser comprensivos. El sueldo de 15 liras por día, me parece poco. ¿Cómo hace para mantenerse a sí mismo aquí y a su familia en el pueblo?".

Contesté: "en realidad no lo hallé así, más bien me pareció demasiado. En Oria, en efecto, se dan 10 liras a los trabajadores y 12 liras a los albañiles. Aquí, en cambio se dan 15 liras a los trabajadores y 20 a los albañiles, teniendo en cuenta de lo extraordinario que hacen".

Y el Padre repuso: "Tú haces la comparación entre Oria y Roma, y no te acuerdas cuánto es más cara la vida aquí en Roma". "Sí, Padre – añadí – me informé y me dijeron que aquí en Roma el sueldo ordinario es muy inferior de lo que damos nosotros". Y el Padre: "El que trabaja con nosotros no tiene que ser tratado sólo como mercenario, sino también como nuestro muy querido colaborador. El trato tendrá que ser no sólo como querido por la justicia, o sea como es establecido por la ley, sino también como es querido por la caridad, o sea el mejor posible, según las necesidades del trabajador y nuestras disponibilidades. Este sistema de caridad es muy eficaz para atraer el que trabaja con nosotros al respeto y a la religión. Es también un medio delicado de hacer la caridad bajo forma de retribución y no de limosna, que, especialmente para algunos, es humillante. Tú, en cambio, contestaste a aquel pobrecillo: '¿Y qué quiere, que os demos lo que basta no sólo para usted, sino también por toda su numerosa familia?'".

Y siguió: "Sabemos que en la paga del trabajador se tienen que recordar también las necesidades de su familia, según el número de los hijos. Esto es justo, y es también previsto por la ley civil y natural. Tanto más se tiene que actuar por el que actúa con espíritu de caridad. Por esto entre nosotros, antes de que saliera la ley en mérito, se actuaba así con los trabajadores. En Mesina, antes del terremoto de 1908, tanto a don Micalizzi, como a todos los demás trabajadores que trabajaban con nosotros, se daba el sueldo según el número de los familiares; y en la medida en que aumentaban, se aumentaba aquello también".

Y yo: "Pero, entonces, si es así, para no gastar mucho, antes de asumir un trabajador, hace falta informarse bien para escoger solamente los que todavía no tienen familia, o que tengan pocos hijos".

Replicó el Padre: "¡Vaya modo de razonar es esto! Esto sería falta de espíritu humanitario y, peor todavía, falta de espíritu de caridad. Convertiría a los religiosos en comerciantes y empresarios ávidos, que mirarían sólo a sus intereses. En cambio, el espíritu humanitario y, más aún, el de caridad, asumiendo los trabajadores, quiere que se dé preferencia a los que están cargados con una familia numerosa porque estos tienen mayor necesidad, y hace falta intentar ayudarlos como mejor se puede. Así tenemos que hacer

nosotros: y hace falta saberlo hacer con espíritu de justicia y verdadera caridad. En este modo el Señor bendecirá el trabajo y ciertamente enviará al Instituto mayor providencia.

"Por esto este hombre no se tiene que despedir. Procura, más bien de contentarlo, como mejor se pueda, con el sueldo según sus necesidades; y mantenme informado".

En seguida después, el Padre llamó el trabajador a su habitación. Lo consoló y le dio un sobre con dinero. Mientras, conmovido salía de la habitación del Padre, lo oí exclamar: "En verdad este cura tiene que ser un santo".

155. Nunca escatimar a la Comunidad lo necesario

El Hermano Concepto Drago, mi hermano, en el año de nuestra permanencia aventurada en Francavilla Fontana (1909-1910), cayó muy enfermo.[45] Dada la situación extremadamente precaria de aquella sede, y también para cambiar el aire, el Padre lo envió a curarse a su familia.

Recuperado bastante, después de unos meses llegó a Oria, donde mientras tanto se había abierto la nueva Casa. Él, en cambio, tuvo una recaída y empeoró talmente que se creyó prudente avisar la familia del peligro en que estaba el joven. Fue de inmediato a Oria mi padre y se entretuvo unos cuantos días, hasta que el enfermo no fue fuera de peligro.

Durante este tiempo mi padre comía en el comedor con nosotros, y se trataba como nosotros. Una vez que como sopa hubo verdura, me dijo con franqueza, dirigiéndose a mí: "Dichoso hijo, ves a la cocina, que pongan una gota de aceite en esta verdura. ¡Así como está me acuerda la hierba que comen las ovejas! ¿Qué sustancia puede dar? Tanto para llenar el estómago… Si no tenéis aceite, os enviaré yo un barril, de aquel genuino nuestro. Además, te lo digo francamente, porque eres mi hijo: me di cuenta que la comida de estos buenos hijos es muy escasa. Tú aquí parece que actúas de caporal, ¿por qué no piensas en ello? O bien, ¿haces justamente como los caporales, que se ocupan sólo de hacer que las tropas vayan rectas y en filas cerradas, y por lo demás, el que se muere, que se muera?

"Me asombro en ver cómo estos chiquillos, con todo esto, están tan contentos, y parece que tengan mucha salud. Pero, ¿acaso viven sólo de gracia de Dios? ¿O bien la alegría pone buena sangre?".

Pero mi padre no podía ni imaginar en qué estrecheces se vivía en aquel primer comienzo de la nueva Casa. En el desayuno, pan a voluntad de puro trigo, acompañado por un puñado de aceitunas o bien hijos secos. Para comer, la sopa, aliñada apenas con una gota y siempre la misma; era el plato fuerte,

[45] Cf. c. 144.

después del cual reaparecían los hijos secos y las aceitunas, o bien alguna verdura cocida, con acompañamiento esporádico de un dedo de queso. Carne, ni hablar: sólo dos veces por mes, si no ocurría una circunstancia excepcional para aclarar el horizonte. Para la cena, más o menos como en la comida.

La queja produjo, mientras tanto, a mi padre, un trato más respetuoso, con tanto de botella de aceite puesta delante de él. Demasiada gracia, y él se quejó puntual: "Bueno, ¿por qué este aparato para mí? ¡Entonces tú también me tomas por estúpido! Si te hice el relieve, no lo hice por mí, sino por vosotros. Yo puedo comer piedras y, gracias a Dios, también digerirlas. Y luego, yo después de unos días, me voy. ¡No sabes engañar!".

Entendió estas palabras aquel simplón del hermano Pascual que tenía el encargo del comedor, y empezó a reír con todo el corazón. En cuanto, luego, tuvo la ocasión, lo contó todo al Padre, que en el momento justo me enfrentó: "¡Muy bien! Te haces reprochar hasta por tu padre. Tiene razón, hizo bien, te lo merecías. No sé cómo te persuadiste a tratarlo como la Comunidad. A los huéspedes se tiene que tener todo respeto, justamente porque son huéspedes. Entre nosotros siempre se hizo así. Tú, en cambio, porque es tu padre, lo arreglaste así. Aunque sea tu padre, aquí siempre es un huésped, y por esto le tenías que dar una atención especial. Y luego, ¿cómo es que el tratamiento de la Comunidad es tan escaso?".

"Padre – contesté - ¿qué puedo hacer yo con estas dichosas monjas? En estos días no sé cuántas veces se lo dije. Me contestan que no tienen otra cosa, que esto lo envían desde el Instituto femenino".

"Y tú, ¿así te resignaste? – dijo el Padre – En cambio, tenías que informar al Padre Palma o a mí. Ven conmigo, vamos a la cocina". Aquí hizo a las hermanas una paternal sino enérgica llamada de atención, dándoles disposiciones obligatorias para que mejoraran el tratamiento.

Luego, conversando, nos fuimos hacia su habitación. Nos encontramos con mi padre, al que el Padre dijo: "Don Francisco, hizo bien en reprochar este hijo suyo, porque es negligente en su deber de caporal, como usted justamente lo calificó. Le ponga la cabeza en su sitio".

"Muy reverendo – le contestó mi padre – es muy difícil ponerle la cabeza en su sitio a los caporales, porque ordinariamente la única calidad que tienen es la de ser testarudos, como es él. Este hijo lo conozco muy bien. Pero cuando estaba en casa lo hacía marchar; lo hacía ir con los dos pies en un zapato, como todos los demás hijos. Bastaba sólo un gesto mío para que fueran obedientes y mansos como corderitos. Usted, cuando vea que el Hermano Carmelo no hace bien el caporal, como general suyo, échelo a la prisión, y así, a fuerzas de pan, agua y tablón, hará bien su oficio. Pero, si se quiere, aún es un hijito; no comprende qué es la vida".

El padre riendo, le dijo: "¡Mientras tanto así sufrían los pobres hijos! Él me tenía que avisar. Pero ahora di órdenes en la cocina para que mejoren la comida en todo".

Llegados a la habitación, me acercó bromeando, y sonrió: "Siéntate, caporal. Tienes que saber que la pobreza no consiste en escatimar, especialmente cuando se trata de la salud. Lo principal, después de la salud del alma, es la del cuerpo. La salud es un patrimonio preciosísimo no sólo para el religioso, sino también para la Congregación. Si la comida no es buena ni suficiente, aquella es comprometida, especialmente en los chicos. Por eso, economizar en la comida no es espíritu de pobreza. Al revés, está contra la economía, porque menguando la salud, se desvirtúa el rendimiento de las personas, y hacen faltas gastos para los médicos y los remedios. La verdadera economía, pues, no consiste en ahorrar dinero o las cosas, cuando sean necesarias o útiles; consiste, en cambio, en aumentar el patrimonio de la Congregación, en saberlo conservar y utilizar. El patrimonio se aumenta con el trabajo honrado, con las industrias, con los productos agrícolas, con el uso de las pequeñas cosas y, para nosotros, también con la eficaz propaganda de nuestras Secretarías Antonianas. Tenemos también que buscar, siempre honradamente, de tener aportaciones del Estado. Este interés para el patrimonio de la Congregación no deberá ser para nada medio para ganancias ilícitas, que serían un daño y no un provecho para el Instituto. Todo, en cambio, tiene que mirar al único fin, que es la mayor gloria de Dios y el bien del prójimo.

"Este espíritu de economía y de pobreza consiste aún en saber conservar todo lo que pertenece a la Casa y a la Congregación: dinero, fábricas, utensilios, cosas, como si todo perteneciera realmente a la divina Providencia y nosotros fuéramos sólo custodios y simples administradores. Consiste también en saber gastar y repartir, en dar y en aguantar, en proveer a las justas exigencias de las personas y situaciones, teniendo presente la justicia conmutativa, distributiva y la caridad sobre todo".

156. La propaganda antoniana y la revista *Dios y el Prójimo*

La devoción del *Pan de San Antonio* en favor de los huerfanitos del Instituto, como se sabe, empezó en Mesina en 1887, pero la propaganda antoniana, así como se entiende hoy, tuvo inicio justamente en 1907 con la publicación de la revista *Dios y el Prójimo*, que se imprimía en nuestra pequeña tipografía del Barrio Aviñón.

Empezamos con la publicación mensual de muy pocas copias que, poco a poco, fue aumentando según el crecimiento de las direcciones, fruto de la propaganda y de la obra diligente y eficaz del Padre Palma y del Hermano José Antonio, a su vez colaborados generosamente por las Hijas del Divino Celo.

El envío de la prensa y el trabajo de la correspondencia se confiaban al empleado Micalizzi, ayudado por otros que el Padre asumía para hacerles la caridad.

Así duró hasta el terremoto de 1908, cuando la pequeña tipografía de Mesina pasó a Oria. Consecuentemente, también la publicación de la revista se trasladó a aquella Casa. En Oria el envío y la Secretaría se confiaron a nuestras Hermanas.

En la impostación general, la organización y el desarrollo de nuestras diversas Secretarías presidía siempre el Padre Palma, también en Oria. De él el Padre decía: "Tenemos que reconocer que las Secretarías Antonianas son una genial y maravillosa organización debida al Padre Palma, del cual la Providencia se quiso servir para que pudiéramos solucionar el problema económico de las dos Congregaciones".

El trabajo redaccional, en cambio, era completamente del Padre. Se trataba de una impresión en formato tabloide para un periódico de cuatro páginas. En la medida en que las Secretarías Antonianas se organizaban, también el número de los bienhechores aumentaba rápidamente y, por consecuencia, subía el número. El periódico alcanzaba una verdadera muchedumbre de devotos y lectores.

Un gran trabajo pesaba sobre nuestros internos, que tenían que maniobrar manualmente las máquinas. En un principio, cuando se trataba de pocos millares de copias, no se sentía mucho la fatiga, pero luego el número se convirtió en un problema cada vez más difícil. Se tenía que trabajar también durante el recreo y hasta tarde por la noche, casi todos alternándonos a girar la manivela y compitiendo al que aguantaba más.

Un día el Padre entró en la tipografía y, asistiendo a aquel espectáculo agotador, preguntó cuántas copias se tenían que publicar en aquel mes. Luego dijo: "Así no puede seguir". Luego, dirigido a los chicos: "Me gusta – dijo – que trabajéis con mucho compromiso y estáis contentos de trabajar. Esto es una buena señal para vuestro buen éxito. Así ponéis en práctica la ley del trabajo de comer el pan con el sudor de la frente. El trabajo, luego, cuando se hace para cumplir el propio deber requerido por la obediencia, es oración, tanto más agradable a Dios, cuanto más sacrificio conlleva.

"Pero nosotros tenemos que buscar, con la ayuda divina, proveer la tipografía de algún motor para evitar de accionar las máquinas manualmente. Así os quedará más tiempo para el estudio, para otros trabajos y para hacer regularmente vuestras horas establecidas de descanso y recreo".

Una vez salido el Padre de la tipografía, lo seguí hasta su habitación, donde siguió diciéndome: "Se ve claramente que el Señor nos confunde con sus innumerables beneficios. Esta propaganda antoniana, en tan pocos años, tomó un incremento extraordinario. Se ve que la quiso justamente el Señor y

que la escogió como camino seguro de la divina Providencia para solucionar tan generosamente el problema económico de nuestros Institutos. Parece también que escogió el gran Taumaturgo San Antonio de Padua para que sea su *Proveedor*.

"Pero tenemos que mostrar nuestra gratitud al Señor, trabajando en el campo de esta propaganda con verdadero espíritu de fe, creyendo que pertenece a Dios todo lo que de esta propaganda nos viene, y utilizándolo todo escrupulosamente según las finalidades propias del Instituto.

"A través de esta propaganda tenemos, además, que realizar en medio del pueblo una verdadera misión con la buena prensa. La revista, en efecto, y todas las demás publicaciones, como la misma correspondencia, se tienen que empapar de valores morales y sana religiosidad.

"Con esta propaganda tenemos que alimentar aún en los fieles el espíritu de fe y de unión en Dios. A esto tienden las oraciones que se hacen por los devotos de San Antonio, como también por los huerfanitos para implorar gracias o agradecer por las que ya se alcanzaron.

"Finalmente, a través de esta propaganda ofrecemos a los bienhechores un medio eficaz para ayudar a los huérfanos, o sea realizar actos de benevolencia y beneficencia, de misericordia y caridad. Por eso la propaganda antoniana, si se hace debidamente, es también un apostolado".

Luego me dijo: "Ves a buscar al Padre Palma y venid aquí los dos".

Al llegar, el Padre empezó en seguida el discurso: "Hace poco fui a la tipografía, y vi el gran trabajo que todo el mundo hace para accionar manualmente la máquina tipográfica.

Es un trabajo pesado, ahora que la revista alcanzó ya muchas decenas de millares de copias cada mes, y tiende a aumentar cada vez más. Esto conlleva un gran desgaste para el estudio y las demás actividades. Así no se puede seguir. Se tiene que proveer diversamente a través de un motor. En este modo se ahorrará mucha mano de obra. Por eso, Padre Palma, la ruego que se ocupe de ello eficazmente, para que se pueda solucionar lo antes posible. Sé que usted, gracias a Dios y a su buena voluntad, cuando se compromete, tiene éxito en las cosas difíciles. Así como logró en modo genial para el implante de las Secretarías Antonianas que funcionan maravillosamente, con tanta admiración para los que las visitan, así estoy seguro que, con la gracia de Dios, tendrá éxito también en esto.

El Padre Palma se puso en seguida manos a la obra, y después de unos meses las máquinas funcionaban en un primer tiempo gracias a un grupo electrógeno; seguidamente, a través de un motor de combustión interna de mayor portada, hasta que no se adquirió e instaló en Mesina la máquina rotativa. Esta era capaz de imprimir veinte cinco mil copias cada hora cuando funcionaba sólo por la mitad; cincuenta mil cuando trabajaba en pleno ritmo.

En el mismo tiempo, imprimía el periódico, lo cortaba y doblaba con la asistencia de una sola persona.

Cada Casa femenina gestionaba su Secretaría, de la cual enviaba el periódico y las otras publicaciones. Las de Mesina y Oria proveían también al envío de las dos Casas masculinas. La revista Dios y el Prójimo alcanzó un número de cerca de 700 mil copias en su período más próspero.

157. Es algo grave no asegurar nuestros empleados

Cuando fue decidida la ampliación de la Casa de Oria con una nueva fábrica, se tuvo que librar el área en que tenía que levantarse el edificio. Y como el suelo era rocoso, se recurrió al uso de las minas. Un día me di cuenta que el minero, para cargar las minas, se servía de un palo de hierro. Le hice notar que aquel sistema era muy peligroso, porque podía estallar alguna chispa mientras se bajaba la dinamita, con consecuencias desastrosas. Lo tenía que sustituir con un palo duro de madera, que yo mismo le conseguí a través de un carpintero. Pero el minero siguió actuando como antes.

Lamentablemente, no pasó una semana que aconteció lo que yo temía. En la detonación repentina, el trabajador hizo un salto de diez metros y sufrió en todo el cuerpo, y especialmente en la cara, ustiones múltiples y graves, además de muchas escoriaciones.

Fue en seguida llevado a su casa y se llamó el doctor para los primeros cuidados.

Pero el trabajador no estaba asegurado ni el Instituto tenía la licencia para el uso de las minas. Por esto rogamos el doctor de no denunciar el siniestro. El doctor, dada su íntima amistad, se abstuvo, no sin alguna trepidación, temiendo de incurrir él mismo en graves sanciones disciplinares y penales.

El Padre en aquellos días se hallaba en Oria, pero se buscó en todos los modos de no hacerle conocer la desgracia. Pero, después de algunos días él se enteró igualmente.

Me llamó y quiso saber la entidad del accidente. Intenté minimizar y añadí que la culpa había sido del mismo trabajador: había tenido el cuidado de procurarle hasta un palo de madera, pero él no lo había usado para nada, al contrario, se había burlado de mi iniciativa.

Y el Padre: “¿Por qué no me avisasteis de la desgracia?”.

Contesté que no habíamos querido darle disgustos y preocupaciones inútiles, en cuanto el trabajador, lamentablemente, había sufrido un daño y que no le habría podido dar ningún beneficio.

Cortándome casi bruscamente, el Padre dijo: "¿Qué manera de razonar es esta? ¡Vaya caridad! Tú dices que la culpa es suya porque no hizo como le dijiste. Pero, lamentablemente, como fue el asunto, aquel pobrecito está arruinado. Y no como dices tú, sino muy arruinado, como lo supe yo, tanto que fácilmente quedará ciego. Y la responsabilidad es nuestra.

"Supongo que el doctor habrá hecho la denuncia, como es obligatorio en estos casos, y que fácilmente tendremos graves consecuencias.

"No Padre – le contesté – como el médico es un buen amigo nuestro, lo rogamos que no la hiciera, sea porque el trabajador no era asegurado, sea porque no teníamos la licencia de hacer uso de las minas para este trabajo. Para evitar de tener una multa considerable e igual graves penas carcelarias, lo indujimos a no provocar los rigores de la ley".

Y el Padre: "¡Bien! Al revés: ¡mal, muy mal! Así se sigue cubriendo las magañas con subterfugios y engaños. No sé cómo estáis combinados. Actuáis sin criterio y sin conciencia. ¿El Padre Palma sabía que el trabajador no era asegurado y que se usaban las minas sin ser regularmente autorizados?".

"En realidad – le contesté – desde el comienzo de la obra para estas prácticas había sido encargado el trabajador jefe, Paco Carone".

"Y vosotros, en algo tan importante, no averiguasteis si todo estaba en orden. ¡Es increíble! Tenía que acontecer esta grave desgracia para haceros abrir los ojos. Y ahora intentáis reparar el mal a través de engaños sobre engaños. ¡Mal! ¡Mal! El seguro de los trabajadores es algo justísimo. Es una ley de la seguridad social que obliga gravemente sea en fuerza de la justicia conmutativa y distributiva, sea en fuerza de la caridad cristiana y del bien social. El trabajador con su trabajo produce no sólo para sí y para su familia, sino también para la sociedad.

"En caso de siniestro en el trabajo, temporal o permanente, tanto él, como su familia, serán asistidos. Para esto sirve el seguro. Se trata, pues de una ley muy justa, y por eso se tiene que observar por todos. Tanto más tiene que ser observada por nosotros, los religiosos que queremos ser perfectos cristianos. Y todo esto hace falta decirlo no sólo para el seguro sobre los siniestros, sino por cualquier seguro establecido por las leyes. Por cierto, ¿están todos en regla los trabajadores que trabajan con nosotros?".

"Creo que sí – contesté – pero no estoy seguro".

"Pero, es increíble tanta inconciencia – replicó el Padre – Averígualo. Provee en seguida si las cosas no están en regla, y hazme saber todo. Mientras tanto los gastos para los cuidados médicos y para el mantenimiento de la familia, hasta cuando el pobrecillo no podrá retomar su trabajo, están a cargo del Instituto. Y si quedará ofendido o inhábil (¡esperemos que no!) tendrá que ser indemnizado por nosotros por todo no sólo según la ley, sino también más, según la caridad, en todo lo que necesite. Hoy mismo iré a verle".

El Padre me reprochó luego por no haber pedido la autorización acerca del uso de las minas y expresó una reprobación muy seca sobre el acuerdo con el médico para omitir la denuncia del siniestro: "Habéis dado mal ejemplo – dijo – Buena amistad: ¡para evitarnos una justa pena, pusisteis el médico en el peligro de sufrirla él! Era un mal menor inducir el médico a exponer regular denuncia con todas las consecuencias para nosotros, a partir del pago total de los daños a la pena, hasta la cárcel, si hubiese ocurrido".

El mismo día el Padre fue a ver el malherido para darse cuenta de la gravedad del asunto, para consolar también la familia y para asegurarlo que el Instituto pagaría todos los gastos.

El trabajador le dijo: "En realidad la culpa es mía. El Hermano Carmelo me había advertido de hacer en aquel modo, porque era peligroso. Si lo hubiese escuchado, no me hubiera pasado esta desgracia.

"Por ahora no piense – le dijo el Padre – de quién sea o no la culpa. Piense a curarse. Esperemos que San Antonio le haga la gracia de hacerle estar bien. Hace falta rezar mucho por esto al Taumaturgo".

La familia dijo luego que el Padre, antes de marcharse, había dejado mucho dinero.

158. ¡Demasiada gracia, San Antonio!

La edición de la revista *Dios y el Prójimo*, empezada en agosto de 1907, fue siempre cuidada en cada parte por el Padre, hasta – podemos decir – el fin de su vida. En efecto, el número publicado en 1925, en ocasión de la inauguración de la Casa de Roma, fue escrito todo por él.

El Padre Vitale empezó a ayudar al Padre en la edición sólo en los últimos años, a través de la publicación de algún artículo.

Las Hermanas de las Secretarías Antonianas, recogían solamente las gracias obtenidas por intercesión de San Antonio y las enviaban al Padre para hacérselas revisar, corregir y, si hacía falta, publicar, según el deseo explícito de los devotos.

Después de su muerte, la edición de la revista fue tomada por el Padre Vitale, que la siguió tal como la había impostada el Padre, hasta la segunda guerra mundial.

El número había llegado a cerca de 700.000 copias mensuales.

Durante la guerra la revista fue suspendida por fuerza mayor. Seguidamente, pasó a las Hijas del Divino Celo, que, aunque conservándole el título, mudaron la fisionomía. Ciertamente el Padre la dirigió con maestría y con aquel respiro espiritual que le era natural. De hecho, la revista era

acogida y apreciada con entusiasmo por eclesiásticos y laicos. El mismo papa San Pío X, cuando recibió una de las primeras copias, a través del Cardenal Gennari, expresó sus felicitaciones y envió también un donativo diciendo que esperaba una gracia especial por San Antonio, y confiaba que, solicitado por las oraciones de los huérfanos, se la obtendría por Dios.

Muchas personas sea de Italia que del exterior no sólo pedían y leían con mucho gusto la revista, sino que hacían colección de ella, aunque fuera bastante modesta la veste tipográfica.

Asombraba cómo el Padre, solo, consiguiera dirigir, y tan egregiamente, la edición de la revista, como también del librito *El Secreto Milagroso*, a pesar de su trabajo intenso para los dos Institutos; y siempre sin nada quitar al largo tiempo que dedicaba diariamente a la meditación, a las oraciones vocales y a sus demás devociones particulares.

Un día en Oria fui a verle a su habitación para llevarle la correspondencia dirigida a él. Lo hallé que estaba revisando, para la publicación en el periódico, las gracias concedidas por intercesión de San Antonio, enviadas por los devotos a nuestras Secretarías.

De un montón de cartas, tomó dos y me las dio diciéndome: "Léelas: ¡son una obra de arte!".

En el sobre había la anotación de la secretaría: *Portento*, con tres puntos exclamativos. En el otro sobre: *Milagro asombroso*.

Leo la primera y entre otras cosas aprovecho el siguiente relato: "Escribo por encargo de una amiga íntima mía que, después de haber esperado ansiosamente su primera criatura, tuvo el disgusto de dar a luz un pequeño monstruo sin rasgos humanos. Entonces toda la familia, inmersa en un indecible dolor, con la más viva fe se dirigió al gran Taumaturgo de Padua, rogándolo que se dignara de darle rasgos humanos, a aquel infelicísimo recién nacido, o de hacerlo morir. Y, oh, portento, ¡después de dos días murió! Se ruega de querer publicar este portento en el periódico Dios y el Prójimo".

En este punto, no conseguí aguantar la risa. "En realidad hay para reír – dijo el Padre – para no decir que hay para llorar, delante de tan grande ignorancia. Qué gran portento es jamás esto: ¡hacer morir! Para morir no creo que se necesite la intervención de San Antonio. Hay la ley natural que piensa en ello.

"Hubiésemos admirado un portento si San Antonio hubiera obtenido por el Señor que el recién nacido hubiese adquirido regularmente todos los rasgos humanos. Entonces sí que habría sido bonito publicar un evento parecido".

La segunda carta era de otra señora que escribía: "Una hija mía de 10 años de repente había caído enferma por una neumonía bilateral: fiebre altísima con 40º, tos seca, falta de aliento. A pesar de todas las terapias, después de cuatro días el caso parecía desesperado. La niña estaba acabando

con su vida. Prometí el donativo a los huerfanitos, a los que hice un telegrama para que rogaran por mí al gran Taumaturgo de Padua. La enferma, lamentablemente, llevaba tres días en coma: ya no daba esperanza de vida. Pero he aquí que, casi repentinamente, la temperatura bajó rápidamente a menos de 36º. En pocas horas, se puede decir, la niña había sido curada completamente. Empezó a comer con apetito, y hoy, después de cinco días, gracias a San Antonio y a las oraciones de los huerfanitos, dejó la cama, totalmente curada. Envío el donativo prometido a los huerfanitos, con la petición que hagan agradecer el Santo Taumaturgo por el asombroso milagro que me hizo, y de hacerlo publicar en la revista".

Después de leer la carta, el Padre me dijo: "Esta curación repentina haría pensar en una intervención sobrenatural, y así podría también ser realmente. Pero como la enfermedad descrita a menudo se soluciona por crisis, en el sentido que el paciente pasa rápidamente al estado de curación o al de empeoramiento, se tiene que decir que también en este caso no se trata de gracia y mucho menos de un milagro asombroso. En efecto, puede ser perfectamente una evolución natural de la enfermedad.

"Para que el milagro se pueda definir así, hace falta que haya una intervención extraordinaria de Dios, en el mundo visible, fuera del orden de toda la naturaleza creada. Tiene, además, que ser examinado y autorizado por la autoridad eclesiástica.

"Cuando se trata de juicios particulares sobre las gracias o bien los milagros, es bueno ser más bien optimistas. En efecto, siempre puede haber, directa o indirectamente, la intervención de la divina Providencia, en el orden natural o sobrenatural.

"Sin embargo, si se trata de manifestaciones externas, es bueno ser muy rigurosos. Mostrarse fáciles en creer en estos milagros, ordinariamente hace más mal que bien, en particular en personas no maduras espiritualmente. Sobre estos fenómenos hace falta muy circunspectos y prudentes, especialmente cuando se trata de hacerlos conocer en alguna publicación que cae en las manos de lectores de diferente mentalidad". +

Repliqué: "Por cierto, no sé si se acuerda de aquel sacerdote, Padre Antolitano, que frecuentaba a menudo nuestro Instituto antes del terremoto. Hace unos años lo encontré en la estación de Taranto. Tiene siempre mucho entusiasmo y gratitud hacia nuestro Instituto. Me dijo que recibía puntualmente nuestra revista y que lo leía con mucho gusto porque bonito, fácil e interesante. Sobre ello, sin embargo, hacía tres observaciones.

"La primera era que tal vez la revista publicaba gracias concedidas por San Antonio, que se ofrecen a la crítica.

"La segunda que el montón de todas aquellas gracias atribuidas a San Antonio, fácilmente puede llevar a disminuir la devoción para con el Señor.

La tercera observación era que habría deseado para la revista un estilo un poco más elevado. Tanto, añadía, sé que el Canónigo Di Francia, si quiere, lo puede hacer".

Me contestó el Padre: "Ciertamente, como ya te dije, sobre la publicación de las gracias, hace falta ser muy circunspectos y prudentes. Entre las cosas asombrosas, en efecto, o sea creídas milagros o gracias, hay algunas que seguramente no son milagros de verdad, sino juegos de imaginación con que el hombre es engañado, tanto que ve lo que no es. Otros, en cambio, son hechos reales, pero no tienen naturaleza de milagros, porque son realizados a través de la virtud de causas naturales. La sencillez en este campo desacredita la religión.

"Está claro que no podemos pretender que seamos exentos de la crítica, también irracional que, lamentablemente, hay y siempre habrá. El milagro, en efecto, no se fundamenta tanto en la razón, cuanto en la fe. Así, al que no cree en la existencia de Dios, es inútil hablar de milagros.

"Sobre las gracias que se atribuyen a San Antonio y a la devoción hacia este Santo, pienso que, si se consideran bien las cosas, no sólo ellas no disminuyen para nada la adoración al Señor, al revés, la favorecen y la acrecientan. El poder de hacer milagros, en efecto, lo tiene solamente Dios, que lo comunica a ciertos hombres distinguidos por santidad, cuando quiere y como quiere, según su beneplácito, para manifestar y confirmar su poder para mayor bien de los creyentes. Los santos haciendo milagros no son nada más que dóciles instrumentos en las manos de Dios. El mismo nuestro Señor, cuando aún estaba en la tierra, enviando los Apóstoles para predicar el Evangelio, les dio el poder de hacer milagros para que pudieran confirmar su palabra. Por eso la devoción a San Antonio y los milagros actuados por medio de él, no sólo no disminuyen, sino que sirven para aumentar la gloria de Dios.

"Luego, acerca del nivel estilístico de la revista, digo que, escribiendo en ella, nunca tuve el objetivo, ni de lejos, de dar un tono literario a mis artículos. Al revés, procuré siempre, como mejor pude, hacerme comprender por todo el mundo. Y esto:

"1º Para el bien de las almas. Las buenas lecturas, en efecto, son alimento espiritual. Y con la prensa se puede hacer un verdadero apostolado entre el pueblo.

"2º Para la difusión de la oración para obtener los buenos trabajadores a la Santa Iglesia y también a nuestro Instituto, especialmente a través de la Sagrada Alianza y de la Unión Piadosa de la Rogación Evangélica.

"3º Para la difusión de la devoción de San Antonio, que es un gran medio para atraer las almas a Dios y enviar la providencia para el mantenimiento material de nuestros Institutos.

"4º Para el conocimiento y la difusión de esta Obra nuestra de caridad en favor de los huérfanos y niños derelictos. Las obras de caridad mantenidas por religiosos, prácticamente son medios eficaces para solicitar actos de caridad en el pueblo y atraer así a la fe también los poco creyentes.

"El estilo de nuestras publicaciones antonianas tendrá que ser muy plano, para que sea entendido por todos, tanto más que ellas son leídas por personas sencillas, que son la gran mayoría del pueblo. Dicen que don Bosco, antes de publicar las *Lecturas Católicas*, las hiciera oír a Mamá Margarita que era iliterata, para ver si las entendía".

159. La madre del aspirante Umberto Mario Bellini

De Minervino Murge escribía a nuestra Casa de Oria una cierta señora, viuda Bellini. Decía que un hijo suyo quería consagrarse al Señor, y ella con gusto daba su consentimiento: más bien era tanto feliz por ello.

Envió también unos documentos con el certificado del párroco.

A este se pidieron informaciones secretas sobre el jovencito y la familia de él y, una vez conseguidas, se escribió que podía venir, llevando lo que quedaba de los documentos y el ajuar requerido.

Lo acompañó la misma madre.

Pero, cuando lo vi quedé decepcionado. Era muy pequeño, bajito de estatura y con una gran cicatriz en el cuello y en la cara, causada por una quemadura que tuvo de niño.

Mi impresión fue tal que, con buenas maneras, hice entender a la mamá de no estar dispuesto a aceptarlo.

La pobrecilla quedó muy mal y, desconsolada se secaba las lágrimas exclamando: "¡Recé mucho al Señor que al menos a uno de mis dos niños le concediera la gracia de la vocación! ¡No le digo cuánto había quedado contenta cuando mi pequeño Mario espontáneamente me había expresado el deseo de hacerse sacerdote, y justamente en este Instituto, de que había oído hablar tan bien!".

La mujer daba la impresión de una bondad excepcional y hablaba con tal espíritu de fe que yo quedaba confundido. También el chico se había puesto a llorar y decía: "¡Yo quiero hacerme sacerdote, quiero quedarme aquí!".

A pesar de todo esto, permanecía siempre con mi parecer negativo. Pero, tras sus insistencias, decidí presentar el asunto al P. Palma, que regresaría en las horas de la tarde.

Cuando regresó, en efecto, lo informé de todo y también de mi orientación negativa. Él contestó que la motivación que le llevaba para no aceptarlo no le parecía razonable, a menos que el chicho no se presentara con una estatura realmente liliputiense, y la cicatriz no fuera tal que perjudicara gravemente el aspecto exterior. Hacía falta, en cambio, ira a la nuez de la vocación del candidato, o sea a sus buenas disposiciones y luego, también, relativamente, a la bondad de la familia. Bajó, pues al recibidor para darse cuenta personalmente del asunto.

Ya en primera vista y luego en el coloquio que siguió, llevó una óptima impresión del jovencito y de la mamá, que definió una santa mujer. En cuanto al defecto físico, él no tuvo la misma impresión que tuve yo. Me mandó a llamar y me dijo: "No pienso que la cicatriz del candidato comprometa su aceptación. Yo tuve una óptima impresión de él. Recibe, pues los documentos y el ajuar, y haz preparar el sitio para el chico".

Yo, bastante picado, contesté: "¡Sí, así en el aspirantado hacemos la guardería!". Y el Padre Palma: "Sería óptimo. Nuestro Señor quiere en modo especial a los pequeños. De hecho, dijo: 'Dejad que los pequeños vengan a mí'. Y quiso ir a comer a la casa del *minúsculo Zaqueo*".

Así pues, antes de conducir el jovencito en medio de los demás aspirantes, le hice poner al cuello un pañuelo para cubrir la cicatriz.

Cuando el Padre vino a Oria, no se le escapó el pequeño Mario con aquella gran cicatriz en la cara.

Un día lo llamó delante de mí y del Padre Palma, lo observó cuidadosamente, le preguntó el origen de la señal y si le molestara. Habiendo respuesta completamente negativa, le acarició y lo envió nuevamente a sus juegos, diciéndole: "Sé bueno y muy devoto de la Virgen, de la que llevas el dulcísimo nombre".

Luego, dirigido a nosotros, dijo: "Parece un querido pequeño, muy bueno e inteligente". Y el Padre Palma, de rebote: "También su mamá es tan buena. Es una santa mujer. Dice que rezó mucho para la vocación de este hijo suyo, por lo cual tengo confianza que saldrá bien". Y comentó al Padre que yo no lo quería aceptar por su baja estatura y por la cicatriz que tenía. Y también dijo al Padre que, aceptándolo, había dicho: "Así convertiremos el aspirantado en guardería".

Y el Padre, dirigido a mí, aclaró: "El defecto físico no me parece que sea tal que no lo podamos aceptar. ¿Acaso quieres medir la vocación con el metro del aspecto exterior? En los jovencitos que aspiran a consagrarse al Señor, hace falta sobre todo buscar las buenas disposiciones, el germen de la vocación, la recta intención por cuanto lo conlleva la edad. Hay muchos hombres sumos, tantos santos que tenían una estatura minúscula y un aspecto defectuoso.

"Cuando nos encontramos a tener que discernir y juzgar una vocación, es un momento de extrema delicadeza. Nos asumimos una responsabilidad sea admitiendo sea rechazando un candidato. Hace falta prepararlo, pues, siempre con mucha oración, porque el Señor nos dé sus santas luces y, antes de la aceptación, intentar darse cuenta, en lo posible, de los requisitos indispensables para la vida religiosa y siempre con relación a la edad.

"Para la admisión de un aspirante, es suficiente que tenga buena salud, buenas disposiciones, recta intención y un germen de vocación. Y en esto es preferible ser más optimistas que pesimistas, porque, para eliminar los defectos, después habrá siempre tiempo.

"El marco de la familia, de la que el aspirante viene, ofrece también ordinariamente una cierta garantía de vocación, como parece el caso de este pequeño aspirante que tú no querías aceptar.

"¿No te das cuenta que, haciendo así, te puedes hacer gravemente culpable ante Dios y a la Congregación, haciendo perder las vocaciones?".

El pequeño Mario, para mi confusión, pero también con mucho gusto mío, salió realmente bien bajo todos los aspectos, o sea por virtud, por ciencia y, especialmente por espíritu sacerdotal y como religioso rogacionista.

Recuerdo cuando el muy querido Padre Mario Bellini se ordenó sacerdote en la Catedral de Mesina y vino a nuestro Instituto de Cristo Rey, donde lo esperaba su mamá. Llorando de conmoción, lo besó en la tonsura diciéndole: "¡Eres sacerdote, hijo de mi oración!".

Luego añadió: "Desde cuando mi Mario entró en el Instituto de Oria hasta hoy, siempre, en todos los sábados, dejé de comer fruta y a menudo ayuné, para el buen éxito de este hijo mío muy querido; y ahora espero, con la ayuda divina, de seguir haciendo lo mismo para agradecer antes de todo al Señor por esta inestimable gracia, y para obtener su santificación".

160. Un agotamiento causado por un miedo repentino

Una tarde me había apresurado a cenar antes que los demás y cogí la ocasión para una pequeña visita en la Iglesia a Jesús Sacramentado.

En aquellos tiempos en Oria teníamos este uso: entrando y saliendo de la Iglesia, si no había nadie, besábamos el suelo.

Aquella tarde, justamente mientras, doblado, estaba besando el suelo, oí un estruendo repentino: unos candeleros del altar caían al suelo junto con muchos ramos de flores, mientras contemporáneamente me sentía pasar en el cuello y en la cabeza un animal con peludo, que me arañó todo.

En la luz débil de la lámpara, no pude distinguir bien, pero vi algo caer un poco lejos, maullando lamentosamente.

Era un gato que estaba agachado en el trono del altar, y que se había asustado viéndome doblar al suelo.

Pero más que él me asusté yo. Fue tanto el miedo que quedé durante un tiempo como paralizado. En efecto, sólo después me di cuenta que había sido un gato, cuando lo oí maullar fuertemente en búsqueda de salidas de la Iglesia.

Mi trauma duró mucho tiempo, y durante unos días estaba como aturdido. Hasta había perdido el apetito y, durante muchas noches no conseguí dormir. Iba andando como un autómata, y reaccionaba violentamente en cualquier contradicción. ¡Me había vuelto insoportable!

Seguramente hubo alguien que habló de ello al Padre que, en seguida, con una excusa, me llamó a Mesina[46] .

Me preguntó cómo estaba y qué me había acontecido. Después de escucharme, me dijo que tenía que hacerme ver por el médico y, al menos por un mes, estar lejos de Oria y seguir todas las terapias médicas. Habría, además que ayudarme alimentándome y durmiendo, sin preocuparme de nada.

Además, me dijo: "Puedes ir dónde quieras, exceptuado Oria. Un poco aquí, un poco en Taormina, o en San Pier Niceto, o en Galati. Es bueno, más bien, que vayas a Galati, donde puedes estar todo el tiempo que quieras. El aire de tu pueblo y los cuidados de la mamá te harán bien".

Quedé aún unos días en Mesina, durante los cuales el Padre se daba cuenta personalmente de mi estado de salud y de las terapias que seguía.

Luego fui a Galati, donde quedé unos cuatro días. Al regresar, el Padre me dijo: "¿Por qué volviste tan pronto?". "Padre – contesté – ya estoy bien. Como y duermo regularmente".

No pasaron ni quince días. Viendo el Padre que estaba mejor y que en Oria hacía mucha falta de personas también porque el Padre Palma había tenido que ausentarse, después de haberme encomendado cómo tenía que seguir cuidándome, me dejó salir. Me rogó de no hacer pasar ocho días sin informarlo sobre las condiciones de mi salud.

Escribió también una carta al Padre Palma diciéndole que no me tuviese demasiado ocupado para la comunidad y de tener particular cuidado por mi salud.

[46] De esta especie de agotamiento "por espanto" se habla en el c.188.

161. Los sacrificios heroicos de las Cohermanas para los Rogacionistas

Durante mucho tiempo la Casa masculina de Oria, por falta de personal, recurrió a las Hijas del Divino Celo. Estas, con verdadero y heroico sacrificio, se cuidaban de la gestión de la Secretaría Antoniana de la Casa masculina y también del suministro de los alimentos, con relativa preparación en la cocina. Ellas mismas se encargaban de la limpieza y preparaban la ropa.

Además, todos los días las hermanas, de San Benito iban a San Pascual para trabajar en la huerta: labraban, plantaban, recogían, y con la ganancia ayudaban las Comunidades de los dos Institutos a vivir. Para esta finalidad se encargaban también de los animales.

El Padre admiraba los muchos sacrificios de las hermanas, y quería que fuéramos agradecidos con ellas. Además, esta fraterna colaboración no dio nunca ocasión a ningún mínimo inconveniente.

Pero, cuando vino a Oria el Padre Vitale, empezó a no ver bien la presencia de las hermanas en San Pascual porque temía que los jóvenes y los religiosos se pudieran encontrar con ellas. No podía aguantar el trabajo que las hermanas hacían en la huerta, ni su asistencia doméstica en la Casa.

Esta convicción suya, que venía de su manera de pensar, era fuertemente alimentada también por unos jóvenes religiosos nuestros. Ellos, faltos de experiencia, impulsados por falso celo y preconceptos, le llenaban la cabeza y le hacían entrever fantasmas peligrosos.

En ello fui involucrado yo también, por lo cual, como diré, el Padre me llamó fuertemente la atención.

Fue así que el Padre Vitale, por dos veces, indujo el Padre a alejar las hermanas del Instituto masculino. Las dos veces, sin embargo, a pesar de la resistencia del Padre Vitale, tuvo que llamarlas nuevamente para que hicieran de Marta en el Instituto de San Pascual.

En este asunto el Padre se mostró enérgico y resoluto, sugiriendo al Padre Vitale de no dar peso a los chismes que circulaban, porque eran efecto de sugestiones y prevenciones de los jóvenes, que no caían en la cuenta de los grandes y necesarios sacrificios de las hermanas para la vida de la Casa masculina.

Recuerdo luego que me llamó una vez y me dijo: “No entiendo cómo tú también te dejaste influenciar por estos jóvenes. Dime: ¿Qué notaste indecoroso en la ayuda que las hermanas con tanto sacrificio dan a la Casa masculina? ¿Qué es lo que viste? ¿Qué hicieron mal, las hermanas?

“¡No sé cómo razonáis! Más veces me hablasteis de los sacrificios que ellas hacen para esta Casa, y que, si no hubiese sido por ellas, muchas cosas, por falta de personal, no se habrían podido hacer. Ahora, de repente, las hermanas aquí serían inútiles, no queridas e consideradas insoportables.

"¡Cuando se fueron, os pareció de cantar victoria! Os alimentaron, os vistieron y limpiaron, ¡y ahora parece que su nombre sea aborrecido por vosotros! ¡Todo esto es verdadera ingratitud, es una sugestión diabólica!

"Es justo y es bueno, que todo lo que se puede hacer por nosotros, se haga sin involucrar las hermanas; como también, todo lo que las hermanas pueden hacer, es justo que ellas mismas lo hagan, sin la injerencia del personal masculino. Pero, siempre con las debidas cautelas, cuando se prevé un mayor bien por la mutua ayuda entre los dos Institutos, no veo por qué se tendría que rechazar la colaboración.

"En efecto, parece que sea una normal exigencia de los Institutos masculinos y femeninos que ordinariamente nacen juntos como de un parto gemelar, la de ayudarse mutuamente".

Siempre sobre este asunto, he aquí una graciosa salida del Padre. Un día me hallaba junto con el Padre y el Padre Palma en nuestro terreno de Oria, en la colina llamada Monte San Ángel, donde la mirada enmarcaba el bonito panorama del pueblo, con la catedral, el castillo medieval y el Monasterio de San Benito, sede de nuestras hermanas.

El Padre Palma, dirigido al Padre, dijo: "¡Qué bonito es este puesto con esta magnífica mirada y este aire puro! Oh, ¡si estuviera aquí nuestro Instituto!". Y el Padre, en seguida: "Pero, ¿qué dice, Padre Palma? ¡Jamás lo sea! ¡Ciertamente el Padre Vitale nos haría la propuesta de cerrarlo, porque de aquí se ve San Benito, donde están nuestras hermanas, o al menos haría cerrar todas las ventanas que se ven desde aquí!".

De esta salida se puede entender cómo el Padre creyera exagerado el temor del Padre Vitale sobre la ayuda de las hermanas a la comunidad masculina.

"No parece verdad – decía – cómo el Padre Vitale sea tomado por el temor de las hermanas. Aunque sea muy dócil a mis disposiciones, sobre este punto se muestra obstinado, tanto que, para hacer volver las hermanas a San Pascual, tuve que actuar de autoridad".

Esta resistencia del Padre Vitale no se explica por alguna aversión hacia las hermanas, que él, en cambio, tenía en gran estimación y veneración. Llegaba, más bien, de la demasiada delicadeza de conciencia por su parte, mientras por el otro lado, en aquel tiempo, era poco en uso la asistencia doméstica de hermanas en las Comunidades masculinas, y él no había tenido todavía ninguna experiencia práctica de las exigencias de la vida de Comunidad, habiendo vivido hasta entonces en familia.

Después se dio cuenta de haber sido exagerado, y él también, en el momento de la necesidad, recurrió a la ayuda de las hermanas para las Comunidades masculinas.

162. Soldado en Palermo con una recomendación para el Padre Mistretta

Mientras hacía el soldado en Palermo, el Padre vino a verme y me dijo que habría vuelto para hacer visitar al Hermano Mauro,[47] hermano mío, que estaba muy mal, por un especialista de fama internacional.

En efecto, volvió después de unos veinte días.

El éxito de la visita fue que por el Hermano no había nada para esperar.

Aquella misma noche dije al Padre que había sido trasladado a Acireale, para dar mi servicio en aquel hospital.

Oyendo esto, el Padre me contestó: "Es bueno, pues, que el Hermano Mauro vaya contigo hasta Acireale, de donde seguirá para Mesina. Así tendréis tiempo para estar un poco juntos. En cambio, yo voy directamente por la otra línea, porque tengo que pararme unos días en Patti".

Habiendo luego sabido que el hospital de Acireale ocupaba una parte del gran Colegio Pennisi de los Jesuitas, me dijo: "Allá tiene que haber también un óptimo amigo mío, tal Padre Mistretta. Nos conocimos hace años. Cuando me pudo hacer algún favor se ofreció siempre con gusto. Es muy bueno: un Jesuita muy apreciado. Te haré un billete de presentación y de recomendación. Él te podrá ayudar sea en la parte espiritual, sea en todas tus demás necesidades.

"Mientras tanto, te encomiendo no dejar la oración y, por lo que te es posible, ni las prácticas de piedad. Ciertamente allá te será más fácil poder escuchar la Santa Misa cada día y frecuentar los Sacramentos. Procura tener un padre espiritual estable. Con tantos Jesuitas que están, creo que lo conseguirás muy fácilmente.

"Estoy seguro que en el hospital, en contacto directo con los enfermos, tendrás para ellos todos los cuidados posibles, no sólo para realizar tu deber militar, sino mucho más como deber religioso. Podrás hacer mucho bien sea materialmente, cuidando bien la salud de los soldados enfermos, sea espiritualmente, cuidando la salud del alma.

"Como ejemplo de amor hacia el prójimo, nuestro Señor llevó lo que el samaritano hizo hacia el pobre infeliz que yacía herido en el lado del camino. Al Señor le gusta lo que se hace a los enfermos, tanto que lo cree hecho como a él mismo.

"Para demostrar mejor esta verdad, no pocas veces el Señor mismo se manifestó visiblemente en las personas enfermas. Por eso te encomiendo tener para ellas el máximo cuidado".

[47] Cf. c. 90. Esta visita del Padre en Palermo remonta a 1916.

Llegado en Acireale, me fue muy fácil llevar el billete del Padre al Padre Mistretta, porque, como dije, el hospital funcionaba en una parte de la grandiosa fábrica de los Jesuitas, mientras que la otra parte seguía funcionando como colegio sea para internos sea para externos.

En cuanto le presenté el billete, exclamó con un sentido de alegría: "Oh, ¡el muy querido *Padre Francia*! ¡Hace mucho tiempo que no lo veo, aquel santo hombre, aquel héroe de la caridad! Lo conozco muy bien. Por su inmensa fe y caridad pudo llevar adelante las Obras fundadas por él. Lo sé yo que, de alguna manera, en Mesina lo seguí durante muchos años.

"Me da mucho gusto que tú perteneces a su Instituto, cuya finalidad es óptima bajo todos los puntos de vista, sea por la oración continua que se eleva en el Instituto para obtener por el Señor buenos sacerdotes para la Iglesia, sea por la obra de caridad hacia los huérfanos y pobres necesitados".

Y siguió diciéndome: "Cuando tengas necesidad de alguna cosa, en todo lo que puedo, estaré a tu disposición. Yo voy a menudo al hospital. Con el director y con los demás oficiales llevo buenas relaciones. Tú, cuando lo necesites, o me llamas por teléfono, o puedes ir a buscarme en el colegio. Para la Misa puedes bajar a nuestra Capilla. La celebración empieza a las 5,30.

"Es bueno ir a homenajear a S. E. Monseñor Obispo. Es muy bueno, y cuida mucho a que sea los sacerdotes, sea los religiosos en servicio en este hospital, se hagan ver por él y se mantengan en buenas relaciones. Es mejor ir a verlo al Seminario, donde uno tiene más satisfacción".

Le dije: "¿Cómo tengo que presentarme?". "No hace falta presentación – me contestó –. El Obispo es muy democrático y afable. Recibe a todos. De todos modos, ahora llamo yo al Rector del Seminario, diciéndole que, en cuanto te sea posible, irás a homenajear a Su Excelencia".

163. Con Mons. Arístides Obispo de Acireale

Después de pocos días que había sido trasladado de Palermo a Acireale (Catania) para servir en aquel hospital militar, fui recibido por S. E. Monseñor Arístides, el Obispo de la ciudad.

En cuanto oyó que pertenecía al Instituto del Canónigo A. M. Di Francia, me dijo: "Estoy muy contento. Tuve el gusto de conocer personalmente tu fundador. Antes había oído hablar de él como de un sacerdote lleno de bondad y santidad excepcional; hombre todo de Dios, devorado por el celo de la gloria de Dios y el bien de las almas; en modo particular ferviente apóstol de la oración para obtener santas vocaciones a la Iglesia y operador de caridad. Tenía mucho deseo de encontrarle. Finalmente, hace muchos años, vino a verme para invitarme a inscribirme a la Sagrada Alianza con la celebración de al menos una Misa en el año y con unirme a las oraciones que se hacen en sus Institutos.

"Me habló con mucha competencia y mucho fervor de la excelencia, utilidad y necesidad de la oración para obtener los buenos Trabajadores, que yo, tengo que confesar, quedé confundido, no habiendo nunca reflexionado tanto. Y por eso no sólo adherí con gusto a la Sagrada Alianza, más bien lo rogué de establecer él mismo el día en que podría juntar los sacerdotes de la Diócesis, para que él hubiese podido tenerles una charla sobre esta oración, explicando la piadosa unión sacerdotal.

"Lo rogué también que llevara otras publicaciones y otras oraciones, para que pudiera introducir el rezo en la Diócesis y en el Seminario.

"Se estableció un día y él vino puntualmente, y habló a los sacerdotes con tanto celo y con tal eficacia que unos cuantos dijeron: 'Para nosotros mismos es casi una revelación'.

"Una buena parte de sacerdotes se inscribieron a la Sagrada Alianza en aquel mismo día.

"Habló también de la Unión Piadosa, aquella llamada de la Rogación Evangélica, para todos los fieles, para que, especialmente los párrocos, la introdujeran y la cultivaran en las comunidades locales".

Luego dijo: "Este joven es un religioso que pertenece al Instituto del Canónigo A. M. Di Francia de Mesina. Cuando viene al Seminario trátese como uno de los nuestros. Creo que dará buen ejemplo a los clérigos. Si se obligó, en efecto a rezar para que el Señor envíe buenas vocaciones, creo que se tenga que sentirse mayormente comprometido para conservar y desarrollar las vocaciones que ya se hallan en el Seminario".

Me asignaron un lugar en el estudio de la sección de los mayores, con los que, ordinariamente, iba también de paseo.

Hizo falta poco para conocer cuán bueno, piadoso y celoso fuera el Obispo, y como de verdad era tan democrático y sencillo, así como me habían dicho.

Quitado el tiempo que pasaba en el Palacio Obispal para las audiencias necesarias, el tiempo que quedaba, cuando estaba en su sede, lo pasaba en el Seminario. Le gustaba estar siempre a disposición de los clérigos. Comía junto con ellos, en el mismo comedor.

El clero en aquel tiempo era de veras ejemplar bajo todo aspecto. El Seminario era el lugar ideal para la formación clerical, espiritual y cultural.

De nuestro Padre todos los jóvenes tenían una idea muy alta. Lo consideraban de verdad un hombre de Dios y del prójimo. Sacerdotes y clérigos con gusto oían hablar de él y de nuestro Instituto.

Recuerdo que ningún sacerdote, invitado por mí a inscribirse a la Sagrada Alianza, lo rechazó. Casi todos los seminaristas y muchos otros aún

adhirieron a la Unión Piadosa. Los seminaristas, además, prometían que, ordenados sacerdotes, se inscribirían a la Sagrada Alianza.

Cada domingo todos los teólogos, en número muy importante, iban en las diversas parroquias e iglesias de la ciudad y de la periferia, para hacer catequesis. Yo también iba con el encargado de la sección de los mayores, tal Ángel Calabretta, tan bueno que ya había terminado los estudios y no se podía ordenar por falta de edad.

Algunos de estos clérigos que iban para la catequesis, unas cuantas veces me llevaron unos listados de inscritos a la Unión Piadosa.

Con el clérigo Calabretta éramos muy buenos amigos. Era muy bueno e inteligente. Ordenado sacerdote, como me había prometido, se inscribió a la Sagrada Alianza.

Luego fue nombrado Rector del mismo seminario de Acireale.

Antes que se ordenara sacerdote, yo me había marchado de Acireale, para ir al frente. Cuando Calabretta supo que un tal Drago había caído en el campo de batalla, creyó que fuera yo. En cambio, era mi hermano: el Hermano Mansueto. Se preocupó en seguida de ofrecer en sufragio de mi alma una de sus primeras misas, como luego me dijo él mismo. Conoció la equivocación sólo en 1933, cuando un nuestro antiguo alumno entró en aquel Seminario, en que era Rector.

Seguidamente, Calabretta fue consagrado Obispo y destinado a la Diócesis de Noto. También de Obispo me conservó siempre su antigua amistad.

164. En el Hospital de Acireale

Después de un cierto tiempo que me hallaba en Acireale para servir en la milicia en aquel hospital militar, tuve que acompañar un enfermo al hospital de Mesina.

En aquella ocasión tuve dos días de licencia.

En Mesina encontré al Padre, que se mostró muy afable y premuroso. Me preguntó cómo me hallaba en el hospital. Le contesté que bien, sea por la parte espiritual, como tenía todas las posibilidades de cumplir mis prácticas de piedad, sea por la parte material, no faltándome nada. Le dije que la vida del hospital me gustaba porque se podía hacer mucho bien a los cuerpos y a las almas de los pobres soldados enfermos, que necesitaban mucho, especialmente porque allí no había hermanas, y todo era confiado a los militares.

Le hablé de la acogida que me hizo el Padre Mistretta, después de haber leído su billete de presentación y recomendación; u como se había puesto a

mi disposición por cualquier cosa me pudiera ser útil. El Padre asintió: "Este Jesuita es muy bueno. Y es también muy poderoso. Cuando me pudo ayudar, me ayudó con mucho gusto, especialmente en los primeros tiempos de la fundación".

Hablé al Padre que, por consejo del Padre Mistretta, me había presentado al Obispo Monseñor Arístides, que, al saber que pertenecía a nuestro Instituto, me había acogido paternalmente, entusiasta de nuestra misión con las finalidades altamente religiosas y asistenciales: como ninguna otra finalidad más bella y eficaz no puede haber para el Reino de Dios, como el de la oración para obtener los buenos sacerdotes para la Santa Iglesia.

Conté aún cómo el Obispo me había dicho que lo conocía y que recordaba aún el entusiasmo de aquella charla que el Padre había hecho a los sacerdotes de su Diócesis, sobre la oración para obtener los buenos Trabajadores, la Sagrada Alianza, la Unión Piadosa y los benéficos efectos que habían sido conseguidos.

Y el Padre me dijo: "Uno de los milagros más asombrosos que la divina Providencia actúa con nuestros Institutos, es el de no hacer ver a los demás nuestras miserias. ¿Qué somos nosotros? Nada. ¿Qué es nuestra Congregación? Apenas un germen que brota en la Santa Iglesia. Algo muy pequeño entre las muchas gloriosas instituciones que existen en todo el mundo. Apenas pocos religiosos que todavía necesitan organización y estabilidad.

"Sin embargo, por su fin de obtener los buenos Trabajadores para la Santa Iglesia, aparece a los ojos de los demás como algo preciosísimo.

"¿Qué son los pocos huérfanos que recogimos, y que todavía necesitan organización? Sin embargo, el nombre de los Orfelinatos Antonianos es ya muy conocido".

Dije también al Padre que me quedaba mucho tiempo libre y que ordinariamente lo pasaba en el Seminario, donde me trataban como uno de los seminaristas y tenía todas las comodidades para leer y estudiar. También la biblioteca era a mi disposición. Los domingos iba yo también con los seminaristas a dar catequesis, y ellos con gran celo me ayudaban a difundir la Sagrada Alianza y la Unión Piadosa de la Rogación Evangélica. Presenté al Padre el listado de un buen número de sacerdotes inscritos a la Sagrada Alianza y otros listados de fieles que habían adherido a la Unión Piadosa en diversas parroquias y también en los hospitales.

El Padre observó: "Cuando uno quiere trabajar, lo puede hacer para la Congregación y las almas por doquier, sea con el buen ejemplo sea con la obra. La Sagrada Alianza y la Unión Piadosa, si se cultivan como conviene, son dos medios muy eficaces para propagar en el clero y entre los fieles el *divino Mandato* de Jesús. Hace falta buscar de mantener siempre vivas en la

Congregación estas dos bonitas instituciones y propagarlas lo más posible. Para esto, de veras el Hermano José es muy celoso".

Retomando luego el discurso sobre la ayuda que me había dado el Padre Mistretta, dije al Padre que entre otras cosas me había librado de 15 días de prisión rigurosa y de 30 de simple castigo. Es el máximo que se da bajo las armas, y luego uno acaba delante del tribunal militar.

El Padre me preguntó qué había pasado. "Bueno – contesté – he aquí lo que aconteció: una mañana, mientras estaba de guardia, se presentó en el hospital un militar con la base del ingreso en que había un diagnóstico muy sibilino. Llamé al oficial de guardia y le leí el diagnóstico. Él me dijo de recibirlo y de asignarle una cama en medicina, donde estaba yo de servicio.

Antes de la revisión médica general le puse el termómetro como a todos los demás. El termómetro marcó más de 39 grados. Y así lo escribí en la pizarra. Pero, ¿qué fiebre? Aquel estafador había solamente frotado el termómetro bajo las mantas…

Mientras tanto, el director del hospital, tal coronel Natale, recibió una carta anónima, en que se decía que dicho soldado no era enfermo para nada, sino que se había puesto de acuerdo con los enfermeros del hospital. Les había pasado mucho dinero, obteniendo en cambio de pasar por enfermo, para quedar en el hospital y no salir para la zona de guerra.

Después de una media hora el coronel, furioso, se abalanzó en la sala y visitó cuidadosamente el soldado incriminado. No hallando nada de nada, lo hizo levantar de la cama, le hizo quitar la camisa, y él mismo le puso el termómetro que, naturalmente, no marcó un décimo de fiebre.

Dio inmediatamente la orden de expulsarlo del hospital con propuesta de punición.

Luego quiso saber quién había manipulado los papeles, me llamó y, furioso como era, después de haberme dicho de todo, me dio la grave punición.

Los que estaban presentes, incluidos los enfermos, quedaron muy mal. El responsable de mi cuadrilla intentó disculparme y defenderme. Igualmente, en un segundo momento, hizo el ayudante mayor. Inútil. El coronel quedó impasible.

Sólo el Padre Mistretta podía interceder, y fue al coronel y con mucha amabilidad le dijo que se había enterado de mi castigo, y lo rogaba de suspenderlo, asegurando que no me creía persona capaz de una falta tan grave. Lo convenció, pues, a llamarme, para oír cómo habían ido las cosas.

Me llamaron, en efecto, y, presentes el director y el Padre Mistretta, me puse a explicar. Pero veía que el coronel se mostraba muy escéptico.

Entonces el Padre Mistretta con mucha amabilidad intervino: “Yo a Drago lo conozco íntimamente. Todos los que lo conocen me hablan muy bien de él por el servicio que hace aquí en el hospital.

“Estoy seguro que él no falló. Además, fue educado por el Canónigo Di Francia de Mesina, amigo mío muy querido, del que hablamos alguna vez, y que me lo encomendó mucho. Repito, no es un joven capaz de mancarse con una culpa así. Usted me haría quedar muy mal con este muy querido amigo mío, como si no me hubiese interesado de él”.

Luego, en tono de broma y genial, añadió: “Señor director, si justamente no se puede hacer nada, quiere decir que me ofrezco yo a hacer unos días de prisión por él, así descanso un poco. Sólo que no quisiera ser privado de alguna pequeña visita suya…”.

El coronel sonrió y contestó: “¡Sería bonito oír que el Padre Mistretta está en la cárcel, castigado por el coronel Natale! Me matarían”.

El Padre Mistretta había ganado, por eso me dijo: “Agradece al señor director, y márchate, y no te hagas engañar más por los soldados. ¡Sé listo!”.

Y el coronel, bromeando: “¡No me tienes que agradecer a mí, sino al Padre Mistretta, que estaba dispuesto a ir a la cárcel en tu lugar!”.

Acabado mi relato, el Padre dijo: “Tengo que escribir una carta de agradecimiento sea la Padre Mistretta sea a S. E. el Obispo por todo el interés que tienen contigo”.

165. Del Carso en licencia en Messina

Después de unos seis meses que me hallaba en zona de operación, en el Carso, tuve 20 días de permiso incluido el viaje que, teniendo que hacerlo en vagón de ganado, entre ida y vuelta, requería más de 5 días.

En Mesina hallé el Padre que me acogió muy paternalmente.

Mi pensamiento fue el de decir al Padre que necesitaba una limpieza radical, porque estaba cargado de insectos que iba dejando adondequiera me sentaba.

No habiendo en el Instituto la posibilidad de pasar a través de un baño realmente regenerador, como necesitaba, el Padre me hizo acompañar por un encargado, tal Previo, a un baño público.

Mientras me preparaban la muda de ropa que necesitaba, el Canónigo Celona me miraba como si fuera un apestado. El Padre, en cambio, me decía que no me preocupara demasiado, añadiendo que, en los primeros tiempos de la fundación de la Obra, en el Barrio Aviñón, durante muchos años estos insectos habían sido para él como las llagas de Egipto, al punto que, para

librarse de ellos, había tenido que hacer una serie de oraciones especiales a San José Labre.

Dijo luego al hombre, que me acompañaba al baño, de llevar toda la ropa que tenía puesta al Instituto femenino y de entregársela directamente a la Superiora. En el mismo tiempo llamó a la hermana, diciéndole que toda aquella ropa tenía que ser hervida y limpiada come se debía.

De vuelta del baño, el Padre se preocupó personalmente de hacerme hallar preparado una buena comida. Luego se interesó de la razón de todos aquellos insectos que llevaba encima. Contesté que, por la falta absoluta de limpieza, todos los que estábamos en zona de operación, incluidos los oficiales y los mismos generales, tenían una buena porción de ellos. Parecía que los derramara el viento por doquier, tantos había. Y es fácil la explicación: especialmente en el Carso, falta agua. El agua se reparte en gotas y sólo para beber. La llevaban, según las posibilidades, con cisternas o con barriles o con odres cargados en las caballerías. Así acontecía que en las líneas avanzadas quedáramos tres o cuatro días sin un sorbo de agua. Por eso, ¿qué limpieza podía haber?

Ocurría que llevábamos encima la misma ropa durante dos o tres meses seguidos, hasta cuando uno iba a descansar en la retaguardia, e igual había la suerte de algún riachuelo o canal de agua. Entonces se lavaban aquellos pobres trapos como mejor se podía y buscábamos darnos un parecido de dignidad.

El Padre me preguntó sobre la salud.

“No me parece verdad – le dije – es sobresaliente. Con tantas privaciones, con tantas penurias, con tantas fatigas y miedos, expuestos fuera en el frío y en el hielo, durante unos seis meses, sólo una vez tuve un resfriado. ¡No se puede explicar cómo podamos estar tan bien, pensando también cómo y qué comemos!”.

Luego el Padre me preguntó sobre los peligros.

Acerca de estos, le contesté que, a pesar de que nosotros de la sanidad no fuéramos a las trincheras, cuando nos tocaban las postaciones avanzadas no sólo estábamos bajo el tiro de los cañones, sino también de los fusiles y de las ametralladoras.

En este punto el Padre me entretuvo en pensamientos más serenos: “¿Sabes qué te digo? Ahora ves a descansar, que seguramente estarás cansado; luego seguiremos hablando. Ahora voy a ver cómo te prepararon la habitación.

En aquel momento entraron el Canónigo Celona, el arcipreste de Galati Mamertino Padre Celeste, que se hallaba en Mesina de militar, y el Hermano

Plácido.[48] El Padre preguntó al Hermano si en la cama que me había preparado hubiese puesto el colchón de lana. Aquel hizo entender que me había arreglado el colchón de paja. Entonces el Padre ordenó el de lana, el mejor que había en la Casa, quitándoselo, si acaso, a los demás cohermanos, empezando por él mismo.

Yo minimicé, el colchón de paja ya era un lujo, más bien un sueño, acostumbrado como era al suelo desnudo al aire libre, bajo un cielo helado.

En cambio, el Padre insistía para un colchón de lana. Lo contrarrestaba el Canónigo Celona: "Como es acostumbrado – no hace falta ahondarlo en el algodón…". Pero el Padre, más decididamente consagrado a la caridad, replicaba: "Justamente porque a fuerzas de privaciones se acostumbró, tiene mayor derecho en tener el colchón de lana: a nosotros el deber de dárselo, aunque sea necesario hacer un sacrificio personal". Intervino sonriente el arcipreste de Galati: "Tiene razón el muy reverendo", sentenció. Y la cuestión se cerró con una derrota clara para Celona.

Después del descanso, el Padre me mandó a llamar y me dijo: "Sigamos el discurso de antes. ¿Cómo van las prácticas de piedad? La Misa, la Comunión, la Confesión, ¿tienes la comodidad de poderlas frecuentar?".

Contesté: "Cuando estamos en zona de operaciones, tal vez me toca estar una semana, quince días y hasta más, sin poder comulgar".

"¿Cómo puede ser? – repuso el Padre – ¿Acaso no hay el capellán en el batallón?".

"Sí que hay – contesté – y es sobresaliente bajo todos los aspectos. Es activo, celoso, siempre va dando vueltas en los diversos sitios de medicación, esparcidos en decenas de quilómetros, pero va también en las trincheras para ayudar, para consolar, para confesar y repartir la Comunión a los soldados de las primeras líneas.

"En la sección, compuesta por más de 300 unidades, hay también ordinariamente unos quince sacerdotes, pero estos no tienen encargo de asistencia espiritual. Están encargados en los servicios comunes, como todos los demás militares, para trasladar heridos día y noche, expuestos a todos los peligros y privaciones.

"En práctica podía ocurrir que en ciertos lugares había muchos sacerdotes, y en otros lugares, nadie.

"Donde había, ellos, en ciertos límites, podían espontáneamente ejercer su ministerio sacerdotal. Si, en cambio, faltaban, tal vez los heridos morían también sin los consuelos religiosos.

[48] El Hermano Plácido Romeo nació en Mesina el 5-3-1877 y murió en Oria el 26-2-1940 (Cf. cap. 1).

"La Misa es ocasional. Sólo algunas veces, cuando pasa el capellán que lleva consigo el altar portátil, los sacerdotes consiguen celebrar entre muchas dificultades y peligros.

"Por cierto, recuerdo que un sacerdote de la sección, muy bueno, después de catorce días sin Misa cavó una zanja, cubriéndola con un telón de una tienda, bajó allí para celebrar y yo estaba colgado en el suelo para hacerle de monaguillo. Pero el frío era tanto que se le congeló el vino en el cáliz, y para poderlo consumir, tuvo que romperlo con un cuchillo".

El Padre me preguntó: "¿El vino en el cáliz se había congelado antes o después de la consagración?".

Contesté: "No lo sabemos; el celebrante se dio cuenta de ello en el momento en que lo sumió".

"Otro, que celebraba la Misa al aire libre, fue fatalmente alcanzado por un disparo de cañón, mientras hacía la última ablución".

El Padre, como aterrorizado, dijo: "Menos mal que se había hecha la Santísima Comunión, y no se perdieron las Sagradas Especies. Le valió como el viático para ir al Paraíso. ¿Luego murió el sacerdote?".

"Sí, ni llegó al hospital".

Siguiendo así hablando, conté otra anécdota que me había ocurrido en aquel periodo:

"Me hallaba en un lugar avanzado de medicación. Éramos ocho soldados y un caporal. Entre los heridos había un moribundo que no se podía trasladar, porque se le aceleraría la muerte. El moribundo, consciente de su estado, pedía insistentemente de confesarse. Yo, sabiendo que en otro lugar de medicación distante unos tres quilómetros, había dos sacerdotes en servicio, pedía al caporal si podía ir a llamar uno de ellos. El caporal me contestó que no podía abandonar mi lugar. Y si quería ir, era bajo mi propio riesgo. Si hubiera pasado la inspección, faltando yo, él habría contestado que me había marchado hacía poco sin saber dónde.

"En efecto, pasó la inspección y el sargento mayor estuvo esperando un poco, pero luego, viendo que no volvía, escribió un verbal muy fuerte, de abandono del lugar. Igual cogió la ocasión, porque sabíamos que era un anticlerical.

"Después de un poco estaba de regreso con un sacerdote que hizo apenas en tiempo para confesar el moribundo, confortarlo y asistirlo en la agonía.

"El caporal me informó sobre la inspección y sobre el verbal hecho.

"Dos días después fui llamado a la dirección, donde me fue comunicado el castigo de quince días de rigor. O sea, tenía que estar quince días en las trincheras, día y noche, al descubierto y bajo los disparos del enemigo.

"Intenté relacionarme con el director que era un teniente coronel judío, para exponer la razón de mi alejamiento del lugar, pero no me fue concedido.

"Pero la Providencia me socorrió. Después de pocas horas llegó a la dirección el capellán que faltaba hacía más de unos días, siempre dando vueltas para su ministerio.

"El capellán era un trozo de joven, buen abogado de la alta aristocracia. Se decía que fuera un conde. Se había ordenado sacerdote algún año antes de la guerra. Gozaba gran estima, sea por los soldados sea por los oficiales, por sus calidades y celo incansable.

"Especialmente el General de División le quería mucho, como a un hermano. Pero el coronel, director de la sección, verdadero judío, hacia el capellán se portaba exteriormente en modo solidario, pero rechinaba los dientes.

"Conté todo al capellán, que me dijo: 'Tú reza, y queda tranquilo, me ocuparé yo seriamente de ello'.

"Intentó, antes de todo, de desmontar el coronel y hacerme quitar el castigo, llevando razones muy válidas. Pero el oficial fue reacio.

"Luego recurrió al General que, después de oír el hecho, bien contado por el capellán, escribió en seguida al coronel una orden regular para postergar el castigo en espera de ulteriores exámenes del caso. Y el caso, después de pocos días, por la incomparable habilidad del capellán fue resuelto positivamente: mi acción no constituía abandono de lugar, sino se tenía que considerar, en todo su conjunto, una continuación de servicio, porque me había alejado del sitio para satisfacer una justa exigencia del herido. Así se me evitó la punición.

"Este hecho tuvo una buena repercusión entre los sacerdotes militares que se hallaban en aquella sección, y también un efecto práctico. En efecto, a partir de entonces, su ministerio fue apreciado más seriamente".

El Padre exclamó: "¡Menos mal! ¡Cuánto daño produce la guerra para el alma y el cuerpo! ¡Destrucciones, sufrimientos, muertos, pecados, corrupción! Y, mientras tanto, ¡poco se reza y no se hace penitencia, para que termine este azote!".

166. Rogacionistas para la formación y dirección en los Seminarios

En Oria nuestros religiosos, que frecuentaban el Seminario obispal, consiguieron muy pronto la admiración de todo el mundo, incluido el Obispo, sea por su bondad sea por el estudio y la seriedad, tanto que, faltando en el Seminario un responsable para los seminaristas, el Obispo nos rogó de poder tener uno de los nuestros para aquel delicado oficio.

Yo me permití de levantar unas dificultades por diversos motivos.

Cuando el Padre lo supo, me dijo, en cambio, que era muy conveniente aceptar la petición del Obispo.

Y, en efecto, fue como responsable en el Seminario tal Hermano Recuperato Segate, natural de Véneto.

"Se tiene que agradecer al Obispo – decía el Padre – por este acto de confianza que nos demuestra. Para nosotros se trata de tener una garantía más para nuestros jóvenes que frecuentan el Seminario, habiendo allí uno de los nuestros que, de alguna manera, regula las relaciones entre los seminaristas.

"Principalmente, sin embargo, es esta una tarea profundamente inherente al espíritu y a las finalidades de nuestra Congregación. Ella tiene la obligación no sólo de rogar al Señor para que envíe las buenas vocaciones, sino también el de cooperar en la conservación, en la custodia y en la formación de las mismas. Sería una gran fortuna para la Congregación, si pudiera tener personal disponible y preparado para hacer en los Seminarios diocesanos, no sólo de responsables, sino también de padres espirituales, profesores o directores.

"A menudo estos oficios los ofrecen los Jesuitas, los misioneros de San Vicente y otros. Con más razón tendríamos el deber de asumirlos nosotros, porque se trata de tareas inherentes a nuestro cuarto voto religioso.

"El Seminario es el lugar en que principalmente se tiene que desarrollar y custodiar la sagrada vocación sacerdotal. En ningún otro lugar, pues, es tan indicado y, en el mismo tiempo, tan eficaz, instilar en los jóvenes el espíritu de la oración rogacionista, cuanto en los Seminarios.

"Si, en efecto, los seminaristas aprenden de jóvenes este espíritu de oración, cuando saldrán, lo llevarán en su apostolado y lo comunicarán a muchos otros, convirtiéndose así en apóstoles del Rogate. Sería también un gran medio para acrecentar la Sagrada Alianza y difundir la Unión Piadosa de la Rogación Evangélica".

Y añadió nuevamente: "Sería una muy buena ocasión para el conocimiento de la Congregación, porque los sacerdotes formados por nosotros, casi naturalmente, en las diversas ocasiones, hablarían de nosotros, o sea de la Congregación. Hace falta, mientras tanto, rezar al Señor, para que este joven que va a estar en contacto con los seminaristas se conserve siempre bueno y ejemplar, al revés, se tendría un efecto totalmente contrario, dañaría grandemente los seminaristas y deshonraría la Congregación".

167. Se ve claramente que la Obra es de Dios

El primer cursillo de ejercicios espirituales propiamente dicho, fue predicado en Oria, después de la primera guerra mundial, por un tal Padre Celebrano S.J.

Era un hombre todo de Dios, de mucha cultura, de gran experiencia y de vida interior profunda, y llegaba a nosotros también con la fama de haber sido confesor del Papa.

Aquellos ejercicios fueron inolvidables y nos dejaron en todos nosotros un recuerdo muy suave. No nos cansábamos de escucharlo, a pesar de que sus instrucciones y meditaciones fueran bastante largas. Se escuchaban siempre con gran atención e interés. Él se sabía adecuar maravillosamente, sea cuando hablaba a los religiosos, sea cuando, por pocos días, habló a los aspirantes, y luego también a los huerfanitos.

Después de nuestros ejercicios quiso permanecer otros tres días para hacerse un poco de retiro él mismo. Era verdaderamente ejemplar por el recogimiento y el espíritu de devoción.

El Canónigo Chirico, Penitenciario de la Catedral, nuestro huésped, hallándose con este Jesuita, le hizo notar cómo la mano de Dios regentara nuestra Casa, donde llegaba diariamente tanta divina Providencia que era suficiente no sólo para el sustentamiento de las dos Comunidades, sino también para los numerosos trabajos en curso y para la caridad que también diariamente se hacía a numerosos pobres y necesitados.

El P. Celebrano contestó: “Para mí el milagro más grande no es tanto la abundancia de la divina Providencia, sino el ver cómo pueda reinar en la Casa tanta disciplina, tanta concordia y espíritu de sacrificio, sin personal religioso adecuado. Esto para mí es un verdadero milagro. Se ve que esta obra es justamente de Dios, que premia así la gran fe y caridad de su siervo, el Canónigo Di Francia.

“Tuve el gusto de conocerlo personalmente, hace mucho tiempo en Roma, y tuve la impresión de hallarme delante uno de los más grandes apóstoles sea de la oración para obtener a la Santa Iglesia santos y numerosos sacerdotes, sea de la caridad hacia los huérfanos y los pobres.

“También mis cohermanos que lo conocen, siempre me hablaron de ello con mucho entusiasmo. Pero ahora que vi este Instituto me confirmo cada vez más que esta Obra tendrá que ser justamente de Dios y el Fundador tendrá que ser uno de aquello santos verdaderamente extraordinarios que de vez en cuando el Señor envía en su Iglesia. Tengo que confesar que, en muchos años de experiencia y apostolado, nunca hallé un Instituto que se pueda comparar con este, sea por el espíritu religioso, sea por la moralidad también de los chicos.

"Vi como rezan bien, como todos se acercan a la Santísima Comunión con mucha devoción".

Cuando el Canónigo Penitenciario me contaba estas cosas, se secaba las lágrimas.

Tuve la ocasión de comentarle esto al Padre, que declaró: "Hace falta agradecer por esta gracia la infinita bondad de Dios que se digna regentar y gobernar nuestra mínima Obra. Yo lo experimenté muchas veces hasta los primeros momentos de la Fundación. Esto muestra que la Obra es suya y que no son los hombres que la hacen, sino él mismo. Se ve cómo, cuanto menos hay capacidad humana por parte nuestra, tanto más se hace evidente y se manifiesta la mano de Dios".

168. Lo llamaban el *Buen Padre*

En 1947 me hallaba en nuestra Casa Madre de Mesina. Veía que venían frecuentemente las Hermanitas de los Pobres para pedir ayuda para los muchos pobres acogidos en su Instituto, tenido muy bien de verdad.

Cada vez que venían se les daba siempre dinero y, a menudo, también alimentos, ropa y vestidos que entonces nos llegaba de América.

Después de un cierto tiempo, no viéndolas más venir, sospechamos que los encargados del recibidor las hubiesen tratadas mal. Se pensó, pues, de enviar a su Instituto lo que ordinariamente se les daba, con un billete dirigido a la Superiora, en el que se decía que no sabíamos explicarnos por qué las hermanas hacía tiempo que no se veían.

El día siguiente vinieron las dos hermanas de siempre con una carta de la Superiora, en la que agradecía la generosa caridad y explicaba el asunto. Las hermanas no habían venido más para no ser indiscretas pidiendo, y porque, en aquel periodo, la Providencia para sus pobres no había faltado.

Las hermanas, luego, en palabras, añadieron: "La Casa del *Padre Francia* nosotros la consideramos como la reserva de la Providencia. Venimos cuando tenemos estricta necesidad, seguras que seremos ayudadas".

Una de las dichas hermanas era bastante anciana, y se presentaba tan humilde y tan edificante, que gozaba veneración en la ciudad, en que hacía muchos años que cumplía su encargo, sin ahorrarse ningún sacrificio.

Corría la voz que perteneciese a una familia de la más alta aristocracia francesa. Más bien se decía que fuera más propiamente marquesa. Era una de poquísimas palabras. Pero aquella vez se entretuvo largamente y me dejó preciosas declaraciones:

"Llevo muchos años en Mesina, y tuve la suerte de conocer personalmente su santo Fundador. No podré nunca olvidar la gran ayuda que

daba a nuestro Instituto, tanto que, como de nosotros la Superiora se llama la *Buena Madre*, así lo llamamos a él el *Buen Padre*.

"Teníamos para él una profunda veneración. Él nos quería de verdad, como muy queridas hijas espirituales suyas en Jesucristo.

"Tenía para nosotras premuras más que paternas. No le digo, luego, para nuestros muy queridos viejitos y viejitas. Se veía que lo que hacía para ellos, lo hacía impulsado por mucha fe y caridad, como si lo hiciera al mismo Jesucristo. Su venida entre nosotras nos inspiraba consuelo y valor en nuestro oficio, más que un cursillo de ejercicios espirituales".

Hablando así, por la conmoción se secaba las lágrimas. Y siguió testimoniando: "No se hacía ni rogar para venir en nuestra ayuda. A menudo nos enviaba abundantemente ahora alimentos, ahora ropa, ahora madera, carbón y otras cosas.

"Cuando recibía algo secuestrado o regalado, enviaba una porción a nuestro Instituto. Recuerdo que una vez nos regaló medio atún de más de cien quilos, y otra vez un pez emperador entero.

"Cuando veníamos a su Instituto, si estaba él, nos acogía con fiesta, nos pedía qué necesitábamos y daba con mucha generosidad.

"A menudo nos llevaba unos viejitos o viejitas o unos pobres abandonados, con premuras que no se pueden contar. Nosotras, cuando nos los conducía él y nos los presentaba, hacíamos todo sacrificio para aceptarlos. Esta era una ocasión sobresaliente para volver al Instituto y visitar al nuevo acogido, al que ordinariamente llevaba lo que necesitaba".

169. La estima de don Sturzo para el Padre y la Obra

En los primeros años de las dos Casas de Oria, masculina y femenina, las autoridades de Brindisi enviaron una Comisión para inspeccionar aquellos nuestros Institutos.

En el Instituto masculino estaba yo, que no supe recibir la Comisión como era debido: era aquella la primera vez que yo, solo, me hallaba en circunstancias parecidas.

No fue mejor en el Instituto femenino de San Benito. La Superiora estaba ausente y se hallaba en calidad de asistente sor M. Inés, que entonces llamaban, no sé por qué, con el título de Madre Vicaria. La pobrecilla, aunque inteligente y diplomada con la habilitación magistral, se impresionó tanto frente a aquel interrogatorio puntilloso, que empezó a perderse. Y así, ante la pregunta si el Orfelinato fuera una entidad moral, contestó: "¡Moralísima!".

El Padre, contándome este hecho, reía y comentaba: "¡Pobrecita! Fue tanta su confusión, que no sabía ni lo que decía".

Entre otras cosas tuvo a decir que sor Inés no había homenajeado a don Sturzo, muy valiente y gran estadista, que la había invitada a Mesina para ser Hija del Divino Celo.

"Por cierto – siguió diciendo el Padre – ¿sabes que don Sturzo mostró de tener una buena opinión de nuestra Obra?".[49]

"Con todo lo que está sumergido en la política, se mantiene siempre un sacerdote sobresaliente y tenaz defensor de la religión y de los principios cristianos.

"Como decía, aunque sumergido en la política, nos enderezó muchas vocaciones femeninas, además de sor Inés. De vez en cuando iba a Mesina para ir a verlas, y les ofrecía regalos. Cuando le escribían, les contestaba con cartas bonitas y no faltaba de exhortarlas para que fuesen buenas religiosas.

"Una vez fue al Instituto del Espíritu Santo, para visitar como siempre sus paisanas. Ocurrió que las hermanas, por una equivocación y confusión de idiomas, lo hicieron esperar durante unas dos horas. Como bueno estadista, él no dio para nada signos de impaciencia, y cuando le pidieron disculpas por lo que sin querer había acontecido, él contestó con calma: 'No se preocupen. Son cosas que pueden pasar a todos. Si fueran solamente estos o parecidos los errores de la vida, ¡podríamos estar felices!'. Y siguió igualmente enviando vocaciones y a visitarlas cada vez que podía".

Don Sturzo tuvo, en efecto, un gran aprecio sea del Padre sea de la Obra.

Incluso durante su exilio a los Estados Unidos, bajo el fascismo, él siguió apreciando y amando nuestras Obras.

Recuerdo que en 1957 un ministro de la Democracia Cristiana fue a visitar el Instituto de las Hijas del Divino Celo de Roma. Yo lo acompañaba junto con la Superiora. Él salió con palabras de admiración para el Padre y la Obra y luego añadió: "También don Sturzo era muy entusiasmado con ella. Recuerdo que, cuando se hallaba todavía en América, escribí un opúsculo

[49] La estima de don Luis Sturzo para el Padre y su Obra asume una importancia singular. Ella viene de un ilustre estadista, siciliano, conocedor profundo de los males de Italia y del Sur. Prospectando la renovación civil y moral de los pueblos meridionales (y no de ellos solamente), él invoca la llegada de un clero nuevo, configurado en la misma persona de Jesucristo, desapegado de intereses particulares, encarnado en la realidad social, que es, sobre todo, la de los últimos. A la falta de esta reforma clerical, él reconduce, pues, el retardo meridional, faltando a los pueblos, las guías espirituales, especialmente a partir del tiempo del iluminista Bernardo Tanucci, que desancló aún más el clero de sus compromisos éticos y religiosos. A don Sturzo se asociaba otro insigne meridionalista, Monseñor Nicolás Monterisi, Arzobispo de Salerno, que fue convencido promotor de la Sagrada Alianza del Padre. Para confirmar todo esto, véase el discurso de don Sturzo sobre la cuestión meridional (Nápoles 18 de febrero de 1923), en G. DE ROSA - A. CESTARI, *La questione meridionale - Antologia di scritti e documenti*, Ed. Ferraro, Napoli 1970, pp. 249-291.

sobre las obras asistenciales más recientes de Italia, y envié en homenaje una copia a él. Me contestó agradeciéndome, pero me hacía notar que había omitido dos obras muy importantes de Sicilia: o sea, la fundada por el Canónigo A. M. Di Francia en Mesina y la del Padre Cusmano en Palermo".

Después de la segunda guerra mundial, don Sturzo se interesó para hacernos tener una aportación estatal para la construcción de nuestra Ciudad de los Muchachos de Bari. Como también solicitó la erogación de la suma total para la sobreelevación del actual Orfelinato 'Cristo Rey' en Mesina.

En 1951, recurriendo el primer centenario del nacimiento del Padre, pensábamos, en su memoria, de abrir en la misma Mesina un Orfelinato infantil, y para esta finalidad se quería adquirir aquel lugar delante de nuestro Instituto San Antonio entre Vía Aurelio Saffi y Vía Ghibellina. El precio para la adquisición subía unos treinta millones; pero otros cuarenta se necesitaban para las reparaciones, los muebles y la sobreelevación.

La idea fue referida a don Sturzo, que la halló óptima, diciendo que sería otro magnífico monumento de caridad, digno del corazón de aquel siervo de Dios. Él se ocuparía con mucho gusto para hacernos conseguir el dinero necesario. Pero observaba que los niños tendrían que ser acompañados por religiosas y no por los religiosos, y añadía también otros pequeños detalles. Para aclarar mejor el asunto, fui a hablar directamente con él en Roma.

Se mostró tan afable, y me habló con mucho entusiasmo del Padre y de la Obra. Me dijo que conocía bien y personalmente el padre, porque, entre otras cosas, lo había oído predicar en Caltagirone, su pueblo, y se había convencido que tenía que ser verdaderamente un gran Siervo de Dios, otro San Vicente de Paúl, un segundo don Bosco.

Luego, selló con estas palabras sus alabanzas: "No le digo la devoción que tienen por él en Caltagirone. Mi hermano Obispo le tiene un aprecio ilimitado. Es verdaderamente una gloria no sólo de Sicilia, sino también de Italia. También en los Estados Unidos oí hablar muy bien de él y de sus Orfelinatos, tanto que de allá también envían donativos. Y yo también envié más veces mi modesta aportación. Mi secretaria a menudo visita vuestras hermanas, aquí en la Circonvallazione Appia, y me habla con edificación de ellas. En cuanto a la cantidad que haga falta para el Orfelinato infantil de Mesina, hágame una petición en forma plena, añadiéndole un presupuesto con detalles, firmado por un ingeniero. Espero obtenerlo todo. Usted, mientras tanto, haga rezar también los huérfanos para esta finalidad".

Cuando todo estaba bien encaminado y parecía casi cierto el éxito de la práctica, hubo el que hizo la imprudencia de decir a don Sturzo que el proyecto del Orfelinato infantil de Mesina era una idea personal de aquel Superior, no autorizada por la dirección general. Y así la práctica desvaneció completamente.

Cuando el Padre Tusino, entonces Superior General, conoció esta intromisión imprudente e inoportuna, quedó muy mal, pero creyó no oportuno retomar la práctica, sea porque había pasado un tiempo, sea porque el asunto había sido ya perjudicado.

170. Hizo bien diciéndonoslo

Había regresado en Oria de la primera guerra mundial, cuando, en un día de invierno, mientras iba al Seminario, vi salir de la Iglesia de San Francisco dos hermanas Hijas del Divino Celo, que iban delante de mí por el mismo camino.

Una de ella estaba presa por una tos tan persistente que parecía una verdadera tos ferina. Yo sentí mucha pena, hasta advertir una molestia física.

Así me apresuré y las adelanté, para entender. De las dos hermanas, una era anciana, la otra muy joven, pero con un rostro cadavérico, y con una tos que le rompía el pecho.

De regreso a casa, hallé el Padre y el Padre Palma parados en el pasillo, hablando. Les di la respuesta que esperaban del Rector del Seminario y luego les dije la impresión y la pena que me había provocado aquella pobre monja, comentado: "Seguramente las dos hermanas venían de la catequesis a los niños.

"No sé cómo la Superiora, en un día tan helado, pueda hacer salir una hermana en aquellas condiciones de salud. Quiere decir que, por lo menos, está sin cabeza y sin corazón".

Ante este discurso tan abierto, el Padre Palma intervino: "Como siempre, no sabes hacer tus asuntos. ¿Qué te interesa eso? En seguida echas sentencias".

Y yo: "¡Vaya! Si veo un perro que sufre, puedo decir: pobre animal, ¡cómo sufre! ¿Y no puedo decir cómo sufre una persona, y tanto más si es una hermana nuestra?".

El Padre intervino diciendo: "No, Padre Palma, no hizo mal, al revés, hizo bien a decírnoslo, porque tenemos el deber de darnos cuenta y, si hace falta, de reparar".

Dirigido a mí, me pidió si conocía las hermanas y cómo se llamaban. Yo le contesté que no; y entonces él repuso: "Pero no tienes que juzgar tan apresuradamente las decisiones de la Superiora, diciendo que está sin cabeza y corazón. Más bien, me resulta que es bastante maternal. Fácilmente no estaba al día que la hermana había salido para dar catequesis".

Se lo apuntó y prometió: "La primera vez que iré a San Benito me informaré".

Después de unos días me dijo: "Ya me enteré de la hermana con aquella tos. En realidad, está en un estado de salud penoso. Hace bastante tiempo que tiene una fiebre que no la deja. La superiora la hizo visitar por el doctor Errico. Este le dio la cura, pero todavía no se mejoría ninguna. Le dije que la lleven a Taranto o Brindisi o Bari y, si hace falta, hasta Roma para hacerla visitar por algún especialista. Aconsejé que la tengan, mientras tanto, descansando totalmente y de alimentarla bien.

"La Superiora me contestó que no sabía para nada de aquella salida para la catequesis. Había sido la hermana anciana que, no pudiendo hallar la compañera con la que iba habitualmente, había llamado aquella hermanita que no sabe decir que no a nadie y se ofrece para todo.

"Enterándose del hecho, la Superiora llamó severamente la atención de la hermana anciana e impuso a la joven de cuidarse en casa hasta que no sea curada. Ves, pues, ¡cómo hace falta ser muy prudentes en juzgar a los demás! Tú, de inmediato habías dicho que la Superiora tenía que ser sin cabeza y sin corazón. En cambio, ella tiene bastante la una y el otro. Es a ti que te falta la reflexión y la delicadeza de conciencia en el juicio. ¿Has entendido? Hace falta estar atentos".

Después de unos meses el Padre se halló predicando una especie de ejercicios espirituales a la Comunidad de nuestras hermanas en Oria. Fueron cinco días de intenso apostolado. De la mañana a la tarde, tenía, por lo menos, cuatro y más meditaciones e instrucciones. Por eso, por exigencias de tiempo, tanto más que faltaba un medio para buscarlo, por la noche se quedaba en el Instituto femenino. Para no quedar solo, me rogó ir yo por la noche para hacerle compañía.

Preparaba la mesa para la cena una hermana muy joven, que destacaba por bondad y cortesía. Oí que se llamaba sor Longina.[50]

El Padre me dijo: "Gracias a Dios, esta hermana se repuso muy bien en salud. La cura que hizo fue muy eficaz. El especialista de Bari la había diagnosticada como una probable candidata a la tisis. En el último control, en cambio, el doctor exclamó satisfecho: '¡Ya la salvamos!".

"Es realmente una muy buena hermana: inteligente, humilde, de buen espíritu religioso, muy apegada a la Congregación. Aunque sea aún muy joven, tiene un buen sentido práctico y es bien dispuesta por cualquier sacrificio. Es la monja que tú hallaste en aquel día rígido y que tosía tan fuertemente".

Seguidamente, tuve la ocasión de conocerla mejor. Correspondía perfectamente a lo que había dicho el Padre.

[50] Sor Longina Casale tuvo un papel de relieve entre las Hijas del Divino Celo, de las que fue Superiora General en los años Cincuenta.

Aunque fuera aún muy joven, era la colaboradora de la Superiora, que estaba muy contenta por su actuación.

Por la Superiora tuvo el papel de proveer a lo que hacía falta para la Casa masculina, cuando aún las hermanas proveían los alimentos, las vestimentas y la asistencia doméstica del Instituto masculino.

Realizaba este encargo suyo con una diligencia y cuidado verdaderamente insuperables. Destacaba siempre por su seriedad y discreción, por su sentido común y la estima que tenía por la Casa masculina. Estima que confirmó siempre con los hechos, durante todo el tiempo de su vida.

171. Es útil tener también una colonia agrícola

El Padre, hablando de la formación profesional de los huérfanos, decía que, si el Instituto se hubiera limitado a mantener bien los huérfanos solamente durante el tiempo que se tenían ingresados, y no se hubiese preocupado de formarlos para que pudieran vivir bien después, en la sociedad con el fruto de sus propias actividades, la formación habría sido muy carente bajo todos los aspectos.

Por eso el Padre, desde los principios de la fundación, se preocupaba mucho para que los acogidos y las acogidas aprendieran un trabajo lucrativo según sus capacidades y posibilidades.

Decía: "Los chicos y las chicas tienen que acostumbrarse al trabajo desde su más tierna edad, para que, pasando los años, puedan ser capaces de vivir con el fruto de su trabajo. El trabajo en una Casa de educación está entre los primeros eficientes de la moralidad. Ello es orden, disciplina, vida, garantía de un buen porvenir para los elementos que son educados. Ellos tienen que aprender pronto a ganarse el pan con el sudor de su frente.[51] Por ello – añadió el Padre – hace falta intentar desarrollar bien los talleres y multiplicarlos lo más posible, para que los chicos tengan la posibilidad de escoger según la propia inclinación.

"Por eso, además de la sastrería, la zapatería, la carpintería, la tipografía y la mecánica, creo que sea útil implantar también una eficiente colonia agrícola para formar buenos agricultores. También esta, en efecto, sería muy útil y oportuna por diversas razones, o sea:

"Primero: porque la agricultura en Italia es la actividad más difundida y, por eso, más fácilmente allí se puede encontrar trabajo.

[51] El pasaje reproduce casi literalmente la idea sobre el trabajo de los huérfanos y de las huérfanas, expresado por el Padre en el discurso del 20 de agosto de 1906, "*En ocasión de la visita de un Comité al Orfelinato Antoniano Femenino*". El texto integral está en el volumen "*Elogios fúnebres*", Mesina, s. f. p. 438-468, con abundantes notas explicativas.

"Segundo: porque especialmente los huérfanos, que vienen de familias de agricultores, permanecen en su medio ambiente, donde los elementos pueden más fácilmente hallar familiares y amigos para vivir con ellos".

El Padre hablaba así porque, en sus tiempos, especialmente en Italia, el artesanado no había progresado, y mucho menos todavía la mecánica, las industrias y los medios de comunicación social.

Por eso, siguió diciendo:

"Ahora me parece que este proyecto de la colonia agrícola se pueda actuar aquí, en este jardín bonito.

"Las hermanas, que durante muchos años hicieron grandes sacrificios, ahora se pueden retirar,[52] para que se organice una colonia agrícola regular. Se podría empezar lo más antes posible".

A este discurso me atreví de objetar que el proyecto no me parecía fácil.

El Padre me contestó: "En seguida haces observaciones. No seas pesimista".

"Disculpe, Padre – repuse – si no quiere que hable, quedaré en silencio".

"Habla, habla sin problemas – corrigió el Padre - ¿Por qué te parece que este proyecto no sea viable?".

"Primero: me parece – dije – que el terreno sea poco, mientras que por lo demás se ofrecería, porque hay agua del pozo, para el campo experimental.

Segundo: los chicos que se podrían reclutar para la colonia son muy pocos. El inconveniente mayor es que los chicos destinados a la colonia, conviviendo con los destinados a las artes y trabajos, se considerarían infravalorados y en un estado de inferioridad comparados con estos últimos".

Contestó el Padre: "De algunas maneras estas razones me persuaden. Pero igual podríamos intentar, por ahora, así, para empezar, y serviría también como preparación para cuando la Providencia nos dará una mayor posibilidad de hacer la colonia en otros lugares y en otras condiciones más favorables".

Esta ocasión, según el Padre, aconteció.

Unos dos años antes de que estallara la primera guerra mundial, una señorita rica dio en uso al Instituto, con la promesa de ejecutar después un legado perpetuo, una gran villa, con muchos terrenos, bien vallados y seguros, cerca de Gravina de Apulia (Bari).

El Padre aprovechó en seguida para empezar la colonia agrícola, y había ya formado un buen grupito de huérfanos, que iban creciendo cada vez más,

[52] Las Hijas del Divino Celo de Oria trabajaban para la naciente Casa masculina, encargándose, entre otras cosas, del jardín y de la huerta, como ya dicho en el cap. 161.

que se encargaban del cultivo de los campos, bajo la guía del Hermano María Antonio, y la ayuda de un campesino.

El Hermano hacía de director, mejor, de Hermano prepuesto, como decía el Padre. Él se activaba con muy buena voluntad y sacrificio, pero no tenía ninguna práctica para dirigir una colonia agrícola propiamente dicha; ni los recursos económicos y ambientales eran favorables.

Lo que perjudicaba todo proyecto más atrevido era la falta absoluta del agua para el riego. Había apenas la que bastaba para beber y para los servicios de la Casa, y que se sacaba de las cisternas. Por eso no se podía para nada hablar de campo experimental ni de hortalizas, porque durante el invierno hacía mucho frío y durante el verano faltaba el agua.

El aprendizaje agrícola de los chicos se reducía a pocos gestos repetitivos y a un cultivo muy rudimental: labrar la tierra, sembrar el trigo y los cereales. Se plantaban también patatas que, gracias a la bondad de la tierra, producían muy bien, y bastaban no solamente para el suministro de la Casa, sino también por la Casa femenina de Altamura.

Cuando un día llegó a Oria el Hermano María Antonio, le pedí noticias de la colonia. Cuando oí lo que se hacía, me salió directo que para mí aquella no era ni una imitación decente de una empresa agrícola. En aquella manera los chicos aprendían solamente a labrar la tierra y, cuando saldrían del Instituto no hubieran sabido hacer nada más que el trabajo del labrador, porque, no habiendo tierras propias, no podían ser agricultores directos.

Para mí, aquello era una explotación de los chicos.

Una verdadera colonia agrícola tenía que organizarse para poder preparar elementos calificados en la agricultura, igual especializados con el título de peritos agrarios. En Italia había demasiados labradores comunes, tanto que una buena parte quedaban sin trabajo y los que se empleaban en los campos eran tratados muy mal. Por eso hacía falta prepara manos de obra especializada.

El Hermano María Antonio refirió todo al Padre, que me llamó y me dijo: “Me gusta que te intereses de lo que se hace en el Instituto. Estoy seguro que lo que dices, lo dices para una crítica constructiva y no demoledora, al revés sería un daño grave para la Congregación y más todavía para tu espíritu.

“Sin embargo, te hago notar, por supuesto, no para reprocharte, sino para tu formación, que:

1) estas cosas las tenías que hacer notar a mí y no al Hermano, porque, entre las otras cosas, podría pensar que no se le aprecia en la obra que desarrolla con mucho sacrificio, y podría desanimarse;

2) los grandes árboles, las grandes instituciones, no crecieron así en una sola vez, sino que tuvieron su comienzo de un germen imperceptible,

insignificante. Sería ilógico querer las cosas perfectas todas en una vez. Acuérdate que el óptimo es enemigo del bien. Hace falta empezar poco a poco y contentarse de lo que se puede hacer. Si se empieza así, no se hará nunca nada.

"Con mi idea de la colonia intento formar jóvenes que sean no solamente buenos campesinos y jardineros, sino elementos calificados, especializados y también diplomados y peritos agrarios. Pero si se tuviera que empezar así, sería imposible y no se haría nunca nada.

"Tengo que confesar que la idea de llevar los huérfanos a un nivel cultural y profesional superior a lo de la propia familia, en el principio no lo tenía. Esta idea me vino porque me parece que lo quiera la divina Providencia, ya que nos confunde tan generosamente. Tener huérfanos, bien formados en el campo literario, científico y profesional, sería algo óptimo para su posición social y para su ganancia. Podría resolverse también para bien del Instituto, porque en las diversas exigencias de la Obra, en vez de asumir personal que no conocemos, asumiríamos lo que nosotros mismos formamos, y seríamos más seguros nosotros, por un lado, y ellos mismos trabajarían en un ambiente más sano".

La colonia agrícola, empezada en Gravina de Apulia, empezando la guerra, se tuvo que cerrar por falta de personal, llamado en gran parte bajo las armas. Pero el proyecto del Padre tenía una visión muy amplia.

172. Las mandarinas al Papa

Un año tuvimos en Oria en nuestro jardín una producción excepcional de mandarinas, sea por cantidad que por calidad. Hacía falta apuntalar las ramas para que no se rompiesen. Aquel espectáculo extraordinario era una alegría de los ojos. Y justamente el Padre nos invitaba a dar gracias a la divina Providencia.

Un día, estando en el jardín para la cosecha, nos dijo: "Me vino a la cabeza una idea bonita. A ver si la adivináis".

Unos contestaron: "Que demos un cesto de mandarinas a los pobres".

Contestó el Padre: "En parte lo adivinasteis, en parte no. Antes de todo: ¿escogisteis las mejores?". "No, Padre – le contestaron – sino, así como vienen, tal como las comemos nosotros".

"Esto no – replicó el Padre – porque los pobres representan al Señor, y por eso lo que se da a los pobres, se da a Dios. Si las hubieseis dado directamente a nuestro Señor, ¿acaso no escogeríais las mejores? Hace falta actuar con este espíritu de fe.

"Por esto, ahora hace falta recoger un cesto muy bonito, las mejores que haya en los árboles, para darlos no sólo a los pobres, sino también a alguna otra persona. A ver si adiviná is".

Contestó un pequeño: "¡El alcalde!". Otro más grandecito: "¡El Papa!". Y el Padre: "¡Muy bien, muy bien! Lo adivinaste, justamente el Papa, que es el Vicario de Jesucristo, que representa a Jesucristo aquí en la tierra. Por eso enviaremos una cajita de las mejores mandarinas al Papa, con gran espíritu de fe: como si las enviáramos directamente a nuestro Señor".

Fuimos a tomar dos cestas. El Padre mismo, con gran premura y diligencia, empezó a coger los frutos más atrayentes. Nosotros nos dispersamos en el jardín presos por un sagrado furor y dimos una trepada temeraria a las plantas, en búsqueda de las mandarinas más bonitas. Los llevábamos ansiosos al Padre, que a su vez hacía otra selección con mucho cuidado.

Él hizo preparar por el carpintero una cajita muy bonita de madera especial, bien trabajada, con dimensiones precisas. Se preocupó luego de hallar un papel especial para envolver cada mandarina. Con delicadeza exquisita, delante de la Comunidad, con sus propias manos, los ponía en la cajita, rodeándolos con frondas para que no se arruinaran.

Rezó unas oraciones para el Sumo Pontífice y tomó la ocasión de esto para exhortarnos a tener una gran estima y veneración hacia él. Nos animó a rezar, a tomar sus palabras como dichas directamente por nuestro Señor, para insinuar en los demás amor y devoción para su persona, y para defenderlo en todos los modos, cuando fuera necesario.

Luego nos encomendó que expusiéramos en nuestros lugares, al lado del Crucifijo, la imagen del Papa. Dirigido a mí, dándome unas imágenes del Papa, dijo: "Si te hacen falta más imágenes, dímelo, que te las enviaré".

Por las mandarinas recibidas, el Santo Padre contestó por medio de su Secretario de Estado con una carta muy bonita, agradeciendo y bendiciendo.

173. El banco de nuestro Señor da intereses al cien por uno

Cuando en Oria faltaba aún la energía eléctrica para accionar las máquinas de la tipografía, fue necesario implantar un pequeño grupo electrógeno.

Una vez instalado, también la zapatería requirió un motor de mayor potencia. Se proyectó, pues, la adquisición de un motor a combustión por una empresa de Pontedera. El presupuesto, sin embargo, incluida la colocación y la adaptación del lugar, subía muy considerablemente.

Hechas las cuentas, se vio que la Casa no tenía ni una cuarta parte del dinero que hacía falta. La dificultad aumentaba por el hecho que la empresa

no admitía demoras en el pago: mitad tenía que darse en el momento de la comisión, y lo que quedaba en el momento de las pruebas. Mientras tanto, el motor se necesitaba, porque las máquinas de la zapatería habían sido ya encargadas y no se activarían sin dicho motor.

Se hizo presente el asunto al Padre, que dijo: "Hace falta tener fe en la divina Providencia, que, aunque se trate de algo necesario, de lo que no podemos prescindir, tendrá que socorrernos.

"¿Sabéis lo que tenemos que hacer? Tenemos que depositar en seguida todo el dinero que tenemos, en el *banco* segurísimo de nuestro Señor, que produce el interés del cien por uno, sin peligro que pueda faltar. Este banco son las manos de los pobres.

"Demos, pues, con verdadera fe todo el dinero que hay en la Casa a los pobres. Podemos estar muy seguros que tendremos lo que necesitamos. Lo dijo el mismo Señor: '*Unum datis et centum accipietis'*. En otro lugar nos aseguró que pasarán el cielo y la tierra, pero sus palabras nunca pasarán. Por eso dad todo lo que hay a los pobres, como dije, especialmente a los sacerdotes y a las comunidades religiosas más necesitadas, y sin más comisionad el motor y empezar los trabajos que hagan falta, porque con certeza la Providencia nos hará llegar la cantidad necesaria".

Hicimos como había dicho el Padre.

Empezaron a llegar en seguida unos donativos extraordinarios. No habían pasado ni quince días, ¡y la cantidad recibida ya era tres veces lo que necesitábamos! Y la divina Providencia seguía abundante.

Cuando informamos de ello al Padre, él contestó: "¡Hace falta agradecer infinitamente la divina Providencia! Pero de esto no tenemos que asombrarnos para nada. Las palabras de nuestro Señor nunca fallarán. Nuestra mínima Obra siempre siguió así, y si seguirá con este espíritu de fe, ciertamente no le faltará nunca el necesario, más bien tendrá que convertirse mucho en un canal de la divina Providencia para bien de los necesitados.

"Pero, ¡ay de nosotros, si nuestra vida no tuviera que conservar el fervor religioso! ¡Ay de nosotros, si no administráramos la Providencia como es debido! Sería nuestra ruina y la de la Congregación. Tenemos que saber también que el Señor quiere que juntamente con esta confianza ilimitada en él, aprovechemos todos los medios humanos lícitos para producir con nuestro trabajo".

174. El motor que no se ponía en marcha

El Hermano Mauro Drago, desde su primera entrada en el Instituto, se mostraba un jovencito inteligente, muy piadoso y amante del sacrificio.

Al Padre, que lo quería introducir a los estudios para el sacerdocio, contestó que prefería servir la Congregación en calidad de simple religioso hermano coadjutor.

Era muy inclinado a la mecánica; y, aunque fuera aún muy joven y autodidacta, tenía mucho éxito en este campo.

Era él el encargado de la tipografía y de las máquinas de la zapatería. Era muy precioso en la Casa, donde hacía el motorista, el electricista, y el factótum por toda emergencia técnica.

Por cuanto atraído por estas cosas, en las prácticas de piedad y en todos los actos comunes era impecable. Todo lo cumplía con gran exactitud y edificación de todas la Casa.

Sobre él se fundaban las más bellas esperanzas, o sea que en el futuro la Congregación tendría un elemento precioso para su mayor desarrollo de las actividades de carácter industrial y profesional.

Lamentablemente una enfermedad, contraída durante la guerra de 1915-18, truncaba su joven existencia con apenas 19 años de edad.[53]

El Padre, sublimando en la fe su profundo dolor, dijo: "Fue una gran pérdida para la Congregación. ¡Pero adoremos los designios de Dios!". Y el Padre Vitale, que entonces se hallaba dirigiendo la Casa de Oria, exclamó: "Se fue mi brazo derecho", porque el Hermano se ofrecía en todos los servicios de la Casa.

Después de su muerte, además, quedamos sin motorista de un motor a combustión que movía la tipografía, las máquinas de la zapatería y que repartía la electricidad a la Casa.

El que lo sustituyó no se enteraba mucho de las cosas. Trabajaba días enteros sin conseguir despertar la maquinaria inerte. Así que toda la actividad de la Casa quedaba paralizada. Al funcionamiento de aquel motor quedaban suspendidos problemas de varia naturaleza, y todos muy importantes. El Instituto estaba comprometido, en efecto, y tenía que dar fe a los contratos con personas y empresas externas. Tenía que entregar a las autoridades gobernativas, por ejemplo, un número determinado de zapatos militares cada mes. Si hubiera faltado en este compromiso, caería en una gran penalización y, además, hubiera hecho vencer la dispensa del servicio militar por algunos religiosos nuestros.

De aquí el grave sentido de malestar que agitaba cada uno de nosotros.

Me contaba el Padre Palma que a menudo él también iba a ver el motor, y se activaba, pero todo era inútil. Un día también el Padre fue asistiendo a aquellas maniobras, que ya se habían convertido en algo ridículo. El Padre

[53] El Hermano Mauro Drago, hermano del Padre Carmelo, nació en Galati Mamertino (Mesina) el 31-8-1897 y murió el 3-12-1916 (Cf. cap. 1).

Palma, vista la impotencia humana, mejor, su impericia y la de los demás, se acordó de los santos, y empezó una serie interminable de padrenuestros…

El Padre, allí en el círculo orante, respondía él también a las oraciones, pero en un cierto punto observó: "Padre Palma, es muy bueno rezar los santos, pero no se puede pretender de hacer arrancar el motor ellos manden al Señor de actuar un milagro.

"Querer un milagro en lo que se puede hacer muy bien con los medios humanos significa tentar a Dios. Él interviene con el milagro, cuando en el modo y en el hecho no se puede esperar en el éxito de los medios a nuestra disposición.

"Si el motor está roto, llámese el mecánico y todo está resuelto".

Contestó el Padre Palma: "No, Padre, el motor no está roto. ¡Cuando había el Hermano Mauro iba tan bien! Es que entre nosotros nadie se entera de ello".

Entonces el Padre replicó: "Es algo tan obvio: sin perder más tiempo y trabajo llámese el que es capaz y todo acabará bien. Y se evitarán también daños ulteriores".

Cuando el Padre Palma me comentaba la anécdota, solía concluir: "Tenía razón el Padre. Y si lo decía él que vivía de fe y oración, y que hasta llamaba la oración *todopoderosísima*, quiere decir que es justamente así. Esto nos enseña, en efecto, que todo lo que podemos hacer con la colaboración humana, debemos intentar hacerlo, esperando también siempre en la ayuda del Señor. En efecto, hay el dicho: ayúdate, que Dios te ayuda".

175. Enterarse de todas las exigencias de la Casa

Cuando el Padre estaba en Casa, iba a menudo a la cocina para enterarse personalmente de todo. Un día, mientras me entretenía con él en Oria para informarlo sobre el andamiento de la Casa, en una tal hora me dijo: "Por ahora basta, seguiremos después del almuerzo. Tengo que ir a la cocina antes de la hora de la comida. Por supuesto, tú, ¿cada cuánto vas a la cocina para enterarte de todo?".

"Voy de vez en cuando – contesté – pero no muy a menudo".

"Mal, mal – añadió el Padre – Especialmente por ahora que la cocina es confiada a elementos masculinos, y Vízzari no entiende mucho de ello, hace falta ir todos los días.

"Don Bosco decía que un buen director tiene que reservar cada día un tiempo conveniente para dar vueltas en la Casa y enterarse personalmente de todo".

Contesté: “Sí, Padre, esto lo tiene que hacer el director, pero yo no soy el director, yo no soy nada”.

Y el Padre: “¡Muy buena esta! Y ¿por qué? Sin el director en la Casa, ¿acaso no se come? ¿No se bebe y no hay descanso? ¿Por qué esperas al director para hacer estas cosas? Para cuidar a cosas tan necesarias ¿acaso quisieras el título de director? Pero, hijo bendito, intenta hacer todo lo que puedas hacer y cómo mejor lo sabes hacer, especialmente cuando nosotros no estamos.

“Si en la cocina estuvieran las hermanas, el asunto sería diferente. Las hermanas son, especialmente en la cocina, más diligentes y más prácticas que los hombres; son más cuidadosas en la limpieza; cuidan que nada se desperdicie y que todo esté bien conservado. En este caso, nuestra vigilancia sería superflua. Ellas, en efecto, generalmente merecen toda confianza, porque saben actuar mejor que nosotros. Esperemos de poder tener cuánto antes las hermanas, para confiarles la asistencia doméstica de la Casa.

“Mientras tanto, por ahora hace falta que te enteres de todo, sin esperar que lo haga el Padre Palma o yo. Esto es tu oficio, también cuando estamos nosotros.

“La cocina es muy importante, sea en lo que se refiere a la economía, sea también para el buen andamiento de la Casa, porque la salud depende en gran parte por allí, y por una razonable serenidad de la Comunidad”.

Lo seguí a la cocina. En cuanto entramos, sentí un desagradable olor a quemado, y me di cuenta que el Padre no lo advertía, porque se sabía que en el olfato era poco sensible.

Observó que en una olla había merluza y en otro unas patatas, y dijo bastante irritado: “¿Tan poca merluza? Por cierto, no puede bastar para todos”.

Contestó Vízzari: “Esta es sólo para la Comunidad religiosa. Para los huérfanos hay queso con patatas”. En seguida el Padre, en tono bastante resentido, replicó: “¿Por qué esta diferencia? Los huérfanos hay que tratarlos no sólo como los religiosos, sino mejor aún. Para ellos principalmente los bienhechores envían los donativos”.

Me introduje yo: “Padre, le explico el asunto. Se trata de esto: a los huérfanos no gusta la merluza y la dejan. Cada vez que la pasamos, la mayor parte de ellos monta una verdadera comedia. Prefieren mucho más el queso”.

Y el Padre: “No entiendo por qué. En Mesina también el los mejores restaurantes la merluza es una comida rebuscada, y es una comida muy sustanciosa”. “Sí, esto lo sentí yo también – admití – quiere decir que aquí no lo saben preparar. El hecho es que, por la mayoría de nosotros, empezando por mí, es una verdadera penitencia. Por esto usamos pasarla el viernes, la mayoría de las veces”.

El Padre intentó probarla, pero no la pudo ni comer, tanto estaba salada y seca.

"Pero así está claro – dijo en seguida – no se puede ni comer. Hace falta hacerla cocinar mucho más tiempo aún; mudarle más veces el agua para quitar toda esta sal, y luego condimentarla bien.

"Por hoy, como no hay más tiempo para preparar otra cosa, como ya es la hora de la comida, también a la Comunidad de los religiosos dese queso con alguna otra cosa que se puede conseguir".

Luego, hizo un buen reproche a Vízzari, que intentó disculparse echando la culpa sobre la pésima calidad de la merluza. A mí me tocó el reproche más solemne, porque responsable del mal tratamiento de la Comunidad.

En esto, el Padre Palma, oyendo hablar el Padre, vino a la cocina. En cuanto entró, dijo: "¡Vaya peste a quemado! ¿Qué es lo que quemasteis? Pidió a Vízzari. El pobrecillo contestó: "Igual un poco la sopa". Precisamente era la pasta con las judías.

Nos acercamos, pues, a los que preparaban los platos. Una escena de verdad muy fea, con todas aquellas costras negras y amarillas de quemado. En ver esto, el Padre se indignó más y dijo: "Pobres criaturas, ¡en qué manos acabaron!".

Luego, dirigido al Padre Palma, añadió: "Así no podemos seguir. Es inútil. Hace falta que la cocina se confíe a las hermanas. Hace falta que ellas hagan para la Casa masculina también este otro sacrificio. Y vosotros tenéis que saberlas apreciar".

Se fue para probar la sopa y, puntualmente, la halla salada. Viendo que se amargaba mucho, se me escapó: "¡Paciencia! Bueno, hoy es el primer viernes de mes. Servirá para mortificación". "Ya, ¿qué clase de razonamiento es esto? – contestó el Padre – Que la Comunidad haga esta mortificación que ocurre incidentalmente, está bien; pero hacen muy mal aquellos que por negligencia la imponen. ¿Es así que santifican el primer viernes de mes, con la falta de caridad y no haciendo bien su propio oficio?".

176. La necesidad del noviciado canónico

La última vez que el Padre fue a Oria, fue con ocasión de la publicación del número único de *Dios y el Prójimo* para la inauguración de la Casa de Roma.[54]

[54] La inauguración de la Casa de Roma en Circonvallazione Appia aconteció el 24 de mayo de 1925. El 14 de octubre de 1926 el Padre saludaba por última vez las Comunidades de Oria (Cf. Cronología, en *Positio vol. II)*.

Él, a pesar de estar muy postrado en las fuerzas, por la edad y la enfermedad padecida, trabajaba tanto que despertaba asombro.

Antes de todo, como hacía mucho tiempo que faltaba de Oria, con tanto mayor interés quiso estar informado de todo el andamiento de la Casa: el estado de salud de las Comunidades, la parte espiritual y disciplinar, los estudios, la economía, el número de los aspirantes. Cuando escuchó el buen número de ellos, dijo: "Sean dadas las gracias a los divinos Superiores. Hay buenas esperanzas para la Congregación. Se ve que la oración que se hace en esta Casa a San Francisco de Sales, es realmente eficaz.[55] Os encomiendo que no ceséis de rezar, y de trabajar en el campo de las vocaciones cuánto más posible.

"Pero, de modo especial, hace falta activarse para guardar las vocaciones y formarlas bien. En esto hace falta ser comprensivos, por un lado, pero también rigurosos e inexorables con los que no dan buenas esperanzas".

Yo añadí que no podíamos aceptar más jóvenes por falta de lugares, porque los huérfanos eran ya un buen número. Y el Padre replicó: "También tenemos que procurar mantener los huérfanos en el mejor modo posible, porque ellos atraen las divinas gracias y la Providencia para mantenernos a nosotros y para seguir haciendo la caridad. Intentad, pues, apresurar la nueva construcción".

Mientras el Padre hablaba, vino el Padre Palma, al que dijo: "Padre Palma, vi que, gracias a Dios, en esta Casa hay relativamente un buen número de aspirantes, como también en Mesina. Me parece que se imponga, pues, el problema de empezar a preparar lo que para mí fue siempre una preocupación, o sea la erección canónica del noviciado propiamente dicho.

"Es algo muy importante para una verdadera formación religiosa.

"Hasta ahora nos arreglamos como mejor pudimos y la divina Providencia nos vino en ayuda, porque no teníamos la posibilidad de hacer diferentemente. Pero ahora parece que esta posibilidad empieza a subsistir, por eso tenemos que buscar en todos los modos de ponernos en regla, sino la Providencia ya no nos socorrerá.

"Por cierto, no es algo que se pueda actuar del hoy al mañana. Tenemos antes que preparar y empezar pensando en el Maestro de los novicios y en el lugar donde establecer el noviciado.

"En lo que se refiere al Maestro, me parece que sea prudente esperar la ordenación de estos cinco jóvenes de Oria y de algún otro de Mesina, no sólo para tener un poco más de aliento, sino también para tener una mayor posibilidad de elección, porque el Maestro de los novicios tiene que ser el más calificado bajo todo aspecto. Seguramente entonces ya no estaré, porque siento que se acerca la hora de sacar cuentas a Dios con mi vida. Lo digo a

[55] Cf. la oración vocacional a San Francisco Sales en el cap. 118.

usted y lo diré también al muy querido Padre Vitale, pidiéndoos vivamente de actuar esta idea mía cuánto antes posible. En efecto, estoy seguro que ellos de esta necesidad están convencidos no menos que yo.

"Usted, mientras tanto, Padre Palma, empiece a pensar dónde establecer el noviciado. El ideal sería una colocación diferente de la de las comunidades; un lugar recogido, bonito, con sol e higiénico, para favorecer la buena salud. Además, un lugar que ofrezca la comodidad de tener buenos confesores, y no lejos del consorcio humano, como a menudo hacen los monjes y frailes. Los nuestros tienen que estar acostumbrados a saber vivir entre los hombres, porque somos de vida activa y destinados a las obras asistenciales, además que al apostolado".

El Padre Palma lo interrumpió y propuso: "Padre, pensé que, en un primer momento, tanto para empezar, se podría arreglar aquella fábrica de Monte San Ángel, modificando alguna cosa y también, si hace falta, haciendo alguna pequeña ampliación".

El Padre contestó: "En realidad no recuerdo la entidad de la fábrica. La idea no me disgustaría. En algún momento iremos a verla".

Después de unos días fuimos con el Padre y el Padre Palma al lugar en Monte San Ángel, que está en la parte extrema del jardín de la Casa.

El Padre Palma se dio cuenta que yo no estaba para nada entusiasmado por el lugar y me previno diciéndome de callar.

Llegados al lugar y observando minuciosamente la fábrica, el Padre hacía sus observaciones, y el Padre Palma contestaba. Como yo no decía ni palabra, el Padre me pidió: "¿Y tú, no dices nada? ¿Entonces, por qué viniste acá? Habla, ¿qué te parece?".

El Padre Palma replicó en seguida: "Si él habla, lo destruye todo. Desde cuando lo envió dando vueltas para ver los mejores Institutos de Italia, volvió con la idea de la grandeza, de lo ideal, de lo perfecto; se convirtió en un megalómano".

Y el Padre: "Padre Palma, déjelo hablar. ¿Qué es lo que quiere? Es un muchacho. También la idea de la grandeza es necesaria, aunque moderada por la razón y la prudencia que quiere que todo se haga según las posibilidades y las circunstancias prácticas. Oigamos cómo le parece".

"A mí – dije – la fábrica me parece pequeña e insuficiente. Los novicios estarían entre rejas, especialmente cuando no puedan estar fuera: en el interior no hay espacio para moverse. No hay agua, no hay servicios higiénicos. Para quererlo transformarlo como se conviene, hospedaría no más de ocho o, como máximo, diez novicios. A todo esto, se añade que, como panorama… tiene el cementerio".

Y el Padre: “En cuanto a la capacidad, al menos por ahora, ¡ojalá tuviéramos diez novicios cada año! Luego, cuando la Congregación se desarrolle y tenga otras Casas, el noviciado se podrá mudar a otros lugares. Por ahora, bastaría esto. Para acondicionar la fábrica más cómoda y adecuada, el Padre Palma dice que se podría adaptar. Para el agua, hay el pozo”. “Durante el verano – dije – el pozo está seco”. El Padre Palma añadió: “Justamente por el agua es una suerte. Podemos tener toda el agua que queremos por el pozo del *aer motor*. Hacen falta poco más que unos cien metros de cañería”.

El Padre replicó: “El hecho que está delante del cementerio, no es un problema. Más bien serviría para recordar que tenemos que fallecer. Los santos, para hacer mejor la meditación sobre la muerte, tenían en la mesa una calavera; y en el coro de algunas comunidades religiosas, ¡se halla incluso todo completo el esqueleto humano!

“Aquí habría las siguientes ventajas: el noviciado, mientras está separado de la Comunidad, es también muy cercano para el intercambio de las ayudas. Además, justamente porque está distanciado debidamente, todos los servicios de la casa, los tendrían que hacer los mismos novicios; y esto es bueno, porque así se acostumbran a hacer de todo.

“Aquí habría otra ventaja, o sea que, mientras los primeros meses tendrían que ocuparse únicamente en la meditación y en las instrucciones sagradas bajo la guía del Maestro, que explica las Sagradas Escrituras, las Constituciones, los reglamentos, la vida religiosa, el espíritu y las finalidades de la Congregación; seguidamente, especialmente después del año canónico, los novicios tendrían la comodidad de ejercer en las obras del Instituto, yendo a ayudarlo y trabajando en la Casa cercana.

“Esto es muy importante, no solo para la formación de los novicios, que tendrían que procurar saber hacer de todo, sino también para el conocimiento práctico que el Maestro tiene que tener sobre cada uno de ellos, para formar un juicio de idoneidad o menos. El Maestro, pues, los tendría que prevenir, seguir, instruir y, ocurriendo, en el tiempo oportuno, corregirlos”.

El Padre Palma añadió: “Si haga falta, se podría abrir una puerta, para que los novicios puedan ir directamente al bosque para divertirse, recoger frutos, e igual ayudar en la huerta”-

El Padre concluyó: “Estas, por ahora, son ideas, deseos piadosos que hace falta madurar con su tiempo, la reflexión y, más que toda otra cosa, con la oración. Por supuesto el noviciado, bien regulado y en el respeto de los cánones, es algo muy importante para la Congregación, porque se sabe que la vida de ella depende principalmente por la buena formación religiosas de sus miembros”.

177. Una composición bien desarrollada

Cuando en 1908 ingresé en Mesina, vi a mi hermano José, luego Hermano Mansueto, que leía con fervor el Evangelio de San Mateo. Aquel libro se lo había regalado el Padre, y por eso lo guardaba con cariño por doble razón.

Cuando pasó por Oria, lo conocía casi todo de memoria.

Este hermano mío tenía para con el Padre una veneración y devoción toda especial.

Él destacaba por su carácter dócil y manso, tanto que el Padre en su vestición le impuso el nombre de Hermano Mansueto. Fue uno de los primeros en estrenar la escuela superior interna en 1910-1911 en Oria.[56] Esta escuela la había querida personalmente el Padre, que la seguía con gran interés.

Un día, entre las otras cosas, el Padre dijo al Padre Palma de sugerir al profesor de italiano, Canónigo Nacci, de asignar a menudo a los alumnos temas sobre problemas sociales, morales y religiosos que impulsen a la solidaridad para las miserias humanas. El Padre observaba que estos argumentos y ejercicios concurren no sólo para escribir correctamente y para el enriquecimiento cultural, sino también forman el corazón, alimentan la vocación, incrementan el espíritu de la Congregación.

Gustó al profesor la sugerencia, e intentó ponerla en práctica. Un día dio por tema: “Decid lo que os proponéis de hacer en vuestra vida”.

Mi hermano José escribió: “Yo quiero hacer en mi vida lo que hizo y hace el Padre Fundador, o sea (en resumen) todo lo que él hizo y está haciendo para con los huérfanos, los pobres, los necesitados: rezar, celebrar, predicar, confesar, hacer bien a todos; rogar fervientemente al Señor para obtener los buenos Trabajadores a la Santa Iglesia, como hizo él. Ser muy devoto de la Santísima Virgen como él, y ser virtuoso y santo como él”.

La composición gustó mucho al profesor que lo alabó en clase y, después de hacer las debidas observaciones y correcciones ortográficas y gramaticales, la guardó para hacerla ver al Padre Palma. Este, a su vez, tomó la ocasión para hablar de ello en la lectura espiritual.

Dijo que el pensamiento era bonito, porque verdaderamente tenemos que esforzarnos de ser verdaderos y buenos Rogacionistas, de hacer lo que hizo y hace el Padre. En efecto, seremos tanto más Rogacionistas, cuanto más nos esforzaremos de imitarlo. Pero esto no solamente en palabras, sino, más que todo y, sobre todo, con los hechos.

[56] Cf. el cap.121.

Luego, dirigido a José, bromeando le preguntó: "¿Acaso quieres ser también poeta y literato como el Padre? No me parece, porque la composición está sembrada de errores".

José contestó: "En cuanto a los errores, espero corregirme. En cuanto a ser como el Padre, seguramente no podré serlo. Oí decir, en efecto, que para ser poeta hace falta nacer así. El Padre también de jovencito escribía poemas, como 'La pequeña mariposa'. Yo, en cambio, intenté hace unos días, y no conseguí escribir dos versos".

El Padre Palma siguió diciendo: "¿Entonces quisieras ser también fundador como el Padre?". Y él contestó en seguida: "Esto nunca lo dije ni lo pensé jamás. Nuestra Congregación es tan bonita, que no creo que se pueda hacer otra parecida. Y luego, se dice que los fundadores no se hacen por sí mismos, sino que los hace Dios".

El Padre Palma, luego, a solas, me dijo: "Cuando vendrá el Padre, hazle ver esta composición".

Y yo, un día que el Padre y el Padre Palma se hallaban juntos en la habitación, con una excusa fui para hacerle ver la composición.

El Padre Palma habló al Padre de ello con entusiasmo, y se lo leyó.

Apenas el Padre escuchó que José quería hacer como había hecho y estaba haciendo él, en seguida dijo: "Pobre hijo, ¡cómo se engaña! Quiere decir que quiere hacer todos los errores y los despropósitos que hice y estoy haciendo yo. ¡Se encontraría muy bien!".

Cuando luego oyó que José quería ser bueno y santo como él, casi saltando exclamó: "Pobre hijo, ¡cómo se engaña de verdad! Si supiera cuántas faltas de correspondencias a la gracia divina, cuántas ingratitudes y, sobre todo, ¡cuántos pecados! Pero, ¿quién es que enseña a este querido hijo a escribir estos despropósitos? Hay que corregirlo".

Contesté: "Bueno, ¿hay algo malo? Acaso no decía San Pablo a los primeros cristianos: ¿sed imitadores míos, como yo lo soy de Jesucristo?".

Y el Padre: "Pero, por favor, cállate. ¿Qué pinta aquí San Pablo? Se ve que tú también no sabes lo que dices, igual que tu hermano".

178. Sin amor a la oración, ¿qué vocación?

La última vez que el Padre vino a Oria, me preguntó el informe usual sobre el andamiento de la Casa y se interesó especialmente sobre la conducta y las buenas disposiciones de los cinco religiosos estudiantes de filosofía. Entre ellos había un tal Hermano Tarcisio Massafra, del que, desafortunadamente, tuve que trazar un perfil para nada favorable.

Le dije que este se entregaba alma y cuerpo en la actividad, con una especie de manía, a cuesta también de grandes sacrificios, sólo para lucirse. Trabajaba en la tipografía, y se activaba para ayudar al maestro Chírico en la banda, cuánto más podía.

Sólo para causar una buena impresión en el trabajo, no cuidaba de ir mal vestido y hasta poco limpio. Además, era negligente comiendo.

Este excesivo activismo, lo hacía negligente, perezoso y holgazán en las prácticas de piedad y en la observancia de la vida religiosa. Buscaba todas las escusas para ausentarse de las oraciones y de los actos comunes y, cuando no podía no intervenir o participar, se mostraba sin gana, distraído, y a menudo se dormía.

Habían sido inútiles todas las llamadas de atención, los reproches y las amenazas por mi parte y del Padre Palma. Hacía muchas promesas, pero no mantenía ninguna de ellas.

En los últimos días el Padre Palma lo había reprochado bastante fuertemente, y le había dicho que sin duda escribiría al Padre para expulsarlo. Este discurso hizo cierto efecto en su conducta, aunque efímero.

El Padre, decididamente, me dijo: “Me maravilla cómo todavía lo tenéis aquí. ¿Qué esperáis por un elemento sin piedad? Nunca podrá ser un buen religioso, tanto menos un buen sacerdote. Lo hubieseis tenido que expulsar hace mucho tiempo. Si sois tan indulgentes en esta asignatura, arruinaréis el estudiantado, la Casa y la Congregación.

“Por cierto hay que ser reflexivos, longánimos, paternos, pero no con un elemento tan obstinado.

“Igual os dejasteis engañar por su actividad, porque producía; o bien fuer por falta de personal sea en tipografía que en la banda.

“Si es así, que sepáis que cometisteis una grave imprudencia de gobierno. Habría sido, en efecto, un mal menor para la Congregación sacrificar el buen éxito de la tipografía y de la banda, que tolerar un elemento parecido.

“Luego, el grave daño de tenerlo tanto tiempo no es solamente de la Congregación, sino también del mismo joven, porque cuánto más tiempo pasa para volver al siglo, tanto más difícilmente hallará mañana su sitio en la sociedad. Por esto, igual muchos pobres antiguos religiosos o seminaristas permanecen en la sociedad de los desplazados.

“Ahora lo llamo yo y sin duda le comunico que queda expulsado. Pero puede ser que, como en estos días mostró cierta mejoría, después de la amenaza de la expulsión, se le podrá conceder aún una prueba. Pero estoy seguro que volverá a ser el mismo, y pronto o tarde se irá con sus pies, o

seremos obligados a expulsarlo. Porque cuando uno está obstinado y endurecido en la falta de piedad, no hay nada para esperar".

El Padre lo llamó paternalmente, pero en modo fuerte y resoluto le dijo lo que le tenía que decir.

El joven lloró y pidió al Padre, para que le concediera, al menos, una prueba. El Padre, finalmente lo animó y lo exhortó a enmendarse, y a rezar fervorosamente, sin dejarse vencer por su activismo, porque era esta una insidia del demonio para quitarlo de la vida religiosa.

Luego me llamó y me dijo: "Hablaré de ello también al Padre Palma. Tened cuidado, seguidlo con diligencia, no os dejéis engañar, y sed decididos y enérgicos en la sanción. Informadme a menudo y, repito, para expulsarlo no hace falta ya mi permiso".

Como el Padre había previsto, durante un tiempo mejoró, pero luego nos obligó a la extrema y dolorosa decisión.

Lamentablemente, fuera no se portó bien para nada.

Sin embargo, hay que decir que siguió mostrándose siempre aficionado al Instituto y, de modo especial, al Padre que él estimaba un gran santo.

179. El Padre habla en el Oratorio San Joaquín de Ceglie Messapico

Don Cosme Spina, sacerdote erudito y gran animador juvenil, ayudado por otros cohermanos celosos, dirigía con pasión el Oratorio San Joaquín, verdadero modelo en Ceglie Messapico.

Estaban inscritos muchos centenares de alumnos, desde la edad de la Primera Comunión a la adolescencia y a la juventud.

Llegado un día a Oria, me contó lo siguiente: "Conociendo la fama de santidad, de doctrina y celo del Padre Di Francia, especialmente para la santificación de los chicos, un día, junto con el arcipreste Carlucci, lo invité para hablar en el Oratorio de San Joaquín en Ceglie. Él aceptó con gusto.

"Cuando en el pueblo se esparció la noticia todo el clero del pueblo, muy numeroso y con personalidades calificadas, corrió compacto, además del pueblo y de un gentío de chicos, tanto que los lugares no los podían contener.

El Padre se presentó ante la audiencia en una postura muy humilde, pero en el mismo tiempo radiante de alegría, viendo aquel público hambriento de escuchar su palabra.

Empezó la charla manifestando su complacencia por la sobresaliente organización del Oratorio y por aquella muchedumbre de chicos.

Esta, siguió, es la mejor manifestación del fervor con que trabajan los organizadores de este magnífico Oratorio y el clero de esta sobresaliente

ciudad. Esto demuestra cómo las familias viven de verdad el espíritu religioso, y cómo estos muy queridos hijos son buenos, quieren amar a Jesús, y prometen de veras tener un buen éxito.

En este punto hubo como una explosión: un sonoro y prolongado aplauso.

El tema de su charla fue: "La Santísima Eucaristía y la Santísima Comunión".

La exposición doctrinal sobre el tema fue tan clara y fácil que, con gran asombro, todos podían seguirla con la máxima atención. Todos eran casi atraídos.

Habló recordando todos los pasajes más bonitos y atrayentes del Evangelio, referentes al amor muy tierno de preferencia del divino Maestro para con los niños, hasta el punto de considerar hecho a él lo que se les hace a ellos por su amor.

Él hablaba con mucha suavidad y con mucho espíritu de fe, hasta arrancar lágrimas de alegría y emoción.

Luego habló del infinito don de la Santísima Comunión, por lo cual el que se comulga con las debidas disposiciones, recibe el Señor vivo y verdadero en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, y permanece en Jesús, mientras Jesús permanece en él.

Seguidamente, habló del ardentísimo deseo de Jesús de entregarse a todos los hombres en la Santísima Comunión, y luego del grito de amor que Jesús diariamente hace sentir desde el Santo Sagrario: "Dejad que los pequeños lleguen a mí, porque de ellos es el reino de los cielos".

El discurso fue relativamente largo, pero nos pareció muy corto, que lo queríamos prolongar aún más.

Fueron momentos muy bonitos. Los efectos de la charla fueron tales que podemos afirmar que nunca hubo en el Oratorio entusiasmo parecido, ni jamás hubo muchas Comuniones generales y duraderas.

La memoria de aquel discurso permaneció indeleble en la mente y en el corazón de Ceglie. Todo el mundo decía: "Verdaderamente este sacerdote tiene que ser un gran santo".

Acerca de esta charla del Padre, don Cosme Spina recordó también que un sacerdote recién ordenado se atrevió a mover alguna crítica: "Se ve que el Canónigo Di Francia tiene que ser verdaderamente un hombre todo de Dios; pero, como doctrina, me esperaba algo más. Fundamentalmente no dijo nada nuevo. ¡Dijo cosas comunes que sabe todo el mundo, hasta los niños!". A este, sin embargo, en seguida le replicaron: "¿Y qué novedades querías que dijera? ¿Querías que hablara de tal manera que no lo entendieran los chicos

e, igual ni nosotros? Aquí, en cambio, hay lo extraordinario: saber decir las cosas más difíciles en la manera tan fácil y clara, ¡hasta penetrarlas en la mente y en el corazón de los más pequeños! Aquí está el arte del verdadero predicador".

180. Lo que se da a los pobres se da a Dios, y Dios lo recompensa cien veces más

Después de la apertura de la Casa de Oria, durante muchos años hubo l acostumbre de ofrecer una comida sobresaliente a los pobres del pueblo, con ocasión de la fiesta de San José, de San Antonio de Padua y de San Pascual, al que estaba dedicado aquel convento.

Se invitaban todos los pobres del pueblo y se admitían en la comida todos los que se presentaban, sin ninguna distinción. Acontecía prácticamente que, además de los pobres propiamente dichos, se agolpaban también unos necesitados más sencillos y en paro, de modo que el número de los comensales, ordinariamente, llegaba a superar las cien personas: también porque se sabía que el tratamiento era sobresaliente, y la comida de señores. La mesa se preparaba en el mejor modo posible. Se usaban los mejores cubiertos, tomándolos también de la Casa femenina. Se servía normalmente: aperitivo, pasta, carne y doble guarnición, con otro segundo plato con guarnición, queso y alguna otra cosa, muchas cualidades de fruta, pan, dulce, vino de dos tipos y café. Y todo según el proprio antojo. Sólo el vino se controlaba, para que no se abusara.

Servía el personal de la Comunidad.

Cuando el Padre estaba en Oria, el animador de la fiesta era él. Vestía el delantal y se activaba para llegar a servir a todos.

Su presencia suscitaba un entusiasmo increíble. Durante la comida se intercambiaban brindis de todo tipo que a menudo acrecentaban la alegría por su originalidad. Se cantaba en honor del Santo, de nuestro Señor y de la Santísima Virgen.

Terminada la comida, se daba aún a cada uno algo de dinero.

Recuerdo en particular un año que, por San José, se halló el Padre en Oria. Muchos días antes de la fiesta, con toda diligencia cuidó la preparación de la comida para los pobres. Se enteraba minuciosamente de todo.

"La primera y más importante preparación para la comida a los pobres – dijo – es la fe viva y la caridad ardiente con que la tenemos que hacer. Tenemos que acoger y servir a los pobres mejor que si acogiéramos unos grandes señores y servirlos como si acogiéramos y sirviéramos real y personalmente al Señor mismo con sus santos Apóstoles. Y esta no tiene que ser una piadosa imaginación, sino una realidad, porque el mismo nuestro

Señor: 'Cualquier cosa hagáis a uno de estos mínimos por amor mío, lo considero hecho a mí mismo'. Y aún: 'Tenía hambre y me diste de comer, estaba sediento y me diste de beber'.

"En cuanto a los gastos no os preocupéis – siguió – el que da a los pobres da a Dios, y Dios devuelve abundantemente, sea material que espiritualmente. En efecto, lo dice el mismo nuestro Señor: "Por uno que deis, se os devolverá cien veces más y la vida eterna".

Con este espíritu de fe se entregó alma y cuerpo para preparar y servir la comida.

Entre otras cosas, el Padre me dijo de hacer preparar a alguien unas palabras de ocasión, breves y fáciles para que los pobres las entendieran. Para esto se ofreció con gusto el Hermano Redento, que se preparó con mucho cuidado cuatro hojas para decir durante la comida.

El Hermano Redento, cuando hablaba y, más aún, cuando escribía, a menudo usaba palabras y lemas no comunes, rebuscados, altisonantes y difíciles. Sin duda no para ostentación, porque era muy sencillo y humilde, sino porque le gustaba ir en búsqueda de palabras raras.

Acabado de escribir el pequeño discurso, el Hermano quiso compartirlo con el Padre. Y empezó a leerlo con énfasis: "Entre los muchos epítetos que se dan al venerando canoso consorte de la Santísima Virgen María y al padre aparente del Nazareno Jesús, hay aquel sugestivo de proveedor de los indigentes".

Tras estas palabras, el Padre lo interrumpió en seguida diciendo: "¡Ya basta! ¡Basta así, hijo! Ya lo entendí. No perdamos más tiempo y no disgustamos la buena comida. ¿Qué modo es esto de hablar? Cuando se habla o se escribe, lo más importante es hacerle entender bien, al que se habla o escribe, lo que se quiere decir".

Los invitados en el almuerzo aquella vez eran unos 130. La comida tuvo mucho éxito. El Padre habló como sabía hablar él, y encantó a todos.

Al terminar la comida me dijo de darles una lira a cada uno. Yo me atreví a decir: "Pero, ¿no es suficiente el almuerzo? ¿Qué tienen que hacer con el dinero? ¡Igual lo usarán para emborracharse!". Y el Padre: "Se ve que no eres práctico de la vida y mucho menos de la vida de los pobres, que cada día faltan de todo. Haz como te dije y no pienses en los gastos. El Señor nos devolverá cien veces más lo que nosotros les damos: 'Dad y se os devolverá cien veces'.

El día siguiente el Padre fue a la Casa femenina de San Benito. Después de regresar me llamó y me preguntó cuánto más o menos habíamos podido gastar para la comida del día antes. Después de pensarlo un poco, contesté que unas 15 liras para cada uno, y así calculando por 135, subían en todo

2.000 liras. Y el Padre me dijo: "¡Ves cómo la divina Providencia es generosa con lo que se da a los pobres! Ayer mismo llegó de América a nuestra Secretaría de San Benito un vale de 225.000 liras, ¡doscientos veinticinco mil! O sea, ¡más de cien veces de lo que gastamos ayer para los pobres!

181. Cualquier trabajo honrado hace siempre honor

Un día en Oria, mientras algunos de la Comunidad intentaban descargar un carro de ladrillos, vino el Obispo, monseñor Antonio Di Tommaso, para visitar al Padre.

En cuanto lo vimos, intentamos suspender para ir a acogerle y homenajearle. Pero el Obispo, sonriendo, dijo: "No os mováis, seguid vuestro trabajo. Me da mucho gusto ver que trabajáis. Si tuviese una cámara de foto, os haría una fotografía mientras trabajáis".

Entonces le dije: "Pero, Excelencia, cuando lo vimos, unos cuantos dijeron: es vergonzoso hacernos hallar así por el Obispo".

Y él me contestó: "No hay que avergonzarse por el trabajo. Al revés, hay que avergonzarse por el ocio. El trabajo siempre es honrado". Mientras el Obispo pronunciaba estas palabras, llegó el Padre que había sido avisado.

El día siguiente el Padre, en la lectura, tomó ocasión de las palabras del Obispo para hablarnos del trabajo. Empezó diciendo: "¿Escuchasteis lo que os dijo ayer el Obispo, y cómo se mostró contento hallándoos trabajando? A mí luego siguió hablándome sea de la importancia, como también de la necesidad del trabajo, especialmente en un Instituto de educación y beneficencia como el nuestro. Por esto yo a menudo hablo de ello y no hay reglamento en que no insisto en este tema. No os digo luego cuánto me alegro que por nosotros trabajamos de verdad con compromiso.

"Hay que trabajar:

a) para satisfacer la ley general del trabajo. Dios dijo: 'Comerás el pan con el sudor de tu frente', o sea con el fruto de tu trabajo. San Pablo dice: 'El que no trabaja, que no coma'. Aquí, sin embargo, hace falta decir que trabajo no solamente es lo material, sino toda honrada ocupación: estudio, los oficios de comunidad, la oración, la predicación, la confesión, la vigilancia y cualquier otra ocupación asignada por la obediencia;

b) hace falta trabajar: o sea, esto se requiere por la naturaleza de nuestro Instituto, que es de educación y beneficencia. No puede haber verdadera educación donde no haya amor para el trabajo. El ocio es el padre de los vicios. Además de la obligación de la santificación de los niños, tenemos también la de formarlos. Y nosotros, como educadores, tenemos que ser los primeros en dar a los acogidos el ejemplo del trabajo;

c) tenemos que trabajar para procurar el sustentamiento y lo que haga falta a los niños que se nos confiaron;

d) tenemos que trabajar para enmendar nuestras faltas. Dios impuso el trabajo como castigo a Adán; y en Adán nosotros también, tras la desobediencia, advertimos el valor expiatorio del trabajo;

e) tenemos que trabajar para nuestra santificación, para ganar méritos para el paraíso;

f) tenemos que trabajar para la gloria de Dios, para el bien de las almas, para el crecimiento de nuestra Congregación;

g) finalmente, tenemos que recordar que el trabajo es un gran coeficiente para mantener en el Instituto el orden, la disciplina, la religión, la civilización, la moralidad. Los jovencitos que aman el trabajo, fácilmente tendrán un bien éxito y serán óptimos religiosos. En cambio, el que no quiere el trabajo, sino que es perezoso y sin gana, da poca o ninguna esperanza de éxito.

"Nuestro Instituto, desde su fundación, para vivir fue adelante no solamente con los donativos de los bienhechores, sino también con el fruto del trabajo manual. Trabajos de flores artificiales, talleres de sastrería, de zapatería, de tipografía, de molinos, de panaderías, de pastelerías.

"El trabajo manual hace también crecer a los jovencitos sanos y robustos".

182. Una receta para los gamberros: afecto y catequesis

En los primeros tiempos de la Casa de Oria, éramos puntualmente los objetivos de las bromas y burlas de los chicos locales, cada vez que los cruzábamos en la calle. Sostenían su coro sarcástico con un grito machacón: "¡Picuozzi! ¡Picuozzi!", una palabra de los dialectos meridionales muy despectivo.

Y esto no se acababa así. A menudo nos atacaban con restos de manzanas, fruta podrida y piedras. El único que se salvaba, parece fuera el Padre.

Un día, mientras volvía del Instituto femenino, unos chicos de la calle me tiraron unos tomates. Entre ellos, vi un tomate bueno, maduro y sano. Sin perderme de ánimo, lo cogí, lo limpié y me lo puse en el bolsillo, diciendo a los muchachos: "Echad, echad aún, porque están buenos".

Ante estas palabras, los chicos acabaron y me dijeron: "Picuozzo, muerto de hambre, ¿te gustan los tomates?".

Regresando en casa, la comunidad ya había acabado de comer, pero el Padre aún quedaba en la mesa. Yo, cortando el tomate para comerlo, le conté

lo que había pasado, añadiendo que los insultos y los malos tratos de aquellos gamberros eran continuos en todo el pueblo.

"Y ¿cómo es – dijo el Padre – que a mí no dicen y no hacen nada malo? Igual vosotros os molestáis, reaccionáis, contestáis mal. En cambio, tenéis que quedar quietos".

"Esto hasta cierto punto – contesté – cuando nos atacan con piedras, no se puede no responder con otras piedras y, cuando uno de ellos nos llega bajo las manos, le damos la educación que no le saben dar sus padres".

Y el Padre: "¡Muy bien! ¿Es así los queréis educar, haciendo los gamberros también vosotros? Así sois vosotros que les dais la ocasión, provocándolos. A los insultos, tenéis que responder con actos de bondad, tenéis que acostumbraros a aguantar y, además, a acercarlos con buenas maneras, hacerles o prometerles algún regalito. Intentad también, con los debidos modales, de hacerles participar en el juego de nuestros chicos. Pero, sobre todo, con gentileza, intentad instruirlos en la doctrina cristiana, en la frecuencia de los Sacramentos. Si hacéis esto, seguramente veréis el gran cambio. En poco tiempo, tendréis en las manos los chicos y la juventud del pueblo y todo el mundo os respetará.

"Es esta nuestra misión, además de la oración y la propaganda para obtener los buenos sacerdotes: educar y santificar no solamente los acogidos, sino también los adolescentes y la juventud externa. Para esta misión hace falta acostumbrar y formar los nuestros desde pequeños".

Luego aconteció también que, mientras los nuestros hacían el recreo y jugaban en la plaza delante del Instituto, unos chicos externos, desde lejos, empezaron a insultar y a tirar piedras. Los nuestros querían reaccionar, como siempre, pero, como se lo prohibimos, siguieron jugando.

Aquellos gamberros, viendo que nadie respondía, poco a poco acabaron con los insultos y se entretenían solamente mirando los nuestros que jugaban. Más que todo, los atraían los malabarismos del jovencito Levi, luego Padre Redento, que, como experto muchacho napolitano, tenía un gran éxito.

Uno de aquellos chicos, para ver mejor el juego, se acercó poco a poco a los nuestros. Yo lo acerqué, intercambié con él unas palabras de confianza, y lo llevé entre los nuestros invitándolo también a jugar. Pero él, avergonzado, rechazó.

Sus compañeros, casi maravillados, lo miraban desde lejos, sin atreverse a acercarse.

Acabado el recreo, al pequeño que tanto se había acercado a nosotros, dimos unas imágenes bonitas y unas mandarinas, y lo exhortamos a decir a sus compañeros que podían venir ellos también, y que los haríamos jugar con los nuestros.

El día siguiente vino un buen grupito y muy pronto se unieron con nosotros, participando a nuestro recreo. Eran juegos entonces muy primitivos, no conocíamos ni mucho menos la pelota.

El día siguiente llegaron aún más y así, gradualmente, su número se acrecentó, tanto que ya no bastábamos para vigilarlos.

Levi especialmente cosechaba aplausos. Los chicos eran todos forofos suyos, porque él era malabarista, juguetón, y contaba anécdotas napolitanas.

Después del juego, poco a poco introdujimos el uso de la catequesis, la preparación a la Primera Comunión, la frecuentación de los santos Sacramentos, la oración.

Después de unos meses, la juventud de Oria aparecía transformada, tan aficionada a nosotros que, por doquier nos veían, incluso en las calles, nos acompañaban con alegría. Incurrimos entonces en otra dificultad, al menos según el parecer de unos representantes del clero local. Decían que dábamos demasiada confianza a aquellos chicos, y esto constituía falta de decoro. Unos cuantos llegaron hasta a informar al Obispo. Monseñor Antonio Di Tommaso reaccionó con fuerza, diciendo: "Pero, ¿qué estáis diciendo? Los de San Pascal están haciendo un milagro de apostolado entre los adolescentes. No sé cómo dar gracias al Señor y a los muy queridos Rogacionistas".

Esta gratitud nos la manifestó en ocasión de la fiesta de San Antonio, cuando fuimos junto con el Padre a felicitarle la fiesta onomástica.

El Obispo, casi emocionado, no hallaba palabras para alabar la operación de la catequesis que hacíamos a los chicos del pueblo. Decía: "Estáis sanando la juventud de Oria. El pueblo me habla de ello tan bien, y también personas importantes que no son tan fervorosas en la vida cristiana".

El Padre, regresando al Instituto, refería a todos la gratitud y la complacencia del Obispo por el bien que se hacía, y animaba a seguir y a mejorar.

Sin embargo, no parece verdad, este bonito romance tuvo una duración corta, porque, animados por celo indiscreto, quisimos llevar la actividad a un nivel de perfección que los lugares, el personal y los medios no permitían. De este modo en nosotros entró un sentimiento de desconfianza y desánimo y, poco a poco, la actividad bonita se apagó.

Lamentablemente, se realizó lo que a menudo decimos: lo mejor es enemigo del bien.

183. Exhortación a una Superiora dominica: administrad los bienes de la Congregación como bienes de la Providencia

Cuando con el Padre fuimos a Roma para la adquisición de la Casa de Circonvallazione Appia, nos hospedaron las Hermanas Dominicas en la Subida del Grillo.

El Padre se llevaba muy bien con aquellas monjas, especialmente por las muchas ayudas espirituales y temporales que, en su tiempo, había dado a su fundadora, Madre Lalía.[57] Por eso, estaba enterado de los asuntos de su Instituto.

Mientras estábamos allí hospedados, la Superiora de aquella Casa tuvo noticia de la muerte de su hermana, que me parece se llamara sor Tomasina, Superiora de las Dominicas de Ceglie Messapico.

La Superiora comunicó la noticia al Padre, que contestó: "Lo siento mucho, era una religiosa sobresaliente, muy ejemplar, apegada a la Congregación y a la santa Fundadora tan atribulada. Haré sufragios y mañana por la mañana aplicaré la Santa Misa para su alma. ¿Sabéis si ya arregló los asuntos que se refieren a los bienes de la Congregación? O sea, ¿si hizo testamento regular?".

Hace falta precisar que aquella Congregación no estaba reconocida como entidad jurídica, y así no podía poseer nada; consecuentemente, los bienes de la religión, necesariamente tenían que estar intestados a las personas físicas, y esto era muy peligroso porque si, en su tiempo, no se hubiese hecho testamento regular de cesación, la Congregación podría perder aquellos bienes, porque todo quedaría automáticamente a los herederos naturales.

La Superiora contestó a la pregunta del Padre con mucha indiferencia: "No sé nada de nada, muy reverendo: de estos asuntos nunca jamás me intereso".

Y el Padre, en seguida: "¿Cómo no se interesa para nada? ¿No se interesa de los bienes de vuestra Congregación? ¿Acaso no sabe que los bienes de la religión son todos bienes de la Divina Providencia, confiados a la Congregación, para que los miembros de ella los sepan administrar, conservándolos y sirviéndose de ellos según las normas del Derecho Canónigo y las propias Constituciones? Y, por eso, ¿cómo puede una hermana, y más aún Superiora, decir que de los bienes del Instituto no se interesa para nada? ¿No sabe que, si en su tiempo debido no se hace el testamento de cesación, la Congregación lo pierde todo? Perdone si le hablo así, pero lo hago para vuestro bien y el de la Congregación, tanto más que

[57] Madre María Antonia Lalía, nacida en Misilmeri (Palermo) en 1839, fue fundadora de la Congregación de las Hermanas Dominicas de San Sixto Viejo en Roma: alma grande, capaz de heroísmos y sufrimientos indecibles. El Padre conoció, apreció, ayudó la obra de ella. En las *Cartas del Padre* se pueden leer unos intercambios epistolares (cfr. I, p. 487; II, p. 41ss) y noticias útiles.

usted es Superiora y tiene el deber de conocerlas, estas cosas, y de enseñarlas a las demás religiosas de la Casa".

Cuando la Superiora se marchó, el Padre siguió conmigo: "Unos cuantos religiosos y religiosas, por ignorancia, creen que sea espíritu de pobreza no interesarse de los bienes de su Instituto. Esto es grave, porque los bienes del Instituto se tienen que mirar como algo que pertenece a Dios, y así se tienen que guardar y usar como cosas sagradas.

"Hace falta ser discretos en el uso personal, sin exagerar en vestir, en gastar para sus propias comodidades, desapegándose de las cosas y listos a dejarlas cuando los superiores así lo mandaran. Así también es necesario estar siempre prontos para cambiar Casa, oficio y todo. Pero en el mismo tiempo hace falta estimar y guardar aquellos bienes como si fueran cosas propias, porque, en efecto, pertenecen a Dios.

"Para nuestro Instituto es más fácil reconocer que todos sus bienes son propiedad de la divina Providencia, que nos los envía como el maná caído del cielo de los judíos. Todo es fruto de la Providencia, que nos socorre a través de los bienhechores por gracias recibidas o para recibir por intercesión de San Antonio.

"Los administradores principales y directos de estos bienes de la Congregación, o mejor, de la divina Providencia, son los Superiores. Ellos los tienen que guardar y administrar como es debido, o sea según los sagrados cánones y nuestras constituciones; pero todos los congregados tienen la obligación práctica de considerarlos y utilizarlos como tales.

"Es algo muy importante saber y recordar todo esto en la vida religiosa. Esta instrucción hace falta empezar a darla, según las capacidades, desde el postulantado".

184. Un nicho demasiado pequeño por San Antonio

Un día vi al Padre y al Padre Palma que, estando en el patio de Oria, hablaban entre ellos y miraban con cierto interés el muro sobre la puerta que lleva a la escalera mayor de la Casa. El Padre Palma me llamó y me dijo: "Oye lo que está diciendo el Padre: él quisiera colocar sobre la puerta de la escalera una estatua de San Antonio".

"Sí – añadió el Padre – me parece el lugar mejor para que se vea también por el que entre en la Casa.

"Ya la divina Providencia parece que escogió este gran Taumaturgo como Proveedor celestial de nuestros Institutos. Se puede decir que ellos deben, en cierto modo, su existencia material y muchas ayudas espirituales a este glorioso Santo. A él están dedicados nuestros Orfelinatos, de él toman el nombre de Orfelinatos Antonianos, y bajo su nombre ya son conocidos, se

puede decir, en todo el mundo, mientras por cada parte del mundo nos llega la Providencia.

"Por esto la devoción a este gran Taumaturgo en nuestros Institutos tendrá que ser siempre viva y nosotros tendemos que cultivarla y enseñarla también sensiblemente con signos exteriores, como ritos, fiestas, procesiones, santas Misas y exponiendo al culto imágenes sagradas que no tienen que faltar nunca en nuestras Casas".

Como el Padre acabó de hablar, a mí se me escapó: "En realidad, me parece que no merezca la pena poner una estatua allí arriba, que no podría ser más grande de un metro, ya que no se podrá hacer más grande que el nicho. Tendría que tener un tamaño regular, más o menos un metro y setenta".

En seguida el Padre me cortó: "¿No sabes que lo mejor es enemigo del bien? Según tu parecer, no pudiendo poner una estatua en tamaño natural, ¿sería mejor que no se ponga nada? ¡Vaya que razonamiento bueno!". Y, dirigiéndose al Padre Palma, dijo: "Padre Palma, no le haga caso y sin duda haga cavar el nicho como mejor se pueda y encargue la imagen adecuada. Cuando todo esté listo, avíseme, para que, Dios mediante, quiero hallarme presente y tendremos que hacer una fiesta bonita, para suscitar buenos sentimientos en la Comunidad. Es un momento muy importante, cuando se expone al culto una imagen sagrada. Se hace mucha fiesta para un monumento que se estrena en honor de un personaje merecedor, ¿y no se tiene que hacer cuando se expone la imagen de un santo o de una santa, que supieron reproducir en sí maravillosamente Jesucristo y se hicieron beneméritos de la humanidad?".

Después de unos meses avisamos al Padre que todo estaba listo y lo rogamos que decidiera la fecha para la fiesta.

Él llegó la noche antes de la fecha establecida, se enteró en seguida de la imagen y del nicho y se felicitó: "Todo está muy bien; es algo muy adivinado. La imagen, además, no es muy pequeña, como hacía entender el hermano Carmelo".

Dicho esto, fue al comedor para la cena. El Padre Palma lo siguió y le dijo: "Padre, en realidad sería algo sobresaliente si para esta circunstancia se cantara una nueva canción a San Antonio". "Claro – contestó el Padre – pero ahora ya no hay tiempo".

Y el Padre Palma: "Si usted escribe los versos, pensaré yo para arreglar un motivo de otra canción. Más bien ya lo tengo preparado. Si quiere, se lo hago escuchar, así puede adaptar los versos a la música. Bastaría por ahora también una sola estrofa, para poder hacer el ensayo. Las demás estrofas las podría hacer con más calma, porque después bastaría un pequeño repaso".

El Padre, en el mismo comedor, mientras comía, con el lápiz escribió las primeras estrofas del himno:

"Oh Antonio, diríjanse a ti

Nuestros afectos ardientes

A Ti, que entre los pueblos

Eres un Ángel del Cielo",

Y entregó el texto para el ensayo. Luego en la misma noche entregó las demás estrofas. Por la mañana siguiente el Padre bendijo la estatua que, entre oraciones, cánticos y aclamaciones al Santo, fue llevada en procesión por la Casa y los senderos del jardín.

Finalmente, cuando fue colocada en el nicho, él dijo palabras ardientes, exhortando a todos a una viva devoción hacia el Santo, sugiriendo también de saludarlo por lo menos con el rezo de un Gloria, cada vez que uno pasara delante de aquella imagen. Concluyó recordando que la exposición de las sagradas imágenes sirve para encender la devoción a través de los sentidos.

185. Es difícil distinguir los verdaderos fenómenos preternaturales

Una vez que me hallaba en Trani en la Casa de las hermanas para encontrarme con el Padre y con el Padre Palma, este cogió la ocasión para aconsejarme de ir a Corato para visitar la Piccarreta,[58] una mujer que se creía llena de virtudes especiales y de dones extraordinarios y sobrenaturales, como éxtasis y revelaciones. El Padre Palma estaba entusiasmado con ella; pero también el Padre tenía de ella una buena idea, y más veces me había hablado de ella. En cambio, yo, sobre ello, no solamente me había mostrado indiferente, sino casi escéptico.

El Padre Palma insistía diciendo que bastaba con hablar un poco con ella para convencerse de la verdad. Por eso, no sólo me aconsejaba de ir a verla, sino que casi me obligaba a hacerlo.

Yo, sin embargo, a pesar de sus insistencias, contesté decididamente que no, porque era refractario a estos fenómenos.

En efecto, admitía y admito que unos cuantos hechos pueden ser verdaderos, porque el Señor concede sus dones al que quiere. Pero, por mi ignorancia, en práctica no creo en ello, los estimo frutos de fantasía exaltada, y de histerismo.

Con esta persuasión, cuando me hallaba hablando de la Piccarreta y de personas parecidas, mi juicio era siempre el mismo. Por esto, para evitar defectos, intentaba evitar las ocasiones de conocer o de hablar de estos temas.

[58] Luisa Piccarreta, Terciaria de la Orden Dominica, gozó grande fama en los tiempos del Padre por los fenómenos místicos. Escribió, entre otras cosas, las *"Horas de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo"*.

El Padre Palma luchaba para convencerme sobre los dones sobrenaturales y extraordinarios de la mujer piadosa. Para obligarme a verla, me hablaba del gran concepto que de ella tenía el Padre, tanto que se estaba ocupando de imprimir sus escritos sobre la *Divina Voluntad*. Y añadía: "Tú sabes cuánto el Padre es conocedor profundo de las revelaciones y cómo es riguroso en los juicios".

Contesté: "El Padre es el Padre, sabe distinguir bien los dones sobrenaturales de las enfermedades naturales y sabe sacar provecho espiritual para su alma. Para mí, en cambio, es todo lo contrario".

El Padre Palma no se resignaba y, un día, en mi presencia, dijo al Padre que no me había podido obligar a visitar a la Piccarreta, por mi pesimismo acerca de las revelaciones particulares, y que había sido inútil hasta recordarme el óptimo concepto que de ello tenía el mismo Padre.

El Padre contestó: "Déjelo, Padre Palma, no insista más. Él dice que no se lo siente, que no se entera de estas cosas, porque no tiene ninguna preparación. Y en esto tiene razón. Para las revelaciones particulares se requiere mucho estudio y mucha preparación específica. Es un campo muy difícil. A menudo, en efecto, ocurre que ciertos efectos que parecen extraordinarios y, por eso, sobrenaturales, en cambio son efecto de enfermedad mental y física. Más bien puede ocurrir que en la misma persona se puedan hallar unidos efectos sobrenaturales y naturales. Para discernir todo esto, se requiere una cuidadosa preparación, y es algo peligroso. Ocurrió también que personajes insignes hicieron, en este asunto, grandes errores, que provocaron luego un gran daño para sí y para los demás.

"Por eso no es aconsejable para el que no se lo siente, y mucho menos al que no está preparado, ponerse en este asunto. Diría también que es necesaria en estos casos una vocación específica por parte del Señor. Es bueno que los nuestros no se pongan por este camino, porque podrían también comprometerse.

"Pero tú – dijo dirigido a mí – mientras justamente por un lado dices que no te enteras de ello y que no sabes distinguir estos fenómenos, por otro lado, afirmas que no sabes distinguir estos fenómenos, por otro lado, afirmas que son casi todos fenómenos de histerismo y de enfermedades mentales. Eres exagerado. Muchas cosas son de verdad dones de Dios, son verdaderas revelaciones. Pero, aunque sean autorizadas por la Iglesia, permanecen siempre fenómenos particulares y no requieren nada más que una simple fe humana, según la propia prudencia.

"Por eso, cuando se me da la posibilidad de frecuentar personas como la Piccarreta, de la que dicen que goce dones extraordinarios y sobrenaturales, no quiere decir que yo crea en todo lo que dicen. Y también por aquellas cosas en que creo, intento siempre arreglarme con la prudencia que la Iglesia requiere.

"Yo frecuento estas personas, porque ordinariamente son adornadas con verdaderas y consistentes virtudes personales, para sacar provecho para mi alma. Con esto no quiero para nada que los nuestros hagan lo mismo. En este caso, en efecto, no se trata de espíritu de la Congregación que tenemos que intentar asimilar todos juntos, sino de modos de ver y juzgar estrictamente personales".

A pesar de todo esto, sin embargo, en otra ocasión, el Padre Palma con la excusa de hacerme ver los trabajos que ocurrían en la Casa de las hermanas en Corato, sin que me diera cuenta, me introdujo en el cuarto de la Piccarreta, de la que él, con una excusa, se retiró, dejándome solo.

Ella, pobrecita, se mostró muy cortés, y no se dio para nada el aire de una mujer altamente religiosa, más bien muy humilde y ordinaria, y no entró para nada en temas espirituales.

Yo también, está claro, evité totalmente provocar discursos parecidos. Y, después de pocas palabras de conveniencia, salí de allí.

El Padre Palma me dijo: "¿Cómo es que saliste tan pronto? ¿Qué impresión te hizo?".

"Nada – contesté – es una buena mujer. Una mujer buena como todas las demás buenas mujeres".

Y el Padre Palma: "Pero tú, ¿cómo la querías hallar, en el nicho con las velas encendidas? Eres tan escéptico que, aunque la hubieses visto en éxtasis, como San José de Copertino, habrías dicho que son fenómenos naturales. ¡Eres tan obstinado!".

Yo le contesté: "Pero usted, ¿no recuerda lo que dijo el Padre sobre este tema hace algún tiempo en Trani? Dijo que me deje en paz y que no insista".

Hablando luego con el Padre, le comenté lo que me había hecho el Padre Palma para hacerme hablar con la Piccarreta. El Padre me contestó: "Seguramente el Padre Palma lo hace por tu bien. Te quisiera, según él, enderezar las ideas. Pero no lo hace bien. Tengo que decírselo. Tienes que saber, más bien, que algunos libros que se refieren a éxtasis, revelaciones y cosas parecidas, como los de Santa Brígida, de Gema Galgani, dije a las hermanas que no tienen que leerlos, porque pueden servir para montar sus fantasías y para producir más mal que bien".

186. El aspirante que no quería... odiar los padres

En 1908, antes del terremoto, el Padre, volviendo de las Apulias, donde había ido por una predicación, condujo consigo al Barrio Aviñón un jovencito de Grottaglie, de unos 12 años, que se llamaba Nisi, que aspiraba a la vida religiosa.

Recuerdo cómo era alegre y cómo gozaba en ver muchas cosas nuevas en la ciudad. Pero, después de unos días, empezó a sentir nostalgia del pueblo y de la familia, una nostalgia que, lamentablemente, se acrecentaba cada vez más.

Un día que estaba solo en el patio, a parte de los juegos y lloroso, el Hermano Plácido, muy bueno, querido y devoto de San José (¡hasta demasiado, en verdad!), y muy simple, se hallaba a sustituir temporáneamente a Francisco María del Niño Jesús, enfermo. Él, pues, intentó consolar con sus maneras el muchacho afligido.

Lo llevó delante de una imagen de San José, que estaba en el pequeño claustro en el patio, y le dijo: "Oye, hijito, no llores más; recemos una oración al Santo para que te haga olvidar y odiar tu pueblo y tu familia".

El chico reaccionó escandalizado, gritando con toda su voz: "¡No! ¡No! Yo no podré nunca olvidar, ni mucho menos odiar a mi padre, a mi madre, a mis hermanos y hermanas".

Y el hermano Plácido: "Hijo, si no odias a tus familiares que son tus enemigos, no podrás hacerte religioso: lo dice nuestro Señor".

Asistíamos en esta escena unos de nosotros y reíamos con todo el corazón. Pero Salvador Drago, luego Hermano Mariano, dijo al chico que decía que quería volver a su familia: "No le hagas caso al Hermano Plácido, no es verdad que tienes que odiar a tus familiares".

El Hermano Plácido, provocado, dijo a Salvador: "¡Calla, maleducado! Tú no sabes nada; encárgate de lo tuyo y vete. Esto no lo digo yo, sino nuestro Señor, y os hago ver en seguida si no es verdad".

Fue, en efecto, a buscar el Evangelio e hizo leer en San Lucas las palabras: "Si alguien viene a mí y no odia a su padre, a su madre a sus hermanos y hermanas, a su mujer y a sus hijos e hijas y su misma alma, no puede ser mi discípulo". Luego hizo leer también en San Mateo las palabras de nuestro Señor: "Los enemigos del hombre son los propios familiares".

"¡Mirad si es verdad lo que os decía!".

Pero el muchacho, más inconsolable que nunca, replicaba con lúcida lógica: "Como es así, yo quiero volver en seguida a mis padres. No puedo odiar a mi padre, a mi madre, a mis hermanos y hermanas. En cuanto a mujer e hijos que no tengo, está bien, los puedo odiar. Pero en cuanto a odiar mi alma, esto no. El sacerdote que me condujo aquí me dijo que tengo que amar mucho mi alma y que me tengo que hacer santo. Por esto vine aquí. ¿Cómo pueden ser enemigos míos mis familiares que me quieren todos mucho? Cuando salí para venir aquí, lloraban todos. No, no, no quiero quedarme más aquí. Quiero volver en seguida a mi casa".

En cuanto vio al Padre, llorando fue a decirlo que quería absolutamente volver a Grottaglie, porque él no podía y no quería odiar a sus familiares.

Y el Padre, sorprendido: "No entiendo lo que estás diciendo. ¿Qué quieres decir, hijito? ¿Quién te dijo estas cosas?".

"Me las dijo el picuozzo", contestó el chico.

Y el Padre: "¿Qué quiere decir este picuozzo? ¿Quién es?".

"Aquel fraile feo que tiene la sotana color tabaco, y que está con nosotros. Me hizo leer las palabras del Evangelio".

El Padre se enteró que había sido el Hermano Plácido. Y, con paciencia, le explicó el verdadero significado de las palabras del Evangelio. Le dijo que los padres no sólo no se tienen que odiar, más bien que, estando en el Instituto, se tienen que amar más de cuando uno está en familia. Intentó lo mejor que pudo consolarlo. Luego le dio unas chocolatinas y lo envió con nosotros.

El chico volvió consolado y, en cuanto llegó, dijo: "Tenía razón Salvador en decir que no era verdad lo que decía el Hermano Plácido. El Padre me dijo que estando aquí, los padres no sólo no se tienen que odiar, sino que hace falta amarlos más".

El Padre aquel mismo día cogió la ocasión de la lectura espiritual para explicarnos el verdadero sentido de las palabras del Evangelio".

Y al Hermano Plácido tocó un debido reproche por su imprudencia.

187. "¿Aún tenéis aquel muchacho en el aspirantado?"

En la Casa de Oria usábamos la procesión por los lugares internos y a lo largo de los senderos del jardín en los días de las Cuatro Témporas, y en los de las Rogaciones. Se rezaba y rezábamos las letanías rituales.

Cuando había el Padre, participaba siempre y solía hacer, cada vez, una pequeña exhortación, que tal vez se convertía en un verdadero sermón, que gustaba mucho y suscitaba mucho entusiasmo.

Una vez el Padre, durante la procesión, vio un aspirante que no sólo no rezaba, sino que hasta bromeaba y provocaba los compañeros, a pesar de que hubiese sido corregido repetidamente por el educador.

Acabada la procesión, el Padre me pidió quién era aquel chico. Cuando oyó que era un aspirante, exclamó: "¡Vaya aspirante! ¡No responde en las oraciones, bromea y molesta a los compañeros durante la procesión! ¿Por qué lo tenéis? ¿Cómo se comporta?"

"En realidad, deja mucho a desear – le contesté – sea en la piedad, como también en la conducta y en el estudio".

"¿Y seguís teniéndolo aquí? ¿Por qué no lo despedisteis? ¿Qué estáis esperando, que dañe a los demás?

"En realidad – añadí nuevamente – escribimos a la familia dos veces para que vengan a buscarlo, y no se presentaron. Escribimos también al arcipreste de San Vito de los Normandos, el pueblo del chico, que nos lo había presentado, y tampoco él contestó. Este arcipreste es muy bueno y celosos con las vocaciones. Nos envió muchos chicos. Pero se ve que no sabe escoger: nos envía *oves et boves*. Basta con que un chico le diga que quiere entrar con nosotros, para que el arcipreste lo crea llamado, sin tener en cuenta la recta intención, la conducta, las calidades físicas, morales, religiosas e intelectuales". Y el Padre: "Y vosotros, ¿os quedáis así pasivamente? ¿Y aguantáis todo esto? Con gentileza, mientras le dais las gracias por su celo, le tenéis que hacer entender que este celo suyo es indiscreto. Si sigue así, en efecto, no favorece ni las vocaciones ni el Instituto; al revés, daña gravemente aquellas y esto.

"Mejor sería si vais a verlo. Lo podéis invitar aquí en Oria, para hacerle entender estas cosas. Hacedle conocer la distinción clara entre el aspirantado y el Orfelinato. Muchas personas, en efecto, igual porque tenemos juntos en la misma casa las dos categorías de chicos, creen que sea lo mismo.

"Mientras tanto, este chico no tiene aquí ningún futuro y es de mal ejemplo para los demás con su conducta. Como escribisteis sea a sus familiares sea al arcipreste, hacedlo sin nada acompañar a San Vito. No perdáis más tiempo.

"La buena selección, en su debido tiempo, es de gran importancia para mantener sano el ambiente de una Comunidad. En cambio, bastan uno o dos sujetos inadecuados, para dañarlo todo.

"Para una buena selección, hace falta estudiar mucho las personas, reflexionar con ponderación y, más que otra cosa, rezar mucho al Señor. Pero, hecho esto, hace falta ser muy rigurosos. Es menor mal para el Instituto que sea eliminada alguna buena vocación, más que dejar en ello una falsa, que sería de mal ejemplo. Este problema tendría que hacer temblar los responsables encargados en la formación y en la selección; porque es algo muy grave hacer perder una vocación por culpa propia, ni es menos grave dejar en el Instituto una persona sin vocación, que sale para daño de la vocación y del espíritu de los demás".

188. Una alabanza a aquella Hija del Divino Celo promotora de las vocaciones

Sor María Paracleta Antonucci, Superiora de la Casa de San Pier Niceto, era muy celosa procurándonos vocaciones sea antes sea después de la muerte del Padre. Esta Hija del Divino Celo actuaba ampliamente, alcanzando,

además San Pier Niceto, también los demás pueblos cercanos directamente o por medio de cooperadoras. Se atribuyen a su pastoral ferviente y cuidadosa las vocaciones del Padre Camilo Ruggeri, del Padre José Pitrone y del Hermano José Bongiovanni. La casa de Oria no podía que bendecir esta Cohermana y serle grata.

Era encomiable no sólo por su celo, sino también por el espíritu con que lo hacía, por su constancia, por el valor y la paciencia con que actuaba. Jamás se resintió, ni se quejó, cuando nosotros, por razón de selección, despedíamos algún joven. Más bien tomaba ocasión de esto para trabajar con más compromiso.

Por este celo suyo tenaz tenía el deseo de agradecerla personalmente. Se ofreció la ocasión propicia cuando el Padre me llamó a Mesina, después de un agotamiento mío provocado por un susto repentino.[59]

Llegado en Mesina, el Padre me dijo: "Tú, durante al menos un mes, hasta que no te repongas bien en salud, no tienes que volver a las Apulias. Estarás en Mesina, o en Galati, con tus familiares, o bien en Taormina, o en San Pier Niceto, donde creas mejor. Más bien en estos días tengo que ir a San Pier Niceto, si quieres venir conmigo, puedes, te servirá para distraerte un poco".

No había mejor ocasión y fui con él. Allí me entretuve un par de días con el Padre. Con la Superiora pude hablar poco, porque casi siempre ocupada con el Padre. Sin embargo, tuve tiempo para escuchar sea por los internos sea por los externos, las alabanzas de la Superiora por el ejercicio de las santas virtudes, por el espíritu religioso y el apostolado que desarrollaba en el Instituto y en el pueblo. Era una alabanza general.

Cuando finalmente conseguí entretenerme con la Superiora, mientras el Padre estaba ocupado escribiendo, le agradecí por las vocaciones y le pedí perdón por aquellos chicos que se despedían porque no daban esperanzas.

Con gentileza me contestó: "Ningún agradecimiento, porque hago menos que mi deber. Más bien no sé cómo agradecerles a ustedes porque me dan la posibilidad de hacer algo de bien para la Congregación masculina que está en mi corazón no menos que la femenina. No le digo cuánto hubiese deseado ser sacerdote y especialmente sacerdote rogacionista, para difundir más eficazmente el divino Rogate y ser más útil por las obras de caridad. Pero como no me es posible, substituyo como mejor puedo con la oración y la obra, para que lo sean los que lo pueden ser. Hagan ellos lo que no puedo hacer yo: así espero tener yo también un poco de mérito por todo el bien que ellos harán.

[59] El P. Carmelo hace referencia a la anécdota del gato, que le causó un agotamiento por trauma psíquico, como en el cap. 160.

"Por eso soy yo la que tengo que agradecerles. Como también tengo que pedir disculpa por la molestia que os doy enviando, por mi impericia, elementos no adecuados para la vida religiosa. Pero esto acontece contra mi voluntad e intención. En primera vista me parecen buenos elementos. Luego, en cambio… Le aseguro que, cuando veo que unos cuantos regresan, mientras por una parte lo siento, por otra parte, me gusta, porque entiendo que ustedes en su tiempo hacen una debida y justa selección.

"Está claro que me encargo también de nuestras hermanas y que me siento muchas veces Hija del Divino Celo, por cuantas son las vocaciones que procuro: esta es mi alegría, esto el mejor servicio que puedo ofrecer a la querida Congregación".

Cuando me encontré con el Padre, le comenté la sobresaliente impresión que me había hecho aquella Superiora, el celo que practicaba por las dos Congregaciones, especialmente buscando vocaciones, y cómo a menudo las enviaba a nosotros a Oria.

El Padre me contestó: "Así tendrían que hacer los Rogacionistas para las Hijas del Divino Celo: procurar cuántas más vocaciones es posible, porque su fin y su espíritu es lo mismo, y en este aspecto los dos Institutos son como si fueran una cosa sola.

"¡Esta hermana es una Hija del Divino Celo de verdad! Se entregó totalmente a Dios y al prójimo por amor de Dios. Sigue perfectamente el espíritu y la finalidad de nuestro Instituto. Dio al Instituto todos sus bienes de familia que no son pocos; se entregó a la Congregación en cuerpo y alma; cultiva su espíritu y se esfuerza en difundirlo; desarrolla un apostolado encomiable en el pueblo que la quiere mucho, sin dejar los deberes de religiosa y Superiora de la Casa. Tiene un celo equilibrado, porque se encarga del apostolado externo, sin dejar lo demás. No es como otras que, o se cierran en Casa para encargarse sólo de las cosas internas o, en cambio, se ocupan sólo de los asuntos exteriores, dejando sus deberes religiosos y los de la Casa. Este es celo indiscreto. Esta Hermana, en cambio, como decía, es muy equilibrada".

Por supuesto, acerca de Sor Paracleta, recuerdo que cuando en Mesina le tuvieron que amputar una pierna por una gangrena que había sobrevenido, en sus dolores atroces me decía entre otras cosas: "Estoy rezando al Señor que me dé la gracia de saber aceptar estos dolores para mayor bien de nuestras dos Congregaciones. Nunca me sentí tan Hija del Divino Celo como ahora, en este estado. No pudiendo ser más útil para la Obra, ofrezco al Señor mis sufrimientos por ella, para que sea siempre enriquecida con vocaciones sobresalientes y se mantenga en ella siempre vivo el espíritu religioso y la mutua caridad fraterna".

189. Predicación espléndida del Padre para la fiesta de San Antonio en Oria

Un año en Oria nos faltó el predicador por los trece días a San Antonio. Después de muchas búsquedas para poderlo sustituir, conseguimos solamente hallar el Superior de los Jesuitas de Taranto, que se comprometió de venir a predicar sólo el triduo y a hacer el panegírico en el día de la fiesta.

Afortunadamente en aquel año en Oria había el Padre, que dijo: "Para los demás días, como estoy yo aquí, quiere decir que diré yo cada noche una reflexión para no romper la tradición".

La primera tarde no había muchos fieles. El Padre anunció en el principio que diría un par de palabras, pero el sermón duró nos tres cuartos de hora, y así, más o menos, se mantuvo durante las demás tardes. Pero los sermones eran tan bonitos que no caíamos en la cuenta del tiempo que pasaba.

El discurso era claro y atractivo. Con gracia devota y poética, empezaba a contar la vida del Santo; luego hacía la aplicación moral; luego pasaba a algún punto sobre la devoción de San Antonio en nuestros Orfelinatos, comentando alguna gracia especial obtenida por las oraciones de los huérfanos; finalmente, concluía con una cálida oración al Santo.

Los fieles de la primera tarde contagiaron su entusiasmo en el pueblo, y así la segunda tarde la Iglesia estaba llena y la tercera la gente ni cabía y se quedaba fuera de la puerta. Nunca se vio en Oria, entre nosotros, una afluencia tan elevada, especialmente de hombres, también no practicantes. Era un vaivén por las confesiones. Había aquellos que no se recordaban más cuántos años hacía que no se confesaban.

Se tuvo que recurrir a los refuerzos, llamando urgentemente los Capuchinos de Francavilla Fontana y los Pasionistas de Manduria. Uno de estos confesores, dijo: "Este año, con la predicación del Canónigo Di Francia, se está obteniendo el efecto de una misión".

¡Así que al buen Jesuita tocó un triduo difícil! A pesar de que fuera un buen predicador, provocó un descontento general, tanto que algunos querían hacer una manifestación pública para obligar el Padre para que retomara la predicación.

El Hermano Redento lo comentó al Padre, que se volvió de fuego y dijo: "¡Nunca jamás algo parecido!". Hizo llamar unos de los más ardientes, protestó, y los reprochó enérgicamente.

Ya durante los trece días las Comuniones habían sido muchas, pero el día de la fiesta se puede decir que de la primera mañana hasta las doce horas fue una continua distribución.

Aquel día hubo el tradicional almuerzo a los pobres, preparado con un cuidado meticuloso. El Padre, feliz, daba vueltas entre los invitados, en los que veía el mismo rostro de Jesucristo.

Hace falta aquí destacar un detalle. El Obispo de Oria, Monseñor Di Tommaso, se llamaba Antonio, y así, en el día de su santo, solía enviar unos alimentos para un almuerzo abundante en nuestras Comunidades masculina y femenina. Aquella vez nos envió más que el doble, diciendo que una tantum quería ayudar también en el almuerzo para los pobres.

Esto fue preparado, como decíamos, con un cuidado meticuloso y con solemnidad. Los nuestros servían; el Padre con su delantal, se hacía todo a todos para acorrer, dirigir y mantener alegre la mesa.

Durante el almuerzo se brindaba, se rezaba, se cantaba. El Padre recordó también la generosidad de Su Excelencia el Obispo, que había querido tan benignamente ayudar en el almuerzo, y aprovechó la ocasión por esto para decir que todos tenemos la obligación de rezar por el Obispo y respetarlo, porque los Obispos son los sucesores de los Apóstoles y como tales hay que estimarlos y reverenciarlos.

Luego habló de la devoción que se tiene que dar a San Antonio en modo especial, porque lo que hacemos para los necesitados, lo hacemos gracias a la providencia que nos envía este gran Santo. “La verdadera devoción al Santo – dijo – es no hacer pecados, vivir una vida cristiana, escuchar la Santa Misa en los días festivos, rezar y acercarse a los Sacramentos”.

Sea los confesores sea el predicador asistieron en este almuerzo y quedaron emocionados por el espíritu de fe y caridad con que el Padre actuaba. El padre jesuita dijo: “Había oído hablar mucho por unos Cohermanos míos de la virtud heroica del Canónigo Di Francia, pero si personalmente uno no ve estas cosas, no se lo puede creer. Este hombre es verdaderamente uno de aquellos grandes santos de caridad que, de vez en cuando, alegran la Iglesia de Dios.

190. *Tres pies* es la bestia adecuada para nosotros

En Oria, por las comodidades de la Casa y las necesidades prácticas, siempre tenía a su disposición algún animal de tiro: mulo, caballo o asno que fuera.

En los primeros tiempos había una jumenta que, consumida por los años y las enfermedades, era casi inhábil. Fuimos obligados, entonces, a adquirir otra. La ocasión se presentó cuando un rico señor, muy amigo del Padre Palma y también un poco bienhechor del Instituto, decidió vender su yegua porque se había ya convertido al automóvil.

Era de veras una yegua muy bonita, de aquellas que raramente se veían. El dueño era muy aficionado a ella, y casi se dolía vendiéndola.

Habiendo sabido que el Padre Palma buscaba un buen ejemplar, le ofreció su yegua en un precio casi irrelevante, feliz que la bestia acababa en buenas manos, y feliz de hacer una donación al Orfelinato.

El Padre Palma la adquirió con gusto, consciente que hacía un buen trato: con aquel precio habría podido adquirir, como máximo, algún miserable rocín.

El animal era la admiración del que lo veía, y tiraba maravillosamente. La carroza y el carrito para ella eran como motas y en seguida empezaba el trote.

Vino luego el Padre en Oria, la vio y preguntó: "¿De quién es esta bonita yegua?".

Como se enteró que era nuestra, comprada hacía poco, maravillado y casi molesto dijo: "Esta no es cosa para nosotros, los pobres; no es adecuada para nuestro Instituto. Es para señores". Luego me llamó y me dijo: "No sé cómo os arregláis haciendo estos despropósitos: ¡comprar un animal como esto! ¡Quién sabe cuánto costó y qué impresión hace en el pueblo! Adiós, santa pobreza. Este es un escándalo. ¿Qué dirán en Oria? Oigamos, ¿Cuánto valió?".

"En realidad no conozco el precio preciso – le contesté – la compró el Padre Palma. Sé que casi nos la regalaron".

"¡Dichoso Padre Palma! Cuando vuelva hace falta decirle que esta yegua se tiene que vender y adquirir otra menos llamativa y más adecuada para nosotros".

Regresado el Padre Palma, el Padre se mostró serio y le dijo: "Me hace maravilla cómo usted, que es de mucho sentido común, haga un tal despropósito comprando una yegua de lujo adecuada sólo para los grandes señores. No se puede tener. Hace falta venderla y comprar otra adecuada para nosotros, que hicimos voto de pobreza. Esta es un desprecio de la divina providencia. Un escándalo para el pueblo y nuestras Comunidades".

Yo estaba presente. El Padre Palma replicó: "Padre, tiene razón, quiere decir me que arreglé mal, pero el asunto fue así". Y se lo explicó todo. El Padre repuso:

"Padre Palma, usted me enseña que la pobreza no siempre va de acuerdo con la economía. La pobreza, en efecto, hace falta mirarla también según la estimación común. Tal vez puede ocurrir que, por la pobreza, hace falta sacrificar la economía. Como en este caso. Las personas, en efecto, no conocen lo que se gastó para comprar esta yegua, pero miran cuánto el animal vale de por sí y, por eso, según ellos es un lujo.

"Para evitar el escándalo hace falta venderla, como dije. Con la ganancia, igual podemos comprar hasta dos, pero más proporcionados con la pobreza de nuestro Instituto".

El Padre Palma contestó: "Como le dije, el motivo por el que el dueño de la yegua nos lo dio por un precio tan bajo, fue también el de saber que el animal se hallaría en buenas manos. Me encomendó mucho de tratarla bien. En efecto, estaba tan aficionado a este animal, que más veces vino a verla. Si la vendemos, seguramente se enfadará, creyendo que le engañé. Son seglares y, ciertas cosas, no las entienden. Intentaré persuadirle; si no lo consigo, se la devolveremos y él nos devolverá el dinero que le dimos. Más no podré hacer".

Y el Padre: "Está bien así. Es un buen ejemplo de pobreza que damos a los nuestros y a los externos. Hasta que en nuestro Instituto se observará la santa pobreza, ciertamente el Señor lo bendecirá y lo hará prosperar. Pero si faltamos en esta bonita virtud, perecerá como perecieron muchos otros Institutos".

El Padre, después de unos días, se fue y el Padre Palma procuró persuadir al dueño de la yegua para que pudiéramos vender o bien que la retomase.

Pero los acontecimientos fueron diferentemente. Un día, en efecto, mientras el Hermano José iba con la yegua cargada a San Benito, en la subida, esta deslizó en el empedrado y cayó de manera que se rompieron los polos del carro que, pesando sobre la yegua, la hicieron chocar con el rincón de una pared, contra la cual el pobre animal quedó aplastado y murió.

El Hermano José que conducía quedó vivo de milagro, pero muy malherido. En el pueblo el accidente tuvo una gran resonancia, incluso por la calidad del animal.

Lo supo también la señorita Martinelli, bienhechora del Instituto, y dijo al Padre Palma que estaba dispuesta a darle un caballo que tenía en su establo, que, sin embargo, que iba cojo por una caída que le había ocurrido.

El Padre Palma, después de haberlo mirado, lo aceptó y dijo entre sí: "Mejor este que nada, y estoy seguro que el Padre quedará contento, porque es justamente… adecuado para nuestro Instituto".

Cuando vino el Padre y supo del accidente, comentó:

"Se ve justamente que la Providencia no quería este escándalo y permitió esto. Lo siento mucho por el Hermano, que salió malherido".

Mientras tanto, aconteció que cuando el Padre tuvo que marchar, el Padre Palma se preparó para acompañarlo a la estación con aquel caballo que nosotros, de broma, habíamos bautizado *Tres pies*.

En cuanto el Padre vio el pobre caballo, con alegría exclamó: “Esto sí que es sobresaliente para nosotros. Con este majestuoso caballo pareceremos bien por doquier vayamos”.

Mientras tanto, el caballo no quería salir y, para empujarlo, el Padre Palma le dio dos buenos latigazos. Tras unos pocos pasos, el animal se paró nuevamente y el cochero religioso le dio otros latigazos más poderosos para hacerlo seguir. Y luego nuevamente, tanto que el Padre reclamaba al Padre Palma que fuera más humano.

“Hace falta tener compasión también de los animales. ¡Sienten los golpes como nosotros! No haga así, Padre Palma, con este pobre animal. ¿No ve que anda cojo? ¿Qué es lo que puede hacer?”.

Mientras tanto *Tres pies*, que parecía entender su abogado defensor, tomaba valor para pararse cada cuatro pasos. Entonces el Padre le dijo al Padre Palma: “Pero, ¿por qué se para? ¿Igual porque está cojo y no puede más?”. “No, Padre – contestó el Padre Palma – porque es vicioso, ya lo conozco”.

El Padre Palma dejó el látigo y, con los brazos cruzados, intentaba con la voz excitar el caballo para que caminara. Pero todo era inútil. El animal quedaba clavado en el empedrado.

De repente, el Padre dijo: “Pero así vamos a perder el tren. ¿Cómo vamos a hacer? Quiere decir que voy andando”.

“No, Padre – contestó el Padre Palma – si me lo permite, esté seguro que el caballo ya no se va a parar, y le haré ver como va de trote”. Y el Padre: “Haga lo que tiene que hacer, basta con que no pierda el tren”.

El padre Palma bajó del carro y descargó sobre el caballo cuatro golpes bien dados donde se tienen que dar. Entonces aquello se lanzó sin pararse más y trotando ligero hasta la estación. Fácil la moral, y el Padre no se la dejó escapar: “Es inútil – observó – también con los animales, cuando se necesitan, hay que darlas, para hacerlos rectificar”.

191. Las vocaciones vienen de la oración

La última vez que el Padre estuvo en Oria, viendo el buen número de aspirantes, se alegró mucho y dijo: “Hace falta dar las gracias a los divinos Superiores por esta gracia grande que hacen a la Congregación. Esta es una gracia inestimable, porque la vida y el progreso del Instituto están puestos en las calidades de los miembros. Esto tiene que ser todo nuestro interés, a preferencia de todo lo demás: procurar buenas vocaciones, cultivarlas, conservarlas y formarlas santamente, justamente según el espíritu y las finalidades religiosas del Instituto.

"Para buscar las buenas vocaciones, lo primero que se tiene que hacer es lo de rezar incesantemente el Corazón Santísimo de Jesús para que nos las envíe. Las vocaciones son el fruto de la oración. A la oración hace falta añadir nuestra cooperación. Una de las cosas más importantes es hacer conocer la Obra, sus finalidades religiosas y caritativas, que son ciertamente lo mejor que uno pueda desear. Si la Obra no se conoce, seguramente las vocaciones no vienen porque no se orientan hacia ella. Nuestro Instituto aún no tiene un nombre, como muchos otros que son conocidos por doquier. Ello está conocido prevalentemente con el nombre de Orfelinato Antoniano.

"Para tener vocaciones, en cambio, hace falta hacerlo conocer preferentemente como Congregación religiosa. Por esto tenemos que hacer propaganda con la palabra, con la prensa y con las obras. Hace falta hacer mucha propaganda con el opúsculo *El Secreto Milagroso*, donde, aunque en breve, está explicado clara y distintamente la idea del doble fin del Instituto. Pero, más que todo para atraer las vocaciones al Instituto, se requiere la bondad de la vida de sus miembros, la observancia de la vida religiosa, el buen ejemplo. Este último es el imán más poderoso para implorarlas del Señor y para atraerlas a la Congregación.

"El deseo, el celo de tener muchas vocaciones no tiene que ser pretexto para nada para aceptaciones fáciles y para admisiones de sujetos que no tengan, por lo menos, los elementos indispensables para la vida religiosa. Sería un grave daño para las mismas vocaciones, porque habría el peligro de perder hasta las verdaderas.

"Pero no basta buscar vocaciones; hace falta que sean buen guardadas y formadas. Maltar en esto, sería más grave que no buscarlas, porque, por nuestra culpa, se haría perder la vocación a la vida religiosa, que es el don más precioso que Dios pueda hacer al hombre. Hace falta, pues, guardar los llamados como la niña de los ojos, como la vida de la Congregación.

"Lo primero que se tiene que hacer es alimentar la vocación para que pueda vivir y perfeccionarse. Y esto se obtiene, antes de todo, con los medios sobrenaturales, o sea: con la oración constante, con los Sacramentos, con la verdadera piedad, con la lectura de los buenos libros, con el ejercicio de las santas virtudes, con la tiernísima devoción a la Santísima Virgen María. Si falta este ambiente, las vocaciones, seguramente, se pierden.

"A estos medios sobrenaturales, hace falta añadir los naturales para conservar y desarrollar la santa vocación.

"El primero es el de hacer conocer a los aspirantes, cuánto más es posible, el espíritu y las finalidades propias de la Congregación, de modo que conozcan su preciosidad, se encariñen a la vida del Instituto y la vivan. Desde jovencitos, según sus capacidades, hace falta prácticamente introducirlos en esto. Para obtener esto es necesario el buen ejemplo. La instrucción persuade,

pero el ejemplo arrastra. De nuestro Señor está escrito que antes hizo y luego enseñó.

"Es muy importante también la disciplina. La buena disciplina forma el buen orden, cuya tranquilidad, como dice San Agustín, produce la paz en el corazón y en la Comunidad. La buena disciplina, especialmente para los aspirantes, es algo muy importante, porque lo dice el Espíritu Santo: 'El jovencito, tomado su camino, no lo olvidará ni cuando sea viejo'.

"Para mantener una buena disciplina se requiere una diligente y continua vigilancia según el método preventivo: esto hace conocer el bien y conlleva el alumno amablemente a conseguirlo. Sería anti formativa una vigilancia policíaca o sólo material. La formación mira a doblar la voluntad ante la verdad.

"Para la conservación y el buen desarrollo de la vocación, hace falta también mantener un ambiente sano, propicio para la vida religiosa. Para esto no se tienen que admitir en el aspirantado personas que no presentan, como dije, al menos los requisitos esenciales para la admisión. Como también eliminar en su tiempo a los que no dieran esperanza positiva y, más aún, los que fueran de mal ejemplo.

"Para este fin, hace falta rezar los divinos Superiores sea para la admisión sea para la selección. Hacen falta, para los responsables, iluminaciones de la gracia para arreglarse en este asunto tan delicado.

"Una de las atenciones preliminares se refiere al conocimiento de los que presentan, o sea de los que dan las informaciones para el ingreso. Hay aquellos que, sin tener en cuenta para nada de los requisitos, presentan un chico y dan informaciones positivas para hacer una caridad, especialmente a nosotros que tenemos también el Orfelinato".

Yo añadí: "En verdad es así. Hay párrocos de San Vito de los Normandos y los de Ostuni que proponen muchos chicos y dan informaciones sin criterio".

El Padre repuso: "Estos los tenéis que acercar y, amablemente, hacerles entender cuáles son las disposiciones que se requieren para ser admitidos en nuestro aspirantado".

Seguí: "Hay Sor Paracleta, la Superiora de San Pier Niceto, que es muy celosa procurándonos vocaciones. Tiene buenos criterios para escoger, y cuando hacemos la selección y ve que algunos los rechazamos, no solamente no se molesta, o se desanima, sino que se pone a trabajar con mayor celo.

"También sor Antonieta de las Hijas del Sagrado Costado es así.[60] Habla con mucha veneración de usted y con mucha consideración de nuestro Instituto. Se entrega alma y cuerpo para procurarnos vocaciones. Tiene muy buenos criterios en la elección, aunque naturalmente ocurre no pocas veces que unos chicos no son admitidos y se rechazan. A pesar de esto, no se desanima y sigue trabajando ella también con más ganas".

El Padre añadió: "Es una muy buena religiosa. Tiene una actitud muy especial para procurar vocaciones. Parece que el Señor para esto le dio un don especial. Dicen que la Congregación de las Hijas del Sagrado Costado la pobló ella, sola, con buenas vocaciones".

Retomé yo, para acabar: "Sobre aquel jovencito pequeño, Bellini, que yo no quería aceptar, porque minúsculo, ella me dijo: 'Pero, tú quieres medir con el metro las calidades de la vida religiosa": es muy bueno, y lo procuró sor Antonieta. Entre muchos otros, nos envió también otro chico, tal Mario Labarbuta, que promete también mucho bien. Ella lo acompañó a Trani, a nuestras hermanas, para que lo llevasen a Oria. Por supuesto, contaba el mismo joven que por el almuerzo las hermanas le dieron un buen plato de pasta que no consiguió comer completamente. Cuando la hermana se dio cuenta, en tono de medio reproche, le dijo: "Y ahora, ¿qué tenemos que hacer con esta pasta que sobró?". El muchacho quedó mortificado. Habiéndole llevado un plato de albóndigas, tampoco consiguió comerlas todas, pero esta vez, para no ser reprochado, se puso en el bolsillo las que sobraban. ¡Claramente se volvieron papilla! Pero he allí que, en el tren, acompañado por las hermanas, sintió hambre. Se acordó que en el bolsillo tenía aquella reserva, pero se avergonzaba de cogerlas públicamente. Fue entonces hacia la puerta del tren y pescó en el bolsillo. Halló sólo papilla: mejor que nada, ahora que el apetito había vuelto…".

192. No hay obligación de celebrar Misa, pero hay obligación de celebrarla bien

Un tal Padre Spanó, de la provincia de Mesina y párroco de un pueblecito de Calabria, era fundamentalmente muy bueno, pero, algunas veces, sus actitudes parecían bastante excéntricas, tenía un celo exagerado y *sui generis.*

También en la celebración de la Misa se lo arreglaba todo él. Las rubricas y las ceremonias tenían que ser aquellas inspiradas por el corazón, decía, porque nuestro Señor no quería cumplidos, sino hechos.

[60] Sor Antonieta Caletta, de las Hijas del Sagrado Costado, era conocida al Padre, que durante algunos años sostuvo en todos los medios aquella institución religiosa. Sobre la religiosa aquí recordada, véase la correspondencia epistolar en las *Lettere del Padre*: *II*, 111, 473, 481, 672, 689.

Cuando iba y venía de Calabria, muy a menudo se paraba con nosotros en el Barrio Aviñón, para celebrar la Misa que, ordinariamente, no duraba más de diez minutos (en aquellos tiempos la celebración era mucho más larga que ahora)

El padre, viendo que corría, no faltaba, amablemente, de hacerle las debidas observaciones. Él no solamente no se ofendía, sino que lo agradecía y prometía de enmendarse. Pero la costumbre era más fuerte que él: no sacaba ningún provecho.

Él mismo admitía: "Me avergüenzo de mí mismo. Lo que dice el Canónigo Di Francia es muy correcto, y el modo cómo me hace el relieve es tal que encanta. Tengo una admiración de él como de nadie. Para mí el Canónigo Di Francia es un gran santo, es todo de Dios y del Prójimo.

Aunque el Padre Spanó fuera un poco rarito, hacía falta ver con cuántas premuras el Padre lo trataba cuando pasaba a vernos o se entretenía con nosotros.

Cuando el terremoto del 28 de diciembre de 1908 destruyó Mesina, el Padre Spanó corrió rápidamente en la ciudad y se echó entre los escombros en modo heroico para desenterrar heridos y cadáveres.

No se sabe dónde ni cómo, halló un abrigo militar que vistió sobre la sotana. Se echó en la cabeza un gorro burgués y, en bandolera, como un oficial en servicio, una faja tricolor.

Así arreglado, (¡en aquella confusión no entendíamos nada, y todo era posible!), durante muchos días lideró un pelotón de soldados y, con estos, se entregó cuerpo y alma en la obra de socorro.

Más veces lo halló nuestro Hermano José, que a malas penas consiguió reconocerlo.

Después de unas semanas el Padre Spanó vino entre nosotros arreglado aún de aquella manera, con un soldado que llevaba un medio saco de algarrobas. En aquel momento, el Padre llegaba del Instituto femenino. En cuanto el Padre Spanó lo vio, le hizo muchos cumplidos y obsequios, y le dijo que se ponía, con todo su pelotón, a su total disposición, si necesitara algo. El Padre lo agradeció por su ofrenda y le repuso que siguiera con su obra de socorro, alabando su valor y su celo por la obra que estaba desarrollando en aquellos momentos terribles.

El Padre Spanó pidió si había algún altar para celebrar, porque en aquellos días no había podido celebrar Misa.

Se le indicó una sala medio caída, donde por la mañana celebraba el Canónigo Vitale. En un momento se vistió, y ni diez minutos después la Misa ya estaba acabada. Lo vimos aparecer con un trozo de pan que devoraba con la garra de un lobo, porque, decía, no comía de 24 horas.

El Padre, viéndolo, no creyendo que hubiese ya celebrado, le dijo: "Pero, ¿Usted ya no celebra?". Y él repuso: "¡Ya está hecho!". Entonces el Padre, respetuosamente, le hizo observar que el tiempo de la Misa es el tiempo más precioso, a condición que se celebre bien. Si no tuviera que celebrarse bien, sería mejor no celebrarla para nada. De por sí, en efecto, no hay obligación de celebrarla, pero, cuando se celebra, hay la obligación de celebrarla bien.

El Padre Spanó, como siempre, lo agradeció y prometió hacerlo.

Luego el Padre buscó ropa para vestirlo e intentó saciarlo. Le dijo de ir con él a la Casa femenina, que lo habría ayudado mejor. En un momento en que el Padre estaba ausente, aquel extraño, pero también generoso cura, exclamó: "En verdad el Canónigo Di Francia es un santo, más bien un gran santo. Cuando estoy a su lado, siento algo divino que no puedo explicar".

El Padre luego trató excusarlo, diciendo que en aquellos momentos estaba tomado por la preocupación grave y urgente de socorrer a muchos pobres infelices.

193. El Padre al Padre Messina: ánimo y siga adelante en el Señor

El Padre, después de unos 20 días que me hallaba militar en Palermo, habiendo sabido que estaba en observación y que, por esto, había alguna esperanza de poder regresar a casa o de obtener una larga convalecencia, salió justamente de las Apulias para ir a verme.

Habiendo oído que un tal Padre Messina,[61] íntimo amigo suyo, tenía en Palermo un gran aprecio para sus Obras de beneficencia, se dirigió a él con una cálida recomendación.

Pero, como había una gran necesidad de hombres, a causa de la guerra, cuando pasé la visita, me dijeron: "Hasta cuando tendrás la fuerza de llevar una taza de leche a los enfermos (estaba yo en la sanidad) tienes que hacer el militar".

Entonces el Padre me dijo: "Hace falta resignarse y adorar los designios de Dios. Nosotros hicimos tolo lo que podíamos hacer".

Después de las usuales recomendaciones de no dejar la oración, de acercarme a los Sacramentos lo más posible y de evitar las ocasiones peligrosas, añadió: "Paciencia. Quiere decir que me dirigiré al Padre Messina para que te ayude cuánto más pueda mientras estarás bajo las armas. Tú, dirígete a él en tus necesidades y déjate guiar".

[61] El Padre Juan Messina (1871-1949), fue sacerdote de gran perfil. Para los hijos del pueblo fundó la *Piadosa Casa Trabajo y Oración*, en un barrio de pobres y marginados, que él, bromeando, llamaba el *África de Palermo*, un Barrio Aviñón, para entendernos. Fundó, para asegurar un futuro a su Obra, las *Ursulinas Congregadas*, que, después de alternas vicisitudes, se agregaron en 1967 a las *Pequeñas Misioneras* de San Luís Orione.

Esto será fácil para ti, porque su Instituto está muy cerca de tu cuartel".

Y, en efecto, el Padre Messina, durante mi servicio en Palermo, me ayudó mucho espiritual y materialmente. Se interesaba de mí como si le perteneciera. Me consiguió el permiso, fasta cuando estuve en aquella caserna, de poder salir cada mañana, muy pronto, para asistir en la Santa Misa y comulgar. Puso a mi disposición un cuarto, junto a la Iglesia, donde me podía entretener para leer, escribir y tener lo que no podía tener en el cuartel.

A menudo me hacía hallar en el cuarto algo para comer.

Algunas noches, aunque fuera muerto de cansancio, porque muy ocupado en las obras de caridad, venía a hablarme de cosas espirituales, del apostolado, de la actividad el Padre, del que apreciaba en modo increíble las virtudes heroicas, su fe, su amor ferviente. Decía: "Es otro Don Bosco, un San Vicente de Paúl de hoy. Digo de hoy, porque sabe actuar en modo maravilloso con todos.

"Oí hablar bien de él por todos: también de los incrédulos y de los masones. Para no hablar, luego – añadía – cómo de él me habla bien nuestro Arzobispo, el Cardenal Lualdi. Este está entusiasmado con su caridad, con su espíritu profundamente religioso, con el fin estupendo de su Congregación, no sólo por las obras de caridad, sino especialmente por aquello de la oración incesante para obtener las santas vocaciones, tanto que sea la Comunidad masculina, sea la femenina, emiten un cuarto voto religioso para esta finalidad".

El Padre Messina, así, seguía diciéndome: "Cuando estaba desanimado por las dificultades que se encontraban en esta Obra mía, por mi incapacidad, Su Eminencia me exhortaba a tener valor y me aconsejaba de hacer como el Canónigo Di Francia, que en la fundación de su Institución había pasado por todo tipo de cosas. Más bien añado, en total confianza, que una vez dije al Cardenal que yo estaba justamente decidido a retirarme completamente de esta pequeña Obra empezada por mí y había pensado, con su permiso, de confiarla totalmente al Canónigo Di Francia. Su Eminencia me animó a seguir con la Obra y a rezar mucho. Luego, vista mi insistencia, y que no era la primera vez, dijo: 'Reflexionemos aún y recemos mucho. Es algo muy grave. Si el Señor dispondrá así, creo que ninguna persona os pueda ser más adecuada que el Canónigo Di Francia, cuya Obra es muy parecida a la suya, porque él también tiene huérfanas, tal como usted tiene. Sus monjas, por esto, no se hallarían mal estando juntas con las Hijas del Divino Celo, porque la misión es la misma. La diferencia consiste sólo en el hecho que las Hijas del Divino Celo tienen como finalidad especialísima también la de rezar para obtener santos sacerdotes a la Santa Iglesia. Este fin es verdaderamente muy bonito. Es el mejor servicio que se pueda hacer a la Iglesia. Yo rezo mucho para el mismo fin, más bien le digo justamente que para esto me obligué a unirme a la Obra de Di Francia en esta oración, rezando, entre otras cosas,

una Santa Misa cada mes. De todas maneras, de esta unión, por ahora, no se tiene que hablar. Hace falta sólo rezar y tener valor'.

La superiora de las monjas del Padre Mesina, vista la veneración que su Fundador tenía para nuestro Padre, en confianza le rogó para que sugiriera al Padre Mesina de fundar también él una Congregación masculina, para poder así tener siempre la asistencia religiosa de los propios Padres. El Padre le repuso de rezar y que, habiendo la ocasión, esperaba de poder hablar con él.

También a mí la Superiora hizo la misma oración. Cuando tuve la ocasión propicia, lo comenté al Padre Mesina.

La respuesta que me dio fue la siguiente: "También su queridísimo Fundador me hizo la misma propuesta, animándome y llevándome muchas justas razones; pero le respondí que, por mi incapacidad, no sólo no me siento capaz de empezar una fundación masculina, sino que estoy decidido a dejar totalmente también la femenina. En efecto, le rogaba a él mismo para que la quisiera unir a la suya, que promete tan bien. Le dije también que ya había hablado con Su Eminencia el Cardenal, y que a él le hubiera gustado mucho".

Y he aquí la respuesta del Padre: "De esto, muy querido Padre Messina, no me hable. Ni hay que decirlo. ¡Yo, yo! ¿Qué capacidades tengo yo? ¿No sabe cuántas veces yo también pedí al Padre Cusmano del Bocado del Pobre, para que uniera a sus dos Comunidades empezadas por mí, y no quiso adherir, diciéndome de seguir cada uno por su cuenta, y así en la Santa Iglesia habría dos Obras que trabajan para la gloria de Dios y para el bien de las almas? Lo mismo, pues, digo a usted. Ánimo y siga adelante en el Señor".

Mientras el Padre me comentaba esto, se había ruborizado en la cara y le bajaban las lágrimas.

Entre las ayudas que el Padre Mesina me dio en Palermo, hubo aquello muy especial de un permiso permanente, por el cual podía retirarme en el cuartel por la noche a las 22.30 horas. De este modo, iba a asistir a las lecciones que se celebraban en la Universidad Popular cinco veces en la semana de las 20 a las 22 horas.

Seguidamente, cuando fui trasladado de cuartel, y hallaba dificultad para comulgar por la mañana, él me consiguió el permiso de la exención de la comida: con esta escusa, tal vez podía jugármela y correr a alguna iglesia para comulgar.

194. El séptimo mandamiento de Dios es muy claro: no robarás

Hacía muchos meses que me hallaba militar en Palermo, cuando vino a visitarme otra vez el Padre. Me consiguió un permiso de 24 horas, y por eso quedamos juntos hablando tranquilamente.

Me llevó una buena reserva de alimentos, que preferí guardar en el cuarto que el Padre Messina me había dado para usar en su Instituto.

Naturalmente, comenté al Padre cómo el Padre Mesina me había siempre tratado como si fuera uno de los suyos. El Padre contestó que quería darle las gracias en seguida. "Más bien – añadió – como vas a dejar estas cosas, vamos juntos ahora mismo".

No lo encontramos porque estaba fuera de Palermo. El Padre, entonces, rogó amablemente a la Superiora del Instituto que lo agradeciera en su nombre. Llegados al cuarto que usaba (bonito, asilado y con todas las comodidades), el Padre dijo con alegría: "Agradecida sea infinitamente la divina bondad y la exquisita caridad de este santo sacerdote. Quedémonos aquí para hablar". Y hablamos juntos largamente.

Quiso enteró totalmente sobre mí, sea en el aspecto físico, sea en la parte moral y espiritual. Me habló de las vicisitudes de nuestras Casas y de los nuestros que se hallaban bajo las armas.

Habiendo visto en un rincón del cuarto, cerca de él, dos pares de botas militares que parecían dos barcas, me pidió si fueran mías.

Yo, casi confundido, contesté: "Son mías y no lo son, y me explico: el gobierno nos pasa dos pares de zapatos cada uno, uno para usarlo y otro para tenerlo como reserva, y ay de nosotros si no los conservamos: son graves puniciones y obligación de pagarlas. Mientras tanto, hace algún tiempo, algo ordinario bajo las armas, me hicieron desaparecer el par de reserva. Yo, para evitar las consecuencias, estaba yendo al almacén cuando un compañero me dijo: 'Idiota, ¿adónde vas? ¿Crees que estás en el convento? Yo tengo muchos zapatos y te puedo dar los que quieres. No vayas a ningún lado. Cállate que proveo yo'. Y, después de poco tiempo, lo vi que venía con un par de botas grandes.

"Yo le pedí cómo las tuviera, y quién se las dio. Y él me contestó, casi maravillado: '¿Y aún me lo pides? Las *robé*, como las *robaron* a ti'. Entonces me puse firme que no las quería, y que fuera a ponerlas dónde las había cogido. Pero aquel, sin perder tiempo, dijo: 'Yo te las dejo aquí; si no las quieres tú, ves a devolverlas, y estás seguro que las personas a las que las robé, ahora se hubieran proveídas mejor que antes'.

El Padre, entonces, me contestó: "Ya lo entendí. En una palabra, estas botas son robadas. ¿Y no sabes tú que lo robado no se puede tener, y estás obligado a devolverlo cuanto antes, mientras tú ya hace mucho tiempo lo tienes aquí guardado? Me hace maravilla: tienes que devolverlo en seguida".

"Quiere decir – dijo el Padre – que las entregarás a tus jefes".

"¡Sí, es una palabra! Iríamos bajo proceso yo y el que las robó".

"De todas formas, tú no las puedes tener. Si no se puede hacer nada en absoluto, quiere decir que las vendes y lo ganado lo das a los pobres. Te da el dinero que haga falta para sacar regularmente el par de botas que faltan, que tienes que tener como reserva. Y te encomiendo la tuya como mejor puedas. Pero si viene a faltar, no te atreves a quitar a los demás lo que te falta. Sácalo siempre regularmente de los oficios competentes y págalo todo. Nosotros pensaremos a enviarte el dinero. Dime, ¿uno no puede ir a los responsables diciendo que se le robó aquella cosa?".

"Sí, pero la respuesta es siempre la misma: 'Arréglatelo', o sea, 'Tómatela de los demás o paga'. Pero el que se descubre que robó, hay penas muy severas".

Y el Padre: "¡Vaya falta de lógica!". Y yo: "Aquí es algo tan común que no hace ninguna impresión". El Padre concluyó: "Esto, para la formación de la conciencia, es mayormente dañoso, porque poco a poco hace perder el respeto de las cosas de los demás. Pero el séptimo mandamiento de Dios es muy claro: 'No robarás'.

195. Libros buenos y libros malos

Como dije antes, el Padre y yo nos entreteníamos en el cuarto del Instituto del Padre Messina. De repente, el Padre notó en un estante un discreto número de libros y dijo: "Por supuesto, si el Padre Mesina dejó aquí estos libros, quiere decir que son todos buenos".

"No son del Padre Messina – le repliqué – sino míos. Los compré unos cuantos, en librerías, la mayoría de ellos a precio muy reducido en los puestos, otros hasta me los regalaron".

"Y, ¿qué haces con todos estos? ¿Tienes tiempo para leerlos?".

"Hay semanas enteras en el cuartel que no se hace justamente nada. Me los llevo allí y leo, también para pasar útilmente el tiempo. Las horas libres, las paso casi todas aquí. Después que hago un poco de adoración al Santísimo que está expuesto en esta Iglesia durante el día, me retiro para leer. Por lo menos hago algo útil: hay mucho para aprender. Leer me gusta mucho. Me doy cuenta que estoy en ayuna de todo. Lamentablemente, no teniendo una preparación, unas cosas hago dificultad para entenderlas, otras no las entiendo para nada; tal vez, luego, entiendo una cosa por otra, y no pocas veces entiendo que se me confunden las ideas".

El Padre, cortándome, me dijo: "La culpa de esta impreparación tuya es totalmente tuya. Te recuerdo cuántas veces insistí para hacerte empezar regularmente los estudios para sacerdote, y tú, con muchas excusas, lo rechazaste. No sólo se requiere una gran preparación para el sacerdocio, sino también para ser un educador sencillo: porque, como dice un gran pedagogo, para ser buen educador, hace falta ser gran filósofo, y gran santo y gran

pedagogo. Esperemos que cuando acabes el militar, siempre que el Señor lo quiera, te convenzas para empezar regularmente los estudios y así podrás ser más útil a la Congregación.

"Por ahora, lee, hazlo que es muy útil; pero sin esforzarte, lee lo que puedas entender, y que sepas escoger los libros. Intenta escoger los que son más pertinentes a las finalidades del Instituto. Siempre pensé de colocar en nuestras Casas, cuando la Obra se desarrolle, óptimas bibliotecas con textos de cultura general, pero especialmente ricas de libros que puedan alumbrar nuestra misión, o sea la oración para obtener los buenos Trabajadores a la Santa Iglesia y la educación de los niños pobres y derelictos.

"¿Qué libros son estos? Sé cuidadoso en la elección: que sean libros buenos. La lectura es el alimento de la mente y del corazón. Si es buena, produce buenos efectos, si es mala, produce efectos pésimos. ¡Con la lectura de los libros malos la pobre juventud se monta la cabeza con falsas ideas, y se forma en los principios opuestos a la verdad y al bien, hasta perseguir la religión, negar a Dios y ser levadura de pecado en la sociedad!".

"He aquí, Padre, cuáles son los libros: aquí hay la *Sagrada Biblia* y la *Imitación de Cristo*". "Estos – dijo el Padre – tendrían que ser como el pan de cada día. Lo mismo se tiene que decir sobre el libro de meditación del venerable Tomás".

"Otros, como ve, son biografías o escritos de Santos: San Agustín, San Juan Crisóstomo, San José de Calasanz, San Juan Bautista de la Salle, San Antonio María Zacarías, San Jerónimo Emiliani, San Alfonso, el Cottolengo, Don Bosco y otros".

"Por cierto, estos – dijo aún el Padre – son óptimos, sea para la formación espiritual sea para la cultural, con referencia particular a la educación según el espíritu de nuestro Instituto".

"Otros libros son de autores diversos: de Bonomelli, Manzoni, Stoppani, del Cardenal Maffi, Silvio Péllico y alguno de D'Annunzio".

"¿D'Annunzio? ¿No sabes que están prohibidas todas sus obras?".

"En realidad, cuando leí las primeras páginas, me di cuenta que tenía que ser un inmoral, y lo había puesto en evidencia para destruirlo, además, ya el Padre Messina me había dicho que era prohibido. Hay también libros de filosofía y pedagogía, un volumen de la *Suma* de San Tomás, traducido en italiano, la *Lógica* de Liberatore, el Zigaglia, Enrico Pestalozzi, *Las cinco llagas de la Iglesia* de Rosmini".

Y el Padre: "Este no: está prohibido". "En realidad, lo leí y no hallé nada que no pueda ir. Igual es con ideas avanzadas, pero es fácil para entender. En cambio, no entendí nada sobre el *Nuevo ensayo sobre el origen de las ideas*".

"El primero no lo tienes que leer – siguió el Padre – el segundo no es para nada algo para ti. Serviría para perder tiempo y confundirte las ideas. Se requiere una gran preparación".

Seguí diciendo que tenía también algo de Lambruschini y también de Rousseau.

"Especialmente este – observó en seguida el Padre – no tienes que leerlo para nada. Es muy difícil y con principios pocos conformes a la recta razón y a la moral". Y concluyó:

"Me gusta que te entretengas en estas lecturas instructivas. Pero te encomiendo siempre leer autores con una garantía segura. Siempre me sentí llevado para leer y estudiar no sólo la Sagrada Escritura, las Ciencias Sagradas, los Santos Padres, sino también la literatura, la filosofía y la pedagogía. Pero por cuánto tuviera buena voluntad, no me pude ocupar nunca en serio, porque absorbido por el Rogate y las obras de caridad".

Le dije yo: "Lo mismo decía el Padre Messina de sí, cuando veía que yo leía. Ahora lo siento que, cuando iré fuera de Palermo, tendré que dejar estos libros. No podré llevar conmigo sino los más indispensables".

Y el Padre me preguntó nuevamente: "Todos aquellos opúsculos, ¿de que tratan?".

"Son una serie – contesté – de síntesis populares de nociones generales, expuestos en manera fácil, sobre la literatura, la historia y la geografía, la filosofía y la pedagogía, la sociología y las ciencias naturales. Son muy útiles para mí, porque me sirven para recordar algo de los argumentos que se tratan en la Universidad Popular que, como usted sabe, estoy frecuentando.

"Tengo que agradecerlo al Padre Messina, que, en su tiempo, me obtuvo el permiso permanente de quedarme fuera del cuartel hasta las 22.30 horas. Así, cinco veces por semana, de las 20.00 a las 22.00 horas, puedo ir a la Universidad para asistir en las lecciones sobre temas diversos. Los que frecuentan son bastantes, la mayoría ancianos. Hay también mujeres y muy pocos militares".

Me dijo el Padre: "Por un lado me gusta que frecuentes estos cursos, sea para la cultura en general, sea para emplear útilmente el tiempo, y sea porque te sirve también como distracción de la vida militar. Por otro lado, sin embargo, grao que te puedan hacer daño, porque no tienes una preparación básica suficiente y, a menudo, en las escuelas laicas hay profesores que enseñan errores filosóficos, pedagógicos y teológicos y arremeten contra la moral, contra la religión, contra la Iglesia y el Papa".

"En realidad, en estas lecciones que hasta ahora seguí – dije – ya encontré profesores buenos y malos.

"Hay un profesor bastante mayor, que trató maravillosamente argumentos interesantes, como *Cristianismo y pedagogía – La pedagogía del Evangelio – La Iglesia educadora de la humanidad – Escuela y Familia – El Clero y la Escuela*. Parece un santo Padre, cuando habla.

"Al revés, hay otro, especialmente, que es un demonio escapado del infierno. Totalmente ateo, echa veneno contra la moral, la religión, la Iglesia y el Papa. Menos mal que hace más de un mes que ya no viene, tras un episodio clamoroso.

"Una noche este profesor estaba hablando de Silvio Péllico, y como patriota lo llevaba a las estrellas, pero en cuanto a sentimientos religiosos, lo pintaba como un pobre enfermo, un infeliz, un maniático. Generalizando, se atrevió luego a afirmar que el sentimiento religioso no es nada más que una anormalidad psíquica más o menos grave, según que es más o menos marcado este sentimiento.

"Según él, los llamados santos tanto más son maniáticos, cuanto más son creídos santos.

"Aquella noche, entre los pocos militares que asistían, había también un estudiante en medicina de quinto año, tal Pennisi, joven muy inteligente, culto, gentil y de profundos sentimientos religiosos, formado en Acireale por los Jesuitas.

"Con mucha amabilidad pidió la palabra y empezó a objetar con términos científicos y con argumentaciones tan sintéticas, claras y luminosas que el pobre profesor quedó casi chocado. Se esforzaba de responder, pero, cuando se vio totalmente reducido al silencio, no sabiendo más que decir, se enfadó, se levantó de pie y empezó a chillar, lanzando al interlocutor palabras ofensivas e injurias humillantes. Entre toras cosas, dijo: 'También tú eres un maniático furioso, y aquel Jesucristo que es el loco de los locos y que arruinó el mundo, te contagió bien'.

"Ante estas palabras blasfemas, estalló un verdadero huracán: silbidos, ruidos ensordecedores, gritos entre los bancos: '¡No lo queremos, no lo queremos, fuera, fuera!'.

"En un momento, el aula se vació, a pesar que unos discípulos del profesor hubiesen intentado reaccionar violentamente.

"Desde entonces en adelante, no se presentó más".

El Padre, sintiendo la horrible blasfemia contra Jesucristo, se estremeció, se descubrió la cabeza y pronunció unas jaculatorias de reparación. Pero, luego, se confortó, pensando en la enérgica confutación del joven militar y en la reacción y protesta del público y dijo: "Esto es lo que se necesitaba. Fue una verdadera reparación. Así se arruina, se envenena la pobre juventud en las escuelas públicas. Por esto tenemos que buscar, cuando

el Señor lo quiera, formar los nuestros con una cultura tal para luchar contra el mal en la sociedad y hacer triunfar el bien y, en el mismo tiempo, prepararlos en nuestras escuelas internas, regularmente legalizadas.

"Por cierto, para los estudios superiores no se puede no frecuentar las Universidades, sea para la cultura general, sea, principalmente, para tener los títulos legales para la enseñanza. Pero son ambientes muy peligrosos, ya que, como viste, a menudo enseñan profesores inmorales y ateos. Por esto, los sujetos destinados por la obediencia a frecuentar las Universidades, tienen que ser bien preparados espiritual e intelectualmente, inteligentes, humildes y fuertemente apegados al espíritu y a las obras de la Congregación. Si no hay esto, es un grave daño para el Instituto y ciertamente se perderán. Mientras tanto tú, si reconoces que te hace daño la frecuencia de estas lecciones, deja de ir".

"A mí me da igual – contesté – siento muchas bestialidades en el cuartel…".

196. Las Hijas del Divino Celo en el Hospital militar de Padua

Pocos meses antes de la retirada de Caporetto, el Padre me escribió una carta, dándome noticia que las Hijas del Divino Celo habían ido a servir en el Hospital militar de Padua. Me envió la dirección exacta de las hermanas, que, me decía, tendrían placer si yo las iría a ver, como se sabía que a menudo, desde el Carso, acompañaba en ambulancia los heridos también a los hospitales del Véneto.

El Padre me exhortaba a ir, y yo también habría tenido mucho gusto, y me prometía ir a verlas en la primera ocasión.

Pero, como la ocasión nunca llegaba, me decidí a escribir una larga carta, en la que les hacía mis mejores congratulaciones y deseos para la nueva misión.

En la carta me esforzaba de demostrar la importancia de la misión de la religiosa en el hospital y especialmente en el hospital militar en tiempos de guerra, donde los ingresados no pueden tener el consuelo de sus familiares, porque, ordinariamente, están lejos. Sabemos, por experiencia, que la religiosa que está en la altura de su importante misión en los hospitales militares es enfermera, madre, hermana, a menudo substituye el sacerdote, y es el ángel consolador de los enfermos y de los moribundos, a los que, a menudo, logra hacer pronunciar por última vez los nombre Santísimos de Jesús y de María.

Además, sugería a las hermanas lo que tenían que hacer para atraerse el ánimo de los enfermos y el respeto de los Superiores: porque, cuando se llega a esto, se puede decir que las dueñas de los hospitales son las monjas.

Pero, para llegar a esto, hace falta: vida religiosa ejemplar, máxima seriedad y sacrificio hasta el heroísmo. Así es, al revés las religiosas en los hospitales son una ruina. Y hacía notar todavía los graves peligros que hay, especialmente en los hospitales militares.

La carta no llevaba remite ni el origen. Del contexto y de los particulares se sacaba claramente que el autor tenía que ser alguien que pertenecía a la propia institución, pero difícilmente se podía individuar quién fuera.

Las hermanas se volvían locas para conocer quién pudiera haber sido el que había escrito la carta, hasta que no fueron a Padua el Padre y el Padre Palma, los que, mirando las letras, reconocieron el autor.

El Padre me escribió en seguida, manifestándome su placer por haber yo escrito aquella carta y me decía que no se podía explicar por qué había dejado de escribir firma y remite. En el mismo tiempo me decía que las hermanas habían quedado muy contentas por aquel escrito y me comentaba el bien que hacían en el hospital.

Me repetía que las Hermanas tenían mucho deseo de una visita mía, y él mismo me exhortaba nuevamente a complacerlas, si fuera posible.

También las hermanas me escribieron una larga carta, repitiéndome lo mismo. Sin embargo, esta ocasión, jamás se presentó.

Después del armisticio, hallándome a servir en el Hospital militar de Udine, me hallé con un mayor médico de muy buenos sentimientos cristianos: a menudo escuchaba la Misa en la Capilla de las hermanas y, algunas veces, especialmente en el domingo, lo veíamos acercarse a la Santísima Comunión con mucha devoción.

Él, en realidad, no hacía servicio en mi división, pero conmigo se mostraba muy amable.

Un día, hablándole de las hermanas del Hospital de Udine, alababa su espíritu religioso y los sacrificios heroicos que hacían por los enfermos. Él estaba perfectamente de acuerdo conmigo. Y fue hablando de este tema que me dijo que él, hasta el armisticio, había servido en un hospital de Padua, donde había unas monjas sicilianas que, aunque no tuvieran mucha práctica sanitaria, eran insuperables por bondad, espíritu religioso, amor mutuo entre ellas y por los sacrificios que hacían por los enfermos.

Y luego añadió: “Tuve el gusto y la suerte de conocer su Fundador, que me hizo una óptima impresión: tiene que ser de verdad un gran siervo de Dios. Las Hermanas lo estimaban como un santo. Oí decir que es un cierto Canónigo Di Francia de Mesina”.

Cuando le dije que pertenecía a la Obra fundada por él, se me encariñó aún más y quería sentir con gusto sobre él y nuestras Obras.

197. El honor del Instituto y el Canónigo Celona

El Canónigo Celona iba algunas veces a pasar sus vacaciones de verano en Oria y, cuando faltaban el Padre y el Padre Palma, quería enterarse de todo, se ponía en todo como si fuera el Superior ordinario de la Casa. Esto creaba no poca confusión, sea porque no conocía el lugar, sea porque, aunque bueno y culto, era igualmente teórico, además que tenía ideas diferentes del Padre y del Padre Palma[62].

Según él, la Congregación estaba demasiado desequilibrada en actividades exteriores, faltaba con la vida interior y se mantenía aún en el nivel bajo de los primeros tiempos del Barrio Aviñón (hace falta notar aquí que él, seguidamente, fundó el Instituto femenino de las Siervas Reparadoras, ¡y una de las primeras cosas que hizo fue la de comprar una máquina tipográfica para que las monjas trabajaran!).

Tal vez chinchaba sólo diciendo: "Rogacionistas, confusionistas".

De las Hijas del Divino Celo tenía una idea muy baja. Decía que eran unas mujeres piadosas, atrasadas, ignorantes, y que no había nada consistente en su vida religiosa. El único que se salvaba delante de él era el Padre: hablaba de él siempre bien, con respeto y veneración.

Yo, más veces y con buenas maneras, intentaba hacerle entender que aquellos discursos pocos respetuosos hacia el Instituto de los Rogacionistas y de las Hijas del Divino Celo no me gustaban y me ofendían. Pero todo era inútil, como si no lo entendiera o no lo quisiera entender. Así, cuando me cruzaba con él, como si lo hiciera de propósito para hacerme resentir, se mostraba más atrevido en sus juicios sobre la Obra.

Un día nos encontramos los dos solos en el bosque, y él, como siempre, empezó el discurso y abundó en juicios bastante pesados, ahora sobre esta y ahora sobre la otra Casa del Instituto.

Entonces, aprovechando del hecho que estábamos a parte de los demás, le contesté a tono, sin ningún respeto, con palabras muy claras. Le dije que lo asombroso era que un hombre tan prudente y culto como él hablase con tan poco respeto del Instituto que durante muchos años lo había beneficiado, tratándolo como uno de sus miembros. Me asombraba, pues, que, después que

[62] Antonino Celona nació en Ganzirri (Mesina) el 5 de abril de 1873. Fue sacerdote diocesano y luego Canónigo Deán de la Catedral de Mesina y fundador de las Siervas Reparadoras del Santísimo Corazón de Jesús. Conoció el Padre en 1888, moró durante un tiempo en el Barrio Aviñón y durante muchos años colaboró con él, aunque entre altibajos y con cierta ambigüedad, debido a su posición poco clara con relación a la Obra. Murió en 1952; un año antes declaró en el proceso informativo diocesano sobre el Padre. En el episodio aquí contado por el Padre Drago se refleja, aunque con el matiz de la anécdota, la relación no muy límpida de Celona con el ambiente rogacionista de aquellos tiempos *(Cfr. Positio*, vol. II, pp. 383-393, en particular la nota 3).

el Padre le concediera una confianza ilimitada, y después de mucho tiempo que había estado en el Instituto, todavía no reconociera las cualidades de la Obra.

En cambio, él, mientras por un lado decía que quería pertenecer a la Obra, por otro lado, la deshonraba para justificar su inseguridad.

"Si fuera yo en vez del Padre – añadí – acabaría con usted una vez por todas: o dentro o fuera":

Ante este discurso mío, el Canónigo Celona se volvió de fuego. Me llamó de soberbio, cretino, ignorante, maleducado y otros títulos.

Se molestó y ofendió tanto que dijo que quería marcharse de Oria el mismo día siguiente, y que nunca volvería.

Aquella misma tarde volvió el Padre Palma, y a él el Canónigo pintó el hecho en manera más negra de lo que había sido.

El Padre Palma se disgustó mucho. Me hizo llamar en seguida y me reprochó severamente, diciéndome de pedir en seguida perdón al Canónigo que, con razón, estaba muy ofendido.

Yo no me mostré dispuesto a pedir perdón, diciendo que no creía de haber hecho mal, sino de haberle decido todo lo que se merecía.

Entonces el Padre Palma se enfadó y me dijo cuánto más pudo.

El Canónigo, después de un par de días, se marchó disgustado a Mesina.

Después de pocos días, viniendo de Altamura, llegó el Padre a Oria. El Padre Palma lo informó en seguida sobre lo que había acontecido entre yo y el Canónigo Celona.

El día siguiente el Padre me llamó y me preguntó, con calma, cómo había ido el asunto. Después de haberlo escuchado todo me dijo: "No te arreglaste bien, más bien te tengo que decir que lo hiciste muy mal. Antes de todo, no puedo pensar que el Canónigo Celona hablara con tan poco respeto del Instituto, como dices tú. Creo que tiene que haber alguna equivocación. No lo habrás entendido bien. Pero, aunque hubiese habido algo verdadero, ciertamente él habría hecho mal, pero ni por esto lo tendrías que mortificar. Además, ¿por qué no te mostraste dispuesto a pedir perdón?".

"Padre, fue porque no sentía de haber hecho mal. Había sentido como una obligación la de defender el honor del Instituto. Para mí, pedir perdón habría sido un acto de hipocresía y casi como decir al Canónigo Celona que no hacía mal a hablar con poco respeto de la Obra".

El Padre intentó nuevamente escusar el Canónigo Celona por el modo en que me había portado con él.

Pero creo que en su corazón habrá dicho: “Hiciste bien”. Y creo así porque, después de unos dos años el Padre me dictó una larga carta dirigida al Canónigo Celona, en que le decía, aunque con amabilidad y mucha caridad, mucho más de lo que le había podido decir yo. Entonces pensé entre mí: “Quiere decir que hice bien a decirle lo que le dije: más bien, ¡tendría que decirle más cosas!”.

198. El Padre huésped en Palermo en el Instituto del Bocado del Pobre

El Padre, mientras todavía era militar en Palermo, vino a verme otra vez, aprovechando que tenía que desenvolver algunos asuntos. Fue huésped del Instituto del Bocado del Pobre.

Habiendo ido a buscarme en el cuartel, le dijeron que no estaba, ni le hicieron hablar con el oficial en servicio. Entonces fue a pedir al Padre Mesina que le hiciera un billete de recomendación para hacerlo hablar con el comandante del cuartel, pedir dónde estaba y solicitar un permiso de 24 horas.

El Padre Mesina se ofreció para acompañarlo él mismo, para estar más seguro de conseguir lo que el Padre quería.

En cuanto fueron, los recibió el comandante, que dijo que me hallaba durante 48 horas estaba en servicio voluntario en el Hospital contumacial, y que volvería al cuartel después de las 22,30 horas. El Padre manifestó de quererme ir a ver al Hospital, pero el oficial contestó que en aquel hospital no permitían entrar a nadie, ni se permitía salir a los que estaban en servicio.

“Quiere decir – dijo el comandante – que le dejo un permiso de otras 48 horas para mañana. Así, cuando Drago esta noche se retirará, el oficial de servicio le hará llegar el permiso y mañana será libre por dos días”.

El Padre lo agradeció y le rogó de hacerme llegar también un billete suyo, en que me decía que se hallaba en Palermo, huésped en el Instituto del Bocado del Pobre.

Dicho Instituto estaba muy lejos del cuartel. Cuando llegué allí, hallé que el Padre ya había celebrado.

Estuve hablando un buen rato con el Padre. Con mucho interés se informó acerca de mi salud, cómo me hallaba bajo las armas, cómo iban las prácticas de piedad, si necesitaba alguna cosa, y me quiso dar algo de dinero, no sólo para proveerme de algo personal que me podía valer, sino también para ayudar a algún pobre necesitado. Luego me puso al día sobre lo que me podía interesar de nuestras Casas y de las vicisitudes de los nuestros que estaban bajo las armas.

Luego me habló con mucho interés de la misión bonita del Instituto del Bocado del Pobre, del alto concepto de santidad del fundador, el Padre Santiago Cusmano, que él no sólo había conocido personalmente, sino que con él había tenido unas íntimas e importantes relaciones, que se referían también a nuestro Instituto.

Luego quiso saber por qué no me había hallado el día antes en el cuartel, y qué era este Hospital contumacial.

Le contesté que era una especie de lazareto para los militares afectados por enfermedades muy contagiosas. Yo no era destinado a hacer servicio allá, pero tal vez iba voluntariamente porque había constatado la gran necesidad que allí había de una verdadera asistencia de los pobres enfermos, y esto porque los enfermeros eran soldados obligados por la disciplina militar a hacer aquel servicio y, por eso, lo hacían de mala gana, sea por temor al contagio, sea porque se requería mucha paciencia y gran trabajo para tratar con aquellos enfermos, sea porque también, durante enteras semanas, no podían salir para nada del hospital.

Las verdaderas heroínas eran las Monjas de San Vicente, pero, lamentablemente, eran muy pocas en comparación con los necesitados.

Por este motivo, a menudo pedían a los militares de sanidad si querían estar en servicio durante 48 horas voluntariamente entre aquellos pobrecillos. Yo, cuando podía, iba con gusto, porque experimentaba que se podía hacer un gran bien sea para el cuerpo sea para el alma, como en ninguna otra parte.

El peligro del contagio era real. No pocos militares, en efecto, contagiados, ahora se hallaban allí ingresados a su vez.

El Padre me dijo: “Me gusta mucho que te ofrezca para este acto de caridad muy bonito. Hace falta ser generosos en la caridad hacia el prójimo, a cuesta de grandes sacrificios, de la propia salud y, también, si hace falta, de la propia vida, como hacen muchas almas buenas por amor del Señor, como hicieron muchos santos y, más que todos, como hizo el mismo nuestro Señor, que, por amor de la humanidad, murió en la cruz.

“Pero en este servicio en el contumacial hace falta ser prudentes y usar todos los medios para evitar el contagio; hace falta rezar mucho, antes de todo y, luego, usar los medios higiénicos sugeridos por la medicina”.

“En verdad en esto estamos muy atentos. Como uno entra en el hospital, antes de tener contacto con los enfermos, el médico lo visita para ver si hay predisposiciones para ciertas enfermedades; luego, lo hace desnudar y le hace dejar todo lo que tiene. Luego, lo revisten con ropa esterilizada. Acabadas las 48 horas de servicio, antes de salir, nuevamente es visitado cuidadosamente por el médico; luego hace el baño y una completa desinfección en la presencia de un oficial médico; luego, se le devuelven los propios vestidos y,

seguidamente, durante muchos días, cada mañana, el oficial médico lo visita aún".

En una cierta hora vino el Director del Instituto y dijo al Padre que cuando estaba dispuesto, deseaba hablar con él. El Padre contestó que podía entretenerse en aquel mismo entonces.

El Director llamó, pues, un Padre, que me hizo visitar la Casa y me acompañó a la habitación que me habían asignado.

En la Casa no había mucho para ver: se notaba más bien mucha dejadez. Los acogidos eran pocos; los religiosos un número muy bajo.

Aquel Padre, acompañándome a la habitación, se entretuvo hablando conmigo del progreso y del muy bonito fin de nuestra Congregación, y deseaba conocer los desarrollos. Me hablaba del gran aprecio y veneración que en su Instituto se tenía de nuestro Padre. Y, con gran dolor, me hablaba de las enormes dificultades en que se hallaba su Instituto por muchos motivos. Se sabía, en efecto, que unos cuantos hermanos coadjutores, infieles a su vocación, habiendo habido intestadas algunas propiedades del Instituto, habían aprovechado de ellas.

El escándalo se había difundido en Palermo hasta demasiado, y más bien se hacía hasta propaganda, por lo cual el Instituto del Bocado del Pobre había perdido mucho aprecio.

Llegada la hora del almuerzo, el Padre me dijo que el Director, por su bondad, había insistido para que fuéramos en la mesa con su Comunidad.

No digo qué fiesta hubo en el comedor. Por el afecto que demostraban hacia el Padre parecía que se repitiera la misma escena que pasaba entre nosotros cuando el Padre, después de mucho tiempo, volvía a vernos. ¡Pero, lamentablemente, aquella comunidad era muy escasa de número!

Se intercambiaron unos brindis. El Padre, con su inspiración poética, los confundió, recordando al Fundador y a su Obra santa. Agradeciendo por la afectuosa hospitalidad, deseaba toda prosperidad para la Institución tan bonita y tan querida por él.

Luego insistieron para que yo me quedara a dormir allí. El Padre me dijo de aceptar la caridad: así tendríamos también el tiempo para estar aún juntos.

La mañana siguiente salimos juntos con el Padre para desenvolver muchos asuntos por los que había también ido a Palermo. Entre otras cosas, fuimos a una clínica para tomar una cita con un célebre profesor especialista de tuberculosis, para hacer visitar al Hermano Mauro. El profesor estaba en el exterior. El Padre les dejó unas notas y la dirección para tener la respuesta. Dirigido a mí, dijo: "Cuando tenga la respuesta, iré yo a acompañarlo, aquel hijo querido. Me hace mucha pena; es un angelito. Se entregó totalmente a la Congregación. Estoy rezando mucho, estoy celebrando muchas Misas.

Estamos usando también todos los medios humanos. Pero luego hace falta resignarnos. Recemos para que, en esto, también, se cumpla la divina Voluntad".

Después de que el Padre acabara con todo lo que tenía que hacer en Palermo, volvimos juntos al Bocado del Pobre para agradecer el Director por la entrañable hospitalidad.

Este no solamente hizo reunir a todos los religiosos para obsequiar al Padre, sino también a los ingresados y a los artesanos. Todos lo saludaron cálidamente. Yo lo acompañé a la estación. Mientras esperábamos que el tren se pusiera en marcha, me decía que estaba muy dolido en ver cómo se había reducido la bonita Obra del Bocado del Pobre, por algunos elementos heterogéneos que en ella habían entrado. Así, poco a poco, se había perdido el espíritu religioso de aquel santo Fundador, que había llevado la Obra a un nivel tal que gozaba el aprecio no sólo en Sicilia, sino también en Italia y en el exterior. Luego el Padre concluyó:

"Esto nos tiene que servir de experiencia para mantenernos siempre en el espíritu religioso justamente en nuestra Congregación, rezando incesantemente al Señor para que nos dé santa perseverancia".

199. En el tren con el Padre para Roma

Cuando volví de la vuelta de los mejores Institutos de Italia, antes de empezar en Oria la nueva fábrica, supe que el Padre se hallaba en Trani con el Padre Palma. Él había mandado decirme en Oria que, una vez llegado yo, habría tenido que ir a verlo porque tenía que hablar conmigo.

Fui, pues, a Trani, y lo informé de lo que había visto. Luego el Padre me dijo: "Tú y yo tenemos que ir a Roma para tratar la adquisición de una Casa, cuyas prácticas están en buen punto". Le contesté: "Si tenemos que salir ya, quisiera pasar por Oria, de donde falto hace veinte días, para preparar especialmente lo que se refiere al nuevo año escolar. Cuando sea el tiempo establecido, nos podríamos encontrar en la estación de Trani".

El Padre fue de acuerdo así, pero el Padre Palma añadió: "El Padre no está bien y el doctor desaconseja que él haga este viaje. Aunque el Padre está decidido a salir de todas cuestas, mejor es esperar el parecer del médico, que justamente ahora estamos esperando".

Vino el médico y, después de visitarlo cuidadosamente, le desaconsejó totalmente el viaje. Dijo: "El corazón no se lo permite, ya las piernas son bastantes infladas; en el tren, dada la posición que se tiene que guardar, ciertamente se inflarán más y las consecuencias pueden ser bastante graves".

Pero el Padre insistía, diciendo que ya había tomado una cita, un compromiso, y no se podía faltar. Además, sin ir a Roma, el asunto podría fracasar.

Viendo su resolución, el doctor le dijo: "Por lo menos haga el viaje en un coche-cama, y quede casi siempre tumbado".

En cuanto el Padre oyó lo del coche-cama, con un gesto decidido exclamó: "Pero, ¿qué está diciendo? ¿Quién conoce el coche-cama? Esto lo pueden usar los señores, los ricos y no los religiosos que hicieron voto de pobreza. Yo siempre viajé en tercera clase, y raramente en segunda por razones de salud".

Ante estas palabras, el médico replicó con energía: "Reverendísimo, para mí, así no puede salir. Si luego quiere absolutamente marchar, déjeme una declaración que usted sale contrariamente a mi prescripción médica, para que así yo pueda declinar toda responsabilidad".

Yo me permití intervenir: "Cuando se trata de nuestra salud, para cumplir los cuidados mandados por el médico, usted, Padre repite las palabras del Espíritu Santo: 'Honra al médico'.

Replicó el Padre: "Hazme el placer, cállate, ¡justamente tú hablas!".

Pero, después de todo esto, el Padre, aunque de mala gana, fue obligado a resignarse y a viajar en coche-cama. Así yo salí dirección Oria y, en su tiempo, nos reunimos en la estación de Trani, según lo que habíamos establecido.

Pasó la noche en el tren relativamente tranquila, estando en cama. Como se dio cuenta que yo, de vez en cuando, iba para asegurarme si necesitara algo, me dijo: "No vengas más. Gracias a Dios no necesito nada. Piensa en descansar".

Sin embargo, por cuanto el Padre usara el coche-cama, su salud resintió no poco.

Llegados en Roma, nos hospedaron las Monjas Dominicas de la Calle Salita del Grillo.[63] Pero, para dormir, fuimos colocados en una especie de tribuna de la Iglesia cercana, separada por un tendón. Muy incómodo, pero el Padre allí estaba con gusto, porque decía que también durmiendo se hacía compañía a Jesús Sacramentado. Para comer, en el almuerzo y en la cena, sólo sopa y pan.

Sin decirle nada a él, hice notar a la Superiora que el Padre estaba enfermo y que necesitaba, sea en el mediodía sea por la tarde, algo más consistente. En cuanto a mí que estaba bien, era suficiente lo que pasaban.

Como el Padre se dio cuenta de este cambio, llamó la Superiora y le preguntó por qué a mí también no habían pasado lo mismo que a él. La superiora contestó que se lo había pedido yo. Y entonces el Padre objetó: "No,

[63] Por las Monjas Dominicas, cfr. c. 183 y nota.

no. A los dos el mismo tratamiento. Es suficiente la sola sopa y el pan. Nosotros agradecemos la Providencia y la caridad que usted nos hace".

Al salir la Superiora, el Padre me reprochó por lo que había hecho, y me hizo notar que aquella Comunidad vivía, se puede decir, en extrema miseria. Yo contesté que la recompensaríamos por los gastos. El Padre me dijo que en todo teníamos las mil liras que un señor le había dado en el tren. Y yo le contesté que ya había escrito al Padre Palma diciéndole que estábamos sin dinero, porque yo no había proveído, pensando que a ello pensaría la casa de Trani.

200. Negociaciones para la adquisición de la Casa de Roma en Circonvallazione Appia

El día después de nuestra llegada en Roma, con el Padre fuimos al lugar de la adquisición, donde nos esperaban el mediador y otro señor que se presentó en calidad de ingeniero.

Visitamos los lugares, tomamos visión de la extensión del terreno en venta y nos dimos cita para el día siguiente con los interesados, en el mismo lugar.

El día siguiente, en la hora establecida, hubo la reunión con el representante legal de la Sociedad Romana Inmuebles, con el encargado, el mediador, el abogado que se había presentado como tal el día antes y otro señor que nos fue presentado como abogado.

Hablamos sobre muchas cosas, acerca del valor y de las modalidades, y tomamos cita para el día siguiente en la oficina del cuidador para examinarlo todo.

Yo quedé solo en el lugar para darme cuenta con mayor comodidad de la fábrica.

Encontrándome luego con el Padre, intenté presentarle mis dificultades sea sobre la idoneidad del precio, sea sobre mis dudas en la elección del ingeniero y del abogado que, se presumía, tenían que hacer nuestros intereses.

El Padre, después de escucharme, en modo resoluto me contestó: "Si te instruyeron que me tienes que poner dificultades para que no haga la adquisición, mejor que te marches ahora mismo para Oria. Si el Señor querrá la adquisición se hará. Yo recé e hice rezar mucho para esta finalidad, y creo que el tiempo llegó para poner pie en Roma. Tú igual tienes en la cabeza los grandes Institutos que fuiste a ver, y quisieras hallar alguno parecido a aquellos. Tienes que pensar, en cambio, en nuestro origen, o sea en el Barrio Aviñón.

"Ya se aplazó demasiado nuestra venida a Roma, y personajes importantes me dicen que para el bien de la obra hace falta ir a Roma sin tardar más".

El Padre me contestó en aquella manera porque para aquella adquisición no estaban favorables ni el Padre Vitale ni el Padre Palma (esto lo entendí después, por una carta que el mismo Padre me dictó, dirigida a los dos).

El Padre se dio cuenta que había quedado mortificado. El día siguiente, pues, amablemente, me dijo: "No quiero que tú te abstengas de hacer aquellas observaciones que crees justas según tu parecer. Por esto te hice venir. Pero no tienes que sentenciar tras la primera ojeada. Hace falta recordar que hoy no podemos adquirir una Casa ideal; y, en cuanto al precio, se tiene que recordar que estamos en Roma y no en Oria".

En la hora establecida, nos hallamos en el oficio del encargado. El mediador ostentaba siempre una religiosidad exagerada y un amor especial para las obras de caridad. Para evitar fuertes gastos aconsejaba de hacernos asistir en el asunto por los dichos ingeniero y abogado, alabando su honestidad y pericia.

Se notaba en todos un vivo deseo de concluir las negociaciones y de hacer el compromiso. Pero el Padre tomó otros dos días de tiempo para poder reflexionar mejor. Veía el Padre pesaroso, por lo cual, llegados en casa, me animé y le dije: "Tuve la impresión que el mediador, el ingeniero y el abogado estén de acuerdo entre ellos. Son una especie de banda que no merece confianza para nada. Creo que sea mejor escogernos nosotros un ingeniero y un abogado de nuestra confianza. Igual nos podrían aconsejar los Salesianos". Y el Padre: "He aquí, como siempre, que sentencias y piensas mal. Déjame pensar".

La mañana iba a celebrar en las hermanas en que nos hospedábamos, un Dominico, al que el Padre expuso el caso y refirió también mi juicio sobre aquella gente. El Dominico contestó que en Roma se tenía que estar muy circunspectos y hasta difidentes, porque había hasta organizaciones para engañar especialmente los religiosos y las religiosas. Y contó también unos hechos graves. Nos señaló él mismo un abogado muy acreditado. Para el ingeniero fuimos a ver los Salesianos en Vía Marsala.

El director nos hizo una acogida realmente más que fraterna, y para el Padre tuvo palabras afectuosas de veneración. Cuando el Padre le dijo que la intención de la adquisición de la Casa era la de la fundación de un Orfelinato masculino, contestó: "¡*Deo gratias*! No me parece verdad que en Roma falten Institutos parecidos". Pero cuando oyó que, por el momento, por falta de personal, los huérfanos tendrían que ser confiados a las Monjas, dijo: "¡Lástima! Monjas en Roma, tenemos muchas que no sabemos qué hacer con ellas".

Luego, como supo la finalidad por la que habíamos ido a verlo, contestó: "Os aconsejo el ingeniero con el que trabajamos nosotros: lo experimentamos y merece toda confianza en todo".

Confirmó más o menos lo que nos había dicho el padre dominico acerca de los engaños que en asuntos parecidos a menudo se hacen en Roma.

Luego supimos que el ingeniero y el abogado que nos había propuesto el mediador eran sus íntimos familiares, con los que traficaba, tanto que no merecía ninguna confianza.

Tenidas estas informaciones, el Padre, en la reunión establecida, dijo a los interesados que había pensado mejor, y creía oportuno hacer ver antes el estable por un ingeniero práctico de instituciones como la nuestra. Por esto había escogido el ingeniero de los Salesianos, cuyas obras son muy parecidas a las nuestras. Dicho ingeniero sería dispuesto para ponerse a nuestra disposición en el lugar en dos días. El mediador, resentido por este discurso del Padre dijo: "Esta es una ofensa al ingeniero que es una perla de honradez, y a mí también. Es una falta de confianza".

Contestó el Padre con mucha alma: "yo le dije la razón. O sea, quiero un ingeniero que conozca la naturaleza de la obra". Así se concluyó que el día establecido nos encontraríamos nuevamente en el sitio.

201. Adivinaste por casualidad

Aquel día, en el sitio de la compra, nuestro ingeniero y el del mediador estaban comentando sobre el aguante de la fábrica, a causa de una lesión que se notaba en la pared perimetral.

Yo escuchaba en silencio, pero al final dije: "A mí me parece que la causa de la lesión sea porque el pilar central se está bajando", e intenté explicar la razón (en los días anteriores había tenido todo el tiempo y la comodidad de bajar en el bajo de donde se podía notar muy bien la causa de la lesión también por una persona totalmente profana, a través del movimiento del terreno).

Los ingenieros se miraron y dijeron: "Reverendo, tiene razón; es justamente cómo dice usted. ¿Acaso es usted ingeniero?". Contesté: "Para nada". Y el Padre añadió en seguida: "Ni ingeniero ni sacerdote. Está estudiando para sacerdote, si el Señor lo querrá. Pero en asunto de construcciones tiene buenas disposiciones, y una cierta práctica, porque a menudo trata con ingenieros, y se encarga también de la asistencia en nuestras construcciones. Nosotros, cuando vemos que nuestros jóvenes tienen buenas disposiciones, los ayudamos y los animamos como mejor podemos".

El ingeniero de los Salesianos siguió diciendo: “Es algo óptimo que Institutos parecidos a los de los Salesianos, tengan unos ingenieros en la propia familia religiosa. Lo veo con los Salesianos mismos que es muy útil”.

Cuando quedamos solos, el Padre me dijo: “Fue justamente providencial hallar este otro ingeniero. Se nota por la discusión que es una persona muy recta en todo. Pero tú no creas que eres de verdad competente en las construcciones. ¡No pienso que te crees realmente un ingeniero! Estoy seguro que adivinaste por casualidad la causa de la lesión. Yo te alabé por un cierto prestigio del Instituto. Por cierto, ¡sería muy útil para la Congregación poder tener ingenieros propios! Sería una gran ventaja no sólo para el nombre del Instituto, sino principalmente para tener casas y construcciones más conformes a la naturaleza de nuestras obras y para ahorrar muchos gastos. Los ingenieros no tan fácilmente se saben inspirar por la naturaleza propia del Instituto y, tal vez, no se adhieren a los límites correctos de la estática y la estética, sino que lucen el arte a expensas de la economía, creando así precedentes incluso en detrimento del espíritu de pobreza”.

202. Antes de hacer el compromiso el Padre reza y reflexiona

Después que nuestro ingeniero se formó sobre el concepto preciso del estable y de su valor, nos reunimos también con nuestro abogado (aquello que nos había indicado el padre dominico), que tomó su tiempo para tener otros documentos y estudiar mejor la parte legal.

En la hora establecida hubo el encuentro en la oficina del mediador, que tenía todo el interés en apresurar la escritura del compromiso. El Padre, en cambio, dijo: “Antes de concluir, necesito aún tiempo para reflexionar y estudiar el asunto mejor. Por esto confié también las prácticas a un abogado mío para asistirme”.

Ante estas palabras, el mediador estalló por la ira y, entre otras cosas, dijo dirigido al Padre: “Es justamente de los curas ser difidentes. Usted ofendió también la personalidad de estas dos perlas de honradez, ingeniero y abogado, que hasta ahora hicieron todos sus intereses como mejor no se podía hacer. Si luego no quiere concluir el asunto, ¿por qué nos hace perder el tiempo? Nos está aplazando día tras día, hallando siempre nuevas excusas, y siempre es indeciso. No pensaba hallarme delante un inhábil”.

El Padre escuchaba pacientemente, pero yo no pude aguantarme más y, levantándome de pie, le dije: “Preste atención como habla, estúpido y grosero. Usted ni sabe quién es el Canónigo Di Francia. Él razona mejor que usted, y goza, se puede decir, estima universal”.

Ante estas palabras, intervino el Padre en modo resoluto, diciéndome: “Siéntate y cállate. No se ofenden así las personas”. Y, dirigido al mediador: “Señor, lo quiera disculpar – dijo – todavía es joven, y no sabe medir las

palabras, ni sabe dominar sus nervios. No le haga caso. Nosotros, si quiere el Señor, seguiremos las negociaciones y, con la buena voluntad de ambas partes, concluiremos el asunto. Tenga paciencia, espere otro poco, y tomaremos otra cita para reunirnos, y esperamos concluir".

Luego, dirigido a mí, dijo: "Pide perdón al señor". "¿Yo? Fue él que ofendió a usted", contesté yo. "Yo no me ofendí para nada – añadió el Padre – dijo la verdad que soy inhábil".

Estas palabras las dijo con tal calma que el mediador lo interrumpió diciendo: "Tiene razón el reverendo. Me toca a mí pedirle perdón". Y se levantó para estrechar la mano al Padre, diciendo: "Disculpe, reverendísimo". Entonces yo también, estrechándole la mano, le dije: "Disculpe, señor".

Al salir de la oficina, el Padre deploró mi comportamiento y me reprochó seriamente, diciéndome que no es de cristianos, ni mucho menos de religiosos devolver mal por mal. Hace falta, en cambio, tener los nervios en su sitio y poner en práctica las palabras de nuestro Señor: 'Dichosos los mansos, porque poseerán la tierra'.

Después de unos días y largas discusiones, llegamos finalmente a la escritura del compromiso por cerca de 900.000 liras.

203. "Preparad trescientas - mañana vendrá Carmelo"

Estando en Roma, un día en la Plaza Venecia vimos en cierta distancia a Monseñor Paíno, sin ninguna insignia obispal, que nos fijaba. Nos apresuramos para alcanzarlo y obsequiarlo. El Padre, sin embargo, me dijo de no decir nada sobre las negociaciones para la adquisición de la Casa, porque el Arzobispo iba en búsqueda de millones para la compra de las hipotecas de los que habían sufrido el terremoto para la construcción y reforma de iglesias e institutos, y también a nosotros había hecho unas promesas. Pero quería dinero, dinero, más bien cantidades de dinero. Si hubiese conocido que estábamos en Roma para la adquisición de una Casa, ciertamente habría avanzado unas pretensiones.

El día después el Padre hizo el siguiente telegrama al Padre Vitale: "Preparad trescientas - mañana vendrá Carmelo". La noche misma, en efecto, salí y, según las instrucciones del Padre, saqué en Mesina las trescientas mil liras, y seguí para Oria. Aquí, el Hermano María Antonio había tenido disposiciones del Padre para llevar a Roma la cantidad sacada en Mesina y lo que se podía recoger en Oria y en Trani.

204. Llamado de Oria a Roma para asistir al Padre enfermo

Me llegó en Oria un telegrama firmado por el Padre Palma que decía así: "Arregla bien las cosas de la Casa y ven a Roma para asistir Padre enfermo. Lleva tres San Pier Niceto" (quería decir lleva tres litros de vino de San Pier Niceto).

Llegado en Roma, encontré al Padre tan agotado de fuerzas que me preocupé mucho: fiebre alta, afán, total inapetencia; no lograba descansar ni de noche ni de día. Siempre era resignado y, a menudo, hablaba de sus sufrimientos así: "¿Qué son estos dolores míos en comparación con los sufrimientos y dolores de nuestro Señor, sufridos especialmente en su pasión?".[64]

Cuando sin querer le salía alguna queja, se corregía diciendo: "Pero, cómo soy miserable e imperfecto. No consigo sufrir por nuestro Señor y para descontar mis pecados". Cuando se sentía fallar, observaba: "¿Por qué no me administráis la Extremaunción? ¿Hace falta esperar cuando el enfermo ya no se entera de nada más?". Por la noche a menudo se preocupaba por mí: "Lo siento que pierdas así el descanso. En tu edad hace falta mucho el descanso. Ves a la cama, si lo necesito, te llamo con la campanilla".

Rezaba muchas oraciones sea de día que, de noche, que yo me cansaba y a menudo contestaba una cosa por otra.

205. Mientras asistía el Padre enfermo en Roma

El Padre, en el periodo de su enfermedad en Roma, se redujo a tal punto que no podía hacer el mínimo movimiento sin ser ayudado, así que se requería la asistencia continua día y noche.

No bastando la sola asistencia del Hermano María Antonio, que se hallaba en Roma con el Padre, el Padre Palma me llamó desde Oria.

En la asistencia nos intercambiábamos el Hermano y yo. Los sufrimientos del enfermo eran indecibles. Algunas veces, por los dolores atroces su cara se volvía morada. Sin embargo, él era muy resignado. Se notaba el esfuerzo que hacía para no quejarse.

Decía: "¿Qué son estos dolores en comparación con los que sufrió el adorable Nuestro Señor Jesucristo en la flagelación, en la coronación de espinas y en la muerte en cruz?".

Se humillaba y agradecía tanto, cuando estaba obligado a pedir nuestra ayuda, que para nosotros era una verdadera mortificación.

---

[64] Durante la estancia en Roma para la apertura de la Casa en Circonvallazione Appia el Padre fue afectado por una grave gripe con pleuritis, y permaneció en cama unos 40 días. Eran los primeros días de noviembre de 1924.

Aunque hallándose con tantos atroces dolores, no cesaba de tener premuras delicadas para la Obra y las personas. Me decía: “Mientras estás aquí por mí, en Oria hay tanta necesidad de personal, ¡quién sabe aquellos queridos hijos los sacrificios que tienen que hacer! Si no escribiste ya, escribe que tengan paciencia, que recen al Señor por mí, para que me dé la gracia de saberme siempre uniformar a la divina Voluntad, y diles que los bendigo a todos con el corazón. Mientras tanto vosotros estáis sufriendo mucho por mí”.

Era inútil asegurarlo que lo que hacíamos no era pesado para nada, y que lo hacíamos con gusto.

Una vez, dirigido a mí, dijo: “Vi a don Pedro Palma muy agotado. Me dijo que no duerme para nada, ni de noche ni de día. Tomad una cita con el célebre profesor Marchiafave, el médico del Papa, y hacedlo visitar por él. Acompáñalo tú mismo y luego me harás saber el resultado”.

Después de unos días lo acompañé. En cuanto nos presentamos, antes aún de hablar, el médico, sin preámbulos, dirigido a mí, dijo: “Bueno, ¿qué se siente, usted?”.

“Disculpe, profesor – contesté – no soy yo el que tiene que ser visitado, sino este señor que es muy agotado y no consigue dormir ni de noche ni de día. Yo estoy bien”.

Y el médico contestó: “Usted dice que está bien. Usted necesita cuidarse más que este señor. Usted tiene absoluta necesitad de descanso más que él”.

Luego llenó de preguntas a don Pedro, escribiendo las respuestas.

Cuando don Pedro le dijo que era director de una zapatería del Orfelinato Antoniano, “Ay, dijo, ¡esto no! ¡Un agotado! ¡Esto significa que los chicos son una cruz para usted y usted una cruz para los chicos!”.

Lo visitó cuidadosamente, le dio una terapia y le mandó estar tranquilo. Finalmente, como emolumento, se tomó 400 liras, algo claramente muy caro.

Regresados que fuimos al Padre, cuando sintió que le había dicho de quedarse tranquilo y que el honorario había sido tan alto, dijo a don Pedro: “Usted le podía responder: “Profesor, ¿cómo puedo estar tranquilo, cuando por esta visita usted toma 400 liras?”. Luego corrigió: “Son profesionales, tienen muchos gastos y por esto se hacen pagar así para vivir dignamente”.

Don Pedro, a pesar de que le hubiera encomendado de no decir nada, tuvo la imprudencia de comentar al Padre lo que el profesor había dicho sobre mi salud.

El Padre se alarmó en seguida y dijo: “Te lo dije que no estabas bien. Y esto por mi culpa, por falta de descanso. ¿Te visitó? ¿Qué te dijo?”.

"Perdone, Padre – le contesté – ¿por qué me tenía que hacer visitar si estoy bien, al revés, muy bien? ¿Para tomarse también por mí otras 400 liras?".

"Reserva en seguida una cita – dijo el Padre – y ves a que te visite y no pienses en las 400 liras. Para la salud no se tiene que mirar a los gastos".

"Pero yo – añadí nuevamente – no lo necesito para nada; por esto es totalmente inútil ir al médico".

"En realidad le dio la terapia, añadió don Pedro: ¡descanso absoluto!".

"Pues – dijo el Padre – de ahora en adelante quiere decir que aquí para mi asistencia no tienes que venir más. Don Pedro, avise a la Superiora. Y tú tienes que salir fuera y distraerte. Además, yo, gracias a Dios, estoy mejor y no tengo más aquella necesidad absoluta de asistencia asidua como en los días pasados".

"Para mí, Padre – contesté – sería una verdadera enfermedad quedarme sin hacer nada. Puedo decir que es una diversión estar aquí haciéndole compañía".

El Padre replicó: "Entonces quiere decir que después de unos días de descanso aquí volverás a Oria, y yo me conformaré con el Hermano María Antonio y la ayuda del Padre Palma".

Me quedé en Roma tres días más, como había dicho el Padre, en los que, sin embargo, iba a menudo para asistirlo, porque me daba cuenta que, por lo que se esforzara de demostrar lo contrario, lo necesitaba de verdad.

Sobre la asistencia del Hermano María Antonio podíamos contar relativamente, porque estaba enfermo él también y, atormentado por una somnolencia continua. En cuanto se sentaba, sea de día sea de noche, en seguida se dormía y empezaba a roncar tan fuerte que se volvía insoportable incluso al que estuviera en buena salud. Por esto yo intentaba aplazar mi regreso a Oria, añadiendo muchas escusas.

Pero, cuando el Padre me obligó a marchar, le dije: "Disculpe, Padre, aquí hay muchas monjas nuestras, que estarían felices de ayudar al Hermano en la asistencia. Me lo dijeron a mí. Más bien se sienten mortificadas, ¿por qué no pide su obra? Yo no entiendo por qué no las escuchamos. En los hospitales vi que las hermanas asisten los enfermos incluso en las operaciones quirúrgicas, sin distinciones de mujeres y de hombres. Nuestras mismas religiosas, cuando fueron a servir en el Hospital militar de Padua, ¿acaso no tuvieron que asistir a los soldados enfermos? Y cuando se dice soldados, ¡ya es un gran decir!".

El Padre contestó: "Esto en Casa no se tiene que permitir nunca. En los hospitales sí, y también en las clínicas públicas, pero entre nosotros ni en la enfermería de la casa, ni para los huérfanos, ni mucho menos por los

religiosos. Y este ejemplo lo tengo que dar yo primero, para que no se introduzca este abuso".

Así que tuve que salir para ir a Oria. Me hizo muchas recomendaciones para cuidarme, para descansar y me dijo también que lo informara luego sobre mi salud. Me encomendó, finalmente, de cuidar las dos Comunidades tanto por la parte espiritual, como por la corporal.

206. La última vez que el Padre vino a Oria

Después que el Padre se repuso un poco de la larga enfermedad, vino a Oria para cuidar la impresión del número único que se refería a la Casa de Roma.

Se veía que estaba agotado en las fuerzas, pero seguía rezando y trabajando incansablemente. Habíamos hecho venir al doctor Scardapane para visitarle, haciendo entender al Padre que el doctor se hallaba allí por una casualidad, y que había pedido de homenajearlo. Después de los saludos, el médico le dijo que lo hallaba muy deteriorado y que no tenía que esforzarse de trabajar. Luego pidió al Padre si le permitía hacerle una visita. El Padre, amablemente, lo agradeció y le contestó que se sentía mucho mejor que antes.

Vino a verle también Monseñor Obispo Di Tommaso, que también le encomendó de tener cuidado con su salud. El Padre le habló con mucho entusiasmo de la Casa en Roma: "Excelencia, tenía tanto deseo de tener una Casa en roma, cerca del Papa. Y ahora, gracias a Dios, antes de morir, la divina Providencia escuchó nuestras oraciones. Vuestra Excelencia bendiga la nueva Casa y a mí también. Preveo que para mí esta será la última bendición de Vuestra Excelencia Reverendísima, porque la hora de mi muerte es próxima. Aprovecho la ocasión de esta visita para agradecerla por todo lo bien paternal que siempre hizo a nuestros Institutos y sigue haciendo aún. Le ruego, cuando aprenderá la noticia de mi muerte, que haga sufragios para mi alma, porque lo necesito mucho".

El obispo estaba emocionado.

207. Inusual dureza del Padre con algunos aspirantes

Siempre durante su última venida en Oria, el Padre asumió una actitud muy inusual hacia los aspirantes.

Durante la lectura espiritual, después de hablar muy duramente, casi en tono de reproche, sobre la piedad, la vida religiosa, la disciplina, el estudio y el trabajo, empezó a preguntar a cada aspirante nombre, apellido, edad, proveniencia, finalidad en la elección del Instituto.

Los chicos se sugestionaron tanto que se confundían en las respuestas y decir una cosa por otra. Entonces el Padre, dirigiéndose a mí, dijo: "Me parece que estos chicos no entiendan nada, especialmente de vida religiosa. ¿No ves que no saben contestar? ¿Para qué tenerlos? ¿Por qué no los enviáis a su casa?".

Los chicos quedaron muy mal impresionados, especialmente los que lo conocían poco. Yo también quedé mal, porque aquella era una actitud totalmente inusual. El Padre se dio cuenta de ello y, acabada la lectura, me dijo:

"Luego ven conmigo, tengo que hablarte".

Cuando fui a verle, me dijo: "Hice aquel papel en la lectura, porque supe que estos chicos dejan mucho a desear en la piedad, en la disciplina y en el trabajo. En realidad, tenía que informarme antes por ti, sobre ello. Pero me di cuenta que, pobres hijos, se confundieron tanto que no sabían ni lo que contestaban. Quedaron mal. Lo siento. ¿Qué hay de verdad? ¿Cómo se portan?".

Contesté: "Para mí, no hay nada extraordinario. Yo estoy contento. Son chicos y todos, en aquella edad, el que más y el que menos, hicimos lo mismo". Y el Padre, en manera paterna, añadió: "En verdad, algunas veces nos olvidamos que fuimos nosotros también chicos, y pretendemos más de lo debido. Habla con los chicos y diles que hablaste tú conmigo, que me entregaste buenos informes sobre ellos y que quedé contento de ellos. Piensa en animarlos".

Luego supe que el Padre había sido prevenido muy mal sobre los aspirantes.

208. La bendición de Pío XI para el Padre gravemente enfermo

Mientras el Padre en Mesina estaba gravemente enfermo, algunos de nosotros estábamos con el Padre Palma en Vaticano para una audiencia de Pío XI. Era rigurosamente prohibido hablar con el Papa, porque se trataba de una audiencia con muchas personas. Pero, cuando Pío XI llegó cerca de nosotros para darnos la mano para besar, el Padre Palma le dijo fuerte: "Santidad, pido una bendición especial para el Canónigo Di Francia que está gravemente enfermo". Y él contestó: "Todas las bendiciones". Luego, después de haberse alejado bastante, el Papa se volvió nuevamente hacia nosotros y, con tono de voz elevado, preguntó: "El Canónigo Di Francia de Mesina, ¿verdad?".

"¡Sí, Santidad!". Y el Papa: "Sí, sí, todas las bendiciones con el corazón, con el deseo que se reponga en salud y siga su precioso apostolado".

209. En Messina para asistir al Padre grave

La enfermedad del Padre en Mesina empeoraba cada vez más, hasta el punto que se requería una continua asistencia día y noche. Algunas veces tenía unas crisis que parecía hasta poder fallecer en cada momento. La necesidad de asistencia por parte de alguno de nosotros se sentía más, por el hecho que el Padre se hallaba en la Casa femenina. Para esto, recibí un telegrama en Oria firmado por el Padre Palma, así concebido: "Carmelo venga Mesina asistir Padre enfermo grave".

A pesar de que el Padre fuese agotado en las fuerzas, también no se quejaba nunca. Cuando le escapaba alguna queja, se creía un pusilánime. Buscaba cuanto más podía hacer ahorrar los servicios. En lo demás, se humillaba y agradecía. Se esforzaba de rezar siempre, rezando a menudo jaculatorias. A menudo pedía el Santo Viático y la Extremaunción, repitiendo que este sacramento no se tiene que recibir cuando uno no entiende casi nada, sino cuando uno está en plena conciencia.

Sin que lo supiera, se hizo venir desde Roma un especialista para una visita. Cuando lo supo, el Padre se disgustó y no aprobó. El médico que lo asistía, luego, después de una visita, tuvo la ingenuidad de decirle que su enfermedad era la misma con que había fallecido León XIII. Y el Padre, bromeando, contestó: "Bueno, es un honor morir con la misma enfermedad con que murió un gran Papa".

Después de unas dos semanas que estaba en Mesina, el Padre me dijo: "Hace falta que vuelvas a Oria, porque aquella Casa necesita personal, y luego tú tienes que estudiar, también. Aquí para asistirme venga el Hermano Miguelito.[65] Te agradezco el servicio que me diste. Te pido perdón por las faltas que pudiste notar en mí. Te encomiendo de progresar cada vez más en la santa perfección y de tener el máximo cuidado para con los muy queridos aspirantes y huerfanitos. Te bendigo con el corazón, seguro que esta es la última bendición que te doy. Te encomiendo de hacer, después de mi muerte, muchos sufragios para mi alma".

210. La premiación anual y la exposición de los trabajitos

Más de una vez, el Padre había promovido para la casa de Oria una iniciativa que para él era muy querida: la premiación anual de los alumnos, especialmente huérfanos, y la exposición de los trabajitos que ellos mismos habían preparado.

La finalidad era animar a los chicos a mejorar en su conducta y en los resultados escolares, mientras también el Instituto sacaba honor y prestigio

[65] El Hermano Miguelito Lapelosa (1898-1979) asistió al Padre hasta el final y fue testigo de la aparición de la Santísima Virgen Niña al Fundador moribundo.

ante la opinión pública, mostrando a través de los premiados la validez de sus métodos educativos y la seriedad de su organización escolar.

A los premiados se tenía que dar un diploma de mérito, unido a una adecuada cantidad de dinero, un pequeño depósito para que sirviera en la salida del Instituto y para una más fácil inserción en la sociedad.

Decía también que para proyectar la construcción de los futuros Institutos hacía falta prever una sala para la exposición permanente.

Mientras asistía al Padre en Mesina en su última enfermedad, insistió tanto conmigo sobre este tema de las premiaciones, que yo le prometí formalmente que no pasaría el 1927 sin haber puesto en obra la iniciativa. También el Padre Palma estaba de acuerdo.

Así como se prometió al Padre, antes del año escolar 1927-28, se empezó en Oria la premiación, preparada no muy bien por aquella primera vez. Tuvo el discurso de ocasión el arcipreste Carlucci de Ceglie Messapico, y un huerfanito, centrado también como conmemoración de la muerte del Padre, acontecida en el mismo año.

En el año siguiente, la premiación se hizo con más compromiso y tuvo un éxito tan solemne que la prensa de las Apulias dio un gran espacio en las crónicas. Alabó especialmente la exposición, hasta el punto que el Comité Provincial de la Artesanía de Bríndisi nos rogó de mostrarla al gran público de la capital. Nuestro pabellón fue juzgado el más interesante e importante, y fue premiado con la medalla de oro.

211. "Madre Nazarena es un alma bella de verdad"

Durante las semanas en que asistí al Padre en su última enfermedad, en Mesina fui testigo directo de muchas escenas conmovedoras, que jamás olvidé. La salud del Padre era una preocupación para todos, pero se volvía un dolor desgarrador hasta para la Madre General de las Hijas del Divino Celo, Madre María Nazarena Majone, discípula generosa del Fundador y heroína de caridad desde los tiempos del Barrio Aviñón.[66]

[66] Carmela Majone, en religión Madre María Nazarena, nació en Graniti (Catania) el 21 de junio de 1869, y voló al cielo el 25 de enero de 1939. En el otoño de 1889, junto con una compañera de infancia, que luego sería Sor Carmela D'Amore, entró en la naciente Obra del Padre Aníbal en el Barrio Aviñón en Mesina. Su vida fue un don sin arrepentimientos, un heroísmo de caridad en perfecta línea con el carisma del Padre, que tuvo una altísima estima de ella y le confió tareas de primer plano entre las Hijas del Divino Celo, de las que se puede considerar "Cofundadora", según el pensamiento del mismo Fundador. El 2 de junio de 1993 se concluyó en Roma, con solemne celebración presidida por el Cardenal Camilo Ruini, Presidente de la CEI y Vicario de Su Santidad, el proceso instructivo para su causa de beatificación. El reconocimiento de sus virtudes es también una confirmación indirecta de los sacrificios que todos los hijos e hijas del Padre Aníbal tuvieron que aguantar en aquellos tiempos heroicos de las fundaciones. Además, aquella multitud valiente, que hizo familia con

A menudo se secaba las lágrimas y no podía entrar en la habitación del enfermo, porque se echaba a llorar y el Padre sufría por ello.

Se prodigaba cuánto más podía, para proveer en lo que hacía falta. A menudo me pedía, con verdadero interés, cómo había pasado la noche, si había tomado algo para comer y beber, si había expresado algún deseo.

Un día ella me preguntó cuántos en Oria estábamos ya en teología y cuántos otros religiosos y aspirantes había, para ser luego sacerdotes. En cuanto oyó el número, se alegró muchísimo y dijo: "Ahora sí que puedo morir feliz, tras haber visto que, gracias a Dios, la Congregación empieza a tener sus sacerdotes y tiene para el porvenir muy buenas esperanzas. Esto fue siempre el objeto de mis preocupaciones, de mis oraciones y de mis sacrificios. Tengo una estima para la Congregación masculina no menor que para la femenina. Tengo miedo que el Padre no vea en la tierra los frutos de sus fervientes oraciones y de sus heroicos sacrificios".

Le contesté: "El Padre, la última vez que estuvo en Oria, me preguntó qué clase estábamos frecuentando en la teología. Tras haberle contestado, dijo: "Sean infinitamente benditos los divinos Superiores. Seguramente no tendré la gracia de veros sacerdotes; pero no importa, os veré desde el Cielo. Lo interesante es que siga adelante la Congregación. Os encomiendo de acordaros de mí en la Santa Misa y de hacer sufragios en vuestras oraciones".

En este punto, la Madre se echó a llorar y se alejó.

Comenté al Padre la felicidad de la Madre Majone ante las buenas noticias sobre el progreso de las vocaciones y de los estudios de los de la Casa de Oria. Y el Padre me dijo: "Madre Nazarena es de verdad un alma bella. Sencilla como una paloma. No conoce lo que sea ficción, doblez, política. Su habla es evangélica: 'Sí, sí; no, no'. Y fidelísima, apegada al cien por cien a la Congregación, obediente y formada según el espíritu del Instituto masculino como también del femenino".

Cuando Madre Nazarena supo que tenía que salir para Oria, quería que me quedara aún para asistir al Padre. Pero, cuando le dije que me lo había impuesto el Padre por las necesidades de aquella Casa, y que habría venido otro hermano de Oria para seguir la asistencia, se resignó.

212. La noticia de la muerte del Padre

La primera noticia de la muerte del Padre nos vino, en Oria, por Monseñor Obispo Di Tommaso, que, en seguida, se precipitó al Instituto para darnos el pésame y para animarnos.

---

el Padre, destaca con fuertes matices, aunque en claroscuro de la condición humana, a través de los episodios que se contaron en esta colección.

No se puede contar la impresión que la noticia hizo en la Comunidad. El Obispo nos dijo: "Comprendo que para vosotros es un dolor indescriptible la muerte del Fundador, y con razón. Pero hace falta mirar el asunto con los ojos de la fe. Es cierto que el Canónigo Di Francia es un hombre todo de Dios y no se puede durar que él sea un santo. Yo tuve muchas ocasiones para comprobarlo. Ahora, pues, tened un santo que ruego en el cielo por vosotros, por la Congregación. Por eso, ánimo".

Aquella misma noche salí para Mesina. Llegado en la mañana siguiente en el tren en las cuestas de la Calabria, veía que los periódicos de Sicilia y Calabria llevaban páginas enteras sobre la vida y las obras del Padre. Los comentarios que se sentían eran muchos. Algunos lo llamaban santo; otros lo definían el Padre de los huérfanos; otros lo comparaban a San Vicente de Paúl o al Cottolengo, otros a Don Bosco. Muchas personas decían que iban a Mesina para asistir al entierro y para tocar, al menos, el cadáver.

Llegado en Mesina, la ciudad en luto estaba cubierta con carteles.

En el Santuario de San Antonio, en que estaba expuesto el cadáver, se agolpaba un gentío de personas que deseaban tocarlo. Tuve que trabajar mucho para poder entrar en la parte del Instituto. El cadáver estaba rodeado y guardado por una doble fila de guardias, para mantener el orden y para impedir que se llevaran fragmentos del hábito como reliquia.

La muchedumbre que pasó delante del Padre en aquellos días no se puede describir. Por la noche los guardias hacían un gran trabajo para cerrar la Iglesia y, por la mañana, desde las primeras horas, mucha gente esperaba que se abriera el Santuario.

Los funerales, como bien se expresa el Padre Vitale en su biografía, fueron una verdadera apoteosis. Jamás hubo en Mesina una manifestación parecida. Fue un correr en la ciudad de personas sea de los pueblos de Sicilia sea de la Calabria.

213. El cadáver del Padre durante y después la segunda guerra mundial

Durante la segunda guerra mundial todos estábamos seriamente preocupados que bombardearan el Santuario de San Antonio y que se perdiera el cuerpo del Padre. Pensábamos de llevarlo a algún lugar más seguro, pero no sabíamos dónde y, por eso, siempre lo aplazábamos.

Mientras tanto los bombardeos se hacían cada vez más frecuentes y devastadores. La catedral fue golpeada e incendiada. También nuestro Instituto y el Santuario de San Antonio habían sido golpeados por fragmentos y el movimiento del aire provocado por las bombas caídas en las cercanías había roto todos los vidrios historiados y dañado gravemente los frescos.

Fue entonces que nos decidimos llevar la salma del Padre al Instituto femenino del Espíritu Santo, donde habían acabado un refugio seguro cavado en la roca.

Pero, mientras urgía el traslado, las relativas prácticas burocráticas y legales requerían muchos meses, tanto más en aquellos ajetreos y bullicios y bajo los bombardeos.

Por suerte, sin embargo, en aquel tiempo había en Mesina como Comisario extraordinario el federal que, aunque con sentimientos no muy ortodoxos, también se sabía arreglar. Le presentamos el asunto y lo rogamos que nos quisiera aconsejar. Él dijo que, si la práctica se hubiera que desarrollar regularmente, se necesitarían unos meses.

"Déjenme pensar – añadió – y vuelvan en dos días, para que pueda tener el tiempo de estudiar el asunto lo más pronto posible porque, si el cuerpo del Padre Di Francia tuviera que perderse por falta de la autorización, los mesineses saldrían para lapidarnos".

Después de dos días volvimos y el Comisario nos hizo hallar la práctica para el traslado inmediato del cuerpo. Entonces avisamos Su Excelencia Monseñor Paíno, que quiso estar presente. En cuanto se abrió la tumba, él se arrodilló en seguida. Todo aconteció en la forma más secreta. Sólo estábamos presentes con una decena de personas.

El cuerpo aún no estaba completamente descompuesto. Pero el ataúd externo se había marchitado y por esto fuimos obligados a ponerlo, tal como estaba. en una caja más grande, arreglada como pudimos con tablas de abeto, no pudiendo hallar en aquellas circunstancias material más eficiente.

Así, siempre en forma totalmente secreta, el cadáver fue llevado al Instituto del Espíritu Santo, donde esperaban un buen número de hermanas. Fue puesto en el puesto preparado, donde día y noche ardían unas lámparas.

Tanto las hermanas, como nosotros los Rogacionistas, a menudo íbamos a rezar delante de aquella tumba bendita.

Acabada la guerra, advertimos al Monseñor Arzobispo Paíno y, siempre en modo totalmente secreto, el ataúd fue llevado nuevamente al Santuario de San Antonio y puesto en el mismo lugar de antes. También en esta operación el Arzobispo quiso estar presente.

Debido al secreto de esta operación de traslado del cadáver del Padre, aconteció que en unos mesineses se formó la convicción que el cuerpo del Padre ya no se puso en el mismo lugar de antes en el Santuario. Y no querían creer a nuestras afirmaciones en contrario. Estas suposiciones populares, sin embargo, aunque duraron años, poco a poco desaparecieron.

214. La virtud y la espiritualidad del Canónigo Di Francia es tan sublime que es muy difícil comprenderla y casi imposible describirla

Una vez, estando en Roma, fui a la Iglesia de Todos los Santos,[67] con la intención de confesarme y, más aún, con la esperanza de encontrar a Don Orione que, efectivamente, hallé.

Me acogió con mucha amabilidad, siempre con aquella actitud suya, alegre y contenta. Me preguntó sobre el progreso de nuestra Congregación con mucho interés, igual que se hubiera tratado de su misma Congregación. Luego me dijo que había leído con atención la vida del Padre, escrita por el Padre Vitale, y añadió: "En realidad no me gustó mucho. En cuanto la leí, hice en su tiempo, sobre ella, un largo telegrama al Canónigo Vitale expresando mi juicio.

"En la biografía se describe la figura del Siervo de Dios, pero muy poco su espíritu. Por esto no se puede hacer una culpa al Canónigo Vitale, porque la virtud y la espiritualidad del Canónigo Di Francia es tan sublime que es muy difícil comprenderla, y es ciertamente imposible contarla. Ella sobresale de lo ordinario, tanto que, a menudo, lo que parece un defecto, en realidad es espíritu de fe y de caridad exquisita. Estas dos virtudes en él no tienen límites. Ellas en todas sus acciones brotan con ímpetu en búsqueda de la mayor gloria de Dios y del mayor bien del prójimo. En efecto, ¡estaba como devorado por el celo para el Reino de Dios!

Yo, sólo después de haberlo frecuentado íntima y repetidamente, pude, de algún modo, conocer la excelencia de sus virtudes y la sublimidad de su espiritualidad. ¡Las apariencias engañan!

"Para que nos formemos una idea, de alguna manera, haría falta haber visto cómo actuaba, y haberlo oído hablar. Tú que fuiste mucho tiempo con el Siervo de Dios, ¿Qué piensas sobre esto? ¿Acaso me equivoco?".

"Don Orione, estoy totalmente de acuerdo con usted", contesté. "Esto es perfectamente el juicio que me pude formar tras 8 años que tuve la suerte de practicarlo".

Apenas tuve la ocasión, comenté al Padre Vitale el juicio de Don Orione, después de leer la vida del Padre. Y el Padre Vitale en seguida me contestó: "Don Orione tiene toda la razón. Estoy de acuerdo en todo con él. Confieso francamente que la mayor dificultad encontrada escribiendo la vida del Padre fue que, a pesar de todos los esfuerzos que hice para describir y hacer destacar como reales sus virtudes heroicas y su íntima y totalmente excepcional espiritualidad, no lo conseguí para nada. Cuánto más reflexiono, tanto más me confirmo y me confundo. Justamente Don Orione dice que es muy difícil comprender la espiritualidad del padre y que es justamente imposible describirla.

[67] Iglesia parroquial con el anexo Instituto de los Orionitas, en la Vía Appia.

"La razón principal es que ciertas palabras del Padre y ciertas acciones suyas no se pueden juzgar por fuera, porque externamente aparecen inútiles o infantiles o sentimentales o defectuosas, y algunas hasta faltas de una cierta entidad. Al contrario, aquellas mismas palabras oídas directamente por él, asumen un sentido tan altamente espiritual que manifiestan ser la expresión más bonita, más íntima y más santa de su corazón devorado por la caridad hacia Dios y hacia el prójimo, siempre guiado por aquella luz de fe que lo hacía siempre vivir junto con Dios".

Confieso que, leyendo las biografías del Padre, especialmente en aquellos tratos en que lo vi actuar directamente, y le escuché, me parecen unas simples fotografías, a las que falta la vida.

Para no hablar, luego, de estos minúsculos e insignificantes fragmentos, aquí recogidos. Ellos, tomados materialmente, hacen la figura del Padre más miserable. Lo pueden fácilmente presentar como una persona con mente mezquina, dominado por sentimentalismo y un sentido de piedad casi morboso. En cambio, cuando uno de nosotros veía el modo y el espíritu sobrenatural con que él actuaba, entonces fácilmente se daba cuenta que todo era efecto de aquella íntima unión con Dios que difícilmente se puede investigar.

Índice

Presentación 5

1. Mi primer encuentro con el Padre Aníbal en el Barrio Aviñón 7

2. Flores para la procesión de Corpus Domini 11

3. En el pequeño teatro de los Salesianos en el torrente Boccetta 11

4. Un inusual repique de campanas 12

5. El hermano del Padre 13

6. Un noble decaído 14

7. Aquellas cerezas marchitadas 15

8. El vaso de los pobres 16

9. El Evangelio a los pobres 16

10. El árbol de las ciruelas 17

11. Lucha para limpiar a un huerfanito 18

12. La asistencia de los huérfanos antes del terremoto de 1908 19

13. Las primicias para los huérfanos 19

14. El Canónigo Vitale 20

15. Salta lo que quieras, pero no hagas pecados ni te rompas la cabeza 20

16. El Padre en el terremoto de 1908 22

17. Durante el viaje a las Apulias 23

18. El noviciado 24

19. Cocinero y ecónomo... sin bolsa 24

20. “¡Pero, me da vergüenza mendigar!” 25

21. La Providencia nos ayudó: ¡Toma! 27

22. El Padre lleva a Oria dos aspirantes para recuperarlos en salud 27

23. De Francavilla a Oria 28

24. La Casa de Oria destinada a la formación religiosa 29

25. Me gusta que incluso en las dificultades estemos contentos 31

26. El guardia del Convento 33

27. Antes de que el Padre regresara a Mesina 35

28. Emergencias en Francavilla y clase del Padre sobre el método preventivo 35

29. La persecución de Francavilla a la Casa de Oria 37

30. El regreso de los huérfanos de Francavilla a Mesina 38

31. Orden de cierre para la Casa de Oria 39

32. Los aspirantes recogidos en Mesina 41

33. "Estuve en tu pueblo" 42

34. Fe y caridad en alta tensión 42

35. Por un billete de tranvía no pagado 45

36. Los aspirantes vuelven a Oria 45

37. Niños arrancados a los protestantes 46

38. El Reglamento de los Huérfanos 47

39. La aceptación de un huérfano es como el acto de adopción 50

40. Oración para que el Señor nos envíe los huérfanos más abandonados 52

41. Aceptación preferencial de los huérfanos en extrema necesidad 55

42. La aceptación de los huérfanos no tiene que ser condicionada por la cuota 58

43. Este modo de actuar es más dañino que el sistema represivo 60

44. "Ladrón" 61

45. Necesidad del registro general para cada categoría de chicos y de la carpeta personal individual 64

46. Para una pastoral vocacional eficaz: indicaciones metodológicas 67

47. Para el buen funcionamiento del Orfelinato: líneas programáticas 74

48. La Santísima Comunión diaria 84

49. De gamberro a sacerdote 86

50. Un huérfano, una mujer y una difícil recuperación 89

51. Hizo bien enviando el desayuno 94

52. Cosas de muchachos, finuras de educador 95

53. Respeto por el secreto de un chico 97

54. Delante de una imagen de la Virgen: fe y poesía 98

55. A Jesús le gustan los niños incluso cuando duermen 101

56. Un libro titulado “Los chicos mal educados” 103

57. Se equivoca el burro y se equivoca el burrito también... 104

58. La primera escuela en la Casa de Oria 105

59. “Pobres hijos, ¡en qué manos cayeron!” 106

60. Presencia discreta en la noche 106

61. “¿Quieres ir a Roma para la canonización de Santa Teresa del Niño Jesús?” 107

62. Los dos enfermos encerrados en la enfermería 107

63. “Por cuarto de corrección entiendo...” 110

64. La primera fiesta del Primero de Julio en Oria 113

65. “Agradece la divina Providencia” 114

66. Máximo respeto para las leyes del Estado 115

67. Los higos chumbos bajo la camisa y los dolores del campesino 115

68. Rezar, confiar y usar todos los medios 116

69. Pan y tomate 117

70. Asistirlos con diligencia y amor 117

71. “Repite conmigo: ¡es hermosa, hermosísima!” 118

72. En la Casa de Oria había un viejito 119

73. El huerfanito que mojaba la cama 120

74. La enfermedad está en los pies, no en el estómago 121

75. “¿Por qué no desayunas?” 122

76. Prácticas de piedad y pereza 123

77. Reproches y castigos son como las intervenciones quirúrgicas 123
78. Cuando el hábito... hace el monje 125
79. “Dadle un puro al día” 125
80. “Este huérfano no se tiene que admitir” 126
81. Dad y se os dará 127
82. “El Padre Palma lo hace todo con diligencia” 128
83. Nada de penitencias extraordinarias 129
84. “Quisiera una gran bomba que echara siempre oro” 129
85. Nadie que pone la mano en el arado... 131
86. Las imágenes sagradas en la sacristía 132
87. La estructura de un Instituto es elemento de sana educación 132
88. La verdadera oración 133
89. El Padre en Palermo 134
90. El Padre en Palermo con el Hermano Mauro enfermo 136
91. La tía Teresita y el abogado Francisco Lo Sardo 137
92. Una escapadita para ver el Padre mientras era militar en Acireale 139
93. Ser los primeros colaboradores de una Congregación naciente 140
94. Sacerdotes militares hallan consuelo con el Padre en Mesina 141
95. Cuando en la guerra falleció el Hermano Mansueto 143
96. De la vida militar a la religiosa: el primer reproche del Padre…144
97. Disputa para la adquisición de una pelota 145
98. Un alcalde socialista y la... pelea del trigo 146
99. La hospitalidad es sagrada para nosotros 148
100. El honor de sentirse un pobre religioso 149
101. El 25° de la primera Misa del Padre Palma 150
102. Los pobres lo recogen todo 151
103. Los olivos se pueden cortar 152
104. Nostalgia por la vieja celda 154

105. Un religioso raro y la firmeza del Padre 155

106. En la educación es difícil justificar las bofetadas 156

107. La profesión religiosa perpetua 157

108. "Si fuera Capuchino, para mí el convento sería un manicomio" 158

109. Faltaba la celda, ¡para usarla como... prisión! 159

110. Un golpe en la frente 161

111. Así el Padre soñaba sus Institutos 162

112. La calidad de los individuos es el honor de la Congregación 164

113. La rotativa no es útil para aprender el arte tipográfica 165

114. Así el Padre me dio razón 166

115. Desconfiar de la adquisición de las entidades morales 166

116. Un invento para acortar las oraciones 167

117. Una mentira puede valer años de prisión 168

118. Para las exigencias de Oria no se cuente con los sacerdotes de Mesina 169

119. Para las exigencias de la Casa de Oria promuévase una intensa pastoral vocacional 170

120. El Padre insistía que estudiara para sacerdote 173

121. Una obstinación del Padre: las escuelas internas 174

122. Las ventajas de tener profesores internos 176

123. El nuevo edificio de Oria 177

124. Alérgico a las carnes de tocino 178

125. Pelo corto y pelo largo: no hay problema 178

126. El rezo del Santo Rosario al aire libre 179

127. Un muchacho en la iglesia por castigo 180

128. Los pobres hace falta ir a buscarlos 180

129. Cultivar el espíritu misionero 183

130. "Cuando seáis sacerdotes..." 184

131. Intercambio de cartas con el Padre y malentendidos 185

132. Un atrevido pone a prueba el gran equilibrio del Padre 185

133. Pepito el huerfanito de Taranto 186

134. Las obras de caridad son también medios para la difusión del Rogate 189

135. La comida del Padre "envenena" a Stella, el criado 191

136. Pedagogía práctica 193

137. Los sacrificios del Hermano José Antonio para la Sagrada Alianza y la Unión Piadosa 195

138. Recordando las vocaciones de la familia Drago 197

139. "Así no se hace" 200

140. Docilidad con el confesor 202

141. El agua potable racionada 204

142. Como una mamá con sus hijos 207

143. Baños y duchas, pero ¿dónde hay agua? 208

144. Para los enfermos todo cuidado y sacrificio 210

145. Administramos los bienes de la divina Providencia 214

146. La vigilancia es asistir amorosamente 215

147. Carnicero de profesión: y por limosna, un cordero… 217

148. "Buscadme con Jesuita..." 220

149. Una lección de caridad fraterna 223

150. Sobre una carta al Provincial de los Pasionistas 225

151. Así el doctor beneficiado se convirtió en bienhechor 227

152. "Este joven no puede estar en nuestra Congregación" 230

153. Un confesor raro 233

154. Dar la recompensa adecuada al trabajador 236

155. Nunca escatimar a la Comunidad lo necesario 239

156. La propaganda antoniana y la revista *Dios y el Prójimo* 241

157. Es algo grave no asegurar nuestros empleados 244

158. ¡Demasiada gracia, San Antonio! 246

159. La madre del aspirante Umberto Mario Bellini 250

160. Un agotamiento causado por un miedo repentino 252

161. Los sacrificios heroicos de las Cohermanas para los Rogacionistas 254

162. Soldado en Palermo con una recomendación para el Padre Mistretta 256

163. Con Mons. Arístides Obispo de Acireale 257

164. En el Hospital de Acireale 259

165. Del Carso en licencia en Messina 262

166. Rogacionistas para la formación y dirección en los Seminarios 266

167. Se ve claramente que la Obra es de Dios 268

168. Lo llamaban el *Buen Padre* 269

169. La estima de don Sturzo para el Padre y la Obra 270

170. Hizo bien diciéndonoslo 273

171. Es útil tener también una colonia agrícola 275

172. Las mandarinas al Papa 278

173. El banco de nuestro Señor da intereses al cien por uno 279

174. El motor que no se ponía en marcha 280

175. Enterarse de todas las exigencias de la Casa 282

176. La necesidad del noviciado canónico 284

177. Una composición bien desarrollada 288

178. Sin amor a la oración, ¿qué vocación? 289

179. El Padre habla en el Oratorio San Joaquín de Ceglie Messapico 291

180. Lo que se da a los pobres se da a Dios, y Dios lo recompensa cien veces más 293

181. Cualquier trabajo honrado hace siempre honor 295

182. Una receta para los gamberros: afecto y catequesis 296

183. Exhortación a una Superiora dominica: administrad los bienes de la Congregación como bienes de la Providencia 299

184. Un nicho demasiado pequeño por San Antonio 300

185. Es difícil distinguir los verdaderos fenómenos preternaturales 302

186. El aspirante que no quería... odiar los padres 304

187. "¿Aún tenéis aquel muchacho en el aspirantado?" 306

188. Una alabanza a aquella Hija del Divino Celo promotora de las vocaciones 307

189. Predicación espléndida del Padre para la fiesta de San Antonio en Oria 310

190. *Tres pies* es la bestia adecuada para nosotros 311

191. Las vocaciones vienen de la oración 314

192. No hay obligación de celebrar Misa, pero hay obligación de celebrarla bien 317

193. El Padre al Padre Messina: ánimo y siga adelante en el Señor 319

194. El séptimo mandamiento de Dios es muy claro: no robarás 321

195. Libros buenos y libros malos 323

196. Las Hijas del Divino Celo en el Hospital militar de Padua 327

197. El honor del Instituto y el Canónigo Celona 329

198. El Padre huésped en Palermo en el Instituto del Bocado del Pobre 331

199. En el tren con el Padre para Roma 334

200. Negociaciones para la adquisición de la Casa de Roma en Circonvallazione Appia 336

201. Adivinaste por casualidad 338

202. Antes de hacer el compromiso el Padre reza y reflexiona 339

203. "Preparad trescientas - mañana vendrá Carmelo" 340

204. Llamado de Oria a Roma para asistir al Padre enfermo 341

205. Mientras asistía el Padre enfermo en Roma 341

206. La última vez que el Padre vino a Oria 344

207. Inusual dureza del Padre con algunos aspirantes 344

208. La bendición de Pío XI para el Padre gravemente enfermo 345

209. En Messina para asistir al Padre grave 346

210. La premiación anual y la exposición de los trabajitos 346

211. "Madre Nazarena es un alma bella de verdad" 347

212. La noticia de la muerte del Padre 348

213. El cadáver del Padre durante y después la segunda guerra mundial 349

214. La virtud y la espiritualidad del Canónigo Di Francia es tan sublime que es muy difícil comprenderla y casi imposible describirla 351

Índice 354